BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY
No. 242
B

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

ABRIL.

Varios Prelados de España han concedido 1260 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,
de la misma Compañía.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERÓN

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,
DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS, HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

ABRIL.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.
Julio de 1853.

los Sacramentos. El mismo consuelo dió, y los mismos piadosos oficios hizo con su santa madre, mujer de extraordinaria virtud, que se quedó en el siglo cuidando de su casa, y atendiendo únicamente al cristiano gobierno de su familia.

Costóla poco trabajo la educacion de nuestro Santo. Habia nacido Hugo con tan felices disposiciones para la virtud, que sin exageracion se puede decir, que siempre fue virtuoso, y que nunca fue niño. La grande inclinacion que tenia á las letras le movió á hacer algunos viajes á reinos extraños. Pero los estudios no perjudicaron á la devocion; su pudor y su modestia contribuyeron mucho á conservar su inocencia; y aunque su virtud era apacible, dulce y discretamente cortesana, la alimentaba y nutria con el rigor de secretas, pero muy severas penitencias.

Acabados sus estudios volvió á Valencia, donde fue provisto en un canonicato. Su vida inocente, ejemplar y retirada le granjeó tanta reputacion, que Hugo, entonces obispo de Die, legado del papa Gregorio VII y después arzobispo de Leon, cautivado de las bellas prendas y de la eminente virtud del santo mozo, quiso tenerle consigo, y darle parte en el ministerio de su legacía. Hizo gran fruto con sus sermones en el clero; pero le hizo mucho mayor con sus ejemplos en lo restante del pueblo.

Celebraba el Legado un concilio en Aviñon, cuando llegaron los diputados de la iglesia de Grenoble, cuya silla episcopal habia vacado, á pedirle por obispo á nuestro Santo. Concedióselo el Legado con tanto mayor gusto cuanto ninguno mejor que él tenia conocida y experimentada su virtud y talentos; pero no fue tan fácil vencer la porfía de su resistencia, fundada, al parecer de su profunda humildad, en motivos fuertes y justificados. Vióse precisado el Legado á valerse de toda su autoridad para obligarle á obedecer; y temiendo siempre que no le faltase algun pretexto para eludir su consagracion, le llevó consigo á Roma para que el mismo Papa le consagrase. Hízolo Su Santidad con singular dignacion y consuelo, sin hacer caso de las razones que alegaba Hugo para no ser obispo. Informada la condesa Matilde de la gran virtud de nuestro Santo, costeó liberalmente todos los gastos necesarios para la augusta ceremonia de la consagracion, regalándole el báculo, con otros varios ornamentos del pontifical, y con los Comentarios de san Agustin sobre los salmos.

Cuando volvió de Roma, y fué á tomar posesion de su iglesia, quedó penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló toda la diócesis. No solo reinaba en el pueblo la usura, la simonía y toda

especie de desolaciones, sino que la abominacion de la disolucion se habia apoderado del lugar santo. La vida escandalosa de los que por la santidad de su estado debieran servir de ejemplo á los demás, parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gemia el santo Pastor en la presencia de su Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias. Pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo; y no perdonaba á ayunos, vigilias, exhortaciones, instrucciones y visitas, para que el Señor abriese los ojos á aquel ciego rebaño, por cuya salvacion quisiera dar la propia vida, si el mismo Señor se dignara de aceptarla.

No podia tardar en dar el fruto correspondiente un celo tan puro, tan apostólico y tan desinteresado. Echó Dios la bendicion á sus trabajos. Ganó los corazones de todos con su paciencia, con su apacibilidad y sus ejemplos, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Grenoble. No se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer: pasaba los dias enteros en instruir y alimentar con la palabra de Dios aquel pueblo grosero é ignorante; y habiendo encontrado disipadas las rentas del obispado, por la mala administracion de sus antecesores, estuvo tres ó cuatro años sin tener con que mantenerse.

Estas cruces y penalidades era lo único que le consolaba en el continuo escrúpulo que le afligia de haber consentido, á su parecer, con demasiada facilidad en su consagracion, y de haberse dejado persuadir á aceptar el obispado. No obstante, le apretó tanto este escrúpulo, representándole siempre sumamente formidable la dignidad episcopal, que á ejemplo de muchos Santos, determinó renunciarla. Apenas habia sido obispo dos años, cuando, tomada su resolucion, partió secretamente á la abadía de la Casa de Dios, diócesis de Clermont, en la provincia de Auvernia; vistió la cogulla de san Benito, y en breve tiempo fue modelo cabal de la vida monástica. Pero informado el papa Gregorio VII de lo que pasaba, le envió precepto formal y preciso para que cuanto antes se restituyese á su iglesia. Vióse obligado á obedecer, á pesar de su repugnancia: su precipitada fuga habia consternado á sus ovejas; la noticia de su vuelta las llenó de gozo. Persuadidos todos á que el medio único de asegurarse la permanencia de tan santo pastor era la reforma general de las costumbres, se empeñaron á competencia en corresponder á las ansias de su celo.

Cási á los tres años después que se habia restituido á su obispado, vino en busca suya el famoso san Bruno con sus seis compañeros para echar los primeros cimientos de aquel Órden celebérrimo, que

siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia de Jesucristo, se ha dilatado por todo el universo con edificacion y aun con asombro del mundo, floreciendo después de mas de seiscientos años con todo el primitivo rigor que se admiró en su misma cuna, y perpetuando en el orbe cristiano el fervor, la soledad y el retiro de los anacoretas mas antiguos.

Pocos dias antes habia tenido Hugo un misterioso sueño, en el cual se le representaron siete resplandecientes estrellas, que desprendidas del cielo, iban como á esconderse en un desierto espantoso de su misma diócesis, llamado la Cartuja. Acordándose del sueño recibió á Bruno y á sus compañeros con amor y con respeto; y entendiendo de ellos que solo buscaban una soledad retirada y escondida que pudiese servirles de asilo contra la corrupcion del mundo, desde luego les señaló y les donó el desierto de la Cartuja, á cinco leguas de Grenoble. Edificóles á su costa la capilla y las celdas para su habitacion; y declarándose desde entonces su protector y su padre, poco tiempo después pasó á ser como el menor de sus compañeros.

Contentísimo de tener ya dentro de su obispado lo que habia ido á buscar en el desierto de la Casa de Dios, se retiraba á la Cartuja todo el tiempo que le dejaban libre las indispensables funciones de su ministerio episcopal. Viviendo entre los nuevos ángeles del desierto, les restituia con usuras los ejemplos de mortificacion y de humildad que recibia de ellos; solo le distinguian de los demás los excesos de su fervor; echaba mano de los oficios mas viles y mas bajos; era el primero en el coro, y acompañaba las penitencias con oracion casi continua.

En Grenoble vivia como en la Cartuja. Era perpetuo su ayuno; casi todos los dias predicaba á su pueblo; no le conocian por otro nombre que por el de padre de los pobres; quiso vender sus caballos para socorrerlos, resuelto á visitar á pié su obispado, aunque lleno de asperísimas montañas. Velaba con extremada severidad sobre todos sus sentidos. En mas de cincuenta años de obispo nunca miró el rostro á mujer alguna.

A tan extraordinaria virtud no podian faltar cruces y mortificaciones. Padecíolas nuestro Santo muy pesadas por toda su vida. No solo probó Dios su paciencia con frecuentes intensísimos dolores de estómago y de cabeza, efectos naturales de sus penitencias y de su aplicacion al estudio; sino que, para purificar mas y mas su corazon, permitió que por mas de cuarenta años fuese combatido de molesti-

simas tentaciones, que apenas le daban treguas. Verdad es que no le dejaba el Señor sin consuelo en medio de tantas amarguras; derramaba en su alma aquellas dulzuras celestiales, aquel suavísimo secreto bálsamo, aquellas gracias sensibles, por cuyo medio experimentaba frecuentemente templadas sus aflicciones con no sé qué alegría interior, mas fácil de sentirse que de explicarse. Regalóle Dios con el don de lágrimas; una conversacion piadosa, la lectura de un libro devoto, la vista de un Crucifijo bastaban para hacérselas derramar en abundancia. Leíase indispensablemente en su mesa un libro espiritual mientras comia; y se observó que durante la lectura se derretia tanto su corazon en el fuego del divino amor, que apenas tenia libertad para otra cosa que para derramar dulces y copiosas lágrimas, de manera, que no pocas veces era preciso mandar al lector que lo dejase.

Su justificacion y su desinterés, juntos al elevado concepto que se tenia de su eminente santidad, le hicieron árbitro de todas las diferencias, y pacificador de todas las enemistades. Ni la apacibilidad grande de su genio estaba reñida con la entereza eclesiástica, cuando se atravesaban los intereses de Dios y de la Iglesia. Mostró singularmente este teson en el concilio que se celebró en Viena del Delfinado el año de 1112, contra los excesos del emperador Enrique IV, que habia tratado indignamente al papa Pascual II, y contra la ambicion del antipapa Pedro de Leon, llamado Anacleto, en defensa del legítimo pontífice Inocencio II. Fue Hugo uno de los obispos que se juntaron en Puy de Velay para excomulgar á Pedro de Leon, y el que mas contribuyó á extinguir el cisma en el reino de Francia, sacrificando á la verdad y á la justicia sus propios intereses, y la amistad que siempre le habia mostrado el antipapa Anacleto.

Obligado Inocencio á refugiarse en Francia por la persecucion del cismático concurrente, salió Hugo á recibirle y a besarle el pié en Valencia. Allí le suplicó con las mayores instancias tuviese á bien exonerarle del obispado, y proveer á la iglesia de Grenoble de sugeto digno, que enmendase sus muchos yerros, representándole su avanzada edad y molestísimos achaques. Todo fue en vano; porque el Papa, que tenia bien conocido su raro mérito y su extraordinaria virtud, se contentó con mandarle que moderase sus penitencias, y pusiese límite al excesivo trabajo de sus apostólicas fatigas. Pero finalmente, viendo que los vehementes dolores de cabeza habian debilitado extraordinariamente su memoria hácia el fin de su santa vida, condescendió el Pontífice en que renunciase el obispado, nombrando

para sucederle á otro cartujo, llamado tambien Hugo, que después fue arzobispo de Viena; y nuestro Santo tuvo el consuelo de alcanzarle en vida consagrado por obispo de Grenoble.

Túvose por una especie de prodigio, ó á lo menos por singular favor del cielo, que habiendo perdido enteramente la memoria para todas las cosas terrenas, la conservó siempre muy viva en todas las especies que tocaban á la Religion, ó tenian conducencia con la salvacion eterna. Los pocos meses que sobrevivió á la renuncia del obispado, los pasó cási en oracion continua.

Odórico, obispo de Die, que habia sido dean de su iglesia de Grenoble, deseó tener el consuelo de recibir el hábito de monje de mano de nuestro Santo; y aunque este se hallaba cási en el último extremo de su vida, se levantó de la cama para hacer esta ceremonia, dándole fuerzas, y causándole copiosas lágrimas el gozo de ver la fervorosa resolucion de su amado discípulo.

En fin, consumido nuestro Santo al rigor de sus penitencias, de sus trabajos apostólicos y de sus penosas enfermedades, y lleno de merecimientos, murió en Grenoble á los ochenta años y algunos meses de su edad, el dia 1.° de abril del año de 1132. Luego que se esparció la noticia de su muerte, concurrió innumerable gentío de todas partes á lograr el consuelo de reverenciar y besar su santo cuerpo. No fue posible enterrarle en cinco dias por el numerosísimo concurso; y todo este tiempo se conservó el cadaver tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo. Fue preciso valerse de algun artificio para darle sepultura: echóse la voz de que se le queria exponer en la iglesia para satisfacer á la devocion del pueblo; saliéronse todos, menos el clero, los Cartujos y algunas otras personas de distincion, á quienes se habia confiado el secreto. De esta manera se le pudo enterrar en la iglesia de Santa María, donde el Señor manifestó la santidad de su fiel siervo por los muchos milagros que obró en su sepultura. El papa Inocencio II, que tenia tan bien conocida la virtud de nuestro Santo, mandó al beato Guido, quinto prior de la gran Cartuja, y amigo íntimo del santo Obispo, que recogiese exactamente en un breve compendio la relacion de sus virtudes y milagros; y habiéndola leido y aprobado, le canonizó solemnemente el año 1134, estando en la ciudad de Pisa, donde celebraba un concilio. Su sepulcro se hizo cada dia mas glorioso por la visible proteccion que experimentaron los fieles implorando su poderosa intercesion.

SAN VENANCIO, OBISPO Y MÁRTIR.

En este dia hace memoria el Martirologio romano de san Venancio, obispo y mártir, sin especificarnos su cátedra, ni lugar del martirio. Algunos críticos, satisfechos con decirnos que sus reliquias fueron trasladadas de Dalmacia á la iglesia de su nombre en Roma por Juan IV, sumo pontífice, niegan que en España hubiese florecido este insigne héroe; pero varios escritores nacionales, aunque omiten su patria, y hechos de sus primeros años, sin duda por falta de monumentos justificativos, contestan, que Venancio retirado de los peligros del mundo, con el único objeto de atender al importante negocio de su salvacion, vistió el hábito benedictino en el monasterio de San Cosme y Damian, contiguo á la ciudad de Toledo, llamado antiguamente Agaliense; donde acreditando su fervor, religiosidad y virtud, ejerció por algun tiempo el empleo de abad, del cual ascendió á la cátedra episcopal de aquella capital, haciendo resplandecer en tan sublime ministerio todas las virtudes que exige el Apóstol en los prelados perfectos, sobre todo una caridad sin límites; pues habiendo ocurrido en su tiempo años muy estériles en España, socorrió con mano liberal, no solo á los necesitados de su vasta diócesis, sino á los de otras provincias. En fin, obligado de urgentes negocios pasó á Panonia, y en esta expedicion logró la corona del martirio por defensa de la religion de Jesucristo por los años 603, segun el cómputo mas arreglado. De haber sido célebre su memoria en la antigüedad lo acreditan las Dípticas de la santa iglesia de Toledo, oficio y misa á su culto, que se manifiesta en un Breviario romano impreso en Leon en 1556.

SAN TESIFONTE, OBISPO Y MÁRTIR.

Para excusar una molesta repeticion de las mismas actas que son comunes á san Tesifonte, y á sus seis ilustres compañeros Torcuato, Cecilio, Esicio, Indalecio, Segundo y Eufrasio, remitimos al lector al dia 15 de mayo, dónde podrá informarse del carácter de estos siete célebres obispos, que enviaron á España los príncipes del colegio apostólico, con el noble objeto de predicar en ella las infalibles verdades del santo Evangelio á los idólatras nacionales, que vivian por entonces envueltos en las miserables sombras de la muerte.

Llegaron juntos los siete jefes apostólicos á Guadix, y quedándose

Torcuato por obispo de aquella iglesia, se esparcieron los demás por diferentes pueblos de la Península á ejercer el designio de su mision. Presentóse Tesifonte en Vergi, antigua ciudad de la Bética ó Andalucía, por la que se entiende hoy Berja entre Bonol y Adra, donde halló un dilatado campo que cultivar en la multitud de gentiles preocupados con las ridículas supersticiones del paganismo. Sintió el Santo en el alma la desgraciada constitucion de aquellas gentes infelices; y como se hallaba dotado de algunos talentos extraordinarios, y poseia una vasta erudicion, lleno de aquel valor y aquel espíritu que realiza el carácter de los varones apostólicos, comenzó el ministerio de su predicacion, haciendo ver á los infieles la vanidad de los falsos dioses, á quienes tributaban culto en los simulacros de las estatuas, y la necedad de la idolatría; manifestándoles al mismo tiempo la divinidad del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra, la equidad y la justicia de su santa ley: por lo que convirtió en muy breve tiempo á Jesucristo gran número de infieles desengañados con la luz de su celestial doctrina. Mucho contribuyó para dar mas eficacia á la predicacion del nuevo Apóstol la afabilidad, la dulzura, y la inalterable paciencia con que trataba á todos cuantos le oian; y sobre todo la confirmacion de su doctrina con portentosos milagros: cuyo don con el de lenguas, el de profecía, y otros especiales concedió el Señor en los principios del establecimiento de la Iglesia á los varones apostólicos que se interesaron en la conversion de un mundo idólatra, para que no dudasen de la verdad de la Religion que predicaban, ni de la divinidad de su Autor.

Unos sucesos tan prósperos encendieron mas el celo de Tesifonte, y no satisfecho con las conquistas que hizo en Vergi, predicó en Baza, segun nos dicen varios escritores, llamada antiguamente Basta, cabeza de los pueblos Bastenzos, y en Huéscar, ambas ciudades del reino de Granada: acreditando el copioso fruto que dió al cielo este operario del Padre de familias, la actividad y el ardor con que desterró la idolatría de aquellos naturales, á quienes redujo al conocimiento del verdadero Dios á expensas de los infatigables trabajos, de las incesantes tareas, que son mas fáciles para entregarlas á la meditacion, que para darlas á la pluma.

Tambien opinan algunos que fue el primer obispo de Baza, donde predicó la fe de Jesucristo, cuya cátedra se halla hoy unida á la de Guadix; pero aunque no negamos que ejerciese su mision en aquella ciudad, y que en ella crease prelado que cuidase de su iglesia, lo cierto es, que en favor de haber sido su primera silla en Vergi,

obra el Martirologio romano que así lo señala, la opinion comun de los escritores, y la tradicion constante, que es apoyo decisivo en semejantes materias dudosas llenas de oscuridad, no extraña en un reino que ha sufrido tantas invasiones de enemigos ambiciosos de su fértil terreno, en cuyas violentas irrupciones perecieron los monumentos justificativos de los gloriosos hechos de muchos varones ilustres, que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, y se destruyeron con sus sangrientas guerras no pocas ciudades, con lo que se extinguieron sus nombres: viéndose por lo mismo los que se han interesado en el descubrimiento de las actas de aquellos, en la indispensable precision de recurrir á la tradicion constante de los pueblos, donde no se ha interrumpido el culto de los mismos héroes, rastreando por este medio, y el de otras muchas diligencias la situacion que tuvieron las poblaciones antiguas en la que han sucedido otras nuevas, ó en sitios inmediatos al que tuvieron aquellas. Bastaba lo dicho para comprobacion de haber sido Vergi la primera iglesia de este ilustre Prelado; pero lo que mas lo confirma es el maravilloso prodigio continuado en tantos siglos hasta el dia, de no verse pájaro alguno que causase daño en la vega del mismo pueblo, que llaman Cartela: lo que creen los naturales debido á la proteccion de san Tesifonte, á quien propusieron los idólatras que abrazarian la fe que predicaba, siempre que obrase el milagro de ahuyentar de aquella vega la multitud de aves que se comian los frutos, lo que hizo el ilustre Prelado en confirmacion de su doctrina: viéndose hasta el dia con particular admiracion, que pasan los pájaros por cima del terreno sin tocar los frutos, como si tuvieran conocimiento; con la particularidad de que si alguno coge algun grano, muere con él al instante, de lo que se han hecho en diferentes tiempos varias informaciones por la justicia secular y eclesiástica, para perpetua memoria de un portento tan extraordinario.

Asimismo se dice, que predicó el Santo en Adra, llamada antiguamente Addera, en cuyas murallas existe una piedra de alabastro junto á la puerta del mar, en la que se ven estampados los piés del varon apostólico, y algunas señales de los golpes que dió en ella con su báculo: cuyo monumento permanece en el lugar dicho sin duda por disposicion divina, en comprobacion de lo que creen aquellos naturales por tradicion, y es, haber echado el Santo su maldicion á la poblacion antigua, de la que se hallan las ruinas á un cuarto de legua de la nueva Adra, viendo la repugnancia que tenian aquellos idólatras en admitir la palabra evangélica.

LA IMPRESION DE LAS LLAGAS DE SANTA CATALINA DE SENA.

Santa Catalina de Sena, cuya prodigiosa vida puede verse en el dia 30 de este mes de abril, después que hubo tomado el hábito de la tercera Órden de santo Domingo, se encendió tanto en el amor divino, que empleaba diariamente muchas horas en meditar los sagrados misterios de la pasion y muerte de su esposo Nuestro Señor Jesucristo. Y como ella era tan amorosa y tan fiel, el Señor ensalzó á su sierva con muchas gracias especiales, y en particular con la impresion de sus sagradas llagas. Acababa de comulgar cierto domingo en la capilla de santa Cristina de la ciudad de Pisa, cuando arrobada y suspensa en éxtasis se le apareció el mismo Nuestro Señor crucificado, resplandeciente, y despidiendo de las cinco cicatrices de sus sacrosantas llagas otros tantos rayos. Conociendo al instante la Santa el extraordinario favor con que la regalaba su dulcísimo Esposo, le suplicó que no fueran visibles las cicatrices; y al momento los rayos mudaron el color de sangre en color de fuego, y descendieron á sus manos, piés y costado, imprimiéndole cinco llagas; siendo tan grande el dolor que con ellas sintió, especialmente en el costado, que si no se lo hubiese Dios mitigado, le parecia ser imposible vivir. Otro favor no menos singular subsiguió al referido, y fue que conforme se lo habia suplicado al Señor, aunque sentia el dolor de las llagas, estas fueron interiores, y no exteriores, sin señal alguna visible. Así lo declaró en secreto la sierva de Dios á su confesor Raimundo de Capua. Y tomadas sobre este caso las debidas informaciones, el papa Benedicto XIII concedio al Orden de Predicadores celebrar la conmemoracion de tan memorable suceso todos los años en tal dia como hoy, á fin de que sus corazones se inflamasen mas en el amor hácia Jesús crucificado.

La Misa es del comun de Confesor pontífice, y la Oracion la que sigue:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Hugonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Hugo, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, capítulo v.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis, quae sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo tamquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres, es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios: el cual pueda tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad: y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

REFLEXIONES.

Todo pontífice escogido de entre los hombres, le destina Dios á los hombres para aquellas cosas que tocan al mismo Dios: *Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis, quae sunt ad Deum.* A solo Dios toca la eleccion de sus ministros. Infeliz de aquel que se entremete en el ministerio de los altares sin legítima vocacion. La ambicion, el interés y la codicia llenan el sacerdocio de intrusos, que profanan la santidad de su carácter. Al padre de familias pertenece privativamente la distribucion de los empleos de su casa; es propio de su inspeccion y de su autoridad destinar los primeros oficios á quien quiere; pretender ocuparlos con artificio y con maña, es llenarlo todo de confusion. ¡Buen Dios! ¿cuántos falsos profetas quedarán degradados en el dia del juicio universal? Cuanto mas sagrada es la dignidad, cuanto mas elevado es el empleo, tanto mas eminente debe ser la virtud. Aplícase la mano sacrílega al incensario, cuando no es el Señor el que nos destina á esta funcion. *Ninguno tiene derecho para pretender esta honra, sino aquel á quien Dios llama á ella como á Aaron. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo tamquam Aaron.* Y pregunto: ¿se pretende siempre el sacerdocio en fuerza de una vocacion legítima? ¿se aspira á este sacrosanto estado, formidable á los mismos Ángeles, consultando únicamente la voluntad del Señor? ¡Cuántos hombres terrestres y materiales no consultan mas que á la carne y sangre! ¡cuántas veces la voz de los padres y de los parientes levanta mas el grito que la voz de Dios! Si los hijos no tienen vocacion, ¿qué importa? los padres

la tienen por ellos. Si no tienen talentos, ¿qué importa? las rentas de un beneficio pingüe lo suplen todo. Y después ¿nos admirarémos de que Dios se muestre tan irritado, de que haga tan visibles los efectos de su cólera? ¿extrañarémos que destruya los mas ricos patrimonios, que aniquile las casas mas opulentas? *Al verdadero sacerdote* (dice Clemente Alejandrino, lib. VI), *no se le tiene por santo porque sea sacerdote; antes se le hizo sacerdote porque se le tuvo por santo.* Importante leccion para aquellos que atienden mas á las rentas que á la elevada santidad del ministerio.

Escogió Dios por ministros suyos á hombres flacos y llenos de miserias, para que sepan compadecerse de los miserables y de los ignorantes. *Qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate.* ¡Lastimoso error, hacer ostentacion de una severidad desdeñosa y arrogante! Una de las principales máximas de la secta farisáica era la inexorable y afectada severidad con los pecadores. Murmuraban de Cristo aquellos finísimos hipócritas por la suavidad y por la indulgencia con que los trataba; censuraban las piadosas industrias de que se valia el Salvador para ganarlos y para convertirlos; chocábales, dábales en rostro su divina complacencia, y le hacian causa de lo que debieran hacer panegírico. Es cierto que una blandura excesiva, una suavidad fuera de sazon, una indulgencia tímida y cobarde puede ser tan perniciosa como un rigor descompasado. Para curar las llagas es menester mezclar el aceite con el vino. No obstante, los Santos que fueron mas rigurosos consigo mismos, fueron por lo comun los mas blandos y benignos para los demás. Pero al contrario, pocos doctores se encuentran hoy demasiadamente rigurosos con los demás, que no sean nimiamente indulgentes consigo mismos.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat ab-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo

iens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel: porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor.

MEDITACION.

De la liberalidad con que premia Dios á los que le sirven.

Punto primero. — Considera las maravillas que obró Dios en favor del pueblo de Israel: divídense las aguas del mar Rojo; son sumergidas en sus ondas naciones enteras; témplanse milagrosamente los ardores del sol; ilumínanse las tinieblas de la noche; brotan repentinamente fuentes cristalinas de las rocas y peñascos; llueve diariamente del cielo en el maná una comida deliciosa; caen por tierra al son de las trompetas los muros de las ciudades. Todas estas maravillas no eran mas que figuras del paternal cuidado que tiene Dios de sus escogidos, y de la liberalidad con que premia á los que fielmente le sirven.

¿Qué bienes hemos recibido durante nuestra vida que no hayan sido dones de su liberalísima mano? ¿qué gracias no esperamos de la misma fuente? Y si Dios es tan liberal con todos los hombres; si derrama los tesoros de su misericordia indiferentemente sobre justos y pecadores; comprendamos, si es posible, ¡qué bondad será la suya para con sus queridos siervos, qué liberalidad gastará con aquellos que le sirven con fidelidad, y le aman con ternura!

Quia super pauca fuisti fidelis; porque fuiste fiel en cosas pequeñas. A la verdad, ¿qué cosa podemos hacer en servicio de Dios que se pueda llamar grande? Todo cuanto nace de nosotros huele y sabe á nuestra nada. ¿Qué servicio de importancia le podemos hacer? *Et*

dignum ducis super hujuscemodi aperire oculos tuos? ¿Y Vos, Señor, os dignais de volver vuestros ojos hácia esto poco que se hace por Vos? ¿Qué digo volver vuestros ojos? os dignais de estimarlo, de alabarlo, de premiarlo con profusion. Vos mismo haceis meritorio lo que hacemos, y á este mérito señalais un premio sin medida. ¡Ó Dios, y qué cosa tan buena es serviros! ¡ó Señor, y qué buen amo sois!

Euge, serve bone et fidelis; ea, que eso va bien, fiel y buen siervo mio. ¡Con qué bondad alienta el Señor á sus mas humildes siervos! *Supra multa te constituam:* por esa tu fidelidad en cosas pequeñas, yo te elevaré á las mayores honras. ¡Qué promesa de tanto consuelo! Premia Dios sus mismos dones; pero ¡con qué liberalidad los premia! ¡qué solidez, que dulzura, qué deliciosos gustos no acompañan á este premio! ¡Y después de esto serán menester grandes razonamientos para convencernos de que debemos servir á tan buen amo! ¿Dónde está nuestra fe? ¿dónde está nuestra razon?

Punto segundo.—Considera no solo con qué bondad, sino con qué priesa, digámoslo así, premia Dios anticipadamente lo que se hace por él. La paz de la conciencia mas exquisita, mas deliciosa que todo cuanto encanta los sentidos; el consuelo interior, con el cual no tienen comparacion todos los profanos gustos del mundo, son la renta fija de las almas virtuosas. Gustan cierta alegría pura, hallan no sé qué sólida gloria hasta en los mismos desprecios y abatimientos. Todas las cosas sirven al que sirve á Dios con perseverancia.

Sin hablar de aquellas bendiciones temporales, de aquellas visibles prosperidades que reinan muchas veces en la casa del justo, pongamos los ojos en aquel salario que se reserva para la vida eterna; en aquella preciosa corona, en aquella superabundancia de bienes, en aquella inmensidad de premios eternos.

¡Por un vaso de agua una bienaventuranza sin fin! ¡por cuatro lágrimas derramadas por las miserias propias ó ajenas, el gozo eterno del Señor! ¡por una caritativa visita hecha á un enfermo, á un encarcelado, el mismo Dios por recompensa!

Echa aquella pobre viuda en el gazofilacio del templo dos monedillas de cortísimo valor, y Jesucristo las estima mas que los mas preciosos dones. *Venid, benditos de mi Padre,* dice el Salvador, *á poseer el reino que os está aparejado desde el principio del mundo.* El reino que vosotros merecísteis, que vosotros mismos, por decirlo así, conquistásteis y comprásteis. Pero ¿cómo, y con qué? con una corta

violencia que hicísteis á vuestros sentidos; con una ligera victoria que conseguísteis de vuestras pasiones; con haber cercenado cien cosillas inútiles ó superfluas; con haberos retirado por algunos pocos dias; con una leve mortificacion, con una limosna. El reino de los cielos, que solo Jesucristo nos pudo merecer; aquella eterna felicidad, aquel precio del valor infinito de su sangre, aquella gloria que no tiene fin, que no se puede enajenar, esa se nos da por nada. *Absque argento, et absque ulla commutatione.* (*Isai.* LV). Y á la verdad, ¿qué proporcion hay entre el salario y el servicio, entre el trabajo y el premio?

Y á vista de esto, ¿se nos hará cuesta arriba el serviros á Vos, Dios mio? ¿Y se os servirá con flojedad y con disgusto? ¿y habrá quien se retraiga de serviros?

Añade un san Hugo á los trabajos, cuidados y fatigas del obispado los rigores de la penitencia; retírase á descansar de sus trabajos á la soledad de un espantoso desierto. Y pregunto: ¿tendrá ahora motivo en el cielo para arrepentirse de haber sacrificado tan generosamente las conveniencias transitorias de la vida?

¿Cuándo, Señor, dejaré de ser enemigo de mi quietud y de mi fortuna? ¿cuándo he de comenzar á conocer la gran dicha que es el serviros? ¿cuando me he de dejar mover de vuestra liberalidad, y del mérito de vuestras recompensas? Desde este momento, mi Dios, sí; desde este momento no me alucinarán ya ni el demonio con sus ilusiones, ni el mundo con sus falsas brillanteces. Conozco ya cuán dichoso es el que se emplea en servicio de tal amo, y que el salario que dais á los que os sirven es sin medida. Esto es hecho; yo quiero serviros sin reserva, y sin negarme á cosa alguna de cuantas me podais pedir.

JACULATORIAS. —¡Qué gusto, Señor, qué dulces consuelos teneis reservados para los que os sirven y os temen! (*Psalm.* XXX).

Los justos vivirán eternamente, y el Señor les tiene guardados grandes premios. (*Sap.* V).

PROPÓSITOS.

1 Es cosa bien extraña que siendo Dios tan bueno y tan liberal con los que le sirven, se hallen tan pocos que le sirvan con alegría y con perseverancia; al mismo tiempo que siendo el mundo universalmente tenido por un amo duro, cruel, inexorable, haya tantos que se atropellen por servirle como esclavos. Mas que los trate como

tirano, mas que los obligue á continuos y dolorosos sacrificios, mas que solamente los pague en lágrimas y en pesadumbres, mas que no les prometa otro salario que amargos arrepentimientos; ninguno hay que no le sirva con risueña cara, que no se tenga por dichoso de su suerte, que no haga vanidad de su librea. Sea en buen hora el mundo injusto, sea cruel, nada se gane en servirle; ninguno lo ignora, todos convienen en ello, pero con todo eso cada dia se aumenta el número de sus esclavos. Al contrario, colme Dios de gustos y de bienes á sus fieles siervos; sea ligerísimo su yugo, sea dulcísima su carga; premie hasta los meros deseos, aunque no lleguen á ejecuciones; pague largamente la voluntad de hacer bien; nada se le escape, nada deje sin premio; sin embargo siempre está Dios mal servido; se tiene por injuria el título de devoto; esto es, de siervo de Dios; se avergüenzan, se corren muchos de declararse por su servicio. ¿Puede haber mas espantosa contradiccion entre nuestra fe y nuestra conducta? Haz que cese en tí desde hoy esta contradiccion; sirve á Dios, declárate altamente por siervo suyo, y avergüénzate solo de servirle con flojedad y con tibieza. Nada niegues á tu Dios; bien conoces lo que tanto tiempo há te está pidiendo, y lo que tú tanto tiempo há le estás negando. Ese pequeño sacrificio, esa corta victoria, ese acto de generosidad cristiana, la moderacion en esa profanidad, en ese juego, en esas chanzas, apenas te hubieran costado nada, si el mundo te las hubiera pedido por condiciones para entrar en su servicio: muchos años há que Dios te las pide, ¿y todavía deliberas? ¿todavía dudas? ¿todavía no tienes valor para concedérselas? ¿y hasta ahora todo se lo has negado? Ea, pon ya fin desde este mismo dia á esas eternas dilaciones; y pues Dios es tan pronto como liberal en el premio, determina desde este mismo punto lo que has de hacer por Dios en adelante, y lo que has de comenzar á hacer desde este propio dia; esas paces, esa restitucion, el sacrificio de esa pasioncilla, la fuga de esa ocasion, la reforma de tanta profanidad, ese acto de mortificacion. No te olvides de aquellas hermosas palabras del Sabio: *Desideria occidunt pigrum.* (*Prov.* XXI). Los deseos matan á los perezosos, porque todo se les va en proyectar sin hacer nada. Pásanseles los dias en estériles deseos, mientras los justos cumplen lo que aquellos idean, y trabajan sin cesar: *Qui autem justus est, tribuet, et non cessabit.*

2 Una buena resolucion disminuye, pero no quita el trabajo. Sobresáltase el amor propio, asústanse los sentidos luego que el corazon se resuelve á vencerse. No te dejes espantar de esas imaginarias di-

ficultades; y en sintiéndote con alguna cobardía, aliéntate á tí mismo con aquellas palabras del apóstol san Pablo á los Romanos: *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis.* ¿Qué proporcion hay entre lo poco que se padece, y lo mucho que se espera? *Quod in praesenti est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* Estas ligeras y momentáneas tribulaciones, que apenas nos afligen, cuando desaparecen, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á toda medida. Acuérdate, en fin, que el mismo Dios quiere ser el premio de lo que hacemos por él: *Ego ero merces tua.* ¿Parécete que no quedarémos bien pagados á este precio? Haz continuamente estas reflexiones; no hay razon que pueda resistirlas, y nada te puede costar el familiarizarte con ellas.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

San Francisco de Paula, fundador del Órden de los Mínimos, el cual esclarecido en virtudes y milagros fue canonizado por el papa Leon X. *(Véase su vida en las de este dia).*

El tránsito de san Anfiano, mártir, en Cesarea de Palestina, el cual en la persecucion de Galerio Maximiano, como hubiese reprendido al gobernador Urbano porque sacrificaba á los ídolos, fue cruelmente despedazado; después, envolviéndole los piés en un lienzo bañado en aceite, y pegándole fuego, padeció intensísimo dolor; y finalmente sumergiéndolo en el mar, habiendo pasado por el fuego y por el agua, llegó al lugar del refrigerio.

El martirio de santa Teodosia, vírgen de Tiro, en la misma ciudad de Cesarea de Palestina, la cual en la misma persecucion, por haber saludado públicamente á los santos Confesores que estaban de pié delante del tribunal, y rogádoles que se acordasen de ella delante del Señor, la prendieron los soldados, la llevaron al presidente Urbano, y por órden de este le descarnaron los costados y los pechos hasta las entrañas; y por último la echaron en el mar.

San Nicesio, obispo en Leon de Francia, en la misma ciudad, esclarecido en santidad y milagros.

San Abundio, obispo y confesor, en Como.

San Urbano, obispo, en Langres de Francia.

La dichosa muerte de santa María Egipciaca, llamada la pecadora, en Palestina. *(Véase su vida el dia siguiente 3 de abril).*

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR Y FUNDADOR.

San Francisco de Paula, ornamento y milagro de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria, el año de 1416, de familia

honrada y de las mas virtuosas de aquella ciudad. Jacobo Martolilla, por otro nombre Salicon, y Viana de Fuscaldo, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habian hecho al Señor, por intercesion de san Francisco de Asís, cuyo nombre le pusieron; y habiendo advertido que el niño tenia en un ojo una nube que le embarazaba la vista, hicieron nueva promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo san Francisco, y que durante este tiempo se criase en uno de sus conventos, y luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre criar por sí misma á su hijo, y cuidar de su virtuosa educacion. Dejóla poco que hacer la divina gracia, porque el niño Francisco habia nacido tan naturalmente inclinado á la virtud, que todos sus entretenimientos eran hacer oracion, y estarse en las iglesias. Anticipóse la devocion á la razon; comenzando desde su mas tierna infancia aquella penitente vida que continuó hasta la muerte.

No contribuyeron poco á fomentar su devocion los buenos ejemplos que observaba dentro de su casa. Sus virtuosos padres, contentos con un hijo y con una hija que les habia dado el cielo, vivieron en adelante como hermano y hermana, atendiendo únicamente al cuidado de su salvacion, y á la crianza de su corta familia. Era Francisco todo su consuelo; pero fue preciso privarse de él por cumplir la promesa que habian hecho. Luego que cumplió trece años le entregaron á los religiosos de san Francisco en el convento de San Marcos, á una legua de la ciudad de Paula.

Desde luego observaron los frailes en el niño Francisco una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso y maduro, una docilidad, un rendimiento que no tenia semejante; y añadiéndose á todo esto una devocion, que asombraba á los mas fervorosos, no solo era el objeto de sus cariños, sino la admiracion de todo el convento. Hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro; pero eran diferentes los designios de la divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinacion á Asís, á Nuestra Señora de los Ángeles y á Roma. De vuelta visitó los monasterios mas célebres que encontró en el camino; y llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario, que estaba en una heredad suya distante quinientos pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenia mas que catorce años, bien persuadidos á que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto.

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrian tropas de ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto: esto le obligó á retirarse á otro mas desviado, y como a enterrarse vivo en una gruta que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí el tierno anacoreta resucitó en su persona la abstinencia, los rigores y el fervor de los mas antiguos, y aun se adelantó á las penitencias de muchos.

Su cama era el duro suelo de la misma roca; su comida yerbas y raices que arrancaba de un vecino bosque; su bebida el agua que iba á buscar á un arroyuelo bien distante de su gruta; el vestido vil y grosero, con un áspero cilicio á raíz de sus delicadas carnes; su ocupacion leer libros espirituales, contemplar y orar continuamente. Esto es cuanto se ha podido saber de aquella vida escondida, que duró hasta que la Providencia le envió algunos discípulos que fuesen imitadores y testigos de sus virtudes.

No pudo resistirse á los incesantes y aun importunos ruegos de algunos fervorosos mancebos, que movidos de su ejemplo, le suplicaron les admitiese por discípulos suyos, y les permitiese vivir en su compañía. Cedió el Santo á sus instancias, y en el año de 1435 permitió se fabricasen tres celdillas, y se erigiese una pequeña capilla, á donde un clérigo de una parroquia vecina venia regularmente á decirles misa, y administrarles los Sacramentos, juntándose en ella todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fue como la cuna de aquella ilustre religion, que con el tiempo fue hermosa porcion del rebaño de Jesucristo, y bello ornamento de su Iglesia; de aquella, que singularizándose entre las demás religiones por su especial cuarto voto de abstinencia, confunde la delicadeza de tantos tibios cristianos, que pretenden tener legítimos motivos para dispensarse en el ayuno y manjares propios de la Cuaresma. De aquella, en fin, que fecunda de hombres insignes, y dilatada por todas las cuatro partes del mundo aun en vida de su fundador, conserva hoy, después de trescientos años, el fervor de su primitivo instituto, y realza su ejemplar humilde nombre con el relieve de sus virtudes.

No tenia á la sazon nuestro Santo mas que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obraba por él, aumentaron tanto el número de sus discípulos, que se vió precisado á pensar en edificar un monasterio que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo de Cosenza; pero como la humildad de nuestro Santo hubiese tomado muy estrechas las medidas, se apareció de repente un fraile Francisco no

conocido, y aconsejándole hiciese un convento mas capaz, y de extension proporcionada, él mismo formó el plan, le dejó las dimensiones, y desapareció; lo que hizo creer piadosamente al papa Leon X, que el religioso que se habia aparecido habia sido el mismo san Francisco de Asís.

No se puede ponderar el ardor y la fervorosa apresurada ansia con que los pueblos del contorno concurrian á porfía á adelantar la obra del monasterio. Venian á trabajar tropas enteras de oficiales por su propia devocion, sin ser gravosos á Francisco, ni al convento. Los jóvenes de primera distincion, y aun las mismas señoras y damas principales, llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuertas y el ripio para el cimiento que servian á los albañiles, y después les pagaban ellas y ellos los jornales, siendo muy pocos los que no quisiesen tener parte en este maravilloso edificio; pero lo que mas le adelantó fueron los milagros que obró el Señor por intercesion de nuestro Santo.

Uno de los testigos en el proceso de Cosenza para la canonizacion, depone, que habiéndose hecho llevar al Santo por un vehemente dolor que sintió en un muslo, cuya violencia no solamente le impedia el andar, sino que no le permitia tenerse en pié; Francisco, después de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del cielo por el poco respeto que habia tenido á su madre, le mandó que él solo llevase á la obra un andamio de tan enorme peso, que muchos hombres apenas le podian mover. No pudo contener la risa el enfermo al oir semejante proposicion; pero el Santo le dijo: *Por caridad haced lo que os mando, que bien podeis.* Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con toda aquella máquina, llevóla á la obra, y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se habia abierto por diferentes partes con la violencia del fuego, y estaba próximo á arruinarse. Corre al horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas cerrando las rendijas, remédialo todo, y se sale con grande serenidad sin la mas leve lesion.

Parece que poseia el don universal de milagros. Desprendido del monte un corpulento peñasco, venia á desgajarse sobre el edificio, y á sepultarle entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo mas pendiente de la escarpada montaña. Falta agua á los que trabajaban en la obra; hace oracion, y brota una copiosa fuente, que jamás se ha secado. Concluido, en fin, el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular, sin aflojar en el primitivo rigor de penitencia que habia en-

tablado en la primera ermita. Y aunque no quiso obligar á sus religiosos á una vida tan austera como la que él hacia, pues habia mucho tiempo que se mantenia con solas legumbres, prohibiéndose aun el uso del pescado, mandó que por cuarto voto se obligasen todos á una perpetua abstinencia de carne y de lacticinios.

No dudando el arzobispo de Cosenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la extension de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vió el Santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Specia y Corigliano.

Deseosos los sicilianos de entrar á la parte en la dicha de los calabreses, pidieron á Francisco enviase á su isla algunos religiosos. Fué el mismo Santo en persona con otros hijos suyos; y como el patron de un navío no quisiese admitirlos, tendió su pobre manto sobre las ondas, y en aquel nuevo género de embarcacion pasó con sus compañeros todo el famoso estrecho de Sicilia, siendo cada paso un prodigio, y haciendo en aquella isla muchas fundaciones.

Parece que Francisco tenia la llave de todos los corazones para registrar hasta los pensamientos mas secretos; que estaba á un mismo tiempo en todos los lugares del mundo para ser testigo ocular de los sucesos mas distantes; y que todo el tiempo futuro era para él presente ó pasado, para pronosticar lo que estaba por venir con las circunstancias mas menudas, como si lo hubiera visto, ó lo estuviera viendo con sus mismos ojos.

Profetizó la toma de Constantinopla, y mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles que atacase á los turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; pero verificó la profecía una completa victoria. Pronosticó al rey de España que expeleria á los moros de sus Estados, y que á sus mismos ojos recobraria el reino de Granada. Movida la hermana del Santo de un amor desordenado, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religion de su tio; muere el muchacho dentro de pocos dias, tráenle á enterrar á la iglesia del convento, cántanle el oficio de difuntos, y cuando iban á meterle en la sepultura, ordenó el Santo que llevasen el cadáver á su celda. Hizo oracion, y resucitóle. La pobre madre llena de dolor vino el dia siguiente al convento á consolarse con su santo hermano; confesó que era justo castigo del cielo, y que si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviria. *Y bien,* la dijo el Santo, *¿darias ahora tu consentimiento? ¡Ah, hermano mio,* respondió la afligida madre, *y cómo que le daria; pero ya viene tarde!*

Pues aguarda un poco, la replicó Francisco; súbese á la celda, da el hábito al sobrino, baja con él, y preséntasele á la madre. Este fue el celebre P. Fr. Nicolás de Aleso, que acompañó á su tio en el viaje de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

A vista de tantas maravillas no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se habia de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras?

Informado el Papa Sixto IV de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que hacia su Instituto en Sicilia y en Calabria, quiso verle; y examinada su regla, la aprobó solemnemente por una bula expedida en 25 de mayo de 1474, nombrando á Francisco por general de toda la Órden.

No es posible comprender como un hombre solo podia atender á tantos negocios, y á tanta multitud de diferentes acciones, capaces de cansar las fuerzas de muchos y muy robustos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todos responde. Siendo él solo como el alma y el espíritu de su tierna religion, prodigiosamente multiplicada, dispone y arregla todos sus concertados movimientos. Buscado de grandes y de pequeños para alivio en sus dolencias, y para consuelo en sus aflicciones, á todos atiende, á todos socorre, á todos consuela. Pero en medio de esta continuacion trabajosa de fatigas pasa las noches en oracion, sin mas cama que una tabla, y una piedra dura por cabecera. Su vida es un perpetuo ayuno: despedaza su inocente cuerpo con sangrientas disciplinas, sirviéndole de instrumento cadenas de duro hierro; su vestido es un cilicio encubierto, ó una tunica de cerdas, que disimulaba la mortificacion sin servir para el abrigo. Su corazon estaba tan abrasado en el amor de Jesucristo, que le bastaba poner los ojos en un Crucifijo, ó levantarlos al cielo, para salir fuera de sí arrebatado y extático; y su devocion á la santísima Virgen era tan fervorosa y tan tierna, que solo con oir el dulce nombre de María, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.

No era fácil estuviese defendida de la persecucion aquella santidad tan eminente. Un celebre predicador, mas aplaudido que discreto, mal informado de su divino Instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro Santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fue después insigne protector de toda su religion.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragon, dejándose impresionar con demasiada fa-

cilidad de los que miraban con desafecto á Francisco, dieron órden de prenderle. El capitan á quien se encargó la comision fué á ejecutarla; pero apenas se puso en presencia del Santo, y fue testigo de los milagros que obraba, cuando se arrojó á sus piés; y rogándole que pidiese á Dios por él y por aquellos engañados príncipes, volvió á ellos; é informándolos de lo que era verdaderamente el portentoso Paula, hizo que de allí adelante le mirase la corte con ojos muy diferentes.

Extendióse fuera de Italia la fama de su santidad y de sus milagros, y pasando á la otra parte de los Alpes, llegó á la corte de Francia. Hallábase á la sazon el rey cristianísimo Luis XI gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours; y habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al taumaturgo ermitaño de Calabria. Fue menester mas de un breve pontificio para vencer la humilde resistencia del Santo á venir á la corte; pero al fin, obligado de la obediencia al Vicario de Jesucristo, se puso en camino, y su viaje fue un itinerario de maravillas; siendo acaso la mayor y la mas admirable de todas su inalterable humildad en medio de tantas honras.

No pudieran hacerse mayores á un legado de la Santa Sede, que las que recibió en la corte del rey de Nápoles. Con todo eso habló á aquel príncipe con libertad de profeta, y le hizo derramar lágrimas de arrepentimiento por muchas cosas que habia hecho. El papa Sixto IV le recibió en Roma como un Ángel del cielo; consultóle gravísimos negocios de la cristiandad, y le hizo la honra de mandarle que se sentase junto á su persona. Quiso conferirle los sagrados órdenes, pero en este punto se mostró inflexible su profunda humildad. De todas las amplias facultades con que le brindó Su Santidad, solo aceptó la de poder bendecir velas y rosarios. Resistiéndose el Pontífice á confirmar el cuarto voto de perpetua abstinencia que hacian los religiosos de su Órden, cogió el Santo la mano al cardenal Julian de la Rovere, que se hallaba presente, y veinte y dos años después ascendió al pontificado tomando el nombre de Julio II, y dijo al Papa: *Santísimo Padre, este hará lo que Vuestra Santidad no quiere hacer;* como con efecto sucedió.

Al acercarse á los pueblos salian todos en tropas ó procesionalmente á recibirle, y pocos lograban de su presencia que no fuesen testigos de algun milagro. Cuando entró en Vormes, sobre la costa de la Provenza, halló la ciudad cási desolada con una cruel pestilencia; pero no solo quedaron sanos todos los que estaban tocados de la

peste, sino que después acá parece que el contagio ha respetado á aquella ciudad por los méritos del Santo.

Fue recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El Delfin, que fue después Carlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Llegando al palacio de Plesis, el Rey con toda la corte le salió al encuentro, le hizo tantos honores, dice Comines, y le trató con tanto respeto como si fuera el mismo Papa. Echóse á sus piés, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el Santo le respondió como prudente, y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus límites como la de los demás hombres; V. M. me ha hecho venir para que le alcance de Dios vida mas larga, y el Señor me trae para disponer á V. M. á una santa muerte.* El Rey, á quien hasta entonces el pensamiento solo de la muerte asustaba y aun estremecia, oyó la fatal sentencia con admirable rendimiento á los decretos del cielo. Mandó que alojasen al siervo de Dios en un cuarto dentro de palacio, para poder hablarle con mas comodidad y con mayor frecuencia: cada dia pasaba con él dos ó tres horas, y cuanto mas le trataba, mas convencido quedaba de su extraordinaria santidad; y resignado, en fin, perfectamente en las disposiciones del Señor, murió en sus manos con demostraciones muy cristianas, después de haberle encomendado á sus tres hijos, y pedídole el sufragio de sus oraciones por el descanso de su alma.

Carlos VIII aun hizo mas singulares honras á nuestro Santo, que las que le habia hecho su padre. Nada hacia sin su consejo, no solo de las cosas tocantes á su conciencia, pero aun de los negocios pertenecientes al Estado; tan cierto es que la virtud es respetable aun á los mayores monarcas. Quiso que fuese padrino de su hijo el Delfin, sacándole de pila, y que le pusiese el nombre que gustase. Formó un hermoso convento de su Órden en el parque de Plesis, otro en Amboisa en el mismo lugar á donde habia salido á recibir al Santo cuando vino á Francia; y hallándose en Roma este Príncipe el año de 1455, fundó en aquella corte el tercer convento de la misma Órden, con la advocacion de la santísima Trinidad, queriendo que los religiosos que viviesen en él, fuesen siempre de la nacion francesa. Mostróse el Santo por toda su vida sumamente agradecido á la bondad del Rey y á sus grandes beneficios; y le alcanzó de Dios con sus oraciones dos insignes victorias, una en la batalla de San Aubin, y otra en la famosa jornada de Fournoue. A san Francisco de Paula debe en parte la corona de Francia el ducado de Bretaña, por el matrimonio del rey Carlos con Ana, heredera de aquel opulento

Estado; en cuya negociacion se empleó el Santo con feliz suceso. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, aun quiso exceder á sus predecesores en las demostraciones de amor y de beneficencia á nuestro Santo, de que le dió pruebas ilustres y gloriosas.

Pero lo mas asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fue la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; tan pobre, tan humilde, tan mortificado, tan recogido en medio de la corte del Papa y de los Reyes, como en la soledad de su primera ermita.

Durante su residencia en el convento de Plesis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres reglas que compuso para religiosos, para religiosas, y para la tercera Órden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alejando VI, y después solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el Santo lo habia profetizado. Pero el humilde y santo Fundador estuvo tan léjos de dar su nombre á la Órden, que quiso absolutamente que sus hijos se llamasen como él: *Los mínimos* de todos; nombre que en nuestra santa Religion les da mas honra, y los llena de mas ilustre esplendor que los mas magníficos dictados. Y como la caridad, que tenia frecuentemente en la boca, y continuamente en el corazon, fue el móvil de todas sus acciones, quiso que fuese tambien en parte el carácter de sus hijos: de suerte, que de las dos virtudes mas queridas de nuestro Santo, la humildad cristiana y la caridad, la primera dió el distintivo á la Órden, y la segunda la sirvió de símbolo, ó de empresa, segun las altas disposiciones del cielo.

Llegó, en fin, el año de 1507, en que aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado, y tan profundamente humilde; aquel profeta, aquel nuevo taumaturgo, que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran Santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, después de haber visto extendida su religion en Italia por la benevolencia y estimacion de los sumos Pontífices; en Francia por el amor, la liberalidad y el agradecimiento de los reyes cristianísimos; en España por el celo del rey D. Fernando el Católico; y en Alemania por la cariñosa veneracion que le profesaba el emperador Maximiliano I, siendo como el oráculo universal del orbe cristiano y la admiracion de los pueblos, colmado de merecimientos, con una enfermedad de pocos dias, que para el fue una continua oracion; habiendo juntado á sus religiosos, y encomendádoles mucho el amor de Dios, la caridad y union entre sí, la fidelidad á la santa regla, y especialmente al cuarto voto de perpetua abstinencia, se hizo llevar á la iglesia el Jueves santo. Ha-

biéndose confesado y recibido el Viático, los piés descalzos y con un dogal al cuello, mandó que le restituyesen á su pobre celda, en la cual el dia siguiente, 2 de abril, rindió dulcemente su espíritu en manos de su Criador, siendo de edad de noventa y un años; prodigiosa duracion de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan extenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fue conducido el cadáver del Santo á la iglesia del convento, donde estuvo expuesto tres dias sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle, en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbon, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema, madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura, y le condujeron á una bóveda de cantería ricamente adornada, que habian mandado labrar debajo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo expuesto por muchos dias tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo, y allí fue donde un célebre pintor, sacando primero una mascarilla de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido, que se conserva hasta el dia de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesion en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajuelas que habian servido al Santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las mas vivas instancias su canonizacion. Julio II dió principio á las informaciones; Leon X le beatificó el dia 7 de julio de 1513, y finalmente, el dia 1.° de mayo de 1519 fue canonizado con extraordinaria solemnidad.

El año de 1562 los Hugonotes asolaron la provincia á sangre y fuego; y como principalmente empleaban su sacrílega rabia en las reliquias de los Santos, que con diabólico furor reducian á cenizas, entraron como desatadas furias en la iglesia del convento de Plesis: abren el sepulcro del Santo, encuentran el precioso cadáver entero y sin lesion, vestido de su hábito; échanle una soga al cuello; arrástranle impiamente por la iglesia y por el convento hasta llevarle á una pieza que servia de hospedería; allí encienden una hoguera, arrójanle en ella con algazara, y para cebo de la llama echaron una gran cruz de un Crucifijo muy corpulento, que á este fin habian desenclavado. Habia el Santo profetizado esta horrible impiedad de los Hugonotes, señalando hasta el año en que habia de suceder, como algunos meses antes que sucediese se lo declaró al padre visitador

José de Tellier un religioso de la Órden, que habia recibido el hábito de mano del mismo san Francisco. Pero no quiso Dios privar enteramente á los fieles de tan precioso tesoro; consumió el fuego la carne, mas la mayor parte de sus huesos fue preservada por algunos católicos celosos que se mezclaron disimuladamente entre los herejes, y se distribuyeron despues en diferentes iglesias aquellas inestimables reliquias. Al convento de Plesis, y á la iglesia de *Nuestra Señora la Rica*, que es parroquia de Tours, tocó una buena porcion de ellas; las demás se conservan con singular veneracion en las iglesias de los Mínimos de Nigeon de la plaza real de Paris, de Aix en la Provenza, de Nápoles, de Génova, de Madrid, de Barcelona y de Paula, donde se guarda hasta el dia de hoy como preciosísima reliquia el pobre, viejo y raido hábito que dejó allí el Santo cuando pasó á Francia, por el cual cada dia obra el Señor portentosas maravillas.

La Misa es en honra del mismo Santo, y la Oracion la que sigue:

Deus, humilium celsitudo, qui beatum Franciscum confessorem, sanctorum tuorum gloria sublimasti: tribue, quaesumus; ut ejus meritis et imitatione, promissa humilibus praemia feliciter consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que eres la exaltacion de los humildes, y que elevaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á un sublime grado en la gloria de los Santos; pedímoste nos concedas que por sus merecimientos é imitacion, consigamos felizmente los premios que están prometidos á los humildes. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Quae mihi fuerunt lucra, haec arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei, propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo, non habens meam justitiam, quae ex lege est, sed illam, quae ex fide est, Christi Jesu, quae ex Deo est justitia in fide: ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius, configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quae est ex mortuis: non quod jam acceperim, ut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo com-

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte, á fin de llegar de cualquier modo que sea á la resurreccion de los

prehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo á donde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya comienzo á mirarlas como desgracias, por amor de Jesucristo: *Quae mihi fuerunt lucra, haec arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del entendimiento humano, la extravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupacion puede únicamente darles algun precio. La medida de su justo valor es la opinion, y esta crece ó mengua con la pasion. Las tierras, las posesiones, los empleos, que son el objeto de nuestra ambicion, podemos decir que no los gozamos mas que por via de empréstito; somos á lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores, que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. Pero ¿qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que presto no se convierta en cólera. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo eso, esto es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre, fácilmente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¡es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmones de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion! ¡Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar expuestos en esas eminencias á tantas tempestades, á tantos furiosos vientos! ¡qué fortuna no dar paso que no sea un precipicio; caminar por entre espinas, que punzan, que penetran, que despedazan; andar oprimidos con cargas que sufocan! ¡qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para estar mas descubierto á los tiros del enemigo, para que haga mejor la puntería al que se distingue mas entre la muchedumbre!

¡qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros, porque está mas cerca del ruido; estar expuestos á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro! No; no tengamos envidia á los dichosos del siglo; algun dia darán motivo á su llanto esas sus soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡Oh, qué cosa tan triste es comenzar tan tarde á tener juicio, á conocer las cosas como son, y no como parecen! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, y ninguna sustancia de lo que deslumbra y de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo solo es bueno para servir de víctimas á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de san Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in coelis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, á donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

Punto primero.—Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una persuasion efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este bajo concepto de sí propio; porque no la hay mas verdadera. Es menes-

ter entendimiento para conocer y confesar que un hombre está lleno de defectos, y falto de todo mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solamente admiran lo que tienen dentro de sí, como aquellos infelices groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazon y aquel entendimiento; cuando á favor de las luces sobrenaturales registra uno lo que es, y lo que puede ser; cuando descubre aquel monton de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propension natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno; ¡cómo puede dejar de mirarse á sí mismo con el último desprecio! ¡cómo puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza! ¿No es cortedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreirnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿Y no es este el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra cuenta; ¿qué cosa mas puesta en razon? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece: ¿qué mayor injusticia que exigir del público un tributo que no se nos debe?

Quid habes quod non accepisti? dice el Apóstol (*I Corinth.* IV): ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si fuera cosecha tuya? ¿Será por ventura menester dar tormento á nuestra razon para descubrir dentro de nosotros mil motivos para humillarnos? Errores en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, desvarios en la imaginacion: todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta las prendas mas brillantes que goza están cercadas de sombras. No, no es menester abrir las sepulturas para convencerse cualquiera de que el monarca mas poderoso, y el vasallo mas infeliz, todos son polvo y ceniza: *Quid superbit terra et cinis?* (*Eccl.* X, 9). ¿De qué se ensoberbecerá la ceniza? ¿de qué se engreirá el polvo? Ciertamente nada nos debe humillar tanto como nuestro mismo orgullo. ¡Y será posible, Señor, que todavía me cueste trabajo ser humilde, y serlo á vista de un Dios tan humillado para curar la hinchazon de mi orgullo!

Punto segundo.—Considera que fuera de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera mas que por lo mucho que se gana en el ejercicio de esta importante virtud.

Ninguna hay sin humildad; y todas cuestan poco á una alma verdaderamente humilde. Comunícase á esta, dice el apóstol Santiago (*Jacob.* IV), con abundancia la gracia. Y añade el Sabio: *Finis modestiae timor Domini, divitiae, et gloria, et vita.* (*Prov.* XXII). El que es humilde, teme á Dios; crece en mérito y en gloria; y cuanto mas profundo es el cimiento de la humildad, mas elevado es el edificio de la perfeccion: *Humiles spiritu salvabit.* (*Psalm.* XXXIII.) La humildad cristiana es prenda de la salvacion. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos, dice Dios por el Profeta; á quién franquearé los tesoros de mi misericordia, sino á un corazon humilde y contrito? *Ad quem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum?* (*Isai.* LXVI).

Bien se puede decir que la humildad desarma la cólera de Dios, que le gana el corazon, y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas: *Quia respexit humilitatem ancillae suae.* La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la santísima Vírgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demás virtudes que poseia en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad: *Quia respexit humilitatem.* Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios, que crió de esta misma nada á todo el universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los Apóstoles; pon los ojos en los mayores Santos; todos fueron á cual mas humildes. ¡Qué prodigios no obró el portentoso Paula entre los grandes y los pequeños! Fue sin duda el milagro de su siglo; pero ¿habia en el mundo hombre mas humilde? ¡Cuándo ha de llegar el tiempo de que tantos y tan visibles ejemplos, tantos y tan poderosos motivos, tantas y tan urgentes razones nos abran finalmente los ojos, sean eficaz medicina á nuestro orgullo, y nos hagan tomar gusto á la humildad!

¡Puedo, Señor, veros á Vos tan humilde hasta la muerte, y muerte de cruz! ¡puedo verme á mí mismo tan hinchado de orgullo y de vanidad, y que esto mismo no me sirva para ser humilde! ¡Ah! que bien y fácilmente puedo serlo; mis máximas, mis operaciones, toda mi conducta está gritando lo que soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia infinita. Mandáisme que aprenda de Vos á ser humilde de corazon; haced que verdaderamente lo sea; con todo el corazon os lo pido: con toda el alma lo deseo.

JACULATORIAS. —¿Tendré aliento para hablar á mi Dios, á mi Señor, yo que no soy mas que ceniza y polvo? (*Genes.* XVIII).

Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mí, y sed, Señor, mi salud. (*Psalm.* LXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La humildad sin la humillacion ordinariamente no es mas que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillacion. Si esta importantísima virtud consistiera solo en palabras, los cumplimientos menos sinceros acreditarian de humildes á muchos, que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¡Cosa extraña! Está uno atestado de nulidades hasta los ojos, tan de bulto, que los mas ciegos las palpan, y no puede tolerar que otros las perciban. Si alguno se las nota, si se las significa, ¡qué odio, qué mortal aversion! Condena él mismo en otros estos propios defectos, y pretende que los demás los disimulen en él porque son suyos. Corrige desde luego un vicio tan comun y tan injusto. Si no tienes virtud para amar la humillacion, ten á lo menos humildad para sufrirla con paciencia; no te disculpes en aquellas ocasiones en que es maltratado el amor propio, y dispone Dios que te ajen la vanidad. Puede ser que te alegres de haber callado; no eches á perder con una especie de silencio seco y desabrido, con una palabrilla picante, con cierta indignacion mal disimulada, que sale demasiadamente hácia fuera, no eches á perder el mérito de esa corta humillacion, que es admirable remedio contra las inflamaciones del corazon.

2 No siempre nace del genio ni del mal humor la demasiada delicadeza y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No pueden llevar en paciencia una palabra menos respetuosa, alborotan la casa al mas leve descuido de un criado; dales en rostro la lentitud espaciosa de la familia: si alguno se muestra menos pronto, menos obediente á sus órdenes, se ponen de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impaciencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serias mas sufrido si fueras menos orgulloso. Comienza desde este mismo punto á poner en práctica las reglas siguientes. Primera: Excusa con caridad las faltas de otros, y no permitas que tu familia haga conversacion

de ellas. Segunda: Cuando te faltaren en alguna cosa que toque inmediatamente á tu persona, como en ciertas atenciones, en ciertos honores, en cierta distincion que se te debe; cuando se hayan olvidado de prestarte ciertos obsequios ó servicios, no pierdas el mérito de estas humillaciones. La poca memoria de unos criados; la grosería ó la mala crianza de otros; la poca maña y la ninguna habilidad de aquellos; la malignidad, el perverso corazon de algunos falsos amigos, te ofrecerán mil ocasiones cada dia de hacer al Señor estos pequeños sacrificios. Tercera: Dite muchas veces á tí mismo lo que se decia san Bernardo: *Adoro á un Dios humillado por mí hasta la muerte, y muerte de cruz; ¡y yo no he de ser humilde!*

DIA III.

MARTIROLOGIO.

San Pancracio, obispo, en Taormina, en Sicilia, el cual con la sangre que derramó en su martirio selló el Evangelio de Jesucristo que habia predicado en aquel país, enviado por el apóstol san Pedro. *(Los trabajos apostólicos de este santo Mártir le hacen mirar como el apóstol de Sicilia, y su culto establecido desde últimos del siglo I, época de su glorioso martirio, se conserva todavia con suma devocion en muchos pueblos de Italia).*

El tránsito de los santos mártires Evagrio y Benigno, en Tomis de Escitia.

El martirio de las santas vírgenes Agape y Chionia, en Tesalónica, en el imperio de Diocleciano, las cuales no queriendo renegar de Jesucristo, primero fueron atormentadas en la prision, y después las echaron en el fuego, en donde puestas en oracion entregaron sus almas al Criador, sin que las llamas las tocasen.

San Vulpiano, mártir, en Tiro, al cual en la persecucion de Maximiano Galerio, habiéndolo cosido en un saco con un áspid y un perro, lo echaron en el mar. *(Aconteció este martirio por los años 304, y escribió de él Eusebio en el libro de los Mártires de la Palestina, diciendo que primeramente fue azotado, y después atormentado en el potro, antes de ser cosido en un cuero de buey en forma de saco.*

San Nicetas, abad, en el monasterio de Meditio (ó Medicion), en el Oriente, quien en tiempo del emperador Leon Armenio padeció mucho por defender el culto de las santas imágenes.

San Ricardo, obispo de Cicestre, en Inglaterra, esclarecido por su santidad y por sus muchos milagros.

Santa Burgundofora, abadesa y vírgen, tambien en Inglaterra.

SANTA MARÍA EGIPCÍACA, LA PENITENTE.

El año 421, imperando Teodosio el Menor, sucedió la preciosa muerte de santa María Egipcíaca, cuya penitencia y demás admira-

bles virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de san Zósimo, como en otro tiempo se valió de san Antonio para manifestar á los fieles la asombrosa penitencia, y demás virtudes de san Pablo.

Vivia en un monasterio de la Palestina cierto famoso solitario llamado Zósimo, que criado desde su infancia en los ejercicios de la vida religiosa, y conservando siempre el primer candor de la inocencia, habia arribado á una eminente virtud. Merecióse tan elevado y tan general concepto por la pureza de sus costumbres, por su fervor en los penosos ejercicios de la penitencia, por su amor al retiro, por su continua aplicacion á la oracion, por su devocion fervorosa y tierna, y por las celestiales luces que el Señor le comunicaba, que el obispo diocesano le ordenó de sacerdote.

Habia cincuenta y tres años que vivia Zósimo entregado á los ejercicios de la vida solitaria, cuando le asaltó cierto pensamiento, acompañado de no sé qué secreta complacencia, ofreciéndosele á la imaginacion, que habiéndose retirado al monasterio desde su niñez, acaso no habria otro en todos aquellos desiertos que estuviese tan adelantado como él en el camino de la perfeccion.

Inquieto con estos pensamientos, que no le disgustaban del todo, ni hacia las debidas eficaces diligencias para desecharlos, se llegó á él cierto monje forastero, que noticioso de lo que pasaba en su alma, para desengañarle y para que conociese la ilusion del enemigo, le dijo, que pidiese licencia á su abad para acompañarle á otro monasterio no distante del suyo, pero poco conocido, donde encontraria grandes y poderosos remedios contra la dolencia de su orgullo, á vista de las extraordinarias virtudes que practicaban los muchos monjes que en él vivian.

Consintió Zósimo, y admitido en aquel monasterio, á pocos dias conoció su miseria, y estuvo muy léjos de tenerse por perfecto, cuando vió la sublime perfeccion de aquellos asombrosos solitarios. Parecia una comunidad de Ángeles mortales, que ocupados únicamente en servir á Dios, se olvidaban aun de las mas ordinarias conveniencias de la vida: su retiro era verdaderamente admirable; su ocupacion continua la oracion, el trabajo de manos, y rezar ó cantar el Salterio; y aunque parecia imposible mayor ni mas rigurosa penitencia que la que hacian en el monasterio en el discurso del año, luego que llegaba la Cuaresma se retiraban todos á pasarla en el desierto, en memoria de la que el Hijo de Dios pasó en él, para imitarle en el rigor de su ayuno. Esta ceremonia se practicaba de esta manera:

Celebrábase la primera dominica de Cuaresma una misa muy solemne, en que comulgaban todos los monjes; recibian la bendicion de su abad; despedíanse unos de otros tiernamente, dándose ósculo de paz; abríase la puerta del monasterio; salian todos, y pasando el Jordan, cada uno se retiraba á lo mas profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debian volver al monasterio.

Pasó Zósimo el Jordan con los demás monjes. La ansia que tenia de descubrir en aquella espantosa soledad á algun gran siervo de Dios, le fue empeñando mas y mas, y se internó mucho en ella. Veinte dias habia que corria aquellos espaciosísimos desiertos, cuando parándose hácia la hora de mediodía á cantar salmos, segun su costumbre, advirtió á alguna distancia una como fantasma, ó sombra de cuerpo humano, que corria aceleradamente. Era una mujer que iba huyendo de aquel hombre. Zósimo, que no la conocia, se sobresaltó, tuvo miedo, é hizo la señal de la cruz; pero vuelto un poco en sí, resolvió seguirla. Fué hácia ella con apresurado paso, y cuando se halló á distancia en que á su parecer podia ser oido, levantó la voz, y dijo: *Siervo de Dios, ruégote por aquel Señor á quien sirves, que te detengas, y me aguardes.* Hízolo la mujer luego que se metió en una especie de foso ú hoyo donde de algun modo podia encubrir su desnudez. Cuando el santo viejo se iba acercando hácia él borde, oyó una voz que le dijo: *Padre Zósimo, echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendicion, y pueda hablarte.*

Oyéndose Zósimo nombrar por su nombre, no dudó que aquella persona, á quien Dios se le habia revelado, era una alma de grande santidad. Arrojóla su manto, y habiéndose cubierto la Santa, salió del hoyo, y se fué hácia el santo viejo; este se puso de rodillas, y la pidió su bendicion; pero la Santa, postrándose á sus piés, le dijo: *Te has olvidado, Padre, de que eres sacerdote, y de que á ti te toca darme tu bendicion, y rogar á Dios por la mayor y mas miserable pecadora que ha habido en el mundo.*

Concluida esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la Santa le dijese quién era, y cuánto tiempo habia que vivia en aquel desierto. *Sí haré*, respondió ella, *pero hagamos primero oracion, y despues te responderé.* Volvióse hácia el Oriente, levantó las manos y los ojos al cielo, y pasó algun tiempo en oracion. Oraba tambien Zósimo, y volviendo casualmente los ojos hácia ella, la vió cercada de luz. Entonces se le ofreció si acaso seria algun espíritu ó algun fantasma. —*Ni uno ni otro soy*, exclamó

la Santa, tornándose hácia el santo viejo: *soy un poco de polvo y ceniza, que no merecia ver la luz del dia; pero aunque vil y miserable, soy cristiana;* y diciendo esto, hizo la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en los labios, y sobre el corazon. Después se sentó, y rogando á Zósimo que se sentase: «Sábete, Padre, le dijo, que «aquel buen Pastor, que tiene tanto cuidado de las ovejas descar- «riadas como de las que nunca salieron del redil, no te ha enviado «aquí sin altos fines; sea su nombre eternamente bendito.

«Yo soy una pobre mujer natural de Egipto, que habiendo de- «jado la casa de mis padres á los doce años de mi edad por vivir á «mi libertad, me fuí á Alejandría, donde me entregué á todo gé- «nero de disoluciones por espacio de diez y siete años. No pecaba «por interés; pecaba únicamente por pecar; no pretendiendo mas «premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que hasta ahora «ninguna mujer ha perdido en el mundo á tantas almas, y que el «infierno no ha suscitado en él cortesana mas perniciosa que yo. «Viendo un dia que concurria hácia el mar una gran multitud de «gentes para embarcarse, pregunté á dónde iban, y habiéndome in- «formado de que pasaban á Jerusalen á celebrar la fiesta de la Exal- «tacion de la santa Cruz, me dió gana de seguir la muchedumbre. «Embarquéme, y me estremezco de horror cuando me acuerdo de «los abominables escándalos de que llené á todo el navío. Viví en «Jerusalen como habia vivido en Alejandría, con el mismo desór- «den, con la misma disolucion, con la misma desvergüenza.

«Llegado el dia de la fiesta, concurrí con los demás á la puerta de «la iglesia para adorar la santa Cruz; pero al querer entrar, me de- «tuvo poderosamente una mano invisible. Quedé tan sorprendida co- «mo sobresaltada; hice nuevos esfuerzos, pero todos fueron inútiles; «cuanto mas forcejeaba, con tanta mayor fuerza era repelida. Abrí «los ojos del alma, y conocí que mis enormes culpas eran las que «me hacian indigna de ver y de adorar el sagrado madero en que «Jesucristo obró nuestra redencion. Llena de confusion, y desha- «ciéndome en lágrimas, comencé á mirar con horror mis gravísimos «pecados; á la confusion se siguió inmediatamente el dolor; y toda «turbada me senté en un rincon de la plaza, donde enteramente me «abandoné al llanto, al arrepentimiento, á los gemidos, á los sus- «piros mas vehementes que arrancaba el dolor de lo mas íntimo del «pecho. En medio de esta desolacion, levanté casualmente los ojos «hácia arriba, y ví enfrente de mí una imágen de la santísima Vír- «gen. Acordándome entonces de haber oido decir muchas veces, que

«María era madre de misericordia y refugio de pecadores: *Madre de «misericordia*, exclamé, *tenedla de esta infeliz y miserable criatura; «refugio sois de pecadores; pues siendo yo la mayor de todas cuantas «ha habido, parece que tengo algun particular derecho á vuestra espe- «cial proteccion. No merezco, Señora, que mi Dios derrame sobre mí «aquella abundancia de gracia que derrama hoy sobre tantas almas fie- «les, como se aprovechan de la sangre de Jesucristo; pero á lo menos «no me negueis el consuelo de ver y adorar en este dia el sacrosanto ma- «dero en que mi dulce Redentor obró la salvacion de mi alma. Yo os «prometo, Señora, que después de este favor que espero de vuestra «clemencia, me iré prontamente á un desierto á llorar por todos los dias «de mi vida mis enormísimas culpas, y á vivir tan retirada del mundo, «que pierda del todo hasta su infeliz memoria.*

«Animada entonces de una extraordinaria confianza, me levanto «intrépida, parto á la iglesia apresurada, y entro en ella sin resis- «tencia como todos los demás. Allí, penetrada toda de un religioso «temor, y despedazado de dolor el corazon, me postro ante aquella «preciosa prenda de nuestra redencion, y detestando amargamente «mis maldades, dejo regado el suelo con mis lágrimas.

«Hecha esta diligencia, vuelvo con nuevo aliento al sitio donde «estaba la imágen de la santísima Vírgen, y puesta de rodillas, la «digo con la mayor confianza: *Madre de misericordia, después de Dios, «vuestra es la obra de mi conversion; no dejeis imperfecto lo que habeis «comenzado; indigna soy de vuestros favores, pero no de vuestra com- «pasion; en Vos coloco toda mi esperanza, después de Jesucristo; os «prometí dejar el mundo; aquí estoy á cumplir lo que ofrecí; dadme á «entender lo que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la «salvacion.*

«Apenas acabé de hacer esta oracion, cuando oí distintamente «una voz como á larga distancia, que me decia: *Pasa el Jordan, y «hallarás descanso.* No deliberé un punto; y suplicando á la Vírgen «que fuese mi buena madre, salgo al instante de la ciudad, llevan- «do por toda provision tres solos panes. Llegué hácia el anochecer «á la orilla del Jordan, donde hallé una iglesia dedicada á san Juan «Bautista; entré en ella, pasé en oracion un poco de tiempo; y des- «pués de comer medio pan de los que llevaba, gasté lo restante de «la noche en detestar mis maldades, en gemir, y en implorar la mi- «sericordia divina. Luego que llegó la mañana, purifiqué mi alma «con el sacramento de la Penitencia, recibí la sagrada Eucaristía. «y volviendo á encomendarme á la santísima Vírgen, á quien debo

«mi conversion, pasé el Jordan en un batel, y entré en este dichoso «desierto siendo de edad de veinte y nueve años, sin que en cua- «renta y siete que há que estoy en él, haya visto otra persona que «á tí». — Pues ¿de qué te has mantenido? la replicó Zósimo. — El «poco de pan que traje, respondió la Santa, se acabó presto; des- «pués no he comido mas que yerbas y raices. — ¿Y te ha dejado «en paz el tentador? la preguntó el santo viejo. — No quieras, pa- «dre, obligarme, prosiguió la Santa, á que te cuente las espanto- «sas tentaciones, los horribles combates, las terribles pruebas á que «me ví expuesta por espacio de diez y siete años; solo con acordar- «me de ellas me estremezco; todo el infierno junto parecia haberse «desatado y conspirado contra mí; mis pasiones, mi corazon, mis «potencias, mis sentidos parecian haberse conjurado todos para per- «derme. ¡Qué no me costó combatir contra los violentos deseos de «la intemperancia, vencer el tedio y disgusto, sufrir el rigor de las «estaciones del año, domar la carne para borrar las ideas del mun- «do y de las diversiones profanas! Si no perecí, efecto fue de la mi- «sericordia del Señor. Para lidiar con tantos enemigos no usaba de «otras armas, que doblar la oracion, aumentar la penitencia, tener «cada dia mayor confianza en Dios, y en la proteccion de la santi- «sima Vírgen, á la cual debo la gracia de mi conversion, y la de «mi perseverancia. En ella encontraba cuanto habia menester; ella «me asistió en todos los peligros; ella presentó á su Hijo mis lágri- «mas y mis gemidos, y ella me ha conducido como por la mano en «esta penosa carrera: *Auxiliatricem habui, ac poenitentiae susceptri- «cem, et usque in hodiernum diem in omnibus mihi adfuit protectrix «mea, meque velut ad manum semper deduxit*». (*Ex M. S. Graeco Reg. «christianis. et altero Duc. Bavariae colatis, cap.* III).

Como vió Zósimo que se valia de algunas palabras y lugares de la sagrada Escritura, la preguntó si los habia leido. Nunca he sabido leer, respondió la Santa; pero el Señor lo suple todo cuando es su santísima voluntad. Diciendo esto, se levantó, y encargándole el secreto mientras ella viviese, le rogó que al año siguiente volviese á verla el dia de Jueves santo, y la trajese la sagrada Eucaristía para poder comulgar. — «Hasta ese dia, añadió con espíritu profé- «tico, no saldrás del monasterio, ni estarás en estado de poder sa- «lir; pero ese dia vendrás á la orilla del Jordan, y en ella me en- «contrarás;» con lo cual le pidió su bendicion, y se retiró.

El santo viejo Zósimo, alabando mil veces al Señor por haberle descubierto aquella maravilla de la Gracia, se volvió á su monaste-

rio, donde pasó todo el año en perpetuo silencio y en mas rigurosa penitencia. Llegada la Cuaresma siguiente, se halló asaltado de una ardiente calentura, que le molestó por toda ella, y no le permitió salir del monasterio hasta el Jueves santo, segun la profecía de la Santa. Este dia, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento, y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordan, llevando consigo la sagrada Eucaristía. Apenas llegó, cuando á la luz de la luna descubrió á la Santa en la orilla opuesta. Era la dificultad cómo habia de pasar el rio; mas la Santa, hecha la señal de la cruz, caminó sobre el agua como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado Zósimo, se puso de rodillas; mas la Santa le levantó, acordándole que era sacerdote, y diciéndole que mirase lo que traia consigo. Postrada después á presencia del santísimo Sacramento, y deshaciendose en lágrimas, pidió al Padre que rezase el *Credo* y el *Padre nuestro*. Acabadas estas oraciones, la dió el Santo la comunion; y ella penetrada de los mas vivos sentimientos de devocion, de amor y de reconocimiento, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó diciendo: *Ahora, Señor, dejad ir en paz á vuestra sierva, segun vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de Vos;* y vuelta después á Zósimo, le dijo: *Padre, otra gracia tengo que pedirte, y es que la Cuaresma que viene tengas á bien de volver á aquella parte del desierto, donde me viste la primera vez, y allí me hallarás como Dios fuere servido.*—Pues yo tambien tengo que pedirte, la replicó Zósimo, y es que quieras tomar alguna cosilla de lo que te traigo prevenido para comer; la Santa tomó tres granos de lentejas, metiólos en la boca, pidióle su bendicion, hizo la señal de la cruz, volvió á pasar el Jordan sobre las aguas, y se retiró.

Llegado el año siguiente, y el tiempo acostumbrado en que los monjes se retiraban al desierto, salió Zósimo con los demás, y se encaminó hácia aquella parte de él donde dos años antes habia encontrado á nuestra Santa la primera vez, yendo ahora muy prevenido para no olvidarse de preguntarla su nombre, como se habia olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabára de espirar, y junto á él escritas en la arena estas palabras: *Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre María, que murió el mismo dia de Jueves santo, luego que recibió la sagrada comunion, y no te olvides de rogar á Dios por ella.*

Enterneciόse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas

lágrimas. Hecha después oracion, vió venir hácia él de lo interior del desierto un leon de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó, pero serenóse presto, viendo que la fiera se acercaba mansamente hácia la Santa, y como que la besaba los piés; arrimándose después al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandos movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastantemente profundo, y volviéndose á emboscar en el desierto, dejó libertad á Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos y las demás oraciones que acostumbra la santa Iglesia en estos casos. Concluido este piadoso oficio, se restituyó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que habia visto, del modo que lo acabamos de referir.

Muy desde luego se comenzó á celebrar el culto de la Santa en la Iglesia griega, y cási desde el mismo tiempo en la latina. En algunas iglesias se celebra aun el dia de hoy con gran solemnidad su fiesta el dia 2 de abril, y en otras el dia 9. Dícese que una parte de sus reliquias se trasladó á Roma, cuando los infieles comenzaron á apoderarse de la Tierra Santa. En Tornay se veneran algunas de ellas, las que es tradicion haber dado el papa Hormisdas á san Eleuterio. En Nápoles se conserva la cabeza de esta santa penitente, traida á aquella ciudad por el abad de Calabria el año de 1059. El Martirologio romano anuncia su muerte el dia 2 de abril; pero la fiesta de san Francisco de Paula nos obligó á trasladar al dia 3 la historia de su admirable vida.

SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MÁRTIR BRACARENSE.

Esta santa Engracia es distinta de la vírgen y mártir del mismo nombre, que padeció en Zaragoza en la persecucion de Diocleciano. Algunos creen que nació en Badajoz; otros que en el territorio de la Iglesia de Braga. Su martirio, que fue hácia la mitad del siglo XI en tiempo del rey D. Fernando el I, sucedió como ahora diré: Los padres de esta doncella la habian ofrecido en casamiento no se sabe si á algun cristiano, ó tal vez á algun moro de los que tenian dominada aquella tierra. Y como Engracia se hubiese ofrecido á Dios por voto de virginidad perpetua, luego que tuvo noticia de lo que se pensaba, huyendo de su esposo se vino á Castilla. Él enojado con esta fuga, teniéndose pór burlado de Engracia, salió en su busca, y en los montes de Carvajales junto á Leon, donde la halló, le cortó la cabeza, y llevándola como en trofeo de su mala victoria, la echó

en una laguna; de donde habiendo sido descubierta, fue llevada después á la santa iglesia de Badajoz. Habia junto á aquel sitio un monasterio de la Órden de san Agustin, cuyos religiosos procuraron recoger el cadáver de la santa vírgen, y lo depositaron en su iglesia. Muchos años estuvo el convento en este lugar, hasta que poblada la villa de Carvajales, sus vecinos lo trajeron á la poblacion, y allí les fundaron una casa con el título de Santa Engracia, quedando el convento antiguo deshabitado, pero sujeto á la disposicion del prior.

El Hagiologio lusitano refiere de esta manera la invencion de la cabeza de nuestra Santa. Apacentaba su rebaño un pastor por las cercanías de la laguna; y llevándolo un dia á beber, salió del agua un resplandor tan extraordinario, que se espantaron las ovejas; y el pastor atónito fijando los ojos en aquella luz quedó deslumbrado, como si los clavara en el sol, y no sabia qué hacerse. Volviendo en sí, por inspiracion del cielo dió parte á algunas gentes de lo que le habia sucedido. Y habiendo agotado con artificios el agua de la laguna, hallaron la cabeza fresca y encarnada. A este hallazgo se siguieron algunas maravillas que obró Nuestro Señor por intercesion de esta Santa. La cabeza se mantuvo algun tiempo en una ermita que edificaron en aquel sitio; luego fue trasladada á la catedral. La ermita al fin del siglo XIII vino á parar en convento de la Órden de san Agustin, de donde pasaron al de Santa Marina después de la extincion de los Templarios, y finalmente entraron en la ciudad por los años 1432, por haberles dado á la parroquia de San Lorenzo el obispo D. Fransisco Juan de Morales.

La iglesia de Badajoz celebra hoy la fiesta de esta santa vírgen por auto capitular dado el año 1580.

SAN BENITO DE PALERMO.

San Benito de Palermo, comunmente llamado el *Santo Negro*, porque era de este color, á semejanza de los etíopes, nació en una aldea llamada San Filadelfo, del obispado de Messana (*S. Philadelphi Messanensis Dioecesis*, dice el Breviario) de padres moros de linaje, pero que profesaban la religion católica. Mostróse desde la niñez temeroso de Dios, y fiel observador de sus mandamientos; maceraba su cuerpo con abstinencias y otras mortificaciones, á fin de sujetarlo á la servidumbre del espíritu. Y á tal punto llevó su propio aprovechamiento, que rompiendo santamente con todo, en la flor

misma de sus años vendió su hacienda, cuyo producto distribuyó á los pobres, y retiróse á una soledad, juntándose con unos varones piadosos que por concesion apostólica vivian allí bajo la regla de san Francisco de Asis. Así continuó sin que descaeciera de su primitivo fervor, hasta que á los cuarenta años de su edad mudó de domicilio, no por voluntad ni eleccion propia, sino por obedecer al mandato del papa Pio IV, cuya solicitud dispuso la reunion de aquellos solitarios, que habian ya profesado el instituto de san Francisco, á una de las Ordenes religiosas aprobada por decretos pontificios. Inspirado de Dios salió Benito de la soledad, y retiróse á Palermo, capital de la Sicilia, en el convento de Menores Observantes de Santa María de Jesús, en donde prosiguió en la práctica de todas las virtudes, y en el austerísimo género de vida que emprendiera en el desierto, de modo que era para todos aquellos santos religiosos un dechado de perfeccion. Su profunda humildad no le permitió levantar sus deseos mas allá de los oficios propios de los hermanos conversos, gloriándose en ejercer las faenas mas desechadas del convento. Observó una abstinencia cási perpetua, y así fue que ayunó constantemente las siete cuaresmas anuales prescritas por el santo patriarca Francisco. Su cama era la desnuda tierra: su sueño muy corto: su vestido tosco y ruin: su pobreza extremada: su castidad sin mancilla; y su amor á Dios tan ardiente que se exhalaba en lágrimas y suspiros: porque fijada frecuentemente su imaginacion en la contemplacion de las cosas divinas, no buscaba sino á Dios, no deseaba sino á Dios, y solo por Dios suspiraba. Esos vivísimos anhelos le hicieron sin duda digno de que Dios le favoreciese con dones extraordinarios; siendo uno de ellos, el de que lego, y del todo rudo é ignorante, fuese elegido prelado del mismo convento de Santa María de Jesús, cuya reforma habia comenzado entonces á plantearse. Confirmóla Benito con sus ejemplos y prudencia en el gobierno, animando á aquella pequeña grey, con todos los medios y modos posibles, al amor á la pobreza, penitencia y estrictísima observancia. Por fin, á los sesenta y tres años de su vida, aquejado de una gravísima enfermedad, recibidos los santos Sacramentos, y anunciado por el Santo mismo el punto fijo de su muerte, entregó su alma á Dios el dia 4 de abril del año 1589. Su cuerpo se conserva íntegro, y despidiendo suave olor, en la ciudad de Palermo, en donde empezó á ser solemnemente venerado. Su culto se extendió después no solo por toda la Sicilia, sino tambien por la España, Portugal, Brasil, Méjico y Perú, con aprobacion de la Santa Sede en el año 1743, fijando su fiesta con oficio y misa el dia 3 de

abril. Fue puesto en el catálogo de los Santos por el papa Pio VII en el año 1807.

La Misa es del comun de las Santas ni vírgenes ni mártires, y la Oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatae Mariae Aegyptiacae, festivitate gaudemus; ita piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor y Salvador nuestro, nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de santa Maria Egipcíaca, así tambien recibamos el fervor de una devocion verdadera. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del apóstol san Pablo á los Efesinos.*

Videte, fratres, quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes: sed intelligentes quae sit voluntas Dei.

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

REFLEXIONES.

Mirad, hermanos, que camineis con cautela, como prudentes, y no como necios, ó como aturdidos. *Videte, fratres, quomodo caute ambuletis, non quasi insipientes, sed ut sapientes.* ¿Puede haber mayor imprudencia, que entregarse á un mar borrascoso y lleno de escollos, sin provision, sin remos, sin velas y sin piloto? ¿puede haber mayor locura, mayor temeridad, que caminar sin armas por país enemigo? ¿puede haber mas necia ni mas lastimosa extravagancia, que andar y mas andar de dia y noche sin término, sin objeto, sin saber donde se va; que meterse con los ojos cerrados en un camino fragoso, pantanoso, y lleno de precipicios? ¿A cuántos se podrá decir con toda verdad: *tu es ille vir?* Tú eres el que cometes esa extravagancia; tú el que haces esa insigne locura.

Es el mundo un mar famoso por sus naufragios. Navéguese por él á vela tendida, ó navéguese á fuerza de remos, no por eso dejan de encontrarse menos piratas, ni menos escollos. No hay hombre en este mundo que no sea navegante. Es la vida, por decirlo así, como un brazo de mar; todos navegan por él; pero ¿piensan todos á dónde caminan?

Aquel jóven tan ansioso de divertirse, tan solícito en buscar con qué pasar el tiempo, ó con qué perderle; ¿sabe á lo menos dónde va, ó considera el término donde navega?

Aquel hombre de negocios, tan hambriento de dinero, tan ocupado en poner en movimiento todas las industrias que le sugiere la insaciable codicia para ganar mas y mas, tan servilmente esclavizado de sus intereses; ¿ha dedicado en muchos años siquiera un cuarto de hora á pensar en el importante negocio de su salvacion? ¿ha tomado algunas justas medidas para salir bien con él? ¿ha expuesto algun caudal para negociar en la eternidad?

Aquellos hombres despejados del siglo, tan hábiles en proyectos, tan fecundos en expedientes, cuyos alcances penetran tan allá; aquellos oráculos de la prudencia humana; ¿saben por ventura á dónde caminan? ¿han tomado algunas providencias para su propia seguridad? ¿están alerta para no dormirse sobre el borde del precipicio?

Aquellas mujeres del mundo, criadas en la delicadeza y en el regalo, ocupadas únicamente en su ociosidad, en sus adornos, y en sus diversiones; aquellas mujeres, víctimas de la vanidad y del orgullo, que solo tienen de cristianas el nombre y la exterioridad, ¿piensan acaso que no está muy distante la sepultura; que el dia va declinando; y en medio de esos estrados brillantes, de esos profanos saraos, de esos tocadores, escuela de inutilidades, de esos juegos, de esos licenciosos bailes, se acuerdan por ventura del destino que las está aguardando por toda la eternidad?

¡Cosa extraña! tendríase mucha lástima, trataríase de mentecato á un pobre hombre, que todo el dia anduviese dando vueltas sin objeto, sin saber á dónde iba; y esos jóvenes divertidos, eternamente descuidados sobre su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religion, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decidme, pobres hombres, ¿sabeis cuál ha de ser vuestra suerte?

El Evangelio es del capítulo VII *de san Lucas.*

In illo tempore: Ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubuisset in domo Pharisaei, attulit alabastrum unguenti: et stans retro secus pedes ejus, lacrymis coepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

En aquel tiempo: Hé aquí que una mujer que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesús comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento: y estando detrás á sus piés, comenzó á regar con lágrimas los piés de Jesús, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungia con ungüento.

MEDITACION.

De la dulzura de la penitencia.

Punto primero.—Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Puédese á lo menos comparar con las aguas del Mará, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moisés sumergió en ellas aquel leño, figura de la cruz del Salvador. (*Exod.* xv). Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran, á la verdad, en la penitencia aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura.

¿Qué cosa mas dulce, qué gusto mas delicioso, qué alegría mas llena ni mas sólida que la paz de Dios, la cual, como se explica el Apóstol, *excede á todo sentido?* (*Philip.* iv). Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el alma, con aquellos mortales sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

¡Qué gozo no causa en todo el reino una amnistía ó perdon general del soberano! ¡qué consuelo el de un hijo rebelde cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menor el que experimenta una alma verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificacion es como una nueva prenda del perdon de sus pecados; es una bien fundada presuncion de que el Señor la ha restituido á su gracia. Las espinas sirven de defensivo no menos al fruto que á la flor; pero sin comunicarles sus puntas. Por mas que los sentidos se estremezcan, por mas que se queje el amor propio, gusta el alma una exquisita dulzura, cuando se deja percibir en ella la uncion de la divina gracia, que siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazon está contento. El pecador, dice el Espíritu Santo, afecta tambien sus apariencias de paz, y aun pretende persuadirnos que la goza; pero bien sabe él mismo que miente, y que está muy léjos de tenerla: *Pax, pax, et non erat pax.* (*Jerem.* vi). Al contrario, añade en otra parte el mismo Espíritu Santo, bien podeis decir al hombre justo que se consuele; porque la alegría, la paz, la abundancia de los consuelos interiores son herencia suya que le pertenece; son bienes reservados para él, que

embotarán perpetuamente la punta á todas sus penitencias: *Dicite justo quoniam bene.* (*Isai.* III). ¿Cuándo, Señor, ha de llegar el tiempo en que creamos mas á vuestra divina palabra que á las erradas preocupaciones de los sentidos, y á las falsas sugestiones del enemigo de la salvacion?

Punto segundo.—Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma después que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial, que hacen gustar con anticipacion á las almas mortificadas y penitentes las alegrías del cielo; en fin, en aquellas tiernas lágrimas llenas de consuelo, que tal vez derraman á los piés de un Crucifijo, en las cuales hallan placer mas delicioso, gusto mas exquisito que en todas las fiestas y diversiones del mundo. De aquí nacen aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor que se observa por lo comun en los hombres mas penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos es prueba evidente de la que gozan en su corazon.

Son rígidos, son penosos los ejercios de la penitencia, es verdad; el ayuno macera la carne, la modestia humilla el espíritu, el retiro y la soledad tienen su amargura; á la mortificacion interior no la faltan sus espinas, ni á la exterior sus disgustos. Pero pregunto: ¿es cosa imposible? añado mas, ¿es cosa que se vea raras veces el que debajo de estas voces que asustan, de estas apariencias que estremecen, de esas espinas que punzan, se hallen escondidas mil dulzuras, mil flores verdaderas? Consultemos el parecer de todos los Santos; pongamos los ojos en santa María Egipciaca entre los horrores del desierto. ¿Quién la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor; no tiene duda. Pero si esta gracia no encerrara el secreto de hacer dulce la soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias mas asombrosas, y delicioso el continuo ayuno, ¿creeríamos que una mujer jóven, delicada, criada entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años en los ejercicios rigurosos de tan asombrosa penitencia?

El ayuno, que se nos hace tan pesado, tan impracticable, cuando le prescribe la Religion, ¡cuántas veces se nos hace muy fácil, ó por cortejar á un grande, ó por hablar á un ministro, ó por adelantar alguna diligencia en una pretension, ó por tomar unas cuentas, ó

por informarnos de un pleito, ó por asistir á una fiesta, ó por no levantarnos del juego! ¿qué cilicio mortifica tanto como esos zapatos que oprimen, esas cotillas que ahogan, esa desnudez que hiela, esa extravagancia de modas que tienen á tantos y á tantas en una continua tortura?

¡Mi Dios! ¡cuántas vanas aprehensiones se disiparian en punto de penitencia con un poco de reflexion, y con un mucho de religion! Disponed, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer penitencia; seria el hombre mas infeliz, si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallara en ella mas que amarguras, siempre seria para mí muy saludable: pero siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

JACULATORIAS. — Dadme, Señor, á gustar aquella alegría, que es prenda de la paz con Vos. (*Psalm.* L).

Sí, Señor, á proporcion de las mortificaciones con que he macerado á mi cuerpo, son los consuelos con que habeis regalado á mi alma. (*Psalm.* XCIII).

PROPÓSITOS.

1 La penitencia solo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de ella. ¡Cosa extraña! todo asusta á los sentidos, cuando se ofrece hacer alguna mortificacion por amor de Dios: y estos mismos sentidos se conservan muy serenos siempre que el mundo, la pasion y el interés les presenta el propio objeto. Haz hoy alguna reflexion sobre los trabajos que has padecido, sobre las mortificaciones que has tolerado, sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo, por tus amigos, por satisfacer una pasion, por algun interés, ó por alguna condescendencia: y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ¡Qué desigualdad! Contentaríase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el mundo. ¡Y qué consuelo seria ahora el tuyo, si hubieras padecido algo por amor de Dios! ¡Qué alegría, qué satisfaccion se siente en la Pascua, cuando se pasó la Cuaresma en ejercicios de penitencia! Y cuando tú mismo has padecido algo por motivo de religion, ¡qué gozo es el tuyo! Si no lo has experimentado hasta ahora, haz luego la experiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia; y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2 Pero son muy inútiles los propósitos, vagos é indeterminados:

para que sean eficaces es menester descender á cosas particulares. Primero: En lugar de irte á pasear, ó hacer alguna visita, cuando menos inútil, vete á una iglesia á llorar á los piés de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo: Hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Estar de rodillas sin arrimarse; privarse de ciertas diversiones, por otra parte permitidas, á que se tiene inclinacion: prohibirse por espacio de un año ciertos manjares, ciertas frutas, ciertas golosinas, á que inclina vehementemente el apetito; negarse ciertas delicadezas, que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad; no comer jamás sin sazonar la comida con alguna mortificacion: en fin, hacer todos los dias, ó á lo menos en determinados dias de la semana, y singularmente las vísperas de las fiestas, y aun los mismos dias de comunion, algunas penitencias, con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañan de cerca estos piadosos ejercicios, te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprehension de los que jamás los gustan.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

San Isidoro, obispo, en Sevilla de España, esclarecido en santidad y doctrina, el cual con el celo de la fe católica, y con la observancia de la disciplina eclesiástica, ilustró las Españas. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Agatópode, diácono, y Teodulo, lector, en Tesalónica, los cuales en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Faustino, por confesar la fe católica, les ataron al cuello una gran piedra, y los arrojaron al mar.

La dichosa muerte de san Ambrosio, obispo y confesor, en Milan, por cuyo celo, dejando aparte otras pruebas maravillosas de su doctrina y milagros, se convirtió á la fe católica cási toda la Italia, abandonando la perfidia arriana.

San Platon, monje, en Constantinopla, el cual con ánimo invencible resistió por muchos años á los herejes destruidores de las sagradas imágenes. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Zósimo, anacoreta, en la Palestina, el cual enterró el cadáver de santa María Egipcíaca.

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

San Isidoro, nobilísima hermosura de la Iglesia católica, célebre doctor entre los ortodoxos, en nada inferior á los santos Padres que le precedieron, doctísimo hasta el fin de los siglos, digno de nom-

brarse con reverencia, con cuyo elogio celebraron su mérito los Padres del concilio octavo de Toledo, nació en la ciudad de Cartagena de España. Sus padres, Severiano, capitan de la milicia correspondiente á aquel departamento, y Turtura, señora de grande mérito, mas recomendables ambos por su religiosidad que por su leal sangre, aunque tenian bien acreditada su piedad cristiana en la educacion de sus hijos san Leandro, Fulgencio y Florentina, á quienes tributa culto la Iglesia; parece, si cabe, que se excedieron en la crianza de Isidoro, último fruto de las bendiciones que les concedió el Señor en su dichoso matrimonio, movidos de las señales con que el cielo quiso manifestar desde luego que franqueaba á España por su medio un héroe capaz de eternizar su gloria. El mismo prodigio que se refiere del máximo doctor san Ambrosio, presagio seguro de su futura elocuencia, se dejó ver en nuestro Santo: dejóle por olvido un dia el ama que le criaba entre las flores del jardin de su casa: y advirtiendo el padre desde un mirador un enjambre de abejas, que con extraordinario susurro subian y bajaban hácia el cielo, queriendo con sus domésticos inspeccionar la causa, llegándose al sitio, vieron con admiracion que entrando y saliendo por la boca del niño, habian formado un primoroso panal sobre su rostro, y abrazándole el padre bañado en lágrimas, volando los animales á la region del aire, desaparecieron al momento.

Este indicio asombroso, pronóstico nada equívoco de que Isidoro seria con el tiempo un doctor melifluo, que iluminaria la Iglesia con la dulzura de su doctrina, y que lanzaria de ella á los enemigos de la fe, obligó á sus padres todo el tiempo que vivieron, y á sus hermanos Leandro y Florentina, á que se esmerasen en el cultivo de aquella noble planta, que ofrecia desde luego dar en lo futuro abundantísimos frutos provechosos al pueblo. Con este objeto no omitieron diligencia alguna que pudiera contribuir á imprimir en el alma de Isidoro los grandes dictámenes de la Religion, y de fecundar su entendimiento con todas las ideas científicas. Leandro, que ya le consideraba como un sucesor de su espíritu para rebatir á los enemigos de la Religion, tomó á su cargo su educacion, y buscó los mas sabios y excelentes maestros para que le ayudasen. Fue tal la aplicacion del jóven, que acompañada de las superiores luces que le dispensó el cielo, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Instruido perfectamente en la gramática, retórica y lógica, aritmética, geometría, astrología y música (que con las frases de Triunvio y Quadruvio se entienden en los escritores antiguos): esclarecido en la doctrina de

los filósofos; erudito en las leyes divinas y humanas; sabio como ninguno en las letras griegas, hebreas y latinas; perfeccionado en cási todas las ciencias de los mortales, lo que es inaudito en nuestros tiempos; se admiraba en Isidoro el ingenio de un Platon, el estudio de un Aristóteles, la elocuencia de un Tulio, la copia de escritos de Calcentero ó Didimo Alejandrino, la erudicion de un Orígenes, la gravedad de un Gerónimo, la doctrina de un Agustino, y la profundidad de un Gregorio. La carta sola, que escribió en su juventud sobre la bienaventuranza, enviada á san Gregorio el Magno por su hermano Leandro, basta para confirmar lo dicho: la cual hermoseó con tantas sentencias de los filósofos, con tantas flores de las santas Escrituras, con tan nerviosa elocuencia, y con tan vehemente estilo, que al leerla aquel gran Papa, admirado de la discrecion de su razonamiento, de la sabia conexion de las sentencias, y de la abundante instruccion en las ciencias del autor, profetizando cuál seria Isidoro en lo futuro, no pudo menos de prorumpir lleno de gozo, segun se dice: Ved á otro Daniel, y á otro Salomon en España. A toda esta gran sabiduría daba el mayor realce la inocencia de su vida, la pureza de sus costumbres, el retiro del mundo, la ocupacion continua en el estudio de las santas Escrituras, en los ejercicios de penitencia, y en la exactitud con que servia al Señor en el estado eclesiástico.

Desterró de Sevilla el rey Leovigildo, acérrimo defensor de la herejía arriana, á sus hermanos Leandro y Fulgencio, no por otra causa, que la de oponerse valerosamente á la impiedad, y de sostener con el mayor espíritu la consustancialidad del Hijo con el eterno Padre, que era el punto de la controversia. Sintió Isidoro en el alma atentado tan injusto; y aunque jóven, como se hallaba instruido en toda clase de ciencias, y con especialidad en las sagradas, animado de aquel celo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, encendido en el fervor de padecer martirio, pronto á morir por la defensa de la Iglesia católica, guarnecido con las armas de la fe, se declaró como fortísimo atleta contra los violentos ímpetus del rey inicuo, y poderosos secuaces del error. Disputó con los herejes con tanto ardor, los refutó con tanta sabiduría, y convenció la impiedad con tan nerviosa elocuencia, que no pudiendo resistir al rio caudaloso de erudicion que salia de su boca, maquinaron contra su vida de varios modos; pero el Señor le libró, porque le guardaba para superiores empresas.

Leandro, que en el destierro supo los progresos de su hermano

Isidoro, á quien amaba tiernamente, no pudiendo contener el gozo dentro del pecho, le indicó, á pesar de su gravedad, con tiernas lágrimas de alegría. Recurrió á Dios para que le confortase con su gracia, y ayudándole con sus sabias cartas aquel gran padre y maestro, triunfó el jóven del infernal monstruo que devoraba á España. Serenada tan deshecha tormenta con la muerte de Leovigildo, restituido Leandro á su cátedra, perfeccionó, si cabe, las altas ideas de Isidoro con sus sabios consejos, notoria experiencia y prudencia consumada. Murió aquel celebérrimo Prelado lleno de triunfos y merecimientos, é interesada la santa iglesia de Sevilla en las preces acostumbradas, para que el Señor se dignase concederle un sucesor del difunto, por aclamacion comun se hizo la eleccion en Isidoro, muy distante de apetecer honoríficos empleos; pero no bastando para rendir su humilde repugnancia las súplicas del rey Recaredo, y los continuos ruegos de los próceres del reino, arrebatándole el pueblo entre vivas y aplausos, le sentaron por fuerza en la silla episcopal, impacientes todos por ver ocupar el trono eclesiástico al electo, todo hermoso, todo amable y todo deseado: hermoso por naturaleza y gracia; amable por su bondad, inocencia y justicia; y deseado por su santidad, doctrina y elocuencia. Dieron parte de la eleccion á san Gregorio, pontífice, para que la confirmase, quien no solo lo hizo con inexplicable gozo, sino es que para honrarle le envió el palio con la jurisdiccion vicaria de la Santa Sede en toda la Iglesia de España.

Apenas se vió este gran Santo en aquella sublime dignidad, no ignorando los formidables cargos á ella anejos, confiado en la gracia del Señor, que le eligió, atendió únicamente al cumplimiento de su obligacion. Negando los oidos á todo lo que no era su deber, y manifestándose enemigo de toda cobarde complacencia, é incapaz de toda indigna lisonja; igualmente distante de los dos extremos de cobardía y temeridad, interesó su vigilante celo en la reforma de las costumbres de su pueblo, en hacer que floreciese la disciplina eclesiástica, y en que sirviese de ejemplar su clero: pero lo hizo con tal prudencia, dulzura y destreza, que todos cedieron gustosamente á su celo, admirados de ver en su santo pastor brillar todas las virtudes á competencia; de forma, que si no fue el original, á lo menos fue el modelo de los prelados perfectos, que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia.

Serian necesarios muchos volúmenes para explicar su prodigiosa conducta y admirables hechos. Basta decir, para que se forme alguna idea, que siempre se manifestó prudente, siempre constante, siem-

pre modesto, y siempre justo. Prudente en disponer, elegir y discernir; constante en sufrir y proceder; modesto en apetecer, decir y hacer; y justo en obrar y determinar. En todo útil y en todo experto: útil en orar, suplicar, deprecar y predicar; y experto en plantar y edificar.

Con un breve, aunque compendioso elogio, explica su amado discípulo y confidente Braulio, obispo de Zaragoza, el porte de su maestro; fue Isidoro, dice, esclarecido en el don de profecía, liberal en las limosnas, propicio en la hospitalidad, recto de corazon, vivo en las sentencias, justo en los juicios, continuo en la predicacion, infatigable en las exhortaciones, estudiosísimo en ganar almas á Dios, cauto en la exposicion de las santas Escrituras, próvido en los consejos, humilde en el vestido, sobrio en la comida, devotísimo en la oracion, brillante en la honestidad. Doctor y padre de los clérigos y pueblos, protector de los monjes y monjas, tutor de las viudas y pupilos, libertador de los presos, consuelo de los afligidos, defensor de los ciudadanos, quebrantador de los soberbios, y martillo de los herejes.

Brillaba esta luminosa antorcha en el candelero de la Iglesia de España, esparciendo los rayos de su ilustracion, no solo en los dilatados términos de su vasta diócesis, sino en las provincias contiguas y remotas, haciéndose mas recomendables todas sus sobresalientes prendas por su profunda humildad, creyéndose elevado al sublime ministerio episcopal, no para honor, sino para el trabajo; no para presidir, sino para servir; no para quietud, sino para la tarea; no para enriquecerse, sino para invertir sus rentas en los pobres, de quienes son patrimonio; sobre lo cual fue su caridad tan sin límites, que todos se asombraban de ver como fuesen capaces las rentas de su obispado para socorrer á tanto número de necesitados, para la redencion de tantos cautivos, para tantas obras piadosas como hizo, para la ereccion y reedificacion de tantas iglesias, y para las fundaciones de tantos monasterios de ambos sexos.

Persuadido que la felicidad de la república consiste en que la juventud se instruya en letras y buenas costumbres, y que es en vano todo cuidado sin este indispensable principio; deseoso de facilitar este bien comun, erigió en Sevilla un seminario de enseñanza pública, á fin de que en él aprendiesen letras humanas y divinas, no solo sus diocesanos, sino todos los de la nacion que quisiesen concurrir á aquella escuela, donde con el mayor celo y amor paternal se ejercitaba en tan laboriosa ocupacion; buscando para el mismo intento los mas sa-

bios y virtuosos maestros, á quienes encargaba de continuo celasen sobre la educacion de los jóvenes con el esmero posible, teniendo el consuelo de ver en España muchos discípulos que recomendaron su aula, memorables entre otros san Braulio y san Ildefonso.

No satisfecho su celo con tantos y tan graves cuidados, creyéndose nacido para utilidad de todos, salia no pocas veces por los pueblos y ciudades á predicar la palabra de Dios, y á animar á los fieles al servicio del Señor con su doctrina, consejos y exhortaciones. A los que no podia ilustrar su presencia, lo hacia por emisarios y escritos, sin que hubiese pueblo alguno que no participase de los beneficios de su caridad y celo apostólico. Era el Ángel de paz en todas las discordias, tan respetado de los reyes y príncipes, que venerándole como á su santísimo padre, obedecian sus disposiciones con suma devocion: en una palabra, tenido como el oráculo de su siglo, concurrian de todas las partes del mundo doctos, nobles y plebeyos á oir su celestial doctrina, á ver las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo, y á ser sanos de las enfermedades que padecian los enfermos.

Pasó á Roma á ruegos de san Gregorio Magno, tanto para satisfacer los deseos que tenia de ver á nuestro Santo, como para tratar negocios útiles á la Iglesia: fue recibido de aquel Papa verdaderamente grande, y de todos los cardenales con las demostraciones de honor y reverencia que son posibles. Pasmados todos de ver á un hombre de tan eminente virtud, profunda y vasta sabiduría, no cansados de ver y admirar sus talentos y santidad, solo sintieron que llegase el tiempo de que se ausentase de la capital del orbe aquel oráculo que le seria tan útil.

Su celo, siempre activo y siempre infatigable por conservar la fe, y establecer las mejores reglas de la disciplina eclesiástica, le hizo celebrar dos concilios, que lo fueron el segundo Hispalense, y cuarto de Toledo: al tiempo que convocó aquel, vino á Sevilla un obispo sirio de nacion, llamado Gregorio, antesignano de la herejía de los Acéfalos, hombre soberbio, orgulloso, pronto en paralogismos, y agudo en las disputas, que como un rápido rio habia arrebatado á no pocos en el abismo de su error, separándolos del gremio de la Iglesia. Creyó que podria pervertir á muchos si lograba vencer á Isidoro en disputa pública: atrevióse á proponerle este medio, con la condicion de que la presenciasen jueces que pronunciasen la sentencia digna contra el vencido: conociendo el Santo la utilidad que resultaria á la Iglesia de admitir el partido, concurrieron en el dia

señalado; pero al oir el hereje aquel celestial oráculo, que á manera de un torrente vertia una erudicion copiosísima y profunda, no pudiendo resistir al espíritu y sabiduría con que hablaba, sin esperar á que decidiesen los jueces, se confesó públicamente vencido, y lo que es mas, reconocido y convertido á la fe católica.

En el concilio Toletano IV, uno de los mas célebres de la nacion, al que asistieron sesenta y nueve obispos, fue donde mas brilló el celo y eminente sabiduría de este incomparable Prelado: en él dió reglas de fe á todos los sacerdotes de la Iglesia de Jesucristo; instituyó leyes para los reyes y príncipes; compuso todos los oficios y grados de las órdenes; mostró á los ciudadanos los sagrados derechos, y anunció á todos los pueblos la disciplina de la religion cristiana; y mereciendo el honor de que le encargase todo el concilio de la reforma de los oficios eclesiásticos, que con alguna variedad se celebraban en España, lo hizo con tanto acierto, que por él se llamaron despues Gótico Isidorianos.

Cuánta fuese su sabiduría, se puede conocer por las admirables obras que compuso, referidas por su discípulo san Braulio, como son los dos libros de Diferencias, en los que aclara con sutileza las cosas que por el uso se profieren con confusion: el de los Proemios, donde con breve anotacion distingue lo que contiene cada libro de la santa Escritura: el del Nacimiento y muerte de los Padres, en el que refiere con brevedad sus hechos, muerte y sepultura: los dos libros de Oficios eclesiásticos, que dirigió á su hermano Fulgencio: los dos de los Sinónimos, donde exhorta al alma, y la alienta á la esperanza de la vida eterna: el de la Naturaleza de las cosas al rey Sisebuto, en el cual trató varios puntos oscuros acerca de los elementos, con doctrinas así de los doctores eclesiásticos, como de los filósofos: el de los Números, donde con ciencia aritmética teje los insertos en las escrituras eclesiásticas: el de los Nombres del antiguo y nuevo Testamento, en el que demuestra lo que significan misteriosamente las personas que en ellos se nombran: el de Herejes y herejías, donde siguiendo los vestigios de los mayores, recopila con brevedad lo dicho en aquellos: los tres libros de Sentencias, hermoseados con las flores de los Morales de san Gregorio, á cuyos ruegos compuso un compendio de estos: el Cronicon desde el principio del mundo hasta su tiempo: los dos libros contra los Judíos, á instancia de su hermana Florentina, donde probó todos los dogmas que cree la fe católica con abundantes sentencias de la Ley y los Profetas: el de Generacion eterna y temporal de Cristo, confirmada con los testimonios de Isaías:

la segunda exposicion del Cántico de los cánticos: el libro de los Varones ilustres: la discreta regla que dió á los monjes, segun el uso de la patria, y con temperamento á las fuerzas de los regulares: el libro del Orígen de los Godos, y de los reinos de los Suevos y Vándalos: los dos libros de Cuestiones: la cuarta traduccion del Salterio: las exposiciones sobre los libros de Moisés, Salmos y cuatro Evangelios: muchos Tratados del derecho canónico y civil: el voluminoso código de las Etimologías de las voces, convenientísimo para toda filosofía; con otros muchos escritos que indica, pero no explica el mismo san Braulio, quien es de dictámen que Dios eligió á Isidoro para que restaurase las ciencias de los antiguos, perdidas por la injuria de los tiempos: asegurando que floreció con tanta sabiduría, que no solo en nuestros tiempos, sino en el de los Apóstoles, y mucho antes, excepto el primer hombre y Salomon, no hubo quien le excediese.

Ultimamente, conociendo por la debilidad de su naturaleza, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo de los mortales, se dispuso á recibir la muerte con las preparaciones que se dejan discurrir en una alma llena de temor de Dios. Asaltóle una fiebre maligna, y convocado el clero y pueblo, hizo que se le llevase á la iglesia de San Vicente mártir, parroquia permanente hoy en Sevilla, donde envuelto en un cilicio, rociado de ceniza, por los obispos Juan de Ilipa, y Esparcio de Itálica, como otro penitente David, elevadas las manos hácia el cielo, pidió á Dios perdon de sus pecados con una oracion tan tierna y afectuosa, que conmovió á los circunstantes á derramar copiosas lágrimas; pero recreado su espíritu con una vision celestial, después que hizo á todos una exhortacion propia de su celo, entregó su alma en manos del Criador en el dia 4 de abril del año 636, habiendo gobernado su iglesia cerca de cuarenta años. Apenas espiró nuestro Santo, se cubrió de luto toda la ciudad; lloraron los obispos á su jefe, los príncipes á su preceptor, los clérigos á su doctor, los monjes y monjas á su rector y maestro, y los pobres, viudas y pupilos, á su padre y defensor; bien que queriendo el Señor templar la pena de aquel pueblo inconsolable, manifestó la gloria de su siervo con señales visibles, como fueron el que despidiese su cuerpo un olor suavísimo como el de los mas fragantes aromas; el que sanasen no pocos enfermos de diferentes accidentes con solo su contacto; y el manifestar á muchos su subida á los cielos entre una multitud de Ángeles, que le llevaban con cánticos de júbilo y alabanzas; saliéndole á recibir Jesucristo entre una comitiva innumerable de espíritus celestiales.

Su venerable cadáver fue sepultado en la iglesia de Santa Justa y Rufina, junto á los de sus hermanos Leandro y Florentina, donde se mantuvo en suma veneracion hasta el año 1063, que fue trasladado á la ciudad de Leon en tiempo de D. Fernando I de Leon, quien salió á recibirle al rio Duero con sus hijos Sancho, Alfonso, García, Elvira y Urraca; y conduciéndole á pié descalzo, al entrar en la ciudad sobre sus reales hombros, como otro David el arca del Testamento, acompañado de muchos obispos, abades, clérigos y monjes con cánticos de himnos y salmos, se depositó en la iglesia de San Juan, donde el Señor se ha dignado obrar por su intercesion innumerables prodigios; memorables entre otros á favor de los reyes de España, los importantes avisos y proteccion que dispensó á Alfonso VI en la conquista de Toledo; á Alfonso VII en la de Burgos; á Alfonso IX en la de Mérida, y á san Fernando en la importantísima de Sevilla.

SAN PLATON, ABAD.

Fue san Platon hijo de Sergio y de Eufemia, cuya virtud era igual á la calidad, y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas, las cuales se distinguieron en el mundo, mas por su vida ejemplar que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas. Por lo que toca al mismo Platon, se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche, sin que jamás hubiese aflojado en sus virtuosas inclinaciones, ni manchado el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impío emperador Constantino Copronimo, enemigo declarado de Jesucristo y de sus Santos, afligia al imperio con un terrible azote que le desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa: aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul, formada con perfeccion, y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal, se sentia tocada del contagio, y espiraba sin remedio pocas horas después. El rigor de este azote se experimentó en Constantinopla mas que en otra alguna parte del imperio: perecieron mas de los dos tercios de aquella populosísima ciudad con muerte repentina; tocó esta suerte al padre y á la madre de nuestro Santo.

Quedó Platon muy niño, encomendado á la tutela de un tio suyo

que atendió con particular desvelo á su cristiana educacion. Aprovechóse bien de ella. No habia en Constantinopla jóven de su edad de ingenio mas pronto, mas penetrante ni mas desembarazado; de mejor corazon, de mas blando natural, ni de modales mas nobles y mas cortesanos. Sobresalia principalmente su habilidad en el manejo de los negocios; y hallándose á la sazon su tio y curador, en el empleo de tesorero general del imperio, le dedicó á una mesa de su misma oficina, donde en poco tiempo dió tan grandes pruebas de su exacta hombría de bien y de sus raros talentos, que apenas se hablaba en la corte de otra cosa.

Como juntaba una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo iba armando á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante, en que le esperanzaba su propio mérito. Inútilmente pusieron su virtud á la mayor prueba con todo aquello que mas pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado ó menos sólido. Inútilmente le presentaron los mas apreciables partidos, le brindaron con los mas elevados empleos. Nunca le deslumbraron las aparentes brillanteces, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba. Y aunque jóven rico, y en medio de una corte donde todo convidaba á la diversion, vivia con la circunspeccion, con el arreglo, con la devocion que pudiera un solitario. El tiempo que los otros jóvenes de su edad y de su esfera dedicaban ordinariamente al juego y á las diversiones, le empleaba él en leer libros espirituales, en oracion y en obras de caridad. Esta virtud tan ejemplar añadia mucho esplendor á su mérito. Todos aplaudian y aun veneraban á Platon como á la maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla, por atender únicamente al cuidado de su propia salvacion.

Resuelto ya el sacrificio, distribuyó los grandes y ricos bienes que habia heredado de sus padres, parte en sus hermanas, y lo demás entre los pobres. Rotos estos lazos, salió de Constantinopla á los veinte y cuatro años de su edad, cortado el cabello, vestido de una ropa negra, y se encaminó al monasterio del monte Olimpo, en el sitio llamado *los Simbolos*, para entregarse á la disciplina de Teoctisto, abad de aquel monasterio.

Informado el santo Abad de su nombre, calidad y pocos años, le pareció que un temperamento tan delicado no podria con vida tan

rigurosa, y no perdonó á medio alguno para desviarle de aquel intento; pero quedó asombrado cuando oyó la resolucion del generoso mancebo: *¿Qué importa*, le dijo, *que sea de complexion débil, si la voluntad es robusta? Pues qué, ¿no hemos de contar algo con la gracia? Yo, padre, no vengo aquí para darme á Dios á medias; tú has de ser el absoluto dueño de mi espíritu, de mi voluntad y de mi vida. A la verdad no podré hacer cosas grandes, pero sabré obedecer.*

Acreditó admirablemente su proceder la sinceridad de su promesa. No hubo hombre mas humilde, mas mortificado, mas exacto, mas rendido. Hechizado el santo Abad de las admirables disposiciones del nuevo discípulo, no omitió diligencia ni arbitrio alguno que fuese conducente para cultivar aquel nobilísimo terreno. Ocupábale siempre mucho, y le mortificaba mucho mas. Acrisolaba su virtud con sensibles humillaciones, y la ejercitaba en continuas pruebas. Como nuestro Santo únicamente suspiraba por conseguir la mas encumbrada perfeccion, hizo tan grandes progresos en ella bajo la disciplina de tan hábil maestro, que muerto Teoctisto, no quisieron los monjes otro superior. En vano se resistió su humildad; la unánime aclamacion de todo el monasterio era prueba de que Dios le queria en aquel empleo, y él le desempeñó dignamente.

Viéndose á la frente de todos, comprendió que era obligacion precisa suya ser superior á todos en todo género de virtudes; y procediendo segun este concepto, solo se conocia que era superior por lo que sobresalian sus ejemplos. Acostumbraba decir que un superior habia de mandar mas con las obras que con las palabras, porque estas mudas exhortaciones hacian mas efecto que los discursos mas elocuentes.

Nunca se le veia ocioso: la oracion y la lectura de los santos Padres y de la sagrada Escritura eran todas sus delicias. Su sobrino Teodoro Studita, que escribió su vida, dice que apenas se pueden contar los muchos extractos que hizo de los lugares mas escogidos de los santos Padres; y que todos los libros espirituales, que en tan gran número se hallaban en los monasterios, eran efecto de su laboriosidad y piadosísimo trabajo.

Mientras nuestro Santo se dedicaba con tanto desvelo á que floreciese la observancia y el fervor en su monasterio, el emperador Constantino Copronimo turbaba la Iglesia de Jesucristo con la guerra que habia declarado á las imágenes de los Santos y á los defensores de ellas. Fue horrible la persecucion; y fue mas cruel contra los monjes, por haberse declarado los mas ardientes defensores de la verdad

católica contra el error del impío Emperador. Fueron pocos los monasterios que no se llorasen arrasados; eran desterrados los monjes mas santos y mas celosos; y muchos de ellos recibieron la corona del martirio. Pero el Señor, que nunca desampara á su rebaño, conservó á nuestro Santo en el corazon del desierto para volver á encender en él la fe y el fervor despues de la tempestad.

Obligándole algunos negocios á pasar á la corte de Constantinopla, fue recibido en ella como el ángel del desierto. Su presencia animó en todos la piedad, y no contribuyó poco á extinguir las miserables reliquias del incendio que habia excitado la herejía de los Iconoclastas. Hizo famosas conversiones, restituyó á su antiguo ser la disciplina religiosa en las comunidades; el celo y la edificacion en el estado eclesiástico; la reformacion de costumbres en todos los estados; y en fin, refloreció con su presencia la Religion de tal manera, que parecia haber mudado de semblante toda la corte.

En medio de tan gloriosas como trabajosas fatigas en que le empeñaba el celo y la caridad, no se dispensó en algunas de sus ordinarias penitencias. Instóle el patriarca de Constantinopla para que admitiese el obispado de Nicomedia, pero no fue posible vencer su profunda humildad. Suspiraba continuamente por su amado desierto, y así se retiró á él con la mayor presteza luego que se lo permitieron los negocios que le llevaron á la corte; pero su gran reputacion inquietó presto su retiro. Querian que a lo menos viviese cerca de la corte imperial, donde habia hecho en tan poco tiempo tan portentosas conversiones; y sin dar oidos á las muchas razones que alegó, ni rendirse á la resistencia que hizo, le obligaron á aceptar el gobierno del monasterio de Sacudio ó Sacudion, cerca de Constantinopla.

Luego que entró en él restituyó á su antiguo rigor y pureza la regla de san Basilio. Despidió todos los criados que dormian dentro de las cercas del monasterio, aunque fuera de la clausura, y cuidaban del ganado que se criaba en los pastos que habia sin salir del recinto de las mismas cercas. Desembarazada la casa del ruido de los seglares, volvió á entrar en ella el espíritu de soledad y el monástico silencio. Esta reforma le ocasionó grandes pesadumbres y persecuciones; pero con su teson, con su mansedumbre y con sus ejemplos salió al cabo con todo cuanto intentaba.

El año de 786 asistió al sínodo de Constantinopla en la iglesia de los santos Apóstoles, y en él defendió el culto de las santas imágenes con tanto celo, con tanta elocuencia y con tanta intrepidez, que des-

concertó las artificiosas medidas de los herejes, y consiguió que triunfase la verdad. El año siguiente se halló en el segundo concilio Niceno general, al que suscribió como abad de Sacudion, y donde trabajó tan eficazmente con san Tarasio y los demás Padres del concilio en restituir el culto de las sagradas imágenes, que los Iconoclastas le aborrecieron siempre como á su mas cruel azote. Vuelto á su monasterio, pasó siete años continuos en la mayor abstraccion y retiro, y en el ejercicio de rigurosas penitencias. Pero habiendo caido enfermo, se valió de este pretexto para renunciar la abadía, en la cual le sucedió su sobrino Teodoro.

Habiendo repudiado á la emperatriz María, su legítima mujer, el emperador Constantino, hijo de la emperatriz Irene, se casó públicamente, con escándalo de toda la Iglesia, con Teodora, dama de la misma emperatriz, y parienta muy cercana de nuestro Santo. Con todo eso él y su sobrino Teodoro fueron cási los únicos que no acertaron á disimular tan gran maldad. Y aunque el Emperador se valió de cuantos medios pudo para reducirle al partido de su escandalosa pasion, de ruegos, de promesas y de amenazas, nada bastó para doblar su generosa entereza y su religion. Esto le ocasionó una persecucion deshecha y cruel. Fueron maltratados todos sus religiosos, y alcanzó la desgracia hasta á muchos de sus parientes; pero ni por eso blandeó su celo, ni se alteró su tranquilidad. Vióle el mundo, no sin admiracion, por largo tiempo en un estrecho calabozo, tan sereno y tan recogido como si estuviera en su celda, aunque el carcelero, á quien se encargó su custodia, era el mismo clérigo que habia asistido al ilegítimo matrimonio de los adúlteros.

Pero habiendo muerto desgraciada y repentinamente el Emperador, la emperatriz Irene le volvió á enviar á su monasterio de Sacudio colmado de honras, y venerándole como á mártir. Hicieron los bárbaros por este tiempo una irrupcion en aquellas partes, lo que obligó á Platon á retirarse al monasterio de Studio. Los monjes quisieron precisarle á que admitiese aquella abadía; pero el Santo se mantuvo firme en no aceptarla, queriendo vivir no solo como particular, sino en cierta manera como recluso. El teson con que se mantuvo en no admitir á la comunion al clérigo que habia asistido al escandaloso matrimonio del difunto Emperador, excitó contra él otra nueva persecucion de su sucesor Nicéforo. Enconaron tanto el ánimo de este Príncipe los herejes encubiertos que seguian la corte, y eran enemigos mortales de nuestro Santo, que le desterró á una de las islas del Bósforo. Pero muerto Nicéforo á manos de los escitas, y

derrotado su ejército, el emperador Miguel, que le sucedió, y era príncipe piadoso, levantó el destierro á Platon. Mas los grandes trabajos que habia padecido, su mucha ancianidad y sus continuas rigurosas penitencias, aceleraron su muerte. Viendo que se iba acercando la última hora, llamó á todos los monjes, que eran mas de novecientos, y dándoles su bendicion, les rogó que le condujesen á la sepultura que habia destinado. Luego que la vió, exclamó lleno de consuelo: *Este es el lugar de mi descanso hasta el fin de los siglos;* y añadió después: *el Señor cumple los deseos de los que le temen, y los libra de sus males.* Concurrieron las personas mas distinguidas de la ciudad á recibir su bendicion, y á encomendarse en sus oraciones, siendo de este número el patriarca Nicéforo. No dejó Platon de orar hasta que dejó de vivir, continuando su amorosa union con el Señor hasta el último suspiro. En fin, habiendo rogado á Dios en alta voz por todos sus hermanos, por toda la santa Iglesia, y en particular por todos los que le habian perseguido, murió santamente el sábado de Ramos del año 813, á los setenta y nueve de su edad, habiendo pasado los cincuenta y cinco en el monasterio.

Escribió su vida su sobrino y sucesor san Teodoro Studita, y da fin á ella con esta devota oracion, dirigida á su santo tio:

«Santo Padre mio, dígnate desde lo alto del cielo, á donde te ha «colocado el Señor, de volver hácia mí tus benignos ojos, y de ser, «por tu intercesion, mi apoyo, mi luz y mi guia. *Pasce mecum hunc «gregem, quem multo labore, et sudore collegisti:* Ayúdame á instruir «y á gobernar santamente este rebaño que juntaste con tantos su- «dores y fatigas. *Ut tuis insistens vestigiis ambulet per viam mandato- «rum Dei:* para que siguiendo tus pasos, é imitando tus ejemplos, «jamás se aparte de los caminos y mandamientos de Dios. *Observa, «fove, propugna tam magnos, quam parvos, quemadmodum te rogari in «hora exitus tui:* Vela, conserva y defiende, así á los grandes como «á los pequeños; como te lo supliqué en la hora de tu muerte. *Tui «enim sunt omnes;* porque grandes y pequeños, tuyos son todos, no «menos que mios, á quien tú quisiste darles por padre, para que te- «niéndote por nuestro protector en la presencia de Dios, no temamos «á nuestros enemigos, nunca caigamos en error, nos mantengamos «firmes en la fe, miremos con horror toda relajacion, y persevere- «mos hasta el último suspiro en la santidad de vida que abrazamos «en Jesucristo Nuestro Señor, á quien sea gloria, honra y poder,

«con el Padre y con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los «siglos. Amen.»

La Misa es en honor de san Isidoro, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui populo tuo aeternae salutis beatum Isidorum ministrum tribuisti: praesta, quaesumus, ut quem doctorem vitae habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Isidoro por ministro de la salud eterna: concédenos que tengamos por intercesor en los cielos á quien en la tierra tuvimos por maestro de la vida. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. IV.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, praedica verbum; insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo Juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Negarán los oidos á la verdad. Es la verdad la cosa mas digna de la curiosidad de los hombres. Por una parte se desea, y por otra parece que se recela encontrarla. Preguntó Pilato á Cristo, qué cosa es la verdad, y no quiso esperar su respuesta. Hoy ni hay valor para decir la verdad, ni tampoco hay espíritu para oirla. Gusta mucho á la razon, pero desagrada al amor propio: es enemiga de todas las

pasiones, y por lo mismo todas ellas la hacen una sangrienta guerra. Demuéstrase sin trabajo la verdad, sobre todo en punto de religion; brilla como un astro, pero solo á los ojos sanos y despejados, á entendimientos derechos, á corazones puros y dóciles. Las nieblas que la ofuscan nacen de nuestro terreno. Búscase la verdad, pero por caminos que nos desvian de ella, y por preocupaciones que nos ciegan. Cuando nos domina la pasion, si se hacen algunos esfuerzos, solamente son para oscurecer la verdad. Es el error la primogénita de todas las pasiones. Ningun hereje dejaria de conocer que iba errado, si la pasion no fuera la madre de todos los cismas y de todas las herejías. Deje de ser esclava la razon, obre sin preocupacion el juicio, extíngase la pasion; y al punto se dejará ver la luz de la verdad. ¿Condena la Iglesia un divorcio, un adulterio escandaloso? pues rebélase el príncipe contra la Iglesia. La pasion victoriosa nunca triunfa á medias. Abandona aquel príncipe la fe, por no abandonar su pasion; y fortificándose esta con los primeros excesos, le conduce al último precipicio. Muda de religion, porque la Iglesia no le permite mudar de mujer. Trastorna todas las leyes; fórjase un nuevo sistema de iglesia; y por una serie de errores, que vienen a parar en la última ceguera, se hace cabeza de ella. Este es el gran fundador de la iglesia anglicana, y esta la famosa época de su fundacion. Una forma de iglesia, desconocida á los nuevos cristianos, encerrada en una isla; una pasion violenta que suplió, que hizo las veces de revelacion; unos hombres capaces de honestas costumbres, cultivados, y aun hábiles en las artes y en las ciencias, ni ven, ni sienten la ridiculez de aquel confuso caos, de aquel fantasmon de religion, y de aquel monton atropellado de sectas. ¡Buen Dios! ¡y hasta dónde son capaces de llegar los descaminos del corazon humano cuando se llegó á perder la fe! Pero la verdad mantiene siempre un lenguaje uniforme. ¿De dónde nacen aquéllas interminables variaciones en todas las sectas, en todos los nuevos sistemas de religion? Pretéxtase el especioso nombre de amor á la verdad, así como se adopta el cauteloso título ó sobrescrito de reforma. Pero de buena fe; ¿es la verdad la que se busca? ¿es la reforma la que se practica? salvo que se llame reforma el cortar todo lo que desagrada á los sentidos, todo lo que se opone á la sensualidad, y todo lo que encadena al amor propio. Solo se pretende satisfacer tranquilamente á la pasion, contentar el espíritu de orgullo, de despique y de venganza: solo se pretende acallar los gritos de la conciencia en los descaminos y en los errores: esto es lo que en el fondo se busca, y de

ningun modo se busca la verdad. A esto se dirigen todos los cuidados, todo el estudio y todos los esfuerzos que se hacen para defender el cisma y el error.

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De los medios para conseguir la salvacion, comunes á todos los cristianos.

Punto primero. — Considera que no se contentó Dios con criarnos para él mismo, como para nuestro último fin; quiso tambien, por un efecto de su infinita bondad, obligarnos indispensablemente á ir á él, por la multiud de medios que nos preparó para caminar al mismo último fin. No hay criatura alguna, que considerada en sí misma, no nos sirva de medio para conocer y amar á Dios: si alguna nos sirve de estorbo, es porque abusamos de ella. Los bienes y los males de esta vida; hasta los mismos trabajos que nos envia Dios para

castigar nuestros pecados; todo puede conducir para facilitarnos nuestra salvacion. Nuestros propios defectos pueden tambien contribuir á lo mismo. No tenemos enemigo mas mortal de nuestra salvacion que el demonio: en medio de eso, sus artificios, sus lazos y sus tentaciones pueden servir para salvarnos. Es necesario la gracia para arribar á nuestro último fin, es verdad; sin ella serian inútiles nuestros mayores esfuerzos, no hay duda; mas tambien es artículo de fe, que nosotros podemos faltar á la gracia, pero que la gracia nunca nos puede faltar, y que no hay en el infierno un solo condenado, que no se hubiese condenado por culpa suya, porque quiso, porque no le dió la gana de aprovecharse de los medios que tuvo para salvarse. Somos flacos, no se puede negar; son muy frecuentes las ocasiones, y por la corrupcion que causó el pecado en el corazon del hombre, tenemos una furiosa inclinacion á lo malo; pero ¿se pudieran desear auxilios mas poderosos que los que tenemos para no caer, y para levantarnos después de haber caido? ¿Hemos considerado alguna vez lo fácil que es conseguir nuestra salvacion, como nos queramos aprovechar de los grandes medios que tenemos para conseguirla? Tantos Sacramentos, en los cuales se nos aplican los infinitos méritos de Nuestro Señor Jesucristo: Sacramentos, que, por decirlo así, son como un baño de su preciosísima sangre, en los cuales halla el alma tantos socorros para sus necesidades: Sacramentos, remedios saludables, inagotables fuentes de tantas gracias, ¿no serán medios fáciles y eficaces para llegar seguramente á nuestro último fin? A los discípulos del Salvador les era fácil ser santos, teniendo continuamente á la vista al Santo de los Santos; ¿será muy dificultoso para nosotros, teniéndole tambien perpetuamente en nuestra compañía? Aquellos eran dichosos, porque podian conseguir del divino Salvador lo que deseaban; ¿serémoslo menos nosotros, poseyendo á Jesucristo en la Eucaristía? Tambien la oracion es un medio muy eficaz, puesto que el Señor nos empeñó su palabra, y se obligó solemnemente á concedernos todo cuanto en su nombre le pidiésemos. Ninguna cosa exceptuó en esta obligacion que nos hizo, y esta obligacion la extendió indiferentemente á todo género de personas. No hay mas que pedir, y esto ¿quién no lo sabe hacer? Pero ¿se le piden con mucha instancia estas gracias? ¿Y se hacen muchas diligencias para merecerlas?

Punto segundo. — Considera que aun cuando no tuviéramos mas que el sacrificio de la misa y del altar, parecia debiera ser bastante

para asegurar nuestra salvacion. Por grandes que sean las gracias de que tenemos necesidad, ¿se puede imaginar que un Dios presentado, que un Dios ofrecido por precio de estas gracias, no sea capaz de conseguirnoslas? Debemos mucho á la justicia de Dios, es innegable: necesitamos de auxilios muy extraordinarios; pero una sola comunion, una sola misa, nos puede socorrer con lo que nos sobre para pagar estas deudas, para satisfacer por todas nuestras obligaciones. Tenemos á la mano una hostia, que no puede Dios desdeñar: una hostia capaz de borrar todos los pecados de los hombres; ¿en quién consistirá que no borre los mios? Ciertamente, si se hubiera puesto en nuestro arbitrio, si se hubiera dejado á nuestra libertad la eleccion de medios propios para hacer nuestra salvacion; ¿nos hubiera pasado jamás por el pensamiento escogerlos tan poderosos, tan fáciles y en tanto número? ¿Se nos hubiera nunca ofrecido pedir tanto como Jesucristo nos dió liberalmente? ¡Qué de gracias! ¡qué de auxilios espirituales! ¡qué de Sacramentos, manantiales fecundísimos de todas las gracias! Pero ¿qué uso hemos hecho de tantos medios? ¿como nos hemos aprovechado de tantos auxilios? ¿y qué señal será la de no habernos aprovechado? A la verdad, es menester tener bien poca gana de salvarse, cuando se condena uno con tantos, tan fáciles, y tan eficaces medios para conseguir la salvacion. ¿Qué disculpa tendrémos, qué pretexto, aun levísimamente plausible, podrémos alegar para no haberlo hecho? ¿Qué responderémos á la reconvencion con que nos darán en cara los infieles, y aun el mismo Jesucristo? ¡Qué dolor para un cristiano haberse condenado con tantos auxilios! ¡qué desesperacion la mia, si con tantos auxilios me condeno! ¿Y qué otra cosa debo esperar, si no me aprovecho de estos medios mejor que me he aprovechado hasta aquí? ¿Qué obras ha producido en mí esta fe; la cual es una fe muerta sin las obras? ¿Cuántas veces me he llegado al sacramento de la Penitencia desde que fuí pecador? Y desde que me llegué á este Sacramento, ¿he sido mas penitente?

Serélo, Señor, de aquí adelante, mediante vuestra divina gracia. No me la negueis esta vez, aunque tantas otras no me haya aprovechado de ella: resuelto estoy á emplear mejor en lo por venir los medios que me habeis dado para mi salvacion: haced que sea eficaz este mi propósito.

Jaculatorias.—Ojalá, Señor, que en adelante nunca me desvie del camino de tus mandamientos. (*Psalm.* cxviii).

Grabada tengo, Señor, en mi corazon vuestra santa ley, á fin de no ofenderos jamás. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Al ver que unas casas opulentas, unas familias poderosas, unas fortunas brillantes de repente se deshacen, y caen precipitadamente en la mendiguez y en el olvido, por contratiempos imprevistos, sin que tuviese parte en aquella desgracia ni la falta de prudencia, ni la falta de conducta; todos se mueven á compasion, todos se lamentan de aquel infortunio, y todos adoran los secretos juicios de la divina Providencia. Pero cuando se ven unos hijos, á quienes un padre cuerdo, prudente y de cabeza, dejó inmensos bienes, poderosas protecciones, mucha honra, mucha estimacion y todo género de medios para que fácilmente se pudiesen adelantar, haciéndose mas poderosos y mas ilustres; y estos hijos, por sus viles y viciosas inclinaciones, por una especie de fanatismo, por su brutalidad, y por sus estragadas costumbres disipan miserablemente en glotonerías, en torpezas y en excesos, como el hijo pródigo, todos aquellos grandes bienes; ni se quieren aprovechar de aquellos grandes medios, y se hacen infelices por su culpa y por su antojo; léjos de tenerles lástima, todo el mundo se indigna contra ellos. En este caso nos hallamos nosotros, respecto de los bienes espirituales de que Jesucristo nos dejó herederos, y respecto de los medios que nos proporcionó para adelantar esta herencia, de los cuales no queremos usar, ó abusamos de ellos por culpa nuestra. Enmienda, repara desde luego este abuso; aprovéchate de tantos medios, sobre todo de los Sacramentos, de la real presencia de Jesucristo en el altar, y del poderoso auxilio de la oracion, considerando que en tus manos está, por decirlo así, hacer eternamente tu fortuna.

2 Ninguna devocion, por ligera que parezca, has de despreciar: todas son importantes para la salvacion. Guárdate bien de que sirvan para tu condenacion las que ahora se te proponen: ninguna es inútil; pocas hay que no sean convenientes, y aun acaso tambien necesarias. Cada dia has de hacer con mayor fervor los ejercicios espirituales. Como todos los dias se hace la oracion de la mañana y de la noche; como todos los dias se reza el rosario y se cumple con otras devociones, hay gran peligro de que todo se haga de memoria y por costumbre; y esta, si no se anima cada vez con motivos sobrenaturales, presto degenera. Se reza como por carretilla; se confiesa y se comulga sin fervor; se pone delante de Jesucristo sin devocion y sin

respeto. A lo mas, solo se tiene una devocion fria, seca y estéril. No quieras que en adelante sean inútiles para tí unos medios tan poderosos para tu salvacion.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

San Vicente, confesor, llamado Ferrer, del Órden de Predicadores, en Vannes, en la Bretaña menor, el cual siendo poderoso en obras y en palabras, convirtió muchos miles de infieles á Jesucristo. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Irene, vírgen, en Tesalónica, la cual habiendo ocultado los sagrados Libros contra el edicto de Diocleciano, después de haber sido presa, fue asaeteada y quemada por órden del presidente Dulcecio, por cuyo mandato habian sido ya antes martirizadas sus dos hermanas Agape y Chionia.

El martirio de cinco santos Mártires, en la isla de Lesbos.

San Zenon, mártir, en el mismo dia, al cual después que le hubieron degollado, le untaron con pez derretida, y le echaron al fuego.

El martirio de los santos Mártires, en África, que en la persecucion de Genserico, rey arriano, fueron martirizados en la iglesia en el dia de Pascua; á uno de ellos, que era lector, estando cantando en el púlpito el *Alleluya*, le atravesaron la garganta con una saeta.

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR.

San Vicente Ferrer, tan célebre en toda la Iglesia universal, y uno de los mayores ornamentos del Órden de Predicadores, nació en Valencia de España el año de 1357, de una familia muy antigua, pero no menos acreditada por su piedad y por su caridad con los pobres, que por el esplendor de su nobleza.

Entró en el mundo nuestro Santo enriquecido con tan noble natural, y adornado de tan bellas inclinaciones, que fue su infancia un como preludio de aquel admirable celo y de aquella eminente santidad, que hasta el dia de hoy forman su mas expresivo carácter. Desde luego fueron los pobres el objeto de su inclinacion y de sus cariños. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiese por su tiernecita mano la limosna. Los juegos con los otros niños de su edad eran siempre sobre cosas de devocion; y todos sus entretenimientos se reducian á hacer oracion, y á leer libros devotos. Fue niño poco tiempo, y nunca se deslizó en los vicios de la juventud.

Era de ingenio vivo y penetrante, y de memoria feliz. Á los doce años comenzó la filosofia; dos años después la sagrada teologia, en

la cual hizo tan grandes progresos, que á los diez y siete años sabia mas que sus maestros.

Como iba creciendo en sabiduría, iba tambien creciendo en santidad. El estudio no le impedia la devocion. Favorecióle el cielo con el don de lágrimas en una edad poco acostumbrada á semejantes piadosas impresiones. La materia mas frecuente de su meditacion era la pasion de Cristo, y cási desde la cuna mostró su tierna devocion con la santísima Vírgen.

Acabados los estudios á los diez y siete años de su edad, le declaró su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, caso que no le llamase Dios al estado eclesiástico ó religioso; pero quedó gustosamente sorprendido cuando oyó de boca de su hijo la resolucion en que estaba de abrazar el instituto de santo Domingo, donde florecian la sabiduría, el celo y el mas ejemplar fervor. Lleno el piadoso padre de un ternísimo gozo: *Ahora sí, hijo mio,* le dijo echándole los brazos al cuello, *ahora sí que entiendo un sueño que tuve pocos dias antes que nacieses. Soñaba, que entrando en la iglesia de los Padres Predicadores, se llegaba á mí un religioso, y me daba la enhorabuena de que tendria un hijo, que con el tiempo seria uno de los mas brillantes astros de su Órden, y cuyo celo igualaria al de los Apóstoles de los primitivos tiempos de la Iglesia.* Al oir estas palabras, respondió Vicente: *Pues, padre y señor, no dilatemos un momento el cumplimiento de un vaticinio tan dichoso para mí: siendo tan clara la voluntad del Señor, seria muy delincuente cualquiera dilacion.* Admirado y enternecido el padre con la generosa resolucion de su hijo, él mismo le condujo al convento de Predicadores que habia en la ciudad. Presentóle al prior, que le recibió como un don venido del cielo, conociendo bien el inestimable valor del regalo que le hacia.

Aun no siendo mas que novicio se dudaba hubiese en la comunidad religioso mas perfecto. Desde luego se propuso por modelo la vida de su santo fundador, y sin ponderacion se puede asegurar que salió la copia parecida al original. Después de hecha la profesion religiosa, solo se dedicó á desempeñar la perfeccion de su estado; y así por la santidad de su vida, como por la eminente doctrina que adquirió en la carrera de los estudios, fue sin disputa uno de los hombres mas sabios y mas santos de su siglo.

El estudio interrumpia poco ó nada la oracion: *¿Quieres estudiar con fruto?* dice el mismo Santo en su tratado de la Vida espiritual (cap. II), *pues procura que la devocion acompañe siempre al estudio. Consulta mas con el Espíritu Santo que con los libros, y pide incesan-*

lemente á Dios la inteligencia de lo que lees. ¿Te cansa, te fatiga el estudio? pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazon añaden nueva fuerza y nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves, pero fervorosas jaculatorias: no dés principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion; porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio, ni de nuestro trabajo.

A los veinte y cuatro años de su edad le nombraron los superiores para que leyese filosofía á los frailes del convento: lo que hizo con tanto crédito, que desde luego se declararon por discípulos suyos setenta estudiantes seculares. A vista de aquel primer ensayo de la sublimidad de su ingenio, juzgaron los superiores que para él era corto teatro Valencia. Enviáronle primero á Barcelona, y después á Lerida, que era á la sazon celebérrima universidad de Cataluña. Allí recibió el grado de doctor, siendo de edad de veinte y ocho años, por mano del cardenal Pedro de Luna, legado á la sazon de la Silla apostólica en España. Vuelto á Valencia, el obispo, el cabildo y la ciudad le obligaron á explicar en público la sagrada Escritura, y á leer algunas materias de teología; pero conociendo todos el eminente talento que tenia para el púlpito, no permitieron que le tuviese enterrado. Comenzó á predicar, y comenzó á convertir. No habia obstinacion que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones; y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios habia enviado en él al mundo un nuevo apostol.

Componia los sermones á los piés de un Crucifijo; y se conocia bien que su elocuencia no podia nacer de otra fuente ni principio. Pero por mucho que se multiplicasen sus ministerios exteriores, jamás interrumpia su continua oracion. De tal manera se dedicaba al trato con los prójimos, que nunca perdia el recogimiento interior. Crecia su humildad con su reputacion, y aumentaba las penitencias con los trabajos apostólicos. Las exenciones y privilegios personales de los doctores, de los maestros y de los predicadores no hablaban con Fr. Vicente: ignorábalas enteramente por lo que tocaba á su persona, y no sabia distinguirse sino por los ejercicios de mayor penitencia y de mayor humillacion.

Dicho se estaba que un celo tan asombroso y una virtud tan sobresaliente habian de llenar de rabia al demonio, y que este no habia de dejar en reposo á nuestro Santo. Á ningun medio perdonó para derribarle: hizo cuanto pudo para vencerle, ó á lo menos para

cansarle. Permitió Dios, para probar su fidelidad, y para templar la vanagloria que le podia resultar de verse tan aplaudido, que fuese combatido de las mas vergonzosas tentaciones. No le daba treguas el ángel de Satanás; y fuera de las sugestiones y de los torpísimos objetos que fingia aun á sus mismos ojos corporales para dar en tierra con su pureza, ponia en movimiento todos los demás artificios, aun mas temibles en esta delicadísima materia.

Valióse de una mujer lasciva y jóven, que fingiéndose enferma, llamó al Santo para que la confesase; luego que se vió con él á solas, empleó todos los medios que supo inventar la pasion y la torpeza para reducirle; pero apenas conoció Vicente el lazo, cuando huyó de él con precipitada fuga. Quiso la irritada mujer vengar el desaire de su ciega pasion, levantando al Santo la mas sensible calumnia; pero solo sirvió para hacer mas vergonzosa su confusion, y mas gloriosa la reputacion de Vicente. A esta victoria se siguió otro nuevo ataque. Halló modo de entrar y esconderse en la celdilla del Santo una infame mujer pública: entró en ella Vicente, sin saber lo que en ella se ocultaba: hizo su acostumbrada oracion, púsose á estudiar serenamente, cuando de repente salió del rincon donde estaba escondida aquella mala mujer llena de desenvoltura. No se evitaba el escándalo con la huida; y lleno el castísimo Vicente de una gran confianza en la misericordia del Señor, la habló con tanta fuerza y con tan divina eficacia, que al punto la convirtió; lloró, gimió, afligióse; y naciendo su dolor de un sincerísimo arrepentimiento, edificó tanto en adelante á toda la ciudad con el ejemplo de su fervorosa vida, como antes la habia escandalizado con la disolucion de sus desórdenes.

El año 1394, muerto el papa Clemente VII, sucedió aquel gran cisma, en el cual fue nombrado por Papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, mientras Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, ocupaba la santa silla de Roma. No habia un año que el Santo estaba de vuelta en Valencia, cuando Benedicto le llamó á Aviñon, le hizo su confesor, y le nombró por maestro del sacro palacio.

Todo lo que tenia sonido ó aire de dignidad era muy contrario al genio del humildísimo Vicente; pero creyendo que oia la voz del verdadero vicario de Jesucristo en un hombre á quien España y Francia reconocian entonces por legítimo Papa, obedeció; aunque con un vivísimo dolor de ver el escandaloso cisma que afligia y despedazaba á toda la santa Iglesia. Era tan dificultoso, y estaba tan oscurecido

el derecho que todos los concurrentes pretendian tener al pontificado, que fueron muy excusables muchos y grandes Santos, que en aquel tiempo se declararon de buena fe por diferentes partidos. Pero no fue inútil la asistencia de nuestro Vicente cerca de la persona de Benedicto. No contento con gemir incesantemente en la presencia de Dios, le exhortaba continuamente al desinterés y á la union. Hizo muchos viajes á Cataluña, Aragon y Francia, con diferentes legacías al emperador Segismundo y al rey Carlos VI, y no contribuyó poco á que se convocase en Constancia un concilio general.

Habia cerca de diez y ocho meses que estaba en Aviñon, cuando se vió asaltado de una violenta y maligna fiebre que le redujo á los últimos extremos. Estando ya para espirar se le apareció Cristo, y le mandó que dejando la corte de Benedicto, fuese á predicar como apóstol por todas partes. Su curacion repentina y milagrosa fue prueba visible de la verdad de la aparicion. Ofrecióle Benedicto el obispado de Valencia y el capelo de cardenal; pero ninguna cosa fue capaz de deslumbrarle, ni de detenerle; partió con potestad de legado apostólico para predicar en todas partes el Evangelio.

Pero habiendo sabido que Gregorio XII y Juan XXIII, para poner fin al cisma, y dar paz á la Iglesia, habian renunciado sus pretensiones, y se habian sometido á la decision del concilio, hizo cuanto pudo para reducir á Benedicto á que imitase el mismo ejemplo; y no habiendo podido conseguirlo, se separó de su comunion, y desde entonces le trató como á cismático.

El santo pontífice Martino V le hizo de nuevo su misionero apostólico por todo el universo; y corriendo inmensos países con sus evangelicas misiones, en breve tiempo hizo mudar de semblante á cási toda la Europa. Dió principio á ellas por España el año de 1397, y obró tantas maravillas, así en el pueblo como en el clero, que las conversiones asombrosas que hizo en los reinos y provincias de Cataluña, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias y Aragon, le merecieron el glorioso título de Apóstol de las Españas. Después entró en Francia, donde aun fue mas abundante y mas copiosa la mies. El Langüedoc, la Provenza y el Delfinado correspondieron maravillosamente á sus apostólicos trabajos, y en cierta manera se puede decir, que honraron mucho su celo por la reforma general de costumbres, que desde luego se dejó ver en todos los Estados. Pasó á Italia, y corrió con iguales felicísimos sucesos toda la ribera de Génova, el Piamonte, la Lombardía y la Saboya. Penetró por Alemania, predicó en todo lo que baña el Rhin supe-

rior, y con tanto fruto en todas partes, que ya solo se le conocia por el nombre del Apóstol de toda Europa.

No es posible referir individualmente los viajes apostólicos, los excesivos trabajos, el asombroso fruto y todas las maravillas de este gran Santo. Solo con dejarse ver se sentian movidos á lágrimas y á compuncion los mas endurecidos pecadores, acabando después su perfecta conversion la divina gracia, que siempre acompañaba á su triunfante elocuencia. El mas ordinario asunto de sus sermones eran las verdades mas terribles de la Religion: la muerte, el infierno, y sobre todo la terribilidad del juicio particular y universal. Predicaba con tanta fuerza y con tanto celo, que llenaba de terror aun á los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermon los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar muchas personas inmóviles y pasmadas como si fueran estatuas. Un insigne pecador cayó á sus piés muerto de dolor al acabar de confesarse. En fin, todos decian á una voz, que no era posible oir á Vicente y perseverar en pecado.

No se puede dudar que le comunicó Dios el don de lenguas. El prodigioso número de judíos, moros, sarracenos, turcos y esclavones que sacó de la infidelidad, sin hablar de los millares de herejes, cismáticos y pecadores obstinados que convirtió en España, Francia, Italia, Alemania, Países Bajos y en Inglaterra, prueba concluyentemente, que sin milagro no era posible se dejase entender de tantas y tan diferentes naciones.

Los pueblos salian en tropas á recibirle como á enviado del Señor. Seguíanle cuando iba de un lugar á otro, y alguna vez se contaron mas de diez mil personas que iban tras de él al pasar á otra ciudad. Predicando en un gran campo se contaron tal vez hasta ochenta mil almas que concurrian con el ansia de oirle. En sola España convirtió á la fe á veinte y cinco mil judíos y á ocho mil sarracenos: las demás conversiones no pueden reducirse al guarismo. Luego que se divulgaba el lugar á donde habia de ir á hacer mision san Vicente, se anticipaban los mercaderes á celebrar una especie de feria de géneros pocas veces vistos, y muchas menos usados, llevando cargas enteras de cilicios, disciplinas, cadenillas, rallos, capotillos de cer-

das, y otros instrumentos de penitencia de nueva invencion, en que suele ser muy ingeniosa la codicia propia, para contentar la mortificacion ajena.

Al don de lenguas y al don de la eficacia acompañaba tambien el de milagros. Con todo eso, seguramente se puede afirmar, que la que el Señor comunicaba á sus sermones no nacia menos de la fuerza de sus ejemplos, y de la santidad de su vida, que de la virtud de sus milagros, y de la vehemencia de sus discursos.

En sus largos viajes, en medio de sus mayores fatigas, y entre los mas penosos ministerios de su apostólico celo, jamás aflojó en la mas exacta observancia de la regla que habia abrazado. Por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias de la semana, excepto el domingo; y los miércoles y viernes á pan y agua, sin dispensarse jamás en esta rigurosa abstinencia por sus excesivos trabajos. Su cama eran unos sarmientos, ó un poco de paja: todas las noches despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Ni las enfermedades eran bastantes para obligarle á mitigar sus crueles penitencias. Ninguno le hizo exceso en el apostólico desinterés con que predicaba y ejercia todos los demás ministerios; tanto que pudiera parecer como característica en él la virtud de la pobreza.

Desde el púlpito se iba derecho al confesonario, y nunca supo qué cosa era aceptacion de personas. Haciéndose todo á todos, ganó millares de almas para Jesucristo, correspondiendo siempre su fervor y su devocion á su mortificacion y á su celo. Siempre que se dejaba ver en el altar, se derretia en tiernas lágrimas: celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta fe, con tanto respeto, y con tan visible amor á Jesucristo, que le infundia en todos los circunstantes: la tierna devocion á la santísima Vírgen fue, digámoslo así, la devocion de su cariño, y la que inspiraba con mayor cuidado á todos sus penitentes. Tal era el ministro que habia escogido Dios para llevar por el mundo su divina palabra.

Llegando á noticia del rey de Inglaterra las maravillas que obraba el Señor por su fiel siervo, le escribió una carta en términos muy respetuosos, y le despachó un gentil hombre para suplicarle le hiciese el gusto de extender hasta su reino los efectos de su apostólica caridad. Mandó equipar un navío á sus reales expensas, y le envió á las costas de Francia para que se embarcase en él nuestro Santo, á quien hizo en su recibimiento mas honores que los que haria á un soberano. Predicó en las principales ciudades de Inglaterra, donde hizo tantos prodigios como los que habia hecho en todas partes. Ha-

biendo vuelto á Francia, corrió muchas provincias de aquel reino, y siempre con igual fruto. Hallándose en Bourges el año de 1417, recibió cartas de Juan V, duque de Bretaña, en que le suplicaba pasase á hacer mision á sus Estados. En todas las ciudades de aquel ducado se le hizo el mismo recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo Pontífice. El pueblo, el magistrado formado en cuerpo de ciudad, y hasta los mismos obispos salian á larga distancia á recibirle; cuando se acercó á la corte, salió el Duque y la Duquesa con toda ella hasta media legua, y le condujeron como en triunfo á la ciudad. En toda la Bretaña y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformacion de costumbres en la nobleza, en el clero, y en el estado general; pero en medio de estas asombrosas conversiones consumó Vicente el sacrificio de su apostólica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, habia mucho tiempo que vivia como de milagro, cuando cayó malo en Vannes. Los cinco compañeros españoles que llevaba siempre consigo, y jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dejase transportar á Valencia de España, pretextando la necesidad de experimentar el mas benigno temperamento de los aires nativos, aunque en realidad deseosos de que aquella ciudad, que habia tenido la dicha de que naciese en ella al mundo y á la vida religiosa, lograse tambien el consuelo de darle sepultura. Pero quiso Dios oir las oraciones de los vecinos de Vannes, que no podian sufrir se les pretendiese quitar aquel preciosísimo tesoro. En fin, á los 5 de abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasion, aquel gran Santo, tan célebre en todo el mundo cristiano por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes, consultado tantas veces de los sumos Pontífices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y siendo la admiracion del universo, murió en Vannes cási á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su religiosa profesion.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magníficas exequias. La Duquesa le lavó los piés por sus mismas manos, y Dios hizo muchos milagros por el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo en vida: los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada dia. Canonizóle el papa Calixto III el año de 1455; pero la bula de su canonizacion no se expidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhajuelas que le sirvieron en vida son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y obra el Señor grandes milagros por estas

preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el dia de hoy en Vannes con tanta veneracion como magnificencia.

BEATA CATALINA DE TOMÁS, VÍRGEN.

La beata Catalina de Tomás, tan celebrada por su prodigiosa vida, como por los singularísimos favores con que la enriqueció el cielo, nació en el año 1533 en la villa de Valdemoza, una de las mas amenas de la isla de Mallorca, que se hizo acreedora de memoria eterna por haber sido patria de esta ilustre heroína, gloria y honor inmortal de toda Mallorca. Fueron sus padres Jaime Tomás, y Marquesina Gallard, ambos mas distinguidos por su piedad que por su calificada nobleza, los cuales tuvieron siete hijos, cuatro varones y tres hembras; y aunque en la educacion de esta dilatada prole acreditaron su religiosidad, parece se dedicaron con particular esmero en la crianza de Catalina, que fue la menor de todos ellos, llevándoles toda la atencion y todo el cariño aquellas particularísimas gracias con que la dotó el Señor: sin que fuese extraño que así sucediese á sus padres, pues traia consigo cierta oculta recomendacion de tan eficaz atractivo, que cuantos la veian inmediatamente se le aficionaban. Mucho contribuyó para esto su singular hermosura, su particular modestia, y su natural dulcísimo, acompañado de una gravedad majestuosa, que infundia respeto; pero con tanto amor á la pureza, que si alguno intentaba llegar al rostro de la ilustre niña, que no tuvo de tal sino la inocencia, al punto se deshacia en tiernos llantos, comenzando así á dar muestras de aquel candor que conservó inviolable hasta la muerte.

Puso á la piadosa madre de Catalina en el mayor cuidado ver que jamás quiso la niña tomar el pecho en los viernes, y sospechando que semejante novedad seria efecto de algun accidente, se valió de cuantos medios pudo sugerirla su cariño, para reducirla á que recibiese el alimento, pero todos fueron inútiles en aquellos dias. Duró la amorosa contienda entre la madre y la hija algunos viernes, hasta que reflexionando la religiosa señora por una parte la quietud y la serenidad de la niña, y por otra que tomaba sin dificultad el pecho en los sábados siguientes, quedó persuadida que en esto no obraba ninguna indisposicion corporal, sino algun oculto misterio de la gracia, que ya desde entonces queria instruirla en aquella maravillosa abstinencia que observó toda su vida.

Parece que se anticipó en la ilustre niña el uso de la razon á la

edad regular en que esta se despierta; y no teniendo ociosos aquellos singulares talentos que derramó el Espíritu Santo sobre su alma privilegiada, comenzó á rezar la salutacion angélica, aun antes que se la enseñasen sus padres, atendiendo á sus cortos años; pero con la particularidad no solo de pronunciarla clara y perfectamente con sus balbucientes labios, sino la de derretirse su tierno corazon en amorosos afectos para con la Madre del Señor, que fue siempre el objeto atractivo de todas sus atenciones. Bien presto se conoció lo agradable que le era á la santísima Vírgen el piadoso obsequio de Catalina, pues habiéndola dislocado un brazo por casualidad su madre, la sanó la Reina de los Ángeles milagrosamente, luego que á instancias de la niña se puso á este una imágen de la Señora: cuyo prodigio hizo que se preguntasen todos, como sucedió en otro tiempo á los montañeses de Judea acerca del Bautista, qué pensaban seria aquella dichosísima criatura, con la que tan temprano se manifestaba estar la mano del Omnipotente.

En vista de estos maravillosos sucesos quiso la madre de Catalina imprimir en su tierno corazon las piadosas máximas de nuestra santa Religion; pero presto conoció por sus santas inclinaciones, por su anticipada devocion, por su candor, por su docilidad, y por su modestia, que el cielo la puso en su poder como en depósito; y que ciertamente la tenia el Señor escogida para esposa suya. Á la verdad que era cosa digna de admiracion ver el desprecio con que miraba la ilustre niña á todos los adornos y vanidades del mundo; las ingeniosas industrias de que se valia para mortificar su inocente cuerpo; y aquel respeto con que estaba en el templo, ó fijos los ojos en el cielo, ó en alguna santa imágen, puesta siempre de rodillas en señal de la gran veneracion con que miraba la casa del Señor.

Conoció el demonio por los rápidos progresos que hacia Catalina en el camino de la virtud, que habia de llegar en muy breve tiempo á la cumbre de la mas alta perfeccion; y lleno de infernal cólera, comenzó á perseguirla desde sus mas tiernos años con furiosos asaltos, y con formidables aspectos; pero de todos estos combates la libró el cielo, ya con la asistencia de los Ángeles, y ya con las frecuentes visitas de los Santos, hasta del mismo Jesucristo y de su Madre santísima.

Era grande el mar de tribulaciones por donde habia de navegar esta admirable criatura; y como el Señor la tenia destinada para que fuese un modelo de sufrimiento, quiso mostrarla el original del que copiase los esmeros de la paciencia. Cuando contaba seis años se le

apareció Jesucristo del mismo modo que estuvo en la cruz; y mirando Catalina aquel lastimoso espectáculo, se excitaron en su pecho los afectos de la mas tierna compasion, al compás del amor que tenia al Salvador del mundo. Duró largo rato la vision, para que quedase esculpida en su alma mas perfectamente la imágen de aquel varon de dolores, quien la dijo con dulcísimas palabras: *Hija, tú has de ser mia; pero mira cuánto me cuestas.* Penetraron estas expresiones hasta lo mas íntimo del corazon de la inocente niña, y no teniendo voces para explicar sus sentimientos, prorumpió en copiosas lágrimas: sintiéndose desde entonces tan esforzada para sufrir los trabajos, que aunque alguna vez lo sintiese la naturaleza, los abrazaba con gusto la voluntad, acordándose que su amado la enseñó á padecer desde la cátedra de la cruz.

Murieron los padres de Catalina cuando contaba siete años de edad; y aunque fue excesivo el dolor que concibió en la falta de los que la dieron el ser, como ya estaba prevenida con la instruccion dicha, tuvo poco que hacer su heróica virtud para resignarse con la divina voluntad. Pasó á vivir con este motivo á una granja, como una legua distante de la villa donde nació, en casa de unos tios suyos llamados Bartolomé Gallard y María Tomasa, donde tuvo que mudar de método; porque conoció que no podia usar de la libertad que hasta entonces para dedicarse á sus acostumbrados ejercicios. Era el tio hombre de natural duro, que con poca ó ninguna reflexion se dejaba llevar de la cólera, y su tia mujer inclinada al pundonor y vanidad: todas cualidades muy del caso para mortificar á la inocente niña, pues ni las raras prendas, ni los extraordinarios talentos con que la dotó el cielo fueron bastantes para librarla de muchos lances pesados que la ocurrieron; porque como los tios no entendian el espíritu que la gobernaba, la dieron no poco que sentir, oponiéndose á sus devociones. Conoció Catalina la diversidad de sentimientos de los que ya tenia en lugar de padres, y haciéndose cargo que entró en aquella casa á padecer, hizo una firme resolucion de abrazar la cruz de las adversidades sin quejarse, ni manifestar los trabajos á persona alguna, para vivir mas ajena de los alivios humanos; pero como en ninguna cosa hallaba consuelo sino en el comercio con Dios, determinó aplicarse á la oracion después de haber dado entero cumplimiento á cuanto la mandasen sus tios, para lo cual pasaba cási las noches enteras en este santo ejercicio; y aun halló modo de continuarlo en las ocupaciones de la casa, teniendo en ellas elevada la mente en Dios, sin que la interrumpiesen las fatigas corporales.

En este estado inspiró el Señor á la ilustre doncella el noble pensamiento de ser religiosa; y como este era el mas á propósito para conservar la virginidad, que la tenia consagrada al Esposo eterno, para poder aspirar á la perfeccion, que era cuanto deseaba, la abrazó inmediatamente. Ofrecióse la dificultad de no tener medios para poner en ejecucion una vocacion tan santa; pero como su fe era fe viva, y toda su esperanza estaba colocada en la divina Providencia, confió en el Señor, que no dejaria de proporcionarle arbitrios para el cumplimiento de sus deseos.

Vivia por entonces en la ermita de la santísima Trinidad, que está en el sitio de Miramar, dicho así porque desde su eminencia se descubre grande extension del Mediterráneo, un venerable sacerdote llamado Pedro de Castañeda, tenido por su penitente vida en toda la isla de Mallorca como un oráculo de prudencia; y noticiosa Catalina de aquel varon tan eminente, pasó á consultar con él sus intenciones. Manifestó al venerable con profunda humildad y con singular modestia su vocacion, y la falta de medios que tenia para ejecutarla; por cuyas razones le buscaba por padre y por protector. Oyóla con su acostumbrada mansedumbre Castañeda, y admirado de ver tanta discrecion en una niña que apenas contaba trece años, quiso examinar á fondo el fervor de su devocion, el rigor de sus penitencias, y el sufrimiento de los trabajos, para proceder con acierto en un negocio tan importante. Satisfizo la ilustre Vírgen á todas las preguntas que la hizo el venerable llena de rubor, y aunque no le manifestó los singulares favores con que el cielo la regalaba, con todo quedó el célebre ermitaño pasmado de la eminente virtud de aquella alma dichosísima; pero como era tan prudente, no resolvió cosa alguna por entonces, á pretexto de rogar á Dios que le iluminase para darla respuesta.

Quedó Catalina llena de consuelo á vista de la dulzura y de la caridad con que la trató Pedro, compadecido de su orfandad: pero conociendo que era el Señor quien habia de mover la piedad de aquel venerable varon, pasaba en oracion las noches enteras, redoblando el rigor de sus disciplinas y de sus asombrosas mortificaciones, todo con el fin de mover á la divina misericordia; interponiendo para ello la proteccion de los Santos, y con especialidad la poderosísima de la santísima Vírgen, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Súpose en casa de sus tios la resolucion de la ilustre vírgen, y fueron tan diferentes los dictámenes así de los tios como de los concurrentes, que los que discurrieron con mas pie-

dad, se inclinaron á creer que aquella determinacion era por huir del trabajo.

Llegó el tiempo en que el venerable Castañeda diese respuesta á Catalina, y la dijo: He diferido manifestarte mi dictámen hasta consultarlo con el Señor, y me parece, que tu vocacion es inspirada de Dios, quien te llama al retiro de los claustros religiosos para que te ocupes en su santo servicio; por lo que yo te ofrezco mi proteccion, bajo el seguro que no te desampararé hasta ver cumplidos tus deseos. No es fácil poder explicar el gozo que concibió la santa doncella á oir semejantes expresiones; y no pudiendo contener la alegría dentro del pecho, la manifestó por los ojos con tiernas lágrimas. No pudo Castañeda cumplir su palabra con la brevedad que deseaba Catalina, para quien eran todos los instantes de dilacion una demora sensibilísima; y habiendo salido en este tiempo al campo una mañana dia de san Pedro á desahogar su corazon agitado de tristes imaginaciones (pero sin ceder un punto en la constancia de sus fervorosos deseos) se puso en oracion usando de aquel misterioso lenguaje, que sin hablar palabra se dice mucho. Sintió ruido á la espalda, y queriendo ver quién lo causaba, vió muy cerca de su persona un majestuoso anciano que la preguntó muy afable: *¿Por qué estás tan triste y afligida, Catalina?* Conoció esta con luz superior que era el Príncipe de los Apóstoles; y no pudiendo hablar palabra anegada en un profundo respeto, la consoló el Santo asegurándola que veria cumplidos sus deseos; con lo que desapareció, dejando el corazon de la ilustre Vírgen trasmutado de las mas tristes imaginaciones á un maravilloso mar de gozos.

Principió Castañeda á disponer todas las cosas necesarias para la entrada de Catalina en algun monasterio, habiendo vencido las arduas dificultades que se le ofrecieron en casa de sus tios, cuya declarada oposicion era uno de los mayores escollos. Bajó con la ilustre Vírgen á Palma, y la hospedó en casa de un noble caballero de su confianza llamado Mateo Zaforteza, para que se enseñase á leer y escribir, por ser requisitos precisos para cumplir su vocacion. Conoció Mateo, luego que se presentó Catalina en su casa, que el venerable ermitaño se habia quedado corto en el informe que dió de las eminentes virtudes y gracias particulares con que habia dotado el cielo á la doncella, y creció tanto su estimacion con la de su familia para con la ilustre Vírgen, que todos la amaban con extremos; especialmente cuando experimentaron mas de cerca el tenor de su prodigiosa vida, reducida á la abstinencia mas maravillosa, á las devo-

ciones mas dignas, á la oracion mas fervorosa, y á las mas asombrosas mortificaciones; cuyos rigores la postraron en una gravísima enfermedad. El dolor y el sentimiento que concibieron los dueños de la casa á vista del peligro en que la puso el accidente, correspondió al cariño que la profesaban; y creyéndose obligados á solicitar todos los medios que pudieran contribuir á su salud, no omitieron gastos ni diligencias para buscar los mas hábiles facultativos, y los mas eficaces remedios. La humildad y el sufrimiento con que toleraba la insigne Vírgen la enfermedad, eran iguales á los ardientes deseos que tenia de padecer; y ofreciéndose nuevamente víctima al Señor, era la cama á un mismo tiempo cátedra y oratorio; cátedra donde enseñaba lecciones de paciencia, y oratorio donde elevaba á las mas altas contemplaciones, ejercitándose en amorosos actos de caridad, de resignacion y de sufrimiento: bien que el Señor endulzaba maravillosamente las penas de su fidelísima sierva con exquisitos favores, y con frecuentes visitas de los Ángeles y de los Santos sus abogados: pero como la enfermedad no era de muerte, sino para que Dios fuese en ella glorificado, la sanó perfectamente, cuando fue su divina voluntad.

Creyó el venerable protector que no le seria dificultoso recoger la dote que necesitaba Catalina entre la nobleza de Mallorca, bajo el concepto de la grande estimacion que le profesaban; pero como Dios queria que fuese la entrada de la ilustre Vírgen por uno de aquellos portentos maravillosos en que brilla su divina Providencia, dispuso que ni el todo ni parte de la dote pudiese haber de aquellos ilustres caballeros. No desfalleció por esto Castañeda, pues persuadiéndose que cualesquiera monasterio noticioso de las grandes virtudes de Catalina la admitirian sin dote, se condujo á el de Santa María Magdalena del Órden de san Agustin, en el cual á nombre de la santa Doncella hizo la pretension, dando á las religiosas el mas alto informe de sus incomparables prendas; las que, añadió, podrian sustituir en lugar de la dote, con tantas ventajas para el monasterio cuanto va de las riquezas del cielo á los caducos bienes de la tierra. No dudaron las religiosas del informe del venerable, cuya opinion de santidad era notoria en toda la isla; pero le respondieron que se hallaba el convento muy atrasado, por lo que no podian recibirla sin dote. Hizo Castañeda las mismas diligencias en los monasterios de San Gerónimo y de Santa Margarita, que era el mas poderoso de la ciudad, y en todos hubo el desconsuelo de que le dieran igual respuesta.

Comunicó el venerable lleno de amargura todo lo ocurrido á Catalina; y aunque no pudo menos de entristecerse, se confortó con la voluntad divina, ofreciéndole de nuevo en sacrificio la suya; bien que siempre confiaba en las promesas de los Santos, que le aseguraron que no quedaria sin cumplimiento la vocacion. No se tardó mucho tiempo en experimentarlo así, pues reflexionando las religiosas de Santa María Magdalena el honor y la gloria que las resultaria en tener por compañera á una Santa, enviaron á su confesor el Dr. D. Rafael Bonet, para que á nombre de todas propusiese á Castañeda que venian gustosas en recibir á Catalina sin dote. Sorprendió al venerable la inopinada novedad, y no dudando que aquella mutacion era disposicion del Altísimo, comenzaron sus ojos á verter dulces lágrimas, que bañaron sus respetables canas. Respondió al Dr. Bonet, que manifestase á las religiosas su agradecimiento, y que en breve dispondria la entrada de Catalina; pero aun no habia concluido la conversacion, cuando llegó otro sugeto en nombre de las monjas de San Gerónimo, haciéndole la misma oferta; y sin tener tiempo para satisfacer á este recado, se presentó otro por parte de la comunidad de Santa Margarita, diciéndole, que estaban prontas para admitir á su recomendada, la que se sirviese llevar inmediatamente, pues todas deseaban con grandes ansias enriquecer su monasterio con una alhaja tan preciosa.

No es fácil poder explicar el gozo que concibió Castañeda á vista de aquellas tan palpables disposiciones de la divina Providencia; pero pareciéndole, que debia preferir entre todas las pretendientas á las del monasterio de Santa María Magdalena, dió palabra al Dr. Bonet de hacerlo así, despidiendo cortesmente á los emisarios de la religion de San Gerónimo, y de Santa Margarita, dándoles las correspondientes gracias. Comunicó el venerable todo lo ocurrido á Catalina, y siendo tan favorable, reparó con excesivos consuelos la tristeza que le causaron las repulsas precedentes.

Entró con efecto la ilustre Virgen en el de Santa María Magdalena, vencidos tantos escollos de dificultades que se ofrecieron; y como vió cumplidos sus deseos, besaba llena de gozo el suelo y las paredes del monasterio. Contaba diez y nueve años cuando vistió el santo hábito, y ya en dictámen de su confesor habia llegado al mas alto grado de perfeccion, por lo que fue desde luego la admiracion de todo aquel religioso claustro. Informóse muy por mayor de la regla, y de las constituciones que observaba la comunidad, y quedaron tan impresas en su corazon, que mientras vivió no faltó un ápice

á ellas. Ninguna novicia entró con mayor fervor en la religion, ni ninguna le hizo excesos en la observancia regular; pues persuadiéndose que era nada cuanto habia hecho hasta entonces en comparacion de lo que debia por el nuevo estado, comenzó no á correr sino á volar por el camino de la perfeccion á que era llamada. Aunque todas las virtudes religiosas llamaron la atencion á la novicia, en lo que se ocupó principalmente fue en la oracion; cuyo ejercicio fue el centro de todos sus honrosos cuidados, como si fuese su único y total empleo; pero sin faltar un punto á las funciones de comunidad: sabiendo conciliar ambos extremos con tal prudencia, que no le impedian estas el trato para con Dios, ni este la estorbaba para las ocupaciones religiosas. El alto informe que dió el venerable Castañeda de la célebre Doncella movió á las monjas á observar con escrupulosa diligencia todas las acciones de Catalina; y descubriendo además en sus heróicas virtudes los extraordinarios talentos con que la dotó el cielo, se concilió en muy breve tiempo el amor y la veneracion de toda aquella ilustre comunidad. Conociólo la ilustre Vírgen; y como ofendia tanto á su profunda humildad el aprecio que de ella hacian las criaturas, tomó el arbitrio de aparecer simple y rústica en su trato y en sus expresiones; pero como observaban las religiosas que no se hallaba cosa alguna reprensible en toda su conducta, y sí un primor maravilloso en el cumplimiento de sus obligaciones, se persuadieron que aquella era una sabia industria para ejercitar su humildad, resultando de aquí tenerla en superior concepto.

Quiso la priora hacer pruebas á las fuerzas de la novicia, y de cuanto podia prometerse de ellas la comunidad; y no contenta con haberle mandado que asistiese á la cocina y á los enfermos, la previno que ayudase á las torneras. Cargó Catalina con el peso de estas tareas laboriosas; pero como estaba ocupada en ellas cási todo el dia, y no tenia por entonces tiempo para dedicarse á los santos ejercicios que deseaba practicar, se retiraba á su celda luego que entraba la noche, y soltando las riendas á su fervor descargaba una espesa lluvia de crueles azotes sobre sus virginales carnes, y por descanso de estos rigores continuaba en fervorosa oracion, contemplando en las grandezas divinas, que eran el objeto de todas sus atenciones.

Hizo su solemne profesion en el año 1555, y viéndose ya con el velo negro, creyó que cuanto ejecutó en el noviciado no era mas que un ensayo para lo que debia hacer siendo profesa. Lo primero en que puso su cuidado fue en la distribucion del tiempo, alternando

en las ocupaciones de Marta, y en las atenciones de María Magdalena; y observándolo así en todo el discurso de su carrera, logró imitar á aquellas dos heroínas que tanto elogia el santo Evangelio.

Seria necesario un volúmen dilatado para referir individualmente las pruebas, con que acreditó el cumplimiento literal de los votos esenciales que prometió á Dios en el acto de su profesion, y la práctica de las heróicas virtudes en que se ocupó toda su vida; pero basta decir que dió todo el lleno á la perfeccion del estado religioso, llegando á ser el objeto de la admiracion y de los mas altos elogios no solo del monasterio de Santa María Magdalena, sino es de cuantos pudieron tener noticia de este abrasado serafin en carne humana. El obrador de todas las acciones maravillosas de esta criatura verdaderamente singular era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que algun otro bienaventurado le excediese en el afecto ni en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que la atraia con tanta violencia, que ningun objeto criado era capaz de variar sus movimientos, ni separarla de su centro. No alcanza la pluma á manifestar con los rasgos mas vivos el soberano incendio en que se hallaba abrasado el pecho de esta dichosísima criatura para con su eterno Esposo; del que puede darse alguna idea por los efectos de sus admirables éxtasis, tan singulares, que dieron bien á entender que no vivia en sí sino en Jesucristo. Aunque antes de abrazar Catalina el estado religioso se veian en ella estos maravillosos síntomas, indicios nada equívocos de las fuertes violencias del amor divino en que se hallaba abrasada, con todo cuando entró en el monasterio, y especialmente después que profesó, llegaron á ser tan frecuentes, que eran cási continuos: nada extraño en quien todos sus pensamientos y todas sus atenciones estaban anegadas en el océano de las perfecciones divinas de su amado Esposo; pero aunque no estuviese en un éxtasis perfecto, vivia tan fuera de sí, que muchas veces que salia de su celda para alguna parte determinada, se iba á otra, con tal que no fuesen cosas tocantes á la obediencia, á las que atendia con un acierto maravilloso, aunque estuviese abstraida.

Notaron las religiosas llenas de admiracion esta enajenacion cási continua de Catalina, pero ninguna mas de cerca en los principios que su compañera de torno; pues cuando iba á avisarla por la mañana para que bajase á su ministerio, la hallaba inmóvil toda arrebatada en Dios, sin poder dispertarla de aquel dulce sueño por mas que la voceaba y tiraba de la ropa; hasta que viéndose ya apurada

en tan repetidas ocasiones, discurrió el arbitrio de llamarla con el reclamo de la obediencia, y entonces, aunque no totalmente despejada, practicaba perfectamente su oficio. Todos los dias que comulgaba, se engolfaba de tal modo en aquel piélago de amorosas finezas de un Dios hombre, que distraida de los sentidos, se quedaba en un dulce éxtasis por espacio de veinte y cuatro horas, sin durar mas tiempo á los principios esta maravilla; pero presto pasó á ser de mas duracion, pues unas veces continuaba el rapto dos, tres, ó cuatro dias enteros; esto sin el dilatado que todos los años le sucedia antes de la fiesta de santa Catalina mártir, su especialísima abogada, en cuyo tiempo se quedaba transportada unas veces trece dias, otras catorce, otras quince, sin volver en sí hasta la víspera de la Santa; y aun tuvo uno que le duró veinte y un dias enteros.

Supo el Ilmo. Sr. D. Diego Arnedo, obispo á la sazon de Mallorca, uno de los prelados mas célebres que ha tenido la Iglesia de España, aquellos transportes extraordinarios, de cuya duracion habia tan pocos ejemplares en la historia; y creyéndose obligado á examinarlos por sí, dió órden para que se le avisase cuando la sierva de Dios estuviese arrebatada. Hízose así, y mirando á Catalina con el cuidado mas escrupuloso, quedó lleno de admiracion al ver aquel prodigioso espectáculo, que arrebataba la atencion de todos los presentes. Preguntó á las religiosas que si respondia cuando le hablaban en estos casos, y le respondieron que no, á no ser que la preguntase la priora: solicitó probar su Ilma. si respondia tambien á él, y haciéndola varias preguntas, á todas contestó con admirable concierto. Valióse además de esto de cuantos medios le dictó su prudencia para certificarse mas y mas, é informado de la conducta, de las costumbres y de los santos ejercicios de Catalina, y de cuanto podia darle luz para hacer juicio en un negocio de aquel momento, resolvió con dictámen de personas doctas, que aquellos síntomas verdaderamente dignos de la mayor admiracion eran efectos del amor divino el mas activo, el mas fervoroso, y el mas eficaz para con el Señor: cuya fuerte violencia arrebataba aquella alma dichosísima á la mas íntima comunicacion con Dios.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para combatir á esta criatura, que servia de la mayor confusion á todo el infierno; pero como Dios queria probar la virtud y la paciencia de su fidelísima sierva, permitió que el enemigo de la salvacion la atormentase cruelmente, y de varias maneras: unas veces con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas, y con fan-

tasmas extraordinarias; pero como estas invenciones no produjesen ningun efecto para inquietarla, la daba otras veces recios golpes, la arrastraba por la celda, y la heria furiosamente. Tuvieron las religiosas un terror pánico á los principios que sintieron en la celda de Catalina los infernales combates; pero notando la serenidad y la tranquilidad de ánimo con que se manifestaba después de aquellas peleas, quedaron llenas de admiracion y de consuelo, viendo que tenian en su casa una insigne heroina que despreciaba á todo el infierno junto.

Sobre el alto concepto que todos tenian formado de Catalina, quiso Dios manifestar la eminente virtud de su fidelísima sierva con repetidos milagros; y esparcida la fama de su santidad por toda aquella region, atrajo á una multitud de gentes al monasterio de Santa María Magdalena de Palma á ver á la ilustre Vírgen: unos para alcanzar por su medio remedio de sus males, y haber consuelo en sus urgencias; otros para tomar consejo en sus dudas, y encomendarle el acierto de sus arduos negocios, y otros para aprender las importantes lecciones de la virtud en la escuela de tan sabia maestra; pero como la caridad de Catalina para con los pobres eran tan universal, sentida de las aflicciones de unos, y ansiosa de las mejoras de otros, á ninguno despedia sin consuelo, ó sin remedio.

Deseaban las religiosas aprovecharse de los extraordinarios talentos de su ilustre hermana, y para esto la eligieron superiora á pesar de sus humildes excusas, de sus lágrimas y de sus protestas; pero en el mismo dia de la eleccion estando en el refectorio, dijo á las monjas que el Prelado haria otra priora en aquella tarde, cuya profecía se cumplió á la letra. Vino el obispo de Mallorca á darla la enhorabuena, y habló Catalina á su Ilma. con tanta eficacia, y con tal convencimiento sobre la ruina que la amenazaba el empleo, que no dudando el Prelado que la violencia que en esto se hacia á la profunda humildad de la sierva de Dios seria capaz de quitarla la vida dentro de muy breve tiempo, admitió su renuncia, muy á pesar de todas las religiosas; creyendo que seria mas grato á los ojos de Dios conservarla para beneficio comun en la clase de súbdita, que exponerla á morir, siendo superiora.

Quiso Dios regalar á Catalina con singularísimas finezas en los tres últimos años de su vida; y como estas aumentaban cada dia los ardientes deseos que tenia de disolverse de los vínculos carnales para unirse con su amado, vivió en este tiempo, y con especialidad en el tercer año, crucificada con este tormento poco conocido de los mun-

danos: en fin, quebrantada su salud al rigor de sus excesivas penitencias, conoció que se acercaba la hora de pagar el tributo impuesto á los mortales, y redoblando su fervor y su devocion, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno, que el que manifestó esta dichosísima criatura en los últimos periodos de su vida, en los que fue visitada con frecuencia de la santísima Vírgen y de los Santos; y habiendo recibido los últimos Sacramentos abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, murió tranquilamente en el dia 5 de abril del año 1574, á los cuarenta de su edad, once meses y cinco dias. Quedóse su rostro y cuerpo hermosísimo, despidiendo de sí un olor celestial, que llenó de fragancia todo el ámbito del monasterio. Mantúvose tres dias en el féretro para satisfacer á la devocion de gentes que concurrieron á tributarle los últimos obsequios; y fue cosa muy digna de admiracion ver á una multitud de niños, que deponiendo todos los movimientos regulares en su edad, llegaron con los brazos cruzados delante del pecho á adorar al venerable cadáver, cuya extraordinaria accion movió á ternura á todos los concurrentes. Tratóse de darle sepultura; pero apenas se oyó en el concurso, cuando levantando la voz todos, clamaban que no era justo ocultar bajo la tierra aquel objeto tan digno de la veneracion pública. En este apuro se discurrió el prudente arbitrio de darla sepultura en el silencio de la noche, como se hizo bajo de las gradas del altar mayor dentro de una arca preparada á este efecto. De allí se trasladó á los tres años y dos dias después de su feliz tránsito á un precioso sepulcro, que se labró bajo de la capilla de santa Catalina mártir, donde pidió la ilustre Vírgen ántes de morir que se la enterrase; en cuyo acto se halló su cuerpo íntegro, incorrupto, y flexible como si estuviese vivo. De aquel depósito se transfirió últimamente á la magnífica capilla que en honor suyo se erigió en el mismo monasterio, donde se celebró su fiesta con aprobacion de los ordinarios, manteniéndose su culto por espacio de veinte y ocho años, hasta que se suspendió con grande dolor de los mallorquines, con motivo del decreto de Urbano VIII sobre que no se tributase á los Santos, que no le hubiesen de inmemoiral.

Con motivo de esta prohibicion, y de los muchos milagros que cada dia obraba el Señor por la intercesion de su fidelísima sierva, se interesaron los mallorquines para que se tratase de la beatificacion de la Venerable. Dióse principio al proceso ordinario en el año 1626, y concluido, se presentó en la sagrada Congregacion en solicitud de

las letras remisoriales para la formacion del proceso apostólico. Suspendiéronse estas por el accidente de haberse quemado aquel en casa de cierto curial que murió de peste; pero habiendo resumido la causa la sagrada Congregacion por la poderosa recomendacion del rey D. Felipe IV, se despacharon las correspondientes letras en 25 de mayo del año 1671, cometidas al Ilmo. Sr. D. Bernardo Cotoner, obispo de Mallorca, para la formacion del proceso apostólico sobre las virtudes y los milagros de la sierva de Dios; hízose este con deposicion de muchos testigos, que declararon de público y notorio sobre ambos extremos; y aprobados por la misma sagrada Congregacion con las formalidades que acostumbra, la beatificó el papa Pio VI, como consta de su breve apostólico dado en Roma á 3 de agosto del año de 1792, en el diez y ocho de su pontificado.

AMPLIFICACION

á la vida de SAN VICENTE FERRER *que escribió el P. Croisset, y hemos leido hoy, página 72.*

Nuestro Santo, lumbrera de la Iglesia católica, fue tan amado y reverenciado por los dones admirables con que Dios le enriqueció, que, segun se lee en su vida, apenas hubo en su tiempo negocio grave, especialmente en las cosas públicas, para cuya determinacion no fuese consultado.

En donde mas sobresalió la celestial prudencia de san Vicente fue indudablemente en la eleccion del infante D. Fernando de Castilla por rey de Aragon, uno de los sucesos mas señalados de nuestra historia. Habiendo muerto sin heredero el rey de Aragon D. Martin, en el año 1410, ordenaba su testamento que le sucediese en el reino aquel á quien los Estados juzgasen que de derecho le competia. Los pretensores eran muchos, y era punto menos que imposible averiguar bien la justicia de cada uno de ellos y concertar este negocio: de donde resultaron grandes revueltas y asesinatos, especialmente el del arzobispo de Zaragoza, prelado de buena intencion, pero que se oponia á la eleccion del conde de Urgel, por quien estaban los mas poderosos de los próceres catalanes.

Al fin se determinó en los parlamentos y juntas, que por via de conciliacion se escogiesen nueve personas graves, tres por Aragon, y otros tantos de Cataluña y de Valencia, para que juntos en el castillo de Caspe determinasen á quién tocaba la sucesion; y el que estos jueces señalasen fuese tenido por rey. Dos de los nombrados por

parte de Valencia fueron D. Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, varon de singular religion y doctrina, y muy celebrado en todas las naciones, y su hermano san Vicente, á cuya particular diligencia se debió en gran parte la pacífica decision de aquel arduo y reñido pleito; siendo declarado Fernando de Castilla próximo heredero de sangre y legítimo rey por unánime consentimiento de los comisarios, y aclamado á 3 de setiembre de 1412. Es increible lo que san Vicente trabajó en este negocio, y la prudencia con que unió á los discordes: visiblemente le envió Dios para que serenase aquella borrasca. Aragon y Castilla confiesan deber á san Vicente el feliz éxito de esta causa, que era como preludio de la union de ambas coronas, que se verificó poco después en tiempo de los reyes Católicos.

Mas fue, si cabe, lo que trabajó nuestro san Vicente porque se acabase el cisma que entonces padecia la Iglesia; y no pudiendo reducir á Benedicto XIII (segun queda dicho en la vida) á que imitase la conducta de sus competidores Gregorio XII y Juan XXIII, los cuales para dar paz á la Iglesia habian renunciado á sus pretensiones, inclinó el ánimo del rey D. Fernando de Aragon á que él y sus reinos negasen la obediencia á Benedicto, ya que con escándalo de toda la cristiandad, revocando lo que por su propia boca tantas veces prometió, no queria renunciar sencillamente el pontificado. Y hallóse nuestro Santo y predicó en la solemne publicacion del decreto real, que fue en la fiesta de la Epifanía del año 1416, siendo la mayor autoridad de aquella determinacion el haber intervenido en la publicacion de él tan santa persona.

En medio de las tareas de la predicacion escribió san Vicente algunos tratados. Sus principales obras son: *Un tratado de la vida espiritual ó del hombre interior,* del cual decia san Luis Beltran, que en ningun libro habia hallado tan al vivo retratadas las virtudes como en este. *Otro tratado sobre la oracion del Padre nuestro;* otro *muy útil y consolatorio en las tentaciones contra la fe; y siete epístolas ó cartas.* Los sermones impresos bajo su nombre en seis volúmenes no pueden ser obra suya, como notan Dupin y Labbé, porque en nada corresponden al carácter ni al espíritu de este gran Santo. Acaso fueron escritos por alguno que le habia oido predicar.

Algunos le reprendieron, porque afirmaba que el fin del mundo estaba cerca, pero no entendia en estas expresiones mas que lo que entendian los mismos Apóstoles y Padres en las mismas palabras; esto es, que la duracion de este mundo es corta en realidad, y que

en las calamidades públicas encontramos señales con que continuamente nos acordemos de su final disolucion; y nos movamos, como hacia el Santo, con mas viveza á la fe y al terror de aquel tremendo dia. Pero Dios solo es el que sabe el tiempo de él: y el primer concilio general Lateranense prohibe á todos los predicadores pretender anunciarle, ó determinarle por conjeturas cualesquiera que sean: (*Concil. t. 14, p. 240*), aunque el momento del juicio de Dios está ciertamente muy próximo á cada uno por su muerte. Algunos desaprueban aquellas tropas de penitentes que seguian á Vicente con disciplinas. Pero estos eran penitentes verdaderos y sencillos en quienes se notaba un verdadero espíritu de compuncion, muy contrario á los herejes fanáticos de Alemania, llamados *Flagelantes*.

La Misa es en honra de san Vicente, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Vicentii confessoris tui meritis, et praedicatione illustrare dignatus es; concede nobis famulis tuis, ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omnibus ejus patrocinio liberemur adversis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los merecimientos y con la predicacion de tu confesor el bienaventurado Vicente: concédenos á nosotros humildes siervos tuyos, que imitemos sus ejemplos, y que por su proteccion seamos libres de todas las cosas adversas: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Beatus vir... qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia, et thesauris. La felicidad de un hombre rico no consiste en sus tesoros, sino en sus virtudes. Siendo las riquezas un don de la liberalidad del Señor, es de admirar haga la virtud tan pocos progresos entre los ri-

cos, cuando ningunos debieran ser mas virtuosos á título de mas agradecidos. Por eso debiera siempre triunfar la virtud en medio de la abundancia. Lógranse con ella mas medios para santificarse; pues ¿por qué los ricos no deberán ser mas santos?

En medio de eso sucede cási siempre todo lo contrario. Los mas poderosos, los que viven con mayores conveniencias en el mundo, no suelen ser los mas santos, ni aun los mejores cristianos. La opulencia los pone á cubierto contra las miserias de la vida; pero ¿los exime acaso de las máximas del Evangelio? Porque tengan mas bienes que los otros, ¿adquieren derecho para tener menos piedad y menos religion.

Alborótase, escandalízase el alma al oir semejante proposicion; pero ¿no hay sobrados motivos para hacerla? Una desordenada licencia de costumbres, una disolucion desenfrenada de corazon y de espíritu, y una conducta no solo poco cristiana, sino poco menos que impía, como la que se observa en la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo, ¿no da bastante derecho para preguntar si la gente de distincion, si los hombres ricos gozan algun privilegio que les dispense en la severidad de la ley evangélica; ó si la diversidad de condiciones supone alguna diferencia de mandamientos en la ley santa de Dios, respecto de aquellos que profesan una misma religion? Pero á menos que se ignoren los primeros principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que esta ley es universal? No hay mas que un Evangelio; luego no puede haber mas que una doctrina: y ciertamente si esta doctrina admitiera algun lenitivo, alguna dispensacion, parece no debiera ser en favor de los ricos. Como su misma condicion los expone á mayores obstáculos para conseguir la salvacion, parece que ella misma les está imponiendo la indispensable necesidad de añadir á la observancia de los mandamientos la práctica de la mayor parte de los consejos.

Fecit enim mirabilia in vita sua. ¡Oh con cuánta razon reputa el Sabio por una especie de prodigio, que se vea un hombre rico, y al mismo tiempo inocente! Son las riquezas, segun la expresion del Salvador, unas espinas que no solo punzan, sino que hieren y taladran. Con todo eso, hablando en rigor, no son las riquezas en sí mismas, sino el abuso de ellas, el que las hace servir de estorbo á la salvacion.

Llegó uno á ser rico; pues ya no es la Religion la que regla ni sus dictámenes ni sus acciones. El puesto que ocupa, el empleo que compró, los bienes que posee son la regla y la medida de sus deseos, de

sus pensamientos, y se puede añadir que aun de las mas esenciales obligaciones de la Religion.

¿Logró el otro hacer papel en el mundo, ascender á un empleo que le distingue de los demás? cási nunca cede esta distincion en favor de la piedad. Una fortuna no esperada, una rica herencia, un negocio feliz sacó á aquel del polvo en que se hallaba; pues á dos dias olvidó ya su primera condicion; y ¿qué medios no aplica para olvidarla? Bien se puede decir que siempre que hace fortuna la persona, la hace tambien el amor propio. Raras veces se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza y el placer. ¿Quién no dirá que el dia de hoy el regalo, la indevocion y la ociosidad son pruebas legítimas de nobleza? Lo que no se puede negar es, que ellas como que caracterizan y distinguen á los ricos de los que no lo son. Quien viere la mayor parte de las personas acomodadas y de grandes conveniencias, juzgará que la opulencia y la profanidad son títulos legítimos para ser poco cristianos; pero tambien lo serán para no salvarse. ¡Ó, buen Dios, qué maravilla tan rara es encontrar á un hombre sin mancha entre la prosperidad y la abundancia! *Beatus vir, qui inventus est sine macula... quis est hic, et laudabimus eum? Fecit enim mirabilia.*

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes; amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

Punto primero.—Considera que del mismo modo que Dios merece ser obedecido, merece serlo sin dilacion. Toda obediencia forzada le es desagradable; porque la obediencia menos pronta, á lo menos siempre es señal de indiferencia, y no pocas veces de desprecio.

Las órdenes de Dios no admiten réplica; pues ¿quién podrá con razon diferir el obedecerlas? Cuando Dios nos manda algo, ¿ignorará por ventura nuestra calidad, nuestra repugnancia, nuestra flaqueza ó nuestras necesidades? ¡Qué error, qué blasfemia, imaginar que un Dios tan justo, tan sabio y tan bueno quiera mandarnos cosas imposibles! ¡qué impiedad creer que nos niegue sus auxilios para cumplir sus mandamientos! Pues ¿por qué no le obedecemos con prontitud? El que manda es un Soberano infinitamente sabio: es un Padre infinitamente bueno. Si merece ser obedecido dentro de un dia, ó dentro de una hora, ¿por qué no merecerá serlo al instante?

Todas esas dilaciones en obedecer, son, digámoslo así, unos como paréntesis del debido rendimiento, son intervalos de desobediencia y de indocilidad. Declaranse concurrentes con el mismo Dios la pasion y el amor propio, y pretenden disputarle la pronta obediencia á sus órdenes. En la realidad se piensa en obedecer al superior; pero ha de ser cuando á uno se le antoje. Esto se llama prestar tantos oidos al humor y á la propia inclinacion, como á la voz de Dios. Manda el Señor que se restituya, que se hagan las paces, que se reforme la vida: consiéntese en ello; pero es con ciertas restricciones, con ciertas cláusulas. Voz es de Dios la voz del director, la del predicador, la del libro, la de la propia conciencia: óyese, y aun se quiere hacer lo que dicta, pero en otro tiempo: préstase el consentimiento á la inspiracion, pero cási nunca en el mismo punto en que se siente. De manera, que lo que pide el amor propio siempre ha de ir delante de lo que pide Dios. Lo que se acomoda al gusto de la pasion, del genio, de los sentidos, eso no admite dilacion; mas para hacer lo que Dios manda, siempre hay tiempo. Comprende bien la indecencia y la indignidad de estas irreverentes dilaciones.

Punto segundo.—Considera que la obediencia tardía por lo comun se acredita de forzada. La pronta sumision es prueba legítima del amor y del respeto.

¡Cosa extraña! Todas las cosas inanimadas obedecen sin dilacion á la voz de Dios: *Ipse dixit, et facta sunt.* (*Psalm.* CXLVIII). Habló, y fueron hechas todas las cosas: mandó, y salieron de la nada todas las criaturas. Solo el hombre, que conoce quién es el Dios á quien debe obedecer, es el único que no le obedece con prontitud.

¿Qué cáso se hace de un criado tardo y perezoso en ejecutar lo que se le manda? ¿Juzgamos que nos agradecerá Dios aquellos obsequios que le prestamos con disgusto? El ámor no sufre dilaciones: siempre se hace con prontitud lo que se hace de buena gana.

Quiere el Señor que se le abra al mismo punto que llama: *confestim;* porque ni el esposo abre la puerta á los que llaman un poco tarde. Esta importante verdad obligó á todos los Santos á velar continuamente para no ser sorprendidos. Ella los hizo tan prontos á obedecer la voz de Dios de cualquiera manera que se la hiciese entender: ¡con qué escrupulosa exactitud ejecutaban las órdenes de sus superiores! ¡con qué fervor cumplian con las mas menudas obligaciones de su estado! ¡con qué prontitud obedecian al primer golpe de la campana! Las ovejas luego que oyen el silbo del pastor, al punto le siguen. Si los Apóstoles hubieran dilatado seguir á Cristo luego que los llamó, jamás le hubieran seguido. No deliberó ni un solo momento Magdalena, cuando oyó que el Maestro la llamaba. Mi Dios, ¡cuántas gracias se han perdido! ¡cuántas inspiraciones se han malogrado! ¡cuántas vocaciones se han desvanecido por no haberos obedecido al momento! Pues que os dignais hacerme conocer cuán peligrosa es la menor dilacion en rendirme a vuestra voluntad: haced, Señor, que en adelante os obedezca con la mas pronta exactitud, como estoy resuelto á ejecutarlo con el auxilio de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS. — Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. (*I Reg.* III).

Mi corazon está aparejado, Señor, mi corazon está aparejado. (*Psalm.* LVI).

PROPÓSITOS.

1 Si oyeres hoy la voz de Dios, dice el Espíritu Santo, no quieras endurecer tu corazon: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Por esta palabra *hoy,* segun el real Profeta, se entiende todo el tiempo de esta vida, en el cual continuamente nos está hablando el Señor, ya por los libros espirituales, ya por la voz de

los confesores, ya por el ejemplo de los Santos, ya por los accidentes que suceden, y ya por secretas inspiraciones. *Nolite obdurare corda vestra*. Guárdate de hacerte sordo á estas voces. No obedecerlas prontamente, es cási lo mismo que no oirlas, pues con las dilaciones se va endureciendo el corazon insensiblemente. Cuando habla Dios, todo debe callar: las pasiones, el amor propio, los respetos humanos. Examina hoy cuánto tiempo há que el Señor te está hablando, te está llamando con golpes, con gritos, y siempre inútilmente. Pues tiempo vendrá en que callará. Considera bien qué desgracia será la tuya, cuando cansado y enfadado el Señor de tu tardanza, ya no te hable palabra. Pero te puede, y aun debe servir de consuelo, que en esta misma hora te está hablando: estas reflexiones, la lectura que ahora estás haciendo de este libro, son voces suyas; y es cosa fácil entender bien su lenguaje. Desea que para siempre te pongas entredicho á tal juego, á tal comunicacion, á tal concurrencia: quiere que reformes esa profanidad, esa suntuosidad tan poco cristiana: esos modales orgullosos, presumidos, desenfadados y altaneros. Dícete que endulces ese genio avinagrado, ese natural áspero y desabrido, ese tono de voz altivo y desdeñoso. Mándate que atiendas á las obligaciones de tu estado y de tu oficio con mas exactitud; que veles sobre tu casa y familia con mayor cuidado y con mas celo; que no te dispenses con tanta facilidad en tus ejercicios espirituales; que los hagas con mas devocion, y no quebrantes con tanta ligereza las reglas que te has propuesto para gobernarte. Pídete ese ligero sacrificio, esa corta mortificacion, esa obra de caridad, esa limosna. Previénete que ores, que estés siempre en vela; porque vendrá en la hora en que menos lo pienses. No dejes que se pase el dia de hoy sin hacer lo que te manda.

2 Háblanos Dios de muchas maneras; pero nunca se percibe mas clara y mas distintamente su voz, que en el estado religioso, y en cualquiera otro estado de subordinacion y de dependencia. La órden del superior, la voz de la campana, lo que previene el instituto, lo que manda la regla, todas son voces de Dios. No obedezcas á estas voces con tibieza, con desidia, con restricciones, ni con pereza. Ordinariamente la tibieza del alma en el fervor nace de su tibieza en obedecer. Haz desde luego una generosa resolucion de no negar á Dios la prontitud en el rendimiento, que da nuevo esplendor, y aumenta mucho mérito á la obediencia. Sé pronto en dejarlo todo luego que oigas la voz de Dios. Corta la conversacion, despide la visita, levanta la mano de lo que has comenzado; no acabes ni aun de for-

mar la letra luego que oigas que te llama Dios. Al primer golpe de la campana, á la primera órden del superior, á la hora precisa que tú mismo te has señalado para dedicarte á otra cosa, déjalo todo. Vivirán un poco oprimidos con esta puntualidad el genio y el amor propio; pero de eso depende el progreso en la virtud. Sin este exacto fervor, sin esta pronta obediencia, se va poco á poco consumiendo el espíritu al lento calorcillo de la flojedad y de la tibieza.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Sixto (I), papa y mártir, en Roma, el cual habiendo gobernado la Iglesia en tiempo del emperador Adriano, y en el de Antonino Pio, padeció gustoso la muerte temporal para adquirir la posesion de Jesucristo.

Los santos mártires Timoteo y Diógenes, en Macedonia.

Ciento y veinte santos Mártires, en Persia.

El martirio de san Platónides y otros dos mártires, en Ascalon.

San Marcelino, mártir, en Cartago, al cual martirizaron los herejes porque defendia la fe católica.

San Celestino, papa, en Roma, el cual condenó á Nestorio, obispo de Constantinopla, y desterró á Pelagio: con la autoridad de este Papa fue celebrado el concilio general de Éfeso contra el dicho Nestorio. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Celso, obispo, en Irlanda, predecesor de san Malaquías.

San Guillelmo, abad, en Dinamarca, esclarecido en santidad de vida y en milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN CELESTINO, PAPA.

San Celestino, uno de los mas célebres sucesores de san Pedro que se han sentado en la cátedra apostólica, fue educado por su padre Prisco, natural de Roma, en el sólido principio del santo temor de Dios; y aplicado á las ciencias, como se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, hizo en ellas grandes progresos; los que juntos con un natural como nacido para la virtud, formaron en Celestino uno de los jóvenes mas cabales de su siglo, distinguiéndose ya en la juventud por la ejemplar religiosidad de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría. Consagrado obispo de Ciro en la Siria, y condecorado con el título de cardenal de la iglesia de Roma á virtud de los méritos que contrajo en el servicio de la Iglesia, brillaba nuestro Santo con la capacidad mas extendida, con la caridad mas abrasada, y con el celo mas generoso por la Religion, siendo la

veneracion de todos, cuando ocurrió la muerte de Bonifacio, primero de este nombre, á los 25 de octubre de 423, y en el 3 de noviembre del mismo año, fue elevado á la silla apostólica; persuadida Roma que á la sazon no se reconocia sugeto mas benemérito para la suprema dignidad. Los que eran afectos á Eulalio, obispo de Lipe, antipapa de Bonifacio, le solicitaron para que viniese á la eleccion, con el fin de inquietarla; pero retirándose aquel de todas las pretensiones, reconocido, se celebró la promocion de Celestino en paz y tranquilidad con universal aplauso.

Colocado en el trono apostólico, desempeñó el alto concepto que tenia formado la iglesia de Roma de su eminente virtud y grande capacidad. Por su celo siempre activo se vió restituida á aquel su primer esplendor, y á aquella serenidad, que parece habia oscurecido el funesto cisma. Toda la atencion aplicó Celestino á unir las iglesias con los vínculos de caridad, y prevenir anticipadamente todo lo que podia ocasionar su division. Con no menor exactitud se dedicó á restablecer la disciplina eclesiástica, regular y secular, relajadas al abrigo de la parcialidad. Su solicitud pastoral tenia por objeto conservar el sagrado depósito de la fe, y reformar las costumbres de todos los estados, no solo con sus palabras y sabias predicaciones, sino con la eficacia de su ejemplo. Su vida era verdaderamente austera, sus penitencias continuas, y sus rentas de los pobres, de quienes fue padre en realidad.

El deseo que ardia en su corazon de dilatar el reino de Jesucristo, le hizo enviar celosos misioneros apostólicos por varias partes del mundo, á fin de que resonase en ellas la voz del santo Evangelio; con cuya diligencia logró la conversion de no pocas naciones envueltas en las miserables sombras de la muerte. Si no consiguió este fin en Irlanda y Escocia en la primera mision de su arcediano Paladio, con otros socios, porque se resistieron aquellos naturales á su predicacion; le concedió Dios este consuelo por medio de san Patricio, quien habiendo venido á Roma á visitar los santos lugares que se veneran en aquella capital, conocido su espíritu por Celestino, después de tenerle consigo algun tiempo, y de haber probado su fe, doctrina y santidad, le consagró obispo, y le destinó á la conversion de Irlanda; la que con efecto hizo en términos, que le mereció el renombre de apóstol de aquella nacion.

Aunque todos estos laudables hechos bastaban para realzar el mérito de este insigne Papa, lo que mas eternizó su gloria fue el ardor y actividad con que se aplicó á sofocar las perniciosas novedades

que perturbaban la paz, y los desvelos con que se dedicó á extinguir las herejías. Si en algun tiempo tuvo la Iglesia necesidad de un pastor tan celoso y vigilante, de un papa tan santo y sabio, y de una cabeza visible, que fuese capaz de oponerse á los esfuerzos de las herejías, fue el de Celestino.

Pelagio, hombre de grande ingenio, de vasta erudicion y seductora elocuencia, y enemigo capital de la gracia, se atrevió á negar la trasfusion del pecado original en el género humano, y la necesidad de la gracia, ensalzando tanto las fuerzas del libre albedrío, que sostenia, que solo con las facultades naturales podia el hombre cumplir los preceptos de Dios, justificarse y conseguir la salvacion. Estos principios cardinales de tan craso error defendia su discípulo Celestio, hombre acre y mordaz, con tanto empeño, que se llamaron sus secuaces Celestianos, como Pelagianos los de aquel. Juliano, otro discípulo del heresiarca, hombre erudito en letras divinas y humanas, sumamente elocuente y jactancioso, no satisfecho con proteger el error, tuvo la osadía de escribir varios libros contra san Agustin, ínclito defensor de la divina gracia, y contra la fe católica. Todos estos monstruos que vomitó el abismo para inducir en los hombres las mas perjudiciales máximas á la justificacion y salvacion, causaban en el Occidente daños irreparables, dignos de la mas severa correccion; pero armado Celestino de una fortaleza y un valor verdaderamente apostólico, los persiguió y anatematizó: refutó sus errores con sabias y eruditas cartas; y aun con el terror de las leyes imperiales, que se debieron á su infatigable celo, obligó á muchos de ellos á que abjurasen la herejía, aprobó los escritos de san Agustin contra los dichos sectarios, y recomendó su doctrina y santidad con los mayores elogios en la epístola que dirigió á los obispos de Francia. Con no menor brio se portó contra Agrícola, hereje de la misma faccion, que habia corrompido las iglesias de Inglaterra, enviando de Francia, para purificarlas del contagio con honrosa legacía, á los dos eminentes obispos germano Altisiodorense, y Lupo Tricasino.

No fueron solos los enemigos del Occidente los que experimentaron las victoriosas fuerzas del celo apostólico de Celestino. A los del Oriente alcanzaron sus solicitudes, sus desvelos y vigilancia pastoral. Muerto Sisinio, obispo de Constantinopla, fue elevado á aquella cátedra Nestorio, presbítero antioqueno, con tanto aplauso y aceptacion, que se persuadieron los electores que habia de ser otro Crisóstomo; pero descubriendo á breve tiempo la perversidad que ocultaba en su corazon, se declaró autor de una inaudita herejía, que negaba fuese

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

la Vírgen santísima Madre de Dios, asegurando deberse llamar Cristípara, y no Deípara, bajo el supuesto erróneo de establecer en Jesucristo dos personas, como dos naturalezas, contra el sacrosanto misterioso dogma que cree y confiesa nuestra santa fe católica.

Apenas supo Celestino la execrable blasfemia, escribió inmediatamente á san Cirilo, obispo de Alejandría, para que le informase de la verdad; y habiéndolo hecho por medio de su diácono Dosidio, que envió á este efecto á Roma, volvió á escribir á aquel insigne Prelado para que interesase toda su sabiduría y autoridad en el reconocimiento de aquel nuevo sectario; y cuando no lo hiciese, arrepentido de su error, le excomulgase públicamente con todos los secuaces de la impiedad. Tambien escribió á Juan Antioqueno, á Rufo de Tesalónica, á Juvenal de Jerusalen, y á Flaviano Filipense, celebérrimos obispos del Oriente, para que se armasen contra el poderoso autor de la herejía. Pero no habiendo tenido el deseado efecto estos paternales avisos; no satisfecho su apostólico celo con haber condenado al heresiarca pertinaz en un concilio que tuvo en Roma en el año 430, valiéndose de la proteccion del emperador Teodosio el Jóven, hizo se celebrase un concilio general en Éfeso en el año siguiente de 431, que fue el tercero de los ecuménicos, al que asistieron doscientos obispos con los legados apostólicos, que lo fueron san Cirilo, Arcadio y Fosisto, obispos, y Felipe I, donde fue condenado Nestorio con su herejía, desautorizado, desterrado, y recluso en el monasterio de San Euprepio de Antioquía, quien falleció después infelizmente; y aun se dice, que antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, que se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que habia vomitado contra la Vírgen santísima; y para que constase en todo tiempo lo que la Iglesia califica, cree y confiesa sobre la prerogativa de la santísima Vírgen, que negaba aquel infeliz, se decretó en el mismo concilio, que se añadiese en la salutacion angélica la expresion: santa María Madre de Dios, etc.

Las cartas que Celestino escribió á san Cirilo, al emperador Teodosio, y al concilio, que copió á la letra el cardenal Baronio en sus Anales, leidas en aquella celebérrima asamblea, no cesaron los Padres de admirar y elogiar su infatigable celo, su grande sabiduría, y su vasta erudicion en el asunto de la controversia, confesando todos á una voz, que á su solicitud pastoral debian las iglesias orientales el verse libres de la peste nestoriana, inexorable hasta sepultar una herejía que destruia toda la gloria de la Vírgen santísima.

En medio de esta universalidad de cuidados tuvo tiempo para descender al establecimiento de varios reglamentos de disciplina eclesiástica, y de componer diferentes partes de la liturgia, que acreditan muy bien el celo con que se esmeró en la política de la Iglesia, y en que los divinos oficios se celebrasen con reverentes ritos y magnificencia. Tambien logró á fuerza de sus instancias del emperador Teodosio, el que hiciese leyes para la mejor observancia de las fiestas, y que concediese muchas inmunidades á las iglesias, y privilegios á los clérigos.

No contento con la solicitud pastoral con que atendia á las necesidades de las iglesias, halló fondos para edificar y enriquecer los templos de Roma con prodigiosa magnificencia y liberalidad; prueba grande de su dilatado corazon y de su eminente piedad, á la que se debió la ereccion de la iglesia Julia en la region séptima cerca de la plaza de Trajano, que enriqueció con grandes donaciones, haciendo asimismo considerables dádivas á la basílica de San Pedro. Tambien adornó el cementerio, que construyó en una heredad propia, llamado de su nombre Celestino. Hizo tres veces órdenes en el mes de diciembre, en las cuales creó treinta y tres presbíteros, once diáconos, y sesenta y cuatro obispos para diferentes iglesias. Y constituyó, entre otras cosas, que al principio de la misa se dijese el salmo: *Judica me Deus;* y algunos dicen que compuso el Gradual.

Finalmente, los trabajos y fatigas apostolicas consumieron su salud; y colmado de méritos y de gloria por tantos triunfos como consiguió de las herejías, después de haber gobernado la Iglesia como diestro piloto, santo y sabio pastor por el discurso de ocho años, cinco meses y dias, murió en el ósculo del Señor en el año 432, y su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Priscila en la via Salaria.

SAN GUILLELMO, ABAD.

San Guillelmo, tan célebre en el siglo XII por su virtud y por sus milagros, nació en Paris el año de 1105 de padres muy distinguidos por su nobleza, y en su puericia se crió en la abadía de San Germandes-Prés, ó de los Prados, bajo la disciplina del abad Hugo, que era tio suyo.

El bello natural del niño Guillelmo, su amor al estudio, y su inclinacion á la virtud, dejaron poco que hacer á la educacion. Fue presto la admiracion de aquella religiosa comunidad, á quien edificaba con sus ejemplos. Prendado el Abad de las virtuosas inclinacio-

nes de su sobrino, le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. Hízolo nuestro Santo, y desde luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres. Ordenado de subdiácono, fue provisto en un canonicato de la iglesia colegial de Santa Genoveva del Monte, donde todavía no se habia introducido la reforma.

La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, que parece habia de granjearle el cariño y aun la veneracion de sus compañeros, le hicieron odioso á todos. Mirábanle como á reformador incómodo y molesto; y reputaban su observancia regular por censura y reprension de su licenciosa vida. Pasó á tanto su aversion, que resolvieron obligarle á renunciar el canonicato. Fingió uno de ellos que queria ser religioso, y fácilmente le persuadió á que le siguiese en tan santa resolucion; pero habiendo descubierto Guillelmo el artificio, se quedó en su cabildo, haciendo mayor empeño de ser cada dia mas observante y mas ejemplar, edificando tanto á todo el pueblo, que Esteban, obispo de Paris, le ordenó de diácono, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus enemigos para estorbarle este grado.

Vacó por este tiempo el curato ó prebostía de Espinay, que era provision del cabildo de Santa Genoveva, á cinco leguas de Paris; y los canónigos no tuvieron duda en proveerle en Guillelmo, celebrando se les ofreciese este honrado pretexto para desviarle. Aceptóle el Santo, reteniendo su prebenda, por ser costumbre de aquella iglesia que dicho curato ó prebostía fuese servido por alguno del cuerpo del mismo cabildo.

No gozaron mucho tiempo de la mayor libertad que creian tener ya con haber alejado de sí á aquel virtuoso compañero, cuya observancia les incomodaba tanto; porque habiendo venido á Paris en el año de 1147 el papa Eugenio III, y siendo informado de la licencia con que vivian aquellos canónigos, resolvió, con beneplácito del rey Luis el Jóven, hacerlos regulares. Dióse la comision á Sugerio, abad de San Dionisio, que introdujo en Santa Genoveva del Monte á los canónigos regulares de san Victor, dejando á los seculares, durante su vida, la renta de sus prebendas.

Luego que lo supo Guillelmo, sin deliberar un punto, renunció al instante su curato para hacerse canónigo reglar; y apenas abrazó el nuevo instituto cuando fue su singular ornamento. Admiró á los mas perfectos su exactitud en la disciplina regular, su devocion y

su fervor. Hiciéronle superior de la casa, y luego se conoció lo que puede en una comunidad religiosa el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque era muy vivo el celo que tenia por la disciplina regular, sabia templarle con tanta prudencia, con tanta modestia, con tanta suavidad, que al mismo tiempo que hacia guardar la observancia, hacia amable el precepto. Habiéndose esparcido en Paris la voz de que habian hurtado la cabeza de santa Genoveva, Guillelmo se ofreció á entrar en un horno encendido, llevando en las manos la cabeza de la Santa, que muchos prelados habian hallado en la caja, para prueba de que no era supuesta.

No se ceñia á los límites de Francia la fama de la virtud de nuestro Santo: penetró hasta Dinamarca; y deseoso Absalon, obispo de Roschil, de restituir la pureza de la antigua disciplina en un monasterio de su diócesis, situado en la isla de Eschil, le pareció que ninguno podria ayudarle mejor á conseguir tan santo intento, que el superior de los canónigos reglares de Santa Genoveva. Despachó, pues, cartas para este fin al preboste de su iglesia, que comunmente se cree haber sido el célebre sajon el Gramático, que compuso la historia de Dinamarca. Aunque al abad de Santa Genoveva le costó mucho desprenderse del que era como el alma de la religiosa observancia de su casa, con todo eso juzgó que debia hacer á la mayor gloria de Dios este doloroso sacrificio. Partió Guillelmo en compañía de otros tres canónigos que le ayudasen á entablar la reforma.

Fueron recibidos de Waldemar, hijo del mártir san Canuto, con extraordinaria bondad; y el obispo Absalon, uno de los mas insignes prelados de aquel siglo, después de colmarlos de honras les hizo importantísimos servicios. Luego que Guillelmo se vió en posesion de la abadía de Eschil, se dedicó con el mayor empeño á establecer en ella la observancia regular. Para conseguirlo juzgo que el medio mas eficaz era ir adelante con el ejemplo. Pero desde luego se descubrió ser empresa mas dificultosa de lo que á él se le habia figurado. Porque así el riguroso temperamento de aquel clima, como el poco uso en la lengua del país, y la suma pobreza de la casa pusieron su celo y su virtud en grandes y muy dolorosas pruebas. Los tres compañeros que habia traido de Paris, no pudiendo tolerar el rigor del frio, ni las demás incomodidades de aquella tierra, le abandonaron, queriendo resueltamente volverse á Francia. Los religiosos de la casa, acostumbrados á la relajacion, no podian sufrir la reforma: el ejemplo solo del Abad los desesperaba; se volvian con-

tra él, y mil veces pensaron acabar con su vida de diferentes maneras. Siendo esto tanto, con todo eso no era lo que mas afligia al santo Abad.

Todo el infierno parece que se habia conjurado contra él, irritado de una reforma, que estaba previendo habia de encender el primitivo fervor de la Religion en Dinamarca. Hallóse asaltado de las mas violentas y mas obstinadas tentaciones. Pero cuanto mas crecian los estorbos, y mas se multiplicaban los lazos del enemigo de la salvacion, mas se daba Guillelmo á la oracion y á la penitencia. Premió Dios la constancia y la fidelidad de su siervo. No solo se suavizó el genio indómito y silvestre de los religiosos, vencidos finalmente de su moderacion, de su paciencia y de su blandura, sino que convirtió á gran número de pecadores, atraidos de la fama de su santidad, y tuvo el consuelo de convertir tambien á la fe de Cristo á todos los gentiles que habian quedado aun en las costas del mar Báltico.

Contribuyó mucho a estos felices sucesos la multitud de milagros que obró, y puede pasar por el mayor de todos ellos su perseverancia y su tranquilidad inalterable en medio de tantas fatigas y peligros.

Muchas veces le veian derretirse en copiosas lágrimas al pié de los altares, por conseguir nuevas gracias del cielo para sí y para sus hermanos. Nunca se desnudaba el cilicio: dormia siempre sobre un poco de paja: jamás usó cosa de lino, y era continuo su ayuno. Siete años antes de morir le fue revelado el dia de su muerte, y en este tiempo principalmente amontonó grandes tesoros para el cielo, doblando su fervor, sus penitencias, su celo y paciencia.

Siempre que celebraba el sacrificio de la misa regaba los manteles con sus tiernas y fervorosas lágrimas, y cuando subia al altar, consideraba que iba subiendo el monte Calvario. La última Cuaresma de su vida la pasó en excesivos rigores. El Jueves santo celebró la misa con tan extraordinaria devocion y ternura, que movió á lágrimas á todos los religiosos que la oian. Dióles la comunion de su mano, y después lavó los piés á gran número de pobres. Acabada la comida, se estaba disponiendo para lavárselos á sus hermanos, cuando de repente se sintió asaltado de un violento dolor de costado, que le obligó á recogerse á su pobre camilla, donde se le excitó una calentura lenta. Finalmente el dia de Pascua, después de media noche, oyendo cantar en Maitines aquellas palabras, *ut venientes ungerent Jesum,* clamó que ya era tiempo de que le administrasen la santa Uncion; y recibido este postrero Sacramento, penetrado de tier-

nos afectos de amor de Dios, y de confianza en su misericordia, espiró á los noventa y ocho años de su edad, habiendo vivido cuarenta enteros en Dinamarca, dedicado al ejercicio de todas las virtudes, singularmente al de una rigurosísima penitencia. Sucedió su muerte en el año de 1203, manifestando desde luego el Señor la gloria de su fiel siervo por la multitud de milagros que obró en su sepulcro. Veinte y un años después de su muerte, el de 1224, le canonizó el papa Honorio III.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la siguiente:

Intercessio nos, quaesumus Domine, beati Coelestini Papae commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion de san Celestino, papa, para que logremos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo XIII.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene celos, no obra mal, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

REFLEXIONES.

No hay virtud de cuyo nombre, y aun de cuya máscara se valgan mas las pasiones, especialmente entre las personas que hacen profesion de espirituales y devotas, que la caridad. Después de lo que el Apóstol nos dejó escrito del verdadero carácter de esta virtud, es fácil no equivocarla, y con todo eso á cada paso se equivoca.

¡Qué temible es una pasion disfrazada, y disfrazada con el velo de la Religion, para insinuarse con mayor artificio, y para dominar con mayor imperio y con mayor seguridad! Pocas veces se corrigen ni aun se conocen los yerros del entendimiento, cuando nacen del corazon, y los cria la voluntad. Con todo eso no seria incurable la ilusion si se quisiese hacer reflexion á que la caridad dulce y benéfica es el carácter y el distintivo de la virtud cristiana: *Charitas non aemulatur*, la caridad no es envidiosa, dice el Apóstol.

¡Ó buen Dios, y qué gran prueba de una secreta hipocresía es la envidia en personas religiosas, devotas y espirituales! ¿Es por ventura posible amar á Dios sin alegrarse de que otros le amen? ¿es por ventura posible amar al prójimo, y no complacerse en sus prosperidades? Esta complacencia en una alma verdaderamente humilde no es extraordinaria. La tristeza por la estimacion ajena solo se encuentra en corazones orgullosos, presumidos y poco cristianos.

Charitas non est ambitiosa. Tampoco es ambiciosa la caridad. Con todo eso vemos no pocas veces reinar la ambicion con imperio absoluto en corazones muy presumidos de estar inflamados en la mas ardiente caridad. Siempre es despreciable la ambicion; pero nunca se hace mas odiosa que cuando se descubre en ciertos estados que se fundaron en la Iglesia de Dios para asilo de la cristiana humildad.

¡Qué indignidad, que unas personas que por su profesion no deben tener otro modelo que los abatimientos de un hombre Dios, ni otras leyes que las mas perfectas del Evangelio, aspiren á los primeros asientos, anhelen por las primeras ocupaciones! Regalos, conexiones, bajezas, negociaciones, ruindades, empeños, artificios sútiles, políticas secretas, parcialidades, todo sirve, y de todo se valen en la ocasion para llegar á sus fines. ¡Qué de hazañerías! ¡qué de afectadas muestras de amistad! ¡qué de industrias estudiadas! ¡qué de mañuelas ocultas! y todo para ir granjeando votos, los cuales, aunque dén mayor derecho al cargo ó al empleo, no por eso hacen menos indignos á los pretendientes. Esas elevaciones artificiales, efectos de la ambicion, presto se desmienten á sí mismas. Pero ¡qué daño no hacen á los que se alimentan con ellas! *Interdum dominatur homo homini in malum suum.* (*Eccles.* VIII). Cuando no es el Señor el que te colocó en ese puesto, nunca estarás en él sin peligro. Desdichado de aquel que solo debe la prelacía á su ambicion: Coré, Dathan, Abiron y Hon perecieron con el incensario en la mano, por haberse entrometido sin vocacion en el sagrado ministerio; por haber intentado usurpar por via de negociacion una dignidad que tenia Dios destinada únicamente para el mérito y para la virtud: *Multum erigimini, filii Levi.* (*Num.* XVI). ¿Tú fuiste el que te elevaste por tu industria y por tus artificios? Pues no te podrás mantener mucho tiempo en esa elevacion. Ándasele á uno la cabeza cuando sube mas alto de lo que debe. ¡Con qué horror mira Dios á un pobre orgulloso! *pauperum superbum.* (*Eccles.* XXV). ¡Qué lastimoso desórden de costumbres, y aun de juicio! ¡Unos pobres de profesion, humildes por su propio estado, matarse sobre cuál ha de ocupar mayor mon-

ton de tierra, aspirar á lucirlo entre las sombras, á distinguirse entre la oscuridad! ¡Oh, y con cuánta razon llama el Profeta á estos vanos honores, á estas preferencias arrancadas con artificio, vanidades y locuras llenas de ridiculez! *vanitates et insanias falsas.*

El Evangelio es del capítulo VII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam!

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que guia á la perdicion; y son muchos los que entran por ella. ¡Cuán angosta es la puerta, y estrecho el camino que conduce á la vida, y cuán pocos los que la encuentran!

MEDITACION.

Del camino de la perdicion.

PUNTO PRIMERO.—Considera que hay un camino que guia á la perdicion, y que es grande el número de los que caminan por él. Y ¿no serás tú de este número? No es dificultoso conocer cuál es este camino, porque despues de lo que dijo Cristo, no es fácil equivocarle. Camino ancho, camino muy trillado, doctrina halagüeña, moral relajada, nunca fueron el camino de la salvacion. Los Santos ciertamente fueron por otro muy diverso. Esas entradas tan floridas, esas llanuras tan amenas engañan á la muchedumbre; pero ¿á donde conducen al fin? Cuando se marcha en compañía por unas llanadas fértiles, frondosas y risueñas, los árboles deleitan, el murmullo de las aguas embelesa, la gustosa conversacion de los caminantes divierte. Pero ¿es puro el aire de esas campiñas? ¿se va con precaucion contra el ambiente contagioso que reina en ellas? ¿Y será el cielo el término de un camino que á cada paso se desvia de él mas y mas?

El camino que guia á la perdicion es ancho y espacioso. Finge el sistema de conciencia que se te antojare; forja la moral mas acomodada que te pareciere; este es el oráculo. Indulgencia universal en favor de las pasiones; interpretaciones de la ley excesivamente benignas; libertad del corazon y del entendimiento, que tanto debilita la Religion, extinguiendo cási la fe; licencioso desórden de costumbres, perniciosas máximas del mundo, que proscriben todo lo que pone á raya los sentidos, todo lo que los refrena; reino del amor propio, donde está cautivo el espíritu del Evangelio, y donde triunfan

la profanidad, las pasiones y el placer; ¿por ventura teneis por término la felicidad eterna?

¡Ó mi Dios, y qué extravagancia la de caminar con tanto descaro, con tanta serenidad por un camino que conduce infaliblemente al precipicio! ¡qué locura seguir una doctrina que reprobó el mismo Jesucristo! ¡qué error gobernarse por unas máximas tan contrarias á la Religion! Esta es la conducta de los que tiranizados de su concupiscencia, no tienen otra regla que el antojo de sus deseos. El camino ancho que guia á la perdicion, es esa vida ociosa, regalona y delicada; es esa vida mundana, sacrificada á las diversiones y á los gustos. El camino ancho es esa moral relajada, que pretende ensanchar el camino del cielo, que presume autorizar todo lo que lisonjea á la concupiscencia; esa moral hipócrita, que debajo de unas sendas, en la apariencia rígidas y estrechas, abre un camino acomodado y anchuroso; debajo de una exterioridad austera y reformada, desviando al alma de los Sacramentos, la lleva insensiblemente á una vida libertina.

¡Ah, Señor, y por qué camino corro yo cuando mi vida es tan conforme á mis deseos, y tan poco arreglada á las suaves máximas de vuestra ley!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en materia de salvacion no es el mas seguro el camino mas trillado. Escoge mala guia el que se deja gobernar de la muchedumbre. No usa de su razon el que se deja arrastrar; y es regla muy arriesgada la de vivir como viven los demás.

¿Qué regla mas perniciosa ni mas falsa que la que ha introducido el desórden, y tiene como autorizada la licencia de las costumbres? Un uso que es abuso, una moda extravagante y de capricho, el ejemplo de una docena de mujeres locas, sin rastro de entendimiento ni de juicio, y de un monton de mozalbetes atolondrados y perdidos; el arte de hacerse rico por medio de grandes y reales usuras, paliadas con el pretexto de un industrioso comercio; una profanidad desmesurada, que confunde todas las clases, que reina en casi todos los estados con nombre de moda ó de costumbres; ¿son estos los modelos que un cristiano se debe proponer? ¿Se procede con cordura, se camina con seguridad, cuando sin pararse mucho á discurrir sobre el camino que se elige, sin informarse siquiera á donde va á parar, se va á ciegas tras la muchedumbre, aquietándose con la engañosa consideracion de que se va por donde van los muchos, los cuales es-

tán en el mismo peligro? Pues esto y no otra cosa significa aquella perniciosa máxima, que se ha hecho ya como regla de las costumbres: *Es menester hacer lo que hacen otros*. Esta es aquella puerta ancha, aquel camino espacioso que guia á la perdicion; esta aquella moral emponzoñada que tiene en el infierno á tantas almas.

Tiénese por muy severa la moral, la doctrina de Jesucristo. ¿Qué novedad nos causa eso? ¿No nos dejó dicho bien expresamente el mismo Señor, que el camino de la perdicion es anchuroso? Es cierto que el mundo enseña una moral mas acomodada; pero ¿es muy conforme á la doctrina del Evangelio? ¿Puede tenerse algun temor al infierno, y caminar con serenidad por el camino ancho? ¿puede vivirse una vida regalona, delicada, mundana, y estar seguros, sin miedo de que esa seguridad sea una fatal ilusion? Busca uno solo entre los Santos que haya seguido ese camino. En todos los estados, en todas las condiciones del mundo ha habido santos; pero no hallarás siquiera uno que no hubiese huido cuidadosamente del camino espacioso; que no hubiese mirado con horror esa moral acomodada y condescendiente.

Yo tambien, Señor, le detesto: desde este mismo punto comienzo á mirar con un saludable horror ese camino ancho, por el cual no solo he andado, sino que he corrido tantos años á mi perdicion; pero puesto, mi Dios, que por vuestra pura misericordia he comenzado á conocer que iba descaminado, dignaos guiarme de aquí adelante por el camino derecho de la salvacion.

Jaculatorias.—Enseñadme, Señor, los caminos que conducen á Vos derechamente, y mostradme los senderos de la justicia. (*Psalmus* XXIV).

Apartadme, Señor, del camino de la perdicion. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 ¿Será prudencia escoger uno un camino, solo porque es llano, porque es hermoso, porque es muy pasajero, sabiendo bien, ó á lo menos recelando con mucho fundamento, que le desvia del término á donde pretende llegar? Pues esta es á la letra la conducta de los que buscan de propósito confesores condescendientes, acomodados, y de manga ancha, gustando de la moral mas laxa y mas benigna. Los nobles, los ricos, los que están en grandes puestos, por lo comun son de este gusto: quieren que se les lisonjee hasta en la observancia de los mandamientos, hasta en el mismo sagrado tribunal de la peni-

tencia. A un pobre oficial se le proponen, se le declaran y se le intiman sin disfraz, sin lenitivos, sin reparo alguno los mandamientos de la ley de Dios; pero es menester mucho tiento, mucho arte, mucha elocuencia para no ofender, para no lastimar la delicadeza de los grandes, explicándoles las verdades de la Religion y las máximas del Evangelio. Parece que se hace odiosa la doctrina en siendo demasiadamente cristiana: es preciso saberla sazonar con cien condimentos para que se reciba con gusto. Aunque se predicara á gentiles no se propondria con mas miramiento. ¿Eres tú acaso de los cristianos de ese carácter? ¿eres de los que buscan muy cuidadosamente un confesor laxo, ignorante, condescendiente y poco celoso? ¿eres de los que siguen opiniones excesivamente indulgentes? Despedirias luego á un médico ignorante, ó de aquellos que por lisonjear al enfermo le dejan morir. Las enfermedades del alma, su salud, su vida eterna, ¿piden por ventura menos resolucion, ni menos celo? El amor propio ciega, el interés atolondra: no consultes á uno ni á otro. En nuestra religion no hay mas que una fe; con que tampoco puede haber mas que una doctrina. No se acomoda Dios con nuestros errores, cuando en ellos tiene tanta parte la voluntad como el entendimiento. No quieras lisonjearte en punto de tanta importancia.

2 *El camino que guia á la perdicion es ancho, y son muchos los que van por él.* No te forjes un sistema de conciencia á tu antojo. Siendo rígido y severo con los otros, no reserves lo indulgente para tí. Esa vivacidad, ese ardor cuando se trata en cosa que te interese, esa disposicion á defender con el mayor empeño tus derechos, ¿no hacen un poco sospechosa tu doctrina? Esas fáciles dispensaciones en el ayuno (y quiera Dios no sean tambien en la abstinencia); esas diversiones tan frecuentes; esa continuacion al juego, que parece le tienes por oficio; ese refinamiento en los placeres; ese enfadoso estudio de tus propias conveniencias; esas sumas considerables que prestas á un interés excesivo; esa suntuosidad, esa delicadeza en la mesa; esas indulgentes interpretaciones de la ley; ese gran tren de profanidad; ¿todo esto acredita que vas por el camino estrecho? ¿No demuestra por el contrario que sigues el camino de los réprobos, siguiendo el de la muchedumbre? Ves ahí mucha materia de exámen, y largo asunto para reflexiones; pero no se pase el dia de hoy sin que experimentes en tí mismo el fruto por medio de una pronta mudanza de vida.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Epifanio, obispo, Donato, Rufino, y otros trece, en África. *(Baronio escribe que no pudo encontrar de dónde fueron estos santos Mártires ni el lugar donde padecieron el martirio).*

Doscientos santos Mártires, en Sinope en el Ponto.

San Caliopio, mártir, en Cilicia, el cual en tiempo del gobernador Máximo, después de sufrir otros tormentos, fue crucificado cabeza abajo, siendo coronado con este ilustre martirio.

San Ciriaco, y otros diez Mártires, en Nicomedia.

San Peleusio, presbítero y mártir, en Alejandría.

San Egesipo, en Roma, el cual en los tiempos inmediatos á los Apóstoles pasó á Roma á visitar al papa Aniceto, en donde permaneció hasta el tiempo del papa Eleuterio; escribió la Historia eclesiástica desde la pasion del Señor hasta su tiempo, demostrando en su estilo la candidez de aquellos cuyas máximas seguia.

San Saturnino, obispo y confesor, en Verona.

San Afraates, anacoreta, en Siria, el cual en tiempo de Valente, con el poder de los milagros defendió la fe católica contra los Arrianos.

EL BEATO HERMAN, LLAMADO JOSÉ, DEL ÓRDEN PREMONSTRATENSE.

El bienaventurado Herman José, tan conocido por su tierna devocion á la santísima Vírgen, fue de nacion aleman; de familia honrada, en un tiempo bastantemente opulenta, pero que se vió después reducida á una escasa mediania de bienes de fortuna. Nació en Colonia hácia el fin del siglo XII, y en su educacion se experimentaron los efectos del triste estado de su casa, porque no fue la mejor; pero el niño Herman fue prevenido con grandes bendiciones del cielo cási desde la cuna.

No se descubrieron en él aquellos defectos que son tan comunes en la niñez. Era dulce, apacible, dócil, y todas sus inclinaciones tan naturalmente propensas á la piedad, que parecia haber ya nacido formado para la virtud.

Anticipóse al uso de la razon la singular devocion que profesó á la santísima Vírgen. Aun no tenia siete años, cuando huyendo de los divertimientos propios de aquella edad, se retiraba secretamente á una iglesia dedicada á la Reina del cielo, y allí pasaba todo el tiempo que los demás niños empleaban en holgarse. Postrado á los piés de una imágen de la Madre de Dios, que tenia á su preciosísimo Hijo

en los brazos, unas veces hablaba con la Madre, y otras con el Hijo, con aquel candor y con aquella santa sencillez que inspira el Señor á las almas inocentes.

Con esta devota simplicidad presentaba muchas veces á la Vírgen y al niño Jesús las flores y la fruta que le daban, y él podia recoger, instándoles con piadosa importunidad que admitiesen aquella corta demostracion de cariño. Así el Hijo como la Madre se agradaban mucho de aquella inocente candidez; y se asegura que la acreditaron con diferentes milagros.

Pero el mayor de todos ellos, ó uno bien singular, era la ternura con que la santísima Vírgen correspondia á los amores del inocente niño Herman. Aparecíasele muchas veces en la iglesia, colmábale de bendiciones celestiales, instruíale por sí misma, y aun le socorria con algunas cosillas que habia menester, como lo declaró el mismo Herman poco tiempo antes de morir.

Aun no habia cumplido los doce años, cuando fue admitido como por alumno en el monasterio de Steinfeldt, del Órden Premonstratense; y mientras tenia edad para tomar el santo hábito, le enviaron á Frisia para que estudiase en una casa de la Órden. Hizo admirables progresos así en las ciencias como en la virtud, creciendo esta al mismo paso que los años. Vuelto á Steinfeldt, le hicieron refitolero. Pero como este oficio le dejase poco lugar para atender á sus ordinarias devociones, estaba desazonado con él, y aun llegó á mostrarlo. Apareciósele la santísima Vírgen, y le reprendió, diciéndole: *Acuerdate, hijo, que tu primera obligacion es la obediencia. Todas esas devociones voluntarias muchas veces son frutos del amor propio. Nunca agradarás mas á mi Hijo y á mí, que cuando te dejares gobernar únicamente de la santa obediencia. ¿No es grande honra y grande dicha tuya el servir á tus hermanos? La caridad encierra en sí todas las demás virtudes.* Hizo tanto fruto esta leccion, que en adelante en ninguna cosa hallaba gusto nuestro Herman sino en obedecer; y cuando se atravesaban los favores del cielo con las obligaciones del oficio, dejaba aquellos por estas.

Seria cosa larga apuntar, cuanto mas referir individualmente, las singulares dignaciones de la santísima Vírgen con este su fidelísimo siervo. Apariciones frecuentes, conversaciones familiares, proteccion muy especial, dones, privilegios, beneficios; en fin, todas aquellas gracias con que esta benignísima Señora acostumbra honrar á las almas mas queridas, mas privilegiadas y mas favorecidas suyas, todas eran muy ordinarias en Herman José. Un religioso premonstra-

tense, confidente suyo, que escribió su vida, asegura con ingenuidad que á él mismo se le harian increibles, si no hubiera sido testigo de ellas.

A la verdad, ningun devoto de esta Señora parece que pudo amarla con mayor ternura, ni venerarla con mayor celo y mas profundo respeto. Solo con ver una imágea de la Vírgen se quedaba extático y arrobado. Siempre que pronunciaba su dulcísimo nombre hacia una profunda inclinacion con todo el cuerpo, postrándose cási hasta la tierra; y aseguraba que sentia entonces una suavidad espiritual muy superior á todo lo que puede percibir el gusto, y ni apenas concebir la imaginacion. Por su inocentísima vida, por su amor á la Reina de los Ángeles, y por su singular castidad, comenzaron los religiosos á darle el nombre de José. Él se resistia á admitirle, diciendo que era profanar un nombre tan santo aplicarle á quien no tenia ninguna de las virtudes del santo Patriarca; pero habiéndosele aparecido la Vírgen, y habiéndole dado á entender que aquel nombre le convenia, le retuvo hasta la muerte.

Fácil es de comprender de qué medios se valió para merecer del cielo tantas y tan singulares gracias y favores, que contribuyeron mucho á su santificacion. Pudiérase asegurar que la humildad fue el carácter y el distintivo de este gran siervo de Dios, segun el bajo concepto que tenia de sí mismo. Su vida fue un prodigio de penitencia. Cási nunca comia mas que pan y agua; eran continuas sus vigilias; y cuando se veia precisado á tomar algun descanso, se echaba sobre unos manojos de sarmientos, sirviéndole una piedra de cabecera. Decia que esta vida era tiempo de mortificacion, y que estaria inconsolable si se le pasase un solo momento sin padecer algo. Llegó á tener algun escrúpulo de haber excedido á sus fuerzas los piadosos rigores que arruinaron su salud. Pero las penitencias voluntarias no fueron las que únicamente dieron mucho ejercicio á su mortificacion y á su paciencia. Para templar la satisfaccion que le podian causar los extraordinarios favores que recibia del cielo, y tambien para purificar mas su virtud, permitió el Señor que fuese inquietado y humillado con prolijas y molestas tentaciones, afligiéndole al mismo tiempo con diversas enfermedades corporales, que le redujeron á un estado digno de compasion; sirviendo no poco para que se hiciese admirar su perfecta resignacion en las disposiciones del cielo, y su invicta tolerancia.

Ordinariamente se aumentaban sus penas interiores y sus dolores en las vísperas de las grandes festividades, disponiéndole Dios de esta

manera para que recibiese las extraordinarias gracias con que solia favorecer á aquella inocente alma en semejantes dias. En la vigilia de Navidad se vió reducido á tan lastimoso estado, que creyó habia llegado ya su última hora, cuando á media noche se halló de repente tan sano y tan robusto, que pudo asistir á Maitines y á la misa.

Profesaba singular devocion á santa Úrsula y á sus compañeras, en cuya honra compuso algunas devotas canciones, y no paró hasta conseguir algunas reliquias de aquel santo ejército de vírgenes, para enriquecer con ellas la iglesia de su monasterio. Pero en la devocion al santísimo Sacramento se excedia á sí mismo, explicándose ordinariamente sus frecuentes visitas, sus continuas adoraciones, y los devotos ejercicios que hacia para venerarle, en amorosos éxtasis y deliquios.

Luego que se vió elevado á la dignidad del sacerdocio, le ocupaba únicamente la majestad del divino sacrificio, mostrando en el fuego que arrojaba su semblante mientras celebraba la misa, el que abrasaba interiormente su inflamado corazon. Solo con verle en el altar avivaba la fe de los circunstantes, siendo indicio las dulces y tiernas lágrimas que derramaban sus ojos de la abundancia de gracias y dulzuras interiores que inundaban aquella purísima alma.

Por tres dias enteros se le vió arrobado en éxtasis. Compuso una exposicion sobre los Cantares, cuyos sublimes pensamientos acreditan bien la divina luz que recibia del cielo en la íntima comunicacion con el Señor. Ya habia muchos años que este fiel siervo de Dios, consumido de penas interiores y de dolores corporales, estaba tan débil, que al parecer vivia de milagro, cuando quiso en fin el Señor recompensar sus trabajos.

Hácia el fin de la Cuaresma desearon mucho ver al bienaventurado Herman José las religiosas Bernardas de un monasterio no muy distante del de Steinfeldt; y aunque al abad le costaba repugnancia dejarle salir, no pudo negarse á las instancias de las monjas. Luego que llegó el Santo al convento, con el mismo báculo que llevaba trazó el hoyo que le habia de servir de sepultura. Sabiendo que le restaban pocos dias que vivir, dobló su fervor, y se dedicó á consolar á aquellas religiosas con el mayor celo y caridad. El tercer dia de Pascua se sintió extraordinariamente debilitado; y solo pensó en disponerse para la muerte con tiernos y continuos coloquios con Dios y con la santísima Vírgen, estando cási siempre extático y arrobado. Finalmente, el jueves de la semana de Pascua del año 1233, aquella inocente alma, colmada de tantos favores del cielo, dotada del don

de profecía y de milagros, fué á recibir del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo el premio debido á su fidelidad y á su inocencia. Enterráronle en aquel propio sitio que él mismo habia trazado; pero el abad y religiosos de Steinfeldt, no pudiendo sufrir verse privados de aquel tesoro, alcanzaron licencia del arzobispo de Colonia para trasladarle á su monasterio; hallándose incorrupto y entero el santo cuerpo siete semanas después de enterrado, cuando se hizo la traslacion, la que quiso el Señor acompañar con gran número de milagros. Desde luego se puso su nombre en los martirologios y calendarios en el dia 7 de abril, y poco después se comenzó á celebrar su memoria con fiesta y oficio eclesiástico en la Órden Premonstratense, y en varios lugares del arzobispado de Colonia. El año de 1628 se comenzaron á formar nuevos procesos en órden á su canonizacion á instancias del emperador Fernando II, y á solicitud del arzobispo elector de Colonia, Fernando de Baviera. Algunas reliquias del beato Herman José, ricamente engastadas, se veneran públicamente en Colonia, en la abadía del Parque, junto á Lovaina, en la de Tongerio, en la Cartuja de Colonia, y en la abadía de San Miguel de Amberes; pero la mayor parte de su cuerpo se conserva en Steinfeldt.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion propia del Santo, que se reza en Steinfeldt, es la siguiente:

Deus, qui beatum Hermanum Joseph, confessorem tuum, adeo benedictionibus dulcedinis praevenisti, ut à pueritia creberrimis gloriosae Virginis Mariae visitationibus et alloquiis frui mereretur; praesta, quaesumus, ut innocentis, et sanctae vitae ejus vestigiis insistentes, ad coelestem patriam, in qua gloriosus exultat, securi perveniamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que preveniste con tantas bendiciones de dulzura á tu confesor el bienaventurado Herman José, que desde su tierna infancia mereció ser regalado con muy frecuentes visitas y familiares conversaciones de la Vírgen María; concédenos que imitando la inocencia y santidad de su vida, lleguemos con seguridad á la patria celestial, donde goza de la eterna gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v de la del apóstol san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Fructus Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. Adversus hujusmodi non est lex. Qui autem sunt Christi,

Hermanos: El fruto del Espíritu es la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Contra estas cosas no está la ley. Aho-

carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur inanis gloriae cupidi invicem provocantes, invicem invidentes.

ra: aquellos que son de Cristo, crucificaron su carne con los vicios y concupiscencias. Si vivimos del espíritu, caminemos tambien en el espíritu. No seamos avarientos de vanagloria, provocándonos mutuamente, y teniendo envidia unos de otros.

REFLEXIONES.

Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, etc. Los frutos del espíritu son la caridad, la alegría, la paciencia, la mansedumbre, la bondad, la longanimidad, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. No se ven estos frutos en el mundo, porque en él no se ve espíritu, todo es carne. La caridad es poco conocida; la alegría interior está desterrada; la paciencia es forastera; la mansedumbre es artificial; y las demás virtudes solamente son conocidas por el nombre. Estos preciosos dones son frutos de la vida espiritual; esto es, de una vida verdaderamente cristiana: solamente los gustan las almas puras, las personas sólidamente devotas.

¡Cuándo tendrán á bien los mundanos convenir en esta verdad, y dejar á la virtud aquel aire risueño y apacible que le es tan natural; aquella alegría sincera, pura y llana que es su distintivo! ¡cuándo dejarán de desacreditarla por la falsa idea que forman de su aparato! ¡cuándo dejarán de desfigurarla por los impropios rasgos y groseros colores con que la pintan, por las negras sombras con que la representan! No hay cosa mas risueña que su aire, ni cosa mas apacible ni mas amable que sus modales.

Cuando reina en una alma la virtud, reinan en ella la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre, el agrado, la bondad y la caridad. ¿Qué cosa podrá turbar la serenidad de un espíritu iluminado con la gracia del Señor, ni la calma de un corazon que tiene dominadas sus pasiones? De aquí nacen aquella igualdad inalterable, aquella apacible y perpetua mansedumbre de los buenos, que el mundo ni aun de vista conoce entre los que le sirven.

Pero por mas que se clame que no es tan áspero como se pinta el país de la virtud, todavía se obstina el mundo en creer que en él nacen las espinas debajo de los piés, y que el camino que conduce á esta region es impracticable. Los que le conocen bien, aseguran que es tierra de promision, que produce abundantes y suavísimos frutos; pero los que están preocupados de la aprension contraria, insisten en que el aire es contagioso; que es una tierra infestada de mons-

truos y de fieras; que ella misma se abre entre los piés, y traga á sus habitadores. Con esto se espantan los sentidos, se acobardan y se retiran tantas personas.

Pero, Dios mio, aunque la virtud fuera todo eso que tan erradamente se concibe; aunque costara mucho conseguirla, ¿hay otro partido que tomar? Y si cuesta mucho mas el no abrazarla, ¿no será menor nuestra excusa, y mas sensible nuestro dolor? Pues ¿qué locura es no ser verdaderamente virtuoso?

Si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud no punzan en la realidad; si en cualquiera otro camino se encuentran mas, y son mucho mas penetrantes; si las cambroneras que le atraviesan dejan bastante espacio y muy acomodado; si los monstruos que se temen son unos fantasmones que en acercándose á ellos se desvanecen; ¡qué dolor, qué desesperacion será para aquellas almas tímidas y delicadas, que estiman, que aman la virtud, pero que no se atreven á acercarse á ella temiendo mil trabajos y dificultades, al mismo tiempo que tan ciegamente se entregan á las inquietudes, á las fatigas, á las congojas, á los cuidados, á las pesadumbres, á los caminos duros y difíciles del mundo, deslumbradas con la esperanza de una vida dulce y tranquila, que solamente puede hallarse en el servicio de Dios! Con razon dice el Apóstol, que no hay ley contra los que gustan los dulces frutos del espíritu. *Adversus hujusmodi non est lex;* esto es, que no necesitan de amenazas para cumplir con las obligaciones de la Religion y de su estado. No hay temor en la caridad, puesto que *la caridad perfecta destierra todo temor* (*I Joann.* IV), por lo que el temor tiene de pena y de fatiga.

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Los que son de Cristo tienen crucificada la carne con todas sus pasiones y malas inclinaciones. Pues ¿qué mucho es que reine en ellos la caridad, la alegría, la paz, la mansedumbre y la paciencia? Si las pasiones están aprisionadas, si están como enclavadas en una cruz, no pueden inquietar el alma, no pueden turbarla la paz y la alegría.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Contendite intrare per angustam portam: quia multi, dico vobis, quaerent intrare, et non poterunt. Cum autem intraverit paterfamilias, et clauserit ostium, incipietis

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Esforzaos á entrar por la puerta estrecha; porque os aseguro que muchos buscarán entrar, y no podrán. Y cuando haya entrado el padre de familias, y haya cerrado la puerta,

foris stare, et pulsare ostium, dicentes: Domine, aperi nobis: et respondens dicet vobis: Nescio vos unde sitis.

comenzaréis, estando á la parte de afuera, á llamar, diciendo: Señor, ábrenos: y él os responderá y dirá: No os conozco, ni sé de donde sois vosotros.

MEDITACION.

Del camino de la salvacion.

Punto primero.—Considera que de solo el Salvador del mundo podemos aprender cuál es el verdadero camino de la salvacion. Cualquiera otro maestro nos descaminará. No hay otro camino para el cielo que el que él trazó, y todos los Santos siguieron. ¿Cuál es, pues, este camino real, derecho y seguro que lleva á la vida? Una senda estrecha y cerrada al amor propio y á los sentidos, en la cual se ahoga la vivacidad de las pasiones, nacen las cruces naturalmente, y se despoja el hombre viejo de los malos hábitos. Esta es aquella moral que nunca fue del gusto de los mundanos, porque condena sus diversiones y sus máximas.

El camino de la salvacion es camino de penitencia y de humillacion: en él se abate el alma hasta su nada; piérdense de vista aquellas alturas que están cubiertas de nieblas ó de nieves; caminase al abrigo de una apacible sombra, y no se halla otra comida que el fruto de la cruz, amargo al paladar, pero sustancial y muy provechoso para la salud del alma.

Esta es aquella moral que reprime la orgullosa libertad del entendimiento, poniendo freno al licencioso desórden del corazon; la que aprieta extrañamente á la concupiscencia; reduce á muy estrechos límites al interés, y arregla las costumbres al nivel de las puras máximas del Evangelio. Esta es la que no entiende de lisonjear á nadie, ni mucho menos sabe qué es aceptacion de personas; no confunde á la verdad los estados, las edades, ni las condiciones; pero guardando la debida proporcion, todo lo gobierna por un mismo sistema. La modestia en el traje, la frugalidad en la comida, la moderacion en los proyectos, la afabilidad y la igualdad en el trato y en el genio, son los primeros principios invariables de esta moral. En toda ella se lleva siempre la primacía la humildad cristiana; y la devocion, la caridad y la paciencia son las que reinan.

¡Ah, Señor, y qué diferentes son vuestros caminos del que nosotros seguimos! ¡y qué poco se conforman nuestras costumbres con los principios de vuestra moral! Pero si cualquier otro camino lleva

á la perdicion; si no debemos seguir otra guia que á Vos; si cualquiera otro sistema de conciencia es falso y engañoso; si cualquiera otra máxima es error; si cualquiera otra senda nos descamina; ¿cuál será el paradero de tantas almas como van por el camino ancho, y tienen por muy estrecho el único que guia al cielo? ¡Buen Dios! ¿cuál será el paradero de los mundanos, y de todos los que siguen las máximas del mundo?

Punto segundo. —Considera que no hay mas que una sola religion verdadera, una sola fe, un solo Evangelio, una sola doctrina, y consiguientemente un solo camino para el cielo. Este es aquel camino angosto, aquel desierto, por donde es preciso pasar para entrar en la tierra de promision. Si en él se encuentran mares que atravesar, es necesario pasarlos sin ser sumergidos en las ondas; si se hallan barrancos, es menester saltarlos; si salen al encuentro enemigos, es preciso combatirlos y vencerlos.

El camino es estrecho, pero no puede ensancharse: cualquiera otro mas espacioso, mas llano y mas trillado, desvia del término. La moral de Jesucristo oprime al amor propio, y descontenta á los sentidos; pero cualquiera otra mas acomodada engaña y envenena. Por algo manda el Salvador á todos los Cristianos que se hagan violencia, si han de entrar en el reino de los cielos, y que se esfuercen á entrar por la puerta angosta: *Contendite intrare per angustam portam.*

Pero ¡cuál será el paradero de aquellos mundanos, que se estremecen á solo el nombre de mortificacion y de violencia! ¡cuál el de aquellas damas delicadas, que ignoran lo que es penitencia y mortificacion! ¡cuál es el de aquellas personas religiosas, que olvidadas ya de sus primeros fervores, viven con tibieza, y aun con relajacion! ¡cuál el de aquellos ministros del Señor, que van tan distantes de la doctrina de su Maestro!

¡Oh mi Dios, cuántos y cuántos van muy desviados del camino de la salvacion! Á vista de esto, ¿qué maravilla es que tantos se pierdan? Propónenseles los mas esenciales mandamientos de la ley; pero ¡cuántos claman inmediatamente por la dispensa! No parece sino que la doctrina de Jesucristo está ya anticuada, que no se hizo para los cristianos de este tiempo; y falta poco para que piensen que la moral del Evangelio es contra toda razon. El corto número todavía se esfuerza á entrar por la puerta angosta: mas ¡oh, y qué corto es este número! La muchedumbre busca camino mas espacioso y mas llano. ¿Y no seré yo quizá de esta muchedumbre? No pocos son los que se

afanan por descubrir algun camino medio ; pero este camino los lleva al precipicio. ¡Y después de esto nos admirarémos de que sea tan corto el número de los escogidos!

¿Tenemos por ventura otra guia que el mismo Jesucristo, ni podemos tener otro Maestro? ¿Se puede apelar de sus sentencias, ni de sus decisiones á otro tribunal? ¿Se espera acaso que algun dia se puedan reformar sus oráculos? Uno de ellos es, *que el camino del cielo es estrecho ; que no hay otro camino ; que es menester esforzarse á entrar por él ; que el reino de los cielos se gana á viva fuerza.* Hombres del mundo, idólatras de los placeres, gritad cuanto quisiéreis contra esta doctrina ; apelad de esta sentencia, pero ¿á dónde?

¡Oh mi Dios, y cuánto tiempo há que estoy andando, y acaso estoy andando muy fuera del camino de la salvacion! Por buscar el mas espacioso me he descaminado. El dia va cayendo, y yo quiza estoy ya muy cerca del término de mi jornada. Pero, pues ya conozco mi descamino, por vuestra misericordia haced que me aparte de él, y que entre en el camino real ; lo que ayudado de vuestra divina gracia comienzo á hacer desde este mismo dia.

Jaculatorias. —Erré, Señor, y descaminéme como una pobre oveja descarriada ; pero Vos, mi Dios, como buen pastor, buscadme y reducidme al aprisco, porque resuelto estoy á no olvidar jamás los amorosos silbos de vuestra santa ley. (*Psalm.* cxviii).

No solamente me habeis de apartar á mí del camino de la perdicion, sino que al mismo camino de la perdicion le habeis de apartar de mi, teniendo misericordia de mi miseria, para que en adelante no me desvie de vuestra doctrina. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 El dia de hoy se gusta mucho de teólogos condescendientes, y de opiniones que acomoden : búscanse profetas que hablen siempre a nuestro paladar. Hablar como habló Jesucristo, es rigidez, es nimia severidad, es una moral que se va acercando al rigorismo. Las voces de mortificacion, abnegacion y de penitencia ya no se usan : á lo mas se oyen como un lenguaje de antaño, como una jerigonza espiritual, que se habla allá en los claustros. Con todo eso este es el lenguaje ordinario de Jesucristo, que no es capaz de envejecerse, ni de anticuarse. ¿Y no serás tú uno de aquellos espíritus mundanos, disgustados con las máximas del Evangelio, que no solo echan menos los groseros manjares de Egipto, sino que se alimentan de ellos

aun en el mismo desierto? Dime: ¿vas por el camino angosto? ¿no sigues sendas torcidas, cuando buscas una moral, no solo benigna, sino acomodada y laxa? Coteja el camino que sigues con el que siguieron los Santos. ¿Por qué motivo escogiste á ese confesor mas que á otro? ¿No es acaso porque condesciende contigo, con tu genio, con tus inclinaciones, con tus pasiones? Es muy de tu gusto su condescendencia; pero ¿será igualmente muy de tu provecho? Tus costumbres, tus diversiones, tu mesa, tus muebles, tu comercio, tu conducta, ¿acreditan acaso que sigues el camino de Jesucristo, que vas por la senda estrecha? Examínate acerca de un punto tan importante; no dilates la enmienda, y suplica encarecidamente á tu confesor que nada te perdone, que en nada te lisonjee.

2 Muchos claman contra la moral que ellos llaman relajada, y no por eso tienen vida menos licenciosa. Predican la que llaman austera, y practican la relajada: quieren que otros sigan la estrecha, y ellos van por la ancha. Ya condenó Cristo á estos fariseos. Predica, reprende, corrige mas con tus ejemplos que con tus palabras. Siendo tan severo con los otros, no seas tan indulgente contigo propio. Entra el dia de hoy dentro de ti mismo, y examina qué prueba has dado de ir por el camino estrecho. No te dispenses en máxima alguna del Evangelio. Contratos, tráfico, gobierno de tu conciencia, ayunos, limosnas, sacrificios, observancia regular, delicadeza de conciencia, modestia, la práctica de las máximas del Evangelio muestra el camino de la salvacion.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

San Edesio, mártir, en Alejandría, hermano de san Afiano, el cual en tiempo del emperador Maximiano Galerio, como reprendiese públicamente á un impío juez que echaba á los leones las vírgenes consagradas á Dios, fue preso por los soldados; y después que lo atormentaron con inaudita crueldad, lo echaron en el mar por defender la causa de Nuestro Señor Jesucristo.

Los santos mártires Genaro, Máxima y Macaria, en África.

Santa Concesa, mártir, en Cartago.

La conmemoracion de los santos Herodion, Asincrito y Flegonte, en el mismo dia, de quienes hace mencion el apóstol san Pablo en la carta á los romanos.

San Dionisio, obispo, en Corinto, el cual con su elocuencia y con la eficacia que Dios le dió para predicar su palabra, no solo instruyó las gentes de su ciudad y provincia, sino que tambien instruyó con sus escritos á los obispos de otras ciudades y provincias; y tenia tanta reverencia á los romanos Pontífices,

que acostumbraba leer sus cartas los domingos públicamente en la iglesia. Floreció en los tiempos de Marco Antonino Vero, y de Lucio Aurelio Cómmodo. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Perpetuo, obispo, en Tours de Francia, varon de admirable santidad.

San Redempto, obispo, en Ferentin en Toscana, de quien hace mencion san Gregorio.

San Amancio, obispo y confesor, en Como.

SAN DIONISIO, OBISPO.

Entre los prelados eminentes que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia fue uno san Dionisio, obispo de Corinto, á quien elogian los escritores antiguos por su celo apostólico, por su vasta erudicion, y por su singular gracia en la predicacion de la palabra de Dios. Tan infatigable en sus tareas, que no satisfecho con surtir con los abundantes pastos de su celestial doctrina á los pueblos que encomendó Dios á su cuidado, participaba el fuego y luz de su caridad é ilustracion á otras muchas ciudades y provincias, no solo contiguas, sino distantes.

Eusebio de Cesarea en el libro cuarto de su Historia eclesiástica, tratando con extension de las cosas que ocurrieron dignas de eterna memoria desde el año 161 hasta el de 180 de nuestra era cristiana, entre otros insignes escritores que florecieron por aquel tiempo, cuyos libros llegaron á su edad, confesando que en ellos se contenia la sincera doctrina de la verdadera fe y tradicion apostólica, celebra en grande manera á nuestro Santo, no solo por las celosas funciones con que dispensó el ministerio episcopal, haciendo participantes de sus trabajos á otras provincias, sino por las sabias cartas que dirigió á diferentes iglesias, alentándolas á conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y á resistir las violencias de las herejías, enseñándolas además varios puntos utilísimos de disciplina eclesiástica.

El mismo historiador insinúa con elogio la que escribió á la iglesia de Lacedemonia, que es una instruccion de la recta fe, y una nerviosa exhortacion para conservar la paz y concordia: la que dirigió á la de Atenas, en que les excita á guardar la fe que profesaron, y á seguir la vida segun los preceptos del Evangelio, sobre lo cual les reprende su negligencia, porque se habian separado algun tanto de la Religion, después que su obispo Dublio padeció martirio; recordándoles los desvelos que costó á su prelado Quadraso el congregarlos de nuevo en el gremio de la Iglesia, poniéndoles á la vista el ejemplar de san Dionisio Areopagita, su primer obispo, convertido

por el apóstol san Pablo. La que escribió á la iglesia de Nicomedia, en la que impugna con grande erudicion la herejía de Marcion, previniéndoles se adhieran con firmeza á la regla de la verdad. La que envió á las iglesias de Creta, donde sobre elogiar la fe y celo de su obispo Filipo, les amonesta que se precavan de los fraudes é industria de que se valen los herejes para introducir sus errores. La que dirigió á las iglesias del Ponto, suministrándoles en ella una sabia exposicion de las santas Escrituras, é instruyéndoles en varios puntos sobre nupcias y castidad; les manda recibir benignamente á los que regresen al gremio de la Iglesia verdaderamente arrepentidos de cualesquiera caida, aunque sea en la herejía. La que escribió á los Gnenesios, dándoles las mas sabias instrucciones de perfecta doctrina; y la que dirigió á los romanos en tiempo de san Sotero, papa, elogiando la caridad con que los sumos Pontífices habian socorrido desde el principio de nuestra santa Religion á todas las iglesias pobres, y testificándoles que en señal de la veneracion que profesaba á los vicarios de Jesucristo, acostumbraba á leer sus cartas en pié en los dias de domingo.

Todos estos escritos, dignos del mayor aprecio, como de un varon tan inmediato á los tiempos apostólicos, hicieron celebérrima la memoria de san Dionisio; el cual murió lleno de gloria por los años 180, segun nos instruyen los menologios griegos. Su cuerpo fue trasladado mucho después de su muerte, desde el Oriente á Roma, y de esta al monasterio de San Dionisio de Paris, por concesion de Inocencio II á Emercio, prior de aquella célebre casa, segun consta de su breve especial, dado en Roma á 7 de enero del año de 1215, diez y ocho de su pontificado.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Refiérese en el segundo libro de los macabeos (*cap.* XII) que Judas, aquel no menos valiente que piadoso caudillo del pueblo de Dios, después de haber tomado y saqueado á Jamnia, marchó con tres mil infantes y con cuatrocientos caballos á atacar á Gorgias, gobernador de Idumea. Habiendo venido á las manos los dos ejércitos, quedaron muertos en el campo algunos pocos judíos; y viendo Judas que acobardados los suyos se iban retirando, recurrió al Señor de los ejércitos, y clamando al cielo con himnos y con cánticos, consiguió una completa victoria. Después de haber dado gracias á Dios en la ciudad de Odollan, y de haber celebrado en ella el dia del sábado, volvió al campo de batalla, y recogió los muertos para enterrarlos en

el sepulcro de sus padres. Pero todo el ejército macabeo quedó admirado y sorprendido al encontrar entre las túnicas de los que habian muerto en el combate, algunas cosas que habian pillado en los templos de Jamnia, en el saqueo de la ciudad, como eran piezas de plata y oro, y otras alhajuelas que los gentiles habian consagrado á sus ídolos en aquellos templos; lo que era expresamente contra la ley: *Nec inferes quidpiam ex idolo in domum tuam.* (*Deut.* VII). Todos conocieron claramente que esta habia sido la causa de su muerte; y adorando los altos juicios del Señor, que habia descubierto lo que se habia intentado ocultar, se pusieron todos en oracion, suplicándole se dignase olvidar aquel pecado, que siendo de pocos delincuentes, estuvo á peligro de perecer por él todo el ejército. Valióse de esta ocasion el piadoso General para exhortar al pueblo á la mas pura observancia de la ley, pues tenia delante de los ojos el rigor con que habia castigado Dios la inobservancia de sus hermanos y compañeros.

No dudaban los judíos que habia ciertos pecados, cuyo perdon ó remision de la pena se podia conseguir aun para los que habian pasado á la otra vida, especialmente cuando los que quedaban en esta se interesaban por dicha remision, ofreciendo para conseguirla oraciones y otras obras satisfactorias. De estas obras de misericordia hechas en favor de los difuntos habla Tobías, cuando aconseja a su hijo que ofrezca su pan y su vino sobre la sepultura del justo: *Panem tuum, et vinum tuum super sepulturam justi constitue* (*cap.* IV); pero que se guarde bien de comer este pan, y beber este vino en compañía de los pecadores: *Et noli ex eo manducare et bibere cum peccatoribus.* Donde se puede observar, que ya entonces se estilaban, no solo las ofrendas sobre las sepulturas, sino los convites y comidas en el dia de los oficios, ó de los funerales. Pero ¿qué comidas y qué convites? los que se hacian de limosna á los pobres por via de sufragio por el alma del difunto.

Con el mismo espíritu y por el propio motivo los vecinos de Jabes de Galaad ayunaron siete dias después de la muerte de Saul y de Jonatás: *Sepelierunt in nemore Jabes, et jejunaverunt septem diebus* (*I Reg.* XXXI); y por la misma razon el piadoso General macabeo, habiendo hecho una colecta ó demanda, en que recogió de limosna doce mil dracmas de plata, que corresponden á diez y ocho mil y cuatrocientos reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalen para que se ofreciesen en sacrificio por los pecados de los que habian muerto: *Misit Jerosolymam offerri pro peccatis mortuorum sacrificium.*

Es, pues, evidente, que era práctica inconcusa de los judíos, autorizada por los Profetas, y por los hombres mas santos de la ley antigua, ofrecer sacrificios por los difuntos que habian muerto en gracia: por lo que añade el sagrado historiador, que el piadoso General macabeo consideraba estar reservada en la otra vida una gran misericordia para los que habian muerto sin la mancha del pecado: *Considerabat quod hi, qui cum pietate dormitionem acceperant, optimam haberent repositam gratiam.*

No ignoraba Judas que aquellos soldados, violando un precepto tan expreso de la ley, de no reservar para sí cosa alguna de las que estuviesen consagradas á los ídolos, habian cometido una especie de sacrilegio. Pero pudo piadosamente presumir, que arrepintiéndose de este pecado antes de espirar, pedirian perdon á Dios; ó que puramente se moverian á quitar á los ídolos aquellas alhajas, como simples despojos de la guerra, sin pasarles por el pensamiento especie alguna de idolatría; ó que sin pensar en llevarlas á sus casas, tendrian ánimo de entregarlas al General después de la batalla, para que fundidas se repartiesen entre todo el ejército. En fin, ó la parvidad de la materia, como dice un moderno expositor del viejo Testamento, ú otras circunstancias que ignoramos, pudieron mover á aquel prudente y piadoso General á hacer juicio, que no habia sido culpa grave la que habian cometido. Y por otra parte, habiendo muerto en defensa de la verdadera Religion y del santo templo, podia creer piadosamente, que antes de su muerte les haria Dios la gracia, ó á todos, ó á algunos de ellos, de que se reconociesen, castigándolos en esta vida para perdonarlos en la otra: *Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.* Pero como quiera, siempre se infiere de aquí (concluye el historiador sagrado) que es santo y saludable el pensamiento de rogar á Dios por los difuntos, para que se les perdone en la otra vida la pena de los pecados que cometieron en esta.

Tal fue siempre la creencia de los fieles del Testamento antiguo, y tal fue invariablemente la fe de la Iglesia católica en el nuevo Testamento; como se evidencia por las palabras del mismo Jesucristo, por el testimonio de los Concilios, por el unánime consentimiento de los santos Padres, y por la irrefragable autoridad de la tradicion inmemorial.

Al que hablare contra el Espíritu Santo, dice el Salvador, *no le será perdonado este pecado, ni en este mundo, ni en el otro.* (*Matth.* XII). Á los herejes que niegan, añade san Bernardo, que hay purgatorio en

la otra vida: *Non credunt ignem purgatorii restare post mortem;* encargarles que pregunten al que dijo esto, conviene á saber, que hay un pecado, que ni en esta ni en la otra vida se perdona; ¿cómo se explicó tan mal, si es que no hay purgatorio en el otro mundo? *Quaerant ergo ab eo qui dixit, quoddam peccatum esse quod neque in hoc saeculo, neque in futuro remitteretur, cur hoc dixerit, si nulla manet in futuro remissio purgatione peccati?* (*Hom.* XVI *in Cant.*).

El Apóstol habla de la misma manera que su divino Maestro. Si los muertos, dice, no han de resucitar, ¿á qué fin bautizarse por ellos? *Si omnino mortui non resurgunt, ut quid et bautizantur pro illis?* (*I Cor.* XV). Esto es, como expone san Efren, ¿á qué fin hacer buenas obras, y ayunar por los difuntos, si no esperan resurreccion en la otra vida? (*Ephr. in suo Testam.*). Y san Cipriano por nombre de bautismo entiende algunas veces las lágrimas de la penitencia: *lacrymis se baptizat* (*Serm. de Coen. Dom.*): en cuyo sentido decia el Salvador á los hijos del Zebedeo: *¿Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber, y bautizaros con el bautismo con que yo he de ser bautizado?* (*Marc.* X).

Los mas antiguos concilios hablan siempre de las oraciones y de las misas que se ofrecen por los difuntos, como de obras de misericordia fundadas en la constante fe de toda la Iglesia. *Sacramentum altaris non nisi à jejunis hominibus celebretur*, dice el concilio Cartaginense, en que suscribió san Agustin el año 397. No se celebre el santo sacrificio de la misa sino en ayunas. *Si autem aliquorum postmeridiano tempore defunctorum commendatio facienda est, solis orationibus fiat;* pero si se quiere ofrecer á Dios alguna cosa por los difuntos después de medio dia, sean oraciones, y cualquiera otra especie de sufragios, como no sean misas ó comuniones.

El concilio Bracarense, ó de Braga, en Portugal, que se celebró el año 563, prohibe se hagan sufragios por los que voluntariamente se mataron á sí mismos con muerte violenta y deliberada. El de Vayson en el año de 529, el de Orleans en el de 533, y el de Chalons sobre el Saona, encomiendan que en todas las misas se haga oracion por los difuntos: *Visum est* (dice el último, *can. 39*) *ut in omnibus missarum solemnitatibus pro defunctorum spiritibus loco competenti Dominus deprecetur;* porque como no hay dia alguno en que no se deba rogar á Dios por nuestras necesidades particulares, tampoco le debe haber en que no se le pida en la misa por las benditas ánimas del purgatorio: *Ita nimirum nulla dies excipi debet, quin pro animabus fidelium preces Domino in missarum solemnitatibus fundantur.* En todos

tiempos ha observado la Iglesia esta piadosa costumbre, añade el mismo Concilio: *Antiquitus hunc modum sancta Ecclesia tenet, ut et in missarum solemnitatibus, et in aliis precibus Domino spiritus quiescentium commendet:* no solo de encomendar a Dios los difuntos en la misa, sino en todas las demas oraciones. Y segun san Agustin, la Iglesia catolica hace oracion en general por todos los difuntos, para que aquellos que no tienen parientes o amigos que hagan, o quieran hacer por ellos esta obra de misericordia, la encuentren en la caridad y memoria del comun de todos los fieles: *Dicente beato Augustino non sunt praetermittendae supplicationes pro spiritibus mortuorum, quas faciendas pro omnibus in christiana, et catholica societate defunctis, etiam tertiis eorum nominibus, sub generali commemoratione suscepit Ecclesia: ut quibus ad ista desunt parentes vel amici, ab una eis exhibeatur pia mater communi.* Estas son las palabras del Concilio, en las cuales no hace mas que recomendar lo que san Agustin asegura ser practica inconcusa y general de la Iglesia: *Hoc a patribus traditum universa observat Ecclesia. (Serm. 32 de verb. Ap.).*

¿Que hace el sacerdote, pregunta san Dionisio, cuando ruega a Dios por los difuntos? *Precatur oratio ille divinam clementiam, ut cuncta divinitus per infirmitatem humanam admissa peccata defuncto, cumque ea luce statuat, et regione vivorum. (De Eccles. Hier. c. 7).* Implorar la divina clemencia, para que por su infinita misericordia se digne perdonar las penas que corresponden a las culpas de los fieles difuntos, a fin de que, purificadas sus almas, sean admitidas a la claridad y al resplandor, que siempre brilla en la region de la vida eterna.

Roguemos a Dios, dice san Gregorio Nazianceno, asi por nosotros mismos, como por aquellos que mejor dispuestos que nosotros pusieron dichoso fin a su trabajosa carrera: *Et eorum qui, quasi in via paratiores, prius ad hospitium pervenerunt, animas commendemus. (Orat. in Caes.).* Por eso, añade san Crisostomo: no sin razon ordenaron los Apostoles, que en el tremendo sacrificio se hiciese siempre mencion de los fieles difuntos; porque sabian bien el gran provecho que de esto se les seguia: *Non temere ab Apostolis haec sancita fuerant, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio: sciunt enim inde multum illis contingere lucrum, utilitatem multam.* (***Hom. 6 ad pop. Antioch.***).

Rogamos, en fin, dice san Cirilo, por nuestros hermanos difuntos, porque creemos que sus almas reciben un grande alivio con el santo sacrificio de la misa: *Denique pro omnibus oramus qui inter nos vita functi sunt, maximum credentes esse animarum juvamen, pro qui-*

bus offertur obsecratio sancti illius et tremendi sacrificii. Cath. 3, mystag. . Y Eusebio refiere en la vida de Constantino el Grande, que mandó le enterrasen en la iglesia mayor, para lograr mas sufragios del mayor concurso de los fieles. San Epifanio cuenta entre las herejías de Aerio el haber negado que aprovechasen á los difuntos las oraciones, las limosnas y los sacrificios que se ofrecian por ellos.

Asegura Tertuliano, que los sufragios por los difuntos son de tradicion apostólica: y hablando de una viuda dice, que encomiende á Dios el alma de su marido, y que no deje de hacer todos los años un aniversario por ella: *Pro anima ejus oret, et refrigerium interim adpostulet ei... et offerat annuis diebus dormitionis ejus.* (*Lib. de Monog.*).

Establecieron nuestros predecesores, dice san Cipriano, que si alguno en su testamento nombrase por tutor ó por curador á un clérigo, no se hagan sufragios por su alma: *Episcopi antecessores nostri censuerant, ne quis frater excedens ad tutelam, vel curam clericum nominet: at si quis hoc fecisset, non offerretur pro eo, nec sacrificium pro dormitione ejus celebraretur.* (*Lib. 1, epist. 9*).

San Paulino alaba mucho la piadosa accion de un jóven caballero romano, llamado Pamaquio, el cual habiendo muerto su mujer, que era hija de la esclarecida santa Paula, junto en la iglesia de San Pedro á todos los pobres que habia en Roma, y dio de comer caritativamente á aquellos verdaderos protectores de nuestras almas, haciendo esta limosna por sufragio y para alivio de la de su amada difunta.

En fin, san Agustin, en el libro que intituló *De la caridad con los fieles difuntos*, dice lo siguiente: Leemos en el libro de los Macabeos, que se ofreció un sacrificio en Jerusalen por las almas de los que habian muerto en la batalla: pero aunque nada de esto se leyera en la Escritura, bastaria la autoridad de la Iglesia para comprobar esta piadosa costumbre, pues vemos que siempre que el sacerdote celebra, hace conmemoracion de los difuntos: *In Machabaeorum libro legimus oblatum pro mortuis sacrificium; sed et si nusquam in Scripturis veteribus legeretur, non parva est universae Ecclesiae quae in hac consuetudine claret auctoritas, ubi in precibus sacerdotis quae Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

El sacrificio del altar, dice san Gregorio el Grande, aprovecha mucho á las ánimas del purgatorio: *Multum solet animas etiam post mortem sacra oblatio hostiae salutaris adjuvare.* En una palabra, todos los Padres griegos y latinos tienen el mismo lenguaje.

Parece que lo dicho debe bastar para mover á los fieles á socorrer con sus oraciones, limosnas, ayunos y sacrificios á las ánimas de aquellos, que ciertamente no se olvidarán de sus caritativos bienhechores, cuando se hallen entre los bienaventurados. *Mortuo non prohibeas gratiam*, clama el Sabio (*Eccles.* VII): No niegues á los muertos esa sola gracia, ese solo bien que les puedes hacer, y que aquél padre, aquella madre, aquella esposa, aquel hermano, aquella hermana, aquel amigo están esperando de tí. ¿Y qué pensarán ahora los herejes de su error sobre un punto de fe tan evidente, y sobre una costumbre de la Iglesia católica recibida sin intermision en todos los siglos? Tendrán valor para decir con su jefe Calvino: Convengo en que fue práctica inconcusa de la Iglesia desde su primitiva institucion hacer oracion y ofrecer el sacrificio de la misa por los difuntos: *Usu receptum est;* pero confieso que todos los Padres y toda la Iglesia se dejaron ciegamente arrastrar de un groserísimo error: *Sed omnes fateor in errorem abrepti fuerunt.* (*Calv. lib. 3 Instit. cap. 5*). ¡Buen Dios, y qué extravagantemente se desbarra cuando se pierde la fe! ¿Es posible que unos hombres, por otra parte de entendimiento y de juicio, no conozcan que ellos son los que yerran, ellos los que se pierden, ellos los que se precipitan siguiendo á tal maestro y á tal guia?

EL BEATO ALBERTO.

Fue patriarca de Jerusalen, y autor de la regla de los Carmelitas. Nació en Castro-di-Gualteri, en la diócesis de Parma, y de una noble familia italiana. Después de haber puesto dentro de sí unos cimientos sólidos á la piedad y á la doctrina, y adquirido gran reputacion por su pericia en leyes civiles y canónicas, se puso el hábito de canónigo regular en el monasterio de Mortura en el Milanesado, y aunque muy mozo todavía, fue electo prior poco despues de su profesion, y á los tres años obispo de Bobio. Mientras su humildad buscaba excusas para declinar esta dignidad, quedó tambien vacante la iglesia de Vercelli, y tuvo esta ciudad la felicidad de llevarle, y verle cási por fuerza sentado en su cátedra episcopal. No cesó por espacio de noventa años de procurar á su grey todas las ventajas imaginables, y con su humildad y justicia elevó hasta un alto grado el esplendor de la silla que ocupaba. El papa Clemente III y el emperador Federico I, por sobrenombre Barbaroja, le eligieron árbitro de sus diferencias. Enrique VI, sucesor de Fede-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

rico, le creó príncipe del imperio, y concedió muchas franquicias á su iglesia. Fue siempre empleado por el Papa en varias comisiones de la mayor importancia. En el año de 1204 murió Monacho, undécimo patriarca latino de Jerusalen; y los cristianos de Palestina, que se veian en la necesidad de una persona de consumada prudencia, paciencia y celo, que en la condicion miserable en que se hallaban pudiese servirles de consuelo, y de columna que les sustentase, movidos de la reputacion grande de Alberto, le solicitaron ansiosamente para ocupar la silla vacante. El papa Inocencio III les manifestó la alegría que le causaba su eleccion, compadecido de la situacion y peligros en que aquellos estaban, y llamó á Alberto á Roma, para que recibiese de su mano la confirmacion de aquella eleccion, y el palio. El Santo obedeció con mucho gusto, á causa de que esta dignidad en aquel tiempo solo le ofrecia persecucion y aflicciones, y no sin alguna esperanza de martirio. Embarcóse en un bajel genovés en el año de 1206, y desembarcó en Acon, en cuya ciudad residió porque Jerusalen estaba en poder de los Sarracenos. A sus trabajos y persecuciones añadia la práctica de continua mortificacion, y la oracion era el empleo principal de todas las horas de su retiro. Su santidad le granjeó el respeto y la veneracion de los infieles mismos. Además de otros muchos establecimientos, y santas obras de que fue autor, fue tambien el legislador de los Carmelitas ó frailes Blancos. Vivian en el monte Carmelo ciertos anacoretas, que tenian al profeta Elías por fundador de ellos y por su modelo, porque este habia hecho aquella montaña lugar de su retiro, como lo hizo tambien Eliseo. Un tal Bertoldo formó en comunidad á estos anacoretas; y Brocardo, superior de estos ermitaños, en el año 1205, ó como prueba Papebroquio, en 1209, se valió del patriarca Alberto para que les prescribiese la regla. El Santo dispuso las Constituciones de este Órden, en que se les imponia á los frailes el precepto de estar en su celda dia y noche en continua oracion, como hacian los ermitaños, á menos de no estar por otra parte legítimamente ocupados, de ayunar desde la fiesta de la Exaltacion de la Cruz hasta la Pascua, á excepcion de los domingos: una perpetua abstinencia de carnes, emplearse en labor manual, guardar silencio desde las Vísperas hasta la Tercia del dia siguiente, etc. Pero se hicieron á esta regla varias adiciones, y se han introducido en ella muchas mitigaciones tambien por los comisarios nombrados por Inocencio IV en el año de 1246. Los frailes Blancos no llevaron escapulario hasta el tiempo de san Simon Stock en el año de 1285, y principiaron á usar

de manto y capilla en el de 1288. Como este Órden fue en su principio eremítico, todos los Carmelitas descalzos tienen en cada provincia un desierto ó soledad, por lo comun capaz de tres ó cuatro ermitaños, que pasan en ella una vida muy austera, aunque después de un año vuelven otra vez á sus conventos, ó pasan á otros desiertos, con licencia de sus superiores.

Alberto fue llamado al Occidente por el papa Inocencio III para que asistiese al concilio general Lateranense, celebrado en el año 1215; pero antes de dejar á Palestina fue asesinado asistiendo á una procesion de la Santa Cruz, en la fiesta de su Exaltacion, á 14 de setiembre en el año de 1214, en Acon, por un impío delincuente, á quien habia reprendido y amenazado por sus crímenes. Es honrado por su Órden entre los Santos en este dia. Véanse las memorias recopiladas por Papebroquio, t. 1, p. 769. Tambien *Exhibitio errorum, quos D. Papebrochius suis in notis ad acta Sanctorum comisit.* per Sebast. à S. Paulo: Coloniae Agripinae 1693. Ademas el *Examen Juridico-Theologicum Praeambul.* Sebastiani à S. Paulo, *ad exhibitionem errorum D. Papebrochio ab illo imputatorum.* Auctore Nic. Rayaco, cum responsionibus Papebrochii, Antuerpiae, 1698. Helyot. histor. des Ordr. relig. t. 1, y Stevens, Monast. Angic. t. 1, p. 156.

La Misa es la cotidiana de difuntos, y la Oracion la siguiente:

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

Ó Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de tí. Que vives y reinas, etc.

La Epistola es del capítulo XIV *del Apocalipsi.*

In diebus illis: Audivi vocem de coelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras les acompañan.

REFLEXIONES.

¿Será morir gloriosamente, morir en el lecho del honor, en brazos de la abundancia, cuando a la muerte se sigue una infamia eterna y un infierno sin fin? ¿De qué sirve á la hora de la muerte la triste memoria de los gustos pasados? Fiestas mundanas, diversiones

multiplicadas, placeres exquisitos, prosperidad sin intermision, suntuosidad, magnificencia, ¡qué poca cosa pareceis á los ojos de un pobre moribundo! ¿Será gran consuelo pasar desde un magnífico palacio á la sepultura? ¿desde una cama blanda, ostentosa y regalada á los infiernos? ¿desde una numerosa corte á las llamas eternas? ¿será feliz el que muere poderoso, estimado, temido, amado de todo el mundo, si se condena?

Beati, qui in Domino moriuntur. Este es el único secreto para ser feliz: esto solo vale mas que todos los tesoros del universo, todas las prosperidades de la vida, todas las grandezas del mundo; esta es la única felicidad que hay sobre la tierra: todas las demás son engaño, ilusion, fantasmas, puras quimeras. *Bienaventurados los que mueren en el Señor*, esto es, en su gracia y amistad; eso es morir rico, poderoso, lleno de honor, y colmado de gloria.

Mas que toda la vida haya sido taraceada de mil desgraciados contratiempos; mas que este puñado de dias que se han vivido haya sido una perpetua cadena de infortunios, de desgracias y de pesadumbres; mas que los trabajos hayan excedido al número de los dias, todo parece un sueño al que muere en el Señor. De nada de eso le resta entonces mas que una memoria muy superficial: comienza para él en aquel momento una felicidad llena y colmada, una alegría pura y eterna: está ya para ser como inundado de una avenida de gustos y de consuelos para entrar en un pais donde eternamente se gozan dias de calma, despejados y serenos, que sucedan á aquellos dias borrascosos y turbados, de que ya apenas le queda memoria. Muérese en el Señor, pues se muere para vivir. Esto si que se llama hacer fortuna. ¿Qué se ha hecho de aquellos monarcas poderosos, que hicieron en el mundo tanto ruido? ¿de aquellas personas tan señaladas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿de aquellos hombres grandes que ocuparon las primeras dignidades de la Iglesia y los primeros puestos del Estado? ¿En qué pararon aquellos llamados dichosos, felices y afortunados en el mundo, si se condenaron? ¿y en qué paran todos aquellos que no mueren en el Señor? ¿Cuántos de los que leerán estas reflexiones merecerán la misma tristísima suerte por no haberse aplicado á merecer la contraria? Para morir en el Señor, es preciso vivir y perseverar en la gracia del Señor.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis Judaeorum: Ego sum panis vivus, En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan

qui de coelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et vivit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la necesidad de prepararse para la muerte.

Punto primero. — Considera que la necesidad de prepararse para una santa muerte es indispensable. No hay en el mundo negocio tan importante como la muerte, no le hay mas dificultoso que una buena muerte, y mas en quien no se dispone para ella durante la vida. Y ¿hay tampoco negocio mas irreparable que el de una muerte infeliz? Con todo eso para ninguna cosa se preparan menos los hombres que para lograrla dichosa.

Si se muriera dos veces, seria menos imprudencia arriesgarse á morir mal una vez; podria repararse esta falta; se podria hacer penitencia a un mismo tiempo de una mala vida, y de una mala muerte. Pero no se muere mas que una vez sola; y la eternidad, ó feliz, o desgraciada, depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hemos trabajado para el cielo, cuanto mas santamente hemos vivido, mas interés tenemos en acabar la vida santamente, por no perder el fruto de tantos trabajos. Es verdad que una santa muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la mas santa vida no pueden asegurarnos una santa muerte. Y siendo esto así, ¿se piensa mucho en la muerte? Al ver nuestro descuido sobre un punto tan importante, pudiera parecer que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun que morir bien.

Si para morir bien bastara recibir los postreros Sacramentos, besar con ternura un Crucifijo, y derramar tal vez algunas lágrimas, acaso seria menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es

muy dificultoso encontrar un confesor celoso y hábil que nos asista en aquel último peligro; pero ¡cuántos hay que murieron con todos estos auxilios, y se condenaron! Morir cubierto de ceniza y de cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de santos religiosos, es morir con edificacion; pero esto precisamente tampoco es morir bien. Morir bien es morir después de haber borrado con la penitencia todas las manchas, todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama, con un amor de Dios sobre todo lo criado. Y todo esto ¿será muy fácil á quien amó tan poco á Dios durante la vida? ¿á quién se le pasó toda la vida cási sin pensar jamás en morir bien?

¡Cosa extraña! Si uno tiene que representar un triste papel en un teatro, ó que predicar un sermon en un púlpito, ó que hacer ostentacion de su habilidad y de su literatura en una cátedra, se previene por semanas, por meses, y tal vez por años enteros para salir con lucimiento, siendo así que todo ello es de bien poca importancia. Pero ¡qué tiempo, gran Dios, se emplea en disponerse para morir bien, cuando este gran negocio pide no menos que todo el tiempo de la vida!

Punto segundo.—Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para una cosa que se hace una sola vez, cuando de hacerla bien esta sola vez pende nuesta felicidad eterna.

Si fuera cosa tan fácil lograr una buena muerte después de haberse preparado tan poco para morir bien, muy necios hubieran sido los Santos en disponerse á tanta costa, y en haber empleado en esta preparacion toda la vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, y derramar tantas lágrimas? ¿á qué fin retirarse de todo el mundo, negarse á toda comunicacion para lograr una santa muerte, si pudieron morir santamente sin todas estas precauciones, y sin tanto aparato de preparativos?

Aquel bizarro jóven, que en lo mejor de su vida renuncia cuanto puede halagar á los sentidos, y va á sepultarse vivo en las melancólicas estrecheces de un riguroso claustro; ¿qué fin lleva en una accion tan heróica, sino disponerse para morir bien? ¿Nos atreveríamos á no alabar, á no admirar su prudente, su acertada resolucion? Y qué, mientras nuestros hermanos, mientras nuestras hermanas y nuestros amigos pasan su vida en el retiro y entre los rigores de la penitencia para disponerse á una santa muerte, y alcanzar la gracia

de la perseverancia final; nosotros, metidos entre el tumulto del mundo, entregados á todos sus gustos y diversiones, nosotros en un olvido eterno de esta muerte, en una crasa ignorancia de todo lo que es disponernos para ella, ¡esperamos tranquilamente una muerte cristiana! ¡creemos estar preparados para morir, y para morir bien! ¿Hay cosa á que mas nos hubiese exhortado el Hijo de Dios, como quien preveia tan bien nuestra negligencia, que á esta preparacion?

Velad, porque no sabeis á qué hora ha de venir el Señor. (*Matth.* XXV). *Estad siempre aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del Hombre.* (*Luc.* XII). Lo que digo á vosotros, con todos habla, y así estad alerta. *Quod autem vobis dico, omnibus dico: Vigilate.* (*Marc.* XIII). Es menester estar prontos á cualquiera hora que el Señor llame á la puerta.

Ninguno hay que no convenga en que es necesaria alguna preparacion para morir bien: de aquí nace el gran miedo que se tiene á toda muerte repentina. Pero ¿qué efecto ha producido este temor? ¿á qué preparacion nos ha movido hasta el presente? Con todo eso puedo morir dentro de pocas horas. Tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el postrero dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir hoy? ¿no tendria algo que temer? Estremézcome con solo este pensamiento. Pero ¿quién me ha asegurado la vida ni aun de aquí á un cuarto de hora? Y si no comienzo á disponerme desde luego, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion cuando llegue la postrera!

No lo permitais, Señor; y pues me concedeis a lo menos esta hora, desde esta misma comienzo, Dios mio, á disponerme para morir bien, y á pediros esta gracia los dias que me otorgueis de mi vida.

Jaculatorias.—Comprenda yo, Señor, tan vivamente el corto número de los dias de mi vida, que desde luego comience á disponerme para la muerte. (*Psalm.* CI).

Solamente los que temen á Dios en vida deben prudentemente esperar una buena muerte. (*Eccl.* I).

PROPÓSITOS.

1 No es de extrañar que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que se disponen para morir bien. La buena muerte es ciencia práctica, que solo se aprende mientras se vive: mas para adelantar en esta facultad es menester estudiar mucho, porque el estudio pre-

cipitado regularmente solo sirve para hacer mas visible nuestra ignorancia y nuestro atraso. La mejor disposicion para una buena muerte es una santa vida; y la vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia debe servirnos de nueva leccion y de nuevo ejercicio, siendo razon que todas las noches nos tomemos cuenta de nuestro adelantamiento. Es una piadosa costumbre de grande importancia hacer todas las cosas como si todas ellas fuesen disposiciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, hasta las mismas diversiones, todo nos puede servir para lograr una buena muerte, si todo se hace con el espíritu y con la santa intencion de morir bien. Mucho nos importa saber bien el arte de bien morir: el que ignora este, aunque sea muy sabio en todos los demás, haga cuenta que nada sabe.

2 Fuera de esta preparacion general, hay otras particulares que nunca se deben omitir. Elige todos los años un dia que debes dedicar enteramente á este gran negocio. Al dispertar considérate en la presencia del soberano Juez, que te pide cuentas de tu administracion: *Redde rationem villicationis tuæ;* y examina por lo menos en media hora de oracion si tienes bien prevenidas las cuentas. No salgas del cuarto sin haber ajustado lo que tuvieres que ajustar. Nada omitas, nada te perdones, nada te disimules; porque tienes que tratar con un Juez infinitamente perspicaz, á quien nada se le esconde, aunque quiere por ahora remitirte á tí sobre todos los artículos. Anticipate á la severidad de su juicio por una confesion general sincera y dolorosa. Ajustados los negocios de tu conciencia, arregla los de tu casa y familia. Grande imprudencia es aguardar á la última enfermedad para hacer testamento. *Fac testamentum*, dice san Agustin, *dum sanus es, dum sapiens es, dum tuus es:* Haz testamento mientras estás sano, mientras estás en tu juicio, y mientras tienes libertad. Comulga como si fuera la última comunion de tu vida. Y si pudiese ser, sé tú mismo testamentario de tí propio, y ejecutor de tus legados. Por la tarde vé á hacer oracion sobre la sepultura donde te han de enterrar, ó á lo menos en la iglesia donde ha de estar expuesto tu cadáver, y te han de hacer los oficios de cuerpo presente. Todo lo que leas en este dia sea acerca de la muerte, sin ocuparte en todo él en otro negocio que en el de tu salvacion. Pero no te contentes con un dia cada año: el retiro de un dia cada mes es excelente preparacion para la muerte. Añado mas: cada semana debe tener la suya, y aun cada dia es razon tengas alguna devocion, que sirva determinadamente para disponerte á morir bien. Busca algun libro que te

enseñe á prevenirte para una buena muerte. Al fin del segundo tomo del *Retiro espiritual* hallarás admirables ejercicios para esto.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

San Procoro, uno de los siete primeros diáconos, en Antioquía; esclarecido en la fe y en milagros alcanzó la corona del martirio.

El tránsito de los santos mártires Demetrio, Conceso, Hilario y sus compañeros, en Roma.

La pasion de siete santas Vírgenes y mártires, en Sirmio, las cuales compraron á un tiempo la vida eterna dando por precio su misma sangre.

San Eupsiquio, mártir, en Cesarea de Capadocia, el cual por haber echado á tierra el templo de la Fortuna fue martirizado por mandato de Juliano apóstata.

Los santos mártires Masilitanos, en África, en cuya festividad predicó san Agustin al pueblo.

San Acacio, obispo, en Amida, en Mesopotamia, el cual para redimir los cautivos hizo fundir los vasos de la Iglesia, y los vendió.

San Hugo, obispo y confesor, en Ruan.

San Marcelo, obispo, en la ciudad de Dié, esclarecido en milagros.

Santa María Cleofás, en Judea, parienta de la beatísima Virgen María Madre de Dios. *(Véase su noticia en las vidas de este dia).*

La traslacion del cuerpo de santa Mónica, en Roma, madre de san Agustin, obispo, el cual en el pontificado de Martino V fue trasladado de Ostia á Roma, y colocado magníficamente en la iglesia del mismo san Agustin.

Santa Waldetruda, en Mons, en Hainaut, esclarecida en santidad y milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

SANTA CASILDA, VIRGEN.

En la desgraciada época en que por los pecados de nuestros padres castigó Dios á España con el azote de los agarenos, hubo un rey de ellos, llamado Canon, en la capital de Toledo, hombre cruel, poderoso, y diestro en el manejo de las armas, quien en las guerras contínuas que tuvo contra los fieles, hizo un gran número de cristianos prisioneros, tratándoles en su corte y reino con su acostumbrada inhumanidad. De este enemigo capital de la fe ortodoxa, y de este lobo carnicero quiso Dios producir un fruto muy singular, capaz de ennoblecer la eficacia de su divina gracia. Dióle por hija á Casilda, la cual desmintiendo el vicio de su orígen con la belleza de su natural, y con sus piadosas inclinaciones, se dejó ver nacida prodigiosamente de una raíz infecta, como una flor de admirable candor, como una rosa hermosa, y primoroso lirio entre las espinas, descansando sobre ella el Espíritu Santo.

Varian los escritores en órden al motivo de la conversion de Casilda á la fe católica: unos dándola por padre, no á Canon, sino á Aldemon, la atribuyen á la conversion de su hermano Alimaimon, que ilustrado con luz superior en vista del prodigio que le sucedió en la guerra contra los fieles en el valle de Solanillos, desertó de la secta mahometana, y abrazó la religion de Jesucristo. Otros son de opinion, que el Señor premió á la santa Vírgen con el conocimiento de la verdad en remuneracion de las heróicas obras de caridad que hizo con los cristianos cautivos, siendo infiel de profesion; cuya causa adoptan los mejores críticos, siguiendo la referencia del breviario de la santa iglesia de Burgos, impreso en el año de 1601 de órden del obispo de aquella catedral, brillando en este caso mas la virtud de la divina gracia.

Nació, pues, Casilda en el siglo IX dotada con las mas bellas y nobles disposiciones de naturaleza y gracia, adelantándose cada dia de virtud en virtud conforme iba creciendo en edad á impulsos del Espíritu Santo, admirándose en ella con un modo estupendo é inexplicable su elevacion á Dios por el incendio de su devocion, su transformacion en Cristo por la blandura de su compasion, y su inclinacion al prójimo por una piedad connatural. Desde sus primeros años se inclinó su corazon con tierno afecto al alivio y socorro de los cristianos cautivos, derritiéndose en lágrimas cuando veia que padecian alguna injuria, afliccion ó grave necesidad; y rebosando en su pecho una piedad asombrosa, una clemencia extraordinaria, les suministraba cuantos subsidios le eran posibles.

Tenia todos los dias la costumbre laudable, á no impedirlo algun acaso, de visitar con su agradable presencia á los cautivos, y darles alimento por sus manos. Hallábase escrita en su corazon aquella sentencia de David, que dice: Bienaventurado el que atiende al pobre y necesitado, á quien Dios librará en el dia malo. Enseñada en esta máxima cardinal de la caridad, no por alguno de los mundanos, sino por el Maestro inmortal, se portaba en virtud de ella con tanta liberalidad, que por no defraudar á los Cristianos de semejantes alivios, distribuia entre ellos las dos partes de la renta concedida por su padre para su mantenimiento y el de su familia.

Aunque Casilda ejecutaba estos oficios con la mayor cautela, á pesar de su industria, llegó á entender su padre la piedad que usaba con los Cristianos: quiso ser testigo ocular de sus acciones caritativas para tomar la mas seria providencia, estimulado de los enemigos de la fe; y encontrándola un dia que conducia alimento á los fieles,

la preguntó en tono airado, ¿qué llevaba? Rosas, respondió Casilda sin la menor turbacion; y con efecto, vió su padre convertido en estas flores el pan que habia de servir para sustento de los cautivos: volviendo las rosas á convertirse en pan con no menor prodigio, luego que se ausentó el explorador.

Abrasado el corazon de la santa Vírgen en ardientes deseos de abandonar la fabulosa secta de Mahoma, pedia al Señor incesantemente le abriese camino para recibir el Bautismo, y profesar libremente la verdadera religion. Oyó Dios sus oraciones, y quiso premiar el heroismo de su caridad, valiéndose su Providencia de un suceso bien extraño al parecer, pero muy conducente para el logro de sus designios. Dióle una enfermedad incurable de un flujo de sangre continuo, segun escriben varios autores: fueron ineficaces para su alivio cuantos remedios buscó el solícito padre, y pudieron discurrir los mas hábiles facultativos. En esta fatal constitucion supo Casilda, ó por revelacion divina, ó por relacion de los cautivos cristianos, que el único eficaz remedio para su curacion seria bañarse en el lago de San Vicente, distante siete leguas de Burgos, y legua y media de Briviesca, cuyas aguas tenian acreditada su virtud con repetidos prodigios en iguales accidentes. Rogó la Santa á su padre le concediese permiso para pasar á aquel baño; pero como se hallaba el sitio en poder de los Cristianos, antes de resolver estimó conveniente proponerlo á su consejo, el cual fue de acuerdo que debia atenderse primeramente á la salud de la infanta; no obstante que se hallaba el remedio en los dominios de los fieles.

Obtenida la licencia, Canon envió á Casilda, acompañada de muchos cautivos, al baño de San Vicente con recomendacion especial para Fernando I, llamado el Grande, rey de Castilla, quien la recibió con el honor correspondiente; y puesto el remedio en ejecucion, consiguió la santa Vírgen la apetecida salud.

Reconocida Casilda á los beneficios de Dios, quiso darle pruebas de su gratitud. Instruida perfectamente en las inefables verdades de la fe, recibió el Bautismo y Confirmacion, y con la gracia de estos Sacramentos aquel espíritu y valor que constituye á los héroes de la Religion. Viéndose ya en plena libertad, pospuso los palacios y comodidades de su padre á una humilde ermita y pobre habitacion, que hizo construir cerca del lago en que consiguió la salud, donde redujo toda su ocupacion, impresas en su corazon las máximas de la religion cristiana, á una continua oracion, á frecuentes vigilias y á rigurosas penitencias; y abrasándose cada dia mas y mas en el amor

de Jesucristo, le consagró su pureza virginal. Siguió por algunos años con este tenor de vida mas angélica que humana, siendo la admiracion de todas aquellas regiones, tanto por su eminente santidad, como por los asombrosos prodigios que se dignó Dios obrar por su intercesion, hasta que llena de méritos, pasó á disfrutar los premios de la eternidad.

No convienen los escritores en el dia y año fijo de su preciosa muerte: unos le señalan en el 15 de abril del año de 1050, otros en el 9 de este mes del año 1074. El cabildo de la iglesia metropolitana de Burgos, á quien pertenece el santuario de Santa Casilda, hace en él su fiesta muy solemne el dia 9 de abril, que es general en todo su arzobispado, y en un dia de verano se celebra solemne fiesta en la ermita. En varios dias clásicos hay concedidas indulgencias plenarias á los que la visitan confesando y comulgando. En los meses mejores acude al santuario mucha gente de varias provincias, distinguiéndose los de la de Burgos, de las Vascongadas y Rioja. En la ermita hay bueno y grande hospedaje.

Su venerable cuerpo fue sepultado en el mismo lugar en que vivió santamente, del que se trasladó después en 30 de julio de 1529 á la preciosa urna donde hoy se venera. Y habiéndose enriquecido con sus reliquias en el de 1601, la catedral de Burgos partió este tesoro con la santa iglesia de Toledo en 7 de junio de 1641.

SANTA VAUTRUDIS Ó WALDETRUDA, VULGARMENTE LLAMADA SANTA VAUDRU, VIUDA.

Santa Vautrudis, hermana de santa Aldegundis, hija del conde Valverto, y de la princesa Bertila, y sobrina de Guadelano, maire ó mayordomo del palacio, nació por los años de 626 en aquella parte de la Austria inferior, que después se llamó Hayñaut.

Correspondió su educacion á su noble nacimiento, y á la eminente virtud de sus piadosísimos padres; y advirtiendo en la niña su santa madre Bertila aquellas admirables disposiciones para la santidad, que no solo allanan, sino que abrevian el camino, no perdonó á diligencia alguna para cultivar un corazon, á quien el Señor habia prevenido desde la cuna con dulces bendiciones de su gracia. Oyendo Vautrudis con dócil atencion las lecciones de su virtuosísima madre, estudiaba aun con mayor cuidado sus ejemplos, y los imitaba. Todo respiraba cristiandad en la devota niña; sus modales, su compostura, su modestia y hasta sus mismas diversiones. No conocia las

galas, ni la profanidad, sino para despreciarlas, y así ignoraba absolutamente las modas. Siendo inseparable compañera de su madre, no se contentaba solo con ser testigo de sus buenas obras, sino que tambien participaba gustosa de sus penas.

La singular hermosura de que estaba dotada brillaba mas al lado de su virtud, y así fue pretendida de los primeros señores de la provincia. Entre todos escogieron sus padres al conde Madelgario, uno de los mas principales en la corte del rey Dagoberto. Casóse con él; y acreditó la experiencia que Dios presidió en este matrimonio, porque se han visto pocos en el mundo mas iguales en todo, y consiguientemente mas felices.

Era hija de dos Santos, hermana de otro, esposa de otro, y tuvo cuatro hijos, Landry, Aldetrudis, Madelberta y Dentlin, que todos murieron con fama de santidad, como cási todos los demás de aquella dichosísima familia.

Creciendo cada dia en perfeccion nuestra Santa, no tardó en dar á gustar á su marido la dulzura de la virtud, de la cual le hicieron concebir tan alta estimacion sus ejemplos. No era Vautrudis de una virtud sombría, ceñuda, austera ni desdeñosa, sino dulce, apacible, sólida, oficiosa y humilde, con que hacia admirable impresion en los corazones. Hízola tan grande en el de Madelgario, que disgustado del mundo, se dedicó únicamente al cuidado de su salvacion, y al estudio de adquirir las virtudes propias de su estado. Habiendo hecho voto de perpetua continencia por consejo de su santa mujer, con el consentimiento de esta, y con parecer de san Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont á las orillas del rio Sambre. En él tomó el hábito de monje con el nombre de Vicente, y llegó á tan heróica santidad, que la Iglesia celebra con culto público su memoria el dia 20 de setiembre

Tres años se mantuvo en el siglo nuestra Vautrudis después que se retiró de él su marido, ocupada toda en el ejercicio de buenas obras, y en la educacion de sus hijas Aldetrudis y Madelberta, las cuales dieron desde entonces principio á aquella eminente virtud, que con el tiempo subió á tan alto grado, bajo la disciplina y gobierno de su tia santa Aldegundis. Pero aunque la virtud de nuestra Santa era tan extraordinaria, todavía la llamaba Dios á perfeccion mas encumbrada, y así la tenia destinadas aquellas cruces y trabajos que habian de franquearla el camino para ella.

Representóselo en sueños san Gauguerit, obispo de Cambray, brindándola con un cáliz que traia en la mano, y exhortándola á que pro-

siguiese con aliento el camino de la perfeccion que habia emprendido, y á que renunciase enteramente al mundo. Habiendo confiado esta vision, no sin alguna facilidad, á algunas personas indiscretas, tomaron de aquí ocasion, y aun hicieron asunto para mortificarla en lo vivo, haciendo chacota de sus visiones, y divulgando de ella mil especies, tanto mas sensibles, cuanto con mas graciosa malignidad se publicaban en tono mas zumbon y mas festivo. Como la modestia, la inocencia y la elevada virtud de aquella jóven señora era una muda, pero incómoda censura de la licencia con que vivian tantas mujeres mundanas, y de la disolucion de tanto número de libertinos, no se puede explicar el aplauso con que eran recibidos en los corrillos los graciosos cuentos que se forjaban sobre sus fingidas visiones y revelaciones, que este epíteto se las aplicaba. La disolucion encuentra siempre no sé qué secreta complacencia en persuadirse que la virtud de los buenos es pura hazañería; y triunfa cuando la puede calumniar ó censurar con aplauso. Logróle en esta ocasion. Todo el mundo se desenfrenó contra la sierva de Dios: los nombres de hipócrita ó de ilusa eran los menos injuriosos, ó los mas moderados con que la trataban. Decíase que los extraordinarios rumbos de perfeccion por donde hasta entonces habia afectado caminar, eran lastimosas ilusiones; que todas las obras de misericordia en que se ejercitaba eran artificiosas exterioridades para alucinar al público; que aquel aparato de modestia y compostura era un hermoso velo para encubrir mejor sus vicios y su disolucion.

Fácilmente se puede comprender qué sensible seria para una señora virtuosa, jóven, y de la primera nobleza, una calumnia de tan vergonzosa especie, y sobre todo tan mal fundada. Sintió Vautrudis toda su amargura, pero resolvió echársela á pechos sin el menor lenitivo. Ni pensó, ni solicitó otro consuelo que el que buscó á los piés de Jesús crucificado, y encomendó toda su justificacion á la paciencia. Esta cruel persecucion no solo sirvió para purificar su virtud, sino tambien para que acelerase su antigua resolucion de retirarse enteramente del mundo. Ejecutólo con parecer de san Guislano, su confesor, por cuyo consejo determinó edificar una celdilla sobre el monte de Castriloc, donde pudiese pasar el resto de sus dias en oracion y en silencio.

No deliberó un punto santa Vautrudis. Valióse de un señor llamado Hidulfo, pariente suyo, que tambien es públicamente reverenciado como Santo, para comprar el sitio, encargándole hiciese edificar en él una celdilla, donde pensaba pasar lo que la restaba de

vida en ejercicios de penitencia. Hizo Hidulfo mas de lo que se le habia pedido, porque mandó edificar una casa suntuosa; pero la Santa no quiso vivir en ella, y el cielo quiso autorizar pocos dias después su escrupulosa delicadeza en este punto; porque se levantó un furioso huracan que echó por tierra aquel soberbio edificio hasta los fundamentos. Alicionado y advertido Hidulfo con este accidente, siguió en todo la planta que le habia dado nuestra Vautrudis, y dispuso se fabricase una estrecha celda con su capilla, en la cual se fué luego á encerrar; habiendo recibido antes el sagrado velo de manos de san Auberto, obispo de Cambray.

Llena de imponderable consuelo al verse ya dichosamente retirada del bullicioso tumulto del mundo, abandono todo otro cuidado que el de dedicarse enteramente al ejercicio de las mas heróicas virtudes. Su ayuno era continuo; apenas interrumpia la oracion sino con algunos instantes de sueño, que tomaba sobre unos manojos de sarmientos; mortificaba su delicado cuerpo con rigurosas penitencias; y eran sus ojos dos perennes fuentes de lágrimas que la hacia derramar su ardiente y ternísimo amor de Dios. Pero ni en sus modales ni en sus costumbres se descubria el rigor de su mortificacion; porque siempre se la veia llena de apacibilidad, de dulzura, de urbanidad, y de una modestísima alegría para con todo el mundo; la voluntaria pobreza á que se habia reducido no la estorbaba encontrar arbitrios para socorrer á todos los pobres que recurrian á ella. En su retiro no estaba ociosa; pero una virtud tan sobresaliente no podia menos de excitar la rabiosa envidia del enemigo de la salvacion. No perdonan el tentador ni la tentacion á las grandes almas, y nuestra heróica reclusa experimentó presto sus efectos.

Apoderóse de su espíritu un mortal tedio al retiro, llenando de amargura su corazon un repentino horror á la soledad. La oracion, el silencio, la estrechez de aquella pobre celda, todo se la hacia insoportable. La memoria de lo que habia sido; el pretexto de las muchas buenas y grandes obras que podia hacer en el mundo; la dulzura de una honesta y cristiana libertad; sus juveniles años; la esperanza bien fundada de una larga vida; la delicadeza de su complexion, y la ninguna robustez de su salud, todo esto se la representaba con la mayor viveza; todo concurria á hacerla titubear en su resolucion; todo la inclinaba á volverse al siglo, y todo abogaba en favor del amor propio. Bien necesitó de grandes y poderosos auxilios para resistir á tan fuerte como disimulada tentacion: concedióselos el cielo, y correspondió á ellos con valor y con fidelidad. En medio

de estas turbaciones, sequedades y desconsuelos recurria á la oracion, renovaba muchas veces al dia sus propósitos, hacia otros de nuevo, mortificábase mas y mas doblando las penitencias. Después de Dios colocaba toda su confianza en su dulcísima Madre, á quien profesaba una devocion ternísima, y esta Señora la alcanzó de su Hijo nuevos y muy eficaces auxilios. Combatió, peleó, triunfó: disipáronse las nieblas, calmó la tormenta, serenóse el tiempo; y victoriosa nuestra Santa de todo el infierno, por la gracia del Redentor, gozó tranquilamente de los dulces frutos de su fidelidad.

Esparcióse por todas partes la fama de su virtud, y muchas siervas de Jesucristo, movidas del ejemplo de Vautrudis, concurrieron á ponerse debajo de su direccion. Cedió á la caridad el amor al retiro, y en poco tiempo la que era una pobre celdilla se vió convertida en convento. Como se observaban mas de cerca los ejemplos de Vautrudis, hacian mayor impresion, y eran mas copiosos los frutos que producian. La devocion mas ejemplar, la observancia mas exacta, el espíritu de penitencia mas constante y mas ferviente fueron desde luego el carácter y el elogio de aquella religiosa comunidad, que pasó con el tiempo á ser un célebre cabildo de canonesas; y aquel monasterio tan reducido y tan pobre en sus principios, se vió después cercado de una ciudad considerable, que es hoy la capital de la provincia de Haynaut, cuya formacion se debió á la veneracion, á la memoria y á las preciosas reliquias de santa Vautrudis.

Habiendo venido á visitarla su hermana santa Aldegundis, abadesa del monasterio de Maubeuge, viendo la pobreza del de Vautrudis, y la cortedad de sus rentas, la instó mucho para que se fuese con ella, y se retirase á Maubeuge con sus hijas. Agradecióselo nuestra Santa; pero no lo aceptó, porque las razones que alegaba para sacarla de Mons eran puntualmente las que con mayor gusto la detenian en él. Su grande amor á los rigores de la penitencia la obligaba no solamente á no huir, sino á mirar con especial cariño las incomodidades de la casa; y el mismo Señor se dignó autorizar con un milagro el acierto de esta determinacion; porque habiendo salido un dia á pasearse las dos santas hermanas, y habiéndose alejado del monasterio mas de lo que acostumbraban, al volverse del paseo hallaron ya las puertas cerradas, pero apenas se llegó á ellas santa Vautrudis, cuando se abrieron por sí mismas. Favorecióla Dios con el don de milagros, y tuvo el consuelo de oir de la boca de un Ángel que su nombre y el de su hermana santa Aldegundis estaban escritos en el libro de la vida. Desde que mereció esta revelacion, aumentó

mas y mas los rigores de su penitencia. Finalmente, llena de gracias y de merecimientos, alcanzó de Dios que la sacase de este mundo el dia 9 de abril de 686, dos años después de la muerte de santa Aldegundis, y cerca de los sesenta de su edad, habiendo pasado treinta en su monasterio, en cuya capilla fue enterrada, haciendo el Señor muy célebre su sepulcro por la multitud de milagros que ha obrado en él por la intercesion de la Santa. La ciudad de Mons la escogió por su patrona, reconociendo con razon que al culto de Vautrudis y á la fama de su santa comunidad debe todo lo que es.

SANTA MARÍA CLEOFÁS Ó CLEOFÉ.

Estaba casada con Cleofás, por otro nombre Alfeo, y era parienta de la Madre del Salvador; siendo de notar que la sagrada Escritura llama hermanos á todos los parientes. Tuvo cuatro hijos, Santiago el Menor, san Simon, san Judas, y otro llamado José, *hermanos*, es decir, parientes del Salvador. Desde el principio creyó en Jesucristo, le siguió al Calvario, y asistió á su entierro. Habiendo ido al sepulcro el domingo por la mañana, acompañada de otras santas mujeres, fueron las primeras que oyeron de boca de los Ángeles que Jesucristo habia resucitado, y fueron á llevar la noticia á los Apóstoles. Ninguna otra particularidad se sabe de la vida de María, y solo se cree piadosamente, que acabó algun tiempo después su vida en Jerusalen, en compañía de los discípulos y de la Madre del Salvador.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatae Casildae festivitate gaudemus; ita piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que eres nuestra salud, oye nuestras súplicas, para que así como nos alegramos en la festividad de santa Casilda, así tambien recibamos el fervor de una santa devocion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *del apóstol san Pablo á los Colosenses.*

Fratres: Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum. Mulieres, subditae stote viris, sicut oportet, in Domino. Viri, diligite uxores vestras, et nolite amari esse ad illas. Filii, obedite parentibus per omnia: hoc enim

Hermanos: Todo cuanto haceis de palabra ó de obra, todo sea en el nombre del Señor Jesucristo, dando por medio suyo gracias á Dios y Padre. Mujeres, estad sujetas, como es justo, á los maridos en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres, y no seais amargos para ellas. Hijos, obedeced

placitum est in Domino. Patres, nolite ad indignationem provocare filios vestros, ut non pusillo animo fiant. Servi, obedite per omnia dominis carnalibus, non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed in simplicitate cordis, timentes Deum. Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus.

en un todo á los padres; porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoqueis vuestros hijos á indignacion, para que no se apoquen de ánimo. Siervos, obedeced en todo á los señores carnales, no sirviendo á lo que se ve, como quienes agradan á los hombres, sino temiendo á Dios con simplicidad de corazon. Cualquiera cosa que hagais, hacedla de veras como para el Señor, y no para los hombres.

REFLEXIONES.

Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi. Todo cuanto hiciéreis, bien por palabras, bien por obras, hacedlo todo en nombre de Jesucristo. Esta es la idea mas cabal de la vida cristiana; por estos frutos se ha de conocer el árbol; por las palabras y por las obras se han de distinguir los Cristianos. Pero ¿se reconocerán el dia de hoy por estas señales muchos cristianos entre los que se llaman fieles? Buenas palabras sin buenas obras es hipocresía: buenas obras sin buenas palabras suele ser cobardía indigna y vergonzosa. Pues qué ¿nos hemos de avergonzar del Evangelio?

Omnia in nomine Domini Jesu Christi. Todo se ha de hacer en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Quejámonos del mal suceso de nuestras empresas, de que trabajamos sin fruto, de las calamidades públicas. Y bien, ¿quién tendrá la culpa? Queremos nosotros ser los únicos artífices de nuestra fortuna, y lo somos de nuestras desdichas. ¿En nombre de quién trabajamos? ¿consultamos primero á Dios en todo? Este Señor debe ser el primer motivo y el primer móvil de nuestros proyectos y de nuestras grandes ideas; pero ¿qué parte tiene en nada de lo que hacemos? ¿Se hace y se dice en nombre de Jesucristo todo cuanto se dice y todo cuanto se hace?

Designios grandes, resoluciones osadas, empresas arduas, negocios espinosos, comercio arriesgado, trabajos inmensos, fortunas brillantes: *In quo nomine haec fecistis?* ¿En nombre de quién fuísteis emprendidas y fabricadas? ¿Me atreveria yo á responder que en nombre de Jesucristo? pero ¿no me desmentiria mi propio corazon y mi propia conciencia? ¿hay por ventura el dia de hoy otro móvil de todos los pasos que se dan, que la ambicion, el orgullo, la pasion, el interés y el deleite? ¿Hay otra regla de todas las acciones de la vida, que el desórden del corazon y el desnivel del espíritu? La pasion ins-

pira los primeros pensamientos, ella los conduce, y ella pone en ejecucion todos los medios que juzga proporcionados para conseguir sus fines. La pasion es el alma de todos nuestros movimientos, y los que ella no anima salen lánguidos y desmayados. ¡Después de esto nos admirarémos de que con tal guia andemos descaminados, y en tal escuela solo aprendamos á llorar! ¡nos admirarémos de que un edificio, que no tiene otro cimiento, dé consigo en tierra, y sepulte en sus ruinas á los que fian en él! Donde reina una prudencia puramente humana, bien se pueden esperar reveses, trastornos y lastimosas revoluciones. Son sus luces muy limitadas, muy flacos sus cimientos, sus medidas muy falsas para prevenir todos los accidentes, y para ponernos á cubierto de los peligros. Nada hagamos que no sea en nombre de Jesucristo; sean su voluntad y su gloria el primer motivo de todas nuestras acciones, y entonces le interesarémos en nuestra proteccion y en nuestra defensa. Todo cuanto hiciéremos será entonces ventajoso, sólido y provechoso, porque todo será meritorio. Gozarémos de unos dias llenos, y no afanarémos vanamente en cavar cisternas secas. Hagamos todas las cosas á mayor gloria de Dios, y en nombre de Jesucristo; la misma desconfianza en nuestra propia virtud será nuestra mayor fuerza, porque empeñará al Señor en suplir nuestra flaqueza y nuestra necesidad. Es poderoso el mas desvalido, es opulento el mas pobre, cuando puede seguramente contar sobre este riquísimo fondo. *Pues ora comais, ora bebais, ora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á mayor gloria de Dios.* (*I Cor.* x).

El Evangelio es del capitulo x *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui amat patrem aut matrem plus quam me, non est me dignus. Et qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: El que ama al padre ó á la madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí.

MEDITACION.

Del buen uso de los trabajos y de las cruces.

Punto primero.—Considera que en vano se huye de las cruces y de los trabajos, porque en todas partes se hallan. No hay condicion, no hay estado que no los produzca. Cada uno lleva su cruz; hasta sobre el mismo trono crecen; y no suelen ser las que menos pesan,

las que menos se perciben. Así, pues, toda nuestra aplicacion debe emplearse en aprovecharnos bien de ellas.

No es verdad que los trabajos sean desgracias y adversidades; antes pueden servirnos de grandísimo provecho, si sabemos usar de ellos. De suyo son un admirable contraveneno; pero fácilmente pueden convertirse en ponzoña.

Supongamos que padeces cási todo lo que padecieron los Santos; sábete que porque supieron padecerlo, arribaron á un grado de santidad tan eminente. Al contrario, ¡cuántos réprobos padecieron lo mismo que ellos! Las mismas contradicciones, las mismas calumnias, las mismas ingratitudes, las mismas persecuciones; pero como no tuvieron los mismos motivos ni la misma paciencia, fue muy diversa su suerte. ¿Qué fruto has sacado tú de tus cruces y trabajos? Para los que están enfermos en el alma no hay cosa mas saludable que la amargura; pero es menester gustarla con resignacion. En aquellos mismos rios, en aquellas mismas fuentes de Egipto en que los verdaderos israelitas bebian aguas puras y cristalinas, los egipcios no hallaban mas que sangre; los rios eran los mismos; pero el espíritu en unos y en otros era muy diferente.

¡Con qué disposicion de corazon y de espíritu recibes las cruces que te envia Dios! Ordinariamente se consideran como señales de su indiferencia ó de su cólera; siendo así que siempre y en todas ocasiones son pruebas sensibles de su paternal amor. El mismo fuego que reduce las pajas en ceniza, purifica el oro, y le hace mas resplandeciente. No se te piden ya nuevas cruces, nuevas mortificaciones, mayores penitencias; conténtase Dios con que recibas de su mano en espíritu penitente y resignado los trabajos que envia á tu familia, á tu casa, á tu persona, a tu empleo y á tu estado. No quiere que te empeñes, por decirlo así, en nuevos gastos; solo desea que te aproveches de los que haces, sufriendo con paciencia y con cristiana resignacion lo que padeces. ¡Qué dolor, gran Dios, el de no haberse aprovechado de las cruces!

Punto segundo. — Considera que es mucha desgracia estar padeciendo siempre, y perder el fruto de lo que se padece. Pues esta es puntualmente la desconsolada suerte de los que no saben aprovecharse de las cruces, ni recibirlas con el espíritu con que el Señor las envia. No solo pierden el fruto, sino que aumentan el peso; no se pierde gota de la amargura que traen consigo los trabajos, cuando se llevan con impaciencia y con enfado.

Si fueran verdaderos males las adversidades, no las hubiera sembrado en todos los caminos y en todos los estados el mismo Jesucristo, aquel soberano médico, aquel benéfico maestro, aquel amoroso padre. No hay en ellas otro mal que la mala disposicion con que las recibes: quita esta, y cesará toda la amargura. Cuando los humores están destemplados parecen amargos los manjares mas dulces.

Esas mismas cruces de que tanto te quejas fueron las delicias de los mayores Santos. No hubo siquiera uno entre todos ellos que no hubiese reputado las enfermedades, la pérdida de los bienes, las desgracias y todas las calamidades de la vida, como señales ciertas de predestinacion; y con efecto lo fueron para los que supieron aprovecharse de ellas. En tu mano está que sean lo mismo para tí. Fuera de eso son un copioso manantial de merecimientos; y en poco tiempo sabe hacerse rico para el cielo el que con todo sabe hacer comercio. Grande ejemplo de esto nos presenta hoy á todos santa Casilda.

Son las cruces el veneno mas activo para el amor propio. Pocas armas hay mas afiladas ni mas bien bruñidas para vencer á los enemigos de nuestra salvacion. *La fuerza*, dice san Pablo, *se aumenta con la flaqueza: por eso me complazco en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por Jesucristo; porque cuando soy flaco, entonces soy fuerte.* (*II ad Cor.* XI). En verdad que san Pablo no era menos delicado que nosotros, no sentia menos sus trabajos, ni eran menos pesadas sus cruces que las nuestras; pero las recibia con otro espíritu y con muy diferentes disposiciones. No consiste la felicidad de esta vida en no tener cruces, sino en saber llevarlas.

Y ¡cómo he llevado yo hasta ahora, Dios mio, las que Vos me habeis enviado! Igualmente me he olvidado, así de la doctrina que me enseñásteis, como del ejemplo que me disteis, llevando vuestra cruz con tan divina resignacion. Conozco, Señor, lo mucho que he perdido en esto. Pero al fin me consuelo con que todavía no se ha apurado todo el cáliz; todavía tengo que padecer, pues por vuestra misericordia todavía tengo que vivir. Con el auxilio de vuestra gracia comienzo desde ahora á mirar con otros ojos las adversidades; resuelto ya á recibirlas como señales de vuestro amor, tambien lo estoy á aprovecharme de ellas como medios eficacísimos para mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.—Si he recibido de la mano amorosa de mi Dios

tantos bienes, ¿por qué no recibiré de la misma, y con el mismo espíritu los males que me envia para mi bien? (*Job*, II).

Castigásteme, Señor, por mis pecados: sea bendita tu misericordia, pues de esta manera aprendí á servirte, y no ofenderte. (*Jerem.* XXXI).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que no hay cosa mas comun en todos los estados y en todas las condiciones de la vida que las cruces, es importantísimo saberse aprovechar de ellas. Es este un fruto que se cria en todos los climas y que se da en todas las tierras; pero conocen pocos lo que merece y lo que vale. A los achacosos les parece amargo, y le desacreditan; y lo mal que saben sazonarle los que no conocen la virtud mas que de nombre, autoriza la errada opinion que de él se tiene. Todos procuran arrojarle de su casa; mas por el mismo caso se multiplica. Son unas espinas de rara especie; pican mas al que hace mas diligencias para arrancarlas. El gran secreto es tratarlas sin miedo, hasta que se crien callos para no sentirlas. Todos pueden saber este secreto; porque toda su virtud consiste en considerar las adversidades de la vida, ó como castigo, ó como remedio; y muchas veces como cariños de Dios, que nos trata ni mas ni menos como trató á sus mas íntimos favorecidos, á su propio unigénito Hijo: *Qui Filio suo non pepercit.* A unos ojos verdaderamente cristianos poco puede costar descubrir este misterio. Penetran mas allá de la corteza, y no juzgan de la virtud del fruto por la hermosura aparente. Comienza desde hoy á instruirte en una facultad que te puede servir de tanto provecho. No mires ya las que se llaman desgracias, miserias, dolores, trabajos, pesadumbres, adversidades, sino como regalos del cielo; pues á favor de las luces de la fe, no las descubrirás con otro nombre. Si te consideras como pecador, tienes un juez; si como enfermo, un médico hábil; si como siervo fiel, un amo liberal. Impónte una como ley de recibir todos los contratiempos, ó como penitencia por tus pecados, ó como remedio de tus achaques espirituales, ó como gracias muy adecuadas para que asciendas á una eminente santidad; y luego que te suceda alguna adversidad, póstrate en tierra para rendir gracias al cielo por tan grande beneficio: besa tiernamente el Crucifijo en testimonio de que recibes de buena gana aquella mortificacion, y da una limosna al primer pobre que encontrares en prueba de tu agradecimiento.

2 No basta recibir las cruces con espíritu, y con un corazon ver-

daderamente cristiano; es menester que el exterior corresponda tambien al interior, y para esto observa los documentos siguientes. Primero: Esfuérzate á mostrar el semblante mas sereno, el gesto mas apacible y todos los modales mas alegres y mas festivos el dia que recibieres alguna mortificacion. Segundo: Procura en cuanto sea posible no reprender ni corregir á nadie en este dia, porque es fácil que la amargura del corazon se comunique á la lengua. Tercero: Busca algun consuelo, sí; pero sea únicamente á los piés de Cristo crucificado, ó en presencia del santísimo Sacramento, repitiendo aquellas palabras de David: *Bonum mihi, quia humiliasti me:* Ninguna cosa me tiene mas cuenta que esta humillacion. (*Psalm.* CXVIII). *Benedico te, Domine Deus Israël, quia tu castigasti me, et tu salvasti me:* Seais, mi Dios, eternamente alabado, porque me castigásteis y me salvásteis. (*Tob.* XI). *Domine, fortitudo mea, et refugium meum in die tribulationis:* El Señor es mi fortaleza y todo mi consuelo en el dia de la tribulacion. (*Jerem.* XVI). Cuarto: Visita á los pobres en el hospital, y consuela á alguna persona atribulada con razones puramente cristianas, dándola á conocer el mérito y el inestimable valor de los trabajos. Esta espiritual industria sirve mucho para fortalecer y para tranquilizar un corazon afligido.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

San Ezequiel, profeta, el cual habiendo reprendido al juez del pueblo de Israel porque adoraba los ídolos, fue muerto por él en Babilonia, y enterrado en el sepulcro de Sem y de Arfaxad, progenitores de Abraham, á donde solian concurrir muchos á hacer oracion. *(Véase su vida en las de este dia).*

El tránsito de muchos santos Mártires, en Roma, á los cuales bautizó el papa san Alejandro, mientras estuvo preso. Todos estos mandó el prefecto Aureliano que en una nave vieja fuesen llevados á alta mar, y allí con piedras atadas al cuello los sumergiesen.

Los santos mártires Apolonio, presbítero, y otros cinco, en Alejandría, que en la persecucion de Maximiano fueron sumergidos en el mar.

Los santos mártires Terencio, Africano, Pompeyo y sus compañeros, en África, los cuales en tiempo del emperador Decio, siendo prefecto Fortuniano, después de haberlos azotado y atormentado en el potro y de otras maneras, por último los degollaron, alcanzando así la palma del martirio.

San Macario, obispo de Antioquía, en el mismo dia, esclarecido en virtudes y milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN MACARIO, ARZOBISPO DE ANTIOQUÍA.

San Macario, cuyas preciosas reliquias se conservan en Gante con la mayor veneracion, fue de una de las casas mas ilustres de todo el Oriente, y de las mas distinguidas, así por sus empleos como por sus conexiones. Nació hácia el fin del siglo X. Deseó su padre Miguel, y su madre María, que Macario, arzobispo de Antioquía, deudo muy cercano del niño, fuese su padrino. No se sabe si era la Antioquía de Pisidia ó la de Siria. El Arzobispo lo admitió con gusto, y puso su mismo nombre á su ahijado. Dejósele por aquellos primeros años á sus padres; pero despues quiso él mismo criarle en la virtud y en el estudio de las letras. Mostró el niño un excelente ingenio, admirable natural, una inclinacion como innata á todo lo bueno, y una docilidad extraordinaria, poco regular en los de sus años; con lo que hizo tan grandes progresos en sus estudios, pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion, que desde luego se persuadió el santo Arzobispo á que Dios le habia escogido por vaso de eleccion, y para ser algun dia grande ornamento de su santa Iglesia; lo que le movió á conferirle los sagrados órdenes, elevándole á la dignidad de sacerdote.

Cada dia confirmaba el jóven Macario con su religioso proceder el gran concepto del piadosísimo Arzobispo. Su aplicacion al estudio, su amor al retiro, su modestia y sus arregladas costumbres le merecieron la admiracion y aun la veneracion de todos. Apenas se vió en el estado eclesiástico, cuando fue modelo y ejemplar de toda la clerecía. Habiéndole encomendado negocios muy importantes, se portó en todos con tanta edificacion, y los desempeñó con tanto acierto, que desde luego le consideraban ya todos como digno sucesor de su ejemplar arzobispo.

Con efecto, estos mismos eran los pensamientos de aquel insigne prelado. Cargado de años, y oprimido de achaques, viendo que se acercaba su fin, juntó al clero y al pueblo, y le habló en estos ó semejantes términos: «Ya veis, amados hijos y hermanos, que la muer-«te está llamando á las puertas de este pobre viejo, aun mas agobiado con el peso de la obligacion, que con el de su avanzada edad. «Llámanme ya para que dé cuenta de mi administracion; y á fin de «que el cargo sea menor, os he convocado para daros mis últimos «consejos, y para encomendarme en vuestras oraciones. Veisme ya «tocando con la mano el término de mi penosa y dilatada carrera:

«ninguno se interesará mas que vosotros en nombrarme un sucesor «que repare mis defectos. Muchos sugetos teneis beneméritos y dig- «nos; pero si mi voto vale algo, creo que el cielo os señala como con «la mano por vuestro pastor á mi sobrino Macario. No os persuadi- «réis que influyen la carne y sangre en esta confiada manifestacion «que os hago del concepto que yo formo: su notoria virtud y sus mé- «ritos sobresalientes me libran de esta sospecha; y creeré que sin mi «recomendacion, ellos mismos clamarian por todos vuestros sufra- «gios.» Apenas acabó el santo viejo de pronunciar estas últimas palabras, cuando toda la asamblea clamó á una voz uniforme: *Macario será vuestro sucesor: no queremos otro pastor que al jóven Macario.*

No fue tan fácil lograr su consentimiento, como lo habia sido conseguir la aclamacion de la clerecía y del pueblo. Cuanto mas le deseaban los otros por arzobispo, mas indigno se juzgaba él de aquella dignidad; pero al fin, habiendo muerto el santo viejo, se vió precisado Macario á rendirse á las disposiciones del cielo. Fue consagrado y colocado en la silla arzobispal con universal aplauso; pero la nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y su conducta justificó desde luego el acierto de la eleccion.

Dejáronse ver desde mas alto y con mayor distincion su caridad, su ardiente celo, y las demás virtudes que estaban como encubiertas en la vida particular y privada. Ya que no pudo ser original, á lo menos fue vivísima copia del retrato que hace el Apóstol de un perfecto prelado. Su celo no podia ser mas vivo, y al mismo tiempo mas prudente: su caridad no podia ser mas universal ni mas benéfica: su solicitud pastoral no podia ser mas activa, ni tampoco mas dichosa. Era tan poderoso en obras como en palabras: predicaba todos los dias á su pueblo: visitaba por sí mismo los enfermos, y cási todos los pobres vivian á expensas de sus rentas. Eran pocos los pecadores que podian resistirse á su dulzura, y rarísimo el que no se rendia á su celo. Daba mucho realce á la inocencia de sus costumbres el rigor de sus grandes penitencias; y no contribuia poco para aumentar el fondo de las limosnas su prodigiosa abstinencia, junta con la gran modestia de su vestido, de sus muebles, y de todo el ajuar de su palacio. Su devocion era tan tierna, que siendo cási continua su oracion, lo era tambien el torrente de lágrimas que derramaba en ella, tanto, que se veia obligado á tener siempre de prevencion una toalla ó un pañuelo en el oratorio para enjugarse los ojos. Pudo haber á las manos uno de estos cierto leproso, y apenas se le aplicó con la fe que tenia de la santidad de su dueño, cuando quedó del todo sano

y limpio. Á este milagro se siguieron otros muchos, los cuales hicieron tanto ruido, que comenzó á asustarse su humildad. Luego que conoció que en su ciudad arzobispal le veneraban como santo, comenzó á mirarla con tedio, y aun con horror. No le fue posible acostumbrarse á los honores que todos le tributaban. La carga que le oprimia, en vez de aligerarse con la experiencia, cada dia se le hacia mas pesada: nunca se juzgó mas indigno del oficio de pastor, que cuando todos le aclamaban por dignísimo. Esto le obligó á tomar la resolucion de echar de sí aquel peso intolerable, para atender únicamente al cuidado de su salvacion en la dulce oscuridad de una vida privada. Tomada ya esta determinacion, encargó el cuidado de su rebaño á un eclesiástico de gran mérito llamado Eleuterio; y habiendo repartido los pocos bienes que le quedaban entre los pobres y las iglesias, salió secretamente de la ciudad, acompañado solo de cuatro de sus discípulos, que no quisieron dejarle; y tomó el camino de Palestina para visitar los lugares de la Tierra Santa. Hizo todos estos viajes como verdadero penitente, regando con sus lágrimas aquellos lugares donde se habia obrado nuestra redencion.

Por mas diligencias que hizo para ocultar quien era, le descubrió Juan, patriarca de Jerusalen, y le recibió con los honores correspondientes á su dignidad y persona. No pudo tolerarlos, y esto mismo le obligó á acelerar su partida. Ocupaban ya los sarracenos la mayor parte de la Palestina, y el santo Arzobispo procuraba convertir á cuantos se le presentaban en el camino. Bendijo Dios las apostólicas diligencias de su celo, dándole por fruto muchas conversiones, porque fueron no pocos los que abjuraron sus errores, y pidieron el Bautismo.

Granjeó con estas conquistas una cruel persecucion. Echaron mano de él aquellos bárbaros, y después de maltratarle con todo género de ultrajes, le llevaron arrastrando á un calabozo. Para hacer mas solemne burla de la doctrina, que no por eso dejaba de predicar, le tendieron en el suelo en forma de cruz, atáronle los piés y las manos con cordeles amarrados á unos clavos, cargaron sobre su débil estómago una gran piedra encendida, y le hicieron padecer otros tormentos mezclados de mil oprobios é ignominias.

Sufriólos todos el Santo con una constancia que admiró á los mismos bárbaros; pero Dios, que no le queria mártir, se contentó con los deseos del martirio. Apareciósele un Ángel, cercado de una luz resplandeciente, que alumbrando las tinieblas del calabozo, y desatándole las prisiones, le dijo que le siguiese; y poniéndole en liber-

tad, le exhortó á que prosiguiese el viaje que el Señor le habia inspirado. Convirtió á muchos bárbaros esta maravilla, y los muchos milagros que á ella se siguieron, redujeron á la fe á otros innumerables.

Despachóle sus diputados la ciudad de Antioquía, y enterado por ellos de la resolucion en que estaban sus parientes y todo el pueblo de obligarle por fuerza á volver á su silla arzobispal, se embarcó al punto para el Poniente. Atravesó todo el reino de Epiro y la Dalmacia; penetró hasta la Baviera; pasó por las ciudades de Maguncia y de Colonia, dejando en todas partes visibles señas de su heróica santidad. Pagaba el hospedaje con tantos milagros, que dos criados de cierto señor bávaro, llamado Adalberto, que le hospedó en su casa, creyeron haber hallado un medio infalible para hacerse ricos hurtándole el pañuelo, pareciéndoles que esta reliquia haria tantos prodigios como su dueño; pero castigó el Señor aquella sacrílega codicia, enviando á uno y á otro una grave enfermedad que los redujo al último extremo de la vida, y no sanaron de ella sino por otro milagro de nuestro Santo.

Parece que Dios se complacia en señalar cada una de sus jornadas con alguna nueva maravilla: en Colonia libró á su huésped de una epilepsia; en Malinas apagó un furioso incendio; en Tornay apaciguó una cruel sedicion; en Cambray le abrió un Ángel las puertas de la iglesia de Nuestra Señora; y en Maudebuge fue recibido como un profeta. En fin, el año de 1011 llegó á Gante, y luego se retiró al monasterio de San Bavon, donde le recibió el abad Etemboldo y sus monjes como á un hombre extraordinario. Fue tal el concepto que se mereció su virtud con ocasion de la estancia que hizo en aquel religiosísimo monasterio, que no perdonaron diligencia alguna para obligarle á terminar en él sus peregrinaciones.

A la entrada de la primavera del año siguiente resolvió embarcarse para volverse á Levante, á pesar de las lágrimas y de las instancias amorosas del Abad y de todos los monjes; pero no quiso el Señor que careciesen de sus preciosas reliquias los que habian sabido aprovecharse tan bien de sus virtuosos ejemplos. Acometióle en el puerto una violenta calentura, que le obligó á retirarse otra vez á San Bavon. Cinco ó seis meses vivió después en el monasterio, en los cuales se dispuso con nuevo fervor y con nuevas penitencias para la muerte, que él mismo habia profetizado, como tambien el lugar donde habian de enterrarle, que era una bóveda ó gruta debajo de la capilla de la Vírgen, á la cual habia profesado toda la vida una

ternísima devocion, colocando, después de Dios, toda su confianza en esta Señora. Habiéndose extendido por todos los Países Bajos una cruel peste, recurrieron á las oraciones de nuestro Santo, y se dignó Dios oirlas. Pronosticó que él mismo seria tocado del contagio, y que con su muerte se aplacaria la cólera del cielo: el suceso acreditó la profecía. Murió en Gante en el monasterio de San Bavon el dia 10 de abril del año 1012, y en el mismo instante cesó la peste en la ciudad y en todo el país.

Conocióse desde luego en cuantas ocasiones ocurrieron la eficacia de su poderosa intercesion para con Dios: y así á los cincuenta años después de su muerte, el de 1067, fue elevado su santo cuerpo de la tierra á solicitud de Sigerico, abad de San Bavon, y á instancias de Balduino V, conde de Flandes. Hízose la ceremonia en presencia de Felipe I, rey de Francia, de los principales señores del país, y de un innumerable concurso de pueblo, por Balduino, obispo de Tornay, asistido de otros muchos prelados, y quiso el Señor honrar esta solemne traslacion con gran número de milagros.

NOTA.

«Parece que hay dos equivocaciones, ya en el tiempo que dice el «P. Croisset que transcurrió desde que el Santo, obligado de la «calentura, regresó al monasterio de San Bavon, hasta el dia de su «muerte, ya en el año en que esta se señala. Dice que *vivió en él cinco «ó seis meses*, y que murió *el año* de 1012. Esto se contradice con lo «que luego añade, que su cuerpo fue elevado *cincuenta años después «de su muerte*, el de 1067, porque desde 1012 á 1067 hay la dife«rencia de cincuenta y cinco años. Y si la elevacion se efectuó, como «afirma nuestro autor, *á instancias de Balduino V, conde de Flandes*, «no pudo pasar del año de 67, porque en ese mismo murió Balduino «siendo regente de Francia; con que parece se debe decir, que san «Macario vivió después en el monasterio *cinco ó seis años*, y que mu«rió en el de 1017 ó 18.

«Á lo cual se añade, que si la muerte aconteció *á la entrada de «la primavera del año de* 1012, cuando quiso volverse á Levante, se«gun dice el P. Croisset, ¿cómo pudo vivir después *cinco ó seis me«ses*, y morir *el dia 10 de abril del mismo año*? Era menester, pues, «que la primavera empezase por octubre ó por noviembre del año «precedente; y siempre saldria errada la cronología del año en que «murió. Por todo lo cual parece indispensable corregir los referidos «cómputos en el modo dicho.»

SAN EZEQUIEL, PROFETA.

Ninguno antes que el venerable Beda insertó en su Martirologio la memoria y nombre del profeta Ezequiel en órden á su festividad en la Iglesia, cuyos vestigios siguieron después Floro, Adon, Ravano y otros. En el Martirologio romano se lee, que fue muerto en Babilonia por el juez del pueblo hebreo, y sepultado en el sepulcro de Sem y Arfaxad.

Si es oscura la profecía de Ezequiel por sus alegóricos é inescrutables misterios, no lo es menos la historia de su vida. Solo sabemos ciertamente lo que él mismo testifica en el principio de aquella; á saber, que fue hijo de Buzo, sacerdote de la ley antigua, existente entre los caldeos en tiempo que Jeremías profetizaba en Jerusalen, constándonos en órden á sus profecías ó revelaciones, que le habló el Señor cerca del rio Cobar ó Eufrates, á los treinta años de su edad, cinco de la transmigracion, ó cautiverio del rey Joachin con el pueblo judío á Babilonia, tres mil cuatrocientos cuarenta de la creacion del mundo, seiscientos trece antes de nuestra era, segun los cálculos de Saliano, aunque otros computan de diferente manera. Pero, como se nota en el capítulo 29 que fue el año veinte y siete de la transmigracion, se infiere, que á lo menos profetizó veinte y dos años, pues la duracion cierta del tiempo que ejerció este ministerio es cosa oscura, como lo es su vida.

El Padre san Gerónimo en el prefacio á este Profeta contesta la filiacion dicha, y que principió á profetizar en el año quinto del cautiverio del rey Joachin en Babilonia; y añade, que sus admirables visiones comprensivas de muchos misterios, las dijo no en estilo sublime ni infinito, sino en un medio capaz de que las entendiese el pueblo, observando con sabia industria este método, á fin de que no pudiesen percibir los de Babilonia las represiones que hacia á los judíos, para que no les afligiesen mas duramente. El mismo santo Doctor escribe, que se significa por el nombre de Ezequiel la fortaleza de Dios, mediante á que predicaba al pueblo incrédulo y contumaz con mucho valor y espíritu, procediendo con igual valentía contra los profetas falsos, que solicitaban seducir á los hebreos en el cautiverio, en contraposicion de sus oráculos.

El autor del libro de la vida y muerte de los Profetas y Santos del antiguo y nuevo Testamento escribe, que fue la causa de su muerte el haber reprendido con celo vehemente las impías supersticiones de

las tribus de Israel; y san Atanasio en el libro de la Encarnacion del Verbo dice, que padeció por su pueblo, porque les profetizaba las cosas futuras.

En las sagradas Letras no nos consta cosa alguna acerca del lugar de su sepulcro; y aunque se dice fue en el que antiguamente se enterraron Sem y Arfaxad, progenitores de Abrahan, sospechan algunos críticos que esta asignacion, y otros milagros que se atribuyen á este Profeta, han sido ficciones de los rabinos; supuesto que Daniel, Baruch, Esdras, Josefo y Filon, versados entre los caldeos, no escriben semejantes hechos.

SAN URBANO, ABAD.

En este dia se celebra en el monasterio de San Pedro de los Montes del Órden de san Benito en el obispado de Astorga la memoria de san Urbano, uno de los mas brillantes ornamentos del instituto Benedictino, de quien nos dicen sus escritores, que fue un varon de eminente santidad, y que habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad de abad del monasterio expresado, acreditó en el gobierno de aquella ilustre casa su consumada prudencia, é instruyó á muchos en el camino del cielo con sus celosas exhortaciones, y con sus edificantes ejemplos. Murió, en fin, lleno de dias y de merecimientos en el dia 6 de abril; y aunque se ignora el año puntual de su feliz tránsito, calculan algunos escritores que fue por el de 830. El alto concepto de santidad en que falleció movió á los monjes á que depositasen el cuerpo del siervo de Dios en el monasterio de Peñalva en la misma capilla donde está el de san Genadio, en la que es tenido en grande veneracion.

SAN DANIEL, PROFETA.

Daniel, que significa juicio del Señor, de la tribu de Judá, nació en Bethoron de la estirpe real de David, y fue llevado cautivo á Babilonia por Nabucodonosor, después de la toma de Jerusalen, seiscientos dos años antes de Jesucristo. Tenia Daniel poca edad y fue escogido con otros jovencitos de los principales de los judíos, para entrar al servicio de Nabucodonosor, quien les hizo instruir en la lengua y ciencias de los caldeos. El talento y buena conducta de Daniel le granjearon grande estimacion para con el Rey.

La primera prueba que hallamos del don de profecía con que Dios

ilustró al tierno jóven, fue el modo con que defendió la inocencia de Susana. Dos malos viejos, los cuales eran jueces de aquel año entre los hebreos que vivian en Babilonia, pusieron los ojos en una matrona honestísima llamada Susana, mujer de Joakim, hebreo principal; y porque ella no quiso consentir con ellos en sus torpezas, hallándola sola en un jardin bañándose, donde ellos estaban escondidos, falsamente la acusaron de adulterio; y siendo ellos testigos, delante de todo el pueblo fue sentenciada á muerte. Y llevándola á apedrear, el profeta Daniel dando una gran voz dijo: «Deteneos, ó hijos de «Israel, yo no tomo parte en esta injusticia.» El pueblo se detiene y retrocede, y principia Daniel de nuevo el juicio, separando á los dos viejos; y preguntando á uno de ellos bajo qué árbol habia visto pecar á Susana, él responde que bajo un lentisco. Entra luego el segundo anciano, y dirigiéndole Daniel la misma pregunta, contesta que bajo de una encina. Vista la contradiccion de ambas declaraciones, reconoce todo el pueblo la sabiduría de Daniel, la inocencia de Susana, y la maldad de los dos jueces delatores; los cuales son condenados segun la ley al mismo suplicio á que ellos injustamente arrastraban á la heroína de fidelidad conyugal. San Ignacio mártir dice que Daniel no tenia entonces mas que doce años de edad.

Pero hízose luego célebre entre los caldeos con la relacion y explicacion del sueño misterioso que tuvo Nabucodonosor, que le causó mucho espanto, y del cual no pudo acordarse al despertar. Consultando á los sabios y adivinos de su reino para que se lo declararan, ellos respondieron que se les pedia un imposible: irritado el Rey con su respuesta, los condenó á muerte. Viéndose Daniel comprendido en la sentencia, invocó al Padre de las luces y autor de toda sabiduría, y alcanzó de él la penetracion de este misterio. Se presentó al Rey y le dijo: «Los hombres no pueden descubriros lo que de«seais saber; hay empero en el cielo un Dios que revela los miste«rios cuando le place. Lo que habeis visto en sueños era una estatua «gigantesca, cuya cabeza de oro, brazos y pecho de plata, vientre «y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés de hierro y bar«ro. Atento estábais á esta vision, cuando una piedra desprendida «por sí misma del monte vino á herir en los piés á la estatua; cayó «el coloso, se despedazó y se redujo á polvo; pero la piedra creció «y vino á ser una inmensa montaña que llenó todos los ángulos del «universo. Ahora bien, oid la explicacion del sueño. Sois un Rey «poderoso: el cielo os ha dado la gloria y el imperio; vos estais re«presentado en la cabeza de oro; á este primer imperio sucederá

«otro menor que el vuestro, y denota el reino de los persas y medos «que seguirá al de los asirios, y será menor que él en nobleza, figu- «rado por la plata; y luego el designado por el bronce, declara el «reino de los griegos que en tercer lugar sucederá; y finalmente el «cuarto, semejante al hierro que todo lo reducirá á polvo, da á en- «tender el reino de los romanos que ha de venir en el cuarto lugar, «y con esfuerzo y ánimo de sus capitanes sujetará á las otras gentes. «Y así como el hierro y barro no pueden bien juntarse, así habrá «guerras entre los romanos, unos con otros, de donde vendrán á «perderse. Será entonces cuando Dios levante un reino, que después «de haber derribado todos estos imperios subsista eternamente. Este «es el reino del Mesías, representado por la piedra desprendida del «monte, que después de haber roto la estatua, se convirtió en gigan- «tesca montaña.»

Admirado exclamo Nabucodonosor: «¡Daniel, verdaderamente «vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los reyes!» Y confirió á Daniel cargos honoríficos en su reino, haciéndole príncipe y gobernador de todas las provincias de Babilonia. Y por ocasion de Daniel, tambien dió cargo á sus tres amigos Sidrach, Misac y Abdenago.

De verse Nabucodonosor levantado en monarquía primera, se ensoberbeció y dió en querer ser adorado como Dios: para esto hizo levantar en un campo cerrado una estatua suya dorada, y mandó que todo aquel que se resistiese á adorarla, fuese echado en un horno ardiendo. Hallaronse presentes en la fiesta de la dedicacion los tres hebreos amigos de Daniel, estando él ausente, segun se infiere de la Escritura; y estando firmes en no adorar la estatua, fueron arrojados á las llamas, de las cuales los sacó el Señor sin lesion alguna.

Continuó Daniel gozando de la confianza de los sucesores de Nabuco, durante cuyo reinado parece que tuvo lugar la historia del ídolo Bel. Habia por aquel tiempo un ídolo llamado de este nombre, al cual se ofrecian diariamente doce fanegas de flor de harina, cuarenta ovejas y seis cántaros de vino, é iba el Rey á adorarle todos los dias. Preguntó el Rey cierto dia á Daniel por qué no adoraba á Bel, á lo cual contestó: «Porque yo no adoro mas que al Dios vivo, ha- «cedor del cielo y de la tierra.—Pues qué, repuso el Rey, ¿no es Bel «un Dios vivo, cuando come y bebe todos los dias?—Ó Rey, repli- «có Daniel, no vivas engañado; pues él es de barro por dentro, y por «fuera de cobre.» Enfurecido el Rey, llama á los sacerdotes, y les dice que morirán si no le declaran cómo desaparece todo lo que se

ofrece á Bel ; pero que si le hacen ver que él se lo come, será Daniel quien muera. Fué el Rey al templo, mandó salir á todos los sacerdotes, y se pusieron las viandas ante el ídolo; luego el santo Profeta que habia acompañado al Rey hizo cubrir de ceniza todo el pavimento, cerróse la puerta y fue sellada. Pero habia bajo el ara del ídolo una puerta secreta por donde todas las noches se introducian los sacerdotes con sus mujeres é hijos, y se comian y se llevaban toda la ofrenda; vinieron aquella noche segun costumbre, y consumieron cuanto habia sobre la mesa. Á la mañana siguiente fué el Rey al templo en compañía de Daniel: el sello estaba entero, abrióse la puerta, y viendo el soberano que no quedaba nada sobre la mesa, exclamó: «Grande eres, ó Bel, y no hay engaño en tu templo.» Sonrióse Daniel, y deteniendo al Rey para que no entrase dentro, le hizo notar en la ceniza esparcida sobre el pavimento huellas de hombres, de niños y mujeres. Convencido el Príncipe de su engaño, manda prender á los sacerdotes, y confesada su impostura, los sentenció á muerte, y entregó el ídolo á Daniel, quien al instante lo destrozó, y derribó su templo. Otro dios tenian tambien los babilonios en un ferocísimo dragon, al cual proveian tambien largamente por la astucia de los sacerdotes. Daniel con permiso del Rey dióle á comer una especie de pasta glutinosa que le ocasionó la muerte, manifestando así el Profeta lo ridículo de una divinidad que con tanta facilidad perdia la vida.

Despechados los babilonios por la destruccion de sus ídolos, se amotinaron, y pidieron al Rey que les entregase á Daniel, á quien furiosos arrojaron á una hoya ó lago donde habia siete leones, y en el cual estuvo Daniel siete dias, sin que en todo aquel tiempo se diese alimento alguno á los leones para que le devorasen acosados por el hambre. No abandonó Dios á su siervo, pues cerró las fauces de los leones, y cuidó de alimentarle por medio del profeta Habacuc, el cual llevando de comer á sus segadores, *un Ángel le tomó por la coronilla, y le llevó de un cabello de su cabeza, y le puso en Babilonia sobre el lago con el ímpetu de su espíritu*, donde Daniel estaba. Sin duda que Dios tenia otros muchos medios de alimentar á Daniel, pero eligió este tan extraordinario para doctrinar á sus siervos acerca de su providencia y de la misericordia con que atiende á las necesidades de los que se le muestran fieles. Á los siete dias fué el Rey á llorarle, porque le amaba y tenia por muerto; mas al acercarse vió al Profeta tranquilamente sentado en medio de los leones, y exclamó: «¡Grande sois, «Señor, Dios de Daniel!» Le hizo sacar del lago, y mandó que fue-

sen arrojados en él los principales que habian pedido su muerte, los cuales fueron al instante devorados. Y dió el Rey un edicto concebido en estos términos: «Teman al Dios de Daniel cuantos habitan «la tierra, porque él es quien salva, quien obra prodigios, y quien «á Daniel ha libertado del lago de los leones.»

Habia ya llegado el tiempo señalado por los profetas Isaías y Jeremías para la ruina de Babilonia y libertad de los judíos. El afeminado Baltasar (nieto de Nabuco) reinante en Babilonia, teniendo cercada la ciudad por Dario, rey de los medos, y Ciro, rey de los persas, en vez de tomar medidas para repeler al terrible enemigo, parecióle tan segura su capital, que no habia para él mas ocupacion que divertirse. Entre otros dió un banquete magnífico, al que convidó á toda su corte, y en su embriaguez mandó traer los vasos de oro y plata que Nabuco habia traido del templo de Jerusalen. Ofendido Dios de esta impiedad soltó riendas á su justa venganza contra Baltasar y los suyos: al instante apareció una mano que escribia en la pared del salon del festin ciertas letras ó rasgos misteriosos, sin que ninguno de los sabios allí presentes acertase á leerlos. Á todos puso temor la novedad, y mas al Rey: fue Daniel llamado, y que leyese y declarase las letras. Leyólas y declarólas diciendo al Rey: «Porque os habeis re«belado contra el Rey de los reyes, y no habeis temido irritar al que «dispone de vuestra vida y de todas las cosas, él justamente enojado «ha hecho escribir en la pared esas letras, que forman las tres si«guientes palabras: *Mane, Thecel, Phares*, cuyo sentido es este: *Ma«ne*, número; Dios ha contado los dias de vuestro reinado, y les ha «señalado término. *Thecel*, peso; habeis sido pesado en la balanza «del juicio divino, y habeis pesado muy poco. *Phares*, division; vues«tro reino va á ser dividido, y será entregado á medos y persas.»

Aquella misma noche se cumplió el vaticinio: habiendo medos y persas desviado el curso del Eufrates, entraron en Babilonia por el disecado lecho del rio, se apoderaron de ella y la saquearon. Allí pereció Baltasar, y Ciro se hizo dueño del imperio. El rey Dario llevó consigo á Daniel á su reino de Media y colmóle de honores; pero envidiosos los cortesanos le armaron lazos, y lograron que fuese echado segunda vez al lago de los leones, del que le libró tambien el Dios de Israel.

Murió el santo profeta Daniel siendo de ochenta y ocho años de edad, si bien san Isidoro le señala ciento y diez años, al fin del reinado de Ciro, habiendo conseguido de él juntamente con Aggeo, Zacharías y Malaquías un edicto para que los judíos volviesen á Je-

rusalen, y reedificasen la ciudad y el templo. Muchos hebreos no le ponen en el número de los Profetas, no porque no admitan sus profecías, sino porque habiendo vivido en palacio y tenido los primeros empleos de la corte, no profesó en público la manera austera de vivir que usaban comunmente los otros. Pero Jesucristo en su Evangelio le dió este glorioso nombre: *Quae dicta est à Daniele propheta.* (*Matth.* XXIV, 15). Lo que basta para que todos le reconozcan con este dictado. Los rabinos posteriores al tiempo de Cristo tampoco colocan á Daniel entre los profetas: sin duda porque anuncia tan claramente la venida del Mesías, en la profecía de las *setenta semanas.* Es notable el testimonio de Josefo hebreo, que en el libro X de las *Antigüedades,* capítulo último, dice: «Daniel fue enriquecido con in-«creibles dones, como uno de los grandes profetas... porque él no «solamente predijo las cosas futuras, como hicieron los otros profe-«fetas, sino que además fijo el tiempo en que habian de suceder.» Estas últimas palabras seguramente se refieren á la profecía de la venida del Mesías.

La Iglesia reconoce á Daniel por uno de los cuatro profetas mayores, y tiene el cuarto lugar por haber muerto el último. Su libro contiene catorce capítulos, y usa de él la Iglesia en las lecciones de los Maitines de la Dominica tercera de noviembre, y por sus ferias, y en misas particulares de entre año. El Martirologio romano hace conmemoracion de este santo Profeta en 21 de julio.

La Misa es de Confesor y Pontífice, y la Oracion la que sigue:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Macarii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; ut qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Macario, y nos absuelvas de todos nuestros pecados por los méritos y por la intercesion de aquel que mereció servirte dignamente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *del apóstol san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Si qua consolatio in Christo, si quod solatium charitatis, si qua societas spiritus, si qua viscera miserationis: implete gaudium meum ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam: sed in hu-

Hermanos: Si hay en vosotros para conmigo alguna consolacion, si algun consuelo de caridad, si alguna comunicacion de espíritu, si algunas entrañas de misericordia: completad mi alegría, de manera que esteis concordes, teniendo la misma caridad, una sola alma, y una sola opinion; no haciendo.

militate superiores sibi invicem arbitrantes, non quae sua sunt singuli considerantes, sed ea, quae aliorum.

nada por tema ni por vanagloria; sino que con humildad cada uno tenga al otro por superior, no atendiendo á aquellas cosas que le interesan privadamente, sino á lo que tiene cuenta á los demás.

REFLEXIONES.

Si qua consolatio in Christo. Si hay algun consuelo, es en nuestro Señor Jesucristo. Inútilmente se busca el consuelo en otra parte. Cualquiera otro objeto puede divertir, puede tambien suspender los enfados, las inquietudes, los cuidados que siempre nos acompañan; pero el manantial no hay cosa criada que sea capaz de cegarle. Este nace y brota, por decirlo así, de nuestro propio corazon. Los mayores enemigos de nuestra quietud somos nosotros mismos: nuestras pasiones son nuestros tiranos: es menester domarlas, es preciso exterminarlas si queremos vivir contentos. Pero este secreto solo Jesucristo nos le puede enseñar; él solo puede darnos el aliento y el valor que necesitamos para vencer á estos enemigos domésticos. A la verdad, como son tan frecuentes, tan comunes las cruces y las mortificaciones, no es posibe gozar por mucho tiempo el fruto de nuestra victoria. ¿Qué condicion, qué estado hay en esta miserable vida sin adversidades? A falta de nuestras propias pasiones, nos ejercitan las de los otros. Pocos dias serenos se logran en el mundo, y aun son muchos menos los de una perfecta calma: los mismos vientos que disipan las nieblas, suelen no pocas veces excitar las tempestades. Todo es revoluciones, desgracias, pérdida de bienes, enfermedades, muertes y contratiempos. Luego que entró el pecado en el mundo inficionó todas las fuentes: todas son amargas, y solo tiene virtud para endulzarlas la cruz de Jesucristo: ella sola puede hacerlas potables, y en solas sus sagradas llagas hallarémos raudales puros para saciar nuestra sed: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (*Isai.* XII). Esta es la verdadera fuente á donde debemos acudir para el consuelo, y este es el único manantial que jamás se ciega ni se seca. Los demas son pozos rotos, ó aljibes abiertos que despiden el agua, ó siempre se halla en ellos turbia y cenagosa. Solo Jesucristo es el que sana al criado del centurion, el que cura á la suegra de san Pedro, el que sosiega el mar alborotado, el que lanza los demonios, y el que enjuga las lágrimas de una madre desconsolada y afligida. Solo en este Señor encuentran los enfermos salud, y los atribulados consuelo. Si hay desdichados en el mundo, es porque no hay en el mundo

Punto segundo. — Considera que aun cuando las adversidades sean puramente castigo de Dios por nuestros pecados, no por eso son menos dulces ni menos estimables. Un Dios que castiga en esta vida es un padre que corrige. Nunca está Dios mas irritado que cuando calla, cuando no habla palabra á vista de nuestras maldades. *Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis.* Sí por cierto: jamás nos carga el Señor su pesada mano, sin que su amoroso corazon tenga designio de hacernos misericordia. ¡Qué consuelo, qué dulzura, pensar que las cruces mas pesadas son riquísimos tesoros! ¡que las adversidades mas amargas son pruebas sensibles de la bondad de nuestro Dios; y que las mas duras aflicciones son efectos de su misericordia!

La misma mano es la que reparte las prosperidades y las adversidades de esta vida: pues ¿por qué no recibirémos unas y otras con la misma sumision y con igual reconocimiento? A la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como las cruces y los trabajos, cuando se han recibido con espíritu verdaderamente cristiano. ¿Consolará mucho en aquella hora la memoria triste de los empleos que se gozaron, de los gustos que se disfrutaron, de las prosperidades que se nos engrieron? ¡Ah, qué manantial tan copioso de ayes, de remordimientos y de un dolor amarguísimo! Los que asisten á un pobre moribundo, ¿soñarán entonces en traerle á la memoria las fiestas mundanas en que se divirtió, los regocijos públicos que él mismo animó con su presencia, aunque sea el mayor príncipe del mundo? ¿Qué se diria de un confesor que emplease aquellos postreros preciosísimos momentos en acordarle el número de sus victorias, la importancia de sus conquistas, la magnificencia de su corte, la suntuosidad de su mesa, la ostentacion de su palacio; en una palabra, todo aquello que contribuye á fomentar el orgullo de los grandes, todo lo que se llama alegría, gusto, prosperidades y felicidades del mundo? ¿Qué hombre de razon, aunque fuese el mas libertino, aunque fuese un impío, no gritaria contra la imprudencia, por no decir contra la brutalidad de aquel bárbaro confesor? A un hombre que está para espirar, ¿de qué se le habla entonces, y de qué se le debe hablar? ¿Qué retratos, qué imágenes se le ponen á la vista? ¿con qué consuelo se le brinda? ¿á dónde se le remite para que aliente su confianza? A Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. Si el moribundo ha padecido trabajos; si su vida estuvo sembrada de adversidades; si fue perseguido de desgracias y de reveses de la fortuna; ¡qué fuente tan copiosa de consuelos no encuentra en esto mismo un

hábil y celososo confesor para animarle! Sírvese elocuentemente de estos infortunios para despertar su confianza en Jesucristo, y para fortalecerle contra los desalientos y contra los sobresaltos, que son tan comunes en aquella postrera hora. Pues ¿por qué no nos ha de consolar en vida aquello que ha de ser nuestro único consuelo á la hora de la muerte?

En fin, aquel Dios que me aflige es el mismo que me ama con ternura; y estando bien seguro de su amor, me envia esta enfermedad, esta desgracia, esta adversidad, este trabajo. Pues ¿he de tener yo aliento para quejarme?

¡Ah Dios mio, y qué poco he conocido hasta aquí el mérito de las cruces! ¡qué desgracia la mia en haberlas malogrado! Muchas me han oprimido, pero no he sabido aprovecharme de ellas. Haced, Señor, que en adelante sepa reparar esta gran pérdida, encontrando en los mismos trabajos motivos para abrazarme gustosamente con ellos.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, los mismos golpes de vuestra amorosa vara, de vuestro paternal cayado, son los que me han consolado mas. (*Psalm.* XXII).

Sea todo mi consuelo el que Dios me aflija, me castigue, y no me perdone en esta vida, para que me perdone en la otra. (*Job*, VI).

PROPÓSITOS.

1 Todo cuanto hay en este mundo está sembrado de cruces: las adversidades son la herencia, y como la legítima paterna de los cristianos; pero el secreto de convertir en agua dulce el agua salobre y amarga, en su mano lo tienen. Si lo ignoran, es por culpa suya. El mismo fruto de la cruz es remedio maravilloso para endulzar la amargura del mismo árbol. La sangre de Cristo que la regó ó la bañó, obró esta maravilla, y comunicó esta virtud á las adversidades, con tal que se reciban con un espíritu cristiano. Comienza desde hoy á aprovecharte de un tesoro que estaba escondido en tu misma posesion. Acostúmbrate á recibir como venido de la mano de Dios todo lo adverso que te suceda en la vida. Los golpes de mano tan amorosa, aunque parezcan pesados, siempre son cariños: no los consideres de otra manera.

¿Conoces que se te altera el mal humor, que se inquieta la ira, que la melancolía se revuelve á vista de esa mortificacion que te humilla, de ese lance que te escuece? Pues procura serenar el sem-

blante, sosegar el corazon, revestirte de alegría, y decirte á tí mismo interiormente: Dios se ha servido enviarme esta mortificacion, regalarme con esta enfermedad, con este infortunio, con este contratiempo. Su Majestad, que sabe infinitamente mejor que yo lo que me conviene, juzga que me es muy necesario para mi eterna salvacion que yo viva humillado. Quiere sin duda hacerme algun gran favor; pero no quiere concedérmele sino con la condicion de que me abrace con esta cruz. Pues ¿de qué tengo que quejarme? No hables ni de tu enfermedad, ni de tu pleito, ni de tu desgracia, ni de tu afrenta, sino siempre en este tono: haz especial estudio de no tratar, ni aun con tus mas estrechos confidentes, sino del valor y mérito de las adversidades y trabajos de esta vida; y hallarás por experiencia, que la práctica de este consejo es remedio eficacísimo para apagar las vivacidades del amor propio; y aunque no sientas en esto mucho gusto, ten por cierto que siempre sacarás de ello gran provecho.

2 Cuanto mayores son las cruces, mayores son las penas: las pequeñas pesan menos, pero son mas agudas, y suelen picar mucho mas. Dedícate á embotar sus puntas, usando bien de ellas bajo las reglas siguientes. Primera: En sucediéndote alguna mortificacioncilla, dile á tí mismo con san Francisco de Sales: *La mortificacion es buena en todo tiempo: es remedio excelente, no hay cosa mas necesaria.* Segunda: Estas cruces pequeñitas tan frecuentes son ciertas incomodidades ligeras, ciertas desazones interiores, ciertos trabajos cási imperceptibles; como los frecuentes descuidos de los criados y de los hijos, las desatenciones, los desaires, el mal humor de los sugetos con quienes tratamos; la extravagancia, la mala correspondencia, la ingratitud, la mala fe, la emulacion, y las demás pasioncillas que reinan en el comercio humano: todas estas cosas las has de mirar desde aquí adelante á luces cristianas. Este continuo ejercicio de mortificacion bien practicado es un gran caudal con que se puede satisfacer á la justicia divina, y con que se pueden ir pagando muchas deudas.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

San Leon, papa y confesor, en Roma, el cual por sus excelentes virtudes fue llamado el Grande. En su pontificado se celebró el santo concilio de Calcedonia, en el cual por medio de sus legados condenó á Eutiques, y con su autoridad confirmó los decretos del mismo Concilio. Después de haber establecido

muchos decretos, y escrito elegantemente varios tratados, habiendo trabajado con gran celo como buen pastor por el bien de la santa Iglesia de Dios y de todo el rebaño del Señor, descansó en paz. *(Véase la historia de su vida en este dia).*

San Antipas, en Pérgamo en Asia, testigo fiel de quien hace mencion san Juan en el Apocalipsi; este Santo en tiempo del emperador Domiciano fue metido en un toro de bronce hecho ascua, y en este tormento alcanzó la corona del martirio.

Los santos mártires Domnion, obispo, y ocho soldados, en Salona, en Esclavonia.

San Felipe, obispo, en Gortina en la isla de Candía, muy esclarecido en doctrina y santidad, el cual en tiempo de Marco Antonino Vero y de Lucio Aurelio Cómmodo, gobernando su iglesia, la preservó del furor de los gentiles y de las asechanzas de los herejes.

San Eustorgio, presbítero, en Nicomedia.

San Isaac, monje y confesor, en Espoleto, de cuyas virtudes hace mencion san Gregorio, papa.

San Barsanufio, anacoreta, en Gaza de Palestina, en tiempo del emperador Justiniano.

SAN LEON, PAPA, LLAMADO EL MAGNO.

San Leon, mas grande aun por su eminente santidad, y por todas las heróicas virtudes de que lo adornó el cielo, que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia, y le merecieron con justicia el epíteto de Magno, nació al mundo hácia el fin del siglo IV, siendo emperador el gran Teodosio. Fue romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y así por la delicadeza de su ingenio, como por su cortesana educacion y urbanísimo carácter, se cree que fue de familia distinguida. Crióse en el seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las ciencias. Desde luego se señaló entre todos los demás por la solidez y por la viveza de su ingenio, igualmente que por el candor y pureza de sus costumbres; tanto, que en poco tiempo fue el ejemplo y aun la admiracion de todo el clero. Conócese bien por las obras de su mano, que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras; pero sobre todo en el estudio de los cánones y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un concilio, para triunfar del error, y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavía acólito, fue escogido para llevar á los obispos de África las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los

heresiarcas Pelagio y Celestio, con cuya ocasion trató á san Agustin, y contrajo estrecha amistad con él. De vuelta de este viaje fue ordenado de diácono de la Iglesia romana; y el papa san Celestino, conociendo la sublime elevacion de su genio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario; empleo en que dió á conocer la rara extension de sus talentos, dilatando su fama hasta las provincias mas remotas de la Iglesia. A él, como á primer ministro de la Santa Sede, acudió san Cirilo, patriarca de Alejandría, para informar al Papa por su medio de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalen: pudiéndose decir que sobre los hombros del diácono Leon descansaba todo el peso de los negocios mas importantes de la Iglesia universal.

Con ocasion de la herejía del impíisimo Nestorio, la tuvo nuestro Santo de mostrar su ardiente celo por la persona adorable de Jesucristo, y por la honra de su santísima Madre. Obra suya fue la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio, y suyas fueron las cartas que escribió el Papa á san Cirilo y á los Padres del concilio general Efesino. No contento con esto, exhortó Leon, y persuadió á su especial amigo Casiano, que escribiese de la encarnacion del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido en la silla de san Pedro á san Celestino el papa Sixto III el año de 432, se halló san Leon en estado de hacer mas importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo Pontífice, cuya inocencia vindicó valerosa y ardientemente en presencia del emperador Valentiniano III, al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad y penetracion descubria los malignos artificios de Julian, obispo de Eclama, principal apoyo y protector de los Pelagianos. Sucedió por este tiempo aquella fatal division entre Aecio y Alvino, generales del ejército romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la Iglesia con la inundacion de bárbaros, si san Leon, enviado por el papa Sixto, no la hubiera remediado. Su prudencia, su aguante y su destreza ganó de tal manera el corazon de aquellos dos generales, que terminadas amigablemente sus diferencias, volvió á unir los ánimos de entrambos, haciendo que atendiesen acordes á los intereses de la Religion y del Estado, y les persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la Iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba Leon en esta importante legacía, murió en Roma el papa Sixto, dejando expuesta la Iglesia á terribles embarazos, por el furor de los herejes, que se multiplicaban cada dia, por

la crueldad de los bárbaros, que iban penetrando todas las provincias del imperio, y por la relajacion de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religion que profesaban. No se hallaba otro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro Leon; y así aunque estaba ausente, fue elegido por Papa con unánime consentimiento y con aplauso universal el dia 28 de julio del año 440. En vano se resistió, gimió, lloró, suplicó, solicitó, dilató su vuelta á Roma: vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningun emperador entró jamás en la cabeza del mundo con tantas aclamaciones. Fue consagrado el domingo 8 de setiembre, seis semanas después de su eleccion, y en el sermon que predicó este mismo dia al pueblo romano, acreditó que hasta entonces no habia concedido el Señor á la Silla apostólica mas digno ni mas benemérito sucesor de su primer vicario san Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la Iglesia, empleó toda su aplicacion en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debia dar principio por la reformacion del clero romano, cuyas relajadas costumbres tenian mucha necesidad de ella, y cuyo ejemplo debia servir de modelo á todo el clero de la cristiandad. No contento con excitarle á la virtud con sus ejemplos, le exhortaba continuamente con sus palabras, pasándose pocos dias sin que predicase al pueblo; y correspondiendo el fruto á su apostólico celo, en breve tiempo se vió mudado el semblante de la ciudad de Roma. Y considerándose padre comun de todos los fieles, hacia en las demás partes el mismo fruto con sus cartas, que en Roma con sus sermones: de manera, que no habia ángulo en toda la Iglesia universal tan retirado ó tan escondido á donde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral.

Desde los primeros años de su glorioso pontificado resucitó en todas partes la disciplina eclesiástica: dió reglas á los fieles para gobernarse, propias y oportunas para todo género de estados y de condiciones; é hizo florecer con muy brillante esplendor en todo el mundo la primitiva piedad cristiana.

Nunca tuvo la Iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos ellos por la vigilancia, por la magnanimidad y por el celo prudente, activo y divinamente iluminado del santísimo Pontífice. Los Maniqueos huyendo de la dominacion de los vándalos en África, habian venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones: al tercer año de su pontificado exterminó Leon esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano.

Penetrando bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la Iglesia de Dios de esta ponzoña; y mandó venir á Roma á san Próspero de Aquitania, para que estando cerca de su persona, le ayudase mejor á combatir contra estos herejes, á quienes los prósperos sucesos habian hecho insolentes, y el número los hacia formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró concilios, les hizo una mortal guerra, y en fin, tuvo el consuelo de ver triunfar la verdad católica de aquel pernicioso error. Fue condenado y privado de su silla episcopal, como hereje, el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en país remoto y extraño. Los presbíteros de Marsella ó los semipelagianos, encontraron siempre en el pontífice Leon un invencible defensor de la doctrina de la Iglesia; y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho mas de la verdad, hizo que san Próspero escribiese contra una de sus conferencias, que era la décimatercia; y el mismo Leon escribió á los presbíteros de la Provenza, no perdonando diligencia alguna para borrar de la memoria de los mortales hasta el nombre de los Pelagianos.

Renovóse en España la herejía de los Priscilianistas; y apenas llegó el aviso al gran Leon, cuando refutó muy de propósito y con el mayor nervio todos los principales puntos de aquella secta, en las varias epístolas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los metropolitanos que convocasen concilios provinciales para exterminar este monstruo, y logró verle aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le habia escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores monstruos y los mas peligrosos enemigos. Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna san Flaviano, patriarca de Constantinopla, condenando en un concilio esta detestable herejía juntamente con su autor; pero Eutiques no se sujetó á su decision. Valiéndose de aquellas artes y enredos, que son tan propias en todos los heresiarcas, él mismo se anticipó, y escribió á san Leon, que habiendo vuelto á levantar cabeza el nestorianismo, él habia salido denodadamente á combatir el error; pero con tan poca fortuna, que habia tenido la desgracia de ser condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la San-

ta Sede. Era, sin duda, cauteloso el artificio; pero el santo Pontífice no era menos sagaz y prudente para dejarse fácilmente preocupar. Despachó luego sus legados, y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la encarnacion del Verbo, que después sirvió de regla á los Padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio, no perdonando medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado ya plenamente de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de la fe de san Flaviano, y de todo cuanto habia pasado en el que se llamó después, y se llama el dia de hoy, *el latrocinio público de Éfeso;* no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los pasos, los medios que aplicó el solícito Pontífice para extinguir este incendio. Convocó un concilio en Roma, escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxia para interesarlos en la causa de la Religion; y muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulqueria y del emperador Marciano, para que se juntase el célebre concilio general Calcedonense, en que el mismo santo Papa presidió por medio de sus legados, donde la verdad triunfó del error: Eutiques fue condenado, y se concluyó el concilio con las solemnes gracias y públicas aclamaciones que se tributaron *al muy grande y santísimo pontífice Leon.*

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable celo del vigilantísimo Pontífice, gemia en el Occidente la Iglesia por la irrupcion impetuosa de los bárbaros: Átila, rey de los hunos, superada la Panonia, habia penetrado con un formidable ejército hasta las provincias mas interiores del imperio, arrasando las campiñas, quemando las iglesias, y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavía, Milan habian experimentado ya el bárbaro furor del fiero conquistador, que él mismo se apellidaba *el azote de Dios,* haciendo vanidad de este renombre; y toda la Italia era ya presa infeliz de este tirano, que no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Po, iba á conquistar todo el imperio romano, apoderándose de su cási desarmada capital. En tan lastimosa consternacion acudió toda Roma á su amantísimo Pastor, y llena de confianza en el gran poder que su eminente santidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró con los gritos, con los llantos, con los alaridos de todo el pueblo, que él solo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido Leon de las lágrimas, de los clamores de su pueblo, y po-

niendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa como arriesgada comision. Hallábase Átila al frente de su ejército sobre las riberas del Mincio en las cercanías de Mantua. Púsose Leon en su presencia, y le habló con tanta valentía, con tanta majestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima elocuencia, que aquel bárbaro Rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del siervo de Dios; y ajustada la paz, retrocedió por donde habia venido, volviendo á repasar el caudaloso Danubio. Reconoció todo el universo esta maravilla, y Leon rindió al Dios de los ejércitos toda la gloria. Pero aprovechándose de ocasion tan oportuna, apenas se restituyó á Roma, cuando hizo se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones: desterró todos los espectáculos profanos; reformó las costumbres en todos los estados; renovó la piedad; resucitó la devocion del pueblo con la Reina de los Santos y con las reliquias de los Mártires, á cuya intercesion atribuia la libertad milagrosa de la afligida ciudad.

Apenas comenzaba á respirar el santo Papa, libre de sus congojosos sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, por el empeño en que habia insistido, después del concilio Calcedonense, de mantener los privilegios que pretendia competir á su silla patriarcal, defendiendo deber ser la primada de todo el Oriente. Opúsose valerosamente nuestro Leon á la usurpacion de esta primacía; por lo que irritado Anatolio, no perdonó medio, diligencia y artificio para indisponer contra él el ánimo del Emperador; y previendo el prudentísimo Pontífice las malas consecuencias que podian resultar de estos mal intencionados oficios del Patriarca, nombró á Juliano, obispo de Cos, para que residiese cerca de la persona del Emperador en calidad de apocrisiario ó nuncio suyo: costumbre que observó después la Silla apostólica en las cortes de los mayores príncipes. Escribió el Papa al Emperador y á la Emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el Santo se mantuvo siempre inflexible, y el Emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento, y vigilante siempre á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monjes de Palestina sobre los artículos de fe decididos ya en los cuatro concilios ecuménicos: dispuso una regla ó ciclo pascual, dispensando á los latinos el recurrir á los griegos ni á los orientales para la celebracion de la Pascua: re-

formó ó restituyó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las iglesias de Occidente: escribió á Doro, obispo de Benevento, á Teodoro, obispo de Frejus, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias vecinas. Y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administracion de los Sacramentos, se incluyeron en el cuerpo del derecho canónico con el nombre de *Decretales*.

Queriendo la emperatriz Eudoxia vengar la muerte del emperador Valentiniano su marido, y hacer que el tirano Máximo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año de 455 llamó á Italia á Genserico, rey de los vándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce dias permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. A ruegos y lágrimas del santo pontífice Leon mandó el bárbaro Rey que no se quemase la ciudad, que se perdonase á la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso fue lamentable la desolacion. Procuró el santo Pastor que su rebaño se aprovechase de ella: hizo reconocer á los romanos que su ingratitud para con Dios era la causa de sus calamidades y desdichas, naciendo estas del poco aprecio que habian hecho de sus consejos, de su profanidad, del licencioso desórden de sus costumbres, y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Genserico un número prodigioso de cautivos; y como se habia apoderado de las riquezas de Roma, les privó al mismo tiempo de los medios que podian tener para su rescate. Consolólos el santo Pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos tambien con sus limosnas, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer desgraciados, los convirtió en dichosísimos y celosísimos misioneros de la Religion, á la cual redujeron tanto número de bárbaros, que san Leon se vió precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño, que se habia aumentado considerablemente en el de Jesucristo.

Los esfuerzos de su vigilancia y de su celo le daban tantos alientos, que le hacian infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender cómo podia bastar un hombre solo á tantas maravillas. Alimentaba continuamente al pueblo con el pan de la divina palabra: quitaba la máscara al error, y le confundia con su doctrina: era el alma de todos los concilios: proveia todas las iglesias del mundo en sus necesidades: detenia con sola su presencia los ejércitos de los bárbaros: desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los mas fieros conquistadores: restituia con su teson la disciplina eclesiástica á

su antiguo vigor: hacia florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los mas remotos ángulos de toda la cristiandad.

Él fue el primer Pontífice que dejó á la Iglesia un cuerpo de obras seguido. Tenemos de san Leon ciento y noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año; ciento y cuarenta y una cartas que explican con precision, con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la Religion, las cuales principalmente dan á conocer el carácter de este gran Papa; pero con aquella magnanimidad de corazon, con aquella elevada y vastísima comprension, con aquella universalidad de talentos, quizá no habrá habido en el mundo hombre mas humilde. Basta leer los sermones que hacia todos los años en el dia aniversario de su consagracion, para juzgar si es posible unir mayor santidad, ni mayor mérito, con humildad mas profunda.

Después del saqueo de los vándalos renovó toda la plata en todas las iglesias de Roma; reparó las basílicas de San Pedro y de San Pablo; estableció capellanes en los sepulcros de los dos santos Apóstoles; enriqueció las iglesias antiguas, y erigió otras nuevas. En fin, después de veinte y un años de pontificado, aquel Papa, verdaderamente grande, azote de los herejes, padre de los pobres, luz del mundo cristiano, admiracion de todo el universo, y ornamento de la silla apostólica, consumido de los trabajos y de las penitencias, y colmado de merecimientos y de gloria, fué á recibir en el cielo, del Padre de las misericordias, el premio que estaba preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el dia 11 de abril del año, á lo que se cree, de 461, hácia los sesenta de su edad, poco mas ó menos, dejando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente.

Lloráronle todas las iglesias del mundo; pero lloróle muy particularmente Roma, que no solamente le veneraba como á su pastor y como á su libertador, sino tambien como á su padre. Fue depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basílica de San Pedro, y su culto comenzó á celebrarse desde el sexto siglo en la universal Iglesia, así latina, como griega.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Leonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis:

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció

Per Dominum nostrum Jesum Christum...

servirte dignamente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus. Este es aquel gran sacerdote, que agradó á Dios mientras vivió, y fue hallado justo. Solo se agrada á Dios sirviéndole, y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdadera grandeza, el mérito mas real, la mas sólida felicidad: *Hoc est enim omnis homo,* como se explica el Espíritu Santo, esto es ser hombre. Agradar á los grandes del mundo no deja de ser honra; pero no pocas veces mas es fortuna que mérito: el genio, la simpatía, y tal vez la lisonja, pueden contribuir á inspirar la inclinacion: no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor, el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como el destino de los favorecidos, que el favor no se conserve hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religion, la amistad de Dios es prueba infalible y medida segura del verdadero mérito. Agradar á Dios es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable: agradar á Dios

es estar en su gracia, y es lograr uno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres; porque la amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias, todos los contratiempos, todos los reveses de la vida? ¿qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor, y para que crezca su mérito en la estimacion de Dios. ¡Qué objeto mas digno de nuestra ambicion, ni qué ambicion mas fácil de contentarse y de satisfacerse! En vano se suda, se afana, se trabaja, se gasta la salud, se sacrifican los bienes, y tal vez hasta la misma vida en servicio de los grandes: no suele bastar todo esto para que se dén por bien servidos, para merecer su agrado. Téngase la voluntad mas sincera, la mas fina, la mas ardiente de servirlos: no se pagan de ella, ni alcanza para que nos dispensen su gracia. Pero respecto de Dios, en el mismo punto que tengo verdadero deseo de servirle, le sirvo; la misma voluntad de agradarle, es complacerle. Pero siendo tan estimable, siendo tan ventajoso, siendo tan fácil aspirar y conseguir este favor del Altísimo; ¿se matan mucho los hombres por alcanzarle? ¿se les da mucho de perderle? ¡Con qué facilidad se sacrifica la amistad de Dios al deleite, al interés, á la pasion! Viéndose la facilidad con que se peca, y la grandísima serenidad con que se vive después de haber pecado; ¿quién no dirá que en perder la amistad de Dios nada se va á perder? ¿quién se mata mucho por volver á ella? Hágase induccion por todos los estados del mundo, aun los que viven en los mas santos; ¿se ocupan mucho en los deseos, en las ansias, en las solicitudes de agradar á Dios? En separando á un lado aquel corto número de almas fervorosas y sedientas de la justicia, aquellas personas de una virtud, de una santidad eminente, que son en la realidad tan pocas y tan raras; ¡cuánta prodigiosa multitud resta de cristianos tibios, helados, que miran esto de servir á Dios con la mayor indiferencia! ¡Cuánta portentosa multitud de libertinos, de hombres sin religion en medio del seno mismo de la santa Iglesia! Esos ricos comerciantes, esos hombres de corte, esas gentes de negocios, esas mujeres del mundo, esas personas tan poco cristianas, á quienes la ambicion, el interés, el amor á los deleites, y todas las demás pasiones van dominando como por turno y sucesivamente, menos cuando todas juntas las dominan, ¿se ocupan mucho en el deseo, en el ansia de agradar á Dios, dándoseles tan poco ó tan nada por desagradarle?

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore: Venit Jesus in partes Caesareae Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in coelis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni coelorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in coelis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis.

En aquel tiempo vino Jesús á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesús: ¿Y vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

Del rendimiento á la Iglesia.

Punto primero.—Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, así tampoco hay verdadera fe sin el rendimiento á ella. Siendo la Iglesia la única depositaria de las verdades de la Religion y del espíritu de Jesucristo, el que no la escucha debe ser tenido por publicano, y en cierta manera como idólatra. Sus preceptos son leyes, sus reglas son decretos, sus decisiones son oráculos. Resistirse á obedecerla, es amotinarse contra Dios. No se da paso fuera de su aprisco que no sea un riesgo y un precipicio. Aquel leon rugiente, que anda al rededor de él, buscando á quien despedazar con las garras, y á quien devorar con los dientes, en viendo una oveja fuera del redil, al punto la despedaza.

Esta Iglesia tan divina en su orígen, tan sobrenatural en sus dogmas, tan santa en sus máximas, tan respetable en todas sus leyes, no es otra que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Jesucristo, extendida en todo el universo por los Apóstoles, cimen-

tada, por decirlo así, con la sangre de mas de diez y ocho millones de Mártires, ilustrada con las brillantes virtudes de tantos Santos, á la cual privativa y únicamente dejó Cristo su espíritu: la cual sola no teme al infierno, y en sola la cual se hallan y se pueden hallar los verdaderos fieles. ¡Qué dicha! ¡qué beneficio haber nacido en su seno! ¡haber sido criado con su leche! ¡poder caminar seguramente á favor de su indefectible luz! ¡Pero qué desdicha! ¡no dar oidos á sus voces! ¡no ser dóciles á su voluntad! ¡y dejando sus caminos abrirse nuevas sendas, y caminar por ellas á ciegas y sin guia!

Volvamos los ojos á esa confusa multitud de sectas, en las cuales no hay mas que un fantasmon de iglesia; una máscara de religion; una ley orgullosa, extravagante, quimérica y de capricho: obra de la indocilidad del espíritu humano, y digno fruto de la falta de rendimiento y de sujecion á la Iglesia. Ninguno se hizo jamás sordo á sus voces, que al punto no se hiciese tambien ciego. No se hace mudo; pero parece que solo sabe hablar para hacer notorio á todos cuánto se ha descaminado. ¡Oh, qué digno de compasion es el hombre abandonado á su propia razon y á su orgullo! ¿Puede el infeliz ser entregado en manos de mas peligroso enemigo? ¿puede fiarse á peor, á mas deslumbrada guia? Admirámonos de que haya sistemas tan monstruosos y tan extravagantes en punto de religion; pero aun mas debiéramos admirarnos si el entendimiento humano, destituido de las luces de la fe, errase menos, y desbarrase en menores extravagancias. Una vez abandonado á sí mismo, ¿cómo pudiera dar paso que no fuese un precipicio? Oscurecidas sus luces con tantas tinieblas como levantan las pasiones, ¿cómo pueden guiarle bien por el camino derecho? Solo el rendimiento, la sujecion á la Iglesia puede ponernos á cubierto de tantos y tan conocidos peligros. Sin este ciego rendimiento todo es error, todo descamino, todo desórden. ¿Y he tenido yo hasta ahora este ciego rendimiento á sus decisiones, esta ciega obediencia á sus mandatos? ¡Buen Dios, cuánto tendré quizá de que arrepentirme en este punto!

Punto segundo.—Considera que estando fundado el motivo de nuestro rendimiento á la Iglesia en el Espíritu Santo que la anima, y en su infalibilidad, debe ser universal y humilde este rendimiento. El resistirse á obedecerla siempre es orgullo. Conformarse con unas decisiones, y oponerse á otras, es erigir un tribunal superior al suyo: es hacerse juez de las sentencias y de los decretos del mismo Dios. La autoridad de la Iglesia no es arbitraria: no está fundada ni en el consentimiento de los pueblos ni en la política: no tuvo parte en su

institucion la prudencia de los hombres: Dios es el que habla: Dios es el que todo lo arregla, y todo lo dispone por el órgano de su divino Espíritu. ¡Con qué rendimiento se debe obedecer á todo lo que manda Dios! Sacrificarle no mas que una especie de rendimiento parcial, es despreciar formalmente su divina autoridad. El amor propio de concierto con el entendimiento humano, son los que entresacan de la multitud de las leyes de la Iglesia, aquellas que son mas de su gusto, y que mas le acomodan. Nuestra eleccion es propiamente la que entonces las da toda la autoridad que queremos concederlas; porque si consideramos que todas las leyes de la Iglesia provienen de un mismo espíritu; que cada una de ellas es extension de nuestra fe; que todas estriban en un mismo fundamento; que todas nacen de un mismo principio, que es la sabiduría, la infalibilidad y la autoridad del mismo Dios; ¿tendríamos atrevimiento para sujetarnos á ellas con restriccion y con limitaciones?

Y si es necesario sujetarse universalmente y con respeto á las decisiones dogmáticas y doctrinales de la Iglesia; ¿será por ventura menos necesario rendirse á las canónicas y morales que hablan con las costumbres? Si aquellas deben hacer esclavo, como se explica el Apóstol, al entendimiento humano en obsequio de la obediencia á Jesucristo; ¿tendrán estas menos fuerza para hacer que el corazon se sujete á lo que manda el Evangelio? Todo aquel que soberbia y altaneramente se levanta contra la sabiduría de Dios, es réprobo. ¿Serálo por ventura menos el que se amotina contra su santidad y contra su divina prudencia? Grande es el número de los herejes de entendimiento; ¿serálo menor el de los herejes de voluntad y de costumbres? ¿Son menos enemigos unos y otros de la cruz de Jesucristo y de su Iglesia?

¿Qué rendimiento ha sido hasta ahora el mio á las decisiones de esta comun madre de los fieles? ¿He sujetado mi entendimiento á todas sus decisiones, y he rendido mi corazon á todas sus máximas? Muchas reflexiones puedo hacer aquí sobre mi indocilidad y sobre mi presuncion; y acaso encontraré muchos motivos para el dolor y para el arrepentimiento. Dignaos, Señor, de aumentar mi fe, aumentando mi rendida sujecion á vuestra santa Iglesia; y pues lo que debo creer es regla de lo que debo obrar, haced que mis costumbres sean en adelante la prueba mas evidente de mi fe.

Jaculatorias.—Señor, auméntanos la fe. (*Luc.* VII).
Un corazon dócil, Dios mio, un corazon dócil. (*III Reg.* III).

PROPÓSITOS.

1 El espíritu de error no es fácil que se sujete á la Iglesia. Jesucristo es la misma verdad, es vida y es camino. El carácter de la herejía es engañar, descaminar y perder. No quiere el hereje sujetarse al espíritu de Dios, porque solo quiere seguir su propio espíritu; á este solo consulta, y de aquí nacen su rebelion, su obstinacion y sus descaminos. La oveja que se aparta del rebaño, presto se pierde, y tarda poco en ser despedazada. Apenas salió el hijo pródigo de la casa de su padre, cuando se halló en país desconocido, donde disipó todo lo que llevaba. No solo es la herejía escuela del error, eslo tambien de todos los vicios. Griten, ó hablen de reforma los herejes todo lo que quisieren: cúbranse con la piel de ovejas: pidan prestado á la hipocresía el traje, los modales y la exterioridad de penitencia, de austeridad y de estrechez; dura poco la comedia, y aun mientras ella dura, solo pueden engañar á los estúpidos ó á los simples. En materia de religion siempre que se descamina el espíritu es en favor de la carne. Recorre todas las sectas: ninguna hallarás que no haya enseñado mil extravagancias; pero tampoco encontrarás ninguna que no arrastre, como por una necesaria consecuencia, el abismo de mil desórdenes. De toda secta es como fruto natural el desórden, la disolucion y la mas brutal lascivia. ¿Qué mucho que unos hombres ciegos tropiecen y dén de hocicos? Pero ¡si estos tropiezos sirvieran siquiera para que abriesen los ojos! Mas, ¡oh, y qué inútilmente se declama contra el error, cuando el entendimiento y el corazon van á una! Todos los votos del corazon son para mantener el orgullo del entendimiento en todos sus derechos; y toda la viveza del entendimiento se emplea en defender las torcidas inclinaciones del corazon. Este es el verdadero principio de la indocilidad, de la preocupacion, de la obstinacion, de la artificiosa conjuracion de los sectarios. Sean de aquí adelante pruebas visibles de tu católico pecho tu docilidad y rendimiento á todas las decisiones de la Iglesia. Huye cuidadosamente de aquellas conversaciones menos religiosas, ó por mejor decir escandalosas, y siempre sumamente perjudiciales, en las cuales parece se quiere erigir un tribunal particular para examinar las decisiones de la Iglesia. Sea tu fe sencilla, humilde, respetuosa, universal, y por decirlo asi, ciega en cuanto á las bachillerías del entendimiento humano. Sin estas cualidades no será mas que un fantasma de fe.

2 Fuera de estas virtudes generales observa las advertencias siguientes. Primera: Luego que tengas noticia de que algun libro está legítimamente prohibido y condenado, ora sea por errado en la doctrina, ora por pernicioso á las costumbres, mírale con horror. No solo no le has de tener en tu poder; pero has de celar con la mayor vigilancia que tus hijos, tus criados y dependientes no le lean, porque serás reo de su desobediencia: el menor descuido en punto tan importante mancha la pureza de la fe, y lastima la delicadeza de la Religion. Segunda: Jamás permitas que se dispute, arguya, ni defienda en tu presencia cosa que esté condenada, aunque sea por diversion, aunque sea en chanza, aunque sea con el especioso pretexto de querer instruirse bien en la doctrina verdadera. Esta especie de conversaciones y disputas sobre materias tan peligrosas, son unas como disertaciones críticas y malignas, que cuando menos, producen dudas y perplejidades, y no pocas veces fomentan el espíritu de maquinacion y de rebelion, tirando por lo comun á hacer despreciables las decisiones de la Iglesia. Tercera: Impone una inviolable ley de no leer jamás libro alguno sospechoso, sea en órden á las costumbres, sea en órden á la doctrina. Es esta una materia tan importante, que por grande delicadeza de conciencia que se observe en ella, nunca será excesiva. El veneno mas sútil no es el menos temible, y á la menor sospecha de contagio todos se previenen con preservativos.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

La pasion de san Zenon, obispo, en Verona, el cual durante la tempestad de la persecucion gobernó aquella Iglesia con maravillosa constancia, y después en tiempo de Galieno recibió la corona del martirio. *(Véase su vida en este dia).*

San Sabas, godo, en Capadocia, el cual en tiempo del emperador Valente, cuando Atanarico, rey de los godos, perseguia á los Cristianos, después de haber padecido crueles tormentos, fue echado en un rio: en cuyo tiempo, segun escribe san Agustin, alcanzaron tambien la palma del martirio otros muchos godos católicos. *(Véase su vida en este dia).*

San Víctor, mártir, en Braga en Portugal, el cual siendo aun catecúmeno, como no quisiese adorar á un ídolo, antes bien confesase con gran constancia á Jesucristo, después de muchos tormentos le degollaron, mereciendo ser bautizado con su propia sangre. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Visia, vírgen y mártir, en Fermo, de la marca de Ancona.

El tránsito de san Julio, papa, en Roma, en la via Aurelia, el cual después de haber trabajado mucho en defensa de la fe católica contra los Arrianos,

y hecho otras cosas muy memorables, esclarecido en santidad durmió el sueño de la buena muerte.

San Constantino, obispo y confesor, en la ciudad de Gap.

San Damian, obispo, en Pavía.

SAN SABAS, MÁRTIR.

Fue san Sabas godo de nacimiento, de aquella parte de la Gotia mas vecina á la Escitia, donde se hallaban muchos cristianos convertidos á la religion católica desde el tiempo del grande Constantino y de sus hijos, antes que aquellas naciones padeciesen la desgracia de precipitarse en el arrianismo.

Educado Sabas desde la cuna en el seno de la religion cristiana, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando constantemente sus costumbres por la pauta y por el espíritu de la ley santa de Dios. Su natural dulce, afable y naturalmente benéfico, le hizo dueño de todos los corazones. Declarándose desde luego muy enemigo de aquellos vicios que son tan comunes en su edad, y eran como nacionales en los de su país, á nada tomaba gusto sino á los ejercicios de la Religion. La pureza fue siempre la virtud de su cariño, y la devocion á la Reina de los Ángeles su singular devocion. Habia hecho una especie de pacto con sus ojos de no ponerlos en ninguna mujer. La modestia, el huir las ocasiones, la mortificacion y la oracion fueron las piadosas industrias de que se valió para conservar su inocencia; y aunque criado en medio de un pueblo bárbaro, grosero y duro, le cultivó y aun le pulió tanto su misma piedad, que era la admiracion de aquellas gentes, proponiéndole todos por ejemplar y por modelo.

Ya se sabe que todas las virtudes cristianas tienen entre sí una especie de conexion, union y parentesco; y así la afabilidad, la humildad, la paciencia eran en parte como el distintivo de nuestro Santo. La epístola que la Iglesia goda escribió sobre su martirio á todas las iglesias católicas, y señaladamente á la de Capadocia, dice que san Sabas descollaba visiblemente entre los godos por su eminente virtud, por su celo de la Religion, y por su ardiente caridad. Poco versado en las letras, pero muy instruido en la ciencia de los Santos, confundia los idólatras con sus arregladas costumbres, y los convencia con la elocuencia muda, pero eficaz, de sus ejemplos. Muy oficioso con todos, muy asistente á los oficios divinos, muy celoso de la honra de la Religion, y de los progresos de la Iglesia, sin traspasar

los límites de su condicion ni de su estado, hacia frutos de apóstol, sin las funciones de predicador.

Tan rico de bienes de fortuna por su opulento patrimonio, como pobre de espíritu por el desprecio con que los trataba, no habia para él otro tesoro que la santa cruz, y allí tenia su corazon donde tenia su tesoro. Se habia puesto entredicho perpetuo á toda especie de diversion, y era su vida un ejercicio continuo de mortificacion y penitencia: oraba sin cesar, ayunaba todos los dias, inspirándole su viva fe y su ardiente caridad un género de valor superior á todos los peligros. Antes de dar la vida por la fe, se habian ofrecido diferentes lances en que se mostró esforzado y generoso defensor de la Religion. Este es á la letra el retrato de nuestro Santo, que hace la Iglesia goda en aquella epístola tan llena de edificacion que escribió acerca de su glorioso martirio.

El año de 370 comenzó la persecucion que con tanta violencia y crueldad excitó contra la Iglesia Atanarico, rey de los godos. Hallábase este Príncipe en guerra con otro soberano de su nacion, llamado Fritigernes, quien no pudiendo resistir al poder de sus armas, recurrió á la proteccion del emperador Valente, y para obligarle mas, se hizo cristiano, aunque de la misma secta que profesaba el Emperador, esto es, el arrianismo. Vencido Atanarico por el ejército imperial, y furiosamente irritado por la derrota que acababa de padecer, descargó toda su cólera contra aquellos vasallos suyos, que él trataba de romanos, entendiendo por este nombre á los Cristianos, resuelto á exterminarlos del todo, ó á reducirlos á las supersticiones de la idolatría.

Fue cruel la persecucion, porque aquel bárbaro Rey quitó la vida á innumerables; á unos, como se explica Sozomeno, después de examinados por los jueces, y haber hecho por su boca una confesion generosa de la fe; y á otros sin darles lugar ni aun para abrirla, pues colocado un ídolo sobre un carro, y conducido de órden del tirano por todos los parajes donde se sospechaba que habia cristianos, todos los que inmediatamente no doblaban la rodilla á vista de la estatua, sin mas exámen, ni otra formalidad, eran pasados á cuchillo, ó reducidos á ceniza ellos y sus habitaciones. Refugióse á cierta iglesia gran número de hombres y mujeres, llevando consigo á sus pequeñuelos hijos: llegaron los paganos, pegaron fuego al templo, y todos quedaron consumidos en las llamas.

Pero el mas ilustre de todos aquellos mártires fue san Sabas. Corridos y aun horrorizados los mismos magistrados gentiles de tan cruel

carnicería, se contentaron con mandar que en adelante todos los godos comiesen viandas que fuesen primero consagradas á los ídolos, persuadidos á que el disimulo ó la connivencia de los jueces inferiores salvaria á muchos la vida. Algunos paganos del lugar donde vivia san Sabas, al mismo tiempo que ofrecian víctimas á los ídolos, quisieron asegurar con juramento que en aquel lugar no habia cristiano alguno; haciéndolo por una especie de amor ó de compasion á los fieles, que por este medio pretendian encubrir á la pesquisa de los comisarios. No pudo sufrir nuestro Sabas aquel oficioso perjurio; y lleno de aquel espíritu religioso, enemigo de toda simulacion, abrasado de aquella caridad ardiente que suspira por el martirio, él mismo fué á presentarse á la asamblea, gritando en alta voz que se guardasen de jurar por él, porque públicamente declaraba y protestaba á todos que era cristiano. Viéndole tan determinado y tan resuelto los gentiles, se contentaron con jurar ante el comisario, que en aquel pueblo no habia otro cristiano que Sabas. Fue citado á su tribunal, y compareció en él con tanta resolucion y con tanta alegría, que quedó aturdido el mismo oficial gentil. Preguntóle qué bienes tenia; y habiéndole informado no tenia otros que el vestido que traia a cuestas, no se dignó ni aun de pasar adelante en el interrogatorio, y se contentó con desterrarle del lugar como un infeliz mendigo.

El año siguiente se encendió la persecucion aun con mayor violencia que antes; y como el cura de la aldea donde se habia retirado Sabas, llamado Sansalo, por miedo de ella se hubiese escondido, determinó nuestro Santo pasar á celebrar la Pascua á otra aldea, donde habia un cura, por nombre Gutico. Apenas se puso en camino, cuando le salió al encuentro un varon de grande majestad, y de estatura mas corpulenta que lo regular, el cual le aconsejó que se volviese á su aldea, asegurandole que encontraria en ella á Sansalo. Haciendo Sabas poco caso del consejo de aquel hombre no conocido, prosiguió su camino; pero aunque el aire estaba á la sazon muy sereno, cayó de repente tan gran golpe de nieve, que no le fue posible pasar adelante. Conoció entonces que era del cielo aquel aviso, y retrocediendo al punto para obedecerle, se restituyo á su aldea donde encontró ya al buen cura Sansalo, en cuya compañía celebró la Pascua con especial ternura y devocion. La noche del martes, estando ya los dos en sus camas para tomar un poco de sueño, fueron arrestados por una patrulla de soldados idolatras, á cuya frente venia por oficial Atarido, hijo de Rotesto, uno de los señores principales del país.

Permitieron á Sansalo que se vistiese; y habiéndolo hecho, le pu-

sieron sobre un carro; pero á Sabas, sacándole de la cama cási del todo desnudo, le llevaron arrastrando por piedras, por espinas y por zarzales, y no contentos con esto le fueron golpeando cruelmente con varas y con palos por todo el camino. Pero su paciencia fue mayor que la crueldad de aquellos impíos verdugos, dignándose el Señor glorificarla por un milagro; porque á la mañana se halló enteramente sano de sus heridas, sin señal de la mas leve contusion; tanto, que él mismo zumbaba á los soldados, preguntándoles dónde estaban las señales de lo que le habian atormentado. Irritólos imponderablemente esta animosa serenidad; y amarrándole los brazos á un eje de un carro, y los piés á otro, le tendieron boca abajo en la tierra, y le dejaron muchas horas en este horrible tormento. Despertaron después á la huéspeda de la casa para que les dispusiese que almorzar mientras ellos se iban á dormir, dando con esto lugar á la compasiva mujer para que desatase á nuestro Santo, el cual estuvo tan léjos de aprovecharse de aquella libertad para escaparse, que antes bien con gran paz y sosiego se puso á ayudarla á disponerles el almuerzo.

Luego que amaneció quedaron aturdidos aquellos bárbaros de la intrepidez y de la resolucion del animoso Sabas; pero mas encarnizado con ella el cruel Atarido, mandó que le atasen las manos, y que pues gustaba tanto de estar en aquella casa, le colgasen de una viga del portal. Trajeron después á su compañero Sansalo, y presentándole algunas viandas consagradas á los ídolos, le ordenaron de parte de Atarido que las comiese. *Bien podeis*, les respondió Sansalo, *ponerme en una cruz, y quitarme la vida al rigor de los mas crueles tormentos: pero perdeis tiempo en solicitar que cometa tan sacrílego delito.* — *Mirad*, replicaron los soldados, *que lo manda el señor Atarido.* — *¿Y quien es ese señor Atarido*, les dijo Sabas desde la viga donde estaba colgado, *que tiene atrevimiento para mandar que se haga lo que Dios prohibe? ¿No es Dios el soberano dueño á quien todos debemos obedecer? Andad, y decid á vuestro señor Atarido, que Dios manda expresamente que no se coman manjares impuros, mas propios para dar la muerte que para sustentar la vida, de los cuales solo pueden sustentarse los idólatras, tan sucios y tan profanos como ellos.*

Al oir estas palabras un criado de Atarido, encendido en furiosa cólera, le paso por medio del vientre un chuzo puntiagudo que tenia en la mano, con tanta violencia, que rompiéndose los cordeles cayó el Santo tendido en tierra. Pero cuando aquel bárbaro le consideraba ya muerto, vió, no sin grande admiracion, que poniéndose prontamente en pié, mirándole y sonriéndose, le dijo: *Sin duda que ya me*

creias en el otro mundo; pues vesme aquí bueno y sano por la gracia de mi Señor Jesucristo, y sábete que apenas he sentido el golpe.

Informado Atarido de lo que pasaba, no es ponderable el rabioso furor que se apoderó de su corazon, y mandó que al instante quitasen la vida á nuestro Santo. Cogiéronle al punto los soldados, y le llevaron á la orilla del rio Musova para ahogarle, después de haber puesto en libertad á Sansalo. Sabas, que estaba persuadido á que la mayor dicha que se podia lograr en este mundo era dar la vida por amor de Jesucristo, consideraba aquella libertad de su compañero como la mas funesta desgracia; y vuelto á los soldados, les dijo: *¿Qué delitos ha cometido ese santo sacerdote para que le priveis del consuelo y de la gloria de morir conmigo por tanta justa causa? — Eso no te importa á tí,* le respondieron los verdugos, *y descuida de lo que no te toca.* Enternecido Sabas, y penetrado del mas vivo sentimiento, bendijo mil veces al Señor por la gracia que le hacia de dar la vida por él.

Cuando llegaron á la orilla del rio se movieron á compasion los soldados, y se dijeron unos á otros: *¿A qué fin hemos de quitar la vida á este inocente? démosle libertad, que se escape, y que se esconda, pues será fácil que Atarido jamás entienda palabra.* Oyó el Santo lo que trataban, y agradeciéndoles la buena voluntad, les dijo: *Ejecutad lo que se os ha mandado; porque de otra manera me haréis un mal servicio. Ya estoy viendo los que vienen á conducirme á la gloria; y si vosotros viérais lo que yo, no pensaríais en privarme de una corona que ha de ser mi eterna felicidad.* Con esto le precipitaron en el rio, y dio fin á su glorioso martirio el jueves de Pascua, 12 de abril de 372. Arrojáronle con un grueso madero al cuello para que se ahogase mas presto, y con eso fue fácil sacar á tierra el santo cuerpo. Dejáronle los verdugos en la orilla, donde le respetaron las aves y las fieras, cuidando después los fieles de recogerle y enterrarle. Julio Sorano, general de las armas romanas en aquella frontera, hombre muy piadoso, pudo fácilmente conseguir de los godos este preciosísimo tesoro, que envió prontamente á su país, Capadocia; á cuya iglesia llegaron cási al mismo tiempo que las santas reliquias las actas de su martirio escritas por la Iglesia goda.

SAN VÍCTOR, MÁRTIR, EN BRAGA.

San Víctor, mártir, en Braga, padeció en la persecucion de Diocleciano. Hallábase entonces aquel pueblo sumergido en la vanidad de los muchos dioses. Víctor era uno de los perdidos que adoraban

los palos y las piedras; pero tocado por Dios y alumbrado con la luz de la fe, quedó tan arraigado en ella y tan herido del amor de Dios, que tuvo ánimo para predicar á Jesucristo á sus ciudadanos, y dar por él la vida en medio de gravísimos tormentos. El caso pasó de esta manera: Hacian fiesta los gentiles á sus dioses fuera de Braga á la ribera del rio Aleste, que la baña por Oriente y Mediodia. Pasaba por allí Víctor siendo aun catecúmeno, y como fuese convidado á que ofreciese inciensos á un ídolo, y á que le pusiese coronas de flores como hacian los demás, el siervo de Dios detestando semejante maldad, y parando rostro firme á las instancias de aquellos sacrílegos, los reprendió, y trató de abominable y de inmundo lo que ellos adoraban. Cegáronse los gentiles con esta luz celestial que salió envuelta en las palabras de Víctor, y airados sobremanera de verle tratar con tanto desprecio el culto de sus ídolos, dieron sobre él, y atándole las manos, con grande alboroto le llevaron al tribunal. El siervo de Dios muy sobre sí con gran paz y serenidad, luego que se vió delante del juez no aguardó á que se le pidiese razon de su fe; él de suyo con esfuerzo divino hizo de ella confesion pública, diciendo claro que era cristiano, y que no reconocia ni adoraba otro Dios que al único verdadero. El juez sin aguardar otra formalidad de justicia, mandó que le azotasen y le atormentasen de otras varias maneras. Víctor decia: A Cristo solo reconozco por Dios; no cesaré de confesar su nombre. Y era así que en medio de los tormentos no desplegaba sus labios sino para alabar á Dios. Pasó el juez de los tormentos á las promesas; tentacion vehementísima y muy cruel. Mas viendo que el siervo del Señor con nada se doblaba á ofrecer sacrificios al demonio, y que constantemente perseveraba en la confesion de Cristo, lo mandó degollar junto al rio, en un lugar donde después edificaron los Cristianos un templo al gusto de los suevos y godos, consagrado por el arzobispo D. Pelayo el año 1120. Esta iglesia en lo antiguo fue priorato de San Benito anejo al monasterio de Moure; después pasó á San Giraldo, y luego vino á unirse á la mesa pontifical con título de abadía.

Algunos han creido que se conservan las reliquias de san Víctor en este templo, donde se cree haber sido depositado su cuerpo. Pero el arzobispo D. Agustin de Castro, que reconoció aquel sepulcro en el año 1590, no halló en él sino reliquias de santa Susana. Por donde adoptamos lo que acerca de esto refiere la historia Compostalana, y es que el año 1102 habiendo visitado su obispo Gelmirez las cosas que habia en Portugal pertenecientes á su iglesia, viendo que por

lo despoblado de aquel país se hallaban en él algunas reliquias sin el culto debido, determinó llevar á Santiago cuantas pudiese, y lo hizo así. Y comenzando por la iglesia de San Víctor, halló al lado derecho del altar mayor una arca de mármol muy bien labrada, y en ella dos cajas de plata, que la una tenia reliquias de la ropa de nuestro Salvador, y la otra de muchos Santos, cuyos nombres no se expresan, no siendo inverosímil que hubiese llevado este Obispo alguna parte de las del Santo cuyo título tomó aquella iglesia.

La memoria de san Víctor es esclarecida y muy general en nuestros escritores y en los Breviarios antiguos, así el Muzárabe como los de Braga, Compostela, Ebora y otros. En el Martirologio romano, se lee hoy un compendio de su martirio; y aunque en él ni en otro alguno de los Santorales y Martirologios antiguos hallamos señalado el año en que san Víctor padeció, es cosa ya puesta fuera de duda que no fue en la persecucion de Neron, sino en la de Dioclesiano.

SAN ZENON, OBISPO DE VERONA.

San Gregorio Magno llama mártir á este santo Prelado, y así tambien se titula en varios Martirologios, pero en el antiguo misal de Verona antes del tiempo de Luis Lipponan, obispo de aquella ciudad en el año de 1548, solo es honrado con el título de confesor: lo cual aparece tambien en el modo que habla de él san Ambrosio, que era su contemporáneo, escribiendo á Syagrio, sucesor de nuestro Santo, tratando de su feliz muerte, y ensalzando su santidad eminente: bien que viviendo como vivió en los dias de Constancio, Juliano y Valente, mereceria sin duda el título de mártir, por la parte que tendria en las persecuciones que aquellos príncipes movieron contra todos los Cristianos. Por esta razon en unos calendarios es titulado mártir, y en otros solamente confesor.

Por su nombre pretenden inferir el marqués Scipion y otros muchos, que fuese griego de nacion; pero Ballerini demuestra por la facilidad natural, y lo conciso de su estilo, que fue de nacimiento latino, ó á lo menos de educacion, y natural del África; lo que parece confirmarse en el panegírico que de él hizo san Arcadio, mártir de Mauritania. Y que este nombre de Zenon estuviese en uso en aquella parte del mundo se demuestra por un mártir africano llamado del mismo modo. Nuestro Santo parece haber sido hecho obispo de Verona en el año de 362, en el reinado de Juliano el Apóstata. Por algunos de sus sermones sabemos, que todos los años bautiza-

ba un número grande de idólatras, y que se ejercitó con gran celo y mucho fruto contra los Arrianos, cuyo partido se habia hecho sumamente fuerte en aquellas partes con la proteccion del emperador Constancio, y los artificios de los caudillos de aquella secta, Ursacio y Valente, y particularmente Auxencio, que ocupó la silla de Milan, en que le intrusaron los herejes, por espacio de veinte años hasta el de 374. Opúsose tambien como un fuerte baluarte contra los herejes Pelagianos. La iglesia de Verona quedó purificada tanto de errores como de ídolos con su celo, sus trabajos y sus santas oraciones. Aumentándose notablemente su grey, creyó necesario edificar una iglesia grande, y fue en esta empresa liberalmente ayudado con las contribuciones voluntarias de los ciudadanos ricos. En esta iglesia se colocó una cruz cerca de las puertas, como en defensa de su entrada. Tan liberal se hizo el pueblo en sus limosnas con las exhortaciones y ejemplo de su buen Pastor, que sus casas estaban siempre francas á los pobres extranjeros, y de los de sus paises no habia uno que necesitase de pedirles el socorro, tan remediadas tenian todas sus necesidades. Y este Santo se congratulaba con ellos de los intereses que iban atesorando en los cielos con el dinero que en los pobres expendian, por el que no solo domaban la avaricia, sino que aumentaban sus caudales con la ventaja de no suscitar envidias ni rencores. Porque ¿quién seria mas rico que un hombre, de quien Dios se digna reconocerse deudor? Después de la batalla de Adrianópolis del año de 378, en que los godos deshicieron al emperador Valente, con una matanza de romanos que no se habia conocido mayor desde la batalla de Cannas, hicieron los bárbaros un número grande de cautivos en las provincias vecinas de Ilírico y Tracia. En esta ocasion parece que las caridades de los habitantes de Verona fueron esparcidas como fructíferas semillas en las provincias mas remotas, y con ellas rescatados muchos de su esclavitud, libertados otros de crueles muertes, y muchos últimamente sacados de insoportables fatigas. Pero el mismo san Zenon vivia con la mayor pobreza. Hace este Santo mencion muchas veces del clero que traia al servicio del altar, y de los sacerdotes sus compañeros, á quienes fue concedida cierta retribucion ó premio en la Pascua, con arreglo á las necesidades y funciones de cada uno. Habla tambien de las órdenes que conferia en tiempo de Pascua; y de la solemne reconciliacion de los penitentes, que era otra de las funciones y ejercicios de aquel tiempo santo. San Ambrosio hace mencion de varias vírgenes, consagradas á Dios en Verona por san Zenon, que llevaron el sacro velo, y vi-

vieron en un monasterio, de que parece haber sido él su fundador y director á un tiempo, antes de ser establecido alguno otro por san Ambrosio en Milan. Las festividades de los *Agapes*, ó regocijos, fueron en su orígen establecidas en los dias de los mártires en sus cementerios; pero habiendo estas degenerado con las costumbres en ocasiones de intemperancia y de vanidad, fueron al fin abolidas; y san Zenon trabajó fuertemente contra este abuso. Ni podemos dudar que fue uno de los principales obispos de la Italia, que con su celo y elocuencia logró desterrar enteramente de su diócesis una costumbre que daba ocasion á abusos tales; por lo que san Agustin le hace los debidos elogios. San Zenon extendia su caridad á los fieles difuntos, y condenaba severamente el destemplado dolor de aquellos que interrumpian con sus lamentaciones el sacrificio divino, y los oficios públicos de la Iglesia por sus amigos muertos, que ofrecian los sacerdotes por tradicion apostólica á la muerte y funerales de los que descansaban en Cristo. San Zenon recibió la corona de sus trabajos con una muerte dichosa en el año de 380, á los 12 de abril, en cuyo dia se hace mencion de él en el Martirologio romano. Este Santo es honrado en Verona con otras dos festividades, es á saber: la de la traslacion de sus reliquias en 21 de mayo, y la de su consagracion episcopal, y tambien la dedicacion de su nueva iglesia en el reinado de Pipino, rey de Italia, en el dia 6 de diciembre. La primera iglesia de su nombre fue erigida sobre su tumba á las orillas del rio Adiga, fuera de los muros de la ciudad. San Gregorio el Magno refiere el siguiente milagro, sucedido dos siglos después de la muerte del Santo, y que él supo y tomó de Juan, el Patricio, que fue testigo de vista de él con el rey Autharis y el conde Pronulfo. En el año de 589 al mismo tiempo que las crecientes del Tíber inundaban una gran parte de Roma, y bordeaban por sus mismos muros, las aguas del Adiga, que desciende con grande rapidez por entre unas montañas, amenazaban la ruina de la ciudad de Verona. El pueblo acudió atropellado al templo de su santo patrono Zenon: las aguas parecian respetar sus puertas, pues levantando gradualmente hasta las ventanas, no se verificó que entrasen en la iglesia, sino que formando como una muralla sólida, imitaron el paso de los Israelitas por el Jordan: y el pueblo todo permaneció en ella por espacio de veinte y cuatro horas en oracion, hasta que las aguas se retiraron sujetas al canal de sus riberas. Este prodigio tuvo tantos testigos, como habitantes en Verona: y con este y otros milagros se aumentó considerablemente la devocion á san Zenon, de suerte que en el rei-

nado de Pipino, monarca de Italia, hijo de Carlo Magno y hermano de Ludovico Pio, Rotaldo, obispo de Verona, trasladó sus reliquias á una nueva iglesia muy espaciosa, erigida bajo su advocacion en el año de 865, donde se guardan con singular veneracion en una capilla subterránea. El fuego y el espíritu de los buenos escritores africanos es tan admirable en san Zenon y sus sermones, que Gaspar Barthio le llama el cristiano Apuleyo. Ciento veinte y siete sermones fueron impresos bajo su nombre en Venecia en el año de 1508, en Verona en 1586, y en la biblioteca de los Padres.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui beati Sabbae martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre, por intercesion de tu bienaventurado mártir Sabas, cuyo nacimiento á la gloria hoy solemnemente reverenciamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses, capítulo 1.

Fratres: Dilecti à Deo, scientes electionem vestram: quia evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed et in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis, et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus Sancti: ita et ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Acaïa. A vobis enim diffamatus est sermo Domini, non solum in Macedonia, et in Acaïa, sed et in omni loco fides vestra quae est ad Deum, profecta est.

Hermanos: Amados de Dios, sabeis vuestra eleccion, porque nuestro Evangelio no se dirigió á vosotros en la palabra solamente, sino en la virtud tambien y en el Espíritu Santo, y en gran llenura, como sabeis de qué manera hemos estado entre vosotros por vuestro bien. Y vosotros os hicísteis imitadores nuestros recibiendo la palabra entre mucha tribulacion con gozo del Espíritu Santo: de manera que os habeis hecho ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros se divulgó la palabra de Dios, no solamente por la Macedonia y por la Acaya, sino que vuestra fe que teneis en Dios se propagó por todo lugar.

REFLEXIONES.

Fratres dilecti à Deo. Hermanos mios amados de Dios. ¿Puede haber título mas glorioso, dictado mas noble, de mayor honra, de mayor utilidad, ni que lisonjee mejor una generosa ambicion, una ambicion bien nacida? *Amado de Dios* significa una especie de predilec-

cion sobresaliente, un amor que comunica mérito, y una ternura de parte de Dios, que pone el colmo á la felicidad. Ser amados de los grandes es ser favorecidos, pero no siempre es ser dichosos y felices. La emulacion, las inquietudes y la desgracia suelen estar muy cerca del favor; pero la amistad de Dios produce todos los efectos contrarios: de ella nace la caridad, la paz, el fervor, la perseverancia, que es el manantial de todo género de bienes.

Hermanos mios amados de Dios. Así llamaba san Pablo á los Tesalonicenses por su vocacion á la fe en medio de una nacion idólatra. Sabemos, añade el Apóstol, que fuisteis singularmente escogidos con preferencia á tantos otros que quedaron sepultados en las espesas tinieblas del gentilismo: *Scientes electionem vestram.* Y ¿no tenemos nosotros, por la misericordia del Señor, igual derecho al mismo título? ¿No se nos podrá llamar *amados de Dios*, sabiéndose la predileccion con que fuimos escogidos? ¡Qué gracia! ¡qué favor tan insigne haber nacido en el seno de la Iglesia de padres cristianos, católicos y virtuosos! Bien se nos podrá llamar con el apóstol san Pedro: *Familia escogida, sacerdocio real, nacion santa, pueblo adquirido por conquista, para dar á conocer las perfecciones de aquel Señor que nos sacó de las tinieblas á la admirable claridad de su luz.* Pero ¿se podrá igualmente decir de nosotros lo que san Pablo decia de los de Tesalónica: Sois modelo, sois ejemplar de todos los fieles: *Ita ut facti sitis forma omnibus credentibus?* ¿Vuestra fe no es estéril, no es imperfecta? ¿Es viva, es animada, es activa, es fecunda de buenas obras? ¿Vuestra caridad no es tibia, no es cobarde, no se rinde á la menor tentacion, no bastardea á la mas ligera prueba? ¿Es intrépida, es laboriosa, ocupada siempre en el cuidado de agradar á Dios, siempre empleada en el provecho del prójimo, y en la salvacion de las almas? Mi Dios, es cierto que tenemos las mismas obligaciones que aquellos primeros fieles; pero ¿las desempeñamos con el mismo ardor, con la misma fidelidad? ¿Podrémos esperar con fundamento merecer algun dia la misma recompensa? ¿Se forma una grande idea de nuestra fe y de nuestra caridad á vista de nuestra conducta? ¿Honran nuestras costumbres la religion que profesamos? Habiendo sido tan amados de Dios, ¿correspondemos á este gran Dios con un corazon muy tierno y amoroso?

Pero si entre todos los Cristianos hay algunos singularmente amados de Dios, ¿quién dudará que de las personas religiosas se puede y se debe decir que son aquel rebaño escogido á quien plugo al Padre celestial comunicar su reino; aquella porcion mas favorecida y mas

noble de la herencia de Jesucristo? ¡Qué agradecimiento no debemos á tan insigne beneficio! ¡cuál debe ser la fidelidad y la perfeccion de estas escogidas almas! ¡qué espíritu en todos los actos de religion! ¡qué fervor en sus ejercicios espirituales! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué circunspeccion! ¡qué gravedad! ¡qué edificacion en su porte! El pueblo judío, el pueblo querido de Dios, aquel en cuyo favor obró el Señor tantas maravillas; por su ingratitud y por su infidelidad es hoy el objeto mas conocido de la cólera terrible del mismo Dios.

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui habet mandata mea, et servat ea, ille est qui diligit me. Qui autem diligit me, diligetur à Patre meo: et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Dicit ei Judas, non ille Iscariotes: Domine, quid factum est, quia manifestaturus es nobis teipsum, et non mundo? Respondit Jesus, et dixit ei: Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus: qui non diligit me, sermones meos non servat.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: El que retiene mis mandamientos y los observa, aquel es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre: y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿qué quiere decir que te manifestarás á tí mismo á nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús, y le dijo: Cualquiera que me ame, observará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendrémos á él, y harémos en él mansion: el que no me ama, no guarda mis palabras.

MEDITACION.

De los defectos que se hallan en el amor que se piensa tener á Dios.

Punto primero.—Considera que la mayor parte de los Cristianos solo se aman á sí mismos aun cuando piensan que aman á Dios. No hay en el mundo quien sepa disfrazarse tan ingeniosamente como el amor propio: válese de todo género de nombres, y de todo genero de máscaras: unas veces es fervor, es caridad, es justicia; otras es devocion, es celo; y muchísimas sale al teatro con el respetable título de amor de Dios. Nunca está mas tranquilo el amor propio, que cuando se disfraza de esta manera, cuando está abrigado y cubierto con la capa de la virtud.

Pero pregunto, ¿será muy dificultoso descubrirle y reconocerle? Es inimitable, no se puede remedar el carácter del verdadero amor de Dios. Es puro, es desinteresado, es generoso, es constante, es enemigo de las pasiones, es dulce, es apacible, es paciente, es mor-

tificado, es humilde. El orgulloso, el soberbio, el colérico, el inmortificado, el impaciente; el que solo tiene unos relámpagos, unas vislumbres de fervor, unos caprichos de devocion; el que solo busca su interés, su satisfaccion, su propia gloria; por mas que lo afecte, ó por mas que vanamente se lo persuada á sí mismo, está muy distante del verdadero amor de Dios.

Encuéntranse muchas personas que hacen profesion de amar á Dios, y nunca están de mas mal humor, de peor condicion que cuando le sirven. Dominantes, altivos, enfadosos, inquietos, mal sufridos y aun coléricos cuando mas se lisonjean de amar á Dios. Los dias solemnes, los dias de comunion no suelen ser los mas serenos. Parece que los ejercicios mas santos les irritan mas la cólera. Semejantes personas ¿amarán verdaderamente á Dios?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á toda prueba. Las adversidades le excitan, el fuego de la persecucion le aviva mas, la mortificacion le nutre y le alimenta. Es error imaginar que el amor de Dios ignora las atenciones de la urbanidad, los deberes de la sociedad humana, y las obligaciones de la decencia. No hay cosa mas honesta, mas caritativa, mas atenta, mas cortesana ni aun mas garbosa que el verdadero amor de Dios. Los enfados nacen de un corazon inquieto y agitado; el amor de Dios tranquiliza el corazon, y derrama en él un óleo, un celestial ungüento que le ablanda, le suaviza, le hace dócil, flexible y manejable. Aquella resignacion perfecta en la voluntad del Señor, aquella alegría espiritual, fruto necesario del amor divino, aquella paz interior que produce la inocencia son las que causan la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad, el aliento, aquel hermoso conjunto de virtudes que brillan en los que aman á Dios verdaderamente. Estas son las señales del verdadero amor de Dios; ¿conoces el tuyo por estas señales? ¿amas á Dios con pureza de intencion, con perseverancia, con fidelidad? Mi Dios, ¡cuántas ilusiones, cuántos engaños se padecen en la devocion!

Punto segundo. —Considera que en punto de devocion y de amor de Dios se equivoca muchas veces lo especulativo con lo práctico, y se reputan por movimientos del corazon las que son puramente especulaciones del entendimiento. Conócese cuán digno es Dios de ser amado; asómbrase, atúrdese uno de lo poco que se le ama, y deslumbrado con estos justos y piadosos dictámenes, que no salen de la esfera de la razon, imagina que le ama verdaderamente. Muchos son

los que viven engañados, y algun dia quedarán sorprendidos cuando vean y cuando palpen que su amor de Dios no era mas que en idea; porque los dominios del corazon son independientes de los del entendimiento.

Conócese muy bien que Dios merece ser amado; confiésase que es un prodigio de ingratitud el no amarle; pero ¿se le amará precisamente porque se discurra y se hable de esta manera? Presto le desmentiria á uno su mismo corazon. *La caridad*, dice san Pablo, *es paciente, está llena de bondad; no es envidiosa, nada sabe hacer mal: no es orgullosa, no se hincha, no busca su propio interés; no es arrebatada ni colérica; no juzga mal de persona alguna, no se alegra del daño ajeno, ni de las pesadumbres de otros; antes celebra todos los gustos, todas las prosperidades de sus hermanos; es dócil, es humilde, es apacible y constante.* Mira si tu devocion y si tu amor de Dios se parecen á este retrato.

Pero dices que amas á Dios de todo tu corazon: este es el primer mandamiento, y la basa de todos los demás. Amas á Dios; pero nada sabes padecer por él: amas á Dios; pero tratas con desabrimiento al prójimo, y no aciertas á reconciliarte con tu hermano. Amas á Dios; pero en mil ocasiones, y con el mas leve motivo atropellas sus mandamientos; prefieres tus inclinaciones á su voluntad; sacrificas los intereses de Dios, tu conciencia y tu religion á tus propios intereses, á tus pasiones, á tu gloria. Amas á Dios. Y díme: ¿te atreverás á defender esta proposicion en su divino tribunal? ¿Es amar á Dios amar las honras, los placeres, y no amarse mas que á sí mismo? De esa manera muchos podrian decir que aman á Dios: y ¿no serás tú de este número? Consultemos mas á nuestras operaciones que á nuestros dictámenes, ni á nuestros conocimientos. Para eso era menester poder decir á Cristo con san Pedro: Señor, bien sabeis Vos que os amo; Vos no os podeis engañar, y conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y encendido amor vuestro. Era menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia pudiesen asegurarnos que amábamos á Dios; cualquiera otro testimonio en esta materia es sospechoso. Ni el mismo Dios entiende otro lenguaje.

Ah, Señor, ¡y por cuánto tiempo he vivido miserablemente engañado, creyendo que os amaba! Tantos, tan multiplicados y tan groseros defectos pudieron abrirme los ojos para conocer mi ilusion, si hubiera sido menos voluntaria. Pero pues os dignais hacerme la gra-

cia de que conozca lo poco que os he amado hasta aquí, hacedme la de que os ame con todo mi corazon desde este mismo punto.

Jaculatorias. — No me separará jamás del amor de mi Señor Jesucristo la angustia ni la tribulacion. (*Rom.* VIII).

Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni otra alguna criatura me podrá apartar del amor de Dios, fundado en Cristo Nuestro Señor. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 El amor de Dios nunca es ocioso ni cobarde; hasta en la misma quietud halla ejercicio. Este sagrado fuego que el Salvador vino á encender en el mundo es tan activo, que en dejando de obrar deja de ser; lo mismo es pararse, que extinguirse. Precisamente ha de calentar, alumbrar y quemar. Un corazon frio, un espíritu ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones, no sienten, ó sienten poco el calor de esta divina llama. Magdalena postrada á los piés del Salvador calla; pero al mismo tiempo los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa, y derrama sobre ellos un preciosísimo bálsamo. Es menester que las obras publiquen que se ama á Dios: cualquiera otra voz no se deja entender, ó se percibe mal. El amor divino allana todas las dificultades, y si no las allana, las supera. Aquellos que niegan á Dios los pequeños sacrificios que les está pidiendo, ¿cómo pueden decir que le aman? Ten hoy el consuelo de persuadirte á tí mismo, de probarte, de convencerte que amas á Dios. Bien sabes lo que te está pidiendo tanto tiempo há: tu confesor, tu corazon y tu propia conciencia te lo dicen claramente. No tienes que fatigarte mucho en buscar materia para hacerle un sacrificio: ese resentimientillo, esa diversion, esa pasion por el juego, esa visita poco necesaria, esa delicadeza, ese refinado gusto en vestirte, en componerte, en presentarte airosamente en la calle. ¡Oh qué materia tan preciosa, y acaso tan necesaria! Postrado desde este mismo instante á los piés de un Crucifijo, dí á tu Dios, que puramente por su amor quieres ir luego á visitar á aquella persona que te ha ofendido; que quieres privarte de tal visita, de tal concurrencia, de tal juego; que quieres sacrificarle tal gala, tal dije, dándole esta pequeña prueba de que le amas. Mañana no faltará otra que le dés.

2 Ni las personas que hacen profesion de devotas deben juzgarse excusadas de semejantes sacrificios. A la verdad, las víctimas que pueden sacrificar no son de tanto valor; mas no por eso son de menor

mérito, ni suele costar menos el sacrificarlas. No tienen que ofrecer concurrencias profanas, pasion al juego, enemistades mal disimuladas, galas, adornos excesivos; pero cierto apego á algunas alhajuelas inútiles, aunque curiosas; cierta frialdad, cierto despego con que tratan á tal y tal persona con quien no congenian, efecto ordinario de no sé qué secreta emulacion ó enviduela; cierta inmortificacion, cierta rusticidad y falta de crianza, cierta grosería natural; aquella desigualdad de humor, aquella falta de agrado, aquella sobra de delicadeza, víctimas son que se pueden y deben degollar. Determina desde luego á cuál de ellas has de aplicar el cuchillo, dando hoy á tu Dios esta prueba de tu amor y de tu celo. Un espejillo, un adorno de la celda, un mueble, una alhajuela demasiadamente curiosa darán bien que llorar á la hora de la muerte á muchas almas religiosas, que á poca costa pudieran hacer un gran mérito para con Dios, privándose de ellas en vida.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

San Hermenegildo, hijo de Leovigildo, rey de los visigodos, arriano, en Sevilla en España, el cual habiendo sido encarcelado por confesar la fe católica, como en la fiesta de Pascua no quisiese recibir la comunion de mano de un obispo arriano, por mandato de su inhumano padre fue herido en la cabeza con una hacha, y en vez del reino de la tierra, le fue dado entrar rey y mártir en el del cielo. *(Véase su vida en este dia).*

El tránsito de los santos mártires Carpo, obispo de Thiatira, Papilo, diácono, y Agatónica, su hermana, mujer de grandes prendas, y Agatodoro, su criado, y otros muchos, en Pérgamo en el Asia, los cuales después de haber sido atormentados de varias maneras, por confesar gloriosamente á Jesucristo, alcanzaron la corona del martirio durante la persecucion de Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómmodo.

San Justino, el Filósofo, en Roma, padeció tambien en la misma persecucion: este insigne varon habiendo presentado á los mismos emperadores la segunda apología que escribió de la religion católica, y defendídola acérrimamente en presencia de ellos, por fraude de Crescente, filósofo cínico, cuya vida y abominables costumbres habia reprendido, fue acusado de que era cristiano, y en premio de su defensa recibió la corona del martirio.

El martirio de los santos Máximo, Quintiliano y Dadas, en la persecucion de Diocleciano, en el mismo dia.

San Urso, obispo y confesor, en Ravena.

SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR.

Muerto Liuva, rey de los visogodos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien habia asociado á la corona, viéndose ya único dueño

de cási toda España, y de aquella parte de la provincia Narbonense que estaba sujeta al dominio de su nacion, resolvió hacer hereditaria en su familia la corona que hasta aquel tiempo habia sido electiva. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo les puso en posesion de una parte de sus Estados; á Hermenegildo consignó la Andalucía, y á Recaredo señaló el reino de Aragon con todas las provincias Celtíberas.

Era Hermenegildo el príncipe mas cabal que se conocia en su tiempo; de talle majestuoso, de aire noble y desembarazado, de entendimiento vivo y penetrante; dotado de una prudencia, de un valor y de unos modales tan atentos y cortesanos, que en medio de una nacion bárbara le hacian dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque era sobrino de san Leandro y de san Isidoro, arzobispos de Sevilla, hermanos de la reina Teodosia, madre de nuestro Santo. Muerta esta Princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo, su predecesor; princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio maligno, acedo, violento, furiosamente colérico, y sobre todo muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los Católicos con la derrota de los griegos, á quienes habia echado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban lo largo de la costa, dedicó toda la atencion á buscar para el príncipe Hermenegildo una esposa que asegurase con su alianza la paz que acababa de dar á sus pueblos, y afianzase la felicidad del reino con el esplendor de sus prendas personales.

Fijó su eleccion en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilda, y nieta por su madre de Atanagildo y de Gosvinda, su segunda mujer; princesa no menos distinguida por su extraordinaria hermosura y por su rara virtud, que por su alto nacimiento. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante á romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxilio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo; y su suegra y abuela Gosvinda no esperára conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda en el año de 579, y apenas arribó á España cuando hechizó á toda la corte. Sola Gosvinda se consumia de envidia y de dolor á vista de las nobles prendas de su nuera; y la que comenzó emulacion, acabó odio y furor desenfrena-

do. Con todo eso la pareció conveniente disimular por algun tiempo y hacer todo lo posible para pervertir la religion de su nuera. Con esta idea la hacia á los principios mil caricias, intentando arrancar la fe católica de su corazon, y trastornar su constancia; pero viendo que no la salia bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No habia especie de mal tratamiento que no le hiciese, hasta bañarla alguna vez en sangre con los golpes que la daba; y en cierta ocasion la arrojó de un empellon en un estanque, donde la faltó poco para ahogarse.

Sufria Ingunda esta persecucion con una paciencia, con una dulzura y con un silencio digno de la religion que profesaba; pero como el pálido color de su semblante y los cardenales de los golpes no podian ocultarse á Hermenegildo, y llegase á entender por ellos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolucion de retirarse con la princesa su esposa á Sevilla, capital de sus Estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasion para convertir á su marido, y trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxiliada de su tio san Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo Prelado á Hermenegildo en las verdades católicas que ya tenia el príncipe en el corazon; y habiendo esperado á la oportunidad de cierta ausencia del Rey para la ceremonia de la abjuracion y del Bautismo, recibió con el sagrado crisma de la Confirmacion aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, deseando ya con vivas ansias alguna ocasion en que dar al mundo públicas y ruidosas pruebas de la firmeza de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religion, y que hacia pública profesion de la católica, entró en tan furiosa cólera, no dando oidos mas que á su pasion y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de irritar mas y mas el fuego de la indignacion, que desde luego le despojó del título de rey que le habia concedido, resuelto á despojarle igualmente de todos los bienes, y de la vida misma, si no renunciaba la religion católica que habia abrazado.

Pero antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente:

Hijo mio, mas quisiera hablarte que escribirte; porque si te tuviera á la vista, ¿qué podrias negar á lo que te pidiese como padre, y te mandase como rey? Traeriate á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profeso, de las que sin duda te has

olvidado de le que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú pensar en ocuparle. Esperaba tener en tí un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soñé pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mio un enemigo mas peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona; quieres reinar solo; y á este fin, abandonando la religion de tus abuelos, has abrazado la de los romanos, que son los mayores enemigos del Estado. No ignoras que la nacion de los godos comenzó á florecer desde que comenzó á ser arriana. Tambien sabes que ninguna cosa enajena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de religion, y consiguientemente que nada pudiste hacer mas ofensivo para el mio, como declararte católico. Acuérdate, pues, hijo mio, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando que vuelvas prontamente sobre tí, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religion, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligarás á tomar las armas; y en tal caso jamás tienes que esperar misericordia.

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del Rey su padre, respondió á ella con el mayor respeto: *Que sabia bien lo que debia á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debia á su Dios: que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera, que sin faltar al rendimiento y á la obediencia que debia al uno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el otro, conservaria hasta la muerte la Religion que habia abrazado, persuadido á que fuera de ella no podia haber salvacion: que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado la supersticion arriana luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendria por dichoso si sellase su Religion con su sangre, sin que le restase ya mas que desear que la conversion de toda su nacion y de toda su familia.*

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del arriano padre. Sirvióle de pretexto la conversion de su hijo para excitar una cruel persecucion contra la Iglesia. Hizo Hermenegildo que su esposa Ingunda, y el infante su hijo, niño de pocos meses, se retirasen al África, para no quedar expuestos á los artificios de los Arrianos, y él se mantuvo en Sevilla, creyendo ser esto bastante para su seguridad. Pero Leovigildo, después de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aun de los mismos católicos que se habian declarado por el santo Rey, resolvió ir á sitiarle en Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero

temiendo exponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los romanos, no sabiendo la traicion que habian cometido, dejándose corromper con el dinero de su padre, contra la fe de los tratados. Conocióle apenas entró en su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero no teniéndose allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres escogidos, y se encerró en la ciudad de Oseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia singularmente era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos godos por los grandes milagros que obraba Dios en ella. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguia furiosamente á su hijo, resuelto á quitarle la Religion ó la vida.

Apurado el santo Rey, viéndose ya sin otro recurso, se refugió á la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de ella por fuerza; y permitió que su segundo hijo Recaredo, príncipe jóven que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdon, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedia Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religion, sino únicamente de pedir perdon al Rey, que se daria por satisfecho con esta sola demostracion de rendimiento. Creyóle el santo mancebo: vino luego con él á arrojarse á los piés de su padre: recibióle este con grandes demostraciones de cariño: abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fué conduciendo á su campo, donde de repente mandó que le despojasen de las insignias reales, y cargado de cadenas le llevasen prisionero al castillo ó alcázar de Sevilla. En la prision volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero hallándole siempre invencible, mandó le encerrasen en un oscuro y hediondo calabozo, destinado para los reos de delitos mas atroces, y que le tratasen con todo el rigor imaginable.

Entró el Príncipe en aquel triste calabozo con mayor alegría que habia ascendido al trono. Desde aquel punto se consideró como soldado de Cristo: y se dispuso con oracion, con ayunos, y con otras penitencias para entrar en el combate, que estaba ya previendo le esperaba prontamente, en que habia de defender la divinidad de aquel Señor, á cuyos ojos habia ya comenzado á pelear dichosamente. Vistióse un áspero cilicio, no usó de mas cama que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prision.

Llegó la fiesta de la Pascua, y pareciéndole á Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habria cansado la constancia de Hermenegildo, le envió un obispo arriano para que de su mano le diese la comunion. Horrorizóse el santo Príncipe al oir la proposicion del insolente hereje; y revistiéndose de héroe de la Religion y de soberano, le afeó con tono imperioso y severo su impiedad, le riñó su atrevimiento; y declarándole resueltamente que queria vivir y morir en la religion católica, le arrojó de su presencia, mandándole que no se volviese á poner en ella. Informado Leovigildo de la invencible firmeza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó algunos soldados de su guardia que fuesen á quitarle la vida.

Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confesion de la fe le valdria la corona del martirio, y se disponia para el sacrificio, ofreciéndose víctima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas, derramando su corazon en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y descargando sobre su real cabeza un furioso golpe de hacha, se la hendieron por el medio, quedando el santo cuerpo tendido en el suelo bañado en su propia sangre.

Al punto manifestó Dios la gloria del santo Mártir, así con músicas celestiales que se oyeron por toda aquella noche al rededor del santo cuerpo, como por las celestiales luces que iluminaron toda la prision.

San Gregorio el Grande, que dejó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesion con Dios la conversion del rey Recaredo su hermano, y de toda la nacion de los godos de España á la religion católica, que se siguió poco después de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo Pontífice, sintió vivísimamente haberse dejado llevar tanto de su furor; pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazon. Conoció la verdad; pero pudo mas con él la razon de Estado, y el miedo de que no le despojasen del trono si mudaba de religion, y así murió en el arrianismo. Sucedió el martirio de san Hermenegildo la noche del Sábado santo, 13 de abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, menos la santa cabeza, que fue llevada á Zaragoza cuando los moros se apoderaron de Andalucía. En el Escorial, y en el colegio de la Compañía de Sevilla, que tiene la advocacion del mismo san Hermenegildo, se conservan tambien parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Ávila en Castilla la Vieja, y Plasencia en la Extremadura.

La Misa del dia es en honra del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Hermenegildum martyrem tuum coelesti regno terrenum postponere docuisti: da nobis, quaesumus, ejus exemplo caduca despicere, atque aeterna sectari: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que enseñaste á tu bienaventurado mártir Hermenegildo á que pospusiese el reino de la tierra al celestial; concédenos, que á su imitacion despreciemos las cosas caducas, y aspiremos siempre á las eternas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Haec venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem aeternam Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino que le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Por mas que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guia Dios por los caminos mas derechos y mas seguros: *Justum deduxit Dominus per vias rectas.* No son capaces de detenerle los corazones mas malignos; ni el tiempo mas borrascoso sirve mas que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guia, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decia, que para los que aman á Dios, todas las cosas se convierten en bien: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum:* todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para Santos. La ciencia de los Santos es la ciencia de la salvacion. Concédela Dios á los que tienen razon sana y espíritu dócil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; pero ¡qué cortos progresos se hacen en ella! No es falta

del maestro, que esparce los rayos de su doctrina sobre buenos y malos, y desata el riego de su celestial sabiduría sobre justos y pecadores; es por el poco caso que se hace de ella, y por el poco gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discípulos: gustan de su doctrina, porque están llenos del espíritu del mundo, y porque se hacen maestros en poco tiempo. Pero ¡en qué ciencia, mi Dios! en aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo; á saber perderse con desvergüenza y con alegría.

Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. Hace Dios al bueno mas honrado con las persecuciones, y mas rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de ellos. Vale mucho su sudor: enjuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de sus cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdicion: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis* (*Sap.* v), andando siempre por sendas ásperas y dificultosas: *Ambulavimus vias difficiles.* Digan lo que dijeren, no se van al infierno con mucho descanso. ¡Cuánto da que padecer la tiranía de las pasiones! El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa: *vias difficiles.* Las inquietudes, las zozobras, la amargura inundan el camino por donde corren los libertinos y los impíos: *Viam autem Domini ignoravimus:* ignoran el camino del Señor, ignorando la ciencia de los Santos. ¡Qué perjudicial es para ellos esta fatal ignorancia! ¡qué caro les cuesta! Posee en buen hora toda la sabiduría del mundo; sabe á la perfeccion todas las menudencias de la cortesanía, de la urbanidad, de la atencion y de la buena crianza; no ignores ápice ni primor de lo que los mundanos llaman gracias, buen gusto, brillantez, esplendor, alegría, esparcimiento y diversion; sé, por decirlo así, como el alma de todos los festines del mundo: *Quid nobis profuit?* Ciencia del mundo, error, ilusion, locura; ¿de qué le servirá á un pecador envejecido, á una persona jóven haber brillado, haber sobresalido, y haberse después condenado? *Ergo erravimus à via veritatis, et justitiae lumen non luxit nobis.* Luego erramos miserablemente el camino de la verdad: luego no rayó sobre nosotros la luz de la justicia: luego caminamos á oscuras y en tinieblas, ciegos, extravagantes, insensatos. Y esto nosotros, que tanto nos preciábamos de discretos y de entendidos: nosotros, que teníamos lástima, que mirábamos con compasion á los que iban por camino enteramente contrario. ¡Oh qué confesion tan desesperada! *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* Así discurrirán, así hablarán en el infierno aquellas mujeres profanas que ignoraron

su Religion, ó que afectaron ignorarla; aquellos libertinos que hacen ostentacion de su impiedad y de su disolucion. Mas ¡oh, qué dolorosos son los ayes cuando son inútiles y cuando son eternos!

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus ocurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quae pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con que acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del ejemplo de Cristo y de los Santos.

Punto primero.—Considera que en materia de costumbres ninguna razon persuade mejor que el buen ejemplo. Estorbos, flaqueza, edad, condicion, preocupaciones, todo se rinde á su invencible fuerza. ¿De dónde nace esa desenfrenada licencia de costumbres; esa corrupcion tan generalmente extendida por todos los estados; esos vicios que inundan la tierra? Efecto es del mal ejemplo. Pues ¿por qué el buen ejemplo ha de tener menos virtud, menos eficacia sobre los entendimientos y sobre los corazones? No hay que excusarse con la delicadeza del temperamento, con la violencia de las tentaciones, con la multitud de los peligros; en vano se alegan cien razones frí-

volas para pretextar cada cual su cobardía: el ejemplo las deshace todas.

Los buenos ejemplos son respecto de tí, ó gran motivo para cumplir con tus obligaciones, ó mayor causa de tu condenacion si no cumples con ellas. El solo ejemplo de un Dios hombre debiera bastar para que vencieses todas las dificultades. ¿Eres pobre? Cristo lo fue. Cosa dura es ser perseguido, calumniado, tratado con el último desprecio: ¿te atreverás á cotejar tus trabajos con los suyos? Clamas, levantas el grito contra la injusticia y contra la calumnia: ¿te tratan por ventura peor que á Jesucristo? ¡Oh, qué remedio tan soberano para muchos males es la vida del Redentor! ¡oh, y qué de quejas puede y debe ahogar aquel su silencio en el árbol de la cruz!

Pero él era Dios, y nosotros somos criaturas flacas y miserables. ¿Parecete que has dicho algo? Pues esta reflexion debe dar mayor eficacia á su ejemplo. Si un Dios padece por mis pecados, ¿podré negarme yo á hacer penitencia por ellos? Si un Dios vivió en el mundo una vida oscura y abatida, ¿será razon que yo pretenda lograrla honrada, lustrosa, llena de estimacion, y brillante? Si un Dios perdonó á los que le quitaban la vida en un afrentoso madero, ¿no perdonaré yo á los que me hacen una injuria? Si un Dios creyó que le convenia padecer para entrar en su propia gloria, ¿querré yo vivir delicado, regalado, divertido, para gozar después de la misma gloria, y entrar en la alegría del Señor? Siéntese bien, á pesar de la engañosa resistencia del amor propio, la invencible fuerza de tan soberano ejemplo. ¡Oh gran Dios! ¡y qué de cosas dice la vista de un Dios crucificado, especialmente á un hombre que le mira á la hora de la muerte! ¡qué vivas, aunque mudas represiones! ¡cuántos quedarán confundidos á vista de este divino objeto! ¡Qué razon podrá oponer, qué pretexto podrá alegar el amor propio cuando se halle reconvenido con el ejemplo de un Dios crucificado!

Punto segundo. — Considera que no es solo el ejemplo de un Dios crucificado y abatido el que se te propone para arreglar tus costumbres; porque este modelo quizá podria parecer muy elevado á los cristianos cobardes. A la vista se te presentan un monton de otros ejemplos, que ni puedes recusar, ni te hacen menos inexcusable.

Pon los ojos de la consideracion en ese prodigioso número de cristianos fervorosos y perfectos de todas clases, de todas edades, de todos estados, de todas condiciones, de todos tiempos, que desempeñaron con tanta puntualidad sus obligaciones, y cumplieron con tan-

to celo la voluntad del Señor. Ninguno hay que no sea una reprension animada de tu tibieza en el servicio de Dios: ninguno hay que no desvanezca tus excusas y tus frívolos pretextos: ninguno hay que no confunda tu amor propio con todos los derechos que puede alegar. ¿Eres jóven, de genio alegre, de natural pronto, de complexion delicada? Santa Inés no tenia mas que trece años: san Eleázaro era de un genio mas esparcido que el tuyo: acaso no habrá habido natural mas ardiente ni mas vivo que el de san Agustin: no parece posible complexion mas delicada que la de una santa Teresa y un san Luis Gonzaga. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Cunegundas, los Eduardos conservaron su inocencia en medio de las delicias y de los peligros de la corte. En el estado del matrimonio llegaron á la cumbre de la perfeccion las Mónicas, las Brígidas y las Franciscas: en la humilde condicion de pastoras, de criadas, de labradores y de pobres oficiales merecieron ser objeto de nuestra admiracion y de nuestro culto las Genovefas, las Blandinas, los Isidros y los Homobonos. Ni la ciencia sirvió de estorbo á la santidad de tantos doctores, ni el esplendor de la cuna fue embarazo á la eminente virtud de tantos príncipes canonizados.

No confundió la heróica magnanimidad del animoso Hermenegildo el mal ejemplo de tantos malos cristianos. Nacido en el mismo trono, mecido en una cuna real, educado entre las delicias de una corte, heredero presuntivo de la corona, y en la flor de su edad, todo lo sacrifica por amor de Jesucristo; placeres, riquezas, honras, quietud, el mismo reino, y hasta su misma vida. Cuando se atraviesa la Religion y la salvacion, todo debe sacrificarse. ¡Buen Dios! ¿qué responderán á esto tantas almas cobardes, que sacrifican su conciencia, su Religion, su salvacion eterna á un vil interés, á una pasion loca y torpe, á una honra imaginaria! ¿Qué excusa alegarán cuando se las proponga el ejemplo de un san Hermenegildo, y de tantos otros Santos que con mayores estorbos, y quizá con menos auxilios, se hicieron tan grandes Santos, correspondiendo á la gracia con fidelidad? ¿Y qué responderé yo mismo á las secretas reconvenciones que me está haciendo mi propia conciencia á vista de estos ejemplos?

Nada tengo que responder, Señor; pero sí mucho que confundirme, y por que implorar vuestra clemencia, para que mi confusion y mi arrepentimiento no sean estériles y sin fruto. Yo adoro el mismo Dios que adoraron los Santos; tengo la dicha de profesar la misma religion que profesaron ellos. La misma doctrina y el mismo Evangelio que sirvió de regla á sus costumbres, debe servir de regla á las

mias: espero el mismo premio que ellos esperaron. Haced, Señor, que con el auxilio de vuestra gracia tenga tambien el mismo aliento, la misma perseverancia, la misma felicidad.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que yo me ajuste bien a aquella piedra angular de donde fui cortado. (*Isai.* LI).

¡Oh si avivaseis siempre en mi la emulacion de los Santos! (*Galat.* IV).

PROPÓSITOS.

1 Es el ejemplo una leccion muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su ejecucion, la debilidad de los estorbos, y el mérito de la accion. No hay cosa mas elocuente que el buen ejemplo, porque los hombres creen mas á sus ojos que a sus oidos. Ni es facil disminuir la impresion que hace su fuerza. El ejemplo autoriza el vicio, ó introduce la virtud. Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de gentes. Presto se convertiria o reformaria el mundo, si los que ocupan puestos elevados diesen buen ejemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los ejemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar y las virtudes mas visibles de aquellos sugetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se le ve en la iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita joven, y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiastico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues dite a ti mismo lo que se decia a si propio san Agustin: *Et tu non poteris quod isti et istae?* Pues qué ¿no podré yo con la divina gracia lo que estos y estas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que ellos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel mancebo; fuiste testigo por casualidad de la caridad con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales: pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de tu familia. Ya que suele haber tanta exactitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del projimo que se han visto, ó se han oido, no seas menos celoso, ni menos puntual en referir los ejem-

plos de virtud que han llegado á tus ojos ó á tu noticia. No es fácil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, cuántas murmuraciones, ó á lo menos, cuántas conversaciones menos cristianas y menos caritativas se excusarian con la relacion de estos sucesos edificativos!

2 Pero no basta que te propongas por ejemplar las virtudes de los buenos, es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de tí modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la Religion. Mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan y no deban ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á sí mismo al entrar ó salir de casa, cuando concurre con otros, ó cuando está entre su familia: Ea, que voy á predicar: mis palabras, mis acciones, mis modales, todo cuanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, en Roma en la via Apia, en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Almaquio; los dos primeros convertidos por las exhortaciones de santa Cecilia, y bautizados por san Urbano, papa; confesaron á Jesucristo, fueron por la de la fe apaleados, y por último degollados: Máximo, que era ayuda de cámara del prefecto, movido con la constancia de estos mártires, y confirmado con una vision angélica, creyó en Jesucristo, y por esto fue golpeado con plomadas hasta que entregó su alma al Criador. *(Véase su historia en este dia).*

San Próculo, obispo y mártir, en Terni.

Santa Domnina, vírgen y mártir, tambien en Terni, la cual fue coronada del martirio con otras vírgenes compañeras suyas.

Santa Tomaides, mártir, en Alejandría.

San Andalion, comediante, en el mismo dia, el cual estando en el teatro escarneciendo las sagradas ceremonias de los cristianos, mudado repentinamente en un nuevo hombre, defendió la santidad de ellas no solo de palabra, sino tambien con su propia sangre.

San Lamberto, obispo y confesor, en Leon de Francia.

San Fronton, abad, en Alejandría, cuya vida fue gloriosa en santidad y milagros.

San Abundo, sacristan de la iglesia de San Pedro, en Roma.

SAN TIBURCIO, VALERIANO Y MÁXIMO, MÁRTIRES.

Era Valeriano un jóven caballero romano, que cautivado de la extraordinaria hermosura y raro mérito de Cecilia, se declaró pretendiente de su mano, poniendo en práctica cuantos medios le sugirieron su amor y su pasion para merecerla por esposa.

Asustaron á Cecilia las diligencias de Valeriano, porque siendo ocultamente cristiana, sin que lo hubiesen llegado á entender aun sus mismos padres, habia consagrado á Dios su virginidad desde el dia en que recibió el Bautismo. Mientras tanto se concluyó el tratado, y se señaló el dia de la boda. En estos apurados términos recurrió Cecilia á la oracion, al ayuno, al cilicio y á otras muchas penitencias, mereciendo que el Señor se rindiese á sus lágrimas, y oyese benignamente sus deseos. Efectuóse el matrimonio, y se celebró la boda con ostentacion y regocijo; pero animada Cecilia de una viva confianza en la bondad del Señor, y en el poder de su omnipotente brazo, hallándose sola con Valeriano, le habló de esta manera: *Yo tenia un secreto muy importante que comunicarte, con tal que me jures que á ninguno se lo has de revelar.* — *Yo te lo juro,* respondió Valeriano. — *Pues sábete,* continuó la Santa, *que tengo en mi compañía un Ángel del Señor, guarda fiel de mi virginidad; y lo mucho que te amo me obliga á prevenirte, que si no me correspondieres con un amor puro y casto, serás funesto despojo de su ira; pues te costará infaliblemente la vida cualquiera licencia ó libertad menos honesta que quisieres usar conmigo.*

A los principios enmudeció sorprendido Valeriano; pero volviendo en sí, y comenzando á hacer su efecto la gracia, la dijo: *Si quieres que te crea, hazme ver á ese Ángel que te guarda, porque mientras no debiere á mis ojos el desengaño, me persuadiré á que tienes puestos los tuyos en otro hombre con agravio de mi fineza y de mi honor.* — *Haré lo,* respondió la Santa; *pero antes es menester que te laves en cierto sagrado baño, sin cuya diligencia no es posible ver al Ángel que me defiende.* Creciendo mas y mas en Valeriano la ansia de ver al Ángel le preguntó dónde estaba aquel misterioso baño, y qué diligencia debia practicar para ser admitido en él. *Ve,* dijo Cecilia, *hasta tres millas de aquí por la via Apia, y encontrarás ciertos pobres á quienes yo tengo costumbre de dar limosna: llévales esta de mi parte, y pídele que te conduzcan á donde está el santo viejo Urbano, el cual sabe el secreto del divino baño, te instruirá, y te pondrá en estado de que veas á mi Ángel.*

Partió al punto Valeriano: vióse con el santo papa Urbano, y quedó presto instruido en todo el misterio. Supo que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño, que le haria capaz de ver á los santos Ángeles, era el bautismo de los Cristianos. Pidióle con instancia; y deteniéndole el santo Pontífice siete dias para instruirle en los misterios de la fe, le administró el santo Bautismo, y le despachó á su casa.

Apenas entró en ella cuando se encaminó al cuarto de Cecilia, abrió la puerta, y vió que estaba en oracion de rodillas con un Ángel á su lado, cuyo semblante era mas resplandeciente que el sol, y tenia en su mano dos guirnaldas tejidas de rosas y azucenas de exquisita hermosura, que exhalaban una celestial fragancia. Dió el Ángel á cada uno de los dos su guirnalda, diciéndoles al presentarlas, que era regalo del Esposo de las Vírgenes, como prenda de la corona eterna que les disponia en el cielo; y dirigiendo después la palabra al neófito Valeriano, le dijo: *Pues has resuelto ser vírgen como tu casta esposa, me ordena Dios te diga de su parte, que le pidas lo que quisieres, porque está pronto á concedértelo.* Al oir estas palabras se postró en tierra Valeriano, y exclamó diciendo: *¡Ah Señor! la gracia que os pido es la conversion de mi hermano Tiburcio, porque siempre nos hemos amado tiernamente los dos; y así haced que logre la misma dicha que yo.* — *No podias pedir cosa mas agradable al Señor,* respondió el Ángel, *que la conversion de tu hermano, y su Majestad te la ha concedido.* Dicho esto desapareció.

No bien habian acabado su oracion los dos esposos Valeriano y Cecilia, colmados de un gozo celestial, y rindiendo al Señor mil bendiciones de gracias, cuando entró Tiburcio en el cuarto, y sintiendo la fragancia, preguntó de dónde podia nacer aquel suavísimo olor de rosas y azucenas, no siendo tiempo de ellas: *A mí me debes ese gusto,* respondió Valeriano sonriéndose: *ahora no percibes mas que el olor; pero en tu mano está tener tambien una guirnalda de azucenas y de rosas como yo la tengo.* Y echándole los brazos al cuello transportado de alegría, añadió: *Sábete que soy cristiano, y espero que presto lo serás tú tambien.* Contóle después todo lo que le habia pasado, y pidió á Cecilia que le explicase brevemente los misterios de nuestra Religion. Como la gracia obraba poderosamente en el alma de Tiburcio, abrió los ojos á la verdad, y exclamó diciendo: *Pues ¿qué es menester que yo haga?* — *Es menester,* respondió la Santa, *que sin la menor dilacion busques al santo pontífice Urbano para que te instruya, y recibas de su mano el santo Bautismo.*

No se puede explicar el gozo que recibió el santo Pontífice cuan-

do vió á Tiburcio postrado á sus piés, pidiendo le hiciese cristiano. Era Tiburcio un jóven de gallarda disposicion, de nobles y muy despejadas potencias, de singular vivacidad, y de una intrepidez increible. Detúvole san Urbano algunos dias en su compañía para catequizarle; y habiéndole después administrado el santo Bautismo, le volvió á enviar á su casa lleno de alegría, y tan abrasado en ardiente celo por la Religion, que ya todo su anhelo era dar la vida en defensa de ella.

No fue estéril ni ociosa la conversion de los dos santos hermanos: los pobres sintieron presto su efecto, pues muchos se vieron libres de sus miserias con sus cuantiosas y caritativas limosnas. Pero su caridad y su misericordia se explicó principalmente, asi en dar sepultura á los cuerpos de los santos Mártires que morian durante la persecucion, como en consolar y alentar á los que estaban encarcelados en odio de la fe.

No podia dejar de hacer gran ruido en la ciudad una virtud tan sobresaliente en personas de aquella edad, de aquel mérito, y de aquella calidad. Llegando á noticia de Almaquio, prefecto de Roma, y grande enemigo de los Cristianos, mandó comparecer ante su tribunal á los dos santos hermanos. Y habiéndose presentado: *Admirado estoy*, les dijo, *que unos hombres de vuestra distincion se hayan mezclado con esos miserables Cristianos, aborrecidos y despreciados de toda la tierra. ¿Es decente á personas de vuestra calidad juntarse con esa canalla? Si quereis hacer bien, ¿faltarán pobres honrados en quienes expendais vuestras limosnas?*

Bien se conoce, señor, respondió Tiburcio, *que conoceis poco á los Cristianos. Solo el título de siervo del verdadero Dios, en la única religion verdadera, vale mas que todas las riquezas y toda la nobleza. Hasta ahora no ha habido en el mundo pueblo tan discreto, nacion tan prudente como la de los Cristianos. Ellos desprecian lo que parece algo á los ojos de los hombres, y en la sustancia es nada; y ellos estiman lo que parece nada á nuestros ojos, y es todo en la sustancia.* — *Y bien*, replicó Almaquio, *¿qué viene á ser eso, que en si es nada aunque parece algo?* — *Este mundo*, respondió Tiburcio, *que solo es una figura fugaz y pasajera; esas honras vanas de que se apacientan los mundanos; ese fantasmon de gloria, esa quimérica felicidad de esta vida, tras la cual tan ciegamente se corre.* — *¿Y cuál es la otra cosa*, le pregunto Almaquio, *que pareciendo nada á nuestra vista, en la realidad vale por todo?* — *Es la vida eterna*, respondió Tiburcio; *aquella vida feliz para las almas justas, que no tiene fin; y aquella vida miserable para*

los pecadores, que jamás se acaba.—¿Quién te enseñó todos esos sueños y delirios? le volvió á preguntar Almaquio.—*No los llames así*, dijo Tiburcio: *llámalos verdades eternas, y te responderé que me las enseñó el Espíritu de mi Señor Jesucristo.—¿Quién fue el que te llenó la cabeza de tantos disparates?* insistió otra vez el Prefecto: *¿cuánto tiempo há que loqueas, que perdiste el juicio, y que diste en esas extravagancias?—Con vuestra licencia, señor*, respondió modestamente Tiburcio, *la locura y la extravagancia es adorar por Dios á una estatua de piedra ó de madera: la extravagancia y la locura es preferir un puñado de dias llenos de trabajos, cuidados y amarguras, á una felicidad llena y eterna. Cuando yo vivia ciegamente en el error en que vos estais ahora, entonces sí que era verdaderamente loco y extravagante: pero despues que mi Señor Jesucristo me abrió los ojos por su infinita misericordia, discurro con juicio, y hablo con prudencia.—Segun eso tu eres cristiano*, replicó el Prefecto.—*Sí señor*, respondió Tiburcio. *esa dicha tengo, y me precio mucho de ella.*

Irritado Almaquio de unas respuestas tan firmes, tan animosas y tan prudentes, mandó arrestar á Tiburcio; y volviéndose á Valeriano, le dijo: *Ya ves que tu pobre hermano ha perdido la cabeza.—Mucho os equivocais, señor*, respondió el Santo: *nunca le he visto con mayor juicio.—A lo que veo*, replicó Almaquio, *tan loco estás tú como él: en mi vida he visto mayor extravagancia.—No siempre hablareis ni discurrireis de esa manera*, respondió Valeriano: *algun dia conoceréis, aunque tarde, que la mayor de todas las locuras era creer que unos hombres embusteros, malvados y deshonestos en vida se convirtiesen en dioses despues de muertos. ¿Qué idea formais de la Divinidad? ¿puede imaginarse que hay mas que un Dios quien no haya perdido el uso de la razon? ¿hay en el mundo extravagancia mas visible que esa multitud de dioses y de diosas?*

No sabiendo Almaquio qué responder, entró en una especie de furor; y sin respetar la ilustre calidad de los dos santos confesores, los mandó apalear tan cruelmente, que faltó poco para que espirasen en aquel suplicio. En medio de él se les oia exclamar llenos de fervorosa alegría: *Seais, Señor, eternamente bendito por la gracia que nos haceis de que derramemos nuestra sangre por Vos, que os dignásteis redimirnos derramando primero la vuestra.*

Llevaron después á los dos santos hermanos á la cárcel, cuando Tarquiniano, asesor del Prefecto, le representó que si no quitaba presto la vida á aquellos dos caballeros, se aprovecharian del tiempo para repartir todos sus ricos bienes á los pobres, y nada se encon-

traria para el fisco. Hízole fuerza este dictámen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia fueron entregados los dos santos Mártires á un ministro, llamado Máximo, para que los condujese al suplicio. Admirado Máximo de verlos tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. *¿Pues no quieres,* le respondieron los dos fervorosos hermanos, *no quieres que no quepa el gozo en nuestros corazones, viéndonos ya en el término de esta triste vida, que propiamente es un miserable destierro, para dar principio á otra vida colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar?* — *Pues qué,* replicó Máximo, *¿hay otra vida mas que esta?* — *Y como que la hay,* respondió Tiburcio: *nuestra alma, que sola siente la alegría y la tristeza, es inmortal, y después de esta vida tan corta, tan llena de miserias y trabajos hay otra que no tiene fin. Esta es dichosa y feliz para los Cristianos que mueren santamente; y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueren cristianos.*

Penetrado Máximo de esta verdad, dijo á Tiburcio: — *Pues á ese precio yo quiero ser cristiano; y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida.* — *En esa suposicion,* le dijeron los dos Santos, *haz que se suspenda hasta mañana la ejecucion de la sentencia; llévanos á tu casa, y esta noche recibirás el santo Bautismo, para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de la gloria que gozarémos.* Hízose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máximo la misma santa Cecilia, y con sus fervorosas exhortaciones excitó en todos aquellos nuevos cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al dia siguiente, en el mismo punto en que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máximo sus dos resplandecientes almas como dos luminosos astros, conducidas en manos de Ángeles á la gloria, de donde se desprendia un brillante resplandor que le deslumbraba. No pudiendo contenerse ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones: *¡Oh generosos siervos del verdadero Dios! ¡oh qué dichosos sois! ¡oh quién pudiera comprender la gloria que gozais, y yo estoy viendo con mis propios ojos! ¡oh si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros, ya que tengo la dicha de ser tambien cristiano!* A esta ruidosa conversion de Máximo, uno de los principales ministros del Prefecto, se siguió la de otros muchos cristianos, y presto fue premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaquio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese molido á palos con

bastones gruesos y nudosos; lo que se ejecutó con tanta crueldad, que el santo Mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes Santos al principio del tercer siglo. Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el cuarto siglo fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año 740 el papa Gregorio III renovó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo Adriano I mandó edificar en honra suya una iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de santa Cecilia, por el papa Pascual, quien los colocó todos en una iglesia dedicada á esta santa Vírgen.

SAN PEDRO GONZALEZ, LLAMADO VULGARMENTE SAN TELMO, CONFESOR.

San Pedro Gonzalez, ó san Telmo, glorioso ornamento del Órden Dominicano, y uno de los mas brillantes astros de su siglo, nació en 1185, en la pequeña villa llamada Fromista, del obispado de Palencia, reinando en Castilla Fernando II. Diéronle sus padres una educacion cristiana tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento, y cuando tuvo edad para tratar de estudios, un tio suyo, que era á la sazon canónigo y luego fue obispo de Palencia, le llevó á su casa; y conociendo las bellas disposiciones que tenia su sobrino para las ciencias, le buscó los mas hábiles maestros, bajo cuya enseñanza hizo Pedro grandes progresos en las artes liberales. Dióle su tio un canonicato en la misma iglesia en edad que no tenia el asiento, ni la gravedad que para aquella dignidad se requeria; porque aunque era mucha su habilidad, siendo como era mozo, noble, rico y poderoso, todo respiraba locura y vanidad. Vacó la dignidad de dean, y fue promovido á ella Pedro por el Papa á instancias de su mismo tio; pero como el ilustre jóven se hallaba en lo mas florido de sus años, y era galan de cuerpo, inflamado su corazon con el honor de la nueva dignidad, no pudiendo contener la elacion dentro del pecho, dispuso celebrarla saliendo por la ciudad á caballo, acompañado de lucida comitiva que sirviese á su mayor vanidad. Salió el dia de la Natividad de Jesucristo vestido de seglar, desempedrando, como suele decirse, las calles con desenvoltura, y escandalizando á los que debiera edificar.

Pero el Señor, que de las cosas mas perdidas y desatinadas puede sacar fruto para bien de los que quiere salvar, ordenó que este mo-

traria para el fisco. Hízole fuerza este dictámen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia fueron entregados los dos santos Mártires á un ministro, llamado Máximo, para que los condujese al suplicio. Admirado Máximo de verlos tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. *¿Pues no quieres,* le respondieron los dos fervorosos hermanos, *no quieres que no quepa el gozo en nuestros corazones, viéndonos ya en el término de esta triste vida, que propiamente es un miserable destierro, para dar principio á otra vida colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar? — Pues qué,* replicó Máximo, *¿hay otra vida mas que esta? — Y como que la hay,* respondió Tiburcio: *nuestra alma, que sola siente la alegría y la tristeza, es inmortal, y después de esta vida tan corta, tan llena de miserias y trabajos hay otra que no tiene fin. Esta es dichosa y feliz para los Cristianos que mueren santamente; y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueren cristianos.*

Penetrado Máximo de esta verdad, dijo á Tiburcio: — *Pues á ese precio yo quiero ser cristiano; y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida. — En esa suposicion,* le dijeron los dos Santos, *haz que se suspenda hasta mañana la ejecucion de la sentencia; llévanos á tu casa, y esta noche recibirás el santo Bautismo, para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de la gloria que gozarémos.* Hízose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máximo la misma santa Cecilia, y con sus fervorosas exhortaciones excitó en todos aquellos nuevos cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al dia siguiente, en el mismo punto en que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máximo sus dos resplandecientes almas como dos luminosos astros, conducidas en manos de Ángeles á la gloria, de donde se desprendia un brillante resplandor que le deslumbraba. No pudiendo contenerse ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones: *¡Oh generosos siervos del verdadero Dios! ¡oh qué dichosos sois! ¡oh quién pudiera comprender la gloria que gozais, y yo estoy viendo con mis propios ojos! ¡oh si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros, ya que tengo la dicha de ser tambien cristiano!* A esta ruidosa conversion de Máximo, uno de los principales ministros del Prefecto, se siguió la de otros muchos cristianos, y presto fue premiada con la corona del martirio. Porque noticioso Almaquio de lo que pasaba, mandó que al punto fuese molido á palos con

bastones gruesos y nudosos; lo que se ejecutó con tanta crueldad, que el santo Mártir espiró en aquel tormento. Sucedió el martirio de estos grandes Santos al principio del tercer siglo. Sus cuerpos fueron enterrados á cuatro millas de la ciudad, cerca del lugar donde fueron martirizados. Desde el cuarto siglo fueron venerados con público culto en toda la Iglesia. El año 740 el papa Gregorio III renovó su sepulcro, y hácia el fin del mismo siglo Adriano I mandó edificar en honra suya una iglesia. En el año de 821 fueron trasladados sus santos cuerpos á Roma, juntamente con el de santa Cecilia, por el papa Pascual, quien los colocó todos en una iglesia dedicada á esta santa Vírgen.

SAN PEDRO GONZALEZ, LLAMADO VULGARMENTE SAN TELMO, CONFESOR.

San Pedro Gonzalez, ó san Telmo, glorioso ornamento del Órden Dominicano, y uno de los mas brillantes astros de su siglo, nació en 1185, en la pequeña villa llamada Fromista, del obispado de Palencia, reinando en Castilla Fernando II. Diéronle sus padres una educacion cristiana tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento, y cuando tuvo edad para tratar de estudios, un tio suyo, que era á la sazon canónigo y luego fue obispo de Palencia, le llevó á su casa; y conociendo las bellas disposiciones que tenia su sobrino para las ciencias, le buscó los mas hábiles maestros, bajo cuya enseñanza hizo Pedro grandes progresos en las artes liberales. Dióle su tio un canonicato en la misma iglesia en edad que no tenia el asiento, ni la gravedad que para aquella dignidad se requeria; porque aunque era mucha su habilidad, siendo como era mozo, noble, rico y poderoso, todo respiraba locura y vanidad. Vacó la dignidad de dean, y fue promovido á ella Pedro por el Papa á instancias de su mismo tio; pero como el ilustre jóven se hallaba en lo mas florido de sus años, y era galan de cuerpo, inflamado su corazon con el honor de la nueva dignidad, no pudiendo contener la elacion dentro del pecho, dispuso celebrarla saliendo por la ciudad á caballo, acompañado de lucida comitiva que sirviese á su mayor vanidad. Salió el dia de la Natividad de Jesucristo vestido de seglar, desempedrando, como suele decirse, las calles con desenvoltura, y escandalizando á los que debiera edificar.

Pero el Señor, que de las cosas mas perdidas y desatinadas puede sacar fruto para bien de los que quiere salvar, ordenó que este mo-

zo tan hermoso y tan galanamente adornado, desbocándose el caballo viniese á caer con él en un asqueroso lodazal, de donde salió hecho un monton de basura, silbado y burlado del mismo pueblo que pretendia espantar con su gallardía. Fue tal la vergüenza y confusion de este mozo al verse tan sucio y en lugar tan público, que con santo enojo embraveciéndose contra sí mismo iba diciendo: Pues el mundo me ha tratado como quien él es, y en el dia y la hora que me entregué yo en sus manos y busqué su gozo, me ha afrentado y burlado de esta manera; desde este punto quiero yo reirme de él, torciéndole el rostro y poniéndome en salvo donde no se burle de mí otra vez.

Era esto en los dias de santo Domingo de Guzman, cuando en Palencia estaba muy viva la memoria de esta gran lumbrera de la Iglesia. Edificábase en aquella ciudad un convento de su nueva Órden donde se guardaba la regla del santo Patriarca muy á la letra. Pareció á Pedro que en ella podria satisfacer á sus deseos, no otros que los de desnudarse del hombre antiguo y de todas sus concupiscencias, para vestirse del hombre nuevo con la estola de la gracia; y alentado de tan nobles pensamientos, abrazó el querúbico Instituto con el fin de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Vistió el santo hábito; y proponiéndose por modelo de todas sus operaciones al santo Fundador, puede decirse sin exageracion que salió la copia en todo parecida al original. Ningun novicio le hizo ventajas en la carrera de la perfeccion á que era llamado, ni ninguno le excedió en la exactitud de la observancia religiosa: en efecto su devocion, su humildad, su obediencia, su pobreza evangélica, su ardiente caridad, su oracion cási continua y su puntual asistencia á los oficios divinos y á los de comunidad, acreditaron desde luego que su vocacion habia sido uno de aquellos especiales llamamientos de la divina Providencia. Hizo su solemne profesion; pero no por eso se disminuyó su fervor, ni dejó las virtudes que practicó en el noviciado, antes bien, si cabe, las perfeccionó en el discurso de su carrera.

Quisieron los superiores valerse de una persona tan ilustre como Pedro para el principal designio del Instituto, que es la predicacion de la palabra de Dios; pero como era indispensable que para ello tuviese inteligencia en las ciencias sagradas, le mandaron que estudiase teología. Dedicóse el Santo á esta facultad con una aplicacion sin término, y especialmente á las santas Escrituras, ansioso de sacar de ellas, como de fuentes originales, las saludables aguas para utilizar al pueblo; y persuadiéndose que por el conducto de la ora-

cion facilitaria mas que por el estudio la consecucion de sus deseos, pedia al Señor por este medio que se dignase darle los talentos necesarios para hacerse digno de anunciar las verdades evangélicas. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de su siervo, y le concedió toda la ciencia, toda la virtud, y toda la eficacia que confiere á los operarios apostólicos, para que ejerzan dignamente las funciones de su ministerio.

Comenzó Pedro á predicar con tan nobles disposiciones; y correspondiendo el fruto á su celo verdaderamente apostólico, lograba cada dia maravillosas conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado que se resistiese á la voz de su triunfante elocuencia. Corrió por varios pueblos de Castilla, predicando en todas partes no solo con las palabras, sino con su edificante ejemplo; observando siempre la invariable costumbre de no salir de las casas en que se hospedaba, sin que confesasen todos los de la familia, moviéndoles á verdadera contricion con sus celosas exhortaciones, capaces de encender en el amor de Dios á los corazones mas endurecidos; siendo su vigilancia y su actividad tanta en esta parte, que cuando conocia que necesitaba alguno del sacramento de la Penitencia, no podia sosegar un punto, hasta que le administraba, sin reparar en las horas, en los tiempos, ni en las estaciones, prefiriendo la salvacion de las almas á su propia vida.

Extendióse la fama del célebre misionero apostólico por toda España; y deseando el rey Fernando III de Castilla valerse del auxilio del siervo de Dios, le llevó en su compañía en varias expediciones que hizo contra los moros; especialmente en la importantísima de Sevilla, creyendo firmemente que tendria con su apoyo felicísimos sucesos. No salieron frustradas las esperanzas del religiosísimo Monarca, pues á los fervorosos ruegos de Pedro para con el Señor, y á las eficaces predicaciones que hacia en el ejército, se debieron las repetidas victorias que consiguió aquel piadoso Príncipe de las lunas agarenas; confesando como tan católico, que mas confiaba en las oraciones del siervo de Dios que en el poder de sus armas.

Seria especie de prodigio si una santidad tan eminente como la de Pedro estuviese exenta de la prueba de la persecucion, con que acrisola el Señor la virtud de sus siervos. Aunque era tan notorio el candor y la angélica pureza de Telmo, con todo no faltaron libertinos del ejército, que resentidos del ardoroso celo y de la apostólica entereza con que predicaba contra las costumbres obscenas, solicitaban manchar su inocencia para desconceptuarle con el Rey.

Supo estas perversas intenciones cierta mujer prostituta, que hacia alarde de su habilidad en la materia, y se ofreció á pervertir al Santo, siempre que se le premiase su artificio. Prometiéronle sumas crecidas los descontentos, y hecho este pacto, se dispuso á poner en ejecucion uno de aquellos diabólicos pensamientos, que solo puede inspirar el enemigo de la salvacion y el protector de la impureza. Eligió una hora intempestiva, muy cerca la noche, para hablar al Santo, á pretexto que tenia que confesarse. Pero cuando se vió á solas con él, significó al Santo con las palabras mas seductivas y encantadoras el amor que la abrasaba, añadiendo lágrimas, suspiros y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de mas activo para hacer valer sus astucias y engaños. La oscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion y un amor, aunque falso, bien ponderado, hacian la tentacion de las mas terribles y peligrosas. Atónito quedó san Pedro oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero inspirado del cielo pensó en ver cómo podria ganar aquella alma. No permita Dios, respondió el Santo, que yo sea causa de tu mal: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de poco estarás satisfecha. Dicho esto, se apartó de ella, y juntando leña hizo una hoguera. Llamó á la mujer, y apenas se presentó cuando el Santo tendió su manto sobre la voraz hoguera, y echándose encima decia estas palabras: Si tan grande es el amor que me tienes, ven á gozar de él y satisfacerle á este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa. Diciendo esto, revolcábase el Santo en las llamas, sin que estas se atreviesen á dañarle, ni á chamuscar siquiera el pelo de sus vestiduras. Confusa y avergonzada la deshonesta mujer, postróse á los piés del Santo, pidió que la perdonase, y verificó llena de lágrimas la confesion que habia fingido para seducir la inocencia y honestidad. Así quiso Dios trocar esta mujer de vaso de desprecio en vaso de honor, y así quiso manifestar la santidad de su siervo con las pruebas auténticas que tiene la virtud.

Volvió el santo rey D. Fernando triunfante de las gloriosas expediciones que hizo contra los agarenos; y deseando Pedro continuar su ministerio libre de la emulacion de los cortesanos, se dedicó con nuevo ardor á la conversion de las almas. Predicó en todo el reino de Castilla lleno de aquel mismo fuego con que salieron del cenáculo los Apóstoles para la conquista del mundo; pero donde mas brilló su celo fue en la provincia de Galicia, que fue el teatro de sus laudables empresas, por haber residido en ella la mayor parte de su vida,

primero en Santiago, después en Lugo y en otros pueblos rio abajo del Miño hasta Ribadavia. Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite un compendio, á querer referir individualmente las portentosas conversiones que hizo en aquel país, donde correspondieron los frutos del celoso operario del Padre de familias al infatigable anhelo con que dispensaba las funciones de su ministerio; y el alto concepto que se mereció entre aquellos naturales que le oian y le veneraban como á un hombre venido de los cielos.

No fueron solos estos gloriosos hechos en órden á lo espiritual los que eternizaron la memoria de Pedro, pues su ardiente caridad se extendió á beneficiar á aquella region en lo temporal. Sentia el siervo de Dios los formidables estragos que causaba el caudaloso rio Miño cerca de Ribadavia con sus frecuentes inundaciones; y deseando evitar las desgracias que sucedian diariamente, pues eran muchas las gentes que se ahogaban vadeando este rio, determinó fabricar un puente junto al lugar de Castrillo, famoso por el monasterio en que a mediados del siglo X era prelada la reina Gotona, viuda de D. Sancho Ordoñez, rey de Galicia. Era aquella obra por el peligro de su situacion y por sus grandes costos para el poder de un rey; pero como el Santo tenia puesta toda su confianza en Dios, no reparó en las grandes dificultades que ofrecia aquel soberbio edificio, en el que trabajaba como uno de los peones, sin perjuicio de predicar todos los dias á la multitud de gentes que concurrian á aquel lugar, así por ver al nuevo Apóstol, como para admirar una obra tan magnífica, ejecutada sin otros fondos que los que suministraba al Santo la divina Providencia. Es cosa fuera de duda lo que se refiere de los peces que salian de la lengua del agua para que nuestro Santo tomase de ellos los que necesitase para que se alimentasen los operarios; y los demás no se partian de allí hasta que les echaba su bendicion.

Concluida la fábrica, se estableció Pedro en la ciudad de Tuy, no con otro fin que el de continuar su ministerio apostólico; el cual ejecutó con tanta edificacion y con tanto celo, que así en la ciudad, como en los pueblos de la comarca logró para Dios innumerables conversiones de pecadores; bien es verdad que dieron mucha eficacia á su predicacion los muchos milagros con que quiso el Señor manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo. Diéronle aviso cási á la misma hora de comer, que en Bayona de Tuy estaba gravemente enfermo un clérigo amigo suyo: partió á visitarlo inmediatamente con un religioso jóven y otro secular, y cuando llegaron á un

cerro llamado *Porcela de Arcela*, cansados y desmayados los compañeros, dijo el seglar al religioso: *Este Padre como está acostumbrado á comer poco, no siente el trabajo de otros, queriendo medirlos por su regla; sin atender que las edades ni los estómagos no son unos en todos.* Conoció el siervo de Dios por revelacion la murmuracion de los compañeros, y les mandó, que se acercasen á una piedra que les señaló, donde encontrarian lo necesario para socorrer su necesidad. Hiciéronlo ambos inmediatamente; y encontrando dos panes de extremada blancura y de un sabor admirable, no les quedó duda ser aquel alimento celestial. En aquella tierra predicó segun su costumbre con grande admiracion de sus moradores: despoblábanse los lugares en su seguimiento; de muchas leguas iban á oirle viejos, pobres, mujeres, enfermos, y toda suerte de gentes. Estando predicando en otra ocasion el Santo en Ramallosa, cuyo puente solicitó y obtuvo que se edificase, se movió una tempestad tan deshecha, que asustado todo el concurso, comenzó á huir precipitadamente: díjoles Pedro que se mantuviesen sin temor alguno, y alzando el brazo hácia las nubes, se dividieron en dos partes descargando una furiosa inundacion, sin que cayese una sola gota de agua sobre los oyentes. De esta manera corria aquellas tierras el siervo de Dios haciendo por todas partes el bien que podia.

Quiso el Señor premiar los grandes merecimientos de su siervo amado, y habiéndole revelado la hora de su muerte, lo manifestó así al pueblo, estando predicando un domingo de Ramos en el monasterio de Persecario, de religiosas Benedictinas. Regresó de allí á Tuy á tener en aquella ciudad la Semana Santa, y no dejó de predicar todos los dias en la catedral con el mas ardoroso celo, imitando en esto á Jesucristo, que predicó en el templo muchos dias antes de su muerte. Pasada la Pascua de Resurreccion, enfermó de una recia calentura; aunque sintiéndose de ella algo aliviado, sacando fuerzas de flaqueza se puso en camino para Santiago con deseos de morir en el convento de su Órden; pero llegando á la villa de Santa Columba, entendiendo que era venida la hora de su muerte, dijo á su compañero: Hijo, Dios quiere que muera yo en Tuy; no se puede salir de su mandamiento, ni es justo que yo lo quiera: volvamos como mejor pudiéremos, y dentro de pocos dias nos separarémos. Al llegar á Tuy arreció mucho la calentura, y recibidos los últimos Sacramentos con aquel fervor y con aquella devocion que era propio de su ternura, llamo al huésped de la casa donde estaba, que entonces no habia convento de su Órden en aquella ciudad, y le dijo: «Amado mio, el Se-

«ñor me llama para pagar con gran premio mis pequeños servicios. «Hame prometido que por mis ruegos protegerá á esta ciudad y su «comarca, y la librará de los muchos castigos que por sus pecados «merece. Perdóname el trabajo y molestia que te he causado con mi «enfermedad, y espera que Dios te lo pagará largamente. Yo soy «pobre, y no tengo cosa temporal que darte: toma este cíngulo mio, «y guárdalo, que algun dia te aprovechará.» Tomólo el huésped, y luego fue colocado en el relicario de la catedral junto con el báculo y capa del mismo Santo. Queriendo utilizar los instantes que le restaban, no parecia posible amor de Dios mas encendido ni mas generoso que el que manifestó esta dichosa criatura en los últimos períodos de su vida; y abrasado en divinos incendios, rindió su espíritu en manos del Criador entre la Pascua y Pentecostes del año 1246, bien que algunos señalan el de 1240.

El obispo de Tuy D. Lucas, aquel insigne escritor de la Historia de España, mandó celebrar las exequias del Santo con toda la posible magnificencia, depositando después el venerable cuerpo con sus propias manos en el sepulcro que hizo colocar entre el coro y la puerta principal de la catedral. No tardó Dios en manifestar la gloria de su siervo con repetidos prodigios; memorable entre ellos la destilacion de un aceite milagroso de admirable fragancia, que manó por algun tiempo de su sepultura, semejante al que se dice haber sudado aquel precioso monumento del monte Sinai, en que por ministerio de Ángeles fue depositado el cuerpo de santa Catalina: con una virtud especial para la curacion de varias enfermedades; del que llenaron un vaso los canónigos, y duran algunas gotas hasta el presente.

Crecian de dia en dia los milagros que obraba Dios por la intercesion del Santo; y queriendo acreditarlos en forma D. Gil, obispo de Tuy, sucesor de D. Lucas, hizo informacion judicial de ellos, en la que depusieron noventa y siete testigos de doscientos ocho milagros hasta entonces conocidos, enviando esta sumaria al capítulo general que celebró el Órden de Predicadores en Tolosa en el año 1248, para que solicitase la beatificacion y la canonizacion del siervo de Dios; cuyas reliquias trasladó D. Diego Avellaneda, obispo de Tuy, del primer depósito á la capilla de los señores obispos; como en efecto lo ejecutó en 22 de enero de 1529, encerradas en una arca primorosa de plata. Pero pareciéndole á D. Diego de Torquemada, que un justo tan insigne, y á quien el cielo distinguia con tantos milagros, no debia estar confundido con los obispos, resolvió edificar una suntuosa capilla donde se venerase el cuerpo de san Pedro. Ejecu-

tose así, y se trasladaron á ella las sagradas reliquias en 27 de abril de 1579. Finalmente, habiéndose justificado en debida forma que el culto inmemorial que se tributaba al siervo de Dios desde su feliz tránsito era de los exceptuados de los decretos de Urbano VIII, lo aprobó el papa Benedicto XIV en el año de 1741, y concedió que se celebrase su fiesta con oficio y misa propia en todo el Orden querúbico, en el obispado de Tuy y de Palencia, y despues en todas las diócesis de España.

La proteccion de nuestro Santo para con los navegantes ha fomentado la universal devocion que le tienen los pueblos de nuestra costa. Especialmente le hacen gran fiesta en Lisboa, en Vizcaya y en Guipúzcoa, donde es llamado San Telmo, nombre por el cual le conocen los marineros, y le invocan en las tempestades y peligros de mar. Estando una vez un marinero en la gavia alta de su nave, se levantó un viento tan furioso que dio con el hombre en el mar: encomendose á san Pedro Gonzalez, y el santo Confesor con el hábito de su Orden le apareció y le cogió por la mano, diciendo: *Pues me has llamado, yo te quiero socorrer;* y le llevó á la nave que ya se habia alargado buen trecho. En otra tormenta muy horrible y peligrosa, llamandole los marineros á voces y con grandes plegarias, se vieron milagrosamente en su salvamento. Alabemos á Dios por los beneficios que nos dispensa en sus Santos, y porque en nuestro san Pedro quiso de varias maneras manifestarse grande y maravilloso.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui in maris periculis constitutis beati Petri opem singularem ostendis: ejus nobis intercessione concede; ut in hujus vitae procellis tuae gratiae lumen semper affulgeat, quo aeternae salutis portum invenire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que manifiestas el singular patrocinio del bienaventurado Pedro con los que se hallan en los peligros del mar; concédenos por su intercesion, que en medio de las borrascas de esta vida, no perdamos jamás de vista la luz brillante de tu gracia, con la cual lleguemos á encontrar el puerto seguro de la gloria eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de san Pablo á los Tesalonicenses, capítulo II.

Fratres: Fiduciam habuimus in Deo nostro loqui ad vos evangelium Dei in multa sollicitudine. Exhortatio enim nostra non de errore, neque de immunditia, neque in dolo, sed sicut probati sumus à Deo ut crederetur

Hermanos: Tuvimos confianza en nuestro Dios de hablaros el evangelio de Dios con mucha solicitud. Porque nuestra exhortacion no es nacida del error, ni de la inmundicia, ni es engañosa: sino así como Dios nos ha pro-

vobis evangelium Dei non solum in verbo, sed etiam in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa. Sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis, et Domini, suscipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus Sancti: ita ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Achaia. A vobis enim diffamatus est sermon Domini non solum in Macedonia, et in Achaia, sed in omni loco fides vestra, quæ ad Deum est, profecta est, ita ut non sit nobis necesse quidquam loqui. Ipsi enim de nobis annuntiant qualem introitum habuerimus ad vos, et quomodo conversi sitis ad Deum a simulacris, servire Deo vivo et vero, et exspectare Filium ejus de cœlis, quem suscitavit a mortuis, Jesum, qui eripuit nos ab ira ventura. Ipsi enim scitis, fratres, introitum nostrum ad vos, quia non inanis fuit: sed ante passi et contumeliis affecti, sicut scitis, in Philippis, fiduciam habuimus in Deo nostro loqui ad vos evangelium Dei in multa sollicitudine. Exhortatio enim nostra non de errore, neque de immunditia, neque in dolo, sed sicut probati sumus a Deo ut committeretur nobis evangelium, ita loquimur: non quasi placentes hominibus, sed Deo, qui probat corda nostra. Neque enim aliquando fuimus in sermone adulationis, sicut scitis, neque in occasione avaritiæ, Deus testis: nec quærentes ab hominibus gloriam, neque a vobis, neque ab aliis. Cum possemus vobis oneri esse ut Christi apostoli: sed facti sumus parvuli in medio vestrum, tamquam si nutrix fovet filios suos. Sic desiderantes vos, cupide volebamus tradere vobis non solum evangelium Dei, sed etiam animas nostras: quoniam charissimi nobis facti estis.

bado para confiarnos su evangelio, así hablamos, no pretendiendo agradar á los hombres, sino á Dios que sabe cómo son nuestros corazones. Porque bien sabeis que nunca os hemos hablado palabras de adulacion: ni hemos vivido dándoos ocasion de avaricia, de lo que Dios es testigo: ni tampoco buscando entre los hombres nuestra gloria, ni entre vosotros, ni entre otro alguno. Pudiendo seros gravosos como apóstoles de Jesucristo, nos hemos hecho como párvulos en medio de vosotros, á manera de una nodriza que cría á sus hijos. Tratándoos de este modo, deseabamos con ansia no solo entregaros el evangelio de Dios, sino tambien nuestra misma alma: porque os estimamos muchísimo.

REFLEXIONES.

El carácter de los predicadores del Evangelio es todo el asunto de la epístola que la santa Iglesia aplica al Santo que celebra en este dia. Aquellas expresiones vivas y llenas de toda la eficacia de la verdad y del desinteres con que habla san Pablo á los Tesalonicenses, deberian perfeccionar las grandes virtudes de un Santo, que tanto ahora resplandece por el ministerio de la palabra. Nada predica tan bien como el ejemplo. Toda la humana elocuencia no podrá jamas igualar la fuerza á una sola voz que intimen las obras. Jesucristo comenzó primeramente á hacer, y despues á enseñar aquello mismo que obraba. Esa doctrina que mandó á sus Apostoles, y que tanto ha practicado por todos los Santos, no se privativa de aquellos que tienen en la Iglesia el ministerio de enseñar. Es verdad que á ellos principalmente está destinada, bajo de la pena de aquella maldicion que Jesucristo echó á la higuera, por haber advertido en ella gran pompa de hojas, en que estaban engalanadas las palabras, y nada de fruto, en lo que se da á entender la carestía de buenas obras. Es verdad que á los predicadores evangélicos se dirige principalmente lo que dice san Pablo en la segunda á los Corintios, cap. VI: *A ninguno damos ocasion de ofensa, para que nuestro ministerio no sea despreciado*, pero estas verdades comprenden tambien á todos aquellos á quienes de cualquiera manera les incumbe el oficio de enseñar á sus inferiores.

Un padre, una madre de familias, ¿cómo podrán reprender en sus hijos ni en sus criados aquellos mismos defectos de que su conciencia les acusa reos? Está muy bien que diariamente enseñen á su familia, que la doctrinen en las máximas de la moral cristiana, que cuiden mucho del genio y operaciones de cada uno para darle la direccion correspondiente; y últimamente, que como jueces domésticos corrijan y castiguen los defectos ó delitos que encuentren dignos de experimentar su severidad. Pero todos los padres de familia deben tener entendido, que nada será tan eficaz para reprender el vicio, ó para recomendar la virtud, como sus mismas obras.

Un hijo que ve el desórden con que vive su padre entregado al juego, á la diversion, á los espectáculos, al lujo; que mira muchas veces correr por las mejillas de su madre las lágrimas que brota un corazon resentido y despreciado; que advierte el abandono con que mira todas sus obligaciones, aun las mas necesarias para el sustento, y las mas sagradas por su estado; ¿qué caso ha de hacer este hijo de las reconvenciones de su padre, cuando quiera reprenderle iguales desórdenes y extravíos á los que él comete? ¿Cómo será posible que logre la enmienda de unos delitos que está recomendando con sus obras? *Y tú*, dice san Gerónimo, podrá responder el hijo, *¿por qué no haces lo que enseñas?* Pero por el contrario: si el superior de una familia vive arreglado, cada palabra suya es espada de dos filos: basta sola su presencia para contener los excesos, y muchas veces bastará tambien para castigarlos en aquel que no se haya desnudado del pudor y de la sensibilidad.

El Evangelio es del capítulo x *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntes praedicate, dicentes: Quia appropinquavit regnum coelorum. Infirmos curate, mortuos suscitate, leprosos mundate, daemones ejicite: gratis accepistis, gratis date. Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris: non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque virgam: dignus enim est operarius cibo suo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Id y predicad, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos. Sanad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios: graciosamente recibísteis, dad graciosamente. No poseais oro, ni plata, ni traigais dinero en vuestras bolsas: ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el obrero de su alimento.

MEDITACION.

De la correspondencia que guarda el mundo con sus partidarios.

Punto primero.—Considera que el mundo es tan infiel y tan inconsiguiente, que por lo regular á nadie trata peor que á aquellos que se declaran por de su partido. Es natural en los hombres estimar á los que convienen con sus pensamietos, y dar honor á aquellos que aprueban y ensalzan sus caprichos. Como este es un efecto de la semejanza que tienen entre sí las almas, es consecuencia segura el amarse mútuamente los extravagantes, los viciosos y los caprichudos. ¿Quién habia de creer que el mundo, compuesto por la mayor parte de las tres clases dichas, no habia de seguir en sus operaciones aquellas mismas reglas? La conversion del Santo que celebramos este dia manifiesta con claridad lo insubsistente de este modo de pensar. Mientras sigue ciegamente sus banderas, le ama, le estima, le celebra; pero con un amor falso, que cási está tocando con el odio. Contempla sino al jóven Pedro sobre un poderoso caballo ricamente enjaezado, haciendo alarde de su lozanía, de su habilidad, de su poder, y de los muchos amigos que le acompañan.

El mundo le admira, le aplaude, le colma de sus elogios, y levanta al cielo las voces con que explica sus lisonjas. Contemplad al mismo jóven derribado en el suelo, hollado del mismo bruto que montaba, afeado con la suciedad del cieno en que se veia sumergido, y mirad al mundo, que debia compadecerle, ayudarle, levantarle y cubrir su ignominia, celebrar con grandes carcajadas y gran fiesta su desventurada caida, mirar con risa su vituperio, y convertir en denuestos, chufletas y baldones los recientes aplausos. Este es el mundo, este su genio; esta infidelidad caracteriza su correspondencia para con los que siguen sus máximas. Pensar que ha de ser humano y condescendiente aun con los de su partido, es pensar que puede hallarse la virtud en un país sojuzgado y dominado por los vicios.

Con todo eso, tú le crees y le sigues: tú aprecias los vanos aplausos con que te entretiene mientras se llega el momento de hacer burla de tí. ¡Oh desventurado! ¡oh necio! *Guárdate*, dice san Agustin (*Serm.* LXXXI), *de que los amadores del mundo turben tu juicio, y te engañen y seduzcan. Ten entendido*, dice el mismo (*Epist. 26. núm. 2*), *que los lazos con que el mundo te cautiva y aprisiona tienen verdadera aspereza y falso deleite, dolor cierto é incierta delicia; un duro traba-*

jo, y un descanso receloso, una posesion llena de miseria, y una esperanza vacía de felicidad. En todo observa las inicuas leyes de una verdadera protervia. Si ensalza, no es para otra cosa que para preparar una ruidosa caida; si abate, es para aniquilar el mérito y la virtud; si te alaba, es para hacer mas reparable tu burla, y mas ignominiosa tu vergüenza; y cuanto ejecuta con sus partidarios, es dirigido únicamente á su precipicio. ¿No serán suficientes estas consideraciones para que conozcas el carácter del mundo, y te resuelvas á abandonarle para siempre?

Punto segundo. — Considera que no solamente se mofa el mundo de aquellos que mas exactamente observan su doctrina, sino que además los castiga con infortunios, desventuras, suplicios y una infamia eterna. Fija tus ojos en esos ídolos del poder, que fueron en sus dias los árbitros de la suerte de los hombres, y los objetos magníficos á donde dirigió sus elogios la elocuencia del mundo. Trae á la memoria tanto conquistador, tanto guerrero, tanto filósofo, que fueron en su tiempo el motivo de las admiraciones universales: ¿qué les ha tributado el mundo por sus servicios? ¿con qué ha recompensado sus obras? Un César, un Neron, un Eliogábalo, un Trajano, que sirvieron al mundo con el mayor esmero, y pusieron en él toda su gloria, ¿qué concepto le merecen al mismo mundo? La muerte violenta de casi todos ellos manifiesta, que si el mundo detestó su existencia cuando le servian, era preciso que no le fuese después mas grata su memoria; y así se experimenta. El cruel, el lascivo, el ambicioso, el voluptuoso, el obsceno: hé aquí los títulos con que se notan en las historias sus nombres.

A esta infamia precede un interior tormento, que no se echa de ver en los que siguen al mundo; pero realmente ellos le padecen. Nada de cuanto tienen les sacia, antes bien no parece sino que aumenta su sed, y enardece su ambicion la seguridad y posesion de la cosa pretendida. Y ¿cuántas inquietudes deben acompañar á esta posesion tal vez injusta? *Aquellas riquezas*, decia san Agustin (*Serm.* XIV), *que pensais son el depósito de las delicias, son en la realidad el depósito de los peligros. Aquel era pobre; pero dormia seguro: el sueño se acercaba con mas facilidad á la tierra dura que al dorado lecho. Comparad los cuidados que despedazan á los ricos con aquella dulce tranquilidad de los pobres, que alarga sus dias, y los llena de sosiego y de ventura.* Preciso es conocer que el mundo infiel y mentiroso en sus promesas, no solamente persigue á los siervos de Jesucristo, sino

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

que á sus mismos amadores y partidarios los engaña, los vitupera, los mofa, los castiga.

Y ¿tendrá no obstante esto tanta fortuna el mundo, que te cuente á tí en el número de sus partidarios? Si todo racional aborrece la falsedad y la protervia, y basta cualquier defecto en este punto para aniquilar en un instante la amistad de muchos años, ¿serás tan insensible que conozcas la traicion que te se hace, y ames y sirvas no obstante al traidor? Apenas has empleado tu vida en otra cosa que en seguir al mundo, y proclamar su doctrina con tus obras. ¡Cuántos desasosiegos, cuántas amarguras por complacerle! Y ¿cuál ha sido el premio con que ha recompensado tus fatigas? ¿Qué tienes, qué posees por fruto de tus obsequios y trabajos? *Llegó la hora de la muerte*, dice el Espíritu Santo (*Psalm.* LXXV), *y los varones de riquezas, los hombres del mundo se encontraron con las manos vacías.* Tú, además de esta burla, estás hecho el juguete de tus deseos, consumido de tus vanas esperanzas, y mortificado de mil maneras. En vista de semejantes perfidias *dejad de amar al mundo y á cuanto hay en él*, que es el clamor de san Juan Evangelista (*I cap.* II).

JACULATORIAS.—¡Oh! el mundo y su falso amor se desvanecen y pasan como si fuera una sombra. (*I Joan.* II).

Con sabia providencia, Dios mio, llenastes los bienes terrenos de amarguras, para que el corazon del hombre no se fije sino en el bien eterno para que le criaste. (*Aug. in Enarr. in Psalm.* XL, *num. 5*).

PROPÓSITOS.

1 Es necesario mudar el corazon, esto es, es preciso mudar los afectos. Conocido un daño, es el extremo de la estupidez permanecer sin pensar en el remedio. Ya sabes que el mundo es infiel, que es protervo, que paga los obsequios y servicios con positivos daños; con qué es preciso volver en tu acuerdo, y atajar los progresos á los daños que hasta ahora has padecido. Y ¿qué remedio? En tu mano está, y ya está dicho: mudar la direccion de tu amor: inclinar el corazon al objeto que de justicia merece, y debe ser amado. Es preciso levantar el corazon, y dejar de habitar con él en donde estamos necesitados á asistir con el cuerpo. Lo que no es necesario debe excusarse, *que al dia le basta su malicia* (*Matth.* VI). *Nosotros estamos muertos*, decia san Pablo (*ad Col.* III), *y nuestra vida está escondida en Dios juntamente con Cristo.* Muertos para el mundo, y vivos para el cielo, deben ser nuestras obras propias de unos hombres celestia-

les, ó á lo menos no debemos permitir que nuestro corazon se fije en este mundo, á cuyas pompas hemos renunciado.

2 Hechos cargo de su falsedad, debemos clamar con el profeta David (*Psalm.* LXXXV): *Henchid, Señor, el alma de este vuestro siervo de vuestra soberana alegría, pues yo he levantado ya á Vos mi espíritu. Estaba antes apegado á la tierra, y sentia en ella una verdadera amargura: para que no se secase de melancolía, y perdiese toda la suavidad de tu gracia, levanté á tí mi espíritu; llenadle, Señor, de vuestras celestiales delicias. Vos solo sois verdadera dulzura; porque el mundo no da de sí, ni tiene mas que hiel, acíbar y amargura.* (*Aug. Enar. in Psalm.* LXXXV). «A cualquiera parte que se vuelvan los ojos no encontrarán mas que escándalos, temores, tribulaciones y peligros. «¿En qué hombre se hallará seguridad? ¿Quién será capaz de proporcionarte una sólida y verdadera alegría? Ni tú á tí mismo: «¡cuánto menos deberás esperarlo de cualquier otro!» (*Aug. ubi supra*).

3 Luego no hay otro remedio mas que colocar en Dios todas nuestras esperanzas, todos nuestros deseos y todos nuestros cuidados. Ningun otro medio de vivir tranquilos y seguros. Aquella pretension fastidiosa que me apura la paciencia, y me obligaba á atropellar la justicia, la abandonaré desde este dia: aquellos obsequios que tributaba al capricho, á la novedad, á la locura, para merecer las atenciones del mundo, desde hoy mismo han de quedar abandonados. Mis palabras no servirán ya á la lisonja y á la adulacion, sino solamente a la verdad: mi corazon tendrá paz, porque se desarraigará del mundo, y se levantará al cielo. Despreciaré al mundo antes que él me haga esta burla junta con un eterno daño: y sepa que si hay quien le siga ciegamente, tambien hay quien sepa despreciarle.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

SANTAS BASILISA Y ANASTASIA, mujeres nobles y discípulas de los Apóstoles, en Roma, las cuales permaneciendo constantes en la fe en tiempo del emperador Neron, les cortaron primero la lengua y los piés, y luego siendo degolladas alcanzaron la corona del martirio. *(Véase su noticia en este dia).*

LOS SANTOS MÁRTIRES MARON, EUTIQUES Y VICTORINO, en el mismo dia, los cules juntamente con SANTA FLAVIA DOMITILA estuvieron mucho tiempo desterrados en la isla Poncia por la confesion de Cristo; después en tiempo del emperador Nerva se levantó el destierro; y como no dejasen de convertir almas á Jesucristo, en la persecucion de Trajano mandó el juez Valeriano que fuesen muertos con diversos géneros de suplicios.

Los santos mártires Máximo y Olimpias, en Persia, los cuales en el imperio de Decio, primeramente fueron azotados con manoplas de plomo y con manojos de varas, y después les dieron palos en la cabeza hasta que espiraron.

San Eutiquio, mártir, en Ferentino en Toscana.

San Crescente, en Mira, ciudad de Licia, el cual consumó el martirio quemado en una hoguera.

Los santos mártires Teodoro y Pausilipo, tambien en Mira de Licia los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Adriano.

SAN BENITO EL MOZO, LLAMADO COMUNMENTE SAN BENITICO, CONFESOR.

San Benito, llamado san Benitico por sus pocos años y por su pequeña estatura, fue un pastorcillo de las cercanías de Aviñon, á quien el Señor quiso prevenir casi desde la cuna con las mas dulces bendiciones de su gracia; contentándose con mostrarle al mundo, como uno de aquellos prodigios que deja ver en él de tiempo en tiempo para crédito de su poder, para ejemplo de nuestra tibieza, aliento de nuestra fe, y confusion de nuestro orgullo.

Nació el año de 1165 en una aldea, que entonces se llamaba Almilat, y puede ser que sea la que ahora se llama Alvilar en el Vivarés, diócesis de Viviers, á tres jornadas de Aviñon. Perdió á su padre siendo muy niño; y cuando llegó á la edad de nueve ó diez años, su madre, que le habia criado en el temor santo de Dios, le dió á guardar un hatico de ovejas, á que estaba reducida toda su hacienda. Habiéndose criado nuestro pastorcillo en esta inocencia y simplicidad de costumbres y de fortuna, siendo de edad de doce años le dió el Señor a conocer con modo muy extraordinario, que le habia escogido para obrar grandes maravillas.

El dia 13 de setiembre del año de 1177, dia señalado por un eclipse de sol, hallándose en el campo nuestro zagalillo guardando sus ovejas, oyó por tres veces una voz del cielo que le dijo: *Benitico, hijo mio, oye la voz de Jesucristo.* — Admirado el niño de oir que le hablaban, y de que no veia á nadie, respondió: *Señor, ¿quién sois vos que me hablais; porque yo os oigo, pero no os veo?* — *No temas, hijo,* prosiguió el Salvador, *óyeme, y haz lo que te diré. Yo soy Jesucristo, tu Dios, que con una sola palabra crié todas las cosas de nada, y puedo hacer todo lo que quiero.* — *Pues, Señor, ¿qué quereis que haga?* le preguntó Benitico. — *Quiero que dejes las ovejas, y que vayas á fabricar un puente sobre el Ródano.* — *No, Señor, no puede ser*, replicó el inocente niño, *porque yo no sé qué cosa es Ródano, y no me*

atrevo á dejar solas las ovejas de mi madre.—Obedece con rendimiento y sin réplica, le dijo el Salvador, *que yo proveeré á todo. Yo cuidaré de las ovejas, y te enviaré presto quien te guie al Ródano.—Pero Señor*, replicó el niño, *un puente no se hace por poco dinero, y yo no tengo mas que tres maravedís: ¿qué caudal es este para una obra tan grande?—Pon toda tu confianza en mí*, respondió el que le hablaba, *y no te dé pena otra cosa*. Penetrado el chico de admiracion y de una vivísima confianza, dejó al punto las ovejas, y luego se puso en camino. A pocos pasos vió á su lado á un gallardo jóven en traje de caminante, con su palo en la mano, y con unas alforjas al hombro, que le dijo venia á llevarle al Ródano, hasta ponerle en el paraje donde queria Dios que fabricase el puente.

Aunque habia tres dias de camino, se asegura que llegaron en menos de tres horas. Viéndose Benitico á la orilla del Ródano, enfrente de Aviñon, considerando así lo ancho como lo rápido del rio, quedó espantado, y dijo al que le guiaba: *Aquí es imposible hacer puente.—No temas, hijo*, le respondió el Ángel: *haz lo que Dios te manda, que este Señor nunca manda cosas imposibles, y presto lo experimentarás. Pasa la barca, preséntate al obispo de Aviñon, y díle la comision que llevas*. Diciendo esto desapareció el Ángel, y el niño se sintió animado de nuevo aliento y de nueva confianza.

Pidió al barquero que le pasase por amor de Jesús y de María; pero el barquero era judío, y puso mala cara á la peticion. Ofrecióle los tres maravedís que tenia, por los cuales le pasó, y le puso á la puerta de la ciudad. Entró en ella Benitico, y se fué derecho á la iglesia, donde á la sazon estaba el obispo predicando. Sin mas formalidad ni preámbulo le interrumpió el inocente niño, y dijo en voz alta, que le enviaba Dios para que levantase un puente sobre el Ródano. Todo el auditorio se echó á reir, y el obispo, que se llamaba Poncio, pareciéndole que aquel muchacho seria algun pobrecito simple, mandó que le sacasen de la iglesia, diciéndole al mismo tiempo como por burla, que si queria levantar el puente fuese á estar con el preboste de la ciudad. Era el preboste hombre serio y mal condicionado, muy á propósito para si el chico estaba loco hacerle cuerdo con los azotes. Oyó Benitico las palabras del Obispo, y entendiéndolas como sonaban, se fué derecho á casa del preboste, y le dijo con grandísima inocencia: *Señor, Dios me envia á fabricar un puente sobre el Ródano, y es menester que V. me ayude*. El preboste, mirándole con ceño y con severidad, pero sin poder contener la risa, le respondió: *Sí, niño, me parece muy bien;* y señalando con la mano

una gran piedra que habia en el patio, tan gruesa y tan corpulenta que treinta hombres juntos apenas la podrian mover, añadió: *pero es menester que lleves á cuestas esa piedra, porque es la primera que hemos de poner en la obra.* Al instante se fué Benitico á donde estaba la enorme losa, y haciendo la señal de la cruz, la tomó, y se la puso sobre la cabeza con la misma facilidad con que pudiera una china.

Quedaron todos atónitos á vista de aquel prodigio. Informado el Obispo acudió al punto con todo el pueblo á casa del preboste; y Benitico, cargado con aquel disforme peso, atravesó toda la ciudad, acompañado del Obispo, nobleza y magistrado, y llegando á la orilla del Ródano sentó la piedra en el paraje donde comienza el puente, habiendo tantos testigos de esta maravilla como vecinos tenia entonces Aviñon.

Ya se dejan discurrir los efectos que causaria el prodigio: todos gritaban, milagro; y el preboste, arrojándose á los piés del Santo se los besó con humildad, y le entregó de contado trescientas piezas de plata para dar principio á aquella grande obra. El Obispo, el clero, la nobleza y el pueblo, todos á porfía le tributaban iguales muestras de veneracion; y queriendo todos contribuir á obra tan milagrosa, en menos de dos horas se juntaron cinco mil monedas, que en aquel tiempo era una suma muy considerable.

A la verdad, no contribuyeron poco á la liberalidad de los vecinos de Aviñon las maravillas que se siguieron á la primera. Muchos enfermos quedaron de repente sanos solo con besar la mano, ó tocar la ropa de nuestro Santo, contándose hasta diez y ocho milagros en aquel primer dia. Y la prueba mas concluyente de que Dios le habia destinado para aquella grande obra fue la continuacion de prodigios que sucedieron mientras duró su construccion; no siendo el menor de todos la prudencia, la sabiduría y la penetracion de que Dios habia dotado al santo niño, en una edad en que apenas despunta la razon, dirigiendo toda la fábrica con tanto acierto, que los mas hábiles maestros estaban asombrados.

Mientras tanto iba prosiguiendo la obra; y lo que los emperadores romanos, y los mas poderosos reyes de Francia, ó no tuvieron aliento para emprender, ó no pudieron conseguir, se vió cási perfeccionado en el ceñido espacio de siete años, mas que por la multitud de los oficiales, por la poderosa direccion del milagroso arquitecto.

Creciendo y dilatándose mas cada dia la fama de nuestro Santo, concurrieron á él muchas personas, así para tener parte en sus trabajos, como para aprovecharse de su doctrina y de sus ejemplos.

Formóse, pues, una especie de comunidad ó congregacion religiosa, bajo la conducta y gobierno de Benitico, que con el título *de Hermanos del puente* tenian á su cargo la superintendencia de la obra, velaban sobre sus reparos, y hacian al público muy importantes servicios. Al mismo tiempo fundó nuestro Santo un hospital para los peregrinos, del que cuidaban tambien los Hermanos del puente, en el cual se vió renovado el fervor y la caridad de los primitivos cristianos.

Dióse principio al milagroso puente el año de 1177, y en el espacio de siete años se acabaron todos los pilares y se perfeccionaron cási todos los arcos, á pesar de la profundidad y la violencia de uno de los mas rápidos y mas caudalosos rios del mundo. Hizo cuanto pudo el enemigo de las obras de Dios, ó para estorbar, ó á lo menos para destruir esta, que tan visiblemente publicaba su bondad y su poder. En cierto dia que nuestro Santo se hallaba en oracion á cinco ó seis leguas de Aviñon, le reveló Dios el accidente que acababa de suceder por malignidad del príncipe de las tinieblas; y dijo á sus compañeros: *Hermanos, vamos luego á reparar un arco del puente que el diablo acaba de arruinar*. Vieron despues los Hermanos con sus mismos ojos que el Santo no les habia engañado, y que solo Dios pudo revelarle el accidente que habia sucedido.

Entraba Benitico en los diez y nueve años de su edad cuando el Señor le reveló tambien el dia de su muerte. Dispúsose á ella con nuevo fervor y con mayores penitencias; y asaltado de una enfermedad que parecia ligera, teniendo por cierto que se iba acercando su postrera hora, recibió los Sacramentos con extraordinaria devocion. Y como el amor que habia profesado siempre á la santísima Vírgen, á quien llamaba su querida madre, habia sido muy tierno durante la vida, se explicó mas ardiente y mas fervoroso en las cercanías de la muerte. Aquella confianza sin límites en los dulcísimos nombres de Jesús y de María, que no se le caian de la boca, daba á conocer á todos los circunstantes los tiernos y los encendidos afectos de su abrasado corazon.

Luego que se extendió por la ciudad la noticia de su enfermedad, se sobresaltó toda ella, y su muerte llenó de luto á todo el condado de Venesin. Sucedió esta el dia 14 de abril de 1184; y habiendo merecido en vida tan elevado concepto de su grande santidad, fácilmente se deja discurrir cuánta seria la pública veneracion que logró después de muerto. Atropellábanse todos con el ansia de besar el santo cadáver, y por el deseo de lograr alguna reliquia suya, siendo ob-

jeto del culto y veneracion universal de nobleza y clero todo lo que habia servido para su uso. Hubo una piadosa competencia entre el obispo, el preboste de la ciudad y los cabildos, sobre quién habia de llevar el santo cuerpo; pero fue menester rendirse todos á la voluntad del Santo, que estando para morir, declaró su deseo de ser enterrado en la capillita que él mismo habia labrado sobre el tercer pilar del puente, donde tenia de ordinario largas horas de oracion. Las exequias mas parecian triunfo que pompa funeral. Metieron el santo cuerpo en un sepulcro de piedra, cubierto con una gran losa, sobre la cual estaba abierta á cincel una cruz, y al lado de ella el nombre del Santo.

Presto se hizo célebre y glorioso su sepulcro por el gran número de milagros que el Señor se dignó obrar en él. Hallándose en Aviñon el papa Inocencio IV el año 1245 le canonizó solemnemente por una bula dirigida á todos los fieles, en la cual declara que la construccion del puente de Aviñon fue una serie continua de milagros desde el principio hasta el fin; y que el Señor honró al santo pastorcillo después de su muerte con un prodigioso número de maravillas.

Habiéndose arruinado una gran parte del puente el año de 1669 por el descuido de repararle con tiempo, se vió precisada la ciudad de Aviñon á retirar de allí el cuerpo del Santo. Abrióse el sepulcro á presencia del provisor y vicario general del arzobispado en sede vacante el dia 18 de marzo de 1670, delante de notarios públicos, y de multitud innumerable de pueblo. Quedaron todos devotamente admirados al ver el santo cuerpo entero, fresco y flexible, sin la menor señal de corrupcion. Hasta las mismas entrañas se conservaban ilesas, y los ojos con un color tan natural y con la misma vivacidad que si estuvieran vivos. Las barras de hierro que atravesaban el sepulcro se encontraron todas roidas del orin; pero el vestido del Santo, y el lienzo en que le envolvieron, tan enteros y tan nuevos como el mismo dia en que le enterraron. El cuerpo no tenia mas que cuatro piés y medio de largo, y el semblante mostraba ser de un mocito muy jóven. Colocóse como en depósito esta preciosa reliquia con mucha solemnidad en la capilla del hospital de San Benitico; de donde el año de 1674 fue trasladada á la iglesia real de los Padres Celestinos, y puesta en un magnífico sepulcro, sobre el cual se representa en relieve la imágen del Santo en figura de un jóven pastorcillo, acompañada de otras medallas de medio relieve, en que están representadas las principales acciones de su vida.

LAS SANTAS BASILISA Y ANASTASIA, MÁRTIRES.

Estas dos ilustres matronas romanas fueron discípulas de los apóstoles san Pedro y san Pablo; las cuales, habiendo recogido las venerables reliquias de los Príncipes apostólicos para darles sepultura después que padecieron martirio, delatadas por cristianas al impío y cruel emperador Neron, dió órden para que presas fuesen conducidas á su presencia cargadas de cadenas. Ejecutóse así; pero no pudiendo disuadirlas á que negasen á Jesucristo, dispuso que las pusiesen en una dura prision; de la que extraidas para segundo exámen, manteniéndose constantes en la fe, cebándose el tirano con su acostumbrada barbaridad en las inocentes carnes de las Santas, habiéndolas hecho padecer varios géneros de tormentos, mandó cortarlas las lenguas y los pechos, azotarlas, colgarlas y abrasarlas con hachas encendidas; hasta que viendo inútiles todos sus esfuerzos para rendir aquellas dos heroínas de la religion cristiana, dispuso degollarlas, logrando ambas por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 15 de abril del año 56 de nuestra era.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la que sigue:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Benedicti, confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atended, Señor, á las súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu glorioso confesor el bienaventurado Benito; para que seamos ayudados por su intercesion, ya que no tenemos confianza en nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la primera que escribió san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Videte vocationem vestram; quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles, sed quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir á los fuertes; y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son: á fin de que ningun viviente se glorie en presencia su-

factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodum scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

ya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesús, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito, el que se gloria, gloríese en el Señor.

REFLEXIONES.

Es el orgullo un achaque tan comun y tan popular como todas las enfermedades corporales. Á todos se pega, y á todos acomete; y aunque es verdad que en la corte y en el trono reina con mayor fausto y con mas pomposo aparato, pero no pocas veces domina con no menor imperio en el desierto, entre el saco y debajo de la ceniza. Dícese que el orgullo es una especie de hinchazon, porque el que le padece se imagina que ocupa mas lugar del que ocupa efectivamente. No hay enfermedad mas fácil de curarse, y ninguna hay de que menos enfermos se curen. Un poco de reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre las cosas que le irritan; un poco de entendimiento, una razon natural medianamente despejada, bastan para descubrir la vanidad, la ridiculez de nuestras vanas ideas. Es una pasion que parece lleva consigo misma el contraveneno.

Eres vano, fiero, altivo, soberbio; pues pregúntate alguna vez á tí mismo: ¿por qué motivo lo eres? La misma causa de nuestra vanidad nos llenará de vergüenza, si tenemos un adarme de entendimiento y una pizca de Religion. La mayor parte de los hombres, pero especialmente de las mujeres, no hallará otro principio, otro orígen de la demasiada merced que se hacen á sí mismos, y del desprecio con que tratan á los demás, sino unas razones que, ó son fuera del asunto, ó si tienen alguna fuerza, únicamente es para correrno s y para avergonzarnos.

La nobleza, cierta distincion, cierta clase en que nos coloca una dignidad, un empleo, un magnífico tren, vestidos ricos, galas ostentosas, un cuarto preciosamente alhajado, muchas rentas, un entendimiento perspicaz, vivo, brillante, gran fama, meter ruido en el mundo, una hermosura que encanta, que embelesa, que arrastra, que conquista; estas son las cosas que mas de ordinario producen esta pasion y la fomentan. Pues convenzámonos de la bajeza de su orígen, de la indecencia de su conservacion; y nos avergonzarémos de haber sido tanto tiempo indignos esclavos suyos.

Engreirse por haber tenido un abuelo de gran mérito; mirar á los demás con desden y con desprecio porque se lee su apellido en per-

gaminos viejos y roidos, porque las armas de su casa se ven en edificios antiguos y arruinados; ¿puede haber opinion mas mal fundada? Desengañémonos, que el mérito es personal, y las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dejar á la posteridad una nobleza que no se recibió, que haberla adquirido de sus antepasados. No se niega que la nobleza adquirida logre sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios, ni que sea digna de respeto: lo que se pretende es, que nunca puede ser título de ostentacion y de orgullo.

La elevacion en que nos colocó una dignidad, un empleo, que acaso se compró con el mérito del dinero, ¿es motivo justo para mirar con desden, con sobrecejo á los que están un poco mas abajo? En todos los estados parece bellamente la modestia; pero én los de mayor distincion se hace mucho mas respetable. Al contrario, el orgullo es mucho mas odioso cuanto mas elevado se le mira. ¿Qué cosa mas fuera de razon que estimar menos á los otros, porque eres mas rico, ó porque eres mas galan? ¿Qué gloria mas indigna ni mas baja? ¿qué vanidad mas digna de compasion que ser orgulloso, altivo y fiero, porque tienes una rica carroza, unos hermosos caballos, gordos, lucidos y bien enjaezados, un gran tren, una magnífica librea y de bello gusto? Y el tener mas dijes ó mas cachivaches sobre tí: el saberte vestir mejor que las otras, ¿será motivo racional para que te encarames y te hinches? Con todo eso, esta es la vanidad mas comun de las mujeres. Desprecias á los demas porque te presentas en la calle con mayor fausto y con mas profanidad; pero el que ha menester tanto aparato para hacerse estimar, no sé yo que sea muy estimable. Por otra parte, en dando á la habilidad del sastre las alabanzas que merece, y al valor del paño ó de la tela el precio que les corresponde, ¿qué quedará para el que le trae, si no tiene otro mérito que el del vestido? Pero dices que eres hombre de entendimiento: si esto es así, no tendrás vanidad; porque el orgullo es pasion de tontos, y rara vez se encuentra en los que no lo son. Acordémonos que dentro de nosotros mismos llevamos todos los materiales que son menester para humillarnos. Acordémonos que Dios elige lo mas flaco del mundo para confundir lo mas fuerte; que escoge lo menos noble, lo mas despreciable, y las cosas que no son, para destruir las que son, á fin de que ninguno pueda gloriarse de nada en su divina presencia: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.*

El Evangelio es del capítulo XVIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno coelorum.

En aquel tiempo: Habiendo llamado Jesús á sí un niño, le puso en medio de sus discípulos, y dijo: En verdad os digo, que si no os transformais y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la desconfianza de sí mismo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que en materia de virtud, la desconfianza de sí mismo no es aquel desaliento que consiste en un excesivo miedo de no poder conseguirla, y que no pocas veces degenera en pusilanimidad: es una virtud que nos hace visible nuestra nada, que nos obliga á no contar con nuestras fuerzas, y nos induce á colocar toda nuestra confianza en la bondad omnipotente de nuestro Dios. Pocas virtudes hay que nos inspiren mas aliento, y pocas tambien que hagan descender sobre nosotros mayores auxilios del cielo. Aquel bajo y humilde concepto que se tiene de sí mismo, gana el corazon de Dios; y la confianza en su bondad, sin la cual la desconfianza no seria virtud, sino cobardía y pobreza de espíritu, le mueven á derramar sobre nosotros sus gracias con mano mas liberal y mas benéfica.

Nunca soy mas poderoso, decia de sí san Pablo, que cuando conozco mi flaqueza y mi miseria. Aquel Señor, que crió todas las cosas de la nada, parece quiere que se presuponga siempre el conocimiento de nuestra nada, como precisa condicion, ó como disposicion necesaria para todas las maravillas que pretende obrar por ministerio nuestro. Si escogió á Moisés para que librase á su pueblo de la esclavitud de Egipto, no le despachó á este fin hasta que aquel grande obrador de milagros reconoció su incapacidad y su nada: *Quis sum ego ut vadam?* (*Exod.* III). ¡Ah, Señor! exclama Jeremías cuando le destina Dios para anunciar su palabra á los reyes y á las naciones: ¡ah, Señor! que no sé hablar, porque soy como un niño: *A, a, a, Domine Deus: ecce nescio loqui, quia puer ego sum.* (*Jerem.* I, 6). El mismo concepto formó de sí Ezequiel, y habló de la misma manera. ¿Qué Santo se hallará en la Iglesia de Jesucristo que hubiese pensado

ni hablado de otro modo? Este vivo conocimiento de su flaqueza y de su nada, tan léjos estuvo de hacerlos inútiles y ociosos, que antes los movió á trabajar con mayor confianza y con mucho mayor fruto. Mirándose, ó considerándose como meros instrumentos en las manos del Señor, á nada se negaban, todo lo emprendian confiados en la sabiduría, en la destreza y en el poder del soberano Artífice que los ponia en movimiento. Considera la empresa á que se alentó san Benitico: admira aquel esfuerzo y aquel ánimo; pero reconoce en él la asistencia del Todopoderoso, adorándole en el milagroso suceso de su empresa. ¡Oh Dios mio, y cuántas maravillas obraríamos, si tuviéramos bien conocida nuestra insuficiencia! Confiamos demasiado en nuestra habilidad, en nuestras propias fuerzas; y haciéndonos demasiada merced á nosotros mismos, nos desdeñamos de ser instrumentos, y queremos ser artífices y causas principales. ¡Y después de esto, nos admiramos de que Dios no eche la bendicion á nuestras empresas! ¡de que hagamos tan pocos progresos en el camino de la perfeccion! ¡de que se desgracien ó se desvanezcan todos nuestros intentos!

Punto segundo.—Considera que la desconfianza de sí mismo, acompañada de la confianza en Dios, es virtud muy necesaria para obrar en todo con fruto y con acierto. Complácese Dios en confundir nuestro orgullo, echando á rodar nuestros proyectos, y burlándose, por decirlo así, de nuestra prudencia humana. ¡Cuántas veces salen falsas las medidas que se toman, al parecer, con mas cordura y miramiento! ¡cuántas dan al través la fuerza y la industria por mas acordes que caminen! ¡cuántas no corresponde á los cuidados y á las fatigas el suceso de las empresas concertadas y seguidas con la mayor prudencia! ¿Será porque los medios no se proporcionen con el fin? No es eso; es porque contamos demasiado con nuestro poder y con nuestra maña. ¿Acaso nos pasó siquiera por el pensamiento interesar á Dios en lo que emprendíamos? ¿Qué parte tuvo en ello? ¿Sirviónos de impulso, de fin ó de motivo su mayor gloria? ¿fue su divina voluntad regla de la nuestra? ¿hicimos alguna diligencia para conseguir ni para merecer su asistencia? ¡Ah, que no menos temerarios é insensatos que los descendientes de Noé, pretendimos levantar nuestro soberbio edificio hasta las nubes, sin consultar mas que á nuestras propias fuerzas y á nuestra desvanecida ambicion, y el Señor se rió de nuestras locas empresas! Confunde Dios nuestra falsa prudencia con nuestra misma ambicion. Dices que nada te sale bien:

pero díme, ¿sobre qué cimientos fundas? sobre arena movediza, sobre tierra poco sólida; porque á ninguna otra cosa se puede comparar mejor nuestra presuntuosa suficiencia. Queremos ser los únicos artífices de nuestra fortuna, y todo lo echamos á perder. Pone Dios toda la fuerza de Sanson en los cabellos; y para derrotar á los filisteos no le da mas armas que la mandíbula ó la quijada de un vil y humilde animal. Solo con el sonido de las trompetas, y la gritería del pueblo, echa por tierra los muros de la soberbia Jericó. ¡Mi Dios, y con qué divina elocuencia convencen estas figuras lo poco que debo fiar de mis fuerzas, de mi habilidad y de mi industria!

Ninguna cosa empeña tanto al Señor á echar su bendicion sobre todo lo que trabajamos como la rectitud, la pureza de intencion, y la firme actual persuasion de nuestra insuficiencia. Reconozcámonos pobres, flacos, inhábiles: entremos muchas veces dentro de nuestra propia nada: conozcámonos ni mas ni menos como somos; y sin razon de dudar, recurrirémos siempre á aquel de quien dimana todo buen suceso. Todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros nos está predicando nuestra pobreza y nuestra general ineptitud: tinieblas en el entendimiento; ilusiones en el corazon; desproporcion en los medios; del tiempo no podemos disponer, ni alcanza nuestra luz á prever los estorbos: todo nos convence nuestra insuficiencia, y con todo eso en todo obramos como si fuéramos independientes. El orgullo nos ciega, la concupiscencia nos precipita, y la pasion nos atolondra.

Echa el cielo la bendicion á todo lo que se emprende, cuando se emprende con desconfianza de sí mismo; cuando se está en la persuasion de que nuestros alcances son muy limitados, nuestras medidas muy cortas, nuestra prudencia muy niña, nuestra industria muy ceñida, y todos nuestros esfuerzos siempre insuficientes y poco seguros. Coloquemos en Dios toda nuestra confianza, que este recurso lo suple todo, y resarce con ventajas la cobardía que podia inspirarnos la desconfianza en nosotros mismos.

¡Oh mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí en qué consiste la verdadera prudencia y la fuerza de un cristiano! Sí, dulce Salvador mio, confieso que he contado con mis propias fuerzas mas de lo que debiera; pero con vuestra gracia yo me aprovecharé bien de este conocimiento de mi falta; y desconfiando de mí mismo, de hoy en adelante pondré en solo Vos toda mi confianza.

JACULATORIAS.—Maldito es el hombre que pone su confianza en otro hombre, y que fia á su carne la fuerza de su brazo. (*Jerem.* XVII).

Bendito es aquel que confia en Dios, siendo el Señor toda su confianza. (*Jerem.* XVII).

PROPÓSITOS.

1 El hombre no es mas que miseria: del fondo mismo de nuestro corazon nacen el error, la oscuridad y las tinieblas. Ni aun la razon siquiera está libre, porque las pasiones la ciegan y la arrastran. Sanson pierde juntamente con su fuerza la libertad y los ojos. Tan poco advertidos como él, decimos con demasiada confianza en nuestras propias fuerzas: *Egrediar et me excutiam.* (*Judith*, XVI). Sabré lograr mis intentos por mi habilidad y por mi industria: saldré con esta idea, llevaré al cabo tal proyecto, concluiré felizmente tal negocio, y yo mismo me fabricaré mi fortuna. Con esta vana confianza se aplican los medios, se hacen los mayores esfuerzos, se ponen en movimiento todas las máquinas, todos los artificios; y al cabo, ¿qué es lo que se consigue? verse lastimosamente sepultados entre sus ruinas. Así se complace Dios, por decirlo así, en confundir nuestra ambicion. Aprovéchate de estas reflexiones, y en adelante no atribuyas el mal suceso de tus negocios y pretensiones, ni á la multitud de concurrentes, ni á la malicia de los envidiosos, ni á la emulacion, interés ó mala fe de los que desbaratan tus medidas: el verdadero orígen de tu desgracia es esa prudencia puramente humana, esa frívola confianza, ese brazo de carne en que te fias. Gobiérnate en lo sucesivo por mejores principios, y edifica sobre mas sólidos cimientos. Nunca emprendas cosa sino confiado en la asistencia del cielo. Haz poco caso ó ninguno de tu industria, de tu poder y de tu crédito, teniendo presente aquel oráculo: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.* (*Psalm.* CXXVI). Si el Señor no toma de su cuenta este negocio, esta empresa; si él mismo no levanta mi casa, inútiles son todos los esfuerzos de cuantos se empeñan en levantarla. En vano velamos nosotros, si el Señor no vela. Debemos, decia nuestro Padre san Ignacio, tener en Dios una confianza tan perfecta, como si él solo, sin concurso nuestro, hubiera de hacer todas nuestras obras; y debemos nosotros aplicarnos á ellas con tanto cuidado, como si nosotros solos las hubiéramos de hacer sin concurso suyo.

2 No basta desconfiar de nuestras fuerzas y de nuestra industria: es necesario proceder como hombres que todo lo esperan de Dios. Primero: Nunca emprendas cosa alguna sino por motivos verdaderamente cristianos. La gloria de Dios y nuestra salvacion deben ser el

principal objeto de todas nuestras empresas. Si Dios no tiene parte en el fin, tampoco la tendrá en los medios. Segundo: Antes de dar principio á ese pleito, de entrar en ese negocio, de empeñarte en esa pretension, vete á una iglesia, póstrate á los piés de Cristo crucificado, lleno de fe y de confianza en su bondad, ofrécele y encomiéndale lo que piensas emprender, pidiéndole te asista para salir bien de lo que intentas, si ha de ser para mayor gloria suya y provecho de tu alma. Vuélvete á la santísima Vírgen, é implora tambien su proteccion. La antífona *Sub tuum praesidium*, y la *Salve*, que repite la Iglesia tantas veces, son admirables oraciones para dar feliz principio á todas nuestras obras. Tercero: Confiesa y comulga con el mismo fin; porque siempre se consiguen los auxilios necesarios cuando se recurre á la fuente de las gracias. Cuarto: Pide á otros que encomienden á Dios el buen suceso, y haz decir algunas misas; porque ninguna cosa mueve mas á Dios que el sacrificio de esta víctima incruenta. Quinto: Interesa en tu pretension ó en tu negocio á los santos Ángeles, particularmente al santo Ángel de tu guarda, cuya devocion es una de las mas importantes y de las mas eficaces para todo. Y no nos hemos de contentar con recurrir á esos medios espirituales solamente en el principio de nuestras empresas, sino que debemos repetirlos muchas veces en el curso de la negociacion ó de la obra.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Calixto, Caricio y otros siete, en Corinto, los cuales fueron ahogados en el mar.

El tránsito de diez y ocho santos mártires Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio, y otros cuatro que se dice llamarse Saturninos, en Zaragoza de España. Todos estos en tiempo de Daciano, presidente de las Españas, fueron juntamente atormentados y martirizados, y cuyo esclarecido triunfo cantó dulcemente Prudencio. *(Su historia va unida con la de santa Engracia en este dia).*

Santa Engracia, vírgen y mártir, en la misma ciudad de Zaragoza, la cual con el cuerpo descarnado, con un pecho cortado, y con el hígado arrancado de las entrañas, permaneciendo aun viva fue encerrada en una prision, en donde la dejaron hasta que su cuerpo llagado se acabó de pudrir. *(Véase su historia en las de este dia).*

Los santos Cayo y Cremencio, en la misma ciudad, los cuales llevados segunda vez al tribunal, y perseverando constantes en confesar la fe de Jesucristo, gustaron el cáliz del martirio.

San Lamberto, mártir, en la misma ciudad. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santo Toribio, obispo de Astorga, en Palencia, el cual con la ayuda de san Leon, papa, extirpó enteramente de España la herejía de Prisciliano, y esclarecido en milagros, murió en el Señor. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Fructuoso, obispo, en Braga de Portugal. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Paterno, obispo de Avranches, en Normandía, en el mismo dia.

San Drogon, confesor, en Valenciennes en Flandes.

San Joaquin, del Órden de los Siervos de la beatísima Vírgen María, en Sena, ciudad de Toscana. *(Véase su vida en las de hoy).*

LOS DIEZ Y OCHO SANTOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

España, reino fértil, no solo por las producciones naturales que en él admiran los historiadores, sino por los insignes Mártires de Jesucristo, tiene dentro de sus límites á la ciudad de Zaragoza, que en verdad puede decirse madre de los Mártires, por los innumerables que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, cuyos nombres ignoramos, aunque están escritos en el libro de la vida: entre los cuales son dignos de memoria los diez y ocho santos compañeros en el memorable triunfo que juntamente con santa Engracia consiguieron de los enemigos de la religion cristiana.

Daciano después que privó á los fieles de Zaragoza de la presencia y de las santas exhortaciones del obispo Valerio y de su diácono Vicente (*véase su historia en el dia 28 de enero*); no contento con perseguir á los sacerdotes y rectores de las iglesias, trató ya de hartar su crueldad con la sangre de los demás fieles. Pareciale que iria mas bien ordenada su persecucion, si comenzando su matanza por los nobles, cerraba enteramente al bajo pueblo la puerta de la benignidad. Prendió, pues, hasta diez y ocho varones, á los cuales llamó Prudencio *cándido coro de la primera nobleza*, cuya constancia en la fe tentó desde luego, diciendo que si no renegaban de ella, los mandaria martirizar. Los siervos del Señor despreciaron las amenazas del perseguidor, y con gran libertad confesaron á Nuestro Señor Jesucristo, diciendo que la vida que habian recibido de Dios, darian por su amor de muy buena gana. Y de hecho fue así, que cada uno de ellos peleó con ánimo invencible hasta dar la vida por Cristo, siendo degollados en tal dia como hoy, por los años 303, en la persecucion de Diocleciano y Maximiano. Fue este un ejemplo de gran fruto para los fieles de aquella ciudad, los cuales procuraron recoger los sagrados cadáveres y depositarlos en lugar decente. Sus reliquias han sido veneradas en todos los siglos. Propagóse su culto hasta Francia,

y rezábase de ellos algunos siglos há en el obispado Belovacense. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, huyó de su iglesia donde servia en el ministerio clerical, como dice san Ildefonso, por vivir junto á las reliquias de los Mártires cesaraugustanos, y allí se mantuvo hasta que lo arrancaron para que fuese obispo. Los nombres de estos Santos, como los pone Prudencio, son: Optato, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo y Apodemio, y otros cuatro que Prudencio y el Martirologio romano llaman Saturninos, lo cual dió motivo á que algunos creyesen que no tuvieron nombres propios. Pero se hallan expresados por san Eugenio III en el epigrama que hizo en su alabanza, y son Casiano, Matutino, Fausto y Januario. En el dia se tiene ya por indudable que todos estos Mártires fueron naturales de Zaragoza.

Dieronles sepultura en el campo, conforme á las leyes de Diocleciano y Maximiano, que no consentian enterrar á nadie dentro de los muros de las ciudades. Allí estuvieron sin culto público hasta que restituida la paz á la Iglesia, por los años 312, fueron colocados en una capilla subterránea que se edificó en el mismo sitio llamada de las Santas Masas, donde permanecieron ocultos durante la persecucion. Todos ellos fueron colocados en un sepulcro, á excepcion de Lupercio ó Luperco, que fue puesto en una division del sepulcro de santa Engracia. (*Vease la historia del martirio de esta Santa que sigue*).

SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MÁRTIR DE ZARAGOZA.

El furor del presidente Daciano en perseguir á los cristianos de España no satisfecho con la victoria que de su crueldad acababan de alcanzar los diez y ocho Mártires de quienes hemos hablado hoy, trató de ostentar su gran poder y la fiereza de su condicion con una tierna doncella llamada Engracia, y tambien Encratis. Algunos escritores la hacen natural de Portugal, provincia entonces de España, é hija de un régulo, añadiendo que padeció el martirio en Zaragoza de camino para el Rosellon, enviada por su padre á desposarse con el duque ó capitan de aquella frontera, acompañada de diez y ocho deudos suyos todos cristianos. Otros la estiman nacida en la misma ciudad de Zaragoza con los de su comitiva, cuya opinion en el dia es tenida de muchos por cosa averiguada. Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que no asustando a Engracia la crueldad del bárbaro Daciano, y encendido su corazon en vivísimos deseos de der-

ramar la sangre por amor de Jesucristo, quiso luchar con un hombre tan cruel para darle una prueba nada equívoca del poder de la gracia; y habiendo alentado á sus diez y ocho compañeros á que diesen testimonio de la fe que profesaban, se presentó animosamente nuestra Santa al tirano, y le habló en estos términos: «¿Por qué, «juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor, que está en los «cielos, y atormentas con tanta crueldad á los que le dan culto? «¿Por qué tú y tus Emperadores perseguís tan injustamente á los «Cristianos por todo el mundo, por defender á los ídolos, que son «unas vanas estatuas donde habitan los demonios?»

Asombrado quedó Daciano al oir tan inesperada reprension, y mas admirado al ver el espíritu y majestad con que aquella doncella despreciaba con generosa libertad á los dioses imperiales, de manera que titubeó algunos instantes si usaria de alguna cortesía con una dama de distincion; con todo, pudiendo en él mas su brutal condicion, arrebatado de un extraordinario coraje, mandó prenderla al instante, azotarla cruelmente, y arrastrarla en seguida como á blasfema por toda la ciudad, atada á la cola de un caballo, acompañada de los suyos, persuadiéndose que estos, aterrados á vista de aquel horrible castigo, desertarian de la fe por no padecer igual martirio. En el templo de la Santa se conserva todavía la columna donde fue azotada.

Viendo el cruel Daciano que de nada sirvió aquella invencion para intimidar á Engracia ni á su santa comitiva, quiso entonces seducirla con halagos y blanduras; mas la Santa al oir con horror sus falaces persuasiones, le respondió: «Tú, sacrílego, enséñate á tí mis«mo los falsos dogmas, pero no á mí, á quien ni tus blanduras con«vencen, ni tus tormentos aterran. Sabe que soy enviada por mi Señor «Jesucristo á reprender tus enormes delitos, de los que es preciso «que te abstengas, si temes como debes la ira de Dios, que ya co«nozco preparada para descargar sobre tí.»

Ofendido Daciano de la generosa libertad con que reprendió Engracia sus crueldades, bramando como un leon enfurecido, dió órden á los verdugos de que empleasen en el cuerpo de la Santa los mas terribles tormentos, á fin de vengar cumplidamente el desprecio que habia hecho de los dioses imperiales; acometiéronla como lobos carniceros, y dislocaron todos sus miembros; luego, segun testifica Prudencio que lo vió, fue despedazada con garfios hasta que todo su cuerpo fue hecho una carnicería; le cortaron el pecho izquierdo, viéndose las telas del corazon, y asido de las uñas de hierro salió un pe-

dazo del hígado. Engracia en medio de tantos tormentos, constante en su propósito, perseveraba con semblante alegre en la confesion de Cristo, de manera que hasta los mismos gentiles confesaban que no era posible tal fortaleza sin algun milagro. Viendo Daciano que la flaqueza de una pobre mujer tenia el pié sobre su poderío, apurado todo el sufrimiento, mandó que la dejasen así con sus llagas, á fin de que el dolor prolongado hiciese mas cruel su martirio. Al efecto dispuso que la cubriesen de la cabeza á los piés con una túnica larga, la cual bañada toda de la sangre que manaba de las heridas se guardaba en tiempo de san Eugenio III, arzobispo de Toledo, como testimonio de lo mucho que Engracia habia padecido.

De esta suerte vivió nuestra santa Mártir, conservándose frescas sus llagas: los dolores muy intensos y agudos que padeció no hay lengua que los pueda explicar: de modo que, como dice Prudencio, mayor martirio fue el dilatarle la muerte que el dársela; porque vivia con una muerte viva, y cada hora y cada instante revivian y se aumentaban sus dolores. No obstante, el gozo con que llevaba las penas de este nuevo martirio, servia de confusion á Daciano, y á los fieles de estímulo para dar la vida por la misma causa, si fuese menester.

Finalmente mandó Daciano que le hincasen un clavo en la frente, de lo cual es prueba el agujero que se ve en la cabeza de la Santa; y en su templo se venera el clavo ensangrentado, que se asegura ser el mismo que la atormentó. Penso el tirano acabar así de una vez con la que tan visiblemente convencia la impotencia de los falsos dioses; mas como no bastase tampoco esta nueva atrocidad para quitarla la vida, avergonzado por fin de verse vencido por una tierna doncella, ordenó á los verdugos que desistiesen de atormentarla. Refiere Prudencio que aun sobrevivió Engracia algun tiempo á su martirio, con admiracion de cuantos pudieron entender tan asombroso prodigio, para mayor confusion de los enemigos de la Religion, y recomendacion del poder del verdadero Dios que adoran los Cristianos. A lo que se siguió su felicísimo tránsito en la cárcel, en el dia 16 de abril, por los años 303, juntamente con el de sus diez y ocho compañeros, á quienes el tirano mandó degollar fuera de la ciudad, segun queda referido.

El cuerpo de santa Engracia sepultó un san Prudencio ó Prudente, obispo de Tarazona, que fué á Zaragoza á socorrer aquella iglesia afligida por la ausencia de san Valerio, con grande y milagroso acompañamiento de Ángeles, que bajaron del cielo á honrar el glo-

rioso triunfo de esta valerosa heroína de nuestra santa Religion.

Después que gozó de paz la Iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron en España los godos, se tuvieron sus reliquias en grande veneracion en la capilla subterránea, llamada de las Santas Masas, sobre la cual edificó san Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de santa Engracia en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupcion de los árabes en España, en la que temerosos los fieles de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultaron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incógnito cerca de siete siglos hasta el año de 1389, en el que con motivo de la reedificacion de aquel templo se hallaron en la excavacion de los cimientos en un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripcion de santa Engracia, y otro con la de san Luperco: y en otro sepulcro de mármol las cabezas y huesos de los diez y ocho compañeros de la Santa, cuyos huesos se vieron íntegros, de color de rosa, despidiendo un fragantísimo olor.

Habiendo conseguido D. Juan el II, rey de Aragon y Navarra, la recuperacion de la vista, cási perdida, en el año 1459 por la intercesion de la Santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido de este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos Gerónimos, á quienes se diese su iglesia, para que en ella se interesasen en su mayor culto; pero no pudiendo ejecutarlo por sí á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo hizo su hijo D. Fernando el Católico, concluida la guerra de Granada, y dotó con magnificencia su biznieto Carlos V, el Emperador. (*Véase los innumerables Mártires de Zaragoza en el dia 3 de noviembre*).

SANTO TORIBIO, OBISPO DE ASTORGA.

Astorga, ilustre ciudad de España, ya por las letras y sabiduría con que ha adornado á toda la Iglesia de España, y ya por la santidad y fama de sus obispos, tributa los honores de patrono, y celebra con el rito de primera clase á santo Toribio, cuya vida, deducida de sus mismos escritos, de la epístola de san Leon el Grande, y un antiguo leccionario de la santa iglesia de Astorga, es como se sigue:

Fue santo Toribio natural de la provincia de Galicia; pero se ignora el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia; bien que segun un breviario antiguo de la iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia persuade que darian á Toribio

una educacion correspondiente á su nacimiento; pero se deduce con mayor claridad de las operaciones y escritos del Santo. Las primeras indican una instruccion completa en los principios de la Religion, y unos ardientes deseos de dilatar sus conocimientos con las noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, que adquirió por sus propios ojos. La pureza de lenguaje que conservó en sus escritos, la solidez é instruccion de las materias sagradas, y los elogios que por este motivo mereció á un Papa tan santo y tan sabio como san Leon el Grande, convencen que desde los años proporcionados á los estudios mayores se ocupó el Santo en las humanidades y elocuencia, perfeccionándose después en todo género de sabiduría. Siendo jóven le faltaron sus padres, quedando el Santo poseedor de un grueso patrimonio; pero considerando santo Toribio que las riquezas sirven de trabas para dedicarse á la contemplacion de lo celestial, determinó desprenderse de ellas, y hacerse pobre en lo temporal para conseguir las verdaderas riquezas del alma.

Así decidido vendió todo su patrimonio, y repartió su producto á los pobres, seguro de que depositado en el seno de estos estaria libre de sustos, y se preservaria de todo mal. Hecho esto, y deseando adelantar en ciencia y virtud, emprendió la peregrinacion larga y penosa á Jerusalen. Padeció en ella muchas molestias, asperezas y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio. Pero todos estos trabajos quedaron suficientemente recompensados con la instruccion que adquirió de las costumbres de los pueblos por donde pasaba, y de la disciplina de sus iglesias, de que se informó escrupulosamente como hombre sabio que era, y como principal objeto de un proyecto tan arriesgado.

Habiendo llegado á Jerusalen, se presentó al obispo de aquella iglesia, quien en pocas conversaciones conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino Toribio, é hizo de él toda la estimacion que su mérito exigia. Hízole custodio en aquella iglesia de las cosas sagradas, fiando á su cuidado el rico depósito de las preciosas reliquias que poseia pertenecientes á la pasion de Nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años permaneció el Santo en Jerusalen, enfervorizando cada dia mas su espíritu con la presencia de aquellos lugares santos que el Salvador del mundo santificó con sus plantas, y regó con su preciosa sangre para obrar el gran misterio de la redencion del mundo. Mas siéndole revelado que muy en breve seria prostituida aquella ciudad santa, profanados los templos, y perseguidos los sacerdotes, resolvió abandonar aquellas tierras, y volverse á su patria; pero al

mismo tiempo pensó con una prudencia celestial traerse consigo una gran parte de las santas preciosidades que guardaba para enriquecer á España con tan inestimable tesoro, libertándole al mismo tiempo de los insultos de los bárbaros. Vuelto á España, se dirigió á Galicia su patria, en donde comenzó á ejercitarse en tan fervorosos actos de piedad, que no dudó el cielo aprobarlos con sus maravillas. Una de estas se dice haber sido que estando enferma gravemente una hija del rey de los suevos, que á la sazon ocupaban aquellas tierras, el Santo la sanó milagrosamente. Esto mismo se verificó con otros varios enfermos de diversas enfermedades, por lo cual comenzó su fama á tener tal reputacion entre los fieles, que con sus copiosas limosnas pudo fabricar un templo, que dedicó al Salvador, y en donde depositó para la veneracion pública las reliquias que habia traido de Jerusalen. Por este tiempo vacó el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio, como vulgarmente se asegura, sino de otro cuyo nombre han oscurecido los siglos. Viendo los fieles el gran caudal de virtud y letras que habia traido Toribio, pusieron los ojos en él para elevarle á la cátedra episcopal. El Santo desconfiando de sí mismo se resistió cuanto pudo la elevada dignidad; pero las instancias del pueblo y el espíritu de Dios le obligaron, contra su voluntad, á tomar sobre sí el cargo de pastor hácia los años de 444. Apenas se vió obispo experimentó una borrasca, en que estuvo á peligro su reputacion y su inocencia; mas el cielo, por cuya inspiracion, y no por eleccion propia, habia recibido el obispado, tomó á su cargo la defensa, contestando con un portentoso milagro la santidad de Toribio, y la malignidad de su perseguidor.

Era este un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Rogato, el cual habia solicitado ser hecho obispo. Como el pueblo, desatendiendo sus máquinas y ambiciosas pretensiones, habia preferido la santidad de Toribio, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, llenando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el odio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al mas horrendo delito, á fin de conseguir la perdicion de Toribio, creyendo que de ella resultaria el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un crímen tan feo y abominable, como es el del adulterio, mayormente en una persona eclesiástica condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusacion tan horrorosa; y levantando á Dios el corazon con fervor y lágrimas, le

pedia de continuo protegiese su inocencia. Esta inspiró en el alma del santo Obispo tal confianza en la divina misericordia, y tal seguridad de que el divino poder emplearia sus maravillas en la justificacion de un pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haria débiles é infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que esta quedase tan victoriosa, como patente la calumnia del inicuo diácono. Fuése á la iglesia catedral en un dia de grande concurso; y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios los ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Hecho esto, mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David, que comienza: *Levántese Dios, y disípense sus enemigos*, dió vuelta á la iglesia cantando aquel largo salmo, y llevando las ascuas en el roquete, sin que este ni las manos del santo Obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de santo Toribio, y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito; pues á semejanza de Judas confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos á que le habia conducido su ambicion. Dió Toribio humildes gracias al cielo por tan señalado beneficio, y libre ya de este cuidado, y agradecido á los grandes favores que acababa de recibir, comenzó con nuevo fervor á entregarse al cuidado de sus ovejas, y á la santificacion de su alma.

Desde que habia vuelto de Jerusalen habia advertido que la secta de Prisciliano, noble español, iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Este famoso heresiarca, sublimado por malos medios á la dignidad episcopal, habia causado daños gravísimos en la Iglesia de España, que habian obligado á tomar las mas serias providencias. Su nacimiento, sus opulentas riquezas, su genio vivo y perspicaz, su persuasiva elocuencia, y la severidad de sus costumbres daban recomendacion á sus errores. Aunque estos habian sido ya cortados de raíz en algunos concilios, como habian llegado á apoderarse de muchas personas nobles, y lo que es peor, de muchos pastores de

la Iglesia, conservaban todavía el vigor y jugo necesarios para reproducirse. Lo que causaba mayores perjuicios eran ciertas escrituras apócrifas, á las cuales los herejes daban tanta autoridad como á los Evangelios. Esparcíanlas con sumo cuidado é interés entre los fieles, porque en ellas divulgaban al mismo tiempo sus blasfemias y errores. De esta naturaleza eran *Los Hechos de santo Tomé, de san Andrés, de san Juan,* escritos por un mal hombre llamado Lucio; y el libro intitulado: *Memoria de los Apóstoles,* el cual destruia la ley del Testamento antiguo; sin otros varios, que por contener doctrinas vergonzosas, conservaban mas ocultos. A todo hizo frente santo Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la zizaña que el enemigo comun iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó á combatir todos los errores, impugnándolos con su celestial sabiduría. Reuniólos todos por capítulos en un conmonitorio y libelo, de que hace mencion en una carta escrita á Idacio; en los cuales descubriendo el pestilente veneno que contenian, impugna distintamente todas sus blasfemias y errores, respondiendo á sus argumentos capciosos. Envió estas obras á dos obispos de los mas sabios y virtuosos que habia entonces en la provincia de Galicia, avisándoles al mismo tiempo de sus descubrimientos de nueva ponzoña, y de lo que habia practicado para precaver su venenosa infeccion. Este conmonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por san Ildefonso, los cuales dan á nuestro Santo los títulos honrosos de *beatísimo y religiosísimo;* añadiendo el primero, que cualquiera que lea los mencionados escritos, no solamente conocerá la sórdida herejía de Prisciliano, sino que verá corrido el velo de las tinieblas y astucia á la oculta peste que en sí encerraba. En el tiempo de este Obispo eran comunes en España estos escritos de santo Toribio; pero en el dia carece nuestra Iglesia y toda la católica de tan precioso tesoro de doctrina, restándonos únicamente lo que san Leon vertió en su admirable epístola.

No contento el Santo con lo que habia practicado poniendo en arma á los obispos celosos para que cuidasen de la pureza de la fe, y despertando la cautela de los fieles para que estuviesen alerta contra los errores, determinó aplicar remedio mas poderoso al daño que se experimentaba. Gobernaba la silla apostólica desde el año 440 el santísimo papa Leon, llamado el Grande. Contempló el Santo que la sublime autoridad y grande sabiduría de este sumo Pontífice podrian remediar con mayor eficacia los progresos de la pestilencial herejía. Con este pensamiento le envió un diácono de su iglesia, llamado Pervin-

co, á quien entregó el conmonitorio y libelo que habia trabajado contra los Priscilianistas, y una carta para el Santo Padre. Respondióle este á 21 de julio del año 447, dando muchos elogios al ardiente celo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica, y al esmero que como buen pastor ponia en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnicero que las perseguia. Elogia igualmente el método y diligencia con que habia reducido á diez y seis capítulos todos los errores del heresiarca, y la solidez y copia de doctrina con que en el libelo los rebatia. El mismo sumo Pontífice los impugnó uno por uno, concluyendo su carta con la intimacion de un concilio nacional, para cuyo efecto escribió á los prelados de las demás provincias, encargando á santo Toribio que notificase á todos el decreto pontificio. *Pero si, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general*, añade el santo Pontífice, *téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregacion los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males*. Este encargo del sumo Pontífice á santo Toribio, y las expresiones de su carta, son los testimonios mas auténticos de sus virtudes episcopales. Conocia estas el Pastor universal, ya por los escritos que regularmente manifiestan las virtudes ó vicios del alma que los produce; ya de la relacion del diácono Pervinco, quien le informaria por extenso de su caridad y celo; y últimamente, por el trato personal que tuvo con el Santo volviendo de Jerusalen por Italia, como lo atestigua el rezo actual de que usa la Iglesia de España.

Notificadas las letras pontificias, procuraron los Padres de las cuatro provincias de España, la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarraconense, darlas el debido cumplimiento. Juntáronse efectivamente en Toledo; y no asistieron los obispos de Galicia, porque dominada por los suevos, no tuvieron proporcion para obedecer el decreto pontificio sin grave detrimento en sus vidas, ó en los privilegios de sus iglesias. En este concilio se reprodujo la regla de fe establecida en el anterior del año de 400, la cual juzgaron suficiente remedio á los males presentes, como lo habia sido contra los errores de Prisciliano. Como los obispos de Galicia no habian podido asistir al concilio nacional, procuraron juntarse en concilio provincial, el cual se tuvo en Braga; pero con el dolor para santo Toribio y todos los buenos católicos de no corresponder el suceso á las santas intenciones del Prelado que lo habia solicitado, ni del sumo Pastor que lo habia mandado juntar. Estaba aquella provincia inundada de here-

jes priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedia entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prelados. En el año de 445, hallándose el obispo Idacio con santo Toribio en Astorga, persiguieron de comun acuerdo á estas gentes perniciosas, y habiendo descubierto muchas, formaron autos contra ellas; y los convencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonino, en el año de 448 descubrió á uno de estos herejes, llamado Pascencio, natural de Roma, al cual formó proceso. Santo Toribio, noticioso de ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habian formado contra aquellos herejes. Visto todo por Antonino, pronuncio sentencia de destierro contra Pascencio, la que se verificó echándole de toda la Lusitania. Todas estas acciones prueban el celo pastoral y viva solicitud de santo Toribio en purgar el campo de la Iglesia de yerbas ponzoñosas; en alimentar las ovejas que se le habian confiado con la doctrina pura del Evangelio; en poner estas á salvo contra las asechanzas y astucias del lobo carnicero; en procurar por todos los medios el adelantamiento y esplendor de la Iglesia católica; y en una palabra, en cumplir las obligaciones de un buen pastor, que, como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecian sus trabajos. No se sabe á punto fijo ni el año en que murio, ni el sitio de su glorioso tránsito; pero si tienen alguna autoridad las conjeturas, hallándose que su pontificado duró como unos veinte años, en cuyo tiempo pudo alcanzar la desolacion de Astorga: acaso santo Toribio fue uno de los dos obispos que cautivaron y maltrataron los godos. Ya se sabe que Teodorico, rey godo, vino á España contra el rey suevo Reciario, protegido del emperador Avito; que se dió una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga en viernes 5 de octubre de 456; que al año siguiente, al volverse el Godo vencedor á Francia, asoló la ciudad de Astorga, profanó los templos, conculcó las cosas sagradas, saqueó todas las riquezas, quitó la vida inhumanamente á muchos eclesiásticos y nobles, no perdonando su furor ni á las mujeres, ni á los viejos, ni á los niños, quemando además las casas, que privadas de sus habitadores eran inútiles; y últimamente, que entre estos infelices fueron hechos cautivos dos obispos, cuyos nombres no nos los dice Idacio. Es creible que uno de ellos fuese el prelado de aquella ciudad, santo Toribio, el cual, á imitacion de san Agustin, pediria á Dios le sacase de esta vida por

no ver en poder de bárbaros su iglesia y su rebaño. No hay razon tampoco que nos obligue á establecer que su sagrado cadáver fuese depositado en otra iglesia que la de Astorga, así como no la hay para creer que el Santo muriese en otra parte, ni fuese oriundo de otra ciudad ó provincia, atendiendo á la disciplina constante de aquellos tiempos, en que los obispos eran elegidos por el pueblo entre el clero de la iglesia que habian de presidir, para que sus ovejas amasen á su pastor, y este conociese una por una á sus ovejas. En el siglo VIII, por causa de la invasion de los moros, fueron trasladadas sus reliquias, juntamente con las que trajo de Jerusalen, al monasterio de San Martin de Liévana, que con el tiempo perdió la advocacion de San Martin, y se intituló de Santo Toribio. En este sitio permanecen, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, menospreciador de sí mismo, amador de la Religion, defensor de la verdad católica, destruidor de la idolatría, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA Y CONFESOR.

San Fructuoso, descendiente de los reyes godos, nació en España á principios del siglo VII. Su padre obtuvo los primeros empleos en la corte, y fue general del ejército, y tuvo muchas haciendas y ganados en la tierra del Bierzo. Desde su primera edad miró Fructuoso al mundo como él se merece, de manera que como una vez le llevase consigo su padre á ver sus posesiones y rebaños, tocado el niño de Dios iba examinando dónde habria en aquellos montes lugar á propósito para edificar un monasterio. Muertos sus padres, deseando prepararse para servir á Dios en la vida á que le llamaba, se vistió de eclesiástico, y se sujetó á la direccion de Conancio, muy santo obispo en aquella edad, que desde el año 607 gobernaba la iglesia de Palencia.

De la escuela establecida por este Obispo para la educacion de su clero salió Fructuoso para fundar de sus propios bienes el monasterio de los Santos Justo y Pastor, que por el lugar del martirio de estos Santos se llamó *Complutense*, ó tal vez por caer en territorio de un pueblo llamado en lo antiguo *Complutica*, y ahora *Compluto*, en las montañas cerca del Bierzo dentro de sus propios Estados, no léjos de Astorga. A este sitio acudió tanta gente atraida de la fama del ilustre Fundador, que muy presto se pobló aquella casa, que el

mismo san Fructuoso gobernó en calidad de abad después de haber tomado él mismo el hábito monástico.

Previó el enemigo comun las grandes utilidades que produciria aquella ilustre congregacion bajo la direccion de su santo Abad, y pretendiendo turbarlas, incitó á un cuñado suyo para que se querellase al rey Chindasvinto sobre los agravios que habia hecho en los bienes aplicados al monasterio, de los que se debian parte á su mujer por razon de la herencia paterna. Tuvo Fructuoso muchos sentimientos en la demanda; pero recurriendo á Dios con fervorosas súplicas, para que se dignase mirar con benignos ojos aquel piadoso establecimiento, vengó el cielo con la muerte del avaro cuñado la persecucion que causó á su fidelísimo siervo; con cuyo visible castigo estuvo tan distante el Rey de quitar cosa alguna al monasterio, que antes bien lo dotó con cuantiosos bienes, segun aparece por su real privilegio del año 646.

Libre ya el Santo de aquella tribulacion, se dedicó enteramente á que floreciese la observancia regular en el monasterio de Complu-to. Con esta mira prescribió á los monjes una regla llena de sabios, de prudentes, y de santos documentos, y elevó aquella ilustre casa al mas alto grado de perfeccion con su celosas exhortaciones, y con sus edificantes ejemplos; pero como á los ecos de la eminente santidad de Fructuoso acudian cada dia innumerables gentes al monasterio, que perturbaban la quietud que apetecia para la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, que era el objeto de todas sus atenciones, se retiró secretamente á un lugar solitario, de lo mas áspero de aquellas montañas, donde soltando las riendas á su fervor, renovó con el rigor de sus mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia, oidas hasta entonces en los desiertos de Egipto. Su ayuno era continuo, su abstinencia prodigiosa, sin tomar otro alimento que las raices amargas, y algunos frutos silvestres que producia la esterilidad de aquel desierto, lo que contribuia no poco á aumentar su mortificacion; pero el Señor endulzaba maravillosamente estos rigores con el don de contemplacion que le concedió tan elevado, que puede decirse que su oracion era continua.

Pareció á Fructuoso muy conveniente para la ereccion de un monasterio el sitio de su retiro, por la separacion que tenia de todo el comercio humano. Labrólo con efecto, en la misma tierra del Bierzo mas abajo de Ponferrada, junto al nacimiento del rio *Oza* ó *Veza*, no léjos del Castro *Rupiana*, mencionado en las obras de san Valerio,

abad y restaurador de esta casa, dedicándole á honor del Príncipe de los Apóstoles: por esta razon y la de su situacion, se llamó el monasterio de *San Pedro de los montes*. Eligió en él para sí una humilde habitacion cerca del altar mayor, donde vivió recluso voluntariamente, disfrutando por medio de las mas altas contemplaciones aquellos consuelos celestiales con que el Señor regala a sus siervos muy amados. Sacáronle de allí los monjes de Compluto muy contra su voluntad para no defraudarse de su acertado gobierno; pero como los fervorosos deseos del ilustre Padre no eran otros que dilatar las colonias de siervos de Dios, á fin de que emulando á los Ángeles, se oyesen los cánticos de las alabanzas divinas en los montes y en las soledades, bajándose por la tierra del Bierzo á los confines de Galicia, fundó varios monasterios; entre los que fueron muy célebres el de Villafranca, el de San Pedro junto á Villanueva, y el de la Isla frente del mismo pueblo, alentando á los monjes en todos ellos, mas con el ejemplo que con las palabras, á la consecucion de la perfeccion á que eran llamados.

Ofendian mucho á la profunda humildad del Santo los concursos de las gentes que le seguian en todas partes; y como todas sus ansias eran vivir separado del comercio de las criaturas, para tratar unicamente con Dios, se supo esconder tan bien entre unas espesas selvas que apenas podian penetrar los rayos del sol, que fueron en vano las mas exquisitas diligencias que se hicieron en su busca. No era esta la voluntad de Dios, sino el que fuese útil á muchos; y así dispuso que fuese descubierto por uno de aquellos maravillosos prodigios de que se vale su adorable providencia. Habia criado Fructuoso á mano ciertas avecillas en su monasterio, y volando estas por la misma selva, luego que vieron á su bienhechor, manifestaron con festivos cánticos y con alegres movimientos el paradero del Santo.

Quiso visitar Fructuoso el templo de Santa Eulalia de Mérida, á quien profesaba una devocion especialísima: hizo este viaje con algunos monjes, y habiendo concluido aquel acto de obsequio para con la ilustre Mártir de Jesucristo, determinó pasar á la Andalucía, con el noble objeto de ampliar en aquella provincia sus establecimientos monásticos. Partió á esta expedicion en el rigor del invierno, sin detenerle el frio, el hielo, ni las frecuentes lluvias de la estacion; y habiendo llegado á un rio de rápidas corrientes, lo pasó á pié enjuto como los israelitas por el mar Bermejo. Cayó en las aguas cierto jóven con el caballo que llevaba los libros del Santo, y obró el prodi-

gio de librar al jóven de aquel peligro, y que los libros apareciesen en la orilla del rio sin dar la menor señal de humedad.

Llegó á Sevilla el ilustre Padre, y habiéndose detenido algun tiempo en aquella ciudad, la ilustró con su santa conversacion y con sus admirables ejemplos. Pasó á visitar la iglesia de San Geroncio, que está en Sevilla la Vieja; y resistiéndose los marineros ó barqueros á volver á Sevilla con la nave ó con la barca, por ser ya entrada la noche cuando concluyó sus religiosos obsequios el Santo, les dijo que no se molestasen, porque Dios sin trabajo le volveria á la ciudad, como se verificó puntualmente, hallándose todos á la otra parte del rio sin hacer uso de los remos.

Partió de Sevilla á Cádiz, y no satisfecho con la fundacion que hizo en la isla llamada por entonces Gaditana, erigió en una vasta soledad del mismo territorio el suntuoso monasterio que se llamó Noño, por ser el nono de los que hasta entonces habia edificado: el cual fue tan numeroso, que mas parecia poblacion que casa de desierto, pues la fama del ilustre Fundador atrajo á muchas personas de la nacion á aquel religioso claustro, con el deseo de dedicarse enteramente al servicio del Señor bajo la enseñanza de tan santo como sabio maestro; á cuya disposicion pusieron cuantiosísimas limosnas para que las invirtiese en los piadosos designios que le pareciesen convenientes. No fue solo el establecimiento monástico que hizo Fructuoso en aquel territorio para varones, tambien sirvio para las ilustres vírgenes que quisieron consagrarse á Dios, de las que fue muy señalada santa Benedícta la primera fundadora, habiendo concurrido al Santo para que la dirigiese en el camino del cielo, segun se dice en su portentosa vida, que podrá ver el lector en el dia 29 de junio.

No contento Fructuoso con haber ilustrado á España con tantos y tan célebres monasterios, quiso pasar al Oriente á dilatar en él los mismos establecimientos; pero habiendo descubierto su intencion uno de sus discípulos cuando ya tenia preparada la embarcacion, sintiendo los españoles que tan brillante antorcha se ausentase de la nacion, dieron parte al rey Recesvinto de la determinacion del Santo. Expidió inmediatamente el religiosísimo Príncipe su real órden para que se custodiase á Fructuoso en un lugar seguro sin causarle la menor molestia; pero todas las prevenciones que se tomaron para la seguridad de su persona no impidieron el que saliese de noche, sin ser visto de los guardas, á satisfacer sus devociones en los templos, abriéndose por sí mismas las puertas de la prision; bien que como era tan

obediente á los preceptos de su Soberano, se volvia á la reclusion luego que concluia sus estaciones.

Vacó por aquel tiempo el obispado de Dumio en la provincia de Portugal; y como el rey Recesvinto deseaba ligar á Fructuoso con alguna causa justa que le obligase á residir en España, hizo en su persona el nombramiento de aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. Fácil es de creer en un varon apostólico, que tenia acreditado este carácter con tan relevantes pruebas, la vigilancia pastoral con que satisfizo todos los deberes de su alto ministerio; dejándose ver en todo si no el original, á lo menos la copia de los prelados perfectos que exige san Pablo en el candelero de la Iglesia.

Asistió el santo Prelado al concilio Toletano X, que se celebró en el año 657; y habiendo sido depuesto Patamio, arzobispo de Braga, por el delito de fragilidad que confesó él mismo lleno de arrepentimiento, pusieron los ojos todos los Padres en Fructuoso, para que ocupase aquella silla metropolitana á pesar de su humilde resistencia. No alteró la nueva dignidad un ápice la conducta, ni la religiosidad que conservó en el claustro el ilustre Prelado, dejándose ver siempre tan pobre y tan humilde cuando arzobispo, que cuando solitario y cuando monje. Con la frugalidad de su mesa, y con la modestia del tren de su casa tuvo medios para socorrer á muchos miserables; pero no parando en esto su vigilancia pastoral, reparó y adornó diferentes iglesias, solicitando que en ellas se celebrasen los oficios divinos con toda la divina magnificencia por doctos ministros. Tambien fundó entre Braga y Dumio el célebre monasterio de San Salvador de Manciolo, de que hizo donacion en lo sucesivo el rey D. Alonso el Magno á Sisenando, obispo de Compostela. Deseaba el Santo que fuese aquella ilustre casa el lugar de su sepulcro; y habiendo tenido revelacion de la hora de su muerte sin tener concluida la fábrica, trabajaba por las noches con hachas encendidas, para tener el consuelo de verla acabada antes de espirar. Acometióle una fiebre maligna, que le puso en inminente riesgo: manifestó á los asistentes el dia y la hora puntual de su tránsito lleno de extraordinaria alegría, porque se llegaba el tiempo de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Jesucristo; y preguntándole los circunstantes que si temia á la muerte, les respondió: *No la temo, porque aunque pecador, sé que camino á la presencia de mi Dios.* Hízose llevar á la iglesia, donde en traje de penitente, segun la costumbre de aquellas edades, recibió los últimos Sacramentos, edificando al pueblo con

los fervorosos actos de contricion, y manifestando con amorosos afectos el encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado; extendiendo los brazos en ademan de abrazar la felicidad eterna, murió tranquilamente en el dia 16 de abril del año 665, con universal sentimiento de todos sus súbditos, que lloraron amargamente la falta de un pastor tan santo, y de un padre tan caritativo.

Dieron sepultura al venerable cuerpo del ilustre Arzobispo en el monasterio de San Salvador, que despues se llamó de San Fructuoso, y es hoy de religiosos descalzos de san Francisco, donde se mantuvo en grande veneracion hasta el año 1102, en el que pasando D. Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, á visitar varias iglesias, que pertenecian á la suya en la provincia de Portugal, valiéndose de piadosísimas industrias trasladó el cuerpo del Santo con las reliquias de otros siervos de Dios á Compostela.

SAN LAMBERTO, MÁRTIR DE ZARAGOZA.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Lamberto, de quien nos dicen varios escritores nacionales, que fue uno de aquellos ilustres Mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe, poco despues que el bárbaro Daciano sacrificó al furor de su colérica saña los innumerables Mártires de Zaragoza, cuyas actas se refieren en el dia 3 de noviembre. Vivia Lamberto en aquella capital del reino de Aragon haciendo profesion del cristianismo, no extinguido en ella á pesar del mas formidable estrago que jamás vieron los siglos en tanto número de Mártires como murieron en aquel dichoso pueblo: servia en clase de labrador á cierto infiel, adicto como el que mas al culto de los ídolos; y habiendo tenido con su amo varias reñidas controversias sobre las falsas deidades, á quienes veneraban por tales los gentiles, le quiso obligar el dueño, en uno de los dias que se ocupaba Lamberto en la labor, á que prestase adoracion á los ídolos, amenazándole, que cuando no lo hiciese, preparase el cuello al cuchillo; pero el horror que le causó la sacrílega impiedad á que queria precisarlo, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la crueldad del pagano en términos, que lo decapitó inmediatamente. No tardó el Señor en acreditar con admirables maravillas lo agradable que le habia sido el sacrificio de su fidelísimo siervo; pues luego que se ejecutó el injusto atentado, cogiendo el cadáver con las manos la cabeza, se condujo con ella al lugar donde descan-

saban las reliquias de los innumerables Mártires, cuyos cuerpos habiéndolos mandado quemar el bárbaro Daciano, se convirtieron sus cenizas en una masa de exquisita blancura, con los que se incorporó el Santo, señalando por sí mismo el lugar de su sepultura.

En el lugar de su martirio se fundó después bajo su invocacion un convento de la Órden de la santísima Trinidad. Guárdase en él un pedazo de la zarza, que consta por tradicion haber sido plantada por el Santo en el mismo sitio, la cual dice el P. Murillo que se conserva tan sólida, tan entera y tan sin carcoma, como si acabara de plantarse.

Zaragoza venera á san Lamberto como á su especial abogado. Acrecentóse esta devocion desde los tiempos de Adriano VI con el ejemplo de este sumo Pontífice, y tambien con el prodigio de haber salido sangre fresca del sagrado cuerpo habiendo cortado de él una quijada.

SAN JOAQUIN DE SENA, CONFESOR, DEL ÓRDEN DE LOS SERVITAS.

Fue natural de Sena, y de la noble familia de Palacani. Apenas habia llegado al uso de razon cuando descubrió una inclinacion dichosa á la piedad. Parecia haber mamado con la leche de su madre una devocion muy singular á la Vírgen María, y su mayor delicia en su niñez era orar ante su imágen ó altar, y repetir muchas veces y en todo lugar la salutacion angélica del *Ave María*. No era menos extraordinaria que su devocion su caridad para con los pobres. Desnudábase para vestirles y aliviarles, y cuanto le daban para su uso lo distribuia en los pobres, no cesando además de esto de molestar continuamente á sus padres en favor de los necesitados: reprendióle un dia su padre, y le dijo que era necesario que la prudencia pusiese límites á su liberalidad, ó veria á toda su familia reducida á la mendicidad é indigencia. El jóven compasivo respondio con mucha modestia: *Vos mismo me habeis enseñado, que las limosnas se dan á Jesucristo en las personas de los pobres; ¿podréis rehusarle alguna cosa á aquel Señor? ¿Y qué mayor ventaja es la del rico que el poder atesorar opulencias en el cielo?* El padre lloró de alegría al escuchar unos sentimientos tan generosos de virtud en una edad tan tierna, y tan amables á él. Algunas veces llamaba el padre á media noche á su tierno hijo á que le acompañase en sus devociones, para las que mientras otros dormian él se levantaba sigilosamente de su lecho. A los catorce años de su edad recibió el Santo el hábito reli-

gioso de mano de san Felipe Benicio en el de 1272, y llevado de la devocion á la Madre de Dios tomó el nombre de Joaquin. Tal fue su fervor desde el primer dia que entró en el convento, que los mas adelantados le miraban como modelo. Todas las virtudes estaban en él brillantísimas; pero ninguna con mas admiracion que su grande espíritu de oracion, y su extraordinaria humildad y amor al abatimiento. Resistió fortísimamente á cuantas instancias y diligencias se pudieron hacer con él, para elevarle al sacerdocio, cuya dignidad habia mirado siempre con temor. Ayudar la misa era el fuerte de toda su ambicion, y las mas veces asistia á este adorable sacrificio con raptos de adoracion.

Ayudando á misa el dia de la Asuncion de la Virgen, le acometió el accidente de epilepsia, y cayo sin sentido en tierra, quedandose suspendida en el aire la vela que habia tomado en la mano al tiempo de la elevacion, y manteniéndose así todo el que le duró el accidente. Muchas veces le vieron absorto en Dios, y rodeado de un brillante resplandor, casi tan resplandeciente como el del mismo sol. Estremecianse los demonios al oir el nombre de Joaquin, y libró á muchos endemoniados pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Apenas habia enfermo á quien no diese salud, y á todos inspiraba, por lo menos, deseos eficaces de padecer sus dolores y enfermedades con paciencia. Hacia grandes y frecuentes conversiones, siendo un mudo pero elocuente sermon todo cuanto en él se veia; su semblante extenuado y prudente, su dulzura, su modestia, su paciencia y su afabilidad.

Su delicia era los oficios mas penosos y humildes de la comunidad; porque nunca está mas satisfecha la verdadera humildad, que cuando la abaten humillaciones y la oscuridad, así como la soberbia halla todo su deleite en las acciones públicas y grandes, que atraen la atencion de los demás. La vida toda de este Santo parecia un continuado estudio de ocultarse de los hombres, y de vivir escondido del mundo; pero cuanto mas huia de la estimacion de otros, tanto mas le perseguia á donde quiera que estaba. Viendose demasiadamente querido y respetado en Sena, suplicó con muchas instancias á su general, que le pusiese en alguna casa de su Orden muy remota, donde esperaba vivir desconocido. Concedióselo el retiro de Arezzo; pero apenas se supo su partida, cuando se alboroto toda la ciudad de Sena, hasta que por apaciguar al pueblo fue vuelto á traer á su patria, en que continuó hasta su muerte siendo gloria de aquella, y con sus oraciones, su ejemplo y sustentáculo; y honrole Dios con

milagros tanto antes como después de su muerte, que sucedió á 16 de abril en el año de 1305, el cuarenta y siete de su edad. Los papas Paulo V y Urbano VIII concedieron á su Órden la licencia de celebrar su festividad con oficio. Véase su vida escrita por Attavanti, presbítero del mismo Órden en Florencia; á Giani tambien en sus Anales, etc.

La Misa es en honor de santo Toribio, y la Oracion la que se sigue:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Thuribii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; ut qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor, las súplicas que os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio, y por los méritos é intercesion del que tan dignamente mereció serviros, concédenos el perdon de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág. 181.*

REFLEXIONES.

Halló gracia delante del Señor. Esta es la mayor fortuna que puede hacer el hombre; este es el elogio mas magnífico que el hombre puede merecer, y esta es toda la felicidad del hombre. Hallar gracia delante de Dios, es ser agradable á sus divinos ojos por su inocencia y por su piedad; es ser favorecido, y es gozar de su benevolencia y de su amistad. Si el favor de los grandes del mundo colma de bienes y de honras á los que le consiguen; ¿qué honras y qué bienes no producirá el favor de Dios? Pero con esta diferencia, que el favor de los príncipes puede llenarnos de tesoros, mas no es capaz de dar mérito, cuando la gracia de Dios es todo el mérito de la persona, porque es inseparable de la virtud. *Agradó á Dios, y hallóse que era justo.* Sin justicia, esto es, sin virtud y sin inocencia, es imposible agradar al Señor. Pero ¿dónde hay fortuna mas sólida? No hay cosa mas superficial ni mas vacía que la imaginaria felicidad de los dichosos del siglo. ¿Cuándo se halló siquiera uno que estuviese contento con su suerte? Crece la ambicion con los bienes y con los honores; y esta insaciabilidad es la mayor prueba de una verdadera indigencia. No hay cosa que pueda saciar, ni contentar el corazon del hombre: la seguridad de que algun dia se ha de perder todo, turba el gusto de la posesion. Las riquezas mas opulentas, y los honores mas elevados, á lo sumo no son mas que una brillantez que

deslumbra, y un humo que se sube á la cabeza: engañan y aturden por algun tiempo, y en eso consiste toda esa soñada felicidad. Esas revoluciones de fortuna, y esa continua alternativa de bienes y de males, ¿qué otra cosa nos están predicando? Sábese muy bien y se dice á cada paso, que ya es estrella de los favorecidos el no serlo nunca hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de ellos, cuando no tienen mas que dar, ó porque ellos se cansan de los príncipes, cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo con los que han merecido la gracia del Señor: sus bienes hartan sin fastidio; hacen á sus favorecidos respetables sin fuerza, dichosos sin emulacion, y no están ni sujetos al capricho, ni dependientes del humor, ni expuestos á las inconstancias de la vida. Consíguese la gracia del Señor, y se mantiene uno en ella siempre que quiere, y todo el tiempo que quiere. *Si vis, es*, respondió santo Tomás á una hermana suya que le preguntó cómo podria ser santa: *seráslo, como lo quieras ser*. Las aprensiones, las inquietudes y la turbacion derraman mucha hiel en las prosperidades de los favorecidos: nunca es alegría pura: los celos la inquietan; la envidia la turba; la multitud de concurrentes la consumen, y de ordinario la acaban. Por brillante que sea su fortuna siempre titubea, siempre es resbaladiza. Pero demos que llegue hasta la muerte: de allí no pasa; y por larga que sea esta duracion, es ciertamente muy corta. Y ¿qué será por toda la eternidad de ese favorecido de los grandes del mundo? Pero es uno Santo, es favorecido del Señor: la muerte aumenta el favor, y hace mas perfecta su dicha, su mérito mas brillante, y su culto mucho mas célebre, pues al cabo le enteriza. Respétanse hasta sus huesos y hasta sus podridas cenizas. *Fulgebunt justi, et tamquam scintillae in arundineto discurrent:* Brillaran los justos, y resplandecerán como las centellas que corren como jugueteando por un cañaveral. (*Sap.* III). *Justitia enim perpetua est, et immortalis:* La justicia es permanente é inmortal. (*Sap.* I, 15). Pues, *Filii hominum usquequo gravi corde?* Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de gemir oprimidos bajo esa pesadez que abruma vuestro pobre corazon? ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad? ¿hasta cuándo os habeis de dejar embaucar de la mentira? Todos conocen esto; pero ¿quién se aprovecha de ello? (*Psalm.* IV).

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 16.*

MEDITACION.

Del buen uso de los medios para lograr nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera con qué bondad, con qué liberalidad, y con qué magnificencia puso Dios en nuestras manos sus propios bienes. No solamente los cielos publican su beneficencia con nosotros; la tierra, el mar, todo el universo y todas las criaturas destinadas para beneficio del hombre, nos anuncian sus misericordias: ninguna hay que no nos sirva de medio para caminar á nuestro último fin, si sabemos usar de ella. Pero no solamente hemos recibido de su liberalidad los bienes naturales, sino los sobrenaturales, mucho mas preciosos, y en mucho mayor número. Sacramentos de la Iglesia, manantial fecundo de bienes espirituales, tesoro inmenso de las misericordias de nuestro gran Dios. Gracias poderosas, dones sobrenaturales, fruto precioso de nuestra redencion: sacrificio permanente del Cordero inmaculado, víctima de precio infinito, exceso de bondad y de amor del Redentor. Auxilios diarios y continuos, medios eficaces de la salvacion; dones superabundantes, liberalidades sin medida del Salvador del mundo. El mismo Jesucristo en medio de nosotros; su cuerpo, su preciosa sangre convertida en alimento nuestro: estos son los bienes que pone Dios en nuestras manos: ¡y todavía hay pobres, poseyendo tales bienes! San Pablo no podia comprender esto: ¡y nosotros, por ventura lo comprendemos! Esas gracias, de que se hace tan poco caso; esas luces sobrenaturales; esas saludables inspiraciones que se ahogan, que se sofocan cási sin remordimiento, son precio de su sangre: no hay Santo que no se hubiese enriquecido con el menor de estos bienes, ninguno que no hubiese muerto colmado de merecimientos. Pero nosotros ¿qué fruto hemos sacado de ellos?

Una sola misa, una sola comunion, una sola confesion sacramental tiene virtud eficaz para santificar los mas grandes pecadores; pero doscientas comuniones, otras tantas y aun muchas mas confesiones, el sacrificio del Cordero, que quita los pecados del mundo, no nos han borrado ni una sola culpa: con remedios tan eficaces se enferma, se desfallece, y se pierde la vida del alma. Con tantas fuentes de gracias, con tan ricos tesoros se vive en suma pobreza. Comprendamos, si es posible, un misterio de iniquidad tan incomprensible. Con medios tan poderosos y tan eficaces para ser santos, cada dia somos mas imperfectos: desaparece la devocion, va por tierra la observan-

cia, bastardea la disciplina, y se apaga la fe. ¡Pudiera un cristiano ser menos favorecido, se pùdiera vivir con mayor disolucion, si nos faltaran todos estos medios! ¡Oh! ¡y qué bien convence todo esto lo mal que se usa de los tesoros de gracias que Jesucristo nos mereció, y que franqueó á todos los fieles!

Punto segundo.—Considera bien lo mucho que se pierde usando mal de estos auxilios, y de tantos otros como nos ofrece la Iglesia. Devociones á los Santos, ejercicios de religion á cual mas piadosos, ayunos, abstinencias saludables, tesoro de indulgencias, en que se encuentra inmenso caudal para satisfacer á la divina justicia, y otras cien piadosas industrias, todas muy oportunas para facilitarnos el camino del cielo.

¡Mi Dios! ¡y cuánto perdemos por nuestra culpable ignorancia, por pura indolencia nuestra, y por una perniciosísima pereza! No hay cosa mas abundante en auxilios, ni mas fecunda en merecimientos que nuestra santa Religion: toda está llena de medios, pero nosotros no sabemos aprovecharnos de ellos: no hay dia en la vida, ni hora en el dia en que no se nos presenten ocasiones de merecer. Las miserias de otros nos ofrecen sin cesar tesoros inestimables, si los queremos beneficiar: ¡qué obras de misericordia no podemos hacer! y no es necesario que sean precisamente limosnas las que hayan de enriquecernos: una palabra de consuelo á los afligidos, una visita en los hospitales á los enfermos, ó en los calabozos á los encarcelados, todo es de gran mérito cuando se hace con verdadero espíritu de caridad. La misma buena voluntad de hacer bien a los menesterosos, es largamente recompensada por el Padre de las misericordias. Pero sin salir de nuestro propio terreno, ¡que fondo de méritos no tenemos en él! ¡cuantos pequeños sacrificios podemos hacer en la vida! ¡cuantas victorias conseguir al cabo del dia! Un corto gusto, de que uno se priva por el amor del Señor, una vista curiosa, una diversion, una palabrita de chiste, sacrificado todo a Dios, pueden ser perennes manantiales de gracias, siempre que el sacrificio se haga por motivo sobrenatural. Nuestras mismas pasiones nos presentan continuas ocasiones de conseguir importantísimas victorias: la mortificacion de los sentidos es tambien una gran renta para el cielo: nuestra pobreza, nuestras enfermedades, y hasta nuestros mismos defectos los podemos aprovechar en órden á la otra vida. No hay estado, no hay sazon, no hay edad que no sea muy propia para ser santos, con la asistencia de la divina gracia, que á nadie falta jamás. Si no

somos santos, ¿qué excusa tendremos? ¿ni como se nos puede perdonar?

Solo se hace juicio de las cosas por los sentidos, ó á lo menos por una razon puramente natural. ¿Con qué ojos miramos todos estos medios? Parece que el espíritu de la fe y de la Religion está entredicho á la mayor parte de los fieles. Se vive cási sin reflexion.

¡Ah Señor, y cómo he usado yo hasta ahora de todos estos bienes! ¡cuánto he perdido en haberlos malogrado! conozco mis descaminos, confieso mi culpa, y detesto mi brutalidad. No permitais que sean sin fruto estas luces y estos movimientos que me comunicais. Os prometo, Señor, con el auxilio de vuestra gracia, que aprovecharé para el cielo todos los medios que en adelante me proporcionaréis.

JACULATORIAS.—Hasta aquí, Señor, se apoderó de mi alma una profunda modorra, en todo lo que toca á mi salvacion: dispertóme vuestra gracia del letargo; confirmadme en el propósito que hago de enmendarme. (*Psalm.* CXVIII).

Llena está, Señor, la tierra de vuestra misericordia: enseñadme á aprovecharme de ella, guardando vuestra santa ley. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Hay gran número de Santos de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones y en todos los estados que no tienen otro Evangelio que nosotros: pero nosotros no tenemos la misma fidelidad que ellos: no tuvieron ni mas auxilios, ni mas medios, pero supieron aprovecharlos mejor. No se agotaron las liberalidades del Padre de las misericordias, no se ha encogido su mano; pero nosotros no queremos negociar con nuestros talentos. ¿Cuántos los sepultan? ¿cuántos los pierden? ¿cuántos se valen de ellos para hacerse mas infelices? *Todas las cosas cooperan al mayor bien de los que aman á Dios*; mientras todas se convierten en mayor mal de los que le ofenden. Aprovechate de estas verdades; conviertelo todo en provecho tuyo, y nada pierdas por indevocion ó por desidia. El cielo, los astros, la tierra, todas las criaturas te predican la bondad y la liberalidad del Señor: procura que todas exciten tambien tu humilde reconocimiento. Saca siempre alguna utilidad de todas las criaturas; usa de ellas de modo, que todas contribuyan á tu salvacion. La vista del cielo, lo apacible de las estaciones, los servicios que te hacen los elementos, todo te advierte cómo te has de aprovechar de ellos, segun el fin que te propuso el Señor cuando te concedió todos esos bienes. Ya

te sientes á la mesa, ya salgas al paseo, ya estés en tu cuarto, haz siempre esta reflexion: *Quid haec ad aeternitatem?* ¿Cómo me podré aprovechar de esto para salvarme?

2 La Iglesia te ofrece mil medios; no hay que despreciar alguno, porque todos pueden conducir para tu salvacion. Asiste siempre á sus sagradas ceremonias con aquel espíritu de religion que inspira devocion y respeto. Jamás las hagas por bien parecer, ó por mera costumbre. Aprecia mucho los mas mínimos actos de religion y de piedad que usa la Iglesia. Se desaprueban ciertas devociones; se critican ciertos piadosos ejercicios; se trata de simplicidad y de supersticion todo lo que ata un poco el amor propio. Impone una ley de respetar todo lo que se estila en la Iglesia: ceremonias, estaciones, procesiones, usos piadosos, ejercicios santos. Desde que se comenzó á sutilizar tanto, y á criticarlo todo, se nota que la Religion se ha debilitado en la mayor parte de los fieles, y que en muchos se apagó enteramente la fe. Imita á los Santos, pues nada vas á arriesgar en conformarte con sus ejemplos.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

San Aniceto, papa y mártir, en Roma, el cual en la persecucion de Marco Aurelio Antonino y de Lucio Vero alcanzó la palma del martirio. *(Véase su vida en las de este dia).*

El tránsito de san Mapalico, mártir, en África, el cual recibió la corona del martirio en compañía de otros muchos, segun escribe san Cipriano en la carta á los mártires y confesores.

Los santos mártires Fortunato y Marciano, tambien en África.

Los santos mártires Pedro, diácono, y Hermógenes, su ministro, en Antioquía.

Los santos mártires Elías, presbítero, Pablo é Isidoro, monjes, en Córdoba. *(Véase su noticia en este dia).*

San Pantágato, obispo, en Viena.

San Inocencio, obispo y confesor, en Tortona.

San Esteban, abad, en el Cister en Francia, el primero que habitó en el yermo del Cister, y recibió con gozo á san Bernardo y á sus compañeros cuando fueron á él.

San Roberto, confesor, en el monasterio de Casa Dei, en la diócesis de Claramonte, fundador y primer abad de aquel monasterio.

SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR.

San Aniceto, duodécimo Papa después de san Pedro, fue originario de Siria. Nació hácia el fin del primer siglo; y la grande re-

putacion que ya tenia en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fue hombre de superior genio, de extraordinaria grandeza de alma, de tanto teson y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros; de celo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fue constante y universalmente tenido por azote de los herejes. Era venerado por uno de los mas sabios y mas santos presbíteros de la Iglesia de Roma, cuando habiendo sido coronado del martirio san Pio, papa, el año de 157, fue nombrado Aniceto por sucesor suyo.

Tenia necesidad la Iglesia de un Pontífice tan grande, en tiempo que la malignidad y la multitud de los herejes no perdonaba medio alguno para corromper la santidad de sus costumbres y la pureza de su fe. Cási todos estos enemigos declarados de Jesucristo se habian juntado en Roma, donde siempre ha reinado y florecido la fe en todo su vigor, con intento de hacer todo lo posible para envenenarla en la misma fuente.

En tiempo de san Higinio, papa, habia venido á ella aquel impío heresiarca Valentino, que habiendo hecho grandes progresos durante el pontificado de san Pio, adelantaba cada dia nuevas conquistas. Cierta miserable mujercilla, llamada Marcelina, de la infame secta de los Carpocracios, ó de los Gnósticos, que tambien habia llegado á dicha ciudad, pervertia mucha gente. Desde el principio del pontificado del mismo san Pio habia comenzado tambien el impío Marcion á sembrar sus errores en la cabeza del mundo cristiano: de suerte, que cuando Aniceto se sentó en la silla de san Pedro, se vió como rodeado de monstruos que respiraban veneno; pero á todos los exterminó durante su pontificado, persiguiéndolos hasta sus mismas madrigueras, y no perdonando diligencia alguna para preservar á los fieles de la ponzoña con antídoto oportuno.

Echó Dios la bendicion al celo y á los trabajos del santo Pontífice. En poco tiempo se vió libre el rebaño de las enfermedades contagiosas por los desvelos del pastor. Descubiertos y confundidos los Valentinianos, los Marcionitas y todos los demás herejes por el celo de nuestro Santo, fueron objeto de la execracion de todos. Instruyó y cultivó á su pueblo con tan feliz suceso, que Roma, centro de la unidad y de la fe, lo fue igualmente de la santidad, y teatro de la virtud cristiana: así lo testifica Hegesipo, que vino á Roma en tiempo de san Aniceto.

Habiendo este insigne hombre, no menos sabio que santo, tratado en su viaje á muchos obispos de Occidente, y habiendo observado

en Roma así la pureza de la fe, como la santidad de las costumbres de los fieles, admirado de uno y de otro, hizo un magnífico elogio del pastor y del rebaño. Escribió en cinco libros la Historia eclesiástica, desde la pasion de Cristo hasta su tiempo, que se reducia á una sincera coleccion de las tradiciones apostólicas; pero ya no nos han quedado de una obra tan antigua y tan auténtica mas que algunos fragmentos conservados por Eusebio, en los cuales se ve la sinceridad con que san Hegesipo da testimonio de que hasta su tiempo no habia silla episcopal, ni ciudad cristiana, y sobre todo Roma, donde no se observase lo que manda nuestra santa ley, lo que los Apóstoles habian predicado, y lo que habia enseñado el mismo Jesucristo.

Hacian de cuando en cuando los herejes algunos esfuerzos para corromper la fe; pero la vigilancia de Aniceto atajaba los efectos de sus perniciosos intentos. Al principio de su pontificado le vino á visitar san Policarpo, discípulo de san Juan evangelista, y obispo de Esmirna, que lleno de estimacion y de singular veneracion á nuestro santo Pontífice, tuvo especial consuelo en pasar á conferir con él algunos puntos de disciplina eclesiástica, en que aun no habian convenido las iglesias griega y latina, y todavía no estaban decididos. Presto se concordaron los dos Santos. Y como era tanto lo que san Policarpo deferia y respetaba al Vicario de Cristo, y era tan singular la estimacion que Aniceto hacia de Policarpo, estrecharon entre sí una íntima amistad. No contribuyó poco esta buena inteligencia para confundir á los herejes, y para conservar á los verdaderos fieles en la pureza de la fe que habian recibido de los Apóstoles; ni fue menos conducente para que floreciese en aquella capital la santidad de costumbres, que edificaba tanto á todo el mundo cristiano. Bien se puede asegurar, que si la verdad y la virtud fueron tan combatidas en Roma por aquella multitud de herejes que habian concurrido á ella, no fueron menos valerosamente defendidas por la concurrencia de tantos Santos y de tantos hombres grandes como juntó tambien en ella la divina Providencia.

Fuera de san Aniceto, san Policarpo y san Hegesipo, de quienes acabamos de hablar, se vió al mismo tiempo en Roma san Justino, uno de los mas brillantes astros de su siglo. Allí compuso la mayor parte de sus obras, que fueron tan útiles para disipar las calumnias de los gentiles, y para alumbrar á tan prodigioso número de herejes. Teniéndose por dichoso este insigne Santo de poder contribuir en algo al celo de tan gran Papa, estableció en Roma, segun el plan que le dió el mismo Aniceto, una escuela de virtud, en que daba

lecciones de religion á cuantos querian ser instruidos. Correspondió el fruto á su celo; porque apenas se vió en otro tiempo tanta constancia y tanto fervor entre los fieles á pesar de la persecucion de los paganos, y de los esfuerzos que hacian los herejes, así para desalentar la fe, como para estragar las costumbres.

Gobernó la Iglesia san Aniceto, segun Eusebio y Nicéforo, por espacio de doce años con admirable celo, prudencia y vigilancia. Aun en tiempos tan turbulentos y tan nebulosos encontró lugar su celosa solicitud pastoral para descender á las mayores menudencias de la vida ejemplar que deben observar los clérigos, y á muchos puntos importantes de disciplina eclesiástica.

Prohibió que los clérigos trajesen el cabello largo, segun la ordenacion del Apóstol, y mandó que todos anduviesen con corona, ó tonsura clerical. Afirma san Gregorio Turonense, que el autor de esta corona fue san Pedro, en memoria de la corona de espinas del Salvador, y así es probable que san Aniceto estableciese por decreto lo mismo que hasta allí no era mas que una mera y piadosa costumbre. Lo cierto es que antiguamente solo se dejaba una especie de cerquillo al rededor de la cabeza, estando todo lo demás raido á navaja, á la manera que aun el dia de hoy lo observan muchos religiosos.

Habia mucho tiempo que Nuestro santo Papa suspiraba ardientemente por el martirio. Aquel ardiente celo que manifestaba por conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y por dilatar el reino de Jesucristo, parecia hacerle acreedor á este insigne favor del cielo; y así fue coronado del martirio en la persecucion de Marco Aurelio, hácia el año del Señor de 167, y su santo cuerpo fue enterrado por los Cristianos en el cementerio de Calixto.

El año de 1590, Minucio, arzobispo de Munich, y secretario de Guillelmo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro Santo, y la colocó en la iglesia de los Padres de la Compañía, donde es reverenciada con singular devocion.

En el de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, donde estuviesen mejor colocadas aquellas preciosas reliquias; Juan, duque de Altaemps, pidió y consiguió del Papa el cuerpo de san Aniceto, y mandando labrar una magnífica capilla, colocó en ella este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro de mármol, donde es reverenciado con la mayor devocion; y el mismo Du-

que hizo el elogio de nuestro santo Pontífice en estas pocas palabras: *Si la perfecta inteligencia de la sagrada Escritura; si la inocencia y la santidad de la vida; si la gloria del martirio, bastan cada uno de por sí, como todos lo confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de san Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron?*

LA BEATA MARÍA ANA DE JESÚS, VÍRGEN.

La beata María Ana de Jesús, ornamento brillante de la reforma de la religion Mercenaria, honor y gloria inmortal de su patria, nació en la corte de Madrid, por enero del año de 1563, y fue bautizada en la parroquia de Santiago á 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque nobles por lo ilustre de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecia en sus obras. La frecuencia de Sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales, y otros ejercicios igualmente caritativos fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que les enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Dios previene con sus bendiciones las almas dichosas que elige para sí, y aun en las acciones mas inocentes hace que ostenten los efectos de su gracia. Así se vió en la niña María Ana, la cual no se manchó jamás con aquellas propiedades infantiles, que son señales de la corrupcion de nuestra naturaleza, y piden toda la atencion de los padres. Recibia el alimento con tanta escasez y moderacion, que propiamente parecia un ayuno. Su quietud, su apacibilidad y la perpetua alegría que resplandecia en su rostro, al paso que acrecentaban la singular hermosura de que la habia dotado naturaleza, testificaban la paz y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, en las cuales se denotaban mas claramente las disposiciones del alma.

Llevábanla á la iglesia, y entonces advertian que se transportaba al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia; y sus inocentes ojos se fijaban con tanto amor en las imágenes de Jesús y de María, que desde luego se echaba de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuán de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y extension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya admiraban

en esta santa niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuia entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia haber á las manos. Á los enfermos de su casa los alentaba con dulcísimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de afuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y oracion que en aquella tierna edad observaba la santa niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imágen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y abismada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la Santa en sus escritos, aprovechó tanto en la escuela del espíritu, que aun antes de llegar á los siete años experimentaba ya aquellas ilustraciones, visiones y regalos que suelen ser el fruto de muchos años de contemplacion, de fervor y de penitencia. El soberano Padre de las luces se la manifestaba con tanta claridad, que nada la dejaba que desear en órden á la inteligencia de los mas sublimes misterios. El de la Trinidad sacrosanta, el de la Encarnacion del Verbo divino, y la real presencia de Cristo en el sacramento de la Eucaristía se la manifestaban con tanta claridad, que apenas tenia lugar en ella la fe.

Efectos tan maravillosos eran una consecuencia de la docilidad con que se prestaba su corazon á la enseñanza de los maestros que la dirigian. Estos eran el divino Redentor, su Madre santísima, y el Ángel custodio, de cuya visible presencia gozaba muchas veces. Además de las altísimas verdades que la enseñaban, llenaban su corazon de inefables dulzuras, aficionándola al amor del Esposo de las vírgenes, y amaestrándola en la contemplacion de la bondad infinita. De tan soberanas instrucciones nacia un desprecio total de las cosas perecederas, y un amor y deseos fervorosos de las eternas y divinas. Así toda su conversacion era de Dios: todas sus obras encaminadas al provecho y santificacion de sus prójimos, y todos sus deseos acrecentar mas y mas aquella caridad flagrantísima que abrasaba su corazon. Este no podia contener en sí la grandeza y muchedumbre de afectos que producia la caridad; y así se derramaba, procurando introducirlos en las almas de sus hermanas y familiares de su casa, con dulces y eficaces razonamientos. A esto se llegaba una discrecion

y dulzura en reprender las faltas que advertia, que lograba corregir sin exasperar, y se veian en ella todos los efectos del celo verdadero, sin mezcla de las peligrosas consecuencias que produce el celo falso. Adelantada María Ana tan prodigiosamente en la virtud, deseaba participar de aquellas gracias que la Iglesia no concedia aun á sus tiernos años. Tal era la participacion de la sagrada Eucaristía, á cuya vista se exhalaba su alma en encendidos deseos. Sintiendo la santa niña en su espíritu una santa hambre del divino manjar, solicitó con lágrimas y ruegos que la hiciesen participante de la divina comunion. Sus padres oyeron con regocijo estas santas pretensiones; y comunicándolas con el párroco, tomó este á su cargo el exámen del talento y disposiciones de la niña para llegarse á la mesa de los Ángeles. A pocas diligencias advirtió un espíritu tan agigantado, un conocimiento tan claro de la alteza de los divinos misterios, una virtud tan superior á lo que prometian sus tiernos años, y una sed tan ardiente de probar las dulzuras de la fuente de vida, que no solamente condescendió con los santos deseos de María Ana, sino que quedó sorprendido al ver el alto grado de perfeccion á que habia subido en tan poco tiempo. Preparóse á la primera comunion con ejercicios sumamente fervorosos, y transformada en un ángel, llegó á gustar la comida de ellos con singular consuelo de su alma. Quedó anegada en celestial dulzura, tanto que de allí en adelante ella misma estimulaba á su madre á la frecuencia de Sacramentos, no pudiendo vérsela jamás harta del manjar divino. Las consolaciones interiores que el Padre de misericordias la concedia eran tales, que á un tiempo avivaban en ella el deseo de recibir la Eucaristía, y la colmaban de complacencias en la dulzura interior que sentia con esta participacion. Hasta los once años la beata María Ana siguió disfrutando estas felicidades, y gozando de una vida la mas tranquila y regalada que se podia imaginar.

Pero Jesucristo, que hecho Esposo de sangre, como dice la Escritura, quiére que sus elegidos le sigan por el camino de los trabajos, dispuso que María Ana entrase en esta penosa carrera, y comenzase á hollar con sus tiernas plantas un sendero cubierto enteramente de abrojos y de espinas. El primer golpe con que afligió el tierno corazon de la jovencilla María Ana fue la muerte de su madre, á quien se llevó para sí á darla el premio de sus grandes virtudes. Esta pérdida fue para la santa niña sumamente dolorosa; pero conociendo que nada se hace en este mundo que no esté sujeto á las sabias leyes de la divina Providencia, se resignó humilde en su di-

vina voluntad: llevó con paciencia la dolorosa separacion de su madre, y con ayunos, penitencias y sufragios manifestó el amor que la tenia. A este golpe se siguieron otros todavía mas amargos para una jóven, cuyo espíritu abstraido de las cosas terrenas, solo aspiraba á conseguir las celestiales. Su padre se casó en breve, dando á María Ana una madrastra áspera de condicion, que la maltrataba de palabras y de obra. Dióle el cielo dos hijas de ella, y el natural amor que debia tener á estas, le hacia mirar con horror á la jóven María Ana. Su padre, deseando quitar á su mujer un motivo de desazon y de continuas rencillas, determinó casarla; y para este efecto la hacia usar de las galas con que suelen adornarse las doncellas. Sin embargo de que miraba con abominacion todo adorno que no se dirigiese á conciliar el amor del divino Esposo, condescendió con la voluntad de su padre, adornándose con modestia cristiana, y colocando en Dios su esperanza, bien firme de que la divina misericordia dispondria las cosas de modo que se encaminasen á su mayor servicio.

Las prendas apreciables de honestidad, mansedumbre y hermosura de que estaba adornada la proporcionaron fácilmente un esposo en quien concurrian unas ventajosas cualidades para que la santa jóven contrajese con él un matrimonio honroso; y esto mismo daba calor á los deseos de su padre. La Santa conocia por una parte la obligacion que impone Dios á los hijos de mirar con respeto las paternales insinuaciones en órden á la eleccion de estado; pero por otra sentia en sí unas disposiciones muy contrarias. Miraba el matrimonio como un estado poco cómodo para la tranquilidad de espíritu y ejercicios de devocion, que tenian en su alma la preferencia; y se hallaba como una roca en medio del mar, combatida por todas partes de las furiosas olas de la contradiccion. No sabia con claridad cuál fuese la voluntad de Dios en aquel punto, y como sola esta era la regla de sus acciones, multiplicó los ayunos, las penitencias y la oracion, como seguros medios de investigarla. Postrábase en su secreto oratorio delante de una imágen de Cristo crucificado; y allí con suspiros fervorosos, lágrimas y gemidos que la salian del corazon, pedia á Dios se dignase de manifestarla cuáles eran los designios de su sabiduría para seguirlos, aunque fuese á costa de su misma vida. El misericordioso Dios, que tiene dada palabra de oir al justo que le invoca en el dia de la tribulacion, oyó los gemidos de su sierva María Ana, y quiso confortar su lastimado corazon dándola á entender los designios de su voluntad.

Para este efecto se valió de uno de aquellos medios con que la in-

finita Sabiduría hace que las cosas que parecen indiferentes logren la consecucion del fin premeditado. Oyó por casualidad la Santa un sermon que predicó el venerable P. Fr. Antonio del Espíritu Santo, del Órden de san Francisco, residente á la sazon en el convento de San Bernardino, el cual dirigió por muchos años su espíritu. En aquel discurso ponderó el varon apostólico las excelencias y prerogativas de la virginidad, pintándola tan amable, que la sierva de Dios llegó á conocer que su divina Majestad la manifestaba de aquel modo su voluntad santísima. Consultólo con aquel santo religioso, y convencida de que Dios la queria para que aumentase el coro de vírgenes, que siguen de continuo al Cordero sin mancha, hizo, con acuerdo de su confesor, voto de perpetua virginidad en la iglesia parroquial de San Miguel de Madrid. Determinada ya á no conocer esposo terreno, procuró disimular su resolucion, contestando con santa prudencia á las continuas baterías que la daban para que acelerase su casamiento. Pero no pudo ocultarse por mucho tiempo su santo propósito: trajéronla unas dádivas y joyas preciosas con que la regalaba el que estaba elegido para esposo suyo. La beata María Ana las miró con desprecio; y considerando que no era ya justo entretener por mas tiempo las esperanzas de aquel jóven, ni permitir que viviese engañado su padre, declaró á este como tenia hecho voto de virginidad, y que serian inútiles todos sus esfuerzos para hacerla mudar un pensamiento, que estaba cierta de que el mismo Dios se lo habia inspirado. Esta declaracion, que se difundió entre la madrastra y los parientes, fue como una porcion de materias combustibles echadas en un voraz incendio. Aumentóse la persecucion; crecieron los malos tratamientos de la madrastra; multiplicáronse los combates y porfiadas diligencias de los parientes, que por bien ó por mal querian apartarla del voto que habia hecho. Su padre, mudado y no bien aconsejado, llevó á mal la determinacion de su hija; y presumiendo que el abatimiento y despecio doblarian la firmeza de su corazon, despidió de su casa á la criada, y mandó que sirviese aquel oficio su hija. Con este motivo la obligaba la madrastra á hacer y rehacer los oficios mas despreciables y penosos, no dándose por satisfecha y contenta de nada que la Santa hacia. Por cualquiera cosa la trataba mal de palabras, la abofeteaba, y ejercitaba en ella las mayores inhumanidades. Privábala de la comida, la encerraba en un cuarto oscuro, sin desistir jamás de la pretension de que contrajese matrimonio.

Como María Ana se habia ejercitado desde niña en la escuela de

Jesucristo, sabia que por un camino de tribulaciones y acerbos tormentos habia subido el Hijo de Dios á redimir el género humano, y á conseguir la gloria que le destinó su eterno Padre por la muerte de cruz; y que el que se preciase de verdadero discípulo suyo habia de seguir en todo sus pasos. Esta consideracion tranquilizaba su alma, y la llenaba de una fortaleza tan superior, que en medio de los baldones, de las bofetadas y todo género de persecucion y malos tratamientos, conservaba una paz en su corazon y una alegría en el rostro, que se echaba bien de ver que no era efecto de las fuerzas naturales, sino obra maravillosa de la gracia divina. Esto se vió en una resolucion que la Santa tomó sobre sí misma, que llegó á consternar, aunque no á abatir la furia de sus perseguidores. Era la Santa de gentil disposicion de cuerpo, y acrecentaba la hermosura de su rostro una hermosa madeja de dorados cabellos, que contribuian no poco á mantener el ardiente amor que la tenia su destinado esposo. Un dia, pues, tomando unas tijeras, se cortó el hermoso cabello, y con él las esperanzas del que la pretendia por esposa. Cuando la Santa se presentó á su padre y á su madrastra afeada de esta manera, se encendieron en cólera como tigres, y multiplicando las bofetadas, los golpes, dicterios y execraciones, cargaron sobre la santa jóven todo el tropel de injurias y malos tratamientos que es capaz de producir un encono infernal disimulado con la capa de celo, de piedad y de solicitud paternal. En todas estas tribulaciones se mantuvo María Ana sumamente gozosa, considerándose en ellas verdaderamente discípula de Jesucristo. Este Señor la consolaba y fortalecia con frecuentes visiones espirituales en que la inundaba con torrentes de celestiales dulzuras. Pasó algunos años la sierva de Dios esta terrible prueba de su verdadero amor al Esposo inmaculado, hasta que satisfecho de la fineza de su amada esposa, hizo calmar la tormenta. Conocieron todos que era empeño vano resistir á los designios de Dios: ilustrado su entendimiento con soberanas luces, vió el padre de María Ana en su hija, no ya una voluntad rebelde á sus preceptos, sino una doncella elegida de Dios para hacer ostentacion de las maravillas de su omnipotencia. Igual persuasion se apoderó del corazon de su madrastra; y así determinaron abandonar su loco empeño, y dejar á María Ana tranquila en sus santos ejercicios, venerando de allí adelante como á una santa virtuosa doncella á la que hasta entonces habian perseguido como á una hija contumaz y rebelde.

Viendose la sierva de Dios victoriosa de tan crudas batallas en una

paz tan dulce y apetecible, como antes habia sido penosa y temible la guerra en que se habia hallado, soltó las riendas á su fervoroso espíritu para que se emplease sin reserva en todos los ejercicios de piedad. Era poco proporcionada para esto la casa de sus padres: conocia además que estos no se hallarian mal con su ausencia; y tanto por lo uno como por lo otro determinó hacerse religiosa. Aunque las diligencias que hizo en todos los conventos de Madrid fueron exquisitas, no lograron el efecto deseado. Afligíase María Ana viendo frustrados sus deseos, y pudo tanto en ella el anhelo de vivir entre vírgenes, que concibió un arriesgado proyecto, que á no venir del cielo, toda humana prudencia le juzgaria temerario. Determinó salir de su casa sola, y caminar á Ocaña, en donde habia oido decir habia conventos en que serian cumplidas sus esperanzas. Sola, determinada, sin confiar á nadie su secreto, sale de noche de la casa de sus padres esta tierna doncella á pié, y sin mas provision para el camino que la firme esperanza que tenia en su Esposo, y la viva fe con que creia que Dios nunca desampara á los que en él confian. Pocas leguas anduvo cuando se le presentaron en un solo punto de vista todos los peligros á que iba expuesta una jóven con diez y nueve años de edad, sin otra compañía que los atractivos de la naturaleza. Esta consideracion causó en ella tanto espanto, que se volvió á la casa de sus padres, en donde en una vision admirable la dió el Señor á entender por medio de su Madre santísima que vendria tiempo en que se cumpliesen sus deseos. Entre tanto vivia en su casa con el mismo recogimiento y abstraccion de su espíritu que pudiera tener en el convento mas retirado, doblando los ejercicios de humildad, de caridad, de mortificacion, y generalmente de todas las virtudes. Instruia en ellas á dos hermanitas suyas, enseñándolas que huyesen del mundo, de sus pompas y vanidades; á que despreciasen los atractivos del amor terreno, y á ejercitarse en la contemplacion de los divinos misterios. Con tal enseñanza salieron las niñas muy aventajadas en la virtud, y María Ana hallaba ocupacion proporcionada al fervor de su espíritu.

Dos años disfrutó la sierva de Dios de tranquilidad y reposo, gozando en ellas verdaderas delicias de la vida espiritual; pero Dios, que la habia visto pelear y vencer con tanto denuedo, permitió que entrase en otra nueva guerra, tanto mas temible, cuanto los enemigos eran menos visibles, y sus armas templadas con toda la fuerza de la naturaleza, y los atractivos de los deleites. Comenzó á padecer unas vehementísimas tentaciones contra la castidad; los mas obscenos

objetos se presentaban á su mente donde quiera que estaba; sin que pudiesen preservarla ni la leccion, ni la meditacion, ni el trabajo corporal, ni todos los ejercicios piadosos en que de ordinario se empleaba. Acongojábase su espíritu, lloraba, gemia, acudia á Dios en la oracion, sin que por eso se templase el rigor de la porfiada tentacion. Persuadida á que semejante enemigo no se vence sino con ayunos y oraciones, comenzó á macerar su delicado cuerpo con tan extraños artificios, como pudiera una mujer profana emplear para gozar de las mayores delicias. Vistióse á raiz de las carnes un áspero cilicio; en el pecho traia una corona de penetrantes espinas, la cual, dice ella misma, que la parecia un ramillete de flores; llenaba de piedrezuelas los zapatos para sentir una mortificacion dolorosa; dormia sobre unos grandes manojos de cambrones y zarzas, en que se echaba desnuda, y se hallaba mas contenta cuando las puntas sacaban de su cuerpo virginal copiosos arroyos de sangre. Esto mismo lograba con una corona de espinas que ponia sobre su cabeza para aumentar los dolores. Con tan extrañas mortificaciones logró una completa victoria del comun enemigo y de las pasiones sensuales, sin que tanto tropel de acontecimientos hubiesen servido para otra cosa que para hacer mas completo su triunfo, y su purísima virginidad mas acrisolada y hermosa.

Parece que después de once años que duró esta sangrienta batalla, la habia de conceder Dios el gusto de gozar en paz el fruto de sus victorias; pero no fue así, porque algunas personas doctas suscitaron en el ánimo de su padre unos vanos temores de que la virtud de su hija pudiese ser alguna ilusion del demonio, en la cual tuviese que entender el tribunal de la Fe. A la sazon se hablaba mucho del proceso de Agustin Cazalla y otras personas tenidas por virtuosas; pero que en realidad no eran sino unos visionarios embusteros, que reunian en sí todos los engaños de la hipocresía, de la supersticion, y de una temeridad blasfema. Con este motivo se exacerbó tanto el espíritu de su padre, vanamente temeroso, que comenzó á perseguirla con mas crueldad que al principio. Porque no solamente la maltrataba, sino que la impedia sus devotos ejercicios, tanto que pidiéndole la sierva de Dios la permitiese retirarse á hacer labor á un aposentillo, el padre se lo negó, obligándola á residir en el bullicio. Sufrió la Santa este trabajo con invencible fortaleza, ayudada de los saludables consejos de su maestro espiritual. Pero la alteza del espíritu de María Ana era superior á las luces de aquel venerable Padre, que aunque muy docto y muy versado en materias de espíritu,

no se juzgó con el caudal necesario para dirigirla. Receló además de esto si en aquellas grandes operaciones podria haber alguna ilusion que él no entendia; y así un dia que llegó á confesarse la despidió para siempre. La humilde María Ana besó la tierra, pidióle su bendicion y sus oraciones, y dirigida de superior impulso, se fué al convento de la Merced, en donde encontró al venerable P. Fr. Juan Bautista del santísimo Sacramento. Este piadoso varon, que algunos años después fue fundador de los Mercenarios descalzos, tomó á su cargo la direccion de María Ana; y como los consejos del prudente confesor eran análogos á las inspiraciones del Espíritu Santo, en breve hizo tales progresos en la virtud, que cási llegó al grado supremo de santidad.

Esta se aumentaba de dia en dia; porque sus padres mas tranquilizados ya en sus temores, la daban amplia libertad para que se ejercitase en todas las obras de piedad y de fervor. Dios aumentaba prodigiosamente los quilates de su espíritu, y con celestiales favores la ponia en disposicion de labrar mas perfectamente el carácter de esposa suya. No contenta María Ana con los trabajos y dolores que hasta entonces habia padecido, deseaba vivamente gustar en alguna manera los dolores que habia padecido Jesucristo en su pasion sacrosanta; y el Salvador se lo concedió de un modo maravilloso. Estaba la Santa contemplando un dia en aquel paso acerbísimo de la pasion de Jesús, cuando este Señor, coronado de espinas y vestido de púrpura, fue presentado al pueblo, que en confusa gritería clamaba que le crucificasen. Con el fervor de la contemplacion se arrebató el espíritu, y la pareció que veia al Salvador en aquella forma dolorosa en que le habia considerado. Aprovechándose de la ocasion, tomó la corona del Señor con sus manos, y se la puso sobre su cabeza. De resultas de esta vision sintió en sus sienes por todo el resto de su vida unos dolores tan intensos como si realmente la hubiesen taladrado la cabeza. A estas penas se añadieron varias enfermedades que padeció en todo aquel discurso de tiempo, hasta la edad de treinta y tres años, en que el Señor quiso que tuviesen fin los trabajos, y comenzasen los regalos y dulzuras. Estaba la Santa en contemplacion, y la pareció ver al Redentor del mundo en un trono majestuoso y resplandeciente, y que con un semblante benigno la decia: *Hija mia, ¿te holgarias de estar en mi cruz?* y que ella respondió: *¿Cuándo, amorosísimo Señor, dulce esposo y único dueño de mi corazon, merecí yo favor tan grande? Pero aunque me reconozco indigna de tanta dicha, abrazo la cruz con todo gusto y alegría, si así*

es vuestra voluntad. En el mismo instante sintió en sus piés y en sus manos unos dolores acerbísimos, á que se siguió en su alma una suavísima uncion del Espíritu Santo, que la llenó de vigor y fuerzas sobrenaturales. A este inefable favor se siguió otro, que fue el término de todas sus penas, y principio feliz de una dichosa vida. Este fue una tranquilidad de ánimo, y una paz tan suave, que de allí en adelante ni sintió mas las sugestiones del demonio, ni la carne la mortificó mas con sus rebeldías, gozando de una paz tan apacible como si estuviera ya en la vida bienaventurada.

Por este tiempo, como su padre era criado del rey Felipe III, y este trasladó la corte á Valladolid, tuvo la Santa que seguirle, y tuvo por director en aquella ciudad á un hermano del venerable Luis de la Puente, llamado Andrés, y era del Órden de Predicadores Fundóse por aquel tiempo, que fue el año 1603, la reforma de la Merced, debida al infatigable celo del venerable Fr. Juan Bautista, cuyo nuevo Instituto habia revelado el Señor á su sierva María Ana, asegurándole el feliz suceso de la fundacion. Si no se halló presente al acto solemne del establecimiento de la Descalcez Mercenaria, en que tuvo tanta parte, y del que habia de ser el ornamento mas esclarecido, no se pasó mucho tiempo sin que viniese á celebrar los triunfos del insigne Reformador. Volvió la corte á Madrid por los años de 1606, cuando ya florecian en Andalucía y Castilla seis conventos de la Reforma, estaba concedida la de Madrid, y determinado el sitio donde se habia de ejecutar, que era la ermita de Santa Bárbara.

Para poder dedicarse enteramente María Ana al servicio de Dios en el mismo templo, y acercarse mas á los consejos de su venerable confesor, á fines del mismo año de 1606, ó principios del siguiente, con licencia de su padre fabricó una pobre celdilla en un portal contiguo á la ermita de Santa Bárbara que la franquearon los religiosos, habiendo sido antes echada con improperio de una pequeña casa que habitaba allí cerca. Todo el aparato de su pobre habitacion se reducia á dos sillas viejas, y una estera que servia de alfombra á las muchas y grandes señoras que venian á visitarla. Tenia además sobre una mesa una devota imágen de Jesucristo, y una cruz grande en que oraba tendidos los brazos. Su cama se reducia á un corcho sobre que se recostaba, sirviéndola de almohada un madero. A estos ajuares se llegaban los cilicios, disciplinas, rallos, manojos de zarzas, y otras cosas semejantes, todas ellas teñidas de su inocente sangre. En este sitio se juzgó María Ana como en una soledad y retirado desierto, en

donde podia vivir á solas con su Esposo. Solamente la hacia compañía una mujer llamada Catalina de Cristo, cuya rudeza y áspera condicion fueron instrumentos para labrar la paciencia de la Santa. El tenor de vida que emprendió en esta pobre celdilla, y conservó hasta la muerte, pone espanto no solamente á las personas relajadas, sino aun á aquellas que con verdad se pueden llamar devotas y fervorosas. La simple narracion de las ocupaciones que tenia destinadas á cada hora, es una prueba auténtica del alto grado de santidad á que habia llegado la beata María Ana. Levantábase á las doce de la noche á contemplar los divinos misterios, y empleaba en este ejercicio todo el tiempo que gastaban los religiosos en el oficio de Maitines. Hasta las tres seguia un breve sueño con que recreaba algun tanto sus miembros fatigados. A las tres se levantaba, y permanecia en contemplacion hasta el amanecer, después de haber rezado varias oraciones bocales sumamente devotas. Desde esta hora hasta las doce del dia permanecia en la iglesia, en donde confesaba, comulgaba y oraba, á excepcion de algunos breves ratos que dedicaba á la consolacion de sus prójimos. Encaminábase luego á su celda, en donde recibia un alimento tan escaso, que apenas bastaba para conservar la vida. El tiempo que restaba hasta las dos lo consumia orando postrada delante de una cruz que tenia en el huerto. A las dos volvia á la iglesia, asistia á las Vísperas, y después se entregaba al beneficio de sus prójimos hasta las cinco en que volvia á la oracion mental, y perseveraba en ella una hora entera. Oia Completas, y volviendo á su celda comenzaba de nuevo los ejercicios de oracion y penitencia hasta las nueve, en que comenzaba la lectura espiritual. Esta duraba dos horas; y desde las once hasta las doce tomaba algun descanso para volver á comenzar de nuevo su diario ejercicio.

Aunque se hallaba la sierva de Dios junto á aquellos religiosos, con quienes era la voluntad del Señor que viviese para agradarle, observando los mismos votos y artículos esenciales del Órden, tuvo siempre mucha repugnancia en vestir hábito público, por ser enemiga de usar traje respetable; pero llegó el dichoso dia en que, vencidos todos los inconvenientes, recibió de manos del maestro general de la Órden, Fr. Felipe de Guimeran, el hábito de Nuestra Señora de la Merced, en el dia de Jueves santo, 20 de mayo del año 1619, cuando contaba cuarenta y nueve de edad; y en el dia tercero de Pascua del Espíritu Santo del siguiente año hizo los tres votos en manos del mismo General.

Desde este dia, si cabe, renovó sus fervores y emprendió un tenor

de vida como si entonces comenzase el camino de la perfeccion. Cien veces al dia alababa á Dios, ó por mejor decir todo el dia, todas las horas, y todos los instantes, trabajando infatigablemente por la salvacion de su alma. Asombran á la verdad las mortificaciones que inventó para crucificar su carne: llevaba pegado al pecho un peto de espinas, y unas cruces anchas sembradas de puntas de hierro á las espaldas, y oprimidos los brazos con insoportables ligaduras, usando no pocas veces en la cabeza de una corona de espinas: rasgaba sus delicadas carnes con sangrientas disciplinas, y por la noche se ocupaba con una pesada cruz al hombro en seguir el camino del Via-Crucis, contemplando en los misterios de la pasion de su amado, cuyos pasos tenia repartidos en el jardin, procurando al fin imitar á Jesús en la violenta postura que le pusieron en el Calvario. Solo la vista de los cilicios é instrumentos de mortificacion que se conservan en el convento de Santa Bárbara de Madrid, con las cruces y otras reliquias de su penitencia hacen estremecer: de ellos llevaba salpicado todo el cuerpo, herida su carne, causándola los dolores mas vivos, y un martirio continuado.

Un conjunto de santidad tan admirable la granjeó una grande fama, no solamente en la corte, sino en muchos lugares de España, á donde penetró el olor de sus virtudes. Príncipes, grandes, señores y señoras venian a visitarla á su pobre celdilla; se encomendaban á sus oraciones, y la hacian árbitra en los negocios mas arduos é interesados. Por especial breve de Paulo V se la concedió fabricar junto á su celda un pequeño oratorio, en el cual la decian misa, y administraban la santa Comunion; no habiéndose desdeñado de servirla de capellan, entre otros personajes eclesiásticos, el Sr. D. Gabriel Trejo Pan y Agua, cardenal de la santa Iglesia de Roma, obispo de Málaga, y presidente de Castilla. En medio de la comun estimacion que hacian de su persona, y de la veneracion que la tributaban como á Santa, era tal su humildad y el desprecio que hacia de todas las honras mundanas, que todas estas las tenia en mas vil precio que el polvo de la tierra, y á sí misma por mas despreciable que las mismas honras. Un solo suceso de su vida, entre infinitos que se pudieran referir, manifiesta el alto grado en que poseyó estas virtudes. Un dia de paseo salió á la fuente Castellana la reina Margarita. Deseosa de consolarse con la santa conversacion y compañía de la sierva de Dios, la envió á llamar para que la acompañase en el paseo. Recibió la Santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podria resultar alguna ocasion de vanidad, y su-

perior por otra parte á todas las grandezas del mundo, mandó decir á la Reina, que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta llena de heroismo fue muy del agrado de aquella Reina católica, y aumentó prodigiosamente la fama de la vírgen María Ana.

Ya no le quedaba á esta sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fue muy devota. Además, estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu Santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fue portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavíos de la gracia, se hallaba pronta para entrar á las bodas eternas. En efecto, el jueves 11 de abril de 1624 la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias la quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada Comunion, con cuya medicina se templaban las ansias y congojas que la hacian padecer su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, y á tener el consuelo de recibir su bendicion y oir sus últimas palabras. Hasta la católica reina doña Isabel de Borbon envió á doña Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita, y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos Sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortando á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrimando al pecho un Crucifijo que tenia en la mano, quedó transportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fue para ella la muerte. Sucedió esta un miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento, y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

Al dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnífico que se construyó en medio de la capilla mayor de la iglesia de Santa Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condi-

cion que concurrieron á venerarla fue tan grande, que no cabiendo en las calles y plazas tuvieron que salirse al campo. Unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fue, que habiendo concurrido al sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa Vírgen, y hallando que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todos un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII, habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata María Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heróico. Este decreto se dió el 9 de agosto de 1761; y el 18 de enero de 1783 nuestro santísimo Padre Pio VI decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público y manifiesto á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesús como á bienaventurada.

SANTA POTENCIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Aunque de santa Potenciana, cuya memoria se celebra en el obispado de Jaen, no se ha podido adquirir noticia cierta de su patria, como ni de su admirable vida, á pesar de las mas exquisitas diligencias que se han hecho en su busca, con todo nos consta de su culto inmemorial en el territorio de Andújar, y el descubrimiento de sus venerables reliquias en tiempo que el Ilmo. Sr. D. Baltasar de Moscoso y Sandóval se hallaba obispo de Jaen. Supo este eminente Prelado que en una ermita intitulada de los Santos en las riberas del rio Guadalquivir, media legua distante del sitio en que aparecen las ruinas de la antigua Iliturgi ó Andújar la Vieja, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado de la tierra, en el que estaban escritas unas letras que decian: *Aquí yace el cuerpo de santa Potenciana*, la que era tenida en tanta veneracion entre aquellos naturales, que de todas partes concurrian á implorar el patrocinio de la Santa por medio de sus religiosos votos, y de sus fervorosas oraciones. Quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandándole abrir, halló en él los huesos íntegros de un cuerpo humano, que despidieron al tiempo de la apertura una fragancia exquisita, que consoló á los circunstantes, indicio nada equívoco de la santidad del alma de quien eran aquellas venerables reliquias. Reconoció además su Ilma. la antigua pintura de santa Potenciana entre las de san Bartolomé y san Ildefonso, compatronos de

la misma ermita, con otras antiquísimas que hay en Andújar; en las que están pintadas la Santa con insignias de mártir, á la siniestra san Eufrasio vestido de pontifical, ambos en ademan de sostener aquella ciudad como patronos y titulares suyos, como lo expresan unos versos latinos que se hallan en la parte inferior de la misma pintura, sobre la que se leen unas letras que dicen: *Año 45 de la Natividad del Señor vivió san Eufrasio mártir, apostólico obispo de Iliguri, colega de la santísima Potenciana.*

Hizo el piadoso Obispo informacion judicial sobre el culto inmemorial tributado á la Santa, sobre la pia afeccion que la profesaban todos los pueblos de la comarca, y sobre los muchos milagros que por su intercesion habia obrado el Señor en favor de los que concurrieron á visitar su sepulcro; y en vista de todo, mandó en el dia 11 de mayo del año 1636, que se incluyesen las venerables reliquias en una preciosa urna, la cual se colocó en la capilla que hizo labrar á sus expensas en la dicha ermita, y que en adelante se continuase el culto dado hasta entonces por los fieles. En cumplimiento de este decreto se depositaron parte de las reliquias bajo del altar de la expresada capilla, y parte en el antiguo sepulcro; de las que se hizo la traslacion con toda magnificencia en el dia 15 de abril de 1640 con asistencia de todos los pueblos que concurrieron a solemnizar aquel acto: desde cuya época se ha continuado el culto público de la Santa, la que desde los tiempos antiquísimos tuvo grande veneracion en su sepulcro.

SAN ELÍAS, PABLO, É ISIDORO, MÁRTIRES.

Si fue cruel la persecucion que padecieron los cristianos de Córdoba en el reinado de Abderraman, fue mas sangrienta sin comparacion en el de su hijo Mahomat, que le sucedió en el trono: príncipe verdaderamente cruel, que descubrió desde luego el odio mortal que habia mamado con la leche contra los fieles inocentes. En el mismo dia de su coronacion mandó despedir de su palacio á todos los cristianos que sirvieron á su padre, privándoles de los sueldos que gozaban á título de criados de la casa real, y puso en sus empleos á personas infieles poseidas de sus diabólicas intenciones; pero no satisfecho con esto, dió órden para que se demoliesen las iglesias que se habian edificado después que entraron los moros en España, y cargó á los Cristianos insoportables tributos, los que se cobraban con tanta violencia, que mas parecia robarles sus bienes que exi-

girles las reales contribuciones. De aquí resultó, que no pudiendo algunos fieles débiles sufrir el yugo de aquella dura opresion, que apenas les dejaba respirar, compraron la libertad á costa de hacerse esclavos del demonio, acomodándose á la ley, y á las ridículas supersticiones de los agarenos. Pero á pesar de tan enormes excesos no faltaron en Córdoba ilustres varones de todos estados y de todas condiciones, que salieron al campo de batalla á hacer frente al enemigo con aquel valor y con aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo.

Uno de estos esforzados militares de Jesucristo fue Elías, célebre sacerdote natural de la provincia Lusitana, hoy Portugal, varon verdaderamente respetable no solo por sus canas, sino por la justificacion de su conducta, al que se unieron para tan gloriosa empresa dos ilustres jóvenes mozárabes, esto es, cristianos mezclados con los árabes, llamados Pablo é Isidoro, ambos oriundos de la misma Córdoba, los que encendidos en los mas vivos deseos de aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, se habian consagrado á Dios en uno de los monasterios de aquella ciudad, donde su vida inculpable servia de ejemplo á todos los religiosos. Aunque los tres eran diferentes en la edad y en la profesion, con todo, unos en la fe y en los piadosos sentimientos, determinaron de comun acuerdo hacer una pública confesion de Jesucristo ante el tribunal de los infieles, condenando á un mismo tiempo la abominable ley de Mahoma, cuyo delito tenian por irremisible los agarenos.

San Eulogio, que escribió las actas de estos dos ilustres Mártires en el libro tercero de su Memorial, no nos dice la causa que les movió para una resolucion tan generosa, ó bien porque en aquel documento solo recopiló los gloriosos triunfos de los que padecieron en Córdoba por la fe; ó bien porque su ánimo era escribir mas despacio las actas después que cesase el furor de la tempestad, cuyo tiempo no tuvo por haber fallecido en ella; ó bien porque siendo el mayor elogio de un cristiano el martirio, le pareció suficiente, que con este testimonio se daba el mas auténtico de todos cuantos pudiese recomendar la vida de los profesores de la religion cristiana.

Sea el motivo el que fuese, lo cierto es que Elías, Pablo é Isidoro pusieron en ejecucion su nobilísimo pensamiento, á pesar de las rigorosas prohibiciones mahometanas: confesaron públicamente á Jesucristo, declararon contra Mahoma y contra las ridículas patrañas de su ley, haciendo ver á los árabes que perecian irremisiblemente, dejándose conducir por las necedades de su Alcoran. No ne-

vacilitaban los moros de una confesion tan solemne para proceder contra los Cristianos, á quienes miraban como enemigos capitales de su secta; y graduando aquel celoso acto por uno de los delitos mas enormes, se arrojaron llenos de furor sobre los tres héroes, y sin dar tiempo para que se formasen los procesos judiciales acostumbrados en semejantes casos, los decapitaron precipitadamente en el dia 17 de abril del año 856. No satisfechos los bárbaros con este castigo, clavaron en tres palos los cuerpos de los tres Mártires á la vista de la ciudad, para aterrar á los fieles con aquel afrentoso espectáculo; y pasados algunos dias los arrojaron al rio Guadalquivir, con el perverso intento de que en tiempo alguno pudieran los fieles tributarles la veneracion debida.

La Misa es en honra de la Santa, y la Oracion la que sigue:

Munera quae tibi, Domine, in beatae Mariae Annae festivitate sacramus et vincula nostrae pravitatis dissolvant, et tuae nobis misericordiae dona concilient: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Clementísimo Dios, Señor de las virtudes, que colmaste á tu bienaventurada vírgen María Ana de los innumerables dones de tu gracia, concédenos por su intercesion, que ya que la veneramos con solemnidad de culto, la imitemos tambien con las acciones: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae, sed et supportate me: Aemulor enim vos Dei aemulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme: porque yo os celo por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

Si consideraran los Cristianos la dulzura de la ley evangélica y el amor paternal con que el divino Legislador ha mirado nuestra fragilidad al tiempo de establecer sus preceptos, era preciso que todos se encendiesen en un ardentísimo amor de un Señor que ningun otro interés tiene en todas sus obras mas que nuestra salvacion. ¿Quién podria persuadirse que siendo la virginidad virtud tan re-

comendable, que iguala á los mortales con los espíritus angélicos, no habia de haber un precepto que la mandase á los Cristianos, cuando la conservacion del género humano estaba asegurada en tantos ciegos hijos como tiene la gentilidad? Con todo eso vemos que san Pablo nos asegura, que esta sublime virtud no es mas que un consejo. Aquellos hombres felices que sintiesen en su cuerpo y en su alma las tranquilas disposiciones que necesita esta delicada virtud, harán mal en no aprovecharse de unos dones tan soberanos. Pero aquellos en quienes la comun corrupcion de la naturaleza hace sentir sus poderosos estímulos; aquellos que no pueden prometerse del estado de continencia sino un estado de una perpetua lucha en que la viveza de sus pasiones hace muy dudosa la victoria, harán mal en emprender una altísima perfeccion, que para ellos es un verdadero precipicio. Esto prueba la suma benignidad de nuestro Legislador en haber dado en nuestra mano la eleccion del estado en que habemos de servirle; y al mismo tiempo el sumo cuidado y exámen riguroso que requiere esta empresa.

Cuando una alma llega á estar perfectamente poseida del amor de Dios, y afianzada en una sólida virtud, puede caminar con descuido sobre esta materia. El mismo Dios parece que toma á su cuidado vencer todas las dificultades, y preparar los medios necesarios para la consecucion de los fines que se pretenden. Entonces se verifica aquella sentencia del real Profeta: *Pon en Dios todos tus cuidados, y el Señor cuidará de tu felicidad y de tus aumentos.* Cuando no hubiera otra prueba de estas verdades que los ejemplos que nos ofrece la vida de la beata María Ana de Jesús, eran suficientes para producir en nosotros el mayor convencimiento. Desde los tiernos años la previene el Señor con bendiciones de dulzura; desde la misma infancia la elige para su esposa; adorna su alma de todos los atavíos de la gracia; compone su cuerpo de los humores mas pacíficos y templados; y finalmente la inspira el amor á la virginidad. En vano se oponen sus padres á un proyecto confirmado por la divina omnipotencia: en vano la persiguen las fuerzas humanas y las del abismo, unidas de concierto para desbaratar lo que Dios habia formado. Una tierna doncella triunfa de todo, porque tiene en su apoyo á la misma Divinidad. Los hombres siguen conducta muy contraria; todo se lo arrojan á sí mismos, todo lo quieren disponer á su arbitrio, no cuentan con Dios, y atribuyen á su santa ley los defectos de su flaqueza. Se introducen temerariamente en los Estados, sin mas vocacion ni exámen que el de los mundanos intereses. Hállanse después

sujetos á una cadena de obligaciones que contradice su genio, ó la combinacion de humores que puso en su formacion la naturaleza. Gimen y se quejan de las leyes á que está sujeta la condicion de su estado, pero no reflexionan que esta es una consecuencia precisa de la temeridad con que le abrazaron. Hombres ciegos, acabad de conocer una vez la infinita bondad de vuestro Dios; y supuesto que no os obliga á vivir una vida contraria á vuestras inclinaciones naturales, que él mismo dispuso sabiamente, dadle gracias por ello, y procurad aprovecharos de tan soberano beneficio.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus: quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus; et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde y dice: En verdad os digo, que no os conozco, Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Sobre la modestia de los vestidos.

Punto primero.—Considera que la modestia en el vestir es una señal dichosa de la pureza de costumbres; así como por el contrario la inmodestia, lujo y vanidad son un indicio, no solamente de la ligereza de corazon, sino tambien de estar lastimosamente corrompido.

Esta verdad la testifica el Espíritu Santo cuando dice en el Eclesiástico (*cap.* XIX): *El adorno del cuerpo, la risa y la manera de presentarse dan indicio de la bondad ó malicia del hombre.* Así se vió que el rey Ochozías conoció al profeta Elías sin mas señas que las de su vestido. Hallábase este Rey enfermo, y envió á los sacerdotes de los ídolos á que implorasen su auxilio, ofreciendo víctimas para que le librasen del peligro en que estaba. Estos ciegos hombres dieron por casualidad con el profeta Elías, quien les mandó decir al Rey que supiese de cierto que no se habia de levantar mas de la cama, sino que de aquella enfermedad habia de morir. Luego que Ochozías oyó una nueva tan terrible, preguntó ansioso á los mensajeros, qué figura tenia, y qué vestido quien les habia mandado dar aquel recado. Respondiéronle que era un hombre velloso, ceñido con una correa de cuero. Y oyendo esto el Rey, exclamó: *¡Ay de mí, que ese es Elías!* Tan cierto es lo que dice Tertuliano, *que aunque calle la lengua habla el vestido, y manifiesta á los ojos prudentes las virtudes ó vicios del corazon.* El hombre virtuoso, persuadido á que el vestido no es otra cosa que una medicina contra la herida que recibió nuestra naturaleza, le usa con templanza, guardando estrechamente las leyes de la necesidad. Para esto basta que el vestido defienda al cuerpo de las inclemencias de las estaciones, dejándole ágil y proporcionado para los trabajos en que debe emplearse. Segun esta consideracion debe usarse del vestido como se usa de la medicina; esto es, lo que basta solamente para remediarse contra los daños de la enfermedad.

Siendo esto así, ¿cuánta locura y necedad no manifiestan aquellas personas que hacen vanidad de traer ricos vestidos recamados con el oro y plata, que bastarian para hacer la felicidad de muchos miserables? ¿Quién no se reiria si viese á un enfermo que hacia grande ostentacion de las vendas, cataplasmas y emplastos que le habian aplicado para curar sus llagas? Y ¿quién no le tendria por de juicio rematado si le viese salpicar de oro y adornos costosos los mismos parches que le aplicaban á las heridas? Esto mismo ejecutan, si se

mira con ojos no ya cristianos, sino ilustrados con la sana filosofía, aquellos que solicitan que sus vestidos tengan tales hechuras y adornos que arrebaten los ojos de los que los miran. Aun hay mas de monstruosidad en esta materia. El hombre, segun salió de las manos de Dios santo y perfecto, no necesitaba de vestido. Pecó, y la misma transgresion le hizo conocer que estaba desnudo. Comenzó á sentir las incomodidades de la desnudez y las inclemencias del tiempo, que no hubiera sentido si no hubiera pecado. Para precaverse de estas miserias usó al principio de unas hojas de higuera, á que añadió después unas pieles cosidas con tanta rudeza como merecia su pecado. El vestido, pues, en el hombre, es verdaderamente una señal de oprobio y de infelicidad; un verdadero sambenito que está manifestando su ignominia. Él dice que el hombre fue rebelde á su Dios: que traspasó sus preceptos: que olvidó el reciente beneficio de la creacion: que abrigó en su pecho el loco pensamiento de aspirar á la divinidad; y que en pena de todos estos delitos fue echado del paraíso, condenado á muerte y á necesitar de vestido. Siendo esto verdad como lo es, ¡cuánta necedad es la de aquellos que se glorian, y pretenden buscar honra en lo que realmente es una verdadera afrenta!

Punto segundo.—Considera que si la profanidad de los vestidos es execrable para un cristiano, porque de luego á luego manifiesta la ligereza de corazon y sus hábitos corrompidos, lo es todavía mucho mas por los daños que causa en el mismo que usa los profanos adornos, y en aquellas personas á quienes con ellos escandaliza.

Las familias enteramente arruinadas por este exceso: los peligros á que quedan expuestos unos hijos privados de los bienes de fortuna, que les habian concedido Dios y la naturaleza: las multiplicadas ocasiones de pecar, á que exponen el lujo y el vestido profano, son demasiado notorias, y su gravedad se hace conocer aun del mas obstinado en cerrar los ojos á la luz. Pero, ¡ó Dios inmortal! ¿cuántos daños, cuántos precipicios causan los profanos, principalmente las mujeres, en los incautos que miran con ojos curiosos su compostura? Solo el ejemplo doloroso de la prostitucion de los hijos de Israel, á vista de los adornos de las mujeres moabitas, basta para hacer temer al corazon mas insensible. Un pueblo instruido santamente, adicto con tenacidad á los ritos de la ley y á su escrupulosa observancia: un pueblo que miraba entre todos los pecados, como el mas horroroso á la idolatría; este mismo pueblo se olvida de sus le-

yes, abandona la santidad de sus costumbres, desprecia á su Dios, y ofrece incienso á los ídolos. Las doncellas moabitas, que se habian adornado con todo el esmero y artificio mujeril, se presentan á sus ojos, y caen en sus lazos los hombres que mas se preciaban de adorar al verdadero Dios. Este ejemplo manifiesta lo execrable de los adornos profanos, cuando ellos solos bastaron para mover á un pueblo santísimo á que abandonase el verdadero Dios, y ofreciese incienso á las obras de los demonios.

Regularmente suelen alegar las mujeres profanas, que ponen todo su esmero en buscar adornos artificiosos con que hacer resaltar mas su hermosura, y llevar tras sí los ojos de los incautos, que no hacen aquello con mala intencion, ni por fin pecaminoso y depravado. Pero ¡cuán miserablemente se engañan! porque siendo cierto que sus obras no se pueden graduar de obras puramente animales, es preciso convenir que obran por algun fin. ¿Intentarán, pues, agradar á Dios y servirle con aquellos profanos adornos? Afirmar esto seria una horrenda blasfemia, cuando el mismo Dios tiene dicho por su Profeta, que manifestará su ira y su indignacion contra semejantes artificios: ¿intentarán agradar á los hombres que las miran? Si así lo afirman, es un horroroso delito; y Dios ha asegurado, que castigará con una eterna confusion la vanidad con que han querido usurparle los derechos de su inmortal y eterna hermosura: ¿intentarán últimamente agradarse á sí mismas, adornando su cuerpo con los artificios del lujo, y las invenciones de la vanidad? Pero esto seria una criminal complacencia, y un pecado muy semejante al de los ángeles rebeldes. De cualquier manera y á cualquier aspecto que se consideren los profanos adornos, es preciso convenir que son una sentina de delitos, y que ocultan intenciones depravadas y fines perversos.

Jaculatorias. —Conozco, Señor, porque Vos me lo enseñais, que los verdaderos adornos de un cristiano no son otros que las buenas costumbres. (*Aug. Epist.* LXXIII).

Porque toda la carne se corrompe y acaba como el heno, y su gloria y vanidad es como la flor del campo, que al menor soplo de viento se marchita y convierte en podredumbre. (*Isai.* XL.)

PROPÓSITOS.

1 Todo cristiano debe tener presente, que por el Bautismo renunció á las pompas de Satanás. Que por lo mismo se obligó á seguir en todo el ejemplo de Jesucristo y de sus santos Apóstoles. Este

ejemplo en la materia presente enseña una modestia tan perfecta, como que el apóstol san Pablo escribia á su discípulo Timoteo, que estaba contento siempre que tuviese un alimento bastante á mantener la vida, y un vestido que fuese suficiente para cubrir la desnudez. De aquí se infiere, que tanto los hombres como las mujeres, están obligados á observar rigurosamente las máximas cristianas de templanza, pudor y moderacion en esta materia. Pero como en todos tiempos han sido las mujeres mas débiles para dejarse llevar de la loca vanidad, y adornar sus cuerpos, buscando á toda costa modos exquisitos con qué complacer el capricho de los engañados mortales; á estas han encargado los Profetas, los Apóstoles, y los Padres con mayor cuidado la moderacion en los adornos, y asimismo contra ellas han fulminado las mas terribles amenazas. San Pablo, escribiendo á Timoteo (*Epist. I, cap.* II), da una regla del adorno que deben tener las mujeres cristianas. Allí dice el santo Apóstol cuál es su modo de pensar y su voluntad en esta materia; sus palabras son estas: *Quiero que las mujeres oren con un vestido decente, adornándose con vergüenza y modestia; no con los cabellos rizados, no con oro ó perlas, ó vestidos preciosos: sino con las buenas obras, como conviene á mujeres que hacen profesion de piedad.* Estas palabras deben ser la pauta y norma que tengan presente las mujeres cristianas cuando tratan de sus adornos. En ellas deben mirarse como en un verdadero espejo, que les descubrirá los defectos de sus conciencias; y últimamente, de ellas se deben servir como de una instruccion para saber qué adorno deben destinar á sus hijas, para no faltar á las terribles obligaciones que ha puesto á su cargo la divina Providencia. Dios y Señor mio, cuando considero el rigor de la doctrina evangélica, y miro á mis obras, me conozco con un sin número de delitos. Yo comparezco en vuestra presencia oprimida mi alma de todos los escándalos que han causado mis locas profanidades. Yo hice desaparecer en mí la obra de vuestra mano, que era santa; y en su lugar coloqué los artificios de mi vanidad, haciéndome la piedra de escándalo para todos mis prójimos. Yo he empleado lo mas precioso de mi vida y de mis pensamientos en buscar lazos y artificios con que apartar de vos á las almas, y destinar á una pérdida eterna todo el infinito precio de vuestra preciosa vida y de vuestra dolorosa muerte. A vuestros piés confieso mis abominaciones, y al mismo tiempo las detesto. De hoy mas mi cuerpo no tendrá otros adornos que los de la honestidad y la modestia; y con vuestra divina gracia mi alma percibirá los frutos de la templanza.

COLLEGE LIBRARY

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

San Apolonio, senador, en Roma, el cual en tiempo del emperador Cómmodo y del prefecto Perennio, por un criado suyo fue descubierto y acusado de que era cristiano; y habiéndole mandado que diese cuenta de su fe, compuso para esto un excelente libro, y lo leyó á presencia de todo el Senado; no obstante, por sentencia del mismo Senado le degollaron por causa de la fe de Cristo. *(Véase su historia en las de este dia).*

El tránsito de los santos mártires Eleuterio, obispo, en Esclavonia, y Antia, su madre, en Mesina, el cual siendo muy ilustre en santidad de vida y en la grandeza de los milagros, en tiempo del emperador Adriano, lo echaron en una cama de hierro hecha ascua, lo pusieron en unas parrillas, lo metieron en una sarten llena de aceite, pez y resina hirviendo, y lo arrojaron últimamente á los leones; pero habiendo salido de todo esto sin lesion alguna, lo degollaron al fin con su madre. *(Véase su historia en las de este dia).*

San Corebo, prefecto, tambien en Mesina, el cual habiéndolo convertido á la fe san Euleterio, fue degollado.

San Calocero, mártir, en Bressa, el cual convertido á la fe por los santos Faustino y Jovita, en tiempo del mismo emperador Adriano, fue coronado en la batalla de su gloriosa confesion.

San Perfecto, presbítero y mártir, en Córdoba, el cual fue muerto por los moros, porque predicaba contra la secta de Mahoma. *(Véase su noticia en las de este dia).*

San Galdino, cardenal y obispo, en Milan, el cual al acabar de predicar unas misiones contra los herejes, entregó su alma á Dios.

El beato Amideo, confesor, en Toscana en el monte Senario, uno de los siete fundadores del Órden de los Siervos de la Vírgen María, esclarecido por el amor ardentísimo con que amaba á Dios.

SAN APOLONIO, SENADOR DE ROMA Y MÁRTIR.

La mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, influyó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habian padecido los Cristianos en tiempo de este Príncipe una persecucion cási continua, aun después del decreto que expidió en su favor el año 174 después de la batalla que ganó á los alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los Cristianos, y mandando, pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reinado, ó por la malignidad de los filósofos gentiles que se consumian de rabia viéndose confundidos, no solo por la pureza de las costumbres, sino por las sabias y convincentes apologías que publicaban los Cristianos; ó por la ciega adhesion que el

mismo Príncipe profesaba á las supersticiones del gentilismo; ó porque movido de una desacertada política, quiso dejar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los Cristianos.

El emperador Cómmodo, su hijo, que le sucedió en el imperio, no imitó ni las virtudes morales, que se quiere suponer adornaban á su padre, ni aquella aversion al cristianismo, que el genio filosófico y supersticioso del difunto Emperador naturalmente le inspiraba; y así dejó vivir en paz á los Cristianos, contribuyendo esta calma, después de tantas tempestades, para que se propagase mas el reino de Jesucristo. En todas partes fructificaba la semilla del Evangelio; en todas triunfaba la verdad de los errores y de la impiedad del paganismo; y particularmente en la ciudad de Roma, por la solicitud y celo del santo papa Eleuterio, cada dia se veian muchas nobles, ricas y distinguidas familias dar el nombre á la sagrada milicia, y presentarse para recibir el santo Bautismo, buscando en él puerto seguro, y camino derecho para la salvacion.

Entre las personas de calidad que entraron por aquel tiempo en el seno de la santa Iglesia, una de las mas considerables y de las mas distinguidas por su nacimiento, por sus talentos, y por el elevado empleo que ocupaba en la república, fue san Apolonio. Era senador romano, de casa ilustre, pero mas recomendable aun por su mérito personal. Generalmente era tenido por uno de los ministros mas sabios y mas elocuentes del Senado, y el amor que profesaba á las letras humanas y á la filosofía le habian granjeado el universal concepto de uno de los mas vivos y mas cultivados ingenios de su tiempo. Las frecuentes conversaciones que tuvo con san Eleuterio, y probablemente tambien con san Luciano, en aquel intervalo de tranquilidad, le hicieron abrir los ojos, añadiéndose el particular estudio con que se dedicó á instruirse en la sustancia de nuestra Religion, y á la lectura de los Libros sagrados. Lloró amargamente el largo tiempo que habia vivido sepultado en las tinieblas de la idolatría, tuvo horror de su ceguera, y rindiéndose finalmente á los fuertes impulsos de la gracia, abrió los ojos á las luces de la fe, sujetóse á la ley de Jesucristo, y recibió el santo Bautismo.

No es fácil explicar el gozo de todos los fieles cuando vieron en el número de los discípulos de Cristo á un senador de Roma, y senador de tan gran mérito; pero mucho menos se pueden explicar las ventajas que se siguieron á toda la Iglesia de esta ilustre conversion. En poco tiempo nuestro senador recien cristiano fue prodigio de vir-

tud, modelo de perfeccion, y uno de los primeros apologistas del cristianismo.

No pudiendo sufrir el demonio, dice Eusebio, la paz que gozaba la Iglesia, ni el gran número de personas ilustres que el ejemplo y el celo de Apolonio sacaban cada dia de la ceguedad y del error, empleó para vengarse toda su fuerza y todo su artificio: incitó á un miserable esclavo, llamado Severo, segun dice san Gerónimo, para que sin atender al decreto que se habia publicado contra los denunciadores de los Cristianos, acusase al senador Apolonio de que se habia hecho uno de ellos, renunciando la religion de sus padres.

El prefecto del Pretorio, llamado Perenio, ante todas cosas condenó á muerte al miserable acusador, que en aquel mismo dia espiró en el tormento de la aspa: después exhortó fuertemente á san Apolonio á que dejase la religion cristiana, y no quisiese perder con la fortuna la vida; pero viéndole inmoble en la fe, le ordenó que diese cuenta de su religion delante del Senado, de cuyo cuerpo era uno de los principales miembros.

Como Apolonio, después de su conversion, habia hecho su principal estudio en los libros de la Religion, eran tan grandes sus progresos en esta ciencia divina, y se habia hecho en ella tan sabio, que no tuvo dificultad san Gerónimo en darle el segundo lugar entre los Padres de la Iglesia latina.

No se puede decir la alegría que tuvo nuestro Santo cuando se vió en la obligacion gustosa de dar una justa idea de lo que era nuestra Religion, al tiempo de dar razon de su fe, en presencia de un cuerpo tan escogido y tan célebre. Compuso una hermosa y docta Apología, en que descubriendo á la mas clara y á la mas brillante luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, destruia todas las calumnias que hasta allí se habian inventado para desacreditar á los Cristianos, y hacia palpables la ridiculez, las infamias, y las absurdas impiedades del paganismo.

Pronunció Apolonio esta defensa en senado pleno con tanta elocuencia y con tanta eficacia, que los ánimos mas enconados y mas declaradamente enemigos del nombre cristiano quedaron como cortados y mudos. Fue sin duda un gran dia para la gloria de la Religion; y ya iban todos á rendirse á la fuerza de la verdad, que aquel héroe cristiano acababa de hacer triunfar en medio del Senado de Roma, cuando el prefecto del Pretorio, advirtiendo la impresion que habia hecho en los ánimos el discurso de nuestro Santo, y temiendo que los aplausos y las aclamaciones con que le celebraban tuviesen

consecuencias contrarias á las leyes del imperio, le representó, que segun ellas, no podia ser absuelto ningun cristiano, una vez que fuese judicialmente acusado, si persistia en la fe de Jesucristo; y que así le exhortaba á que mirase por su honra y por su vida, renunciando la fe; para cuya deliberacion solamente le concedia algunas horas de tiempo.

No ignoraba Apolonio la ley que el emperador Marco Aurelio habia dejado en su vigor, aun cuando promulgó la otra, que parecia contraria, de que fuesen condenados á muerte todos los denunciadores de los Cristianos; y así respondió al prefecto, que se admiraba mucho tuviese aliento para exhortarle á que mudase de religion, cuando por el discurso que acababa de oir podia conocer el concepto que formaba de la religion cristiana; que no le amenazase con el martirio, porque le hacia saber que ese era el objeto de sus ansias mucho tiempo habia, no pudiendo lograr ni mayor honra ni mayor dicha que derramar su sangre por la Religion, cuya apología acababa de pronunciar; y que así á él, como al Senado, los exhortaba á que mirasen por su salvacion, y dejando las impiedades y las extravagancias de los gentiles, abrazasen la religion cristiana.

Admiró el prefecto Perenio su constancia y su tranquilidad; pero hizo poco caso de sus saludables consejos; y persistiendo Apolonio en la confesion de la fe, fue condenado por sentencia del Senado á que le cortasen la cabeza; siendo este ilustre defensor de la fe el primero que ilustró la dignidad de senador de Roma con la corona del martirio el dia 18 de abril del año 189.

Desde entonces fue singular la veneracion que se tuvo en toda la Iglesia de Dios á san Apolonio. Sus preciosas reliquias se conservan en muchas partes del orbe cristiano. Los Padres Carmelitas de Ebora en Portugal conservan la cabeza: los Jesuitas de Amberes veneran un gran hueso; y lo restante de sus reliquias se adora en la iglesia de San Francisco de Bolonia en Italia, donde fueron conducidas desde Roma el año de 1622, en el pontificado de Gregorio XV.

SAN ELEUTERIO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Eleuterio, uno de los ilustres mártires de Jesucristo que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, á quien celebran los escritores por uno de los prodigios del valor cristiano en tiempo de las persecuciones gentílicas, tan distinguido por su magnanimidad y heroismo, que así como su memoria ha sido la admiracion de los si-

glos futuros, fue por entonces su constancia el asombro de los mismos paganos. Nació en la ciudad de Roma, en los deplorables tiempos en que los idólatras, dueños de aquella capital, procuraban desterrar del mundo el nombre y religion de Jesucristo.

Su madre Antia, una de las matronas ilustres del Senado, ilustrada con la luz del Evangelio, educó á Eleuterio desde sus mas tiernos años en las verdades de la fe católica, y procuró imprimir en su alma como en blanda cera los altos dictámenes de la religion cristiana, cuyas piadosas máximas siguió siempre el niño, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Ofrecióle en su puericia al sumo pontífice Anacleto con el fin de que le incorporase en el clero de la Iglesia de Roma; y para que con mas libertad que la que gozaban por entonces los fieles en aquella ciudad con motivo de las frecuentes persecuciones, pudiese instruirse en la literatura, le envió á Ecana, donde á la sazon florecia el obispo Dinamio, varon esclarecido en santidad y sabiduría, bajo cuyo magisterio hizo el santo jóven admirables progresos en las ciencias, y nada inferiores en las virtudes.

El ardiente celo que mostraba Eleuterio por la religion de Jesucristo, y la grandeza de espíritu con que rebatia los errores adoptados en la idolatría, sin temor del poder de los gentiles, movieron á Dinamio á ordenarle de sacerdote, bien persuadido de la utilidad que resultaria á la Iglesia de la creacion de un ministro que manifestaba tanto interés en dilatar el reino de Jesucristo, cuya doctrina confirmaba con repetidos prodigios.

En atencion á los relevantes méritos, y notorios servicios á la Iglesia con que Eleuterio se distinguia, fue promovido á la dignidad episcopal, aunque no nos consta con certeza la iglesia de su destino. La diversidad de opiniones sobre la silla que ocupó este eminente Prelado nos obliga á seguir en esta parte las prudentes conjeturas de los mas escrupulosos críticos, que atenidos á ellas, dicen que habiéndole enviado á Roma Dinamio con el fin de que se dignase el Papa elegirle por coadjutor suyo, pidiendo á la sazon los ilíricos obispo de Aquileya, se le consagró para aquella cátedra.

Cuando se conducia Eleuterio á su silla acompañado de algunos romanos é ilíricos, fue preso por los gentiles en el camino, y presentado al emperador Adriano, que á la sazon habia pasado desde el Oriente á Roma; quien noticioso de los progresos que el Santo hacia en la Religion, con notable desfalco del gentilismo, por los muchos paganos que se convertian á la fe en fuerza de sus prodigios y

predicacion, luego que le tuvo á su presencia, comenzó á reconvenirle, como siendo descendiente de la ilustre prosapia de los senadores romanos, se habia dejado engañar de una secta que tenia por Dios á un hombre crucificado; y abominando su proceder, le ofreció ventajosos partidos, en el caso de que, reconocido de su error, prestase adoracion á los dioses protectores del imperio. Despreció Eleuterio con generosidad las proposiciones del Emperador; predicó con valentía la verdad de la fe de Jesucristo, y con no menor valor reclamó contra las supersticiones de la idolatría, haciendo con sus sabios discursos demostracion de sus necedades; de lo que irritado Adriano, apeló á los tormentos mas crueles para rendirle.

Aunque los escritores no convienen en la referencia circunstanciada de las actas de su pasion, todos contestan, que probó el tirano su constancia con varios géneros de exquisitos tormentos; como fueron mandarle poner sobre unas parrillas de hierro hechas ascuas, y arrojarle después á un horno encendido; pero como Eleuterio, sostenido de Dios, triunfase de tan inhumanas crueldades, ordenó que amarrado á las colas de cuatro caballos indómitos, se le descuartizase con este castigo. Salió el Santo victorioso de esta bárbara invencion como en las antecedentes; pero no pudiendo Adriano sufrir por mas tiempo el invencible valor de aquel héroe cristiano, que le servia de la mayor confusion, y que acreditaba notoriamente su ningun poder, y la flaqueza de los falsos dioses á quienes prestaba adoracion, le mandó decapitar por último recurso, logrando por este medio la corona del martirio en principios del siglo II de la era cristiana.

Su madre Antia, que como la de los Macabeos animaba á su hijo á padecer por defensa de la ley, apenas espiró, se arrojó llena de gozo sobre su cuerpo, á prestarle con señales sensibles la veneracion debida; por cuyo heróico acto mandó Adriano que fuese degollada. Recogieron los fieles sus venerables cadáveres, y les dieron sepultura en el campo de Roma; y elevados del primer sepulcro luego que gozó de paz la Iglesia, hallándose presente al acto el obispo Reatino, eligió á san Eleuterio por patrono de su iglesia, habiendo conseguido gran porcion de sus reliquias, de las que se trasladaron parte á Constantinopla.

SAN PERFECTO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR, EN CÓRDOBA.

El primer mártir de la persecucion de Abderramen II, rey moro de Córdoba, por quien comienza esta historia san Eulogio, es Per-

fecto, presbítero, en quien resplandeció grandemente la madurez y el ejemplo que pedia su estado. Nació este varon en la misma ciudad de Córdoba de padres cristianos y temerosos de Dios, los cuales desde muy niño le entregaron á los santos sacerdotes de la iglesia de San Acisclo, que después fue de los Padres de santo Domingo, y se llama iglesia de los Mártires, para que bajo su direccion aprendiese, como lo hizo, todas las virtudes, y letras divinas y humanas. En esta casa pasó Perfecto los años floridos de la juventud, que otros gastan en formar su corazon al estilo del mundo; y de ella salió en estado de poder enseñar lo que habia aprendido; adornábale tambien mucho el conocimiento que adquirió de la lengua arábiga. Estas buenas prendas le abrieron el camino para el sacerdocio á que Dios le tenia llamado. Era esto por los años 850 de Cristo, en que Abderramen creyendo, por engaño del diablo, que para establecer su imperio y asegurar la buena dicha de la corte, convenia fomentar la brutalidad de su secta, mandó con gran rigor y so pena de muerte, que ninguno osase hablar mal de la ley de Mahoma. Así sabe el diablo sacar partido de una verdad, envolviendo con ella mil mentiras. Antigua persuasion es, y la verdadera, que la piedad y el culto de Dios es el cimiento y la basa de los imperios. Pero esta verdad mal entendida de estos bárbaros y otras naciones políticas que no conocieron la única religion verdadera, los hizo obstinados en sostener la supersticion que habian aprendido de sus padres, y crueles mas que fieras contra los que tiraban á apartarlos de su mal camino. Vióse esto en aquel rey de Córdoba, sostenedor de su mala secta, y enemigo declarado de la santidad de la fe. Y lo que sucede en tales casos que de los desaciertos de los que mandan se aprovechan algunos para sus fines torcidos, sucedió tambien en Córdoba con la publicacion de esta ley. En ella hallaron los malos título de venganzas injustas, satisfaciendo por mano pública sus pasiones particulares.

Andando Perfecto un dia por las calles de la ciudad, repentinamente se vió cercado de una cuadrilla de moros, los cuales le importunaban que les dijese su parecer acerca de Cristo y de Mahoma. Puso al Santo en recelo la novedad de la pregunta, y la importuna solicitud de la respuesta. Pero en medio de su sospecha, ofreció que les responderia si le escuchaban sin enojo, y sin formar queja ni agravio contra él. Y habiéndole ellos dado esta palabra con dolo y falsía, el sacerdote del Señor, no tanto fiado del seguro que no habia, como por aprovechar la ocasion de predicar la verdad, les habló en esta sustancia: A la religion de los Cristianos bastantemente

abona la razon natural que tanto prueba sus mandamientos, dados á los hombres, no por mano de hombre, sino por la del mismo Dios; la pureza de vida que profesa, testigo es sin tacha de las ventajas que hace á la vuestra. Y cuando dejemos innumerables razones que la acreditan, acordaos solamente del galardon que una y otra señalan á su observancia: ¿negaréisme que hay tanta diferencia del uno al otro, cuanta va de hombres á bestias? pero ¿qué podia esperarse de quien tan semejante les era en las costumbres, sino que se pagase de sus bajezas? Sino, decidme, ¿qué hazañas sino adulterios, opresiones de vírgenes, engaños y falsedades hicieron noble entre vosotros á un hombre de tan baja suerte como Mahoma, á quien llamais, porque él así lo mintió, profeta; y nosotros, porque sus hechos lo muestran, hechicero y encantador? Profeta será, mas de aquellos que venden sus antojos por enseñanzas de Dios y consejos de Angeles, como si de la luz pudieran nacer las tinieblas, y de la fuente de toda pureza la misma abominacion. De aquellos, digo, cuyas señas dió Cristo en su Evangelio, que como falsos embaucadores, no con verdaderas señales, sino con apariencia de ellas y milagros contrahechos por parte de Satanás, enlazan las almas en mil errores, y las llevan camino de perdicion. De los que con piel de oveja tapan las uñas y los colmillos de lobo con que hacen carnicería en el rebaño de Dios. Entre estos, el primer lugar tiene este profeta, que cebando con infames exenciones vuestros bestiales apetitos, cegó los entendimientos, embriagó las voluntades, y emponzoñó los corazones de tantas gentes tan poderosamente, que aun huyen de tomar la triaca de la verdad para su remedio. Mejor sentido tuvieron vuestros perros que vosotros mismos; ellos conocieron el lobo, aunque cubierto de piel de oveja, cuando al abominable olor de vuestro profeta muerto, corrieron hambrientos y despedazaron su cuerpo. Vosotros, habiendo él despedazado vuestras almas, aun no acabais de conocerlo para huir de sus dientes. ¿En qué ha de parar ceguedad tan envejecida? ¿Qué fin podrá tener tan despeñada locura, sino despeñaros al abismo de los males en que el desdichado se halla en las mazmorras del infierno, para que como aquí le sois compañeros de sus maldades, allá lo seais de sus tormentos? ¿Qué diré de las fealdades y bajezas que no solo permite vuestra ley, sino que las manda, indignas de hombres y aun de bestias? ¿Qué hombre honrado se dignará de tomarlas en boca, ó no se manchará en tomarlas? Vosotros mismos seréis testigos, cuya vergüenza hace fe en el rostro de lo que sentís en el corazon. Sed, pues, jueces de vuestra causa; que

aunque la pasion os ciegue para seguir estas infamias, la razon no podrá menos de hacer su oficio, condenándolas. Yo he dicho lo que de esto juzgan los que bien sienten, y satisfecho á vuestra demanda. Así quisiérais vosotros abrir los ojos á lo mejor, y abrazarlo.

Atónitos por una parte y confundidos los moros con este gravísimo razonamiento á que no tenian palabras que responder, y por otra pesarosos de haber buscado ellos por sus pasos esta afrenta, disimularon por entonces el coraje que no podian satisfacer sin menoscabo de la fe prometida. Despidióse de ellos Perfecto, y los moros, esperando ocasion oportuna de vengar la injuria pasada, se aprovecharon de lo que ahora se dirá. Iba Perfecto por una calle, y ellos como si el tiempo les dispensase de la promesa que le tenian hecha, á voces arremetieron contra él llamándole traidor, y así le llevaron ante el juez, diciendo que aquel era menospreciador de las leyes reales, blasfemador de Mahoma y de su ley. Para prueba de esta acusacion alegaban lo que en la conversacion pasada habian oido de su misma boca. Sobrecogido el ilustre sacerdote con la inopinada novedad, negó la delacion; pero dando el juez mas crédito á los delatores que á Perfecto, mandó que le llevasen á la cárcel, y que allí le tuviesen aprisionado hasta la que ellos llaman Pascua, que es tiempo execrable consagrado á la embriaguez y á la disolucion, resuelto á celebrarla con su castigo. Era esto á principios del año 850.

El santo Presbítero vuelto en sí y fortalecido con la gracia de Nuestro Señor, afirmando que era verdad lo que de él se decia, con gozo entró en la cárcel, y en ella se portó con loable ejemplo de santidad. Desde luego comenzó á vengar en sí con ayunos continuos, con vigilias y oraciones la inconstancia que habia mostrado ante el juez; defendia con gran libertad la doctrina del Salvador, blasfemaba del Alcoran, pareciale ancho el calabozo, y ligera la prision, y el maltratamiento que le hacian recibia como regalo por el amor de Cristo: su suspiro era, ¿cuándo amanecerá el dia en que espero, ó Jesús mio, morir por tu fe?

Dejó el juez que llegase aquel plazo, y venido el dia de la Pascua, alegre para nuestro sacerdote que en él esperaba ser sacrificado á Dios, le sacaron fuera de la ciudad, pasado el puente del rio Guadalquivir, á un lugar que ahora es arrabal de Córdoba, y se llama el *Campo de la verdad*, por los innumerables Mártires que allí la confesaron y por ella murieron. Durante el camino no cesaba el siervo de Dios de dar voces, diciendo: De vuestro falso profeta dije mal, y ahora digo y repito que fue un hombre de los demonios, peor que

el mismo demonio, hechicero, adúltero, engañador, maldito de Dios y de sus Ángeles. Este es, añadió el Santo, de quien yo maldije, y ahora maldigo como de instrumento de Satanás, venido del infierno para ruina de tantas gentes, y condenacion eterna de vuestro pueblo. La ley de Cristo enseñanza fue del cielo, dada por el mismo Dios; la vuestra invencion del diablo, abominable ella y su autor. No dieron mas largas al Santo para hablar; degolláronle luego en odio de la santa fe que confesaba, y los Cristianos con su obispo Saulo y todo el clero con devoto acompañamiento le enterraron en la iglesia de San Acisclo en el principal título ó capilla del santo Patrono, en donde permaneció hasta que por los años 1124 fue trasladado, con las demás reliquias que habia en dicha capilla, á la iglesia de San Pedro.

Este martirio sucedió viernes á 18 de abril del año 850, en que cayó aquel año la Pascua de los árabes, dia 1.° del mes Scheuval. Habia profetizado el Mártir que su juez, que tenia por nombre Nazar, y era gran privado del Rey y gobernador del reino, caeria de aquella pujanza, y moriria de mala muerte antes del año de su sentencia. Y ello fue así, que muchos dias antes del mes Ramadhan, que era el del ayuno inmediato á la Pascua árabiga, en que iba á cumplirse el año del martirio de san Perfecto, agravado de una calentura maligna y corrompidas sus entrañas, las echó del miserable cuerpo, y así murió.

Los Cristianos, que hasta la muerte gloriosa de san Perfecto habian estado acorralados y medrosos con el edicto del Rey, desde aquel punto armados de brio celestial, con valor y esfuerzo increible volvieron por la honra de Cristo ultrajada, dando muchos de ellos la vida por la causa de Dios.

La Misa es del comun de un Mártir, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui beati Apollonii martyris tui natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que seamos fortalecidos en el amor de tu nombre por intercesion de tu bienaventurado mártir Apolonio, los que celebramos su feliz nacimiento á la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol san Pedro, capítulo IV.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Chris-

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados

ti, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriae, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus, non erubescat, glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primum à nobis: quis finis eorum, qui non credunt Dei evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundum voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos, porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

REFLEXIONES.

Alegraos de que comunicais y teneis parte en los trabajos de Jesucristo. No hay que admirarse de que todos los Santos hubiesen sido tan amantes de los trabajos; porque habiéndolos ennoblecido Jesucristo padeciendo por nosotros, quiso, digámoslo así, que todos nuestros trabajos fuesen suyos. Siendo, como somos, miembros de Jesucristo, se puede decir que Jesucristo padece en sus miembros. Comprendamos el valor y el mérito de los trabajos del cristianismo, pues todo cristiano que los padece con paciencia, con espíritu y con un corazon verdaderamente cristiano, tiene parte en los trabajos de Jesucristo. Muy tibia tiene la fe el que mira con horror las adversidades y las cruces. Ninguna cosa caracteriza mejor á los Cristianos. Muy extranjero es en el país del cristianismo aquel á quien le coge de susto lo mucho que en él se padece. Es la cruz las armas ó la divisa de este país; y no se ha de creer que es una divisa, ó un símbolo vacío, ó puramente especulativo. *Si fue menester que Cristo padeciese para entrar en la gloria,* no es posible que nosotros tengamos parte en esta gloria sin tenerla tambien en lo que padeció para entrar en ella. *Para ser glorificados con él,* dice san Pablo, *es necesario padecer con él.* ¿Qué idea darémos de nuestra Religion, ni qué prueba de que deseamos salvarnos, si pretendemos vivir siempre entre regalos y delicias, sin tener que padecer, ó padeciendo contra nuestra voluntad?

Si os afrentaren por Jesucristo, seréis bienaventurados: Si exprobra-

mini in nomine Christi, beati eritis. ¿Créese bien esta verdad el dia de hoy? Aquellas personas tan delicadas en todo lo que toca á lo que ellas llaman su honra y su punto; tan sensibles á la mas ligera afrenta; tan difíciles en perdonar una injuria, ¿tienen por la mayor dicha el ser menospreciadas? En nuestra Religion siempre debe conformarse la práctica con la doctrina. Segun este principio, ¿habrá en el cristianismo muchos cristianos verdaderos? Y aun aquellos mismos que hacen profesion de devotos, ¿no pueden temer que van errados si abrazan otro sistema? Comience el juicio por la casa de Dios: *Incipiat judicium à domo Dei.* Ninguna cosa injuria tanto á Jesucristo, ninguna desacredita tanto la Religion, ninguna afea ni mancha tanto á la piedad, como las sombras de los que están destinados y propuestos para ser antorchas del mundo. El carácter, la dignidad, la profesion deben acercar la copia todo lo posible al divino original. Ser discípulos de Jesucristo, ministros de Jesucristo, y vivir con una enorme oposicion á las máximas de Jesucristo, es irrision, es impiedad, es sacrilegio. Pero si Dios se muestra tan severo cuando juzga á los de su misma casa, ¿cuál será su severidad, cuál su rigor con los que se pueden llamar extraños y forasteros en ella, segun lo poco que conocen á Jesucristo, segun lo poco que gustan de sus máximas? Si el Señor no perdona á sus mas amados siervos, ¿qué juicio tan terrible tendrá reservado para los impíos? Al justo le purifica en esta vida con las adversidades; pero al pecador le reserva los suplicios eternos. No hay señal mas visible de la ira de Dios, que dejar á los malos no solo sin castigarles en esta vida sus pecados, sino que vivan llenos de gloria y de opulencia. El castigo mas terrible del pecador en este mundo es la prosperidad. ¡Oh, cuántos y cuántos comprenden poco esta doctrina! Dichosos del siglo, ¿cuál será vuestro fin y vuestro paradero? Si el justo apenas se salva, si la inocencia alimentada con adversidades, purificada con el fuego de la tribulacion, defendida entre espinas y cambrones, apenas puede arribar al puerto, está en continuo peligro de hacer naufragio, siendo así que siempre navega tierra á tierra; ¿qué será del pecador? ¿qué será de aquellos hombres de placeres, de aquellas personas mundanas, que se engolfan siempre en alta mar, que navegan entre escollos combatidos de vientos impetuosos, sin ver cási jamás el cielo, sin velas, sin remos, sin gobernalle? ¿Eres pecador, y vives en una perpetua prosperidad, lleno de diversiones, de gustos y de alegría? ¡Y estás tranquilo! Comprende bien, si puedes, los espantosos misterios de esta falsa seguridad.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De las ilusiones de la penitencia en la mayor parte de los cristianos.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas sujeta á ilusiones que la penitencia de los cristianos imperfectos y tibios. Sus pasiones poco mortificadas, su amor propio siempre dominante, su tibieza habitual, todo concurre á engañarles en punto de penitencia. La razon fácilmente confiesa los pecados, y los detesta; pero las razones plausibles y capciosas de la edad, del estado y de la salud, piden cuartel cuando se trata de la satisfaccion. Por pecador y por reo que uno sea, el amor propio nunca renuncia sus derechos. La flaqueza de la voluntad, ó por mejor decir, de la contricion, siempre se comunica hasta el mismo cuerpo. Para ofender á Dios todos están robustos; pero en hablándose de hacer penitencia, todos son achacosos: y como el tribunal en que se ha de sentenciar esta causa está ganado á favor de la relajacion, siempre queda privilegiado el pecador, y sale tan mitigada la pena, que cási se viene á reducir á nada. A los piés del confesor todo se promete; pero entran después cien pretextos, todos á cual mas frívolos, para dispensarse. En vano se cansa el Señor en amenazar, en vano en gritar que el que no hiciere penitencia perecerá: vienen los pretextos, y todo lo aseguran, todo lo tranquilizan. En vano declara la Iglesia, que la penitencia debe ser proporcionada á los pecados; pues sobornada la razon por el corazon, nunca la faltan interpretaciones: en vano da gritos la conciencia, porque apenas se la oye. Estáse debiendo mucho á la justicia de Dios: apenas se la paga nada; ¡y no obstante, se vive con seguridad!

Estremecen las penitencias canónicas que en otro tiempo tenia determinadas la Iglesia para ciertos pecados: por un solo pecado siete años de lágrimas, de humillacion y de penitencia. No es hoy mas abundante que era entonces el tesoro de los méritos y de la satisfaccion de Nuestro Señor Jesucristo: no era entonces la Iglesia menos amorosa madre de lo que es ahora. Pues ¿acaso pide ahora menos satisfaccion la divina justicia? Es menester que la satisfaccion supla á la indulgencia con que nos trata la Iglesia. La penitencia es igualmente castigo que remedio. ¿Nos hemos de contentar con una leve penitencia por un número excesivo de enormísimos pecados? ¿Se ha de buscar la suavidad en el remedio cuando se trata de curarnos de una enfermedad mortal? Ciertamente, al considerar de cuántos pecados somos reos, y la poca penitencia que hacemos por ellos, tenemos gran motivo para temer que hemos de morir cargados con todas nuestras deudas. ¡Ah, y cuánta verdad es que vivimos engañados, y que hay pocos verdaderos penitentes!

Punto segundo.—Considera si la nobleza, si las dignidades, si la riqueza dispensan á los pecadores en el rigor de la penitencia, á vista de ser tan pocos los nobles, tan pocos los ricos que no se imaginen legítimamente dispensados en esto de ser penitentes. Y si no, ¿dónde están las mortificaciones de la carne, dónde los ayunos que acrediten su penitencia? ¡Cosa extraña! las dignidades, los empleos mas lustrosos no siempre son los que están mas á cubierto contra el desórden y la licencia de las costumbres. Raras veces se hallan juntas las riquezas con la inocencia. La abundancia fomenta las pasiones, y consiguientemente facilita mas el pecado: con todo eso parece que la penitencia solo se hizo para los pobres. Apenas reina mas que en los claustros; y aun dentro de los claustros mismos, los mas imperfectos no siempre son los mas penitentes ni los mas mortificados. Nosotros somos pecadores: la penitencia no es de nuestro gusto. ¡Pues válgame Dios! ¿quién nos asegurará?

¡Mi Dios, qué ilusion es imaginar que basta detestar el pecado, sin castigarse á sí mismo el pecador! ¿Qué contricion puede ser aquella que no va acompañada de la satisfaccion, cuando hay tiempo y fuerzas para hacerla? ¿Y será bastante satisfaccion para un número espantoso de los mas enormes pecados unas breves oraciones y una cortísima limosna?

Es cierto que Jesucristo satisfizo por nuestras culpas; pero ¿de qué nos servirá su satisfaccion si no nos la aplica? Será nuestra peniten-

cia un fruto amargo y sin jugo, si no la unimos con su pasion. Pero ¿con qué se ha de hacer esta union, si rehusamos padecer?

Tanto cuanto se dió de gloria, y tanto cuanto se entregó á las delicias, tantos tormentos la habeis de dar, dice el Ángel en el Apocalipsi. (*Apocal. cap.* XVIII). Y á vista de esto ¿no ha de haber alguna medida, alguna proporcion, alguna conveniencia entre la ofensa y la satisfaccion, entre el delito y el castigo? Fuiste libertino desde la juventud, te hallas cargado de culpas, te ves ya como desgastado y consumido á fuerza de iniquidades; ¿y cuál es el rigor saludable de la penitencia? El ayuno te espanta: las mortificaciones corporales te inquietan: todo te hace daño á la salud, todo te parece impracticable: es preciso recurrir á la indulgencia, á la mitigacion, á los arbitrios. ¡Ah, Señor! ¿y será esta penitencia?

Ilusion en la delicadeza y en los pretextos de la salud: ilusion en las dispensaciones y en los motivos de ellas: ilusion en el tiempo que tenemos destinado para hacer penitencia. Es cierto que la Cuaresma está singularmente destinada para llorar nuestros pecados; pero ¿se han de secar las lágrimas en acabándose la Cuaresma? ¿por ventura solamente somos pecadores en ciertos tiempos del año? ¿hemos ya pagado á Dios todas nuestras deudas cuando llega la Pascua? Nuestras pasiones, nuestra inclinacion al mal, nuestros hábitos viciosos ¿se embotan ó se apagan en la primavera?

Pregunto: los Santos, tan inocentes, y tan hambrientos de mortificaciones, tan hidrópicos de penitencias, ¿estuvieron ilusos, ó padecieron algun engaño en este punto? Pues lloremos nosotros nuestra ilusion. Ves aquí que nos hallamos ya en la declinacion de la vida; ¿y cuál ha sido hasta aquí nuestra penitencia? Este será el último año para muchos de los que harán esta meditacion; y si fueres tú uno de estos muchos, ¿será grande tu consuelo en este particular?

¡Ah, Señor! pues os habeis dignado por un grande efecto de vuestra misericordia hacerme conocer mis ilusiones, asistidme con vuestra gracia para que ya no me lisonjee mas en mi penitencia. Soy pecador; detesto mis culpas: no permitais que muera impenitente.

JACULATORIAS.—No mas flores para mí, amado Salvador mio, que la amargura de la mirra. (*Cant.* I).

Justo es que á la medida de lo que me deleité, me mortifique y llore. (*Apoc.* XVIII).

PROPÓSITOS.

1 Las ilusiones del corazon son mas difíciles de curar que las del entendimiento. De esta especie son las que se hallan en la penitencia de la mayor parte de los cristianos: con qué no es de admirar que persevere tan obstinado el error en materia de penitencia. Conócese bien la desproporcion que hay entre la penitencia y el pecado; pero ¿qué produce este conocimiento? puesta la razon de acuerdo con el amor propio, recurre á los pretextos. Acaso no hay materia en que el entendimiento sea mas fecundo de especiosas escapatorias que en eludir la indispensable obligacion y precepto de hacer penitencia por los pecados. Debilidad de salud, delicadeza de complexion, importancia de los empleos, circunstancias de la dignidad, diferencia de estaciones, edad poco madura, ó tambien muy avanzada, razones de condescendencia, todo sirve de frívolos pretextos. No incurras tú en tan lastimosos errores. Pocas ilusiones hay que sean mas perniciosas, y en medio de eso, pocas hay que sean mas comunes: hallan en ellas su conveniencia los sentidos, las pasiones y el amor propio: esto es lo que perpetúa su error. Aplica desde luego el remedio á tan gran mal. ¿Qué penitencia has hecho hasta ahora por tus pecados, ó qué proporcion hay entre tus pecados y la penitencia que has hecho? No dejes para la otra vida la satisfaccion que debes por ellos; castígalos en esta, que así se hace siempre en menos tiempo y á menos costa. No te persuadas á que después de Pascua ya no es tiempo de hacer penitencia, porque esta es fruta de todos tiempos. No se pase dia sin que hagas alguna mortificacion, ó dés alguna limosna por tus pecados, y aplica por el mismo fin los trabajos, penalidades y fatigas de tu empleo, de tu estado, como tambien todas las demás adversidades de la vida. Por falta de reflexion se pierde mucho de lo que se padece, y se hacen grandes penitencias sin ser penitentes.

2 Consulta este punto con un director celoso, prudente y virtuoso; pero mira que los que lisonjean, perjudican. Tanto daño hace la demasiada indulgencia, como la excesiva severidad. Es necesaria discrecion en las penitencias; pero cada uno tiene necesidad de este remedio. Considera hoy seriamente las que podrás hacer, y las que algun dia te causará tanto dolor el no haber hecho. ¿Quién te quitará poder rezar todos los viernes los salmos penitenciales, ó ayunar los sábados? Desde hoy en adelante cumple como penitencia la que te imponen en la confesion; esto es, con toda aquella exactitud,

con todo aquel fervor, respeto y contricion que pide esta parte del Sacramento. Cuando la oracion, la limosna, el ayuno, son penitencias, ó satisfacciones sacramentales, deben hacerse con mucha piedad y devocion. Las mortificaciones del cuerpo sirven para fomentar la inocencia, y para satisfacer á la divina justicia por los pecados. No dés oidos á tu delicadeza, ni mucho menos á tu repugnancia; pero tampoco hagas nada sin consejo y aprobacion de tu confesor.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Timon, uno de los siete primeros diáconos, el cual primeramente predicó en Berea, y después, esparciendo la semilla evangélica, llegó hasta Corinto, en donde, segun se dice, los judíos y los griegos le echaron en una hoguera, y habiendo salido de ella ileso, le crucificaron, y consiguió la palma del martirio.

Los santos mártires Hermógenes, Cayo, Expedito, Aristónico, Rufo y Galata, en Mitilina en Armenia, martirizados todos en un mismo dia. *(Véase su noticia en este dia).*

El martirio de san Vicente, mártir, en Colibre en la España Tarraconense. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Sócrates y Dionisio, en el mismo dia, los cuales fueron traspasados con lanzas.

San Pafnucio, mártir, en Jerusalen.

San Elfego, obispo y mártir, en Cantorbery en Inglaterra.

San Jorge, obispo, en Antioquía de Pisidia, el cual murió desterrado por defender el culto de las sagradas imágenes.

San Leon IX, papa, en Roma, esclarecido en virtudes y milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Ursinaro, obispo, en el monasterio de Lobes.

San Crescencio, confesor, en Florencia, discípulo de san Zenobio, obispo.

SAN LEON, NONO DE ESTE NOMBRE, PAPA.

San Leon, tan conocido en el mundo con el nombre de Bruno, antes de haber ascendido al sumo pontificado, fue de la ilustre casa de Abspurg, en la Alsacia, hijo de Hugo, pariente cercano del emperador Conrado, y de Elevevda, de familia no menos noble, pero de mas ilustre virtud. Nació en el condado de Abspurg el año de 1002. Luego que nació se percibieron esparcidas sobre el cuerpecito del niño varias cruces pequeñas de color rojo: pronóstico de santidad, que añadido á una extraordinaria vision que tuvo su madre antes que le pariese, le obligó á criarle ella misma á sus pechos, no queriendo fiar á otras personas su primera educacion.

El bello natural de Bruno, su docilidad, su inclinacion nativa á todo lo bueno, y su prudencia anticipada, ahorraron mucho trabajo, ó dejaron poco que hacer á su virtuosa madre, que habiéndole educado por sí misma hasta la edad de cinco años, le entregó á Bertoldo, obispo de Toul, para que le criase en virtud, y le enseñase las letras. Este santo Prelado, uno de los mas célebres de su siglo, escogió excelentes maestros que instruyesen al niño en las ciencias propias de un jóven de su calidad, que se iba destinando para la Iglesia, y él mismo se encargó de cultivarle en lo que tocaba á las costumbres.

Era Bruno no menos perspicaz en el ingenio, que galan en el cuerpo: templaba su natural vivacidad una dulzura y una modestia que hechizaba á cuantos le veian. Su airoso despejo, su noble ingenuidad, y sus gratísimos modales le hacian recomendable á cuantos le veian. Hizo maravillosos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Apenas se hablaba de otra cosa que del caballerito de Abspurg, y en todas partes le proponian por ejemplar y por modelo. Habiéndole sanado milagrosamente san Benito de una mortal enfermedad, que le redujo á los últimos extremos, pensaba en retirarse del mundo, cuando fue provisto en un canonicato de Toul por el obispo Heriman, sucesor de Bertoldo. Ningun canónigo le excedió jamás en la ejemplar regularidad de su vida. Pero el emperador Conrado quiso tenerle en la corte para servirse de sus consejos. No inficionó su virtud el contagioso aire del gran mundo, ni apareció en la corte como abate cortesano, sino como un eclesiástico santo y sabio, haciéndose igualmente amar que respetar de todos los cortesanos por su modestia, por su prudencia y por su circunspeccion, extendiéndose su reputacion por toda la Europa.

Muerto el obispo Heriman en el año de 1026, la iglesia de Toul le eligió por su pastor. Mostró poco gusto el Emperador de que quisiesen quitarle de su lado á un sugeto á quien amaba tanto, y cuya presencia era tan importante para su imperial servicio. Pero el haber de alejarse de la corte, y la cortedad del obispado, que eran los motivos de la oposicion del Emperador, fueron puntualmente los que incitaron al nuevo Obispo á consentir en su eleccion. Fue consagrado por el arzobispo de Tréveris, su metropolitano, y en sus órdenes recibió, con la plenitud del sacerdocio, aquella plenitud del Espíritu Santo, que le hizo uno de los mas santos prelados de su siglo.

Inspiróle nuevo fervor la nueva dignidad, y se conoció presto en su obispado lo mucho que se gana en tener á un Santo por obispo.

Los primeros frutos de su celo fueron la reforma de los monasterios de Moyen Moutier, y de san Mansú, con la del clero y del pueblo. Aplicóse con particular cuidado á arreglar el culto divino en las iglesias, queriendo que se celebrase en todas con devocion y con majestad. Parecia que ya no habia pobres en el obispado de Toul desde que Bruno habia entrado á ser obispo, segun el desvelo con que atendia su caridad á socorrer á todos los necesitados, sin pasarse dia alguno, por ocupaciones que ocurriesen, en que él mismo no sirviese por sus manos á una banda de pobres á quienes mantenia, y después les lavaba los piés. Era su humildad asunto de admiracion á cuantos conocian sus elevados talentos; era justamente reputado por uno de los hombres mas sabios de su siglo, y no habia en sus ojos hombre mas pequeño. Ocultaba una grande mortificacion debajo de un exterior apacible, risueño, afable y majestuoso. Colocaba su magnificencia en las limosnas; y sus continuos ayunos, la frugalidad de su mesa y su abstinencia, eran efecto igualmente de su mortificacion que de su caridad. Correspondia á todas las demás virtudes su tierna devocion. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa derramaba muchas lágrimas, y el tierno amor que profesaba á la santísima Virgen le acredito por uno de los mas fervorosos devotos de esta Señora.

No era posible que faltasen la persecucion y la envidia á una virtud tan ilustre como rara. En una y otra hallo nuestro santo Prelado bastante materia en que ejercitar su paciencia. Procuraron por todos los medios posibles hacer sospechosa su fidelidad al Emperador; pero fue mas feliz la calumnia en enconar contra Bruno el ánimo de un conde muy poderoso, vecino suyo, llamado Odon. Y si la paciencia y la mansedumbre de nuestro Santo no bastaron para desarmar el enojo de aquel violento enemigo, fueron bastantes para ganar el corazon de cuantos conocian las furiosas violencias y las injustas pretensiones del irritado Conde; pero una muerte repentina y funesta vengó presto al pacientísimo Prelado.

Por este tiempo el bien de la Iglesia y del Estado obligaron al obispo de Toul á encargarse de negociar una paz estable entre la Francia y el Imperio. Consiguiola, habiéndose firmado entre Roberto, rey de Francia, y el emperador Conrado un tratado de alianza inviolable por medio de nuestro Bruno; cuya virtud admiró mas á entrambas cortes, que su rara habilidad y extraordinarios talentos.

El año de 1046 se vió precisado el santo Prelado á asistir á la dieta de Wormes, á donde el emperador Enrique, hijo y sucesor de Con-

rado, habia convocado á todos los obispos y grandes del imperio, para extinguir el cisma de Benedicto XI, que después de la muerte del papa Dámaso II turbaba todavía á la Iglesia. Convino toda la Dieta, juntamente con los legados de Roma, en que no habia sugeto mas digno de ocupar la Silla apostólica, ni mas á propósito para unir en su favor todos los ánimos, que el obispo de Toul. Una proposicion tan aplaudida de todos, solo á nuestro Santo sobresaltó extrañamente: no perdonó diligencia ni medio alguno para evitar aquella suprema dignidad: llamó en socorro de su humildad á las lágrimas, á los ruegos y á las razones. Nunca habló con tanta elocuencia, como cuando se esforzó á persuadir á toda la Dieta que era conveniente y aun necesario pensar absolutamente en otro sugeto. Pero su resistencia solo sirvió para acreditar mas su eleccion. Fue, pues, canónicamente electo por sumo Pontífice el obispo de Toul en la ciudad de Roma por todos los que tenian legítimo derecho para elegirle; y no pudiendo resistir mas á la voz de Dios, bien declarada en la pública aclamacion, quiso entrar en Roma con los piés descalzos. Subió al púlpito en presencia del clero y del pueblo: intentó persuadirles que hiciesen nueva eleccion; pero fue solemnemente colocado en la cátedra de san Pedro con el nombre de Leon IX el dia 12 de febrero, primer domingo de Cuaresma del año de 1049.

Muy presto se vió restaurada la Iglesia, por el celo y por la santidad del nuevo Papa, en aquel su primer esplendor, y en aquella serenidad, que parecia haber oscurecido el funesto cisma. Fue su primer cuidado restablecer la disciplina eclesiástica, secular y regular, y reformar las costumbres en todos los estados. Convoco un concilio en Roma, y poco después otro en Pavía para exterminar la simonía, y depuso á algunos obispos convencidos de haber incurrido en ella. Declaró nulos los matrimonios incestuosos, que se habian hecho muy frecuentes entre la nobleza; y dispuso otros reglamentos necesarios para que volviese á florecer la piedad.

Teniendo sobre sí el cuidado de toda la Iglesia, no perdonó trabajos, ni salud, ni aun á su misma vida, por atender á todas sus necesidades. Pasó los Alpes, y llegó á Sajonia en busca del Emperador. Volvió á Colonia, y de allí á Toul y á Reims, donde elevó de la tierra con grande solemnidad el cuerpo de san Remigio, llevándole sobre sus mismos sagrados hombros, y haciendo la dedicacion de su iglesia. Después de haber celebrado en ella un concilio, pasó á Metz, donde dedicó la iglesia de San Arnoldo: de allí se dirigió á Maguncia, donde celebró otro concilio; y volviendo á entrar en Ita-

lia, se encaminó á Roma al principio del año siguiente, llevando consigo la alegría y el consuelo universal, que parecian haberse desterrado de aquella ciudad después de su partida.

Mas no le permitió hacer larga mansion en ella la solicitud pastoral. Antes de acabarse el invierno salio á visitar la Pulla y las provincias vecinas: en todas partes corrigió abusos, reprimió desórdenes, é introdujo en todas la reformacion de las costumbres. Vuelto á Roma celebró un concilio, en que condenó la detestable herejía de Berengario sobre el sacramento de la Eucaristía, y le excomulgó. No contento con esto, él mismo escribió un tratado contra aquel impío heresiarca, y convocó otro concilio en Verceli, que se celebró por el mes de setiembre del año siguiente de 1050, en que se halló presente el santo Papa. Leyóse en pleno concilio el libro de Juan Escoto; oyéronse con horror los errores de que estaba lleno contra la Eucaristía, y el libro fue condenado y quemado públicamente. Aunque Berengario habia prometido hallarse en el concilio, no pareció en él, y fue de nuevo condenado: quisieron defenderle dos clérigos, que se decian enviados ó apoderados suyos; pero fueron confundidos y arrestados. Infatigable siempre el santo Pastor por el bien de su rebaño, hizo segundo viaje á Francia y Alemania, procurando remediar por sí mismo las necesidades mas urgentes de la Iglesia, y proveyendo á otras por medio de sus legados.

Causa admiracion que aquel santo Pontífice, de una salud tan débil, y tan quebrantada con tantas fatigas y continuas enfermedades, pudiese atender solo á las necesidades de toda la cristiandad, hacer tantos viajes, y añadir á sus trabajos apostolicos asombrosas penitencias, que continuó hasta la muerte. Movido de su vigilancia pastoral, emprendió tercer viaje á Alemania el año de 1052 para conciliar á Andrés, rey de Hungría, con el emperador Enrique. Después de haber canjeado con el Emperador la ciudad de Bamberga y la abadía de Fuld, que habian sido cedidas á la Santa Sede por la ciudad de Benevento y sus dependencias, vino á celebrar un concilio en Mantua, y otro en Roma contra el cisma de los griegos.

Por este tiempo, no pudiendo sufrir el santo Pontífice los desórdenes que los normandos causaban en la Pulla, suplicó al Emperador que enviase tropas para echarlos de aquella provincia; pero fueron derrotadas en la primera campaña, y el mismo santo Pontífice fue sorprendido en el camino por los enemigos de la Iglesia y de la quietud pública, y hecho prisionero. Admirados los normandos de la majestad y de la suavidad de nuestro Santo, le trataron con el mayor

respeto. De órden de su príncipe ó capitan Hunfrido fue conducido á Benevento con mucho honor. Allí estuvo cerca de un año, cuyo tiempo empleó en la meditacion, en la oracion, y en aumentar el ejercicio de las penitencias, que llegaron á ser excesivas. Ayunaba con mucho rigor los mas de los dias; vestia siempre un áspero cilicio, y no tenia mas cama que el duro suelo en que extendia una sola alfombrilla, sirviéndole de almohada una piedra. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa; y dejaba continuamente el altar regado de lágrimas: lo restante del tiempo le empleaba en los negocios de la Iglesia, y en obras de caridad.

Crecia su fervor al paso que sentia se le iban debilitando las fuerzas. Saliendo una noche á hacer oracion á un oratorio algo distante de su cuarto, como lo hacia en Roma, yendo tres veces todas las semanas con los piés descalzos desde el palacio de San Juan de Letran hasta la iglesia de San Pedro, reparó en un rincon de la sala, donde vió un leproso medio desnudo, que causaba horror, y despedia de sí un hedor intolerable. Corrió á él el santo Pontífice, cubrióle con su ropa, cargóle sobre sus espaldas, y echóle sobre su cama de respeto, en la que nunca dormia; pero apenas entró el Santo en el oratorio cuando el leproso desapareció.

Al peso de tanta solicitud, de tantos trabajos, y de tantas penitencias se rindió en fin una salud que siempre habia sido muy achacosa. Una gran debilidad, acompañada de igual inapetencia á todo género de comida, fueron anuncios de su cercana muerte. Hízose conducir desde Benevento á Roma. Los normandos, que todos habian sido ganados por él para Jesucristo, le miraban mucho tiempo habia, no como su prisionero, sino como su legítimo Pastor. Acompañáronle hasta Capua, y acreditaron bien con sus copiosas lágrimas el vivo dolor que sentian en la pérdida de tan gran Pontífice, a quien amaban como á padre, y veneraban como á Santo.

Luego que llegó á Roma mandó llamar á su cuarto á los cardenales, obispos, y á todo el clero, y les habló como verdadero Pastor y como santo Pontífice. Mandóse después llevar á la iglesia de San Pedro, donde habiendo recibido la santa Uncion, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor, lleno de misericordia, y Redentor de todos los hombres, Vos sois toda mi confianza y mi salvacion. Si quereis que todavía trabaje en la salud de vuestro pueblo, no rehuso el trabajo; pero si quereis llamar Vos á vuestro siervo, dignaos abreviar el tiempo de mi destierro.* Después hizo que le echasen en una camilla; oyó misa, recibió el santo Viático, y habiendo mandado que le dejasen solo con

su Dios, espiró mientras estaba dando gracias el dia 19 de abril del año de 1054, á los cincuenta y dos de su edad, y el quinto de su pontificado.

Aquel mismo Señor, que habia manifestado la santidad de su siervo mientras vivió, con gran número de milagros, mostró cuán preciosa habia sido en sus divinos ojos su dichosa muerte por las maravillas que obró en su sepultura: por lo que desde el mismo punto que espiró fue venerado de todos los fieles como Santo; tanto, que el dia de sus funerales pudo parecer el primero de su fiesta.

LOS SANTOS HERMÓGENES, CAYO, EXPEDITO, ARISTÓNICO, RUFO Y GALATA, MÁRTIRES.

El Martirologio romano hace hoy conmemoracion de estos santos Mártires con la expresion de que padecieron en Mitilina, ciudad de la Armenia. Los adicionadores al P. Croisset, refiriéndose al mismo Martirologio, hacen mencion de los santos Hermógenes, Ebodio y Calixto, diciendo que fueron martirizados en Siracusa, ciudad de Sicilia; en lo cual se advierte notable contradiccion, en los nombres, en el número y lugar del martirio. Añaden luego, refiriéndose á algunos escritores, que estos Santos fueron tres hermanos convertidos á la fe de Jesucristo, en tiempo de la predicacion apostólica, por cuya confesion el gobernador gentil mandó decapitarlos. Y que otros autores españoles enseñan que hallándose Hermógenes, mago de profesion, en Jerusalen, cuando regresó á Judea desde España el apóstol Santiago, convertido por este á la religion cristiana, fue uno de sus discípulos, que se halló en su martirio, y acompañó su venerable cadáver con los demás condiscípulos hasta que le depositaron en Irriaflavia, ó Compostela. Y que partiéndose de allí Hermógenes á la Italia, estando predicando la palabra de Dios en Siracusa, en tiempo de la persecucion de Neron contra la Iglesia, padeció martirio en la misma ciudad por defensa de la fe, con Ebodio y Calixto en el dia 25 de abril, en que celebra la Iglesia su glorioso natalicio.

SAN VICENTE DE COLIBRE, MÁRTIR.

En el principio del imperio de Diocleciano estaba en todo el mundo en tanta estimacion la fe y religion cristiana, que los mismos Emperadores, aunque paganos, daban el gobierno de las provincias á los Cristianos, y permitian en su favor, que sus mujeres, hijos y familias se sujetasen al yugo suavísimo de la fe de Jesucristo, y tra-

tasen con toda seguridad de las cosas tocantes á su noble y santa profesion. Por muchas razones hacian esto; pero muy particularmente, porque hallaban en los Cristianos tanta fidelidad para con los príncipes, cuanta nunca jamás experimentaron en los de alguna otra profesion; y por esto mismo los libraron de las molestias y persecuciones que padecian por el santísimo nombre de Cristo. En este tiempo hicieron á muchos cristianos grandes, y fueron de los mas favorecidos y estimados en el palacio del Emperador, entre los cuales era aquel celebradísimo Doroteo, mayordomo mayor del emperador Diocleciano, y de Maximiano su compañero en el imperio: al cual hicieron como presidente del Consejo de Estado, á quien pertenecia proveer los principales oficios y cargos de la república.

Convienen los historiadores en que Diocleciano por espacio de diez y ocho años continuos se habia mostrado muy amoroso á los Cristianos, por ventura con ánimo fingido, y enderezado á reinar, como algunos quieren, viendo que Cantino con la ayuda de los soldados católicos ocupaba la Francia, y porque tenia necesidad de sus fuerzas contra los persianos, de los cuales triunfó gloriosamente el mismo año diez y ocho. Y como su mortal odio contra el nombre de Cristo estaba tanto tiempo hacia represado en su infame corazon, ahora que se vió triunfante y glorioso, reventó la balsa, y salió de madre tan furiosa, que desde luego publicó guerra á sangre y fuego contra los Cristianos, determinado con Maximiano, su compañero, y otro tal como él, á destruirlos y acabarlos del todo, en obsequio de sus falsos dioses.

Fue tan grande y cruel la persecucion de estos dos tiranos contra los Católicos, que á ningunos otros dieron ventaja en ser crueles. En cualquiera ciudad ó villa del imperio en las cárceles no se hallaban presos, ni otros delincuentes que Cristianos, ni en la plazas otros ajusticiados ó muertos; y como España estaba sujeta al imperio, le cupo la mayor parte de esta persecucion. En este tiempo, pues, habia en Colibre (pueblo en la Cataluña cerca de Perpiñan) un hombre muy católico, virtuoso y gran siervo de Dios, llamado Vicente: llegó á Colibre Daciano, presidente general de España por los ya nombrados Emperadores, y el primer católico que le presentaron fue Vicente: al cual en vano procuró apartar de la fe de Jesucristo, y atraer á la adoracion de sus falsos dioses, porque se halló siempre firme y constante; y al fin de varios tormentos con que juzgó el tirano amedrentarlo, viendo que se cansaba en balde, y que Vicente en el nombre traia escrito contra él su triunfo, alma y corona, que

eso es Vicente ó Vincente; le quitó la vida temporal, que dió valerosamente Vicente al cuchillo, por confesar el nombre de Cristo, con que ganó la eterna, entregando su bendita alma en manos de su Criador, que colocándola en trono de gloria, le dió la corona que se ganó en el martirio. Padeció á los 19 de abril por los años del Señor 303. Escribieron su martirio Beda, Usuardo, Adon, Ambrosio de Morales en la Historia general de España, el P. Domenech en su Historia general de Santos de Cataluña, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus Anotaciones, y otros.

Fue tan cruel el odio de estos tiranos Emperadores contra los Cristianos, que no contentos con quitarles las vidas después de bárbaros cuanto inhumanos tormentos, hacian luego quemar cuantos escritos hallaban en poder de los Cristianos, que pudiesen dar fe y testimonio á los venideros de los santos Mártires y sus hechos gloriosos: por lo cual hay infinitos Mártires gloriosos, de quienes ninguna noticia alcanzamos, y de otros tan pocas como se ve en la presente historia. No me admira, que como el demonio sabe el provecho que se sigue á las almas de leer semejantes historias, y el daño que á él le viene, procura ocultarlas: pero no todas veces sale con su intento, antes lo mas ordinario en él es quedar burlado, y abrasado siempre; y por donde intenta ocultarles un Vicente, mártir, queda vencido y rabiando; pues nos descubre muchos y gloriosos Vicentes, mártires españoles: como son san Vicente, diácono de Zaragoza, mártir insigne; san Vicente de Ebora, mártir glorioso en Ávila con santa Sabina y Cristeta hermanas; san Vicente, mártir de Gerona, con Oroncio y Victor; san Vicente, abad del monasterio de San Claudio, mártir célebre en tiempo de los godos, y otros muchísimos: con que el pobre diablo se quiebra los ojos en su dañado intento, y jamás lo consigue: vaya para quien es; y nosotros esperemos siempre vencerle, por la intercesion de tantos Vicentes, como le vencieron, y triunfan gloriosos en el cielo, donde lo veamos. Amen.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion de san Leon la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Leonis, confessoris tui, atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Leon, se aumente en nosotros la devocion y el deseo de la salvacion eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la de san Pablo á los Colosenses.*

Fratres: Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia, et intellectu spiritali: ut ambuletis digne Deo per omnia placentes: in omni opere bono fructificantes, et crescentes in scientia Dei: in omni virtute confortati secundum potentiam claritatis ejus in omni patientia, et longanimitate cum gaudio gratias agentes Deo Patri, qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine: qui eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum filii dilectionis suae, in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos de conocimiento de su voluntad con toda sabiduría é inteligencia espiritual; para que camineis de una manera digna de Dios, agradándole en todo; dando fruto en toda obra buena, y creciendo en la ciencia de Dios: corroborados con toda especie de fortaleza por el glorioso poder suyo, en perfecta paciencia y longanimidad con alegría, dando gracias á Dios Padre, el cual nos hizo dignos de participar en la luz la suerte de los Santos: el cual nos sacó de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redencion y remision de los pecados por medio de su sangre.

REFLEXIONES.

1 *No cesamos de pedir á Dios os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la inteligencia de las cosas del espíritu, para que vuestra conducta sea digna de Dios. Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia et intellectu spiritali; ut ambuletis digne Deo per omnia placentes.* ¿Necesitábamos mas que saber lo que Dios quiere, para poner en ejecucion con la asistencia de la divina gracia todo aquello que le agrada? Con todo eso, es mucha verdad que son pocos los que ignoran lo que Dios les pide; pero son muchos menos los que hacen lo que quiere. A todos nos predica el Evangelio su divina voluntad: las obligaciones del estado de cada uno son la mas clara publicacion de su ley: por el órgano de nuestros confesores y superiores nos manifiesta sus órdenes: no ignoramos su doctrina; pero ¿se hace mucho caso de ella? Óyese muy á sangre fria lo que manda Dios, y solo se practica lo que dicta el amor propio. El dia de hoy el móvil principal de nuestras operaciones son nuestras pasiones: todo se arregla al gusto de ellas. A Dios apenas se le oye, y mucho menos se le obedece. ¿Es digna de Dios nuestra conducta? ¿buscamos ansiosos todos los medios para agradarle? Esta solicitud ansiosa no la debemos considerar como primor de la perfeccion, sino como cristiano deber

de la Religion. ¿Quién dirá que se puede servir á Dios sin mucha fidelidad, con menos ardor, sin tanto celo? En materia de su servicio cualquiera indiferencia es especie de irreligion. No nos afanamos mucho por agradar á Dios; y es que cada uno se fabrica un ídolo de aquello que á él le agrada, y muchas veces de aquel á quien desea agradar. A vista del proceder de la mayor parte de los hombres, parece que para nada se cuenta con Dios.

En el cristianismo todo árbol estéril es reprobado: la fe sin obras es muerta: la caridad nunca está ociosa: la esperanza cristiana produce frutos en todos tiempos: talento sepultado, es talento perdido. No se permiten siervos perezosos: las vírgenes descuidadas, que llegan tarde á ser cuerdas para hacer provision del aceite, son desatendidas. Pues ¿qué será, Señor, de tantos y tantas, que no fructifican género alguno de buenas obras? ¿Será tiempo de hacerlo allá hácia la declinacion de la edad? Árboles infructuosos, que solo producen algo en el otoño. Una vida, que se pasó la mayor parte de ella en la ociosidad y en el regalo, que reserva dar algun fruto para lo último de la estacion, nunca produce frutos que lleguen á madurar. ¡Oh cuánto tiempo perdido! ¡oh cuántos dias vacíos! La inutilidad es la ocupacion mas universal de los hombres; porque todo lo que no conduce para el cielo, es verdaderamente inútil. Negocios serios, negociaciones ruidosas, estudio que deseca, viajes largos, trabajos que fatigan; todas son ocupaciones frívolas, entretenimientos pueriles, nada brillantes, ostentadas con magníficas palabras, si no sirven para facilitar la salvacion.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nisi poenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloë, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint praeter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non, dico vobis: sed si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del mismo modo que aquellos diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Síloe, y los mató. ¿Creeis vosotros que estos hayan sido tambien mas reos que todos los otros hombres habitantes en Jerusalen? Os digo que no: pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

Que en todo tiempo se debe hacer penitencia.

Punto primero. — Considera que como no hay tiempo en que no se pueda pecar, y en que el hombre adulto no sea pecador, ninguno hay en que no se deba hacer penitencia. La Cuaresma se dice tiempo de penitencia; ¿qué quiere decir esto? Que la penitencia que entonces se hace con la abstinencia y con el ayuno es de precepto; pero ¿será por eso menos necesaria en otro tiempo? ¿Tenemos menos enemigos con quienes combatir después de Pascua, que antes de ella? ¿Son menos vivas las pasiones? ¿son menos fuertes las malas costumbres? ¿son menos temibles los enemigos de nuestra salvacion, ó las tentaciones menos peligrosas? ¿Es posible que ya nada hemos quedado á deber á la divina justicia? *Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis.* ¿Puede haber mayor error que imaginar que este oráculo no es, ni habla con todos tiempos; que hay dias privilegiados, y que en ciertos tiempos del año se puede uno salvar sin hacer penitencia?

Aun cuando la penitencia de la Cuaresma fuese bastante para satisfacer por los pecados pasados, lo que ninguno creo pensará sin temeraria presuncion; ¿qué dia de la vida se nos pasa sin cometer faltas, sin tener necesidad de misericordia, y sin peligros? La inocencia no tiene otro abrigo; el corazon se corrompe sin esta sal; toda virtud se marchita sin el rocío de las lágrimas. Ni la soledad, ni el mas horroroso desierto es asilo suficiente sin el socorro de la mortificacion.

Cuanto mas nos acercamos á la sepultura, mas nos debemos acostumbrar á la ceniza. Fuera de la infancia, todas las edades deben ser tiempo de penitencia para un cristiano. Busca sino en el Evangelio, que debe ser la regla de las costumbres, una edad que esté destinada para los gustos y los placeres.

¡Oh mi Dios, y qué poco gusta á los cristianos esta verdad! Pero nuestro disgusto, nuestras ilusiones y nuestras preocupaciones ¿debilitarán el vigor á las verdades del Evangelio? Ciertamente, quien mira las cosas con alguna reflexion, no puede menos de indignarse al ver la licencia que precede, y que se sigue á la Cuaresma. Parece que solo en Cuaresma nos reconocemos por pecadores, y que en llegando la Pascua nos queremos desquitar de las abstinencias y de los ayunos, suponiendo que la mortificacion no es de todos tiempos.

¡Cosa extraña! el mundo y las pasiones tienen sus leyes de mor-

tificacion y de ayuno, las cuales se observan inviolablemente: solo las leyes de Dios se quebrantan y se hacen intolerables. ¡Qué violencia, y aun se puede añadir, qué mortificacion, qué penitencia no se padece en el mundo por seguir una moda, por brillar en un concurso! Las galas adornan, pero oprimen: hay cotilla que equivale á una tortura; pero todo se sufre, todo se tolera por satisfacer á su amor propio, al interés, á la ambicion; mas por agradar á Dios todo es impracticable. La penitencia del mundo dura toda la vida; y se quiere que la que se hace por Dios tenga sus intervalos. ¿Qué penitencia hemos hecho hasta aquí? ¿Parécenos que ha sido proporcionada á nuestras culpas? ¿Creemos que ya tenemos derecho á descansar? ¡Oh, y cuántas satisfacciones imperfectas! ¡cuánta penitencia quizá necesitamos hacer para satisfacer por otras penitencias! ¡Cuántas partidas se han de dar por nulas en llegando á la cuenta de nuestras obras satisfactorias!

Punto segundo.—Considera que la penitencia no solo es castigo, sino preservativo y remedio. Pues ¿qué tiempo, qué edad no tendrá necesidad de él?

Es la vida del cristiano una perpetua guerra sin paces ni treguas: aunque nosotros queramos hacer la paz con los enemigos de la salvacion, los enemigos de nuestra salvacion jamás la harán con nosotros. No podemos esperar vencerlos sino por la penitencia: al mismo tiempo que á ellos los debilita, á nosotros nos da mayores fuerzas. La misma perseverancia en la mortificacion es una victoria. Es menester morir todos los dias para vivir, como se explica san Pablo; es necesario castigar el cuerpo para no ser contado en el número de los réprobos.

La misma vida delicada es uno de los mayores peligros. Estén mortificados los sentidos, esté el cuerpo reducido á servidumbre, que las pasiones meterán poco ruido y harán menos daño. Es la mortificacion freno que contiene; es la penitencia el vallado que defiende la viña de las bestias y de los pasajeros; es la zarza entre cuyas espinas se conserva la flor de la inocencia. Sin este auxilio no puede subsistir la castidad. Desmontóse el campo durante el santo tiempo de la Cuaresma: las gracias, la palabra de Dios, el uso de los Sacramentos fueron la divina semilla que se sembró en este campo. ¡Qué desacierto! ¡qué error! ¡qué extravagancia seria echar por tierra luego que llegue la Pascua esta barrera que detiene al enemigo; arrancar esta estacada que sirve de estorbo á los pasajeros para que

no pisen la sementera; abrir á todo género de animales una viña cuyos sarmientos están tiernos todavía!

Desengañémonos, que no hay tiempo, no hay sazon en que la penitencia esté de mas; ninguna hay en que no sea muy necesaria. Pasóse la Cuaresma, pero no se pasó el tiempo de la penitencia. Toda la vida es tiempo de ella: si hay alguno en que no sea tan pública, ninguno hay en que deje de ser necesaria. El ayuno y la abstinencia se acaban con la Pascua; pero la mortificacion, la sobriedad y la templanza son de todos tiempos.

Así lo pensaron todos los Santos, y nosotros mismos lo pensarémos tambien así en la hora de la muerte. ¡Oh buen Dios, y qué discretos, qué prudentes fueron aquellos Santos, que hoy son el objeto de nuestra veneracion y de nuestro culto, en haberse familiarizado, por decirlo así, con los rigores de la penitencia! Toda la vida se consideraron pecadores, y toda la vida quisieron ser penitentes. ¿Hallaránse por ventura algunos paréntesis de indulgencia en sus religiosas mortificaciones? ¿en aquellos sus penosos ejercicios de penitencia? ¿Desquitábanse por ventura de ellos, después que se pasaban los dias consagrados á la dolorosa memoria de la pasion de Cristo? ¡Ah! que cada dia parecia nuevo su fervor, nuevos sus deseos de mortificarse: cada dia inventaban nuevas industrias para macerar su carne, para domar sus pasiones, para reprimir su concupiscencia. Pregunto: ¿y fueron prudentes en proceder de esta manera? ¿y lo serémos nosotros, si procediéremos de otra? ¿Hicieron acaso demasiado aquellos que murieron con el dolor de no haber hecho mas? ¿Y hemos hecho bastante los que quizá nada hemos hecho hasta ahora? ¡Cuándo, cuándo harémos lo posible para librarnos de estos justos remordimientos!

Desde este punto, Señor, desde este punto, mediante vuestra divina gracia, no será este año como el pasado: no será interrumpida mi penitencia con tantos intervalos, y espero que no cesará hasta que me falte la vida.

Jaculatorias. —Las lágrimas serán mi pan cotidiano dia y noche. (*Psalm.* xli).

¡Oh cuántos suspiros me han costado mis culpas! lavaré, regaré todas las noches mi cama con el copioso manantial de mis lágrimas. (*Psalm.* vi).

PROPÓSITOS.

1 La vida inmortificada y regalada de la mayor parte de los cristianos es una especie de impenitencia. Nuestros pecados son graves: el número es enorme; cada dia se multiplican nuestras maldades: y ¿cuál es nuestra penitencia? Pecan los grandes, y sus dias se consumen en delicias; pecan los mundanos, y su vida se pasa toda en delicadeza y en regalo; pecan los jóvenes, y el nombre solo de penitencia los estremece. La Cuaresma siempre es tiempo de penitencia para los que tienen obligacion de hacerla. Pero ¡qué lenitivos! ¡qué infracciones del precepto! ¡cuántas frívolas dispensas! Mas, á lo menos, después de Pascua ¿se suplirá con mortificaciones voluntarias la penitencia que no se hizo en la Cuaresma? Sí por cierto; á lo mas se da una corta limosna, o se rezan algunos rosarios. Y ¿bastará esto para suplir el ayuno de la Cuaresma? Bien se conoce la indignidad de tan lastimoso engaño. Si te sientes culpado en esto, júzgate á tí mismo con mayor equidad, y procura que sea menor la desproporcion entre la culpa y el castigo. ¿Por qué no se ayunara después de Pascua, cuando se dejó de ayunar en la Cuaresma? Los sacrificios que llamaban de expiacion, en todos tiempos se hacian. Pues que, el desobedecer á la ley, ¿es título bastante para dispensarnos en la obligacion de obedecerla? Quien tiene verdadero dolor de la culpa, tendrá verdadero deseo de repararla por medio de la penitencia.

2 Pues si en todo tiempo eres pecador, en todo tiempo debes ser penitente, y para eso observa las advertencias siguientes. Primera: En todo aquello que puede causar alegría, en todos los regocijos públicos y particulares, hasta en los precisos desahogos del ánimo y de la naturaleza, hasta en las comidas ordinarias y forzosas, acuérdate que eres reo en los ojos del Señor, y que como tal estás condenado al último suplicio. Nunca te halles en alguna fiesta ó funcion sin decirte á tí mismo: Yo soy pecador; ¿y es esta mi penitencia? Segunda: Es devocion utilísima y piadosísima, que aumenta mucho valor al ejercicio de la penitencia, hacer cada dia uno ó dos actos de mortificacion, en atencion á la pena correspondiente á nuestras culpas, aumentando el número de dichos actos los dias de mayor fiesta ó regocijo. Tercera: Hay personas devotas, que los dias que son convidadas de sus amigos á comer, ó á alguna otra diversion, se imponen la obligacion de rezar los Salmos penitenciales: otras acompañan siempre esas honestas diversiones con algun acto de mortifi-

cacion. San Francisco de Borja decia, que no le sabia bien la comida, si no la sazonaba con alguna penitencia; y añadia, que estaria inconsolable si supiera que le habia de coger la muerte en dia en que no hubiese mortificado sus sentidos.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Sulpicio y Serviliano, en Roma, los cuales convertidos á la fe de Jesucristo por las exhortaciones y milagros de santa Domitila, vírgen, como no quisiesen sacrificar á los ídolos, durante la persecucion de Trajano fueron degollados por mandato de Aniano, prefecto de aquella ciudad.

Los santos mártires Víctor, Zotico, Zenon, Acindino, Cesáreo, Severiano, Crisóforo, Teonas y Antonino, en el mismo dia, los cuales despues de varias tentativas fueron martirizados en tiempo de Diocleciano.

San Teotimo, obispo, en Tomis en Escitia, á quien por su gran santidad y milagros veneraban los mismos bárbaros é infieles.

San Marcelino, primer obispo de Ambrum en la Galia, el cual por divina inspiracion vino del África con sus compañeros los santos Vicente y Domnino: convirtió á la fe católica á la mayor parte de los habitantes de los Alpes marítimos con su predicacion y hechos maravillosos, en los que aun hoy dia resplandece.

San Marciano, presbítero, en Auxerre *en Borgoña.*

San Teodoro, confesor, en el mismo dia, llamado tambien Trichinas, por causa del áspero cilicio que traia continuamente; esclarecido en muchas virtudes, especialmente en la potestad contra los demonios, y de su cuerpo mana un ungüento que sana á los enfermos.

Santa Inés, vírgen, del Órden de santo Domingo, en Monte-Pulciano ó *Policiano*), esclarecida en milagros. *(Véase la historia de su vida en este dia).*

SANTA INÉS DE MONTE-POLICIANO, DEL ÓRDEN DE SANTO DOMINGO.

Nació santa Inés en Monte-Policiano, ciudad de la Toscana, el año de 1274. Sus padres, distinguidos por su nobleza y por su riqueza, pero mucho mas por su virtud, no perdonaron medio alguno para la cristiana educacion de la niña, persuadidos á que Dios la destinaba para grandes cosas, y que eran pronóstico de su elevada santidad las milagrosas luces que se dejaron ver en el mismo instante en que nació.

Anticipóse la devocion á la razon; apenas sabia articular las palabras, y ya mostraba el gusto que tenia en rezar. Cuando la estaban enseñando el *Padre nuestro* y el *Ave María*, se la notó que se retiraba á un rincon, y que pasaba en él de rodillas muchas horas. Pre-

guntada, qué hacia allí, respondia: *Estoy rezando y aprendiendo la leccion.*

Desde la cuna dió ya á entender, como podia, su ardiente amor á Jesucristo, y la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen; porque en mostrándola alguna imágen del Hijo ó de la Madre, saltaba de alegría. Nunca fue niña en materia de devocion. Crecia en edad, crecia en virtud, y al mismo paso crecia tambien en ella el disgusto á todas las cosas del mundo. A los cinco ó seis años de su edad decia claramente que queria ser religiosa. Aunque sus padres tenian mucha gana de que se quedase en el siglo, no se pudieron resistir á las instancias, á las lágrimas y á los suspiros con que anhelaba continuamente por el convento. Luego que cumplió nueve años la llevaron al monasterio de las Saquinas, llamadas así porque traian un escapulario de aquella estopa grosera de que se hacen los sacos. Pusiéronla al cuidado de una virtuosa y prudente maestra, llamada Margarita, la cual admiró desde luego la abundancia de gracias con que el cielo habia prevenido á aquella alma inocente; y se vió precisada á moderar su fervor en vez de tener necesidad de excitarle, conociendo que el Espíritu Santo habia tomado de su cargo la direccion de aquella alma privilegiada.

A pocos dias fue Inés la admiracion de toda la comunidad. Su humildad ingenua y sincera; la mortificacion de los sentidos que admiraba á las mas perfectas; su puntualidad, su fervor, su tierna devocion, el grande amor que tenia á la oracion; una apacibilidad y una modestia religiosa que cautivaba; una obediencia, un rendimiento tan ciego que parecia haber nacido Inés sin amor propio y sin propia voluntad; en fin, una alegría santa, que se difundia en todas sus acciones, y se dejaba notar en todos sus modales: todo este conjunto hacia formar tan elevado concepto de su virtud, que cierta abadesa extranjera, mujer de singular mérito, la cual andaba visitando algunos monasterios de órden del señor obispo de Arezo, admirando las extraordinarias prendas de aquella virtuosa niña, se dejo decir, que no honraria menos esta Inés á la Religion con sus virtudes, que la otra Inés romana habia honrado á la Iglesia con su martirio.

Como era tan consumada su prudencia en medio de ser tan pocos sus años, que apenas llegaban á catorce, no dudó la comunidad encargarla el cuidado de lo temporal; cuya administracion desempeñó con tanto acierto, con tanta inteligencia y tan á gusto de todas, que acreditó con nueva experiencia que la virtud da entendimiento, y puede suplir la falta de la edad.

Pero la misma reputacion de su extraordinaria virtud privó presto de este tesoro al monasterio de Monte-Policiano. Informadas y movidas de las maravillas que se contaban de sor Inés las religiosas de un convento que se acababa de fundar en Proceno, pequeña ciudad del condado de Orvieto, alcanzaron del papa Nicolao IV que se la diese por prelada, aunque habia pocos dias que habia hecho la profesion, y tenia solos diez y ocho años; pero el efecto acreditó haber sido de Dios esta eleccion.

Persuadióse desde luego nuestra Inés á que solo estaba á la frente de las otras para darles mayores ejemplos de humildad, de mortificacion y de observancia. En la inteligencia de que el cargo que la habian encomendado no daba otra preeminencia sobre las demás que imponerla la mas estrecha obligacion de servir á todas de guia y de modelo, no es fácil explicar hasta qué punto de perfeccion llegó su religioso fervor. Ayunaba todos los dias á pan y agua: dormia sobre la desnuda tierra, sirviéndola de cabecera una piedra. Como era jóven y de complexion débil, el rigor de sus mortificaciones y los excesos de sus penitencias estragaron tanto su salud, que lo restante de su vida fue una continua y dolorosa enfermedad.

Una que padeció á los veinte y ocho años de su edad, tan grave que la redujo al último peligro, obligó á sus confesores y prelados á valerse de toda su autoridad para moderar sus penitencias. Pero la paciencia y la alegría que mostró en la enfermedad no edificó menos á sus hermanas é hijas, que las demás virtudes de su santa madre.

A la verdad, recompensaba Dios abundantemente aquella santa severidad que por su amor ejercia Inés contra sí misma. Favorecida frecuentemente de visiones celestiales, y colmada de aquellas inefables dulzuras que da el Señor a gustar en la contemplacion á las almas privilegiadas, conversaba familiarmente con su divino Esposo, y cuando se acababa la oracion, era para ella un doloroso sacrificio.

Conocieron los vecinos de Monte-Policiano la gran pérdida que habian hecho de dejar á los de Proceno la posesion de nuestra Inés: y viendo que ni las súplicas, ni la autoridad de los prelados habian sido bastantes para recobrar esta prenda, se valieron de un piadoso artificio, que les salió á medida de su deseo.

Acordáronse del que habia mostrado nuestra Santa siendo aun todavía niña de ver convertida en convento de penitencia una casa de mujeres públicas, que habia á la entrada de la ciudad; y se obligaron á ejecutar este piadoso proyecto, con tal que viniese la misma

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Inés á gobernar dicha casa. Cedió el amor del retiro al celo de la salvacion de las almas; y obtenida licencia para pasar á hacer la nueva fundacion, tuvo el consuelo de ver acabado en muy poco tiempo el convento. Formóse presto una comunidad numerosa por la priesa que se daban todas á venir á ponerse debajo de su gobierno. Entabló en el monasterio la primitiva regla de san Agustin segun el instituto y espíritu de santo Domingo; y conseguida del legado apostólico la confirmacion, se dedicó enteramente á formar el edificio espiritual, que estaba empeñada en fabricar al Señor cultivando á sus nuevas hijas.

Desde luego se notó la ejemplar observancia y el fervor de espíritu de toda aquella numerosa comunidad de vírgenes, animadas con el ejemplo de su santa fundadora. Bramaba el infierno de rabia; pero en vano, viendo triunfar la pureza, y todas las demás brillantes virtudes donde habia reinado la abominacion. Estableció Inés en aquel convento el espíritu de la primitiva regla con tanta felicidad, que desde entonces comenzó á ser venerado el nuevo monasterio de Monte-Policiano como un milagro de la perfeccion religiosa.

Admirábanse todos cómo aquella santa doncella no se rendia al peso de tantos trabajos y de tantas enfermedades; pero no era este solo el continuado prodigio que obraba Dios en su sierva. Las frecuentes apariciones de los Ángeles, de santo Domingo, de san Francisco, de la Reina de los cielos y del mismo Jesucristo, la colmaban de tales consuelos y dulzuras interiores, que solo se pueden percibir bien cuando se gustan. Por la oracion de nuestra Santa brotó un manantial de agua viva, de virtud muy prodigiosa para curar todo género de enfermedades, y hasta hoy se llama *el agua de santa Inés*. Habiendo acometido á una de sus hijas una fluxion á los ojos, tan violenta que perdió enteramente la vista, y entendiendo la santa Prelada que los padres de la enferma disponian sacarla del convento para solicitar su curacion, hizo oracion por ella, y al punto recobró la vista. Resucitó tambien con su oracion á un niño que se habia ahogado en los baños; y por toda Italia resonaban las grandes maravillas que obraba Dios en Monte-Policiano y en otras partes por la intercesion de santa Inés.

Consumida en fin al rigor de sus grandes penitencias, prolijas enfermedades y trabajos, conoció que el Señor la queria sacar de este destierro. Fue tan excesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus de sus amorosos deseos de verse cuanto antes con Dios, que apenas los podia contener. Los pos-

treros dias de su vida apenas fueron mas que una continua oracion; y aunque eran indecibles los dolores que padecia, al ver la alegría y la serenidad de su semblante, parecia que no estaba enferma. Finalmente, sintiendo ya que se acercaba la última hora, recibidos los Sacramentos de la Iglesia con nuevo fervor, y rodeada de sus hijas, que se deshacian en lágrimas, rindió dulcemente el espíritu en manos de su Criador hácia la media noche del dia 20 de abril del año de 1317, de edad de cuarenta y tres años, habiendo pasado los treinta y seis en el monasterio.

Al punto fue anunciada su muerte por muchos niños de pecho, que comenzaron á gritar en varias casas de la ciudad desde las cunas: *Ya murió sor Inés*. Los que fueron testigos de esta maravilla la publicaron luego que amaneció, y acudiendo al convento, supieron de boca de las religiosas, que la Santa habia muerto el mismo instante en que los niños lo anunciaron. Hizo Dios glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró en él, siendo grande el concurso de los fieles á venerarle. El papa Clemente VII permitió á los moradores de Monte-Policiano el culto público de nuestra Santa con fiesta y oficio, por una bula expedida en 28 de mayo de 1532. Clemente VIII, á instancias de Enrique IV, extendió este permiso á todas las casas de la Órden de santo Domingo. No contribuyo poco á esta extension de culto Leonor de Borbon, tia del rey, y abadesa de Fontevrau, en cuyo reconocimiento los vecinos de Monte-Policiano regalaron á este monasterio con reliquias de santa Inés. Su devocion ha penetrado hasta el centro de las Indias y de la América, donde se hallan iglesias y monasterios dedicados á su nombre.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion de la Santa la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatae Agnetis virginis tuae festivitate gaudemus; ita piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que sois nuestra salud; oye nuestras súplicas, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra vírgen santa Inés, así consigamos el fervor de una devocion piadosa. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat apud Deum. De virginibus autem praeceptum Do-

Hermanos: Cada uno permanezca delante de Dios en aquello para que fue llamado. En órden á las vírgenes yo no

mini non habeo; consilium autem do, tamquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quaerere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quaerere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi.

tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne.

REFLEXIONES.

1 *Unusquisque in quo vocatus est, in hoc permaneat.* Hay en el hombre cierto fondo ó cierto fermento natural de inquietud y desasosiego, que toda novedad le encanta; pero no le apaga, ni le satisface. Enemigos de nuestro reposo, apenas acertamos á ocuparnos sino en lo que nos turba: la ausencia del bien imaginario ó real aguijonea el apetito, y la posesion le fastidia. Parece que solo tenemos ingenio para atormentarnos. Pocos hay que estén contentos con su estado, y acaso ninguno que no imagine que seria mas feliz en otro: enfermos inquietos y antojadizos, que juzgan consiste en mudar de aire ó de cuarto todo el remedio del mal que llevan consigo mismos. Tal es el error de aquellos, que descontentos con el empleo, ó con el estado en que los ha colocado la divina Providencia, se figuran que en cualquiera otro asegurarian mas su salvacion; que en otro clima darian mas fruto, y que sus talentos pedian otro empleo. Somos ciegos, dice el Espíritu Santo, y no advertimos que el verdadero orígen de nuestras inquietudes está dentro de nosotros mismos. Mantengámonos en el estado en que Dios nos puso. *Nescitis quid petatis.* Contentémonos con el empleo, y con el lugar en que Dios nos tiene. En todas partes hay cruces y hay espinas. Cuando la serenidad dura mucho tiempo, causa sequedad. En ninguna parte estamos bien, sino donde Dios nos quiere. No solicitemos mudar estado, empleo ó condicion, cuando no hay cosa contraria á la ley de Dios; pero procuremos cumplir todas las obligaciones de la justicia en nuestro estado; trabajemos en reformar nuestras costumbres, y en mudar de conducta. Son imaginaciones pueriles, pensamientos inútiles, error craso ocuparse en pensar lo que se debia hacer, y no pensar en hacer lo que se debe.

De virginibus autem praeceptum Domini non habeo. Es privilegio

muy precioso conservar toda la vida la virginidad. Como en este estado nos acercamos á los Ángeles, parece que nos constituye en una especie de clase superior á la de los hombres. Las vírgenes son las que siguen al Cordero á cualquiera parte donde vaya. (*Apoc.* XIV). Privilegio fue de la virginidad recostarse en el pecho de Jesús: aquellas gracias especiales que reparte la predileccion, se reservan ordinariamente para las almas castas. Con todo eso, dice san Pablo, si estás atado con el vínculo del matrimonio, vive contento, y no desees desprenderte de él: *Alligatus es uxori? noli quaerere solutionem.* El que se casa, hace bien; pero el que no se casa, hace mejor: mas casese, ó no se case, en cualquier estado que esté, su vida debe ser inocente. La virginidad es don de Dios: por eso no es mas que de consejo; pero la pureza es de precepto. No entrará en el cielo cosa manchada. Es la pureza la virtud de los Cristianos: á la verdad, es una flor muy delicada, pero debe ser comun, y no se puede conservar sino entre espinas. La vigilancia la defiende, la devocion la fomenta, la mortificacion la nutre, y en exponiéndola al viento se marchita. Ningun estado pide mayor vocacion de Dios que el matrimonio; y ninguna vocacion pide mayores pruebas. ¡Cosa rara! Todos dicen, y dicen bien, que no se debe abrazar el estado religioso inconsideradamente; que es menester consultarlo con Dios, examinar la vocacion, prever las dificultades, comprender las obligaciones, no ignorar las cargas y los trabajos: siendo así que es un estado tan santo, que en él está á cubierto la inocencia; que no hay peligros; que todos los dias amanecen serenos, y que el cielo está en una gran calma. Pero trátese de una conveniencia que se ofrece en el mundo, donde todo es tentacion, todo peligros, todo sedicion de la carne, todo motin de las pasiones, todo estorbos, todo agitaciones, todo tinieblas, todo huracanes y tempestades, ¿se examina por mucho tiempo la vocacion? ¿Se consulta mucho con Dios? ¿se pesa y se pondera aquella portentosa carga de obligaciones? ¿se tarda en deliberar sobre una eleccion de tanta importancia? Y ¿cuáles suelen ser los principales motivos de semejantes determinaciones? ¿Hácese en ellas mucho lugar al motivo de agradar á Dios? ¿Tiénense muy presentes la religion, la virtud y la salvacion? Y después de esto, ¡nos admirarémos de que haya tan pocos matrimonios felices y dichosos! ¡nos admirarémos de que sean tantos los que se condenan en el estado del matrimonio! Es cierto que puede uno ser santo en este estado; pero tambien lo es el que es menester vivir en él como vivieron los Santos.

El Evangelio es del capítulo XVII *de san Juan.*

In illo tempore haec locutus est Jesus; et sublevatis oculis in coelum, dixit: Pater, venit hora, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te; sicut dedisti ei potestatem omnis carnis, ut omne, quod dedisti ei, det eis vitam aeternam. Haec est autem vita aeterna, ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. Ego te clarificavi super terram. Opus consummavi, quod dedisti mihi ut facerem: et nunc clarifica me tu, Pater, apud temetipsum, claritate, quam habui prius, quam mundus esset, apud te. Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo: tui erant, et mihi eos dedisti; et sermonem tuum servaverunt.

En aquel tiempo habló Jesús estas cosas; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado el tiempo, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo tambien te glorifique; así como le has dado potestad sobre todos los hombres para que dé la vida eterna á todos aquellos que le has consignado. La vida eterna, pues, es que te conozcan á tí solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra. Consumé la obra que me encargaste para que la hiciese: ahora, pues, ó Padre, glorifícame delante de tí mismo con aquella gloria que tuve para contigo antes de que existiese el mundo. Manifesté tu nombre á aquellos hombres que me encargaste en el mundo: tuyos eran, y me los encargaste á mí; y han guardado tu palabra.

MEDITACION.

De la verdadera virtud propia de cada estado.

Punto primero. — Considera que cada uno se representa la virtud del estado ajeno, y pocos se aplican á conseguir la que es propia del suyo. Los pobres piensan en los medios que tienen los ricos para santificarse; y los ricos juzgan que no es fácil ser santo no siendo pobre. A los mozos les parece que la vejez es el tiempo único y oportuno para pensar en la salvacion; y los viejos dicen que pasada la mocedad, se pasó la sazon de aplicarse á la virtud. Los seglares no quieren creer que es posible y muy posible ser santo sin salir del mundo; y los religiosos se forman una idea extraña de la santidad: colócanla en lo sublime, en lo maravilloso, y nada les parece santo, si no huele á prodigioso y á extraordinario. De manera, que por esta cuenta, la santidad, que, por decirlo así, es un fruto que se da en cualquiera tierra, segun la extravagante imaginacion del amor propio no se halla sino en lugares inaccesibles.

Pero ¿qué dirémos, mi Dios, de aquel expreso precepto vuestro en que nos mandais que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial? ¿á qué estado, á qué edad habeis Vos dispensado de esta

ley? Si hay algun cristiano que no pueda ser santo, ¿á qué fin imponernos un precepto que habla universalmente con todos?

Es cierto, pues, que Dios quiere seriamente que todos seamos santos; pero no lo es menos, que ninguno lo será sino cumpliendo exactamente con las obligaciones de su estado. Toda idea de santidad que no sea de este carácter, es falsa y engañosa. Las devociones poco proporcionadas, ó poco convenientes á nuestro estado, son puras ilusiones del orgullo y del amor propio. Búrlase el enemigo de la salvacion con esas falsas apariencias de la credulidad de un alma simple: toda devocion que nos desvia de nuestro estado, es descamino.

No hay error mas grosero ni mas universal. Todos quieren representar el papel que no se les ha encargado: todos quieren servir á Dios en lo que Dios no quiere que le sirvan. A un criado que sirviese no mas que segun su capricho, ningun amo le sufriria mucho tiempo en su casa. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las demás virtudes cristianas, es cierto que convienen á todo género de gentes; pero no todos los ejercicios de devocion convienen á todos. El retiro, el frecuente trato con Dios en la oracion, la ignorancia ó la abstraccion de los negocios seculares, y el olvido de sus parientes, son virtudes muy propias de un religioso; pero un oficial, un magistrado, un padre de familias serian reprensibles si fuesen negligentes en las obligaciones de su estado. En cumplir exactamente con estas obligaciones, y en la fidelidad en hacer lo que Dios manda, consiste en rigor la perfeccion del cristiano. ¡Qué error tan craso es no concebirla jamás sino en la soledad, en los desiertos y en la cima de las mas altas montañas! Cualquiera tiene en su mano la santidad; nace la virtud cristiana en todas las tierras, en todas las heredades del Padre de familias; si alguna no produce este precioso fruto, es culpa de los obreros.

¡Qué consuelo tan grande es saber que en todos los estados puede uno ser santo, y que la santidad propia de cada estado es muy fácil! pero ¡qué dolor, qué tristeza, qué amargura la de no querer ser santo, pudiéndolo ser tan fácilmente!

Punto segundo.—Considera la bondad infinita de Dios en haber puesto la santidad de cada uno en el cumplimiento de las mismas obligaciones de su estado. ¿Podia ponerla mas á tiro de nuestro alcance? ¿podia hacérnosla mas fácil, y á nosotros mas inexcusable?

¿Eres religioso? pues tu santidad consiste en la perfecta observan-

cia de tu instituto y de tus reglas. ¿Te hallas elevado á los mayores empleos? pues tendrás gran mérito en el cumplimiento de tus obligaciones; y no hay virtud mas brillante que la que es inseparable de los buenos ejemplos. El nacimiento oscuro, la condicion humilde, las enfermedades y las desgracias, son á la verdad los medios mas eficaces para conseguir una elevada santidad; pero la prosperidad ni es estorbo, ni lo fue jamás. Sin duda es menester ser humilde, dulce, sufrido, caritativo para ser santo; pero todo esto lo puedes y lo debes ser en cualquier estado. Para entrar en el cielo necesariamente se ha de caminar por muchas cruces; pero consuélate con que la sabia providencia de Dios sembró de ellas todos los estados, y solo consiste en saber aprovecharse de su carga. Tambien son necesarias las buenas obras; pero ¿cuántas puede hacer cada uno sin salir de su casa? Los cuidados de la familia son las principales obligaciones de la virtud.

Sean en buen hora loables, sean preciosas todas las devociones, pero ninguno está seguro de que ejecuta las que Dios quiere, sino el que hace las que son propias de su estado. Solas estas están seguramente en su debido lugar. No toca á los criados escoger los oficios: al amo pertenece el determinárselos. Si no son de la eleccion y del gusto de este, no aprecia los trabajos mas penosos ni los servicios mas desinteresados; ¿de qué servirá trabajar mucho, si no es de su gusto lo que se trabaja?

¿Puede haber mayor ilusion que la de aquellas personas que desatienden á las obligaciones de su estado por dedicarse á otras imaginarias devociones, que en realidad solo son un refinado artificio del amor propio, disfrazado con máscara de piedad? Aunque se omitieran todas las obras de supererogacion; visitas de enfermos, obras de misericordia, penitencias y mortificaciones corporales, cumpliria perfectamente con su obligacion el que sin ellas pudiese cumplir perfectamente con todas las obligaciones de su estado. Por el contrario, aunque tú solo hicieras todos los ejercicios espirituales posibles; aunque te abrasara el celo mas ardiente; aunque te ejercitaras dia y noche en obras de misericordia; si olvidabas ó desatendias á las de tu estado, no serias siervo prudente, bueno y fiel. Cualquiera otra idea de virtud es falsa, es ilusoria. No encontrarás Santo alguno que hubiese seguido otra ruta: cualquiera otro sendero es descamino. ¿Puede haber mayor consuelo que hallar cada uno dentro de su misma condicion, dentro de su mismo estado, dentro de su misma edad, toda aquella abundancia de gracias, aquella multitud de auxilios,

aquel cúmulo de medios y de ejemplos que ha menester para ser santo? Pero ¿puede haber mayor desgracia que no haberlos conocido, ó no haberse sabido aprovechar de ellos para serlo?

Repréndome, Señor, y reconozco lo mal que he hecho hasta aquí en figurarme una imaginaria imposibilidad de arribar á la santidad mas eminente, sin salir de la esfera de mi estado. En las obligaciones mas ordinarias y mas precisas de él tengo cuantos medios he menester para santificarme con el auxilio de vuestra divina gracia. Concedédmela, Señor, concedédmela para que me aproveche de ellos.

Jaculatorias.—Nada hago sino lo que mi Padre celestial quiere que haga. (*Joann.* VIII).

¡Cuán bueno es el Señor Dios de Israel para los que le sirven derechamente en lo que le deben servir! (*Psalm.* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 Es artificio muy ordinario del enemigo de la salvacion hacer que se nos represente la santidad como un fruto de países muy remotos, ó que solo se produce en las cumbres de los montes mas empinados. A favor de estas falsas aprensiones nunca nos la imaginamos á tiro; y nuestra imaginacion siempre nos la pinta allá entre unos léjos muy desviados y con colores poco comunes. ¿Vívese en el mundo? pues se considera la santidad como atrincherada dentro de los claustros, y cubierta con las mortificaciones y penitencias de la vida religiosa. ¿Se ha logrado la dicha de abrazar esta vida? pues piérdese el aliento en el camino de la perfeccion, porque no hay forma de concebir la santidad, sino revestida de aquellas acciones ruidosas, de aquellos prodigios de penitencia, de aquellos dones de contemplacion sublime y elevada que se admiran en la vida de los mayores Santos. Corrige al momento una idea tan falsa y tan perniciosa; y deponiendo tu error, descubre este tesoro dentro de tu mismo terreno. Persuádete que tu perfeccion está únicamente aneja al cumplimiento de las obligaciones de tu estado. De ninguna otra cosa alabó el Espíritu Santo á la mujer fuerte, sino de que hiló, de que trabajó, de que cuidó de su casa y familia, y fue siempre obediente á su marido. Este debe ser el verdadero elogio de una señora cristiana. No gusta Dios de esas largas horas que pasas en la iglesia, ni de esas visitas de los hospitales, si mientras tanto la ausencia de tu casa es causa de mil desórdenes en la familia. No hay virtud donde no hay

órden, y todo le trastornas cuando no atiendes á las obligaciones de tu estado. Hay tiempo para todo; pero haz todas las cosas á su tiempo. Ten celo de la salvacion de los otros; pero no descuides de la tuya. Haz obras de supererogacion; pero sea del tiempo que sobra de las obligatorias. Da limosna; pero paga á los oficiales y á tus acreedores. Esta leccion es importantísima: en no cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado, no hay devocion, no hay virtud.

2 Sea este el primer cargo que te has de hacer en el exámen de conciencia; y sea lo primero de que te acuses en las confesiones las faltas contra las obligaciones de tu estado; y cuenta por nada todas las devociones de mucho ruido, si faltas á estas primeras obligaciones, que por lo comun son de poco lustre, pero de gran mérito. Si eres religioso, estudia bien los deberes de tu estado, y sé exactísimo en la observancia de las mas menudas reglas. Es loable un celo ardiente: no hay duda que el rigor de la penitencia tiene grandes utilidades en órden á la perfeccion; pero si por hacer muchas cosas á que no hay obligacion, se dejan de hacer las que Dios manda; si con un celo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortando con tanta elocuencia á los demás á que sean fervorosos, puntuales y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exacto y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo le pondrás en práctica. Consulta con un prudente y celoso director lo que debes reformar en este punto.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

San Anselmo, obispo, en Cantorbery en Inglaterra, esclarecido en santidad y doctrina. *(Véase su vida hoy).*

El glorioso tránsito de san Simeon, obispo de Seleucia y Ctesifonte, en Persia, el cual por órden de Sapor, rey de los persas, siendo preso y cargado de cadenas, y presentado delante de los inicuos tribunales, como no quisiese adorar al sol, y con libertad y gran constancia diese testimonio de Jesucristo, primero fue atormentado por largo tiempo en una estrecha prision con otros ciento *(compañeros)*, de los cuales unos eran obispos, otros presbíteros, y otros clérigos de diferentes órdenes; luego después como Usthazanes, padre nutricio del rey, el cual habiendo antes flaqueado en la fe, por exhortacion de san Simeon reducido á la penitencia hubiese padecido con grande esfuerzo el martirio; al dia siguiente, que era el Viernes Santo, todos aquellos ciento *(compañeros)* en presencia de Simeon, quien á cada uno de ellos en particular ex-

hortaba valerosamente al martirio, fueron degollados, y por último degollaron tambien al mismo san Simeon. Con él padecieron tambien los esclarecidos varones Abdecala y Ananías, presbíteros suyos. A Pusicio, superintendente de los artífices del rey, por haber animado á Ananías que titubeaba, taladrándole el cuello por junto al gaznate, y sacándole por allí la lengua, padeció una cruel muerte; después martirizaron tambien á una hija suya, vírgen consagrada á Dios.

Los santos mártires Arator, presbítero, Fortunato, Félix, Silvio y Vidal, en Alejandría, los cuales murieron en la cárcel.

Los santos Apolo, Isacio y Crotates, en Alejandría, martirizados en tiempo de Diocleciano.

San Anastasio, Sinaita, obispo, en Antioquía.

SAN ANSELMO, ARZOBISPO DE CANTUARIA, Ó CANTORBERY, EN INGLATERRA.

Fue san Anselmo uno de los mas ilustres y mas santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, uno y otro de las mas nobles familias de la Lombardía y del Piamonte; y como reinaban en su casa el esplendor y la abundancia, fue criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora mas distinguida aun por su piedad que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máximas de Gondulfo, mas ajustadas á los dictámenes del mundo que á los de la Religion, se encargó ella sola de la educacion de su hijo. A pocos dias pudo darse el parabien de su determinacion. No hubo niño mas dócil; y si la brillantez y la vivacidad de su ingenio cási desde la cuna fueron asunto de la admiracion de cuantos le trataban, su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Correspondió á los progresos que cada dia iba haciendo en la virtud el que hizo en el estudio de las letras humanas. Desde luego se le descubrió una devocion tan tierna á la santísima Vírgen, que nadie dudó seria con el tiempo uno de los siervos mas amados y mas favorecidos de esta Señora.

Como las lecciones y los ejemplos de su virtuosa madre inspirasen solo al niño Anselmo un santo amor á la virtud y un deseo encendido de su salvacion, se disgustó presto de las grandezas y de los oropeles del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas por no desazonar á su familia, no le quisieron recibir. Entristecióse tanto con esta repulsa, que le costó una enfermedad; pero no le duró mucho el fervor.

Entibióse en él luego que recobró la salud, y no contribuyó poco para apagarle del todo la muerte de la Condesa su madre. El poco

caso que el Conde hacia de él, su vida no muy cristiana, y su poca inclinacion á la virtud, dejaron al jóven Anselmo tanta libertad, que presto pasó á ser disolucion; aunque no duró en ella mucho tiempo, porque se sirvió Dios de la misma aversion que el padre concibió contra él, para traerle hácia sí. No hubo sumision ni rendimiento que Anselmo no practicase para desenojar á su padre irritado, de quien habia sido el ídolo hasta entonces; pero de nada sirvió sino de enconar mas aquel corazon irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver mas á su hijo, y Anselmo tomó la resolucion de ausentarse, pareciéndole que esto podria contribuir á templar el enojo de su padre; y retirándose á Francia, estuvo allí tres años, sin saber qué rumbo seguir, ni á qué determinarse.

Esta misma indecision despertó en él su antiguo amor á los libros; y llegando á su noticia la fama de Lanfranco, que tambien habia pasado á Francia desde Lombardía, resolvió pasar á la abadía de Bec en Normandía, donde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan hábil como santo maestro aprendió la filosofía y la teología, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos que ellos mismos encendieron mas su ardiente pasion por el estudio. Considerando un dia la penosa vida que traia solo por hacerse sabio, se avergonzó de lo poco que trabajaba para hacerse santo; y esta reflexion volvió á encender en él los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abrazóle finalmente, siendo de veinte y siete años, en la misma abadía de Bec, recibiendo el hábito de manos de Heluino, que era su abad, y habia sido su fundador. Fueron tan extraordinarios y tan prontos los progresos que hizo en la perfeccion religiosa, que habiendo sido electo abad de San Esteban de Caen el célebre Lanfranco, tres años después de su noviciado, fue Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec.

No obstante la virtud de los monjes mas antiguos de aquella abadía, no pudieron disimular el resentimientillo que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos, y ganar los corazones con su dulzura, con su humildad y con su invencible paciencia. Parecia que solo le habian hecho superior para ser mas oficioso, y para prevenir hasta las mas menudas necesidades de los monjes. Su caridad no tenia límites; pero menos parece que tenia su mortificacion. Ayunaba todos los dias, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oracion le ocupaban cási todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones del oficio. No contento con orar, enseñaba á otros á tener oracion. Todo cuanto se veia en él era ins-

truccion y enseñanza : el aire, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio, todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del jóven Prior reflorecio presto la observancia y disciplina regular en el monasterio; y á vista de sus ejemplos se volvió á encender en él el primitivo fervor.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadía de Bec, fue la aplicacion y la gracia que tenia Anselmo para criar la juventud. Su modo grato, dulce, cortesano, con una prudente indulgencia, acompañada de una oficiosa y suave severidad, yendo en todo adelante con el ejemplo, eran los eficacísimos medios de que se valia para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasiadamente rígido, y quejándose de la poca docilidad de sus súbditos, el Santo le respondió en estos términos : «¿Cómo quieres que reine «en tu casa la paz y la observancia, si no aciertas á alimentar á tus «hijos mas que con hiel y amargura?» A otro monje jóven le decia en cierta ocasion : «¿Quieres ser feliz en la vida religiosa? pues ol- «vídate del mundo, y alégrate mucho de que el mundo se olvide de «tí.» «El mayor tirano del monje, añadió en otra ocasion, es la pro- «pia voluntad; porque solo sirve para turbar su quietud, y para ha- «cerle padecer cada dia nuevos tormentos. El claustro es el verda- «dero paraíso terrenal para aquel que puede decir : No vivo yo, sino «Cristo en mí.»

No hubo en su tiempo hombre mas estimado, ni que mas mereciese serlo. Concurrian de todas partes sugetos de la primera calidad á ponerse debajo de su gobierno; y su virtud no solo eminente, sino apacible, cortesana, urbanísima, y aun culta, por decirlo así, convirtió la abadía de Bec en un seminario de Santos.

Ya no permitia á Heluino su avanzada edad atender á los negocios del monasterio; y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo Prior. Pero ni esta multitud de ocupaciones le sirvieron de estorbo para enriquecer al público con excelentes obras, cuales fueron los libros *de la verdad de la existencia de Dios, de su esencia y atributos, de la caida de los ángeles, y el libre albedrío.* Así *sus cartas como los tratados sobre la oracion* están llenos de una doctrina tan espiritual, y de una mocion tan exquisita, que muestran bien no haber sido nuestro Santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística, que en los puntos mas profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Heluino, tuvieron poco que deliberar los monjes en la eleccion del sucesor. En vano fue la suma tenacidad

con que se resistió Anselmo; pues se vió precisado á rendirse á una eleccion que fue aplaudida de todos. Pero la nueva dignidad solo sirvió para que brillase desde mas alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exacto en todo era cuando abad, como habia sido cuando novicio. No se observó la menor alteracion en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad; de manera que solo se conocia que era superior en que iba delante de todos á los ejercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenia en aquel reino de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillelmo I, llamado el Conquistador, le veneraban como á santo, y le oian como á oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillelmo II; pero se aprovechó poco de sus consejos. Habia cinco años que estaba vacante la silla de Cantorbery por muerte del célebre Lanfranco; y dejando el Rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monjes y los clérigos, habia incorporado en su dominio todas las demás rentas de dicha iglesia. Hízose sordo aquel Monarca así á las amenazas del Pontífice como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oidos mas que á su pasion, hasta que la pesada mano del Señor se agravó sobre él, enviándole una peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del tremendo juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que habia hecho á la Iglesia era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser mas aplaudida la eleccion del Rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Lleváronle como arrastrando hasta el cuarto del Rey, proclamáronle arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del Rey pudieron doblar su constancia y aun su tenacidad en la renuncia, hasta que finalmente le obligaron á aceptar por obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó mientras duró la funcion de su consagracion, que se celebró el dia 5 de diciembre del año 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el Rey la salud cuando se arrepintió de su eleccion. Hízole el nuevo Arzobispo representaciones llenas de respeto, mas ni aun así fueron de su agrado. La religiosa constancia del Prelado en reconocer á Urbano II por legítimo Pontífice; su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su

blando, pero generoso teson en corregir los abusos y en reformar las costumbres, enconaron contra él el corazon de aquel Príncipe. Pasó nuestro Santo á verse con el Rey, y no perdonó á medio alguno para conciliarse su benevolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó mas su ardiente y generoso celo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres y al alivio de los pobres, produciendo todo su efecto así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes ejemplos que dió, y acreditando con nueva experiencia que nada puede resistirse al celo y á la virtud de un obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra él el ánimo del Rey, juzgó que su ausencia podria conducir para templarle. Pasó á la corte, y pidió licencia á aquel Monarca para ir á recibir el palio de mano del papa Urbano II. Lo mismo fue oir esto el Rey, que arrebatarse de cólera, y encendido en ella declaró que durante el cisma no queria se reconociese en Inglaterra á otro Papa que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con la voluntad del Rey la junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidia nuestro Anselmo. Pero este tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Urbano. Representó que habia aceptado el arzobispado con la precisa condicion de reconocerle; mas no fue oido, porque la adulacion, la política y el interés abrazaron el partido del antipapa, y declarados los prelados por el cisma, después de cargar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo Arzobispo. El cortesano que le insultaba mas, ese hacia mejor la corte al Rey, y alegaba por mérito el insulto. Quitáronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraron á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero la ansia que tenia de ser humillado y de padecer, le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguiéronle, despreciáronle, maltratáronle; pero tan invencible fue su heróico sufrimiento como su heróica fe. En fin, reconciliado el Rey con el papa Urbano, después de haberse separado del cisma, no dejó piedra por mover para interesar al Pontífice en su pasion, insistiendo con él en que depusiese á Anselmo; pero solo consiguió que el Papa le estimase mas, enviándole el palio, y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podia durar mucho tiempo la paz entre la avaricia del Rey,

que queria absolutamente sorberse todas las rentas de la iglesia de Cantorbery, y la delicada conciencia del Santo que no podia permitirlo. Pero juzgó que debia prevenir la tempestad, y se retiró á Francia con ánimo de pasar á Roma. Vióse precisado á detenerse en Leon para descansar y reponerse de lo mucho que le habian debilitado las fatigas del viaje, juntas con sus excesivas penitencias. Desde allí escribió al Papa, representándole la repugnancia con que habia aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exonerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas Su Santidad, léjos de dar oidos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le recibió con la mayor ternura, y con toda la distincion que se merecia uno de los mas sabios y mas santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pusiesen cuarto en su mismo palacio de San Juan de Letran, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenia de su santidad. Instruido el Papa de lo mucho que habia padecido por defender los derechos de la Iglesia, admiró su paciencia, y mucho mas la moderacion con que se quejaba del Rey; pero haciéndosele mas insufribles las honras con que le distinguian en Roma, que los malos tratamientos que habia recibido en Inglaterra, suplicó á Su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reino de Nápoles, en la abadía de San Salvador, cuyo abad habia sido discípulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el tedio con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al Papa para que le permitiese renunciarle, pero tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro, tuvo órden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dejóse ver y oir con general estimacion, y habló con tanta energía y con tanta elocuencia contra el error de los griegos, probando con tanta solidez el dogma de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que así el Papa como el concilio exclamó que el mismo Espíritu Santo habia hablado por la boca de Anselmo. Como fue tan elevado el concepto que formaron todos de las prendas de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los padres instruirse á fondo de los motivos que habia para perseguir á un hombre como él; conocieron toda la iniquidad y malicia que los producia; y ya estaba el Papa resuelto á fulminar excomunion contra el rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos y aun las lágrimas de nuestro Santo, que estorbó con ellas el que se pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compañía del Papa, y

asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneracion que en el de Bari. Pero las extraordinarias honras que le tributaban en Italia le obligaron á buscar en Francia un asilo que fuese como defensivo de su profunda humildad. Consiguió finalmente licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Leon, le recibió con especial alegría. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reino por la funesta muerte del rey Guillelmo, que sucedió el año de 1100, porque su sucesor Enrique II le llamó á Inglaterra, donde no le dejó vivir mas en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecucion el papa Pascasio II, sucesor de Urbano; y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reforma de las costumbres. Celebró en Londres un concilio nacional en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyéndola á su primitivo vigor; instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho mas con sus ejemplos.

Habiéndose renovado entre el Arzobispo y el Rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vió precisado á emprender segundo viaje á Roma, donde el papa Pascasio excedió á su predecesor en las honras que hizo á nuestro Santo. Informado el Rey de la general aprobacion que habia merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y obedeciendo el Arzobispo, escogió por lugar de su destierro á Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses dedicado enteramente á los mas fervorosos ejercicios de devocion y de virtud.

Pero Adela, hermana del Rey, que profesaba singular veneracion á nuestro Santo, no pudo permitir que estuviese mas tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbery por su arzobispo y por su apóstol. Hízole la Condesa pasar á Normandía, donde le restituyó á la gracia del Rey, el cual, depuestas sus falsas preocupaciones, reconoció la virtud del Arzobispo, que acreditaba Dios cada dia con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura, y le volvió á colocar en la pacífica posesion de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad, porque acometido de una prolija y modesta enfermedad, se detuvo en la abadía de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fue recibido en ella con la pompa que inspira á los pueblos el respeto y la ternura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante pastor á apacentar á sus ovejas con el mas celoso desvelo.

Causa verdaderamente admiracion como este gran Santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus excesivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan prodigioso número de obras excelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse mas, si su profunda erudicion y sabiduría, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de la Iglesia que han tratado los dogmas mas elevados y las cuestiones mas espinosas y sútiles con tanta precision y con tanta solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teología escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se deja reconocer la ternura de su devocion, en ninguno brilla mas, ni se derrama con mayor abundancia, que en sus Meditaciones sobre la pasion de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Vírgen. La devocion á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fue uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis y con mayor energía de su inmaculada Concepcion; y no podia reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oia hablar de los privilegios y del poder de la santísima Vírgen.

Habia tres años que Anselmo gobernaba en paz su iglesia de Cantorbery, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Dobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, se hacia llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el Miércoles Santo del año de 1109, que cayó en 21 de abril, estando tendido sobre la ceniza, y cubierto con un áspero cilicio mientras le leian la pasion del Señor, rindió en sus manos dulcísimamente aquel bienaventurado espíritu á los diez y seis años de arzobispo, y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro después de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga y Bolonia; en Italia y en Amberes están expuestas á la pública veneracion. La Iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dejó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad y de su sabiduría.

La Misa es en honra del Santo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui populo tuo aeternae salutis beatum Anselmum ministrum tribuisti; praesta, quaesumus, ut quem doctorem vitae habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste al bienaventurado Anselmo ministro de la eterna salvacion de tu pueblo: suplicámoste concedas que merezcamos tener por intercesor en el cielo, al que tuvimos por maestro y por doctor de la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo IV *de la segunda del apostol san Pabl. Timoteo, pág. 66.*

REFLEXIONES.

Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt. Vendrá tiempo en que no podran sufrir la doctrina sana. Pregunto: ¿y ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿Que caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿que respeto se profesa a sus mandamientos? ¿que rendimiento a su voluntad? ¿que sumision humilde a las decisiones de la Iglesia?

Erígese el dia de hoy por autoridad propia el espíritu del mundo en tribunal supremo, al cual pretende que deben estar sujetas las mas sagradas maximas del Evangelio, las mas respetables verdades de la Religion, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se examina, todo se proscribe, todo se condena segun el capricho, segun las debiles ideas del entendimiento humano. Pretendese que un entendimiento de tan limitados alcances, que no puede penetrar las verdaderas causas de los efectos naturales mas comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formacion maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un arbol; pretendese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio sepultado dentro de la carne, y esclavo siempre de sus pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme a la extravagancia de su juicio y de sus inclinaciones, se reprueba; todo lo que es contrario al error de los sentidos, se proscribe. Si la razon no puede juzgar en punto de doctrina, entra siempre a ser sustituta y lugarteniente la pasion. Por aquí podremos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la fortuna de la moral; por donde va esta, va regularmente aquella. Luego que la pasion se apodera del tribunal de la Religion, y quiere presidir en el, rompe los diques el error, y todo

[illegible]

El Evangelio se lee como en la misa de este día, pág. 62.

MEDITACION.

De la conversion verdadera.

PUNTO PRIMERO. —Considera que no hay cosa más ordinaria que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay más rara que una conversion verdadera. Cuesta poquísimo en todo tiempo la conversion aparente. Consiste esta en pensar [illegible]

sase de sus culpas; pero ¿detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; pero ¿está igualmente contrito el corazon?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos, y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian convertidos; pero en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado; Antíoco lloró los suyos, y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; pero ¿cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazon; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para estos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; ¿te has convertido de veras? pues ya es preciso pensar todo lo contrario. Parecíante difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasion, á tu inclinacion, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshiciéronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinacion, y el Evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insípidos. Ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razon puede ser libertino, cómo un corazon criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña. Siéntese una especie de indignacion contra su propia brutalidad. ¡Es posible que siendo yo cristiano pude ser vicioso! ¡es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo pude vivir tan descaminado! ¡es posible que experimentando en mí mismo la vanidad, la nada y aun la amargura de estos falsos deleites, hice de ellos mi ídolo! Estos son los ordinarios efectos de una verdadera conversion; ¿tiene la mia estas señales?

Punto segundo.—Considera que aunque la verdadera conversion consiste principalmente en el corazon y en el espíritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la conducta, el traje, las conversaciones, todo grita que el corazon está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos; pero no hacen la misma impresion: puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las

mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas; pero se las trata como si fueran espinas. Y como ya no se discurre sino por los principios del cristianismo, tampoco se habla sino segun las máximas y las verdades de la Religion.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversion, siendo así que no hay cosa mas visible que las señales que la caracterizan. No solo se tiene horror al pecado; se tiene por lo menos otro tanto á las ocasiones de pecar. No solo se huye de la culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentacion. No solo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desengañémonos, el que solo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quieres ver un perfecto retrato de una verdadera conversion? Pues pon los ojos en la Magdalena: detesta sus culpas, y como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y así se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se avergonzó de ser pecadora; pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrójase á los piés del Salvador en la misma sala del convite; no busca ocasion de que no la vean, antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusion, pero es mucho mayor su resolucion y su aliento. Y después de este paso, ¡qué vida fue la suya! ¡que perseverancia en ella!

Ya no se aparta mas del lado de Jesucristo, mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á ella. Su devocion no está pendiente de la prosperidad; en todos tiempos es su fervor inalterable. Sigue al Salvador no solo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro. Tanto excitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¡Qué deseo! ¡qué ardor! ¡qué ansia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino Maestro después de sepultado! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañía de soldados que le guardaban son capaces de templar su fervor, de desalentar su animosidad. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aquí, que hay pocas conversiones verdaderas, y juzguemos tambien esto mismo por la poca perseverancia.

Relájase san Anselmo; resbala en el desórden; no son extraordinarias sus caidas, pero conoce su perdicion con el auxilio de la divina gracia. ¡Qué arrepentimiento! ¡qué mudanza! ¡qué firmeza! Convirtióse una vez de veras, y jamás se desmintió. Mi Dios, ¡qué

debo pensar yo de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos, de mis ineficaces deseos!

No permitais, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversion; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. Pero ¿de qué me servirán estos propósitos si no son eficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea este el primer dia de mi perfecta conversion.

Jaculatorias.—Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que tú mismo me has inspirado. (*Psalm.* LXVII).

Restitúyeme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con Vos; pero dame al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia. (*Psalm.* L).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que la conversion no es otra cosa que un volverse el alma á Dios, es de extrañar que haya tan pocas conversiones sinceras. ¿A quién se pretenderá engañar con esas resurrecciones aparentes? ¿qué fruto se sacará de esas hazañerías? Si la conversion es verdadera, ¿cómo no es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; pero ¿estara mas tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de amargos remordimientos. Sea tu confesion en estas Pascuas efecto de una conversion verdadera, y que vaya acompañada de todas las señales que la caracterizan. Detesta tus pecados, y mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusion imaginar posible una voluntad seria de no pecar, sin una resuelta determinacion de romper toda comunicacion con el cómplice. ¿Estás resuelto á entablar una vida cristiana? pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas, esa refinada delicadeza, esos aparatos de profanidad; comienza prohibiéndote esa frecuente concurrencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo en algo mas que en cosas inútiles, esa vida regalona, esos dias ociosos y vacíos. Sin reforma no hay conversion; por aquella se conoce esta. Ese aire, esos modales, esa fantasía, toda esa conducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el dia de hoy sin que dés señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; deshaciéndote de este espíritu propietario, de ese fondo de propia voluntad

que algun dia te harán gemir si no los reformas desde luego. No cuentes mucho sobre esas licencias vagas y generales; sobre esas dispensaciones abusivas; sobre esos estilos poco religiosos que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia. Comienza hoy á vivir como quisieras morir: esta es la resolucion mas importante.

2 La contricion es interior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el Ángel á las mujeres que le iban á buscar al sepulcro; ya no está aquí: *Surrexit, non est hic.* Este es el modelo de una alma verdaderamente convertida. Detesta ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaidas, tu vida regalona, inútil y entretenida. Haz que después de esta Pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit;* y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque *non est hic:* ya no está aquí: en nada de esto se encuentra, ni se halla en esas diversiones peligrosas, ni asiste á esas tertulias ocasionadas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. Y ¿por qué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas bellas pruebas? Acaso será esta la postrera Pascua para tí. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, cuando ciertamente para muchos no habrá tal año, una conversion, que aun suponiéndola en este año, quizá habrá ya tardado demasiado? Postrado, pues, delante de un Crucifijo, díle á Dios resueltamente, ó que no te quieres convertir jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

San Soter, papa y mártir, en Roma en la via Apia. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Cayo, papa, en Roma tambien, el cual fue martirizado en la persecucion del emperador Diocleciano. *(La noticia de este Santo va unida con la anterior).*

Los santos Apeles y Lucio, en Esmirna, de los primeros discípulos de Jesucristo.

Muchos santos Mártires, en el mismo dia, los cuales al año siguiente del martirio de Simeon, y en dia de Viernes Santo, por mandato de Sapor, rey de Persia, fueron degollados en todo su reino por confesar á Jesucristo. En esta sangrienta batalla de la fe padecieron Azades, eunuco muy amado del rey;

Miles, obispo insigne en santidad y milagros; Acepsimas, obispo, con su presbítero Santiago; Aitala y Joseph, presbíteros; Azadanes y Abdieso, diáconos, y otros muchos clérigos; Mareas tambien y Bicor, obispos, con otros veinte obispos, cerca de doscientos y cincuenta clérigos, y muchos monjes y vírgenes consagradas á Dios, entre las cuales se cuenta una hermana de san Simeon, obispo, llamada Tarbula, con una criada suya, las cuales atándolas á un palo, murieron con gran crueldad aserradas por medio.

Los santos Parmenio, Helimenas y Crisótelo, presbíteros, Lucas y Mucio, diáconos, tambien en Persia, cuyo glorioso martirio se lee en la historia de los santos Abdon y Senen.

El tránsito de san Leónides, mártir, en Alejandría, que padeció en tiempo de Severo.

San Epipodio, en Leon de Francia, el cual preso en compañía de su concolega Alejandro, en la persecucion de Antonino Vero, después de padecer crueles tormentos fue degollado.

San Leon, obispo y confesor, en Sens.

San Teodoro, obispo, en Anastasiópolis, esclarecido en milagros.

SAN SOTERO Ó SOTER, Y SAN CAYO, PAPAS Y MÁRTIRES.

San Sotero, tan recomendable por su caridad y por su celo, fue natural de Fondi, en el reino de Nápoles. Nació por los fines del primer siglo, ó por los principios del segundo, y tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices dias de su primitivo fervor, y así mamó todo su espíritu. No contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabiduría, su larga mansion en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los romanos servian de modelo á todas las iglesias del mundo. Venerábanle como á santo, y oíanle como á oráculo; y así habiendo muerto san Aniceto por los años de 161, fue san Sotero elegido unánimemente por su sucesor en la silla de san Pedro.

No sirvió esta suprema dignidad mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase mas aquella ardiente caridad, que fue siempre el carácter de nuestro Santo. Dióle grandes ocasiones para que la ejercitase durante el tiempo de su pontificado el emperador Marco Aurelio Antonino por la cruel persecucion que excitó contra los Cristianos. No fue solo Roma el teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fue testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros; otros sepultados en las minas; estos despedazados en los cadalsos; aquellos expuestos á las fieras de los anfiteatros. Este era el espectáculo que ofrecian á los ojos del mundo los Cristianos cuando san Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia: con que tuvo

ocasion de emplear toda su vigilancia y su desvelo en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su celo en remediarlas.

Excediendo á la caridad de los santos Pontífices sus predecesores, ó siendo mas feliz en los medios de practicarla, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, enviándolas, como las envió, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañadas de instrucciones muy saludables en las cartas que las escribia, en que exhortaba á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecian por amor de Jesucristo, y que les merecian la corona del martirio.

Pero el que así atendia á que se comunicasen los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo podia olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos y á su vista? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran Papa, oprimido de años y trabajos, buscar en persona á los Cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarles con sus palabras, animarles con sus ejemplos, y mantenerles con sus continuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro Santo á ningun pobre excluia, principalmente la practicaba, y aun la doblaba con aquellos que actualmente estaban padeciendo por Cristo, ya en las cárceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se reconoce sobre todo por la carta que le escribió san Dionisio, obispo de Corinto. *Desde luego*, dice, *te acostumbraste á derramar tu beneficencia sobre los hermanos, enviando á muchas iglesias con que mantenerse; aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas: en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. Nuestro bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir, con imitar sus ejemplos, sino que hace excesos á su caridad: no solo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándoselas á los Santos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus ejemplos, y los asiste con sus socorros.*

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que les hacia; alentábalos, mantenialos, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban

á todos los fieles nuevo fervor, y así se leian con veneracion en las iglesias. *Hoy celebramos el santo dia del domingo*, continúa el santo obispo de Corinto, *y hemos leido vuestra epístola, que proseguirémos leyendo para nuestra instruccion.*

Ni se dedicó con menor aplicacion á cortar, prevenir y atajar todo cuanto podia corromper la pureza de la fe que los herejes pretendian alterar, principalmente después de la muerte de los Apóstoles. Opúsose con vigor á la herejía de Montano, cuya secta comenzó á asomar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentía y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años después no se echaba mano de otras armas para combatir contra Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á todas las necesidades de la Iglesia, expidió varios decretos, entre los cuales hay uno que prohibe á las monjas tocar los vasos y los corporales, como tambien suministrar el incienso en el oficio divino. Gobernó san Sotero la Iglesia por espacio de ocho ó de nueve años, y no podia faltar la corona del martirio á una vida tan pura, tan santa y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el infierno parecia haberse desencadenado contra los Cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el pastor no se escapase al furor de los tiranos; y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro Santo ilustró la fe, en todos los Martirologios le hallamos contado en el número de los santos Mártires. Sergio II trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á los santos Silvestre y Martin. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas, y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. Tambien guardan algunas en la suya los Jesuitas de Munich en Baviera, y las conservan con mucha veneracion.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmacia, y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra Religion. No se sabe con qué ocasion vino á Roma; y solo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el celo de la Religion, y por su vida ejemplar fue recibido en el clero con general gozo de todos, y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduría que por su virtud. Y como universalmente estaba reputado en Roma por uno de los mas santos clérigos de la Iglesia, muerto el papa Eutiquiano el año de 283, no se deliberó un punto sobre colocarle en la silla de san Pedro.

Hallándose cabeza de los obispos y padre comun de todos los fieles, dió bien á conocer que estaba eminentemente dotado de todas las prendas necesarias para desempeñar tan elevado empleo. El celo, el valor, la prudencia, la heróica virtud, y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le acreditó desde luego por uno de los mas dignos pontífices que hasta entonces habia logrado la Iglesia. No es fácil explicar la solicitud, el caritativo desvelo, y las fatigas de este santísimo Papa durante aquellos calamitosos tiempos de persecucion y de trabajos. Como los Cristianos se veian precisados á estar escondidos en los bosques, y sepultados en las cavernas, el santo Pontífice por algun tiempo tomó tambien el mismo partido de esconderse para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolábalos, socorríalos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de confesores de Cristo. Pero renovada presto la persecucion contra los Cristianos con mayor furia que nunca, en todas las plazas públicas, esquinas y encrucijadas de las calles se colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar, ni vender, sin haberles antes incensado; y ni aun se podia sacar agua de las fuentes y pozos públicos sin ofrecer primero estos impíos sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo Pontífice ordenó á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y era á la sazon uno de los mas fervorosos discípulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los Cristianos que se habian refugiado en ella; y aunque deseó que san Sebastian fuese tambien en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él asistiese cerca de su persona, que al fin se rindió á ellas, y dió órden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó diáconos á los dos hermanos Marco y Marceliano, y de presbítero á Tranquilino su padre. Vivian todos juntos en casa de un oficial del Emperador, llamado Castulo, celosísimo cristiano, el cual tenia cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo mas alto del edificio. Allí se juntaban secretamente los fieles todos los dias, y el santo Pontífice los apacentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el pan de los fuertes, y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo, gran cristiano, y muy dis-

tinguido entre todos por su celo de la Religion, conducia cada dia algun nuevo neófito, á los cuales bautizaba san Cayo después de haberlos instruido.

Mientras nuestro Santo se ocupaba dia y noche en estas obras de caridad y religion, vinieron á decir á su hermano san Gabino, que Maximiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedia á su hija Susana para casarse con ella. Noticioso de esto el santo Papa, envió á llamar á su sobrina, la cual, informada del ánimo del Emperador, venia ya á echarse á los piés de su santo tio para pedirle su bendicion, y disponerse para el martirio. La conferencia fue breve, pero tierna: *Ya sabeis, amado tio mio,* dijo la santa doncella, *que habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar la mano á otro esposo que á Jesucristo, y vengo á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolucion; pero llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, espero que antes me arrancarian mil almas del cuerpo, que la fe del corazon, y que no hará ni aun titubear la determinacion de vuestra humilde sobrina.* Deshacianse en lágrimas de ternura todos los circunstantes; pero mas enternecido que todos nuestro Santo, se contentó con darla su bendicion, y con exhortarla breve, pero patéticamente, á la perseverancia, y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó santa Susana de la crueldad y del furor de los tiranos; y todos cuantos estaban en Roma con nuestro Santo tuvieron la misma dicha, y consiguieron la misma victoria.

San Cayo la alcanzó poco después, conservándole Dios al parecer solo, porque lograse el consuelo de enviar delante de sí al cielo aquella ilustrísima tropa; siendo cierto que sus gloriosos trabajos y felicísimas fatigas le habian hecho muy digno de la corona del martirio. Padecióle hácia el año 296, habiendo ocupado la silla de san Pedro doce años y algunos meses. Fue enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fue trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre; y en Novelara de Italia se conserva parte de sus preciosas reliquias.

SANTA SENORINA, ABADESA.

Santa Senorina, tan célebre por sus heróicas virtudes como por sus maravillosos prodigios, nació al mundo por los años 924. Fueron sus padres Hufo, Adulfo ó Abulso Belfajar ó Belfajer, conde y señor del territorio de San Juan de Venaria, llamado vulgarmente

Viveiro, sito entre Duero y Miño, y de Basto, pueblos del obispado de Braga en la provincia de Portugal, y Teresa, hermana de Gonzalo Soario, diestro militar, que auxilió muchas veces á los reyes de Leon. Murió esta dejando á Senorina cási de pecho; y penetrado el corazon de Hufo del mas vivo dolor así por la pérdida de su amada consorte, como por ver á la niña sin madre en una edad tan tierna, se le ocurrió el noble pensamiento de entregarla á su tia Godina, que se hallaba abadesa del monasterio de San Juan de Viveiro, señora de conocida virtud, para que cuidase de su educacion. No salieron frustradas las esperanzas del Conde, pues aplicándose Godina con el mayor desvelo á dar á la ilustre niña una crianza tan propia de su piedad como de su alto nacimiento, tuvo el gusto de verla en su juventud como un templo vivo del Espíritu Santo, aspirando siempre por llegar á la cumbre de la mas alta perfeccion; para lo cual ayunaba cási todos los dias, domaba los rebeldes apetitos de la carne con un áspero cilicio y con sangrientas disciplinas, gastando el tiempo restante, ó en oracion, ó en santas conversaciones.

Esparcióse la fama de la eminente virtud de Senorina por toda aquella region, y prendado un noble caballero de sus relevantes cualidades, buscó medio para que llegase á entender que pretendia su mano; mas la insigne Vírgen le hizo entender que eran otros sus designios. Valióse el jóven de todos los medios que pudo sugerirle la vehemencia de su pasion, pero viendo inútiles todos sus recursos, se presentó al padre de la Santa, y manifestándole con tiernos suspiros y con abundantes lágrimas el grande amor que profesaba á su hija, le rogó que se la concediese por esposa. Admirado el Conde de un afecto tan particular como el que manifiestaba el ilustre caballero, considerando que en él concurrian todas las circunstancias que pudiera apetecer para este caso, le despidió benignamente con la palabra de que hablaria á su hija sobre el fin que le proponia. Habló con efecto el Conde á Senorina, ponderándola la ventajosa conveniencia que se la ofrecia con aquel matrimonio; pero apenas oyó la Vírgen semejante proposicion tan opuesta á sus ideas, cuando respondió: *Yo ya tengo por esposo á Jesucristo, y seria cosa abominable posponerle á otro alguno; y así no me podrán separar de su amor ni las instancias de un padre, ni el afecto del jóven apasionado, ni todas las riquezas de este mundo.* Quedó el padre lleno de admiracion al oir las expresiones de su hija, dichas con un extraordinario fervor de espíritu; y no queriendo impedir su buen propósito, le prometió que jamás le tocaria igual asunto.

Agradó tanto al cielo la conformidad de Hufo con la acertada determinacion de su hija, que en la noche inmediata le manifestó en sueños un Ángel lo acepta que habia sido al Señor su resignacion, previniéndole que mandase á Senorina que abrazase cuanto antes el estado religioso. Obedeció el Conde inmediatamente el aviso superior; y habiendo hecho presente á su hija y á su tia Godina la voluntad del Señor intimada por medio del celestial oráculo, se procedió sin la menor dilacion á que vistiese el hábito benedictino. No es fácil poder explicar el gozo que concibió Senorina viéndose con las insignias de esposa de Jesucristo, y desde aquel punto todo su pensamiento y toda su ocupacion fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada; adelantándose tanto en la carrera, que no solo sirvió de ejemplo, sino de admiracion á todas las religiosas.

Leia Senorina con mucha frecuencia las actas de los Mártires, y meditando sobre la heróica constancia de aquellos héroes de nuestra santa Religion, y sobre la eterna felicidad que compraron con su sangre, se encendió de tal modo en vivísimos deseos de padecer martirio, que no pudiendo conseguir esta dicha, cayó en una profunda melancolía. Exploró la abadesa la causa de la extraordinaria tristeza de su sobrina, y la hizo entender con su gran prudencia, que la vida monástica en su severidad no era otra cosa que un verdadero martirio; cuya corona podria conseguir por medio del rigor de sus ejercicios religiosos, triunfando de los fuertes combates de los enemigos del alma, aunque no batallase con los gentiles. Consolada Senorina con estos consejos, emprendio aquel género de lucha, continuándola con tanto rigor por todo el discurso de su vida, que no sin razon se la reputó por mártir, á virtud del cruento sacrificio que hizo de su propio cuerpo, crucificándolo con asombrosas penitencias.

Murió la abadesa Godina, y como á todas las religiosas constaba la eminente virtud y la consumada prudencia de Senorina, á pesar de su humilde resistencia la eligieron superiora. El nuevo empleo solo sirvió para que mas brillase la virtud de la santa madre tan abatida, tan mortificada, y tan exacta cuando abadesa, como cuando era súbdita; sin que se le observase la menor alteracion en su dulzura, en su modestia, ni en su apacibilidad: de manera que solo se conocia que era superiora, en que iba delante de todos los ejercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular. Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísima Sierva con maravillosos prodigios, de los cuales se referirán algunos para que se forme idea de

este don que la fue concedido. Caminaba en cierta ocasion Senorina con algunas de sus hermanas por el territorio de Carrazedo; y habiéndose puesto á rezar el oficio divino en un ameno sitio, era tanto el ronco estrépito de las ranas, que les impedia enteramente la atencion y la devocion. Mandólas la Santa que callasen en adelante, y obedecieron en tanto su precepto, que desde entonces no se han visto semejantes animales en aquel territorio.

Hallábase la Santa un dia en el oficio de Completas; y oyéndose cánticos dulcísimos en la region del aire, preguntáronle sus hijas qué significaba aquella suave melodía; Senorina respondió: En este mismo instante conducen los Ángeles con festiva música al alma de mi pariente san Rosendo á la patria celestial. En efecto, se verificó puntualmente, averiguado el tiempo en que murió el Santo en el monasterio de Celanova. En la vida de este Santo, que hemos leido el dia 1.° de marzo, se refiere el milagro que obró con motivo del terrible castigo que experimentaron unos albañiles que trastejaban en el convento, por haber sospechado amores muy ajenos del de Dios entre Senorina y su pariente san Rosendo. Tambien se debió no pocas veces á las fervorosas oraciones de la Sierva de Dios la conversion del agua en vino, y la tranquilidad de muchas furiosas tempestades, que amenazaban considerables daños.

Oyó la ilustre Abadesa estando en oracion una voz que la dijo: *Ven, escogida mia, que el supremo Rey desea tu hermosura;* y conociendo por ella que se acercaba el fin de sus dias, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos Sacramentos con aquella devocion que era propia de su espíritu; y habiendo dado á sus hijas las mas celosas instrucciones sobre la observancia regular, murió en el Señor en el dia 22 de abril del año 982 á los cincuenta y ocho años de su edad. Dieron sepultura á su venerable cuerpo en el mismo monasterio cerca de las reliquias de san Gervasio y de Godina; y dignándose el Señor hacer cada dia muchos milagros por la intercesion de su Sierva, movieron estos á D. Pelayo, obispo de Braga, á visitar su sepulcro: y habiendo conseguido á su presencia un ciego de nacimiento la vista por mediacion de la Santa, elevó sus reliquias á un sublime lugar, grabando en él un epitafio expresivo de los ilustres hechos de Senorina: memorable entre ellos la milagrosa salud que consiguió el príncipe D. Alonso, hijo de Sancho I de Portugal, tan gravemente enfermo, que estuvo en el último término de la vida, por lo que hizo D. Sancho grandes donaciones al monasterio de la Santa: cuyo cuerpo descansa hoy en la

iglesia parroquial de Santa Senorina de Basto al lado del altar mayor, la que fue monasterio en los tiempos antiguos.

La Misa es en honra de los santos Sotero y Cayo, y la Oracion la que sigue:

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Soteris et Caii nos, quaesumus, Domine, festa tueantur, et eorum commendet oratio veneranda: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos defienda la festiva memoria que celebramos de tus santos mártires y pontífices Sotero y Cayo, y que su venerable intercesion nos sirva de recomendacion para Vos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del Apocalipsis de san Juan, capítulo XIX.

In diebus illis: Post haec ego Joannes audivi quasi vocem turbarum multarum in coelo dicentium: Alleluia: Salus, et gloria, et virtus Deo nostro est: quia vera, et justa judicia sunt ejus, qui judicavit de meretrice magna, quae corrupit terram in prostitutione sua, et vindicavit sanguinem servorum suorum de manibus ejus. Et iterum dixerunt: Alleluia. Et fumus ejus ascendit in saecula saeculorum. Et ceciderunt seniores viginti quatuor, et quatuor animalia, et adoraverunt Deum sedentem super thronum, dicentes: Amen: Alleluia. Et vox de throno exivit, dicens: Laudem dicite Deo nostro, omnes servi ejus: et qui timetis eum pusilli, et magni. Et audivi quasi vocem turbae magnae, et sicut vocem aquarum multarum, et sicut vocem tonitruorum magnorum, dicentium Alleluia: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus praeparavit se. Et datum est illi, ut cooperiat se byssino splendenti, et candido. Byssinum enim, justificationes sunt sanctorum. Et dixit mihi: Scribe: Beati, qui ad coenam nuptiarum Agni vocati sunt.

En aquellos dias: Después de esto yo Juan oí como la voz de muchas turbas en el cielo que decian: Aleluya: Salud y gloria y virtud sea á nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó á la gran ramera que corrompió la tierra con su prostitucion, y vengó la sangre de sus siervos que ella derramó con sus manos. Y dijeron segunda vez: Aleluya. Y el humo de ella subió por los siglos de los siglos. Y los veinte y cuatro ancianos y los cuatro animales se postraron y adoraron á Dios sentado sobre el trono, diciendo: Amen: Aleluya. Y salió del trono una voz que dijo: Dad alabanza á nuestro Dios vosotros todos sus siervos: y vosotros que le temeis pequeños y grandes. Y oí una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decian: Aleluya: porque reinó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y démosle gloria: porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa está ya adornada. Y se le ha dado á él para vestirse de biso cándido y resplandeciente. Porque el biso son las justificaciones de los santos. Y me dijo: Escribe: Bienaventurados aquellos que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

REFLEXIONES.

Beati, qui ad coenam nuptiarum Agni vocati sunt: Bienaventurados los que son llamados á la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la corte celestial, la bienaventuranza eterna, que esta cena y estas bodas representan, es lo único que puede hacer á un hombre verdaderamente feliz. Como solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede saciar nuestros deseos: cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Solo Dios puede contentar una alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazon. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando en propiedad, son dichosos de teatro, y felices de representacion, como personajes de comedia. Toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, mas que manden como reyes, ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y mas natural de los dichosos del siglo.

Por mas que me esfuerce, decia san Agustin, á llenar el inmenso vacío de mi corazon con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligacion de servir á mi Dios. Al paso que es cosa dura y amarga negar la obediencia, ó sacudir el yugo de la sujecion á tan dulce como amable Dueño; á ese mismo paso no la hay mas suave, ni de mayor consuelo que amarle y que servirle. Los buenos nunca están expuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los mundanos, y jamás les conceden un dia de treguas ni de reposo.

Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor, cuyo enojo será algun dia motivo de desesperacion á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una felicidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligacion, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupcion del corazon humano, es á lo menos tan sólido y tan puro, que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se acaban con el dia de la fiesta ó del regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la ex-

travagancia de no pocos: es un gusto permanente que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin dolor y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda, manchan la honra y alteran la salud: es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo, por la tranquilidad y satisfaccion que causa al que la disfruta. A las demás diversiones no se les toma el gusto sino por la pasion, que las da todo el sainete: el gusto que se siente en cumplir cada uno con su obligacion y en servir á Dios, no admite otro sainete que el que le da la razon.

En cualquiera otro gusto cada uno desaprueba interiormente sus deseos, condena su propia flaqueza, aborrece á sus concurrentes, teme las revoluciones, desconfia de su mismo corazon, enójase contra su desigualdad, irrítase contra sus inquietudes; los celos pican, los pesares turban, la inutilidad de los pasos que se dan desespera, la posesion fastidia, y los remordimientos perpetuos causan un cruel arrepentimiento. Nada de esto se experimenta en el servicio de Dios, en este convite de las bodas del Cordero. El pensamiento de haber cumplido con su obligacion consuela: la presencia del dueño á quien se sirve anima: el fin que se tiene presente llena de honra y de alegría.

Conócese que eternamente se complacerá el alma del partido que tomo: sábese bien que los mas disolutos, los mismos que con mayor insolencia se burlan de la virtud y de los virtuosos, los miran con envidia: el número de los concurrentes aumenta el consuelo, excitando con el buen ejemplo el celo y el fervor. La vista y el conocimiento de nuestros propios defectos en vez de desalentarnos, nos animan á ser mejores por la enmienda de ellos: no se da cuartel á alguna de aquellas bajas é indignas pasiones que despedazan el corazon. Sirve de pábulo á la alegría su misma tranquilidad: no inquieta el miedo de las borrascas, ni de las tempestades, porque el Señor á quien se sirve manda á los mares y á los vientos. Con tal proteccion, ¿cómo pueden no ser serenos y tranquilos todos los dias de los virtuosos? En servicio de tal dueño, ¿cómo puede no gozarse de una perpetua calma? Y ¡es posible que se busque en otra parte la felicidad! y ¡es posible que no se sacrifique cuanto hay que sacrificar por lograr este banquete! y ¡es posible que se suspire por otro bien, que se anhele por otro gusto en la tierra!

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum; quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet: et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis. In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli. Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. Si praecepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei praecepta servavi, et maneo in ejus dilectione. Haec locutus sum vobis: et gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto: porque sin mí nada podeis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento: se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y se os concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto, y seais mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

MEDITACION.

De las recaidas.

Punto primero.—Considera que el pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en él es prueba muy sensible de la extrema malignidad de este mal. Muchos se escapan de los mayores males; pero pocos se levantan de las recaidas. En lo moral el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaidas en las enfermedades lo mas comun suelen causarse por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez, y no quedaron del todo corregidos o purgados. Y ¿será menos de temer que estos nuevos pecados no sean todavía efectos de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaida. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en órden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia: es menester, por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas y los motivos de la primera resolucion. ¡Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces vemos cada dia, que son menester ale-

gar para obligarnos á mudar partido, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aquí juzgábamos perjudicial, por aquel errado dictámen que habia impreso en nuestras almas una pasion tan nociva como vehemente! Pecadores y penitentes cási en una misma hora presumíamos pasar de un extremo á otro, sin pasar por el medio. Amar lo que poco tiempo há se aborrecia, tomar ya gusto en lo que se acaba de detestar como el mayor mal de todos los males, buscar con ansia aquello mismo de que habias resuelto huir aunque te costase la vida, volver á tragar con apetito lo que acabas de vomitar con horror. Motivos, razones, religion, eternidad, cólera de Dios, infierno, nada hace ya fuerza, todo desaparece de repente, todo es inútil. ¡Y se persuadirá á que era verdaderamente penitente el que tan de golpe y con tanto descaro pasa á ser un público, ó á lo menos un intrépido pecador! ¡el que no conserva ni aun la menor reliquia de la antecedente penitencia! Esas imaginarias conversiones, seguidas de prontas recaidas, son, hablando con propiedad, ciertos intervalos de frio, que preceden á las accesiones mas violentas de la calentura. Son á lo mas una suspension de armas que sirve para volver á la guerra con mayor furor: esa facilidad en mudarte no arguye que se mudaron los principios por donde te gobernabas. Gemiste á los piés del confesor; te sentiste movido y aun penetrado de dolor de tus pecados; llegó este dolor hasta arrancarte suspiros del corazon y lágrimas de los ojos. Esto quiere decir que la gracia fue bien fuerte, que fue extraordinario el movimiento que el Espíritu Santo imprimió en tu corazon. Pero si al punto te volviste á enredar en los antiguos lazos, y en las primeras ocasiones; si dentro de ocho dias, y acaso al dia siguiente resucitó el pecado que parecia muerto, y aquel enemigo, vencido, desarmado, arrojado del corazon, destruido, aniquilado, se halla un momento despues tan fuerte, tan dueño de la plaza como si Dios nunca la hubiera tomado; todo esto ¿querrá decir que la penitencia fue muy sincera? Las prontas recaidas forman por lo menos una vehemente presuncion de que el dolor fue fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la confesion nula. Y esto que se dice de las culpas graves, á proporcion se debe entender tambien de las leves. ¡Oh mi Dios, cuántos falsos arrepentimientos, y cuántas penitencias aun todavía mas falsas descubrirán algun dia las frecuentes recaidas!

Punto segundo.—Considera que si la falsa penitencia es la causa

mas ordinaria de las recaidas, no es menos cierto que la impenitencia es tambien el efecto mas natural de ellas. El que vuelve á caer tiene motivo para sospechar que no se levantó bien, y no le tiene menor para temer que no se volverá á levantar.

Cuando el diablo fue una vez arrojado del alma, si vuelve á entrar en ella, dice el Salvador, lleva consigo otros siete espíritus infernales mas perversos que él, para que puedan hacer mas larga y mas vigorosa resistencia á la gracia. Y el enemigo que volvió á ganar el puesto que habia perdido, ¿será menos vigilante después que lo habia sido antes de perderle? Habiéndole enseñado la experiencia por donde puede abrir brecha la gracia, ¿se descuidará en guardar mejor, y en fortificar mas los parajes mas flacos y mas expuestos? ¡Cuántos esfuerzos hará para evitar la confusion de otra segunda sorpresa! A vista de esto, ¿qué te parece? las frecuentes recaidas ¿dejan grandes esperanzas de segunda conversion? Fuera de los estorbos que opondrá el enemigo de nuestra salvacion, ¡cuántos encontraremos en nosotros mismos!

Una recaida en cierta manera da mas fuerzas á la inclinacion que tenemos al mal que cien actos repetidos antes de la penitencia. El pecado que se comete después de una verdadera conversion es en cierto modo mas grave que todos los que se cometieron antes de ella. Porque para cometerle fue menester apagar todas las ilustraciones que nos alumbraron para salir del mal estado, todos los auxilios que se habian recibido, todos los buenos propósitos que con tanta generosidad se habian hecho. Pecóse, teniéndose muy presente todo lo que podia dificultar la resolucion de pecar: atropelláronse todos los estorbos que podian detener la ejecucion: verdades eternas, castigos terribles, misterios tiernos de la redencion, sangre preciosísima del Redentor, cuya superabundante virtud se habia recibido en el uso de los Sacramentos durante el tiempo pascual; todo se inutilizó; venció la pasion, y arrastró la inclinacion al pecado. ¿Qué estrago no hará un torrente tan impetuoso, que fue capaz de romper diques tan fuertes, y qué cosa podrá bastar á detenerle?

No se convirtieron los demonios, porque ofendieron á Dios con pleno conocimiento del pecado que cometian. Los pecados de recaida se cometen, por lo comun, con una entera malicia, y así merecen todo el rigor de la divina justicia. Por eso á ningun pecador convirtió el Salvador del mundo, á quien no le hiciese esta prevencion: *Guárdate bien de volver á pecar, no te suceda alguna cosa peor.* Y después de esto ¡se miran tan á sangre fria los pecados de recaida! ¡y no

asustan al alma las reincidencias! Y después de haber confesado y comulgado en tiempo de Pascua, ¡se vuelve otra vez á meterse en las mismas ocasiones de pecar!

Adorable Salvador mio, si hubiéramos de juzgar de Vos como juzgamos de los hombres, la salvacion de estos pecadores relapsos seria desesperada. Verdad es que tienen mas motivos para temer que para esperar; mas no por eso se agotaron vuestras misericordias: la misma sangre que los lavó tantas otras veces, puede tambien lavarlos esta, porque igualmente corre por vuestras divinas venas. Todo lo podeis, ¡oh gran Dios! Cuanto mayores y mas enormes fueren nuestros pecados, mayor y mas gloriosa será la misericordia con que nos los perdonaréis. Conozco toda la malicia de mis culpables recaidas; veo todas las funestas consecuencias de los pecados de reincidencia: no permitais, benigno Salvador mio, que tenga la desgracia de volver á caer en ellos.

Jaculatorias.—No permitais, Señor, que los enemigos de mi salvacion logren la satisfaccion de ejecutar los malignos intentos que tienen contra mí. (*Psalm.* xxxiv).

No permitais que digan: Ya está perdido, ya le hemos tragado. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 La experiencia enseña que á una verdadera conversion se sigue cási siempre un eterno divorcio con el pecado. Si sucede alguna vez que se vuelva á caer en el mismo infeliz estado de donde efectivamente se habia salido, nunca es de golpe; porque es menester algun tiempo para borrar la memoria de una contricion amarga. No se comienza por los pecados graves; vanse poco á poco dejando los ejercicios espirituales, cométense mil pequeñas infidelidades á las divinas inspiraciones, y se va disponiendo el alma á cometer otras mayores. Pero cuando la recaida es muy inmediata á la conversion, hay muchos motivos para desconfiar de ella. Si quieres tener señales menos equívocas, poco inciertas de tu verdadera reconciliacion con Dios, observa cuánto es tu cuidado, cuánta tu aplicacion, cuánto tu fervor en hacer todo lo que le puede agradar, y en huir de todo lo que puede ofenderle. El enfermo que en su convalecencia no guarda una gran dieta, y no quiere abstenerse de todo lo que le puede hacer daño, da justo motivo para creer que puede mas con él la fuerza del apetito, que el amor de la salud. Pues ¿quién no ve que una per-

sona que visita, que trata, que cultiva indiferentemente la correspondencia con todos aquellos que pueden corromper su alma y estragar su corazon; que concurre con gusto á todos los parajes donde se respira un aire contagioso, donde el suelo está resbaladizo, y cada paso es un peligro; quién no ve, digo, que esta tal persona no tiene mucho horror á las recaidas? Desvíate de todo cuanto pueda servirte de peligro: espectáculos profanos, concurrencias mundanas, amigos ocasionados, diversiones nocivas, conversaciones peligrosas, libros envenenados ó sospechosos, pinturas indecentes, todo se acabó ya para tí. Son pocas las recaidas que no tienen su orígen de la falta de vigilancia, y de una prudente precaucion. Á quien se acaba de levantar de una grave enfermedad, un aire poco sano, un alimento mal preparado, el menor exceso suelen ser golpes mortales. Acordémonos que en materia de costumbres lo que se llama flaqueza, hablando en propios términos, no es mas que una perversa voluntad.

2 ¿Quieres no volver á caer? Pues haz reflexion sobre la causa mas visible de tus precedentes recaidas. ¿No fue aquella vista, la leccion de aquellos libros, aquella conversacion, aquella correspondencia, el haber dejado aquella devocion, aquel ejercicio espiritual, el no haberte mortificado en aquella ocasion, el haberte descuidado en el cumplimiento de las obligaciones de tu estado? La relajacion y la tibieza necesariamente van disponiendo para las recaidas. Escribe hoy mismo la causa particular de aquellas reincidencias, de aquella funesta vuelta al vómito del pecado, de aquella tibieza, de aquella relajacion, de aquellas pasiones que volvieron á resucitar. Todas las mañanas al acabar la oracion, y al ofrecer las obras del dia, lee el papel de estos saludables apuntes, imponte una penitencia, ó una considerable limosna, para todas las veces en que te expusieres á algun peligro. Estos que parecen pequeños cuidados, son pruebas seguras de una voluntad muy sincera, y mueven al Señor á dispensarnos aquellos grandes auxilios, que son de tanto provecho en la ocasion; y en fin es de gran consecuencia este ejercicio.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Jorge, mártir, cuyo esclarecido triunfo honra la Iglesia entre las coronas de otros Mártires. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de los santos mártires Félix, presbítero, Fortunato y Aquileo, diáconos, en Valencia de Francia, los cuales fueron enviados á pre-

dicar el Evangelio por san Irenco, obispo de Leon, y habiendo convertido á la fe católica la mayor parte de aquella ciudad, por órden del capitan Cornelio fueron puestos en la cárcel, en donde cruelmente los azotaron, les rompieron las piernas, los ataron á ruedas que hacian dar vueltas, y aun allí les añadieron el tormento del humo, pusiéronlos en el caballete, y por último murieron degollados.

El tránsito de san Adalberto, obispo de Praga, y mártir, en Prusia, el cual predicó el Evangelio en Polonia y en Hungría.

San Marolo, obispo y confesor, en Milan.

San Gerardo, obispo, en Toul de Francia.

SAN JORGE, MÁRTIR.

San Jorge, uno de los mas célebres Mártires de la Iglesia, á quien los griegos llaman por excelencia *el gran mártir*, nació en Capadocia de familia ilustre y distinguida por su nobleza; pero mas señalada por el celo con que profesaba y defendia la verdadera Religion.

Su calidad y distincion le precisaron á seguir la profesion de las armas; y como era un jóven de los mas bien dispuestos, mas valientes, y mas cultivados de todo el ejército, ganó en poco tiempo la gracia del emperador Diocleciano, quien le dió una compañía, y le hizo su maestre de campo. Acreditó el acierto de esta eleccion el valor, la prudencia y toda la conducta de su porte en una edad tan poco avanzada. Y descubriendo cada dia el Emperador mas y mas las prendas, los fondos y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle á los primeros cargos, colmándole de favores; cuando comenzó á descubrirse la tempestad, que desde algunos años antes se iba fraguando contra los Cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó á temer que al cabo inundaria en sangre de Mártires á toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenia solos veinte años, se consideró víctima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Como tenia el grado de oficial general, era del Consejo del Emperador, y conoció que esto le obligaria á declararse de los primeros, dando pruebas de su fe, y no disimulando su Religion. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Y hallándose heredero de una rica sucesion por muerte de su madre, la repartió toda entre los pobres: vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles, que al primer ruido de la persecucion se habian esparcido aquí y allí, dando libertad á sus esclavos.

Despojado ya de todo, entró, por decirlo así, en la lid, y se fué

á la sala del Consejo. Habiendo propuesto el Emperador el impío y cruel intento de exterminar á todos los Cristianos, le aplaudió toda la junta; pero toda ella quedó extrañamente sorprendida y admirada, cuando vió levantarse de su asiento á nuestro jóven oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento y respetuoso, contradecir lo que todos habian dicho, y en pocas, pero graves palabras, reprender la resolucion que se habia tomado de perseguir á los Cristianos, y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente, y como hablaba con mucha gracia, con energía y con fuego, se hizo escuchar con admiracion y con respeto. Hizo demostracion al Consejo de la injusticia y de la impiedad de aquella resolucion; defendió con una discreta apología á los Cristianos, y acabó exhortando al Emperador á que revocase unos edictos, que solo se dirigian á oprimir violentamente á la inocencia. Habia ya acabado de hablar, y aun no habian vuelto de su admiracion los que le oian: la viveza de su discurso, el aire religioso con que le pronunció, y su rara modestia, tenian como suspensos á los oyentes, y por algun tiempo pararon las pasiones de todo el consejo. El Emperador, aun mas aturdido que los otros, mandó al cónsul Magnencio que respondiese á nuestro Santo. *Bien se conoce*, le dijo el Cónsul, *por el desahogo con que has hablado en presencia del Emperador, que eres uno de los principales jefes de esta secta: tu confesion confirmará tu insolencia; pero nuestro augusto Príncipe, defensor de los dioses del imperio, sabrá vengarlos de tu impiedad.*

Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, *no sé yo que haya otra mas abominable, que la de atribuir á las criaturas, aun á aquellas que son inanimadas, los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la Divinidad. No puede haber mas que un solo Dios verdadero: este es aquel á quien yo sirvo y adoro. Sí, cristiano soy, y de este nombre me glorio, no aspirando á mayor dicha en esta vida, que á darla, derramando toda mi sangre por aquel Señor de quien la recibí.* Enfurecido el Emperador al oir este discurso, y temiendo que hiciese impresion en los ánimos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro fervoroso Santo abundante materia para satisfacer el ardiente deseo que tenia de padecer por amor de Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fue mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oido hasta aquel dia. Mandó atarle á una rueda sembrada toda de agudas puntas de acero, la cual á cada vuelta que daba le levantaba hácia arriba pedazos de carne, y hen-

dia en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos, viendo la alegría del generoso Mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento; pero aun quedaron mas asombrados, cuando suponiéndole ya muerto, le hallaron enteramente sano de todas sus heridas.

Convirtiéronse muchos gentiles á vista de esta milagrosa curacion; pero ella misma irritó mas al tirano. Como era Jorge una de las primeras víctimas que Diocleciano sacrificaba á su innata crueldad, no perdonó á especie alguna de suplicio que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas mas antiguas del martirio de nuestro Santo. Todo lo que puede inventar la mas bárbara inhumanidad, todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rabia y la malignidad del infierno, todo se puso en ejecucion para atormentar al invencible Mártir; pero todo sirvió para confundir á los paganos, y para manifestar mas la gloria y el poder del Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva; de todo se valieron para combatir su resolucion y su fe; pero la firmeza y aun la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso de que se vió rodeado todo su cuerpo, tan brillante, que disipó las tinieblas del oscuro calabozo; muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban; todo esto hizo triunfar la Religion, y convirtió á la fe á muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Prótolo y Anatolio. En vano gritaban algunos, que todo era hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento: la heróica paciencia que todos observaban en él en medio de los mas crueles tormentos, y las maravillas que obraba, hicieron titubear á los mas obstinados, tanto que el Emperador llegó á temer una conversion general en toda la ciudad. Y aun se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió, y que mereció la corona del martirio. Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que el Emperador, viendo que eran inútiles todos los tormentos, recurrió al artificio, y mudando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones, y le condujesen á su presencia.

Luego que le vió en ella, le dijo con afectada blandura: *Jorge, no sin grande dolor mio me he visto precisado á mandar se ejecutase contigo todo el rigor de los edictos publicados contra los enemigos de mi imperial religion. No puedes ignorar la grande estimacion que siempre he hecho de tu mérito; y el puesto que ocupas en mis ejércitos es buena prueba de mi bondad. El único obstáculo que puede oponerse á tu fortuna, será*

tu obstinacion : eres jóven ; logras toda la gracia del Emperador ; el favor añadido al mérito te prometen los primeros cargos del imperio. ¿En qué te detienes para volver á tu obligacion, y para aplacar con tus sacrificios la cólera de los dioses?

Suplicó Jorge al Emperador que le mandase conducir al templo, para ver aquellos dioses á quienes su majestad imperial queria que ofreciese sacrificio. No dudó ya Diocleciano que su suavidad y sus promesas habian finalmente vencido y triunfado del confesor de Jesucristo. Fue conducido al templo, acompañado de innumerable pueblo : apenas descubrió la estatua de Apolo, cuando le preguntó nuestro Santo : *Dime, ¿eres Dios? No soy Dios*, respondió la estatua, con voz terrible y espantosa, que estremeció á los circunstantes. *Pues venid acá, espíritus malignos, ángeles rebeldes, condenados por el verdadero Dios al fuego eterno, ¿cómo teneis atrevimiento para estar en mi presencia que soy siervo de Jesucristo?* Al decir estas palabras, acompañadas con la señal de la santa cruz, se oyeron en el templo gritos horribles, aullidos espantosos, y se vieron caer derribadas por mano invisible todas las estatuas, haciéndose pedazos contra el suelo. A vista de un espectáculo tan maravilloso, al principio quedaron todos atónitos ; pero después los sacerdotes de los ídolos con sus gritos y con sus lágrimas excitaron una sedicion tan general, que apenas se oian mas que las descompasadas voces con que clamaba todo el pueblo, que cuanto antes se librase á la tierra de aquel monstruo.

Informado el Emperador de lo que acababa de suceder, mandó al instante le cortasen la cabeza ; lo que se ejecutó el dia 23 de abril hácia el año de 290.

En todas las iglesias de Oriente y de Occidente ha sido siempre muy célebre la memoria de este ilustre Mártir, y su culto es de los mas antiguos en la Iglesia. Asegúrase que desde el fin del quinto siglo ya habia altares dedicados á su nombre, y erigidos por santa Clotilde, mujer del rey Clodoveo. Contribuyó mucho al culto de san Jorge en Francia san German, obispo de Paris, uno de los mas célebres prelados del siglo VI, cuando con ocasion de su peregrinacion al Oriente, el emperador de Constantinopla le regaló con muchas reliquias, y á su vuelta hizo edificar una capilla á honra de san Jorge en la iglesia de San Vicente, que hoy es la de San German de los Prados. Las otras muchas capillas y altares, que en toda Europa se han erigido con el nombre de nuestro Santo, son buena prueba de la devocion que le profesan todas las demás naciones, y de la ansia con que desean todas merecer su poderoso amparo y proteccion. En

España tambien desde muy antiguo ha habido varios templos consagrados á Dios bajo la invocacion de este santo Mártir, por ejemplo el de San Jorge que llaman de las Boqueras en Aragon, que probablemente existia antes que entrasen los moros en nuestro reino, y el monasterio antiquísimo de San Jorge, una de las abadías mas principales y nobles que hubo en Navarra en el territorio llamado la Berzoza á dos leguas de Viana, que D. Sancho el Mayor dió á su hijo D. Ramiro, en el repartimiento de sus tierras, cuando le hizo rey de Aragon.

El haber sido soldado san Jorge dió ocasion á que la gente de guerra le invocase contra sus enemigos, y fomentóse esta devocion con varias apariciones que del Santo se refieren en algunas batallas, dejándose ver armado peleando en favor de los fieles. En España especialmente tenemos de esto ejemplos en que convienen nuestros historiadores. En la batalla que el rey D. Pedro I de Aragon dió en los campos de Alcaraz á los moros de Huesca por los años 1095, apareció san Jorge á caballo, y peleó en defensa de los Cristianos, hasta que por ellos se declaró la victoria. El Rey en memoria de este singular beneficio mandó reedificar con magnificencia en aquel mismo sitio el templo de San Jorge antes citado, el cual se habia conservado por los Cristianos mozárabes que vivian en Huesca sujetos á los moros de aquella ciudad; y desde entonces quedó el glorioso san Jorge jurado y votado por patron de los Reyes aragoneses, y apellidado en sus guerras. No pasaron muchos dias sin que con obras confirmase san Jorge el amor con que amparaba aquel reino; porque en el año 1096 en la batalla que el dicho rey D. Pedro y el Cid tuvieron en Valencia con el rey moro Bucar, se halló tambien san Jorge por los Cristianos. Lo propio hizo por dos veces en tiempo del rey D. Jaime el Conquistador. Fue la una en la batalla que se dieron sus capitanes que estaban en frontera en el castillo de Puig de Enesa, y el moro Zaen, rey de Valencia. La otra fue en el sitio que Alarazarach, general de los moros, puso á Alcoy; pues resistiéndole los Cristianos de esta villa, y señaladamente un sacerdote que se llamaba mosen Torregrosa, fue visto por el andamio del muro y sobre la puerta del debate un caballero armado en un caballo, y se acobardaron los moros en viéndole, pues por el escarmiento que tenian de otros encuentros entendieron que era san Jorge, el cual ellos llamaban Huali en su lengua, cuya sola vista los desmayaba y amedrentaba en tanto extremo, que se caian muertos de espanto, sin golpe ni herida alguna. De estos fueron hallados muchos en la rota del Puig de Enesa, segun

lo certifica el rey D. Jaime en la historia que de su mano escribió.

Los de Alcoy en memoria de esta aparicion de san Jorge edificaron al santo Mártir una iglesia, y dieron á aquella plaza el nombre de san Jorge, y sobre el surtidor de una fuente colocaron una imágen suya de mármol.

Comunmente se representa á este santo Mártir á caballo y armado, en ademan de atravesar con la lanza á un dragon para defender á una doncella que, amenazada por la fiera, implora el auxilio del Santo. Pero esto es mas símbolo que verdadera historia, para denotar el favor que reciben de san Jorge los pueblos que le invocan, representados por la doncella contra el dragon infernal.

El rey D. Pedro II de Aragon, reconocido á los grandes favores que en sus batallas y conquistas recibió de san Jorge, determinó instituir una órden militar en honra y gloria suya; y para esto dió en setiembre del año 1201 el castillo de Alfama, situado en una de las calas ó puntas del Coll de Balaguer, cerca de Tortosa en el principado de Cataluña. La insignia era la cruz llana colorada de que ahora usan los caballeros de Montesa, y la regla la de san Agustin. Después se incorporó á la de Montesa con todas sus posesiones, derechos y prerogativas; y porque no se perdiese el nombre de la Órden de san Jorge, se acordó que la de Montesa se hubiese de llamar en adelante: *Órden de Nuestra Señora de Montesa y de san Jorge de Alfama.*

La Misa es en honra del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Georgii martyris tui meritis, et intercessione laetificas; concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dono tuae gratiae consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos alegras con los merecimientos y con la intercesion de tu bienaventurado mártir san Jorge, concédenos que consigamos por tu gracia los beneficios que pedimos por su intercesion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundum evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quae

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi Evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor: pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien

est in Christo Jesu, cum gloria coelesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochiae, Iconii, et Lystris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

la salud que está en Cristo Jesús con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Iconio y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecucion.

REFLEXIONES.

Omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos. Son las persecuciones la herencia de los buenos: con todo eso es cierto que no son las mas crueles las que padecen de parte de los impíos; las mas terribles son las que vienen por mano de los que hacen profesion de virtuosos, y debieran ser los mas ardientes defensores de la virtud.

Determínase á observar con la mayor exactitud y puntualidad las mas menudas reglas de su instituto una persona religiosa, persuadida de la indispensable obligacion en que está constituida de aspirar á la perfeccion de su estado. Mucha resolucion ha menester; pero aun ha menester mayor paciencia para no ceder á la multitud y á la autoridad de los que están mal con tanta reforma. Los menos fervorosos, que en una comunidad por lo regular suelen hacer el mayor número, consideran aquella exacta puntualidad en un particular como una especie de tácita censura, y su fervor se les figura una muda, pero sangrienta reprension de su tibieza. No le basta al tal religioso retirarse al recogimiento de su celda, y su silencio; no meterse en otra cosa que en cumplir con su obligacion, y con lo que está á su cargo; no ceder á otro alguno en humildad, en oficiosidad, en afabilidad y cortesanía. Sabida cosa es que la emulacion no se vence á fuerza de virtudes. Quieren persuadirse á sí mismos, y aun intentan persuadírselo á otros, que aquella es una especie de secreto orgullo, un espíritu de singularidad, un genio de reformador impertinente, que viene á introducir novedades, y á turbar la quieta y pacífica posesion en que estaba la relajacion de la comunidad. El ceño con que le miran, el desvío y aun el desprecio con que le tratan, las alusiones satíricas con que le hieren, consecuencias ordina-

rias donde reina la emulacion, ponen en terribles pruebas á una virtud tierna y recien nacida. Hasta la estimacion que hacen de él los ajustados y los fervorosos, le da muchas ocasiones en que merecer.

Distínguese en una comunidad un sugeto por su singular virtud; por ser mas humilde, mas obediente, mas mortificado que los otros. Bien puede hacer el ánimo de cargar con los oficios mas penosos de la casa. Todos aquellos en que hay algun especial trabajo, todos aquellos de que huyen los tibios y los imperfectos, todos vendrán á buscarle, y serán los que le toquen á él. El concepto que se tiene de su mortificacion y de su rendida obediencia, hace que se pase á ciegas por encima de su virtud. Á los tibios, á los imperfectos se les trata con mucho miramiento; pero permite Dios que ninguno se tenga con los virtuosos. Los buenos suelen estar oprimidos con el peso de las cargas, mientras los malos, los que solo hacen aquello que se les antoja, están ociosos, y gastan el tiempo en censurar todo cuanto hacen los únicos que verdaderamente trabajan. La misma irregularidad se observa á proporcion en las familias y casas particulares respecto de los hijos y criados mas ó menos virtuosos. Mucho tiene que padecer el amor propio en una distribucion tan desigual; pero en ella halla su cuenta la virtud; y aunque esta distincion sea incómoda y desagradable, al cabo la honra mucho. Es verdad, por otra parte, que si esta prueba es sumamente útil á una alma fervorosa, tambien desalienta y retrae de la virtud á otras muchas pusilánimes. Aquella condescendencia que se tiene con los imperfectos, á los cuales quizá se les disimula, y se les consiente demasiado, y aquella aparente dureza con que se trata á los fervorosos, con quienes en nada se repara, puede ser ocasion de que los unos se mantengan tranquilos en su vida poco regular, y aun relajada; y puede serlo tambien de que los otros, apurada la paciencia con el demasiado ejercicio, se disgusten de su exacta observancia, viendo que á los primeros su misma relajacion les sirve para vivir con mas autoridad y con mayor descanso. No se puede negar que este disgusto será irracional, y que este pretexto será frívolo; pues nadie ignora que Dios muchas veces parece que perdona al pecador, y que aflige al justo. Con este mismo espíritu proceden los superiores en la distribucion de los empleos, y en las condescendencias que suelen tener con los imperfectos. La prosperidad, que parece habia de ser el privilegio de los virtuosos aun en esta vida, es de ordinario la legítima de los indevotos. Pero ¿será menos feliz la suerte de los buenos porque sea mas trabajosa? Y ¿qué motivo tendrán los justos para quejarse, dice san

Gregorio, de que Dios les reserve todo el premio para la otra vida, al mismo tiempo que á los malos los recompensa en aquello poco bueno que hacen?

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi Padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservasen en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y os será concedido.

MEDITACION.

De la vida inútil de la mayor parte de los hombres.

Punto primero.—Considera que todo aquello que no sirve ni conduce para el cielo es inútil: negocios grandes, trabajos inmensos, gastos excesivos, palacios soberbios, herencias ricas, vida deliciosa, honras, dignidades, distinciones; si no contribuís á mi salvacion, si no haceis un gran caudal de méritos para la eternidad, si de nada me servís para la otra vida, no sois para mí sino vanidad, fruslerías, puerilidades, sueños lisonjeros, manantial funesto de mil remordimientos, de mil desesperados ayes á la hora de la muerte.

¡Buen Dios! pues ¿en qué se ocupan nuestros dias? Si ningun pensamiento, ningun deseo, ninguna accion nuestra debiera dejar de referirse á Dios, ¡de cuántas inutilidades, de cuántas nadas está llena nuestra vida! Conversaciones ociosas, visitas divertidas, entre-

tenimientos frívolos, diversiones sin sustancia, horas de juego, paseos, espectáculos, placeres; esto es en lo que pasa su vida la mayor parte de los hombres del mundo, á lo menos mientras algun grande contratiempo, los achaques, ó los muchos años no los condenan al retiro de su casa; y entonces ocupa el lugar de una ociosidad delicada una inaccion enfadosa. Los últimos dias de la vida son mas molestos; pero no son menos ociosos. Está el viejo ocioso por necesidad, después de haberlo estado por su gusto. Este es el retrato de la vida de muchos; pero ¿será este el retrato de la vida cristiana?

Y aun aquellos que al parecer están mas ocupados, ¿lo estarán por eso menos inútilmente? ¿Qué fruto, qué provecho se saca para la eternidad de esos continuos viajes, de esas vigilias que desecan, de esa vida afanada, austera, llena de cuidados, de esos negocios que solo sirven para acortar los dias de la vida? Porque este es el fruto que se coge de todo lo que no sirve para la vida eterna.

Velad, orad sin intermision, daos priesa, esforzaos á entrar por la puerta del cielo, dice el Salvador: *Contendite*. No trabajando incesantemente por el cielo, no haciéndose una continua violencia para llegar á tiempo, ya no hay lugar en él. Aunque fue pura, aunque fue irreprensible la vida de aquellas vírgenes, que por haberse dormido ó descuidado, no hicieron á tiempo la provision necesaria para recibir al esposo; este descuido y falta de providencia fue bastante para carecer eternamente de su presencia, y para que fuesen justamente reprobadas. Los motivos de aquella dichosa sentencia que pondrá á los escogidos en posesion del reino de los cielos, todos se reducen al ejercicio de las obras de misericordia: el siervo perezoso solo fue condenado por no haber negociado con su talento. Cotejemos estas verdades con la vida inútil y regalona de la mayor parte de los seglares, y aun de no pocos eclesiásticos, que haciéndose sordos á sus mas estrechas obligaciones, pasan la vida en una delicada y escandalosa ociosidad.

¡Oh mi Dios, y qué impresion, que efecto tan triste hará algun dia en nuestros corazones el paralelo entre la vida laboriosa de los Santos y la ociosidad de la nuestra!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si en el dia del juicio, como dice el Salvador, hemos de dar estrecha cuenta hasta de la menor palabra ociosa, ¡qué cuenta se dará de todas aquellas horas perdidas, de todos aquellos dias inútiles!

La higuera de que se habla en el Evangelio no tenia otro defecto

que el no haber dado fruto, aunque no era tiempo de él: con todo eso el Señor la echó la maldicion, y al punto se secó. Fácil es entender el verdadero sentido de esta parábola. Nunca debe ser estéril la vida del cristiano; comienza á ser culpada desde que comienza á ser infecunda. Á vista de esto, la vida de aquella gente de conveniencias, de aquellos hombres de distincion, de aquellas damas del mundo, y aun de tantas personas eclesiásticas, que se gasta y se consume en vanas inutilidades, ¿será vida muy inocente, será muy alabada de aquel Señor, que quiere que aun los que han trabajado mas estén persuadidos que nada han hecho?

¡Cuántos hombres, cuántas mujeres ociosas hay que hacen punto de nobleza de la ociosidad, y juzgarian acreditarse de gente plebeya si trabajasen! Hoy se establece por ley en el mundo, y aun se llega á hacer mérito de no saber hacer cosa: el mundo, la diversion, el juego y las bagatelas se absorben todo el tiempo.

Una gran parte de él se la lleva el tocador y el espejo; y el juego y las diversiones ocupan otra gran porcion; y aquellas visitas inútiles, que muchas veces no tienen otro asunto que verse y que mirarse, y aun aquellos negocios, cuyo único móvil es la ambicion y la codicia, ¿pasarán en el tribunal del supremo Juez por ocupaciones serias y legítimas? ¿serán recibidas en cuenta como obras de vida? ¿admitiránse por frutos sazonados, que se conservan por toda la eternidad? Y ¿semejante vida será obra digna de nuestra santa ley?

¡Buen Dios, qué sentirán aquellas almas mundanas, aquellos corazones terrenos, aquellos cristianos flojos é imperfectos, cuando disipados los prestigios de las pasiones, á favor de la luz de la razon, que hasta entonces habia estado como esclava, y de una fe que habia estado cási del todo apagada, descubrirán y verán, que todos aquellos proyectos de que tanto se alimentaban eran vanos; aquellas acciones brillantes que hacian tanto ruido; aquella elevada fortuna que les costó tantos sudores; aquellas diversiones seguidas de tantos remordimientos; que todo esto no fue mas que ilusion, inutilidad, pérdida de tiempo, manantial fecundo de arrepentimientos, y semilla, por decirlo así, de una eternidad de suplicios! ¡Cuándo verán que aquella vida, solo regular en la apariencia y en la superficie, fue no mas que una virtud de perspectiva; aquellas obras que parecian buenas y virtuosas, estaban viciadas con fines torcidos, que las hicieron inútiles! *Seminastis multum, et intulistis parum.* (*Agg.* 1). ¡Qué de trabajos perdidos! ¡qué de dias vacíos! ¡qué de acciones malogradas! ¡qué de flores! ¡qué de hojarascas sin fruto!

Padécese mientras se vive una especie de atolondramiento. La inclinacion natural, el mal ejemplo, la perversa costumbre, todo conspira, todo contribuye á que pasemos la vida en una perniciosa inutilidad para el cielo en medio de los mas penosos trabajos.

¡Ah mi Dios! veisme aquí ya hácia el fin de mi carrera: ya estoy descubriendo la sepultura; ya va declinando el dia, y he pasado la vida en inutilidades frívolas, en vanos pasatiempos, en ocupaciones pueriles. No permitais, Señor, que aumente el número de los dias vacíos: cese desde hoy la esterilidad de las buenas obras. No, divino Salvador mio, ya no quiero vivir una vida inútil y ociosa: concededme vuestra gracia, y ya no seré un árbol estéril, bueno solo para el fuego.

JACULATORIAS. — Seré de aquí adelante como oliva fecunda plantada en la casa de mi Dios, que crecerá y fructificará á los ojos de su divina misericordia. (*Psalm.* LI).

Disteme, Señor, medidos y limitados los dias de la vida, y esos pocos dias no han tenido jugo ni sustancia en vuestros divinos ojos. (*Psalm.* XXXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La ociosidad adormece, pero no hace insensibles á los que amodorra. Hay ciertos intervalos de religion y de razon, que dejan conocer con espanto el caos horroroso de pecados en que cria y sepulta la vida inútil á las personas mundanas. Por mas que se disimule, se siente el escozor de los remordimientos, se gusta la amargura de las funestas consecuencias que trae consigo la ociosidad. ¿De qué otro principio puede provenir aquel tedio de la virtud, aquella debilidad en la fe, aquellas comunicaciones ilícitas, aquellos enredos y artificios? Y después se preguntará, ¿qué mal hay en pasar una vida ociosa? Antes se debiera preguntar, ¿si puede haber mayor mal en la vida de un cristiano? Y ¿será este mal menos de temer en las personas consagradas á Dios? La ociosidad y delicadeza pueden tal vez introducirse hasta en el retiro mas austero: ¿y qué estragos no causará en un estado santo, pero menos solitario, y por lo mismo mas expuesto? A una gruesa renta en el estado eclesiástico acompañan, por lo comun, grandes obligaciones; pero ¿no es verdad que no pocas veces esta misma gruesa renta es causa de que haya grandes ociosos? Los beneficios ricos, por lo general, están llenos de grandes cargas; y el fruto de la piedad de los fieles, el patrimonio de los pobres ¿es-

tará por ventura destinado para perpetuar una ociosidad mas brillante, y para fomentar una delicadeza mas escandalosa? En cualquier estado en que te halles, en cualquier lugar que ocupes en el mundo, huye la ociosidad como madre de todos los vicios. Lo mas ordinario en las personas entregadas á la ociosidad es precipitarse en el desórden. Ella es perniciosa á los grandes, peligrosa á la gente comun, y nociva para todos. Ninguna cosa perjudica tanto como una vida inútil: ¿está exenta la tuya de este perjuicio? ¿Se pueden llamar llenos todos tus dias? Pero advierte que pueden ocuparse en mil inutilidades. ¿Y no podrán entrar en este número esas conversaciones poco serias, esas diversiones continuas, esos pasatiempos, esas visitas inútiles, tantas horas perdidas en el dia, y tantos dias malogrados en el discurso de tu vida? Haz el cálculo en este mismo dia, examina si son útiles todas tus ocupaciones, y ten entendido, que las que no conducen para la salvacion se deben contar por nada.

2 Desde hoy te has de imponer una ley de no estar jamás ocioso. Tiene el cuerpo necesidad de algun descanso, y el espíritu de algun desahogo; pero aun este mismo desahogo y este mismo descanso deben ser útiles, y has de cuidar tú de santificarlos con la oracion, ó á lo menos con frecuentes jaculatorias. Mientras tuviéremos á Cristo realmente presente en el Sacramento del altar; mientras hubiere pobres enfermos en los hospitales, y vergonzantes en las casas particulares; ¿se podrá decir sin vergüenza que no hay nada que hacer, y que no sabemos en qué emplear el tiempo? Una señora cristiana siempre debe tener en las manos alguna labor; porque esta continuacion en el trabajo celebra y alaba el Espíritu Santo en la mujer fuerte. Las señoras de la mayor distincion hacen vanidad de estar siempre con la labor en las manos; ¡y una mujer ordinaria, orgullosa con los bienes de fortuna, ó con el empleo de su marido, tendrá vergüenza de que la vean trabajar! Tambien las personas devotas pueden dar en el extremo de fanáticas y de holgazanas: una contemplacion demasiadamente abstraida, y una oracion de quietud demasiadamente quieta, sin otros peligros que traen consigo, son no pocas veces una mera ociosidad. Nada se ha de temer tanto como la inaccion y la inutilidad aun en las mismas acciones: Dios debe ser el objeto principal, el motivo y el fin de todas ellas.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

San Fidel de Sigmaringa, del Órden de Menores Capuchinos, en Servis, tierra de los Grisones; el cual fue enviado á aquel país á predicar la fe católica, y consumó el martirio muriendo á manos de los herejes: fue canonizado por el papa Benedicto XIV. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Sabas, coronel del ejército, en Roma, el cual acusado de que visitaba á los cristianos encarcelados, confesó libremente á Jesucristo delante del juez, por cuyo mandato aplicaron á su cuerpo hachas encendidas, y le metieron en una caldera llena de pez hirviendo; mas como saliese sin recibir daño ninguno, con este milagro se convirtieron á la fe setenta hombres, los cuales permaneciendo constantes en confesar á Jesucristo, fueron degollados; san Sabas por último consumó el martirio ahogado en un rio.

El tránsito de san Alejandro, mártir, en Leon de Francia, el cual en la persecucion de Antonino Vero, después de haber sido preso, fue primeramente de tal manera despedazado por la crueldad de los que le azotaban, que rota la carne que cubre las costillas, y descubiertas sus entrañas, llegaron á vérsele hasta los intestinos; por último habiéndolo crucificado, en aquel suplicio entregó su espíritu al Señor. Con él padecieron otros treinta y cuatro, cuya memoria se celebra en otros dias.

Los santos mártires Eusebio, Neon, Leoncio, Longinos y otros cuatro, en el mismo dia, los cuales en la persecucion de Diocleciano, después de crueles tormentos, fueron degollados.

La dichosa muerte de san Melito, obispo, en Inglaterra, el cual enviado á dicho país por el papa san Gregorio, convirtió á la fe católica á los sajones orientales con su rey.

San Gregorio, obispo y confesor, en Iliberi, en España. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Honorio, obispo, en Bressa.

San Egberto, presbítero y monje, en Irlanda, varon de admirable humildad y continencia.

Las santas vírgenes Bona y Doda, en Reims. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN GREGORIO, OBISPO DE ILIBERI Y CONFESOR.

San Gregorio fue obispo de la antigua y celebrada Iliberi, que hoy es, y se dice Granada, aunque segun los mas curiosos conjeturan, era Granada la Vieja, que es hoy el fuerte de la Alhambra en lo superior de la misma ciudad de Granada. Floreció en tiempo del emperador Constantino, y en nuestra España defendió la consustancialidad del Padre y del Hijo en la santísima Trinidad contra Arrio y sus secuaces, que en aquel tiempo predicaban lo contrario. De

toda España no se escribe haberse hallado algun obispo en el concilio Niceno, sino Osio, obispo de Córdoba, el cual era muy familiar y querido del emperador Constantino Magno, y al principio fue de la parte de los Católicos; mas se duda si cayó después.

En este tiempo se hallaba en Córdoba el glorioso san Gregorio, y no quiso jamás comunicar con Osio, teniendole por hereje: mas la leyenda de donde se toma este y otros sucesos del Santo con respecto á Osio, es poco autorizada.

El bendito Santo, defendiendo la Iglesia con escritos, obras y palabras, constante siempre en la fe católica, predicando la divina palabra, y enseñando y sosteniendo la consustancialidad del Padre y del Hijo contra los perversos Arrianos; y al fin sirviendo en todo á Dios, pasó en paz de esta vida caduca y perecedera al descanso de la eterna, en el mismo dia que la iglesia de Granada celebra su fiesta, á 24 de abril, por los años del Señor 388. Escribieron su vida Usuardo, san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en *el libro de Viris Illustr. cap. 1 in Osio;* san Gerónimo en *el libro de Scriptoribus Ecclesiast.;* Honorio Augustodonense, cap. 105; Marcelino, presbítero de Italia, en el libro á Teodosio, emperador; Sanctoro; el Martirologio romano; y Baronio en sus Anotaciones, y en el tomo 4.° de sus Anales á los años 371 y 388.

SAN FIDEL DE SIGMARINGA, SACERDOTE DEL ÓRDEN DE PADRES MENORES CAPUCHINOS Y MÁRTIR.

Nació san Fidel en el año de 1577 en Sigmaringa, pequeña ciudad de la Suevia, en el obispado de Constancia, de padres nobles y católicos. Siendo aun niño, por fallecimiento de su padre quedó Fidel bajo el cuidado de un tutor, que con una solicitud muy especial le hizo instruir por medio de un virtuoso sacerdote, así en la piedad como en las letras, en las cuales hizo extraordinarios progresos. Habiendo el Santo concluido en su tierra los estudios de humanidades pasó á Friburgo, en cuya universidad estudió la filosofía y el derecho civil y canónico, consiguiendo el grado de doctor en ambas facultades. En todo este tiempo, para preservarse Fidel exento de los vicios á que suele estar sujeta la incauta juventud, era muy reservado en las conversaciones, huyendo las malas compañías y las ocasiones peligrosas. Todos los dias empleaba un poco de tiempo en la oracion y en la lectura de algun libro espiritual: frecuentaba los santos Sacramentos, á lo menos una vez al mes, á mas de las fiestas

de la Vírgen santísima, de la cual era muy devoto, rezándola todos los dias su oficio divino y el santo rosario, y ayunando á pan y agua á su honor todos los sábados; y esta piadosa costumbre observó con toda exactitud aun en los muchos y largos viajes que hizo, como vamos á explicar.

En el año de 1604, tres jóvenes caballeros alemanes le pidieron quisiese acompañarles como amigo y como ayo en un viaje que habian resuelto hacer por las principales ciudades de Alemania, Francia é Italia. San Fidel consintió con mucho gusto á esta propuesta incitado del deseo de adquirir nuevos conocimientos. En este largo viaje empleó el espacio de seis años con recíproca satisfaccion suya y de sus nobles compañeros, hasta que en el año de 1610 cada uno se retiró á su país; pero Fidel no se retiró á Sigmaringa, sino á Villinga, donde residian á la sazon los tribunales y la universidad de Friburgo. Aquí volvió á tomar la profesion legal, y habiendo abierto estudio de abogado, empezó á patrocinar las causas de los litigantes con mucho crédito, así por su doctrina, como por su conocida piedad. Pero muy en breve se disgustó del tumulto del foro, y cavilaciones de los litigantes y de sus defensores, y temió mucho los peligros á que exponia su conciencia ejercitando la abogacía. Por eso renunciando la toga de abogado, pensó abrazar un estado en el cual con mayor seguridad pudiese trabajar para conseguir la eterna salvacion, que es el único negocio importante, al cual deben dirigirse todas las demás cosas de este mundo. Después de haber hecho madura reflexion para conocer la divina voluntad, resolvió abrazar el estado religioso en la sagrada Órden de los Padres Capuchinos, donde tenia mucho tiempo hacia un hermano mayor, que se ocupaba con mucho fruto en el ministerio de la palabra de Dios. A este fin se presentó al provincial que residia en la ciudad de Friburgo, y le pidió con muchas súplicas le admitiese entre sus religiosos. El sabio provincial no desechó sus instancias; pero representándole los rigores y la vida penitente que se hace en la religion de los Padres Capuchinos, le aconsejó que tomase con mas madurez esta resolucion, y que esperase algun tiempo antes de ejecutarla. Oida esta respuesta, deseoso Fidel de dar una prueba nada equívoca de su constante voluntad de abandonar los negocios del siglo, abrazó el estado eclesiástico, y en pocas semanas, mediante un indulto de la Sede apostólica, fue promovido á todas las órdenes y consagrado sacerdote.

Siendo, pues, sacerdote le fue mas fácil conseguir su intento de ser recibido en el sagrado Órden de los Capuchinos, de los cuales vistió

en efecto el hábito á 4 de octubre, dia en que se celebra la fiesta de san Francisco, del año 1611, y en el mismo dia celebró su primera misa con gran concurso del pueblo, y entonces mudó el nombre de Marco, que le habian puesto en el Bautismo, en el de Fidel, para manifestar con este nombre la fidelidad con que queria servir á Dios en la religion, ayudado de su divina gracia; por lo que en el frontispicio de todos sus libros se hallaban escritas estas palabras de la santa Escritura: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae:* Seas fiel hasta la muerte en el divino servicio, y te daré la corona de la vida eterna. Los hechos correspondieron perfectamente á las palabras; porque empezó y prosiguió constantemente con mucho fervor de espíritu el arduo camino de la perfeccion evangélica, hasta llegar á la eternidad, derramando su sangre por la gloria de Dios y por la salud de las almas. Aunque hubiese entrado en la religion en la edad adelantada de treinta y cinco años, se amoldó desde luego á las costumbres de los Capuchinos, y á las muchas mortificaciones en que especialmente suelen ejercitarse los nuevos religiosos. Era obedientísimo á sus superiores, humilde y manso con todos, amante del silencio, del recogimiento y de la oracion, en la cual fue muy favorecido de Dios; de modo que empleaba en este divino ejercicio, con grande consuelo de su alma, todo el tiempo que le quedaba de las demás ocupaciones de la religion; y todos los dias á mas del oficio divino rezaba el oficio de Nuestra Señora y el del seráfico P. S. Francisco. No dejó el demonio en paz á este siervo de Dios, antes le acometió con varias y fuertes tentaciones, pretendiendo con ellas disgustarle del estado religioso y hacerle volver al siglo. Una de las mas particulares tentaciones con que le combatió, que era tanto mas peligrosa, cuanto iba cubierta con capa de virtud y de mayor bien, fue la de representarle que en el siglo y continuando la profesion de abogado podia hacer mas bien que en la religion, defendiendo los pleitos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, que suelen ser oprimidos de sus contrarios. Pero el Santo manifestando con sinceridad y sencillez esta tentacion á su director, consiguió de ella una completa victoria; por lo que concluido el año del noviciado hizo la profesion con mucho júbilo de su corazon, y después se aplicó con gran diligencia al estudio de la sagrada teología, en la cual salió muy docto y erudito.

Los superiores de la Órden viendo al Santo bien fundado en la virtud y en la doctrina, le destinaron al ministerio de la predicacion del santo Evangelio, y el Santo por obedecer discurrió por las prin-

cipales ciudades de Alemania, predicando en todas partes con mucho fruto de sus oyentes la palabra de Dios, que solia anunciar con palabras sencillas y desnudas de adornos retóricos; pero con gran fuerza de espíritu y eficacia de razones y de autoridades sacadas de la divina Escritura, y digeridas en la meditacion y oracion, que tenia muy larga y fervorosa antes de subir al púlpito, pidiendo al Señor con mucha instancia la conversion de los pecadores; pues vivia íntimamente persuadido que la conversion de las almas no es obra de la diligencia humana, sino de la gracia divina, que se ha de pedir á Dios Nuestro Señor con muchas súplicas é inexplicables gemidos.

Atendia tambien al bien temporal de sus prójimos: socorria las necesidades de los pobres con las limosnas, que á este fin recogia de personas ricas y caritativas: visitaba los enfermos, los consolaba, les administraba los santos Sacramentos y los confortaba para el último paso, animándoles á esperar en la divina misericordia. Habiendo sido atacado el ejército austriaco, que estaba acuartelado en aquellas provincias, de una enfermedad contagiosa, de que morian sin remedio los soldados, san Fidel con su ardiente caridad, despreciando el peligro de morir, les asistió intrépidamente en aquella necesidad, administrando los santos Sacramentos á los soldados enfermos, curándoles las llagas y dándoles de comer por su propia mano, y haciendo con ellos todos los oficios de un diligente y caritativo enfermero.

Siendo san Fidel tan caritativo con los extraños, cada uno puede discurrir cuán grande seria su caridad para con sus religiosos: los amaba á todos con un afecto el mas dulce y tierno. En los conventos de que fue guardian procuró observar una exacta observancia de la regla, oponiéndose con firmeza á la introduccion de cualquiera abuso ó relajacion; y si hallaba alguna cosa que no fuese absolutamente necesaria, luego la echaba fuera, como opuesta á la singular pobreza que profesa esta santa religion. Era como sus religiosos muy manso, humilde y amoroso, se compadecia de sus defectos, les socorria en sus necesidades, y procuraba conservar entre ellos la paz y la mutua union.

Sobre todo brillaba en nuestro Santo un celo ardiente de la pureza de nuestra santa fe: velaba con indecible solicitud que los herejes no inficionasen á los Católicos con el contagio de la herejía, á cuyo fin descubria á los fieles los fraudes y maquinaciones de sus ministros: los confundia con sus discursos, y si esto no bastaba á contenerles, acudia con sus representaciones á los magistrados y aun á los príncipes, para que pusiesen freno á su licencia.

En la oracion, que tenia muy larga y fervorosa, pues solia perseverar en la iglesia en este santo ejercicio desde los Maitines de media noche hasta el amanecer, pedia con mucha instancia dos cosas á Dios Nuestro Señor: la primera que no le dejase caer jamás en ningun pecado, y la segunda que le hiciese la gracia de perder la vida en defensa de nuestra santa fe, y en obsequio de la católica religion. Estas ansias de alcanzar la palma del martirio se le encendian mucho mas cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, que era todos los dias; y Dios, que le habia dado aquellos ardientes deseos del martirio, le ofreció luego una ocasion oportuna en que pudiese satisfacerlos.

Habiendo el archiduque Leopoldo recobrado á fuerza de armas algunos valles del país superior de los Grisones, los cuales abrazando la herejía de Calvino se habian separado de su dominio; deseó que se enviasen á estos valles algunos misioneros celosos, los cuales predicasen allí la fe católica, y redujesen á la grey de la Iglesia un increible número de almas, infelizmente engañadas de las mentiras é imposturas de los predicantes calvinistas. Fueron elegidos para esta mision diez religiosos capuchinos, y con autoridad del sumo Pontífice la congregacion de Propaganda Fide escogió por cabeza y prefecto de ella al glorioso san Fidel, como hombre apostólico, muy á propósito para convertir los herejes, así por la energía de su predicacion, como por la santidad de su vida. A fines, pues, del año 1621 se encaminó el Santo al campo que la divina Providencia le habia señalado para combatir la herejía, y andando á pié con increibles trabajos de lugar en lugar, y de aldea en aldea, anunció á toda suerte de personas la palabra de Dios en públicos sermones y en conferencias particulares, y logró convertir felizmente á nuestra santa fe católica á muchos herejes, aun de los mas principales y mas nobles del país. Los ministros de Calvino, no pudiendo sufrir el invencible esfuerzo del siervo de Dios, y el verse abandonados de tantos, que á impulso de su celo renunciaban la herejía, y volvian al gremio de la santa Iglesia, conmovieron contra él al pueblo que quedaba obstinado en sus errores, y le empeñaron al execrando delito de quitarle la vida. A este fin fingiendo que querian convertirse á la verdadera Religion, convidaron al Santo para que fuese á predicarles en la iglesia que en el lugar de Servis tenian los Católicos; y aunque el Santo tenia muchos fundamentos para sospechar el engaño, todavía aceptó el convite, dispuesto para derramar su sangre en defensa de nuestra santa fe. En efecto llegó al dicho lugar, se fué á la

iglesia, donde dijo misa con increible fervor: acabado el santo sacrificio subió al púlpito, y aunque halló en él un billete que decia: *Hoy predicarás y no mas,* con que se le intimaba la muerte, no dejó de predicar con el mismo espíritu y libertad que las otras veces; hasta que llenándose la iglesia de hombres armados, y habiendo uno de ellos disparado un fusil contra él, aunque no le tocó, conoció no obstante el Santo que habia ya llegado el dia, que tanto tiempo habia deseado, de derramar su sangre por la gloria de Dios y por la salud de sus hermanos: por lo que lleno del deseo del martirio, bajó del púlpito, se arrodilló delante del altar mayor, donde encomendó su alma al Señor; y para que el pecado de los herejes que querian matarle no fuese tan grave, salió de la iglesia por una puerta que estaba al lado de ella, y al instante fue rodeado de los herejes, quienes como lobos rabiosos se le echaron encima, y con veinte y tres heridas le traspasaron el cuerpo, y bárbaramente le mataron, mientras el Santo puesto de rodillas, á imitacion del protomártir san Esteban, rogaba á Dios por su conversion. Acaeció el martirio de san Fidel á 24 de abril de 1622, hallándose el Santo en la edad de cuarenta y cinco años. El Señor se dignó ilustrar sus reliquias con muchos milagros, las cuales, pasados seis meses de su martirio, del lugar de Servis, donde las habian sepultado, se llevaron con una solemnísima procesion á la cercana ciudad de Coira. Habiéndose después rebelado estos pueblos contra la casa de Austria, fué allá un ejército austriaco para sojuzgarles, y habiéndose trabado una sangrienta batalla entre los austriacos y los herejes, muchos soldados, y el mismo general de los herejes, testigo nada sospechoso, declararon que durante la accion vieron á san Fidel en el aire rodeado de inmensa luz, que con una espada en la mano les estaba amenazando: por lo que todos atribuyeron al patrocinio del Santo la insigne victoria que consiguieron entonces los austriacos.

Tambien fue muy célebre el milagro que obró el Santo en el castillo de Mansfeld; porque habiéndose excitado allí un furioso incendio, y dándose los soldados por perdidos, por estar llenos de pólvora los almacenes del castillo, y abrasar el fuego el edificio del lado y el techo de los mismos almacenes de pólvora, invocaron con mucho fervor el socorro del Santo, para que no se volase el castillo y pereciesen todos en el estrago, y al instante se detuvo el fuego; y no obstante que de los maderos encendidos caian pavesas y pelotillas de fuego sobre la pólvora misma que estaba debajo, parte en barriles y parte en montones descubiertos, no la encendió, ni hizo daño á la

guarnicion. Este insigne milagro fue el primero de los que aprobó la Santa Sede para su beatificacion. Continuando después en obrar el Señor nuevos milagros por la intercesion de san Fidel, Benedicto XIV le canonizó solemnemente.

SANTA BONA Ó BEUVA Y SANTA DODA, VÍRGENES.

Santa Bona, tan ilustre por su nobleza, y mucho mas por su virtud, nació al mundo por los años de 600. Fue de sangre real, deuda muy cercana del rey Dagoberto, y una de las princesas mas cabales de su siglo.

Habiendo nacido con una viva inclinacion á la virtud, no acertaba en su niñez con otras diversiones mas que con la oracion y con la lectura de las vidas de los Santos. Brillaba tanto por su discrecion como por su hermosura; pero aun brillaba mucho mas por su extremada modestia.

Prevenida Bona desde la cuna con las mas dulces bendiciones de la gracia, en nada encontraba satisfaccion sino en los consuelos espirituales; suspiraba por el retiro; érala pesada su misma libertad, y toda su ambicion, todos sus deseos eran de consagrarse á Dios enteramente.

Hallábase en tan santas disposiciones, cuando la vino á visitar su hermano el bienaventurado Baudry, el cual edificado y admirado de ver á su jóven hermana tan ansiosa del claustro y del retiro, resolvió contribuir eficazmente al logro de sus piadosos intentos. Mandó edificarla un monasterio en uno de los arrabales de la ciudad de Reims, en el cual se encerró la santa doncella con gran número de vírgenes que quisieron acompañarla.

Encendióse luego en él un admirable fervor, avivado por los ilustres ejemplos de nuestra Santa. El recogimiento interior, el continuo ejercicio de oracion, de mortificacion y de silencio, resucitaron en el nuevo monasterio aquellos milagros de observancia, de devocion y de penitencia que se observan en el nacimiento de todas las religiones; pero ninguna se señalaba mas en el ejercicio de estas virtudes que Bona. Olvidada enteramente de lo que era por su empleo, por fundadora, y por su nacimiento, solo tenia presente lo que estaba obligada á ser por su vocacion. Siendo jóven, delicada, y criada en el regalo de la corte, no hallaba ejercicio tan humilde, ni tan penoso que no la contentase; y solo se valia de su autoridad y privilegios para escoger para sí el mas abatido.

Luego que se acabó la fábrica del monasterio, hácia el fin del año de 639, y se dedicó con la advocacion de san Pedro, todas las religiosas, sin atender á la repugnancia ni á las lágrimas de su bienhechora, la eligieron unánimemente por su primera abadesa. Sabiendo Bona que era mucho mejor obedecer que mandar, se resistió con todas sus fuerzas á sus instancias, hasta que cedió finalmente á la autoridad de su hermano san Baudry, que quiso absolutamente que se encargase del gobierno de aquella recien nacida comunidad.

Persuadida que la leccion mas eficaz de todas es el ejemplo, y que una prelada debe ser tan superiora en virtudes, como lo es en dignidad, trató de dar en sus acciones ejemplos de las virtudes á que exhortaba sus súbditas. No parece posible gobernar con mayor suavidad ni con mayor prudencia que ella: moderaba las penitencias, no en sí, sino en las otras; y su afabilidad y dulzura la ganaba el corazon de todas sus hijas. No hubo abadesa mas respetada, porque tampoco la hubo que menos se empeñase en serlo. Nunca permitió que las religiosas jóvenes tratasen con hombres, ni aun con aquellos que hacian profesion de devotos. En fin, se extendió tanto la fama del nuevo monasterio, que concurriendo á él excesivo número de excelentes doncellas, fue preciso edificar otro en la ciudad.

Por la tierna devocion que profesaba Bona á la santísima Vírgen la consagró el nuevo monasterio, cuya iglesia dedicó san Nivardo, arzobispo de Reims, con la advocacion de esta Señora. Vióse precisada á encargarse tambien del gobierno de esta segunda comunidad, cuya observancia aun hacia excesos á la primera.

Tenia consigo nuestra Santa á una sobrina, á quien educaba con cuidado muy particular. Y como en la escuela de los Santos se hacen grandes progresos, Doda, que así se llamaba la sobrina, los hacia extraordinarios en la de su santa tia. No hubo discípula que mas acreditase á su maestra, ni cuya buena educacion hubiese costado menos. Parecia haber nacido Doda para la virtud, con que en poco tiempo fue una perfecta copia de su tia. Desde la infancia estaba prometida á un gran señor de la corte de Austrasia; pero apenas tomó el gusto á la dulzura del claustro, cuando se resolvió á renunciar al mundo, y á no tener otro esposo que Jesucristo. Noticioso aquel señor de esta resolucion, tomó la de sacarla por fuerza del monasterio; pero habiendo caido del caballo en el camino de Metz á Reims, se hirió tan gravemente que murió dentro de pocos dias.

Consumida al fin santa Bona al rigor de sus grandes penitencias, abrasada en el fuego del divino amor, y colmada de merecimientos,

fué á recibir en el cielo el premio debido á su inocencia y á sus ejemplares virtudes. Murió el dia 24 de abril de 674. Sus exequias fueron acompañadas de las lágrimas de sus hijas, y de la veneracion de todos. El Señor hizo glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que obró en él.

Sucedió Doda en el empleo á su santa tia, cuyas virtudes y santidad habia heredado. Fue tan feliz su gobierno como el antecedente. Florecia aun en aquel monasterio la regla que san Benito acababa de publicar, y la nueva abadesa cimentó tan sólidamente con su prudencia, con su virtud, con su suavidad, y sobre todo con su ejemplo, la observancia que su antecesora habia plantado en él, que apenas habia monasterio mas ilustre ni mas recomendable por su santidad. Pocos años después terminó Doda una vida tan santa con una dichosa muerte, y fue enterrada junto á su tia en la misma iglesia de Nuestra Señora del Arrabal. Pero con el tiempo fueron trasladados los dos santos cuerpos al monasterio de San Pedro, dentro de la misma ciudad de Reims.

La Misa es en honra de san Gregorio, y la Oracion la que se sigue:

Auxilium tuum nobis, Domine, quaesumus, placatus impende: et intercessione beati Gregorii confessoris tui atque pontificis, contra omnes diaboli nequitias dexteram super nos tuae propitiationis extende. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que aplacada tu ira nos concedas auxilios particulares: y que por la intercesion del bienaventurado obispo san Gregorio nos alargues tu mano poderosa para defendernos de todas las asechanzas del demonio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág. 181.*

REFLEXIONES.

Dióle el gran sacerdocio para que ejerciese sus funciones; para que cantase alabanzas á Dios; para que en su nombre anunciase al pueblo su gloria; y para que ofreciese incesantemente al mismo Dios incienso digno en olor de suavidad. Esto es puntualmente lo que quiere Dios de todo aquel á quien eleva á la alta dignidad del sacerdocio, que ejercite sus funciones, *fungi sacerdotio*; esto es, que todos los dias ofrezca en el altar el Cordero sin mancilla: *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie.* (*Eccl.* XLV). Que su ocupacion y su oficio sea cantar alabanzas al Señor; y predicar al pueblo su palabra. Y por cuanto un ministerio tan santo, un carácter tan sagrado están pi-

diendo una vida pura, inocente y ejemplar, que en todos tiempos exhale el buen olor de Jesucristo; exige Dios á todos los sacerdotes un arreglo de costumbres mas exacto, una virtud mas particular, un fervor mas constante, y siempre semejante á sí mismo. Son los sacerdotes, por su carácter, personas consagradas; por su estado, ministros del altar; por su título, conquistados ó adquiridos especialmente por el Señor, y escogidos para ser oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos, y aun de la misma sangre de Jesucristo; sus favorecidos, sus ministros, y encargados de las oraciones del pueblo, por su oficio; obligados á servirle de luz, por su ministerio; destinados á alabar dia y noche al Señor, por su oficio. Su vida escondida en Jesucristo, segun la expresion del Apóstol, debe representar á los ojos de todos la vida del mismo Cristo. Sus dias no son suyos; reservóselos para sí el que los llamó á su servicio; estales prohibida toda ocupacion puramente profana: para ellos todos los dias son ferias, esto es, dias de fiesta y de solemnidad: fines, acciones, deseos, diversiones, hasta la misma aparente ociosidad, todo debe ser en ellos santo ó santificado. Siendo respetables aun á los Ángeles por su elevado carácter, no lo deben ser menos á los hombres por la inocencia y por la santidad de su vida.

¡Gran desolacion! exclama el Profeta; que las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion mientras están en su lugar, se hallen disipadas por los rincones de las calles, arrojadas á los piés, y tratadas con desprecio, cuando se desvian de su soberano destino.

¡Qué escándalo seria, si aquellos ministros del Altísimo, que solo debieran encontrarse entre el vestíbulo y el altar, llorando sus pecados y los del pueblo, se hallasen todos los dias en las concurrencias profanas, frecuentando las academias de la ociosidad, siendo el alma de las diversiones, y el espíritu del juego, malogrando todo el tiempo en una delicadeza ó en una disipacion escandalosa!

¡Pero ah! ¿y no se hallan, por nuestra desgracia, algunos de esos mercenarios, de esos sacerdotes intrusos, que con lastimoso daño de la Religion desacreditan su sagrado ministerio? ¿No se hallan hombres indignos, sin mas vocacion al estado que abrazaron que el de una renta pingüe, considerando un beneficio eclesiástico como suplemento de una legítima escasa? ¡Ó santo Dios! ¡y qué terrible cuenta han de dar al supremo Juez del empleo de sus rentas, de las obligaciones de su estado y de todos los dias de su vida, pasados quizá en ociosidad, cuando ni un solo momento debieran tener que no le empleasen bien!

La vida ociosa y delicada tiene sin duda sus atractivos; pero hay pocos que sean inocentes, y ninguno que no sea indigno de un eclesiástico. Pocos ociosos hay de este carácter que dejen de ser culpados. Como son ó se hacen personas necesarias para las diversiones de otros, sin ellos parece que no tiene alma la conversacion: al juego, en su esencia, le falta toda la gracia: en fin, las visitas, el paseo, las tertulias y cuantas fiestas profanas hay, les sorben todo el tiempo, reservando solo unos pocos instantes, y esos los últimos de la noche, para rezar precipitadamente algunos salmos. Aun esta corta obligacion del estado, que ellos juzgan ser la única, les parece una carga insoportable. Háceseles pesada la santidad de su carácter, y falta poco para que una gruesa renta, con obligacion de hacer oracion á Dios, no les parezca un beneficio á título oneroso.

¡Pues qué! ¿no se separaron del pueblo, no se alistaron en la familia de Jesucristo sino para hacerse mas lugar en las concurrencias mundanas? ¿Puede representarse escena mas escandalosa? ¿puede darse al público espectáculo mas risible? Siempre hace figura muy ridícula el que representa un papel que no le conviene: nunca sale uno de lo que corresponde á su estado, sin hacerse risible por el mismo hecho. Y esta ridiculez ¿no será mas visible en una persona eclesiástica? ¡Ay mi Dios! ¿quién podrá asegurar en la hora de la muerte á un hombre cargado de obligaciones, todas á cual mas esenciales, todas á cual mas indispensables, todas á cual mas sagradas; y que muere sin haber cumplido jamás puntualmente ni aun quizá con una sola de ellas? Ellos solos bien cubiertos contra las miserias y contra las calamidades de los tiempos; ellos solos exentos de los trabajos y de los cuidados inseparables de los demás estados y condiciones; ellos solos ricos con los bienes de los pobres; ¡es posible que solo han de encontrar lugar para los pasatiempos; que su sagrado carácter solamente les ha de servir para la diversion, y sus crecidas rentas para arrastrar un gran tren y un magnífico equipaje! ¿Entraron acaso en la Iglesia para no salir del mundo? ¡Oh! ¡y qué cuenta darán á Dios!

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 16.*

MEDITACION.

A qué peligros se exponen los que pasan una vida ociosa.

Punto primero. —Considera á qué riesgo nos exponemos en una vida ociosa é inútil, y cuánto debemos temer el castigo de un Dios

justamente irritado, que puede fulminar contra nosotros aquella terrible sentencia de reprobacion, pronunciada contra el árbol que no lleva fruto.

Mucho tiempo há no cesa Dios de cultivarnos: inspiraciones, gracias, auxilios, instrucciones, accidentes imprevistos, leccion de libros, todo se dirige á convertirnos. Ha mucho tiempo que el Señor busca frutos, y no encuentra mas que hojas, ó frutos semejantes á los del campo de Gomorra, que tras de una bella corteza, solo escondian podredumbre y amargura. ¿Cuál será, pues, nuestra suerte? ¿qué destino debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, y que no tiene mas que la apariencia de cristiano, ¿tendrá el cielo por herencia?

Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña, que no hiciese? dice el Señor por el Profeta. Trae á la memoria los auxilios que te he concedido, las gracias que te he dispensado. Después de tantos afanes ¿no debia esperar yo que esta mi viña me correspondiese con frutos dulces? Y en medio de eso no me ha dado mas que racimos muy amargos.

Nunc ergo habitatores Jerusalem, et viri Juda judicate inter me, et vineam meam. Juzgad, pues, ahora vosotros mismos, hombres ingratos, si tengo razon para quejarme de vosotros. Hice por vosotros mas de lo que vosotros mismos os atreveríais á esperar, y en cierta manera aun mas de lo que podríais creer. Convenís en los beneficios que habeis recibido de mi liberal mano. Pero ¿me habeis servido por eso con mayor fidelidad? ¿me habeis amado mas?

Tenemos razon para temer el justo castigo con que amenaza á la viña estéril. *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem.* Echaré por tierra el cercado con que la resguardé, y dejaréla abierta al arbitrio de los caminantes y de los pasajeros; convertiráse en camino público, y será pisada de todos; ya no se cultivará mas; si produjere algo, serán espinas y abrojos; y para colmo de su desdicha, ya no derramaré yo mi apacible lluvia sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Es fácil entender lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en tiempo de Pascua los propósitos mas santos; conocióse el peligro de ciertas visitas, de ciertas funciones, de ciertas concurrencias, de ciertas conversaciones, y de ciertas malas costumbres. Fue fruto del dolor y del arrepentimiento un plan de vida nueva: concluyóse que era indispensable la enmienda y la reforma. Pero á pocos dias después, todo esto dió por tierra. Y un Dios

tan justamente ofendido ¿continuará después sus extraordinarios desvelos? ¿Derramará después con profusion sus especiales favores? ¿Dejará en pié ese cercado que tú mismo haces tantos esfuerzos para derribar? ¿Colmaráte siempre de nuevos beneficios y de nuevas gracias?

Punto segundo. —Considera la desgracia de una alma á quien castiga el Señor con esta justa, pero espantosa privacion. Derribada la cerca, esto es, perdido aquel recogimiento interior, debilitado aquel saludable temor de los juicios de Dios, esterilizados los talentos, y reiteradas las recaidas, se derramará el alma indiferentemente á todos los objetos; será presa infeliz de todas las pasiones; ocuparán tumultuariamente el corazon mil turbulentos cuidados; apenas se dejará percibir la voz de Dios; no harán impresion los saludables consejos de un confesor docto y prudente; miraráse la virtud con tedio y con disgusto; haráse intolerable el yugo del Señor; parecerá como seco y agotado el manantial de las gracias. Y ¿qué será de la pobre alma en tan lamentable estado?

Acaso te lisonjearás con que no te has abandonado á lo último del desorden. Pero acuérdate de que el siervo haragan y perezoso no fue castigado porque hubiese perdido el talento, sino por no haber negociado con él. Esperas volver sobre tí, y confesarte en la primera ocasion. Pero si la confesion que hiciste por Pascua de Resurreccion fue inútil, ¿no debes temer que no lo sea menos la que hagas por Pascua del Espíritu Santo? Mientras tanto el tiempo se escapa, y quizá, quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida. *Jam enim securis ad radicem posita est.* Acaso será la última solicitud de la gracia: acaso será la postrera vez que Dios nos advertirá, que Dios nos tocará el corazon, que Dios nos apretará para que salgamos de este estado infructuoso y estéril. Y después de todo esto ¿no debemos temer que pronuncie contra nosotros aquella sentencia del Padre de familias contra la higuera que no daba higos? *Succidite illam, ut quid terram occupat?* Corten ese árbol cuanto antes, arrójenle al fuego; ¿á qué propósito se le ha de dejar ocupar el terreno de otro que puede dar exquisito fruto, acreditando las diligencias del cultivo?

¡Cosa extraña! Hacemos todas estas reflexiones; á muchos los estremecerán estas verdades; todos convenimos en que es muy arriesgada una vida inútil para el cielo; y en medio de eso, ¡para cuantos serán inútiles estas reflexiones!

No permitais, Señor, que sea yo de este número. Arbol estéril hasta aquí, he hecho ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, Dios de las misericordias; continuad, Señor, continuad en cultivar esta alma por vuestra gracia, que espero dará fruto de hoy en adelante.

JACULATORIAS. — Dadme, Señor, todavía un poco de tiempo, que yo os satisfaré lo que os debo. (*Matth.* XVIII).

Mostrad, Dios mio y Señor mio, en este dia que Vos sois mi soberano dueño, y que yo soy fiel y humilde siervo vuestro. (*III Regum*, III).

PROPÓSITOS.

1 Si has comprendido el peligro á que está expuesta una vida ociosa, inútil y floja, fácilmente evitarás este peligro con el horror que te causará semejante vida. Pero guárdate bien de que este horror se reduzca solo á proyectos aéreos, á deseos inútiles que matan al perezoso. Procura que sea siempre práctico el fruto de todas tus meditaciones, esto es, que se reduzca siempre á la reforma de tus costumbres, á arreglar tu conducta, y á la práctica de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó á lo menos ha habido en ella grandes vacíos: procura que en adelante sean dias llenos todos tus dias, segun la frase de la Escritura. Da desde luego principio por el dia de hoy, practicando en él todas aquellas obras y ejercicios que corresponden á tu estado. Visita á los pobres enfermos en el hospital; consuélalos con tus palabras y con tus limosnas. Si no los puedes visitar en el hospital, ejercita esta obra de caridad con algunos de tu parroquia. Hay muchas familias honradas que tienen gran falta de todo; lo que á tí te sobra, las acomodaria mucho á ellas; socórrelas, y gasta en esto lo que habias de gastar en una mesa espléndida, en un convite inútil, en un vestido superfluo, ó en un mueble no necesario. Harás en esto un gran sacrificio. Ruégote que tomes el gusto á esta práctica.

2 Huye de acompañarte con gente ociosa, y generalmente de toda concurrencia donde reine la ociosidad. Ten continuamente alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor que la ocupe: á la labor suceda la oracion ó la leccion de algun libro devoto. Procura que sea útil hasta tu mismo descanso, por medio de conversaciones que fomenten la virtud y que edifiquen. Acostúmbrate á levantar el corazon á Dios frecuentemente

con breves jaculatorias y con actos de amor suyo. Es devocion muy provechosa rezar el *Ave María* siempre que da alguna hora. Mucho se adelantará con una vida acostumbrada á estos devotos ejercicios: son unas industrias espirituales, al parecer de poca entidad, pero en realidad de gran valor para enriquecerse el alma.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Marcos Evangelista, en Alejandría, discípulo é intérprete del apóstol san Pedro; escribió en Roma el Evangelio á peticion de los Cristianos, y habiéndolo llevado á Egipto, fue el primero que lo predicó en Alejandría, y allí fundó una iglesia; después habiéndolo preso por la fe de Jesucristo, lo ataron con cordeles y lo arrastraron por peñascales, de cuyo tormento quedó muy maltratado; después le encerraron en un calabozo, en el cual le confortaron los Ángeles, y por último, apareciéndosele el mismo Jesucristo, le llamó al reino celestial en el año octavo del imperio de Neron. *(Véase su vida en las de hoy).*

Las letanías mayores, en San Pedro de Roma.

Los santos mártires Evodio, Hermógenes y Calixto, en Siracusa. *(Véase la noticia de estos santos Mártires en el dia* 19, *en la titulada de los santos* Hermógenes, Cayo, Expedito, Aristónico, Rufo y Galata, *confundidos por los adicionadores del P. Croisset, engañados sin duda con la identidad del nombre de* san Hermógenes; *pues atribuyeron al san Hermógenes que se lee en el martirologio de aquel dia los hechos que corresponden al que se lee en el dia de hoy).*

San Esteban, obispo y mártir, en Antioquía, el cual habiendo padecido muchas persecuciones por parte de los herejes, que impugnaban el concilio de Calcedonia, fue sumergido y ahogado en el rio Orontes en tiempo del emperador Zenon.

Los santos Filon y Agatópode, diáconos, en la misma ciudad de Antioquía.

San Aniano, obispo, en Alejandría, discípulo de san Marcos, y sucesor suyo en el obispado, el cual murió en el Señor esclarecido en virtudes. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Erminio, obispo y confesor, en el monasterio de Lobes.

SAN MARCOS, EVANGELISTA.

Fue san Marcos judío de orígen, y se conoce por su estilo que estaba mas versado en la lengua hebrea que en la griega. Era originario de Cirene en la provincia de Pentápolis, y asegura Beda que era de familia sacerdotal. Bien pudo alcanzar á Cristo; pero se tiene por cierto que no fue del número de sus discípulos. Fue sí uno de los primeros que convirtió el apóstol san Pedro después de la venida

del Espíritu Santo, y por eso le llama *hijo* en su primera epístola, por haberle engendrado en Jesucristo.

Por su fervor, por su celo, por su devocion y por el grande amor que profesaba á su maestro, le escogió este por compañero suyo en los viajes, haciéndole su intérprete y confidente. Acompañóle á Roma, donde Marcos tuvo gran parte en lo que san Pedro hizo y padeció para plantar la fe de Cristo en aquella capital del mundo. Sembraba san Pedro, regaba san Marcos, y Dios hacia crecer en abundancia el número de los fieles, tanto, que apenas se hablaba de otra cosa que de la fe de los romanos.

Precisado san Pedro á ausentarse de Roma por atender á las otras funciones de su apostolado, dejó en ella á su amado discípulo Marcos, que cultivó aquella viña con felicidad. En este tiempo fue cuando los fieles de Roma, inflamados cada dia mas y mas en el amor de la verdad, y penetrados de los grandes misterios del Evangelio que san Pedro les habia predicado, rogaron á san Marcos que les dejase por escrito la historia evangélica, para tener el consuelo de conservarla en la memoria, y de repasar muchas veces la doctrina que habian oido al Apóstol. Vencido nuestro Santo de sus piadosas instancias, escribió lo que habia oido al Príncipe de los Apóstoles, ya en sus instrucciones públicas á los fieles, ya en las conversaciones familiares y privadas. No se detiene san Marcos en referir las cosas segun la cronología exacta de los tiempos; sino en observar una grande exactitud y precision en los hechos que refiere, cuidando sobre todo de no omitir cosa alguna de cuantas habia oido de la boca de su maestro, y de seguir fielmente la iluminacion del Espíritu Santo, por cuya inspiracion y órden escribia.

Supo san Pedro por divina revelacion, estando ausente, que san Marcos habia escrito el Evangelio; y vuelto á Roma, le aprobó y mandó que se leyese en la Iglesia. Es este Evangelio, por la mayor parte, como un compendio del de san Mateo, aunque en algunas cosas en pocas palabras añade circunstancias muy considerables. Apunta san Crisóstomo que fue san Marcos mas breve que los otros tres evangelistas por imitar á san Pedro, que gustaba de hablar poco. Y dice Eusebio, que como solo escribió lo que oyó al mismo san Pedro, omitió todo lo que Cristo dijo en tanta gloria y honra de este Apóstol, después que le confesó por Hijo de Dios vivo; y que callando tambien el milagro de cuando caminó san Pedro por el agua, arrojándose al mar en busca de su Maestro, se detiene por el contrario á referir muy despacio y con gran menudencia todo lo que podia ce-

der en humillacion del Apóstol, como el lance de sus tres negaciones, que le costaron tantas lágrimas, del cual hablaba el humildísimo Apóstol con mucha frecuencia.

Escribió san Marcos en griego su Evangelio, por ser esta la lengua mas comun en aquel tiempo, no solo en el Oriente, sino dentro de la misma Roma, donde todos hablaban mas en griego que en latin, hasta las mas ínfimas mujercillas, como se queja y lo satiriza un poeta. Tambien se valió san Pedro de nuestro Santo para escribir la epístola á los fieles de diferentes provincias de la Asia; y aun san Gerónimo cree que todo el estilo es de san Marcos, y que san Pedro solo le dictó la sustancia. Asegúrase que san Pedro envió á san Marcos á Aquileya, y que se detuvo dos años y medio en aquella ciudad, donde convirtió á la fe gran número de personas, y fundó aquella iglesia, que en los primeros siglos fue muy célebre en el Occidente.

Habiendo sido expelidos de Roma todos los judíos por decreto del emperador Claudio por los años de 49 del Señor, fué san Marcos de órden de san Pedro á Egipto para predicar el reino de Dios en aquel vasto país y en todas las provincias que dependian de él. Llevó consigo el Evangelio que habia escrito, para que las naciones á quienes enseñase de viva voz, tuviesen después la misma comodidad que los romanos; porque la lengua griega era, por decirlo así, la lengua de comercio en todo el Oriente, y se usaba aun mas en Alejandría que en Roma.

Lleno san Marcos de aquel mismo espíritu que animaba á los Apóstoles, solo suspiraba por introducir en todas partes la luz de la Religion. Desembarcó en Cirene, de la provincia de Pentápolis, donde obró muchos milagros, y logró gran número de conversiones. Abriendo los ojos aquellos pueblos idólatras á las verdades que les predicaba el nuevo Apóstol, hicieron pedazos los ídolos, y echaron por tierra las estatuas que habian consagrado á los demonios. Desde allí pasó á las otras partes de la Libia, esto es, á aquellas provincias que se llamaban Marmorica y Amoniaca, en las cuales trabajó doce años, y en todas con el mismo buen suceso. Penetró hasta el alto y bajo Egipto, en una y en otra Tebaida, y echó el Señor tantas bendiciones á sus apostólicos trabajos, que aquellos pueblos donde habia reinado el paganismo por espacio de tantos siglos con tanta obstinacion, y que eran de los mas adheridos á las supersticiones mas groseras de la idolatría, fueron en lo sucesivo aquella tierra afortunada, dichosa habitacion de tantos santos anacoretas; y en fin, la tierra

mas agradecida de todo el universo, donde mas y mejor fructificó el grano del Evangelio.

Después que san Marcos desmontó aquel vasto campo cubierto de malezas, resolvió pasar á predicar la fe en la misma Alejandría, que á la sazon era después de Roma la ciudad mas principal del imperio. Habiendo, pues, dejado á sus discípulos para que cultivasen la nueva cristiandad, partió á la corte y cabeza del Oriente, para cuyo apóstol le tenia destinado el cielo.

Refiérese en las actas mas antiguas que al mismo entrar en la ciudad, habiéndosele descosido una sandalia, se la dió á componer á un zapatero, el cual por descuido se picó con la lesna, y en aquel primer movimiento de dolor, exclamó sin libertad, *¡Ay mi Dios!* porque, como observa Tertuliano, hasta ahora no ha podido conseguir la mas ciega y estragada idolatría que el alma en sus primeros movimientos naturales no parezca como naturalmente cristiana, reconociendo á un solo Dios verdadero. Tomó ocasion san Marcos de la exclamacion y grito de aquel pobre zapatero para darle á conocer al único y verdadero Dios, á quien él invocaba sin advertirlo; y aplicándole un poco de lodo á la herida, haciendo sobre ella la señal de la cruz, se le cerró al instante. Aniano, que así se llamaba el zapatero, admirado del milagro, y prendado del aire grave, modesto y mortificado de san Marcos, le instó para que entrase en su casa, descansase y refrescase en ella con todos los de su comitiva; y al mismo tiempo quiso instruirse de la verdad por medio de las preguntas que hizo á su huésped. Después de suficientemente instruido, fue bautizado con toda su familia, y con otras muchas personas que se convirtieron por la doctrina y milagros de san Marcos, haciendo Aniano en poco tiempo tantos progresos, así en el conocimiento, como en el ejercicio de las virtudes cristianas, que dos años después le hizo san Marcos obispo de Alejandría; y este fue el principio de la religion cristiana en aquella gran ciudad.

Multiplicóse tan prodigiosamente en poco tiempo el número de los fieles, que san Marcos se vió precisado á instituir en Alejandría varias iglesias ó parroquias, donde se les instruia en los misterios de la fe, se partia y se les distribuia el sagrado pan de la comunion.

Creció el fervor con el número de los nuevos cristianos. Movidos muchos de ellos de un ardiente deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion, se determinaron añadir la práctica de los consejos evangélicos á la observancia de los preceptos; y en poco tiempo se llenó, no solo aquella gran ciudad, sino todo su territorio, de héroes cris-

tianos, que renunciando todas las conveniencias y regalos de la vida, se ocupaban únicamente en Dios, pasando los dias en el ejercicio de muy rigurosas penitencias, en la leccion de la sagrada Escritura, y en la meditacion de las verdades eternas. Como la mayor parte de estos fervorosos cristianos era de la nacion hebrea, y conservaban todavía muchas ceremonias judáicas, Filon creyó que eran judíos, y son aquellos contemplativos de Egipto llamados *Terapeutas*, nombre que significa los *que están particular y únicamente dedicados á servir á Dios;* y esta fue como la semilla de aquel prodigioso número de solitarios, que algunos siglos después poblaron el Egipto y la Tebaida.

Tantas y tan ruidosas conversiones no podian menos de excitar alguna violenta persecucion. Amotinóse toda la ciudad contra san Marcos, á quien llamaban el *Galileo*, que solo habia venido, como decian ellos, para echar por tierra los ídolos y arruinar el culto de los dioses. Viendo el Santo alborotado al pueblo, y previendo las consecuencias de la persecucion, dió las providencias convenientes para el bien de su iglesia, y consagró por obispo de ella á san Aniano, que está tenido por el primer obispo de Alejandría; porque aunque san Marcos lo fue antes que él, mas se le considera como apóstol que como pastor de un determinado rebaño.

Después de haber proveido de esta manera á las necesidades espirituales de la iglesia de Alejandría, volvió san Marcos á visitar á sus amados hijos en Cristo que habia dejado en Pentápolis; y gastó dos años en correr aquellas provincias y en consolar á los fieles, cuyo número, piedad y devocion crecian cada dia. Restituido á Alejandría, comenzó á disponerse para el sacrificio de su vida que habia de hacer á Jesucristo, el cual no se dilató mucho, porque un dia que el pueblo de aquella ciudad celebraba la fiesta de su ídolo Serapis, comenzó á gritar furioso: *Búsquese con toda diligencia, y sea sacrificado á nuestra justa cólera el enemigo de nuestros dioses*. Poco tiempo gastaron en buscarle, porque le encontraron en el altar, ofreciendo á Dios el divino sacrificio. Arrojáronse sobre él, echáronle una soga al cuello, y arrastrándole por las calles, gritaban: *Llevemos este buey á Bucoles para llevarle después al matadero*. Era Bucoles un sitio cerca del mar, lleno de peñascos, entre los cuales habia algunas praderías donde pastaban los bueyes de la ciudad. Mientras le arrastraban de esta manera desde la mañana hasta la noche, quedando la tierra regada con su sangre, y viéndose en ella algunos pedazos de carne que se desprendian del santo cuerpo con la fuerza de los gol-

pes, el Santo no hacia mas que dar mil gracias á Dios, y cantar sus alabanzas. Habiendo cerrado la noche le metieron en un espantoso calabozo, donde Cristo se le apareció, le consoló, y le aseguró que presto seria con él en su gloria.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando le sacaron de la cárcel, y le volvieron á arrastrar por las calles con la misma algazara é inhumanidad que el dia precedente, hasta que en fin rindió su alma á Dios, y consumó su martirio á los 25 de abril del año 68, en cuyo dia toda la Iglesia latina y griega celebra su fiesta.

Intentaron los gentiles quemar el santo cuerpo; pero habiéndose levantado de repente una furiosa tempestad que los hizo retirar mas que de paso, los Cristianos se aprovecharon de la ocasion, y le enterraron en un hueco ó concavidad abierta en uno de los peñascos de Bucoles, donde solian juntarse para hacer oracion. En el año de 316 se edificó en aquel sitio una magnífica iglesia, en la cual en el sexto siglo se conservaba todavía el manto ó *palio* de san Marcos, que el obispo alejandrino se ponia antes de tomar posesion de su silla episcopal.

Aunque en el octavo siglo estaba ya la ciudad de Alejandría en poder de los sarracenos ó de los árabes mahometanos, todavía se conservaban en ella estas preciosas reliquias con singular veneracion, encerradas en un sepulcro ó urna de mármol, que se veia delante del altar de una iglesia en lo último de la ciudad hácia la parte del mar, lo que muestra que las habian trasladado del lugar donde las habian enterrado al principio.

En el año de 870 era ya opinion pública y universalmente recibida que el cuerpo de san Marcos no estaba en Alejandría, porque los venecianos le habian hurtado secretamente, bien persuadidos á que era un grande acto de religion libertarle del furor de los mahometanos y de los árabes.

Está debajo de la proteccion de san Marcos esta serenísima República, y en el dia 25 de abril se celebra en Venecia la fiesta del santo Evangelista con solemnidad verdaderamente augusta. Tambien se celebra en ella con singular magnificencia la fiesta ó la memoria de su traslacion el dia 31 de enero; y el 25 de junio se celebra otra tercera fiesta con el título de *la aparicion de san Marcos*, esto es, de la invencion ó descubrimiento de su santo cuerpo, que fue hallado en el siglo XI, habiéndose ignorado por mucho tiempo el sitio donde estaba escondido aquel precioso tesoro.

En el mismo dia celebra la Iglesia la institucion de las Letanías

mayores, hecha por san Gregorio el Grande el año de 590, para aplacar la cólera de Dios que se experimentaba en Roma con efectos muy sensibles por la cruel peste que desolaba la ciudad. Queriendo aplacar la ira de Dios aquel insigne Pontífice, ordenó por tres dias consecutivos se hiciesen procesiones generales y oraciones públicas. Llamáronse entonces *Letanías septenarias*, porque disponiendo el Santo que todos los fieles se distribuyesen en siete coros, mandó que á un mismo tiempo saliesen todos de siete iglesias diferentes, como para formar otras tantas procesiones. No le engañó al fervorosísimo Pontífice su grande confianza en la intercesion de la santísima Vírgen y de los Santos; porque llevando en la mano la imágen de Nuestra Señora, que se cree comunmente haber sido pintada por san Lucas, al llegar cerca de la mole de Adriano se dejó ver sobre ella un Ángel en ademan de quien metia en la vaina una espada desenvainada que tenia en la mano, y desde aquel punto cesó el azote de Dios; y el castillo que se levantó después en aquel mismo sitio se llamó, y se llama hoy en memoria de esta aparicion, *el castillo del santo Ángel*. Y porque se cree que estas procesiones fueron instituidas el dia 25 de abril, consagrado á la memoria de san Marcos, por eso hace la Iglesia en este dia su conmemoracion aniversaria.

SAN ANIANO, PRIMER OBISPO DE ALEJANDRÍA.

Las actas de san Marcos nos dicen, que era zapatero en esta ciudad, cuya mano atravesada con un lesnazo le curó san Marcos la primera vez que fué á aquella ciudad. Tales fueron sus progresos en virtud y doctrina, que san Marcos le constituyó obispo de Alejandría en su ausencia; y Aniano gobernó con él aquella iglesia por espacio de cuatro años y diez y ocho dias, y siete meses después de su muerte, segun la Crónica oriental. Murió en el año de 86 á los 26 de noviembre; pero se hace de él conmemoracion en el Martirologio romano en el mismo dia de san Marcos. Fue un hombre, dice Eusebio (*hist. l. 2, c. 24*), muy agradable á Dios, y admirable en todas sus cosas: san Epifanio hace mencion de una iglesia erigida en su honor en Alejandría. (*Haeres. 69, c. 2*).

La Misa es en honor de san Marcos, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Marcum evangelistam tuum evangelicae praedicationis gratia sublimasti; tribue, quaesumus, ejus nos semper eruditione pro-

Ó Dios, que elevaste á tu santo evangelista Marcos por la gracia de la predicacion del santo Evangelio; concédenos que nos aprovechemos de su san-

ficere, et oratione defendi: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

ta doctrina, y seamos protegidos de su poderosa intercesion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo I *de Ezequiel.*

Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor: facies autem bovis, à sinistris ipsorum quatuor, et facies aquilae desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennae eorum extentae desuper: duae pennae singulorum jungebantur, et duae tegebant corpora eorum: et unumquodque eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, nec revertebantur cum ambularent. Et similitudo animalium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Haec erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertebantur, in similitudinem fulguris coruscantis.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian cara de hombre, y cara de leon tenian todos cuatro por su parte derecha, y cara de buey tenian todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblantes de águila: sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de ellos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movia segun la direccion de su semblante: adonde les llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atrás. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de este rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

REFLEXIONES.

En el lenguaje de los Profetas todo es enigma, todo misterio. Habla Dios muy de otra manera que los hombres; y la mas sabia y mas juiciosa inteligencia y penetracion de los hombres, es sujetarse con respeto y con humildad á la majestuosa oscuridad de la palabra de Dios. ¿Qué concepto haríamos de nuestro Dios si solamente pensase y hablase como hablan y piensan los hombres; ó si los hombres pudiesen penetrar y comprender todo lo que Dios piensa y habla? ¡Oh, y qué prueba tan sensible de la necesidad de la fe es esta infinita desproporcion! En Dios todo es sobrenatural, todo superior á la razon; descamínase y se pierde el entendimiento humano cuando solo quiere seguir lo que alcanza por sí mismo. Lleno está el mundo de experiencias concluyentes que acreditan esta verdad. Todas cuantas herejías han brotado en todos tiempos son pruebas y ejemplos que la convencen. La luz del entendimiento humano en materia de religion es como aquel fuego fatuo, ó como aquellas exhalaciones luminosas

y fugaces que se encienden de noche, y solo sirven para conducir a precipicio á los que se fian de ellas. Ni hay, ni puede haber otra antorchas seguras que las luces de la fe; camínase con seguridad yendo delante tales guias. ¿Pudiera Dios instruir al hombre en una verdades tan sobrenaturales, tan superiores á lo que puede concebir, tan desproporcionadas á las ideas que tiene, sino por medio de las luces de la fe? ¿pudiera Dios instituir una religion que estuviese exenta de esta humilde sujecion y ciego rendimiento á sus revelaciones y á su divina palabra? ¿Puede haber mayor extravagancia que pretender que un entendimiento tan corto, tan limitado como el nuestro, que ignora la maravillosa estructura de una hojita, de una flor; que no sabe contar los cabellos de la cabeza, quiera erigirse en censor y en juez de las verdades de la Religion; que apele de estas á su tribunal; que condene y repruebe todo lo que no entiende; y que intente que Dios no sepa decir sino lo que él sabe comprender? Pero si fuere oscura la divina palabra, ¿quién nos declarará su verdadero sentido? Ya proveyó esto el mismo Cristo, comunicando su espíritu á la Iglesia para que ella sola fuese su legítima intérprete; fuera de ella, todo lo demás son profetas falsos. Una es la verdad, uno es el oráculo, y este único oráculo es la Iglesia. ¡Mi Dios, qué seguro, y al mismo tiempo qué breve y qué fácil es este camino de la salvacion! Para hacernos hábiles en esta sublime ciencia, todo nuestro estudio se debe reducir á cautivar el entendimiento en obsequio de la obediencia de Jesucristo. El ser de Dios, las verdades elevadas de la Religion son incomprensibles al entendimiento humano; esto mismo convence á mi razon de que son verdaderas, y para esta reflexion me sirve mi razon. La vision que tuvo el profeta Ezequiel representaba la gloria de Dios, como él mismo lo declara en estos términos: *Tal fue la imágen de la gloria del Señor*. Pues ¿de qué nos admiramos ya, si habiéndosele representado esta imágen toda envuelta en oscuridad, habla por jeroglíficos y por misterios? ¡Qué elevados sentidos no encerró Dios en estas imágenes! ¡qué idea mas magnífica de la grandeza de Dios! ¡qué representacion mas majestuosa de su santidad! ¡qué retrato mas misterioso de los sagrados reyes de armas del Evangelio! Escribieron y predicaron únicamente por el impulso é inspiracion del espíritu divino, que gobernaba su pluma y su lengua; fueron á todas las partes donde Dios los envió andando y desandando, segun el Señor les inspiraba, sin que nadie fuese capaz de detenerles; tuvieron alas y manos; contemplaron á Dios, y le anunciaron á los hombres. La santidad que nos enseña el

Evangelio es ciencia práctica; la fe sin obras es muerta. No hay en la Escritura misterio que no sea un documento.

El Evangelio es del capítulo x *de san Lucas.*

In illo tempore designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui: et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem ad vos revertetur. In eadem autem domo manete edentes et bibentes quae apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quae apponuntur vobis: et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares adonde él habia de ir; y les decia: La miés es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la miés que envie operarios á su hacienda. Id: hé aquí que os envio como corderos entre lobos. No lleveis bolsa ni zurron, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea en esta casa: y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entráreis, y os recibieren, comed lo que os pongan delante: y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

De la palabra de Dios, y de la disposicion con que se debe leer y oir.

Punto primero. — Considera que no hay cosa mas eficaz, no la hay mas fuerte que la palabra de Dios. ¡Qué no ha obrado en el órden de la naturaleza, y qué maravillas no ha hecho en el órden de la gracia! Esta divina palabra fue la que con su divino poder sacó de la nada todo cuanto tiene ser; la que estableció los cielos, y dió á la tierra su consistencia y su fecundidad. Por la virtud de esta divina palabra el sol se para en medio de su carrera, y las aguas se consolidan y se detienen inmobles. Habla Cristo, y el mar se humilla, las tempestades calman, y hasta la misma muerte oye y obedece su voz. Pero ¡qué no ha hecho en el órden de la gracia esta palabra omnipotente! ¡qué milagros mas estupendos, qué maravillas mas asombrosas!

¿No es la palabra de Dios la que convirtió y santificó al mundo? ¿la que triunfó de la idolatría? ¿la que domó el vicio y la impiedad? ¿la que destrozó los cedros del Líbano, y abatió el orgullo de las potestades de la tierra? ¿No es ella la que anunciada por doce pobres pescadores, sin cultura, sin elocuencia, sin arte, se dejó escuchar de todo el universo, persuadió á los filósofos, confundió á los disolutos, convenció á los ateistas? La sabiduría humana, la razon orgullosa, las pasiones desenfrenadas, la inclinacion á los deleites, el amor de la vida, todo cejó, todo se rindió, todo cedió á la omnipotente virtud de la divina palabra. Vióse ya mas de una vez que al acabar de oir un sermon, al acabar una leccion espiritual, al salir de una meditacion, se dejó el trono, se abandonó la corte, se buscó un desierto, y se trocó la púrpura real por un áspero cilicio. Nada ha perdido de su virtud la palabra de Dios, porque ni se envejece, ni se debilita. Pues ¿de dónde nace que siendo tan fecunda como de suyo lo es, parezca el dia de hoy tan desvirtuada y tan estéril en el cristianismo? Nunca se predicaron mas sermones, y nunca se vieron menos conversiones. Puede decirse con verdad, que el ministerio santo de la predicacion, que en el curso regular de la Providencia debiera producir frutos tan abundantes y copiosos, hoy con grande confusion nuestra se ha hecho uno de los empleos, al parecer, mas inútiles. No atribuyamos esta espantosa esterilidad á la divina semilla, sino á la tierra que la recibe. Óyese la palabra de Dios sin disposicion; con qué no es maravilla que se oiga sin gusto: léese con orgullo, por curiosidad, con espíritu de contradiccion, con el corazon preocupado, sin sumision, sin docilidad, sin respeto. ¡Y después nos admiramos de que se convierta en veneno este excelente alimento! ¡que este admirable maná se derrita y se corrompa! En un estómago enfermo los mejores alimentos se corrompen, y causan enfermedades mortales. El mayor castigo con que amenaza Dios á su pueblo es, no ya el hambre, sino quitar la virtud al pan. No hay hoy cosa mas comun entre los fieles que la palabra de Dios: ¡cuántas veces la he oido y la he leido! pero ¿cuántos milagros, cuántos frutos ha producido en mí? ¡Buen Dios, cuánto debe espantarme esta esterilidad!

Punto segundo.—Considera que tan pernicioso es no tomar alimento, como tomarle estando en mala disposicion. Igualmente se muere de hambre que de enfermedad. ¿Óyese la palabra Dios como palabra de Dios? Preguntémoselo á la ansia que se tiene de oirla, al

respeto y á la docilidad con que se oye. ¡Cuántos van á oirla solo por hacer juicio de los talentos y de la habilidad del que predica! Se hace vanidad de la misma resistencia, solo por acreditarse de mejor y mas delicado gusto. Cuando hace alguna fuerza el sermon, se piensa que todo está ya hecho, y sin embargo se puede decir que nunca nos resta mas por hacer. Algunos van á oir la palabra de Dios solo por oir al predicador, esto es, no tienen otro motivo para asistir al sermon, sino el estar convidados; van por bien parecer, por atencion, por costumbre, ó por pasar una hora de tiempo: vase tambien por empeño, por parcialidad, y tal vez por pura adulacion, lisonja ó complacencia. Los motivos de aquellas damas, que solo van al sermon por dejarse ver, por brillar y por lucirlo: los de aquellos disolutos de tan poca religion: los de aquellos ociosos que solo se mueven por humor ó por capricho: los motivos de todas estas personas tan poco cristianas, ¿son siempre muy espirituales, son muy puros? ¡Y no seria maravilla que la palabra de Dios fructificase en corazones tan mal dispuestos; que estos peñascos diesen agua; que prendiese el grano sembrado entre estas piedras y en medio del camino!

Son pocos los que se aplican á sí lo que oyen al predicador. Se hace un retrato que se nos parezca, se dice que aquello no es predicar sino morder; no es doctrina sino sátira. Y á vista de esto ¿nos causara admiracion, que con tantos ministros del Señor, que anuncian su palabra con tanta energía; que resonando á cada paso en todos los púlpitos las verdades mas terribles de la Religion, sean tan pocos los que se conviertan? Se sale por la mañana del sermon con ánimo de ir por la tarde á la comedia; y se oye esta con mas atencion que aquel. Háblanos Dios; ¡con qué respeto, con qué docilidad, con qué sumision, con qué humildad se le debe oir! ¿Será buena disposicion para oir, ó para leer la palabra de Dios, un gusto de novedad, un espíritu de curiosidad y de crítica?

¡Ah Señor, y cuánto he perdido yo! ¡y qué motivos de dolor me he fabricado á mí mismo! Solo con consultar el fruto que he sacado de vuestra divina palabra, me basta para comprender cuánto he perdido, y cuánto tengo que llorar. Si basta sepultar el talento para condenar á un deudor negligente y perezoso, ¿qué deberé pensar yo de lo que os debo? Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo; que con vuestra divina gracia yo sabré aprovecharme tan bien de vuestra divina palabra, yo negociaré tanto con este celestial tesoro, que todo os lo pagaré.

JACULATORIAS.—Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la practican. (*Luc.* XI).

Tu palabra es luz que me dirige, y linterna que me alumbra. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La palabra de Dios es omnipotente. Habló Dios, y todo le obedeció. Hasta la nada, por decirlo así, oyó su voz, y no pudo resistirse á sus preceptos. ¿Qué virtud no tiene esta divina palabra aun en la boca misma de los hombres? Hace que las ondas se endurezcan y se consoliden debajo de los piés; hace que los mas duros peñascos broten agua en abundancia; hace que se abran los sepulcros, y que vomiten vivos á los que tragaron cadáveres. Toda la naturaleza enmudece, todo calla cuando habla Dios, y su voz jamás se debilita.

Pues ¿de dónde nace que esta divina palabra, cuya virtud nunca envejece, sea hoy tan poco eficaz; y que la voz de Dios, que se hace oir hasta en los abismos, que trastorna los mas empinados, los mas robustos cedros del Líbano, no pueda, al parecer, penetrar el corazon del hombre, ni abatir su orgullo? Dios predica, Dios habla, Dios amenaza; pero ¿quién se convierte? ¿De dónde proviene esta impía resistencia de nuestros corazones? Proviene de que se oye la palabra de Dios sin docilidad, de que se asiste á los sermones con mala disposicion. Cae este misterioso grano ó en medio del camino, y le pisan los pasajeros; ó en tierra pedregosa, y se seca por falta de jugo; ó entre zarzales y espinas, y estas le sufocan: es muy poco el que cae en buena tierra. Examina cuál de estas parábolas te comprende. Tu corazon es esta tierra; pero ¿es acaso la tierra del camino real por donde todos pasan? ¿es la tierra pedregosa? ¿es la que está llena de las espinas que brotan las pasiones? ¿Con qué disposicion va á oir el sermon? Prueba clara del poco caso que haces de él, es el poco fruto que sacas. Comienza acusándote con dolor en la primera confesion de este poco aprecio, de esta indiferencia, y de lo que has abusado tanto tiempo há de la palabra de Dios, observando en adelante los consejos siguientes. Primero: Antes de ir al sermon, dite á tí mismo que vas á oir la palabra de Dios. Segundo: Al empezarse el sermon, pide al Señor te dé gracia para aprovecharte de él con esta breve oracion: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus:* Hablad, Señor, que vuestro siervo oye; ó por medio de esta otra: *Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua; tempus faciendi, Domine:* Vuestro siervo soy, Señor: dadme entendimiento

para conocer lo que quereis que haga, y para practicarlo; porque ya es tiempo de acreditar mi rendimiento mas con obras que con palabras. Tercero: Oye con respeto la palabra de Dios, estando persuadido que á tí solo se dirige, y contigo solo habla. Cuarto: Cuida que las aves no se coman todo el grano; y después del sermon pide al Señor su gracia para que no se pierda lo que oiste.

2 Es la sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¡Qué indignidad es leerla sin atencion, sin devocion y sin respeto! ¡qué impiedad abusar de ella para burlas, para chanzonetas, para aplicaciones profanas! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los herejes para corromper el sagrado texto. Ellos gritaban y publicaban en todas partes que aquella era la palabra de Dios. De aquí nació aquella tropa de espíritus ligeros ó corrompidos, que en todos tiempos corrieron á engrosar el partido de los herejes: de aquí aquel espíritu de rebelion contra la Iglesia, que siendo la única depositaria de la fe, y la única á quien el Señor ha prometido su verdadero espíritu, es tambien la única que puede descubrir, desenmarañar, y proscribir el error. Ninguna herejía ha habido en que no haya reinado el fanatismo: habla la pasion, el orgullo y la disolucion, y ella grita que es Dios el que habla. No hay cosa mas perniciosa que los libros heréticos: ten un santo horror á todos los que condena la Iglesia. Por lo comun están escritos con mucho arte, con bello estilo, con gracia, con sal: el papel, la letra, hasta la misma curiosidad de la encuadernacion embelesa; pero es muy peligroso el veneno de que están llenos: cuanto mejor preparado, es mas sútil, mas digno de temerse; rara vez se expele si una vez se introduce. Sola la Iglesia conserva la palabra pura de Dios: nunca leas otros libros que los que ella autoriza, ó no condena; y procura informarte de un sabio y santo director qué libros podrás leer sin peligro. El estómago débil no puede con alimentos fuertes. Apenas ha habido secta ó herejía que no haya traducido en lengua vulgar la sagrada Escritura, poniéndola en manos de ignorantes y de mujeres. Presto se toma una plaza cuando se envenenan todas las fuentes. No sin razon ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la sagrada Escritura en lengua vulgar. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devocion y con mucho respeto. Muchos Santos la leian de rodillas y con la cabeza descubierta. ¡Oh, y cuánto es de temer que este prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortísimos entendimientos no nazca del enemigo de la salvacion y del espíritu de orgullo!

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Cleto, papa, en Roma, el segundo que gobernó la Iglesia después de san Pedro, apóstol; fue coronado con el martirio en la persecucion de Domiciano. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Marcelino, papa y mártir, allí mismo, el cual en tiempo de Maximiano, por defender y confesar la fe de Jesucristo fue degollado en compañía de Claudio, Cirino y Antonino: fue tan cruel la persecucion que entonces se levantó, que en un mes fueron martirizados diez y siete mil cristianos. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Basileo, obispo y mártir, en Amasea en el Ponto, el cual imperando Licinio, padeció glorioso martirio; su cuerpo lo echaron en el mar, y después lo halló Elpidiforo por aviso de un Ángel, y lo enterró honoríficamente.

San Pedro mártir, primer obispo de Braga, en Portugal. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Clarencio, obispo y confesor, en Viena.

San Lucidio, obispo, en Verona.

San Ricario, presbítero y confesor, en el monasterio de Centola.

Santa Exuperancia, vírgen, en Troyes.

SAN CLETO, PAPA Y MÁRTIR.

San Cleto fue romano; y habiéndole convertido á la fe el apóstol san Pedro, se hizo discípulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fue ejemplo y modelo de todo el clero de Roma, así por su celo, como por su fervor y admirable devocion.

Con su afabilidad conquistaba los corazones de todos, hasta de los mismos paganos; y el grande amor que profesaba á Jesucristo daba á entender que habia heredado de su maestro aquella singular ternura, con que este habia mirado siempre al Salvador. Hacia san Pedro tanto aprecio de san Cleto, que se cree, y con razon, haberle escogido juntamente con san Lino, no solo para trabajar á su vista en Roma y sus contornos, como los demás operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para que en su ausencia gobernasen aquella primera iglesia del mundo.

Habiendo terminado san Pedro el año 67 del Señor su gloriosa carrera por medio del martirio, le sucedió inmediatamente san Lino, y á san Lino sucedió san Cleto. Bien era menester un Pontífice tan grande en aquellos dificultosos tiempos de una Iglesia recien nacida y de una persecucion tan universal, en que los fieles estaban tan ne-

cesitados de quien los socorriese y los alentase. Todo lo hallaron en la inmensa caridad de nuestro Santo. No hubo provincia tan remota en toda la extension del imperio romano, no hubo rincon tan escondido que no sintiese los efectos de su caridad y de su celo en las necesidades de los Cristianos. A unos socorria con limosnas, á otros alentaba con sus cartas, y á todos dirigia y consolaba con sus paternales instrucciones. Aunque el rebaño era muy numeroso, á todo proveia el vigilante Pastor. Ordenó en Roma á veinte y cinco presbíteros, y no omitió medio alguno de cuantos podian contribuir al bien, aumento y propagacion de la Iglesia.

Habia doce años que la gobernaba con toda aquella vigilancia, prudencia y acierto que se podia esperar de uno de los mas amados discípulos del Príncipe de los Apóstoles, cuando Domiciano, el tirano mas cruel y el mas mortal enemigo de los Cristianos que hasta ahora se ha conocido, excitó contra ellos una de las mas horribles persecuciones que padecieron jamás. No se pueden decir las crueldades que ejerció contra los siervos de Cristo, cuyo nombre estaba resuelto á exterminar. A un mismo tiempo rompió la tempestad en todas partes: en un solo dia se contaron muchos millares de Mártires; y en todos los rincones del mundo corrian arroyos de sangre de aquellos héroes cristianos.

Pero hacia poco caso el tirano de la exterminacion del rebaño, mientras quedase con vida el pastor; y así convirtió contra él toda su rabia. Mandó que fuese buscado el Pontífice romano, el cual no cesaba de correr dia y noche por la ciudad y por la campaña, arrastrado, digámoslo así, por grutas y por cavernas, para asistir y consolar á los fieles. Fue preso san Cleto, y metido en una cárcel cargado de cadenas. La alegría que mostró, con admiracion de todos, acreditaba el deseo que tenia de derramar su sangre por Cristo; pero la impaciencia con que estaba el tirano por verle acabar la vida, le ahorró muchos tormentos. Fue, pues, martirizado en Roma el dia 26 de abril del año de 96. Consérvase su cuerpo en la iglesia de San Pedro en el Vaticano, y se muestran algunas de sus santas reliquias en la de San Pablo de Plaza Colona.

Hónrale como á su patrono y titular la ciudad de Ruvo en la antigua Calabria, creyéndose en ella, por antigua tradicion, que habiendo venido á ella san Cleto, viviendo todavía san Pedro, ó poco después de su muerte, siguiendo sus carreras apostólicas, convirtió á la fe á la mayor parte de sus vecinos, y fue su primer obispo, ó á lo menos su apóstol, antes de ascender al sumo pontificado.

SAN MARCELINO, PAPA Y MÁRTIR.

Fue san Marcelino de Roma, hijo de uno que se llamaba Proyecto. Sus grandes prendas y virtud se dejan conocer por lo mucho que se distinguia en el clero, y por la general estimacion que se merecia en toda la ciudad. Habia hecho importantes servicios á la Iglesia en el pontificado de san Cayo. Era sabio en la ciencia de los santos; infatigable en el trabajo; y estaba bien instruido en las necesidades de la Iglesia; por lo cual, después de la muerte de san Cayo, fue escogido para gobernarla en aquellos borrascosos tiempos del imperio de Diocleciano y Maximiano, enemigos inexorables del nombre cristiano, que habian jurado perder á la Iglesia del Señor. Ascendió san Marcelino á la Silla apostólica el año de 296. Asegura Teodoreto, que supo adquirirse grande gloria en tiempos tan calamitosos. Era de gran consuelo su prudencia y su virtud en medio de un pueblo, á quien el nombre solo de cristiano irritaba y enfurecia; y su celo se dejó sentir de los fieles. Hácia el año 303 se declaró la guerra contra la Iglesia, y publicó Diocleciano nuevos decretos, mandando que se emplease todo género de tormentos para exterminar de una vez á los Cristianos. Fue tan horrible la persecucion, que en menos de un mes se contaron quince mil Mártires. No perdonó al pontífice de Roma; porque echando mano de Marcelino, y arrastrándole á la cárcel, le hicieron padecer todo cuanto puede inventar un pueblo furioso para cansar la mas sufrida paciencia.

Usaron de todas las amenazas que pudo discurrir la mas bárbara inhumanidad para intimidar á un pobre viejo: llevároule arrastrando al templo de Júpiter, y amenazándole que le harian sufrir de una vez todos los suplicios, si no sacrificaba á los dioses, le obligaron á ofrecer incienso á los ídolos. Olvidado entonces Marcelino de quien era, vencido del temor de los tormentos y abatido de su propia flaqueza, cayó en la miseria de ofrecer incienso á los dioses falsos, afligiendo y contristando á la Iglesia con tan funesta caida.

A la verdad, no duró mucho, porque inmediatamente se siguió el arrepentimiento. Apenas se vió en libertad, cuando penetrado del mas vivo dolor, se entregó todo á las lágrimas y á los suspiros. Horrorizado con la gravedad de su culpa, y no queriendo perder un instante de tiempo para reparar el escándalo, escribió luego á todos los obispos que podian juntarse prontamente, y los convocó para Sinuesa, ciudad de Italia en la Campaña, ó tierra de Labor.

Habiendo concurrido á ella muchos obispos, se dejó ver el papa

Marcelino en medio del concilio en traje de penitente, y deshaciéndose en lágrimas, pidió á los Padres le alcanzasen del Señor el perdon de su enorme culpa, y le impusiesen por ella la penitencia que gustasen. Aturdidos los Padres al ver en estado y traje tan humilde á la cabeza visible de la Iglesia, le respondieron todos á una voz: «La primera silla del mundo no reconoce tribunal superior, ni pue«de ser juzgada de algun otro. Pues imitásteis á Pedro pecador, imi«tad á Pedro penitente; sed su copia, así como sois su sucesor. Por «su contricion y por sus lágrimas obtuvo él la remision de sus pe«cados: por las vuestras debeis vos esperar de la bondad infinita de «Dios la remision de los vuestros. Ninguno de nosotros tendrá osa«dia para juzgaros; sed vos mismo vuestro juez; á vos os toca repa«rar el escándalo que habeis dado.»

No dilató mucho tiempo el repararle. En aquel mismo dia se presentó él propio ante el juez, y le dijo con valor, que si por haber presumido demasiadamente de sus propias fuerzas, habia tenido la desdicha de ceder al miedo de los tormentos, esperaba ahora en la gracia de Jesucristo, único y solo Dios verdadero, que repararia su flaqueza, padeciendo por la fe, que confesaba, los mas horribles suplicios. Presentáronle luego á Diocleciano, y viéndose Marcelino en su presencia, le dijo: «Confieso, señor, que tuve la desgracia de «dejarme intimidar de vuestras amenazas, y de ofrecer incienso á los «ídolos; pero aquí estoy para reparar mi culpa. En vuestras manos «me teneis: cuanto mas me hiciéreis padecer, mas contentaréis la «ansia que tengo de hacer penitencia. Bien podeis atemorizar á los «Cristianos, y bien pueden apostatar algunos tan flacos y tan mise«rables como yo; pero ni nuestra miseria ni vuestros tormentos po«drán derribar la Iglesia. Cristo, mi divino Salvador, único y solo «Dios verdadero, la cimentó sobre un fundamento inmutable y «eterno.»

Irritóse tanto el tirano al oir aquella tan generosa confesion de nuestro Santo, que mandó le cortasen al punto la cabeza, lo que se ejecutó al instante. Y de esta manera reparó este ilustre y Mártir santo Papa, con el derramamiento de su sangre, su triste caida, y el escándalo que habia dado.

No ignoro que algunos autores modernos han querido poner en duda este hecho; pero habiendo pesado bien sus razones, me pareció mas acertado deferir á los autores que florecieron mas há de mil y doscientos años, y á la de unas actas tan antiguas, que á la crítica poco segura de los que escribieron de ayer acá.

Mas de un mes estuvo en la plaza, donde se ejecutó la sentencia, el cuerpo de nuestro Santo, con los de san Claudio, Quirino y Antonino, por haber mandado el Emperador que ninguno les diese sepultura; pero al fin el presbítero Marcelo los hurtó de noche, y los enterró en el cementerio de Priscila. Aseguran muchos que el año de 849 el papa Leon IV regaló el cuerpo de san Marcelino á Nomenoy, duque de Bretaña, que habia tomado el título de rey; y que fue llevado con gran pompa á la abadía de San Salvador de Rodon, en la diócesis de Vanes, cuyo abad era san Couvoyon, que hacia oficio de embajador de Nomenoy cerca del Papa.

SAN PEDRO MÁRTIR, OBISPO DE BRAGA.

Aunque nos dicen varios escritores de este celebérrimo Prelado que fue de orígen judío, llamado Malaquías el Anciano, ó Samuel el Jóven hijo de Urías, enviado á España con otros muchos de su nacion por Nabucodonosor en tiempo de la expugnacion de Jerusalen; á lo que añaden que le resucitó en Braga el apóstol Santiago cási seiscientos años después de su muerte; con todo graduan esta noticia por fabulosa los mejores críticos, que solo estiman por actas legítimas las que suponen haber sido este ilustre Prelado uno de aquellos celosísimos discípulos que tuvo Santiago, cuando ilustró á España con la luz del Evangelio. Conoció el santo Apóstol lo mucho que contribuiria para sus gloriosas conquistas un ministro del carácter de Pedro, y le consagró obispo de Braga, que fue metrópoli de la provincia Lusitana en tiempo de los romanos, y tambien en el de los godos.

Colocado Pedro en tan eminente dignidad, predicó la fe de Jesucristo á la multitud de infieles de que se componia aquella numerosa ciudad: mostróles las verdades esenciales de nuestra santa Religion con el mismo espíritu, y con el mismo valor que su maestro; y no pudiendo resistirse los idólatras á los concluyentes discursos con que les hizo ver los crasos errores que adoptaban en sus ridículas supersticiones y en sus horrendos sacrificios, redujo á no pocos infieles al verdadero conocimiento de la ley evangélica. Mucho contribuyeron para este logro los portentosos milagros con que confirmó Pedro la doctrina que predicaba: entre los que fue muy memorable la prodigiosa curacion de una lepra asquerosa que padecia la hija del régulo, regente ó gobernador de la provincia, por cuyo beneficio abrazó esta con su madre nuestra santa Religion. Un suceso tan feliz encendió mas el celo al varon apostólico; y no contento con la regenera-

cion de aquellas en Jesucristo, hizo conocer á la noble doncella el mérito y las prerogativas de la virginidad, de suerte que resolvió firmemente guardar esta virtud tan agradable á los divinos ojos.

Llegó á entender el gobernador los progresos que Pedro hacia en la religion cristiana, especialmente con su mujer y con su hija; y olvidándose del agradecimiento que debia al gran beneficio que ejecutó con esta, quiso quitarle la vida. Supo el ilustre Obispo la determinacion del régulo; pero considerando que podia ser útil á su iglesia recien plantada, se ausentó secretamente de Braga, mientras se resfriaba la cólera del ingrato Gobernador. No le valió al varon apostólico un efugio tan prudente, porque como los deseos de aquel tirano eran acabar con el célebre operario del Padre de familias, á quien miraba como el mayor enemigo de sus falsos dioses, despachó en su busca fieros ministros para que le diesen muerte. Encontráronle en un pueblo llamado Rates, distante de Braga como unas cuatro ó cinco leguas; y sin que precediese alguna de las formalidades acostumbradas en los juicios, le dieron muerte alevosa delante del mismo altar donde ofrecia á Dios el santo sacrificio. Dejaron tirado por el suelo el venerable cuerpo del ilustre Mártir; pero no atreviéndose los pocos cristianos que habia en aquella poblacion á darle sepultura por temor de los perseguidores, providenció el Señor quien hiciese aquel oficio piadoso.

Hallábase cerca de Rates un varon virtuoso llamado Feliz, que se habia retirado á la cumbre de un monte, con el noble objeto de seguir el tenor de la vida eremítica. Vió subir de Rates hacia el cielo unas luces de extraordinario resplandor, y conduciéndose al sitio que indicaban, halló el cuerpo del insigne Mártir envuelto en su propia sangre. Dióle sepultura en el mismo lugar, si no con la pompa funeral que exigia el mérito del célebre Mártir, á lo menos con aquellos afectos de veneracion que inspira nuestra santa Religion para con héroes que la ennoblecieron con su sangre. Estuvo en aquella humilde situacion hasta que cesó el furor de los perseguidores; y luego que gozó de paz la Iglesia, erigieron los fieles un templo magnífico en honor del Santo, cuyo sepulcro quiso el Señor hacer célebre con algunas curaciones milagrosas que se refieren en los breviarios de Braga.

En Rates permaneció el cuerpo del santo Obispo en grande veneracion hasta el dia 17 de octubre del año 1552, en que por solicitud del arzobispo de Braga D. Baltasar Limpoo fueron trasladadas á la iglesia catedral, saliendo á recibirlas en procesion solemne los

cabildos eclesiástico y secular con todos los ciudadanos. Provisionalmente se depositaron en la capilla mayor, mientras se disponia lugar decente para su colocacion, la que con efecto se hizo en la capilla de san Pedro sita al lado del Evangelio sobre un altar especial del Santo, en cuyo sepulcro se esculpió en idioma portugués la inscripcion siguiente: *Aquí yace el cuerpo de san Pedro mártir, discípulo de Santiago, trasladado de la iglesia de Rates á este sepulcro en el dia 17 de octubre del año 1552.* Concluido este acto, dispuso el mismo Arzobispo que se pusiese una parte del cráneo del venerable Prelado en un costoso relicario, el que se guardase en la sacristía para darle á adorar á los fieles; y tambien fundó cinco capellanías, para que sus poseedores celebrasen el sacrificio de la misa diariamente en la misma capilla, á la que están concedidas varias indulgencias por la Santa Sede. A este Santo llaman unos *Bracarense*, por la silla, otros de *Rates* ó *Ratícense* por el lugar donde padeció.

TRASLACION DE SANTA LEOCADIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

El cuerpo de la santa vírgen Leocadia, mártir española del siglo IV, cuya vida escribirémos el dia 9 de diciembre, fue sepultado junto á Toledo, su patria, donde habia padecido, en un templo que se edificó fuera de la ciudad en la vega, no léjos del Tajo. En este templo por respeto á tan venerables reliquias se mandaron enterrar san Ildefonso y otros prelados, y se celebraron los concilios IV, V, VI y XVII de Toledo. Allí se conservó hasta la destruccion de España por los moros, con cuyo motivo escondieron los fieles muchas reliquias, otras retiraron á Oviedo y á otros lugares mas seguros. Del de nuestra Santa creen unos que fué á parar á Oviedo, donde hay una iglesia ó capilla dedicada á su nombre, la cual fundó el rey D. Alonso el Casto. Otros dicen que los Cristianos lo escondieron en su misma iglesia. Sea entonces ó en los tiempos siguientes, fué á parar á Flandes al condado de Hannonia, que los naturales llaman Henegan, á la diócesi de Cambray al monasterio de Cella de la Órden de san Benito, dedicado á san Gislen, cuyos monjes celebran como nosotros la fiesta y martirio de santa Leocadia el dia 9 de diciembre. De este monasterio se trajo á España el hueso entero de la pierna derecha de la Santa, desde la planta del pié hasta la rodilla, por los tiempos de Felipe I y doña Juana, padres del emperador Carlos V; y el Rey, á quien se habia hecho este sagrado presente, le ofreció á la iglesia de Toledo el año 1500 juntamente con una naveta de plata y de nácar preciosa y de estraña hechura, donde se colocó la reliquia.

Después D. Alonso Manrique, cardenal y arzobispo de Sevilla, que fue natural de Toledo, pidió con instancia á los monjes de San Gislen le hiciesen gracia de enviar lo restante del cuerpo de santa Leocadia á Toledo; y ellos por entonces no quisieron privarse de tan gran tesoro. En el año 1538 el cabildo de aquella santa iglesia les envió sus cartas y embajada, pidiendo encarecidamente le enviasen razon y testimonio por qué caminos y en qué tiempo fueron á su poder estas santas reliquias. A lo cual los monjes no pudiendo responder cosa cierta, enviaron copia de los oficios y lecciones de que ellos usaban en la fiesta de santa Leocadia. Algunos años después Miguel Hernandez, sacerdote de la Compañía de Jesús, español natural de Mora, hallándose en Flandes con el ejército de Felipe II, viendo que algunas abadías y templos de aquellos Estados habian sido asolados, y muchas y cuerpos de Santos maltratados, quemados y destruidos por los herejes, temió sucediese otro tanto al cuerpo de la gloriosa Leocadia. Procuró que de esto se diese noticia al arzobispo de Toledo, que lo era entonces el cardenal D. Gaspar de Quiroga; y con el favor de Alejandro Farnesio, gobernador y capitan general de S. M. en aquellos Estados, consiguió que el sagrado cuerpo viniese á su poder. Hízose esta donacion y entrega con gran solemnidad á 8 de febrero de 1583. Algunos por entonces pusieron en disputa si esta Santa era la española ú otra del mismo nombre. Pero ya no hay que tratar de esto, dice el P. Mariana, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la verdad, cuando al mismo tiempo que escribiamos esta historia, de aquel destierro, con increible concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas partes, á 26 de abril del año 1587, fue restituida á su patria por diligencia y autoridad del señor rey D. Felipe II de España. Baronio dice que en sus dias entró en Roma esta preciosa reliquia cuando la traian á España. Antes de llegar á Toledo la dejaron en Olias, que está legua y media de la ciudad, y de allí la llevaron á la antigua casa donde estuvo su sepulcro, desde donde fue trasladada á la santa iglesia en una solemnísima procesion de todo el clero de la ciudad y de ochenta lugares de su jurisdiccion. Halláronse en esta fiesta solemnísima Felipe II, y sus hijos el príncipe D. Felipe y la infanta Isabel Clara, y su hermana doña María de Austria, emperatriz de Alemania, mujer que fue del emperador Maximiliano II. La historia de lo que sucedió en este santo viaje escribió como testigo el mismo P. Miguel Hernandez y tambien Pedro Sanchez de Acre, racionero de la santa Iglesia de Toledo, en la vida de los emperadores. La descripcion de

las fiestas que se hicieron en Toledo para recibir el cuerpo de santa Leocadia se halla en Pisa, *Historia de santa Leocadia, capítulo* x. Celébrase hoy la fiesta de esta traslacion por autoridad de Sixto V.

La Misa es en honra de los santos Cleto y Marcelino, y la Oracion la que sigue:

Beatorum martyrum, pariterque pontíficum Cleti et Marcellini, nos, Domine, foveat pretiosa confessio, et pia jugiter intercessio tueatur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que en las fiestas de tus pontífices y mártires Cleto y Marcelino, merezcamos su poderosa proteccion, y que por su intercesion sean gratas á Vos nuestras oraciones. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo I *de la primera del apóstol san Pedro.*

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hereditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem conservatam in coelis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc si oportet contristari in variis tentationibus; ut probatio vestrae fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual por su gran misericordia nos reengendró á una viva esperanza, por medio de la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, á una heredad incorruptible, é incontaminada, é inmarcescible reservada en los cielos para vosotros, quienes por virtud de Dios sois guardados por la fe para la salud, que está preparada para manifestarse en el tiempo postrimero. En el cual os regocijaréis, si por ahora conviene que seais algo afligidos con varias tentaciones; para que la prueba de vuestra fe sea hallada mas preciosa que el oro (el cual se prueba con el fuego), para alabanza y gloria, y honor en la manifestacion de Jesucristo Señor nuestro.

REFLEXIONES.

El Señor, segun su gran misericordia, nos ha reengendrado en la viva esperanza de aquella herencia, que no está sujeta á corromperse, ajarse, ni marchitarse, la cual está reservada para vosotros en el cielo: *Qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam... in haereditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in coelis in vobis.* ¿Qué herencia es esta? ¿y quiénes son los que la logran? Una felicidad sin límites, sin medida; un bien inmenso, eterno; una alegría pura, colmada, exquisita; una tranquilidad inalterable; una hartura, una saciedad de todos

los deseos; un lugar que es por excelencia todas las dignidades, término feliz de todos los honores: en una palabra, es la posesion del mismo Dios. Y ¿quiénes son los dichosos herederos de esta herencia? Nosotros, todos los Cristianos. ¡Y es posible que pueda algun otro objeto excitar nuestro apetito, lisonjear nuestra ambicion, ni divertir nuestros deseos! ¡es posible que otro bien alguno pueda mover, embelesar, satisfacer tanto al alma, que la haga olvidarse de su herencia, hasta hacerse digna de ser desheredada! ¡Puede haber locura mas de bulto! Y ¿en qué otro sentido puede entenderse aquella sentencia del Sabio, que *es infinito el número de los necios?*

Espérase en el mundo alguna herencia: ¿á qué cosas no se sujeta el que tiene esta esperanza? ¿Qué leyes tan duras no se impone? Continuo y molestísimo cortejo; condescendencia eterna y universal; sumisiones que humillan; sufrimiento, bajezas, lisonjas, vigilias, disgustos, todo se traga, nada aterra. ¡Y esto por una esperanza poco segura, muchas veces mal fundada, y por unos bienes siempre vacíos, siempre caducos, siempre falsos! Y una esperanza infalible en el motivo que la anima, que tiene por objeto un bien lleno, sólido, eterno, incapaz de corromperse, podrirse, ni marchitarse: un bien que él solo vale por todos los demás bienes, y que sin él todos los demás son un sueño, una sombra una apariencia, una nada; ¡esta esperanza á nada nos alienta! ¡nada hacemos por ella! Mi Dios, ¡qué pobreza de entendimiento! ¡qué corrupcion de corazon! ¡que fascinacion ó qué ceguedad mas lamentable que la nuestra si suspiramos por otro bien; si nos dejamos deslumbrar por la vana esperanza de otra herencia! ¡Ah, Señor, qué verdad hay mas palpable! pero ¡cuán pocos la conocen! Léense estas reflexiones sin pararse en ellas. Convienen todos sin dificultad en que no hay otros bienes sólidos sino los eternos; en que todo lo transitorio debe ser para nosotros muy indiferente; y en medio de eso los bienes presentes son los que únicamente nos hacen fuerza. ¡Oh, y cuánta verdad es, que ninguno puede ser verdaderamente cristiano, sin ser verdaderamente hombre de razon; y que cuando se debilita la fe, tambien se debilita el entendimiento! El que se considera como peregrino ó como forastero en este mundo, poco caso hace de sus bienes ni de sus males. Las aflicciones de esta vida avivan el ansia de los bienes de la otra: pesa poco la cruz á una alma que está animada con una viva esperanza; antes bien salta de gozo al verse afligida con diferentes pruebas por un poco de tiempo, sabiendo bien que los trabajos y adversidades de este mundo son como fianzas y prendas de la herencia que

nos está prometida. En este sentido una persona pobre, enferma, perseguida, despreciada, abandonada, es una rica heredera. No repara en lo que tiene, sino en lo que tendrá. El heredero presuntivo de un reino goza todos los honores, aunque no goce las rentas ni la autoridad. Tengamos una fe animada, una esperanza viva, una virtud constante, y nos hará saltar de gozo el pensamiento de la eternidad.

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan, pág. 367.*

MEDITACION.

De la eternidad infeliz.

Punto primero.—Considera que después de esta vida tan corta, tan frágil, que á cada hora y á cada instante se nos escapa; después de este puñado de dias tan tristes y tan inquietos, hay otra vida que ha de durar para siempre: dichosa para los que se salvan; pero sumamente infeliz y desgraciada para las almas que se condenan. ¡Ah! ¿y de qué número seré yo? ¿cuál será mi destino? Si no soy eternamente feliz, seré infeliz eternamente. No hay medio entre estos dos extremos. El sarmiento que no está unido á la vid, solo sirve para el fuego; ¡y aun si la semejanza fuera en todo perfecta! ¡si el condenado, que es arrojado en las llamas, se consumiera en ellas! Pero el caso es, que aquel fuego conserva á los mismos que abrasa.

Es la eternidad infeliz un estado, en que, por decirlo así, todas las diferencias de tiempo concurren y se reunen en un mismo punto, para hacer mas infeliz al alma que se condena. ¡Qué novedad! ¡qué desesperacion para una alma, acostumbrada acá abajo á esta continua sucesion de tiempos y de estaciones, de dias, de meses y de años, divertida con la variedad, y entretenida con la mudanza; que en un momento se halla en aquel abismo infinito de la eternidad, donde nada se muda! Desde el primer instante que entra en él, tendrá todo cuanto ha de tener para siempre: hállase inmutablemente en el mismo estado, en el mismo sitio, en la misma disposicion, en los mismos dictámenes que ha de tener por toda la eternidad. En aquel mismo momento padece ya toda la eternidad infeliz: eternidad de amargura, eternidad de arrepentimiento, eternidad de desesperacion, eternidad de tormentos. Toda la eternidad, digámoslo así, se junta, y la padece en cada instante.

¡O Dios, y qué destino! ¡sufrir cada momento todos los tormentos

imaginables, todos los tormentos que puede sufrir un alma! ¡y sufrirlos todos juntos! ¡y sufrirlos para siempre! ¡y siempre sin esperanza de verlos acabar jamás, sin el menor alivio, sin el mas leve rasgo de paciencia! ¡Ó justicia de mi Dios, y qué terrible que eres! Pero ¡oh locura! ¡oh malicia del hombre, y á qué extremo no llegas! ¡Cuando sabes, cuando crees que hay una eternidad infeliz, y pecas! ¡y vives en pecado! ¡y te expones á peligro de morir en pecado!

Punto segundo.—Considera que en la imaginacion de esta eternidad se pierde el entendimiento; pero el alma del condenado jamás perderá ni un solo instante de esta eternidad. Si después de tantos millones de siglos como instantes han pasado desde que el sol gira sobre nuestras cabezas, se hubieran de acabar las penas de los condenados, no por eso dejaria de ser inexcusable el pecador en haberse granjeado voluntariamente una prodigiosa duracion de suplicios, por unos sucios deleites que se pasaron en pocos momentos; pero al fin su locura seria menos intolerable. ¡Qué! ¡por un solo pensamiento consentido un millon de siglos de penas! ¡por un pecado de algunos instantes un infierno de cien mil millones de años! ¡Ó Dios, y qué rigor! Pero paciencia, que esos tormentos no son eternos. Aunque su duracion sea espantosa, al cabo ha de tener fin. Podria entonces decir un condenado: Todo lo que he padecido, eso menos me resta que padecer: ya tengo dos años, diez años menos de tormentos. Pero ¡una eternidad! ¡una eternidad! Sin poder jamás decir: ¡Un cuarto de hora menos tengo que sufrir! Sin que al cabo de mil millones de siglos entre tormentos pueda decir: ¡Ya se pasó una hora de mis penas!

Sepultado, hundido, anegado en medio de un gran remolino de fuego, que es al mismo tiempo todos los suplicios; inmoble como una roca en medio de las llamas; penetrado de fuego como un carbon hecho ascua, el infeliz condenado se abrasa, rabia, se desespera, siempre está padeciendo, y siempre pensando que ha de padecer sin fin y sin alivio. ¡Hay infierno; y los Cristianos pecan! ¡hay infierno eterno; y el pecado tiene atractivo para los Cristianos!

Aunque se haya pasado un incomprensible número de siglos desde que el miserable condenado está padeciendo, nunca podrá decir: *He padecido*. Sus tormentos siempre son presentes; porque en la eternidad no hay tiempo pasado. ¡Siempre arder, y estar cierto de que ha de arder para siempre! Este es su destino. ¡Oh Dios, y es posible que

tan atolondradamente se corra á este horroroso precipicio, á esta espantosa eternidad!

Imagina que un hombre esté condenado á padecer todas las penas del infierno hasta que haya anegado en sus lágrimas á todo el universo, en la suposicion de que solo ha de llorar una sola lágrima de mil á mil años. Cain solo hubiera derramado hasta ahora cinco ó seis. ¡Buen Dios, qué prodigioso número de siglos se pasarian antes que llegase á llenar de sus lágrimas este cuarto! pues ¡qué si hubiera de llenar toda esta casa! Pues ¡qué si se hubiese de esperar á que de sus lágrimas se formasen grandes y caudalosos rios! pues ¡qué si hubiese de padecer hasta derramar todas las precisas para llenar todo el inmenso espacio que ocupa el mar! pues ¡qué si fuese necesario que inundasen toda la tierra, y que ocupasen todos los interminables vacíos que hay desde la tierra al cielo! Hace estremecer este solo pensamiento: justamente asombrada, sobresaltada la razon, se confunde, se pierde en esta espantosa extension de siglos. Con todo eso, aun siendo tan asombrosa, tan incomprensible esta duracion, no es la eternidad; no es ni la mas mínima parte de la eternidad; porque después de esa duracion de tiempo cási infinita, la eternidad se queda toda entera. Ha de llegar tiempo en que un condenado pueda decir, que si hubiera derramado una sola lágrima de mil á mil años desde que está en el infierno, y que si Dios la hubiese milagrosamente conservado, ya estaria anegado en su llanto todo el universo. Pero entonces le restará que padecer toda entera la misma eternidad; no un solo momento se habrá disminuido de su eternidad infeliz.

¡Ah Señor! ¿y seré yo por ventura ó por desgracia desdichado objeto de cólera tan terrible? ¡Ay de mí! que demasiadamente lo soy, ya he merecido por mis culpas todas vuestras venganzas; pero no, dulce Salvador, y vuestro Hijo Jesucristo derramó sobrada sangre para apagar todo el fuego del infierno, y para merecerme vuestra misericordia. Concededme, Señor, esta misericordia que Vos mismo me habeis merecido, para que la cante en el cielo por toda la eternidad.

Jaculatorias.—¿Quién de vosotros podrá habitar en medio de aquel fuego abrasador? ¿Quién podrá habitar en aquellas llamas eternas? (*Isai.* xxxiii).

¡Oh Señor! no me castigueis en medio de vuestro furor: no me juzgueis cuando estais airado contra mí. (*Psalm.* vi).

PROPÓSITOS.

1 Todo lo que pasa con el tiempo, todo lo que tiene fin, es poca cosa, y hablando en rigor, es nada. ¿Qué es lo que tenemos ahora de los gustos ó de los disgustos que experimentamos en la niñez? Dentro de cien años, ¿qué impresion nos hará ni molesta, ni gustosa, lo que ahora pasa por nosotros? Mientras vivimos se suceden unos á otros los bienes y los males; pero demos que duren estos por toda la vida; ¿qué nos restará de ellos un instante después de la muerte? Y respecto de la eternidad, ¿qué es toda nuestra vida? Hablando en propiedad, ningun mal es horrible, ninguno nos debe hacer desesperar, sino el que nunca pasa, el que jamás se ha de acabar. Y siendo este mal extremo, siendo el supremo mal, ¿qué cosa mas terrible que su eterna duracion? Pues esta es la herencia de todos los que mueren en pecado mortal; esta es la suerte de todos los que se condenan. Dolores sin medida, tormentos sin número, duracion sin fin. ¡Ó Dios! ¡qué desgracia mas horrible, ni mas digna de temerse! ¿y es esta la desgracia que se teme mas? ¡Oh qué prudentes fueron los Santos en no perder nunca de vista esta espantosa eternidad! Imita su ejemplo y sus piadosas industrias. Si una cosa te deleita, y otra te mortifica, considera que una y otra se pasa, y que después de este puñado de dias se sigue una eternidad. Al acabar tus oraciones de la mañana y de la noche, piensa siempre que hay una eternidad infeliz, y que una gran parte de los que hoy viven, y acaso la mayor, ha de tener por su destino esta infeliz eternidad. Cuando veas morir á algun amigo, á algun vecino tuyo, haz luego reflexion sobre cuál será su desdicha, si le ha cabido en suerte una eternidad infeliz. Nunca tomes diversion, nunca emprendas negocios de consecuencia, sin echar una ojeada hácia esta espantosa eternidad. No temas sazonar tus diversiones con este pensamiento: á la verdad no te darán tanto gusto; pero tambien te ahorrarán muchos arrepentimientos. Uno de los medios para no caer en el infierno, ni en la infeliz eternidad, es pensar en ella con frecuencia. ¡Ó mi Dios! ¡qué dichosos! ¡qué buenos cristianos seríamos, si estuviéramos pensando siempre en ella!

2 Nunca te olvides de que la eternidad infeliz es fruto de unos deleites que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasion se irrita, si el deleite es dulce, si la tentacion es violenta, llama luego al pensamiento la memoria y la imágen de la espantosa eternidad. ¿Apodérase de tu corazon la codicia, ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó espe-

ras gozar con la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Inquiétase la carne con el amor de los deleites? pues pregúntate á tí mismo con el Profeta, si esos deleites tan cortos y tan superficiales podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te excite la cólera; cuando tus enemigos te ofendan; cuando las desgracias y los trabajos te persigan; considera qué cosa es arder, sufrir, rabiar, ser infeliz, y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad embota, es así, el sainete de los gustos: pero tambien suaviza la amargura de los trabajos, y hace tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla tambien á tus hijos y á tus criados. Háblales con frecuencia de la eternidad: de cuando en cuando hazles una pintura de ella viva y penetrante. Esas reflexiones son siempre muy provechosas. ¿De qué me sirve ocupar el trono, vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si soy después infeliz por toda una eternidad?

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Antimo, obispo y mártir, en Nicomedia, el cual en la persecucion de Diocleciano por la confesion de Jesucristo siendo degollado, alcanzó la corona del martirio. Siguió su ejemplo casi la mayor parte de su rebaño, de los cuales por sentencia del juez, unos fueron degollados, otros quemados, y otros, metiéndolos en barcos inutilizados, fueron sumergidos en el mar.

Los santos mártires Castor y Esteban, en Tarso de Cilicia.

El tránsito de san Anastasio, papa, en Roma, varon de muy rica pobreza, y muy exacto en el desempeño de su apostólico ministerio; el cual, segun escribe san Gerónimo, permaneció poco en Roma, porque no fuese arruinada la cabeza del mundo en tiempo de tal pastor, pues á poco tiempo de su muerte, Roma fue tomada y saqueada por los godos. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Tertuliano, obispo y confesor, en Bolonia.

San Teófilo, obispo, en Bresa.

San Juan, abad, en Constantinopla, el cual por defender el culto de las santas imágenes, padeció muchas persecuciones en tiempo de Leon Isáurico.

San Pedro Armengol, del Órden de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos, en Tarragona, el cual por rescatar á los fieles cautivos padeció muchos trabajos en el África, y al fin murió santamente en el convento de Santa María de los Prados. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santo Toribio, arzobispo, en Lima, en el Perú, cuya gloriosa muerte se celebra el dia 23 de marzo. *(Véase su vida en las de hoy).*

SANTA ZITA, vírgen, en Luca en Italia, esclarecida en virtudes y milagros; su festividad se celebra hoy por decreto de Leon X. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN PEDRO ARMENGOL.

En la Guardia de los Prados, villa del arzobispado de Tarragona, nació por los años de 1258 Pedro Armengol, hijo de Arnoldo, cuyo apellido hoy permanece en la ilustre casa de los barones de Rocafort, descendiente de la casa de los condes de Urgel, familia nobilísima cuyos ascendientes tuvieron enlaces muy estrechos con los condes de Barcelona y reyes de Aragon y Castilla. Hallóse presente en su nacimiento el venerable P. Fr. Bernardo Corbera, religioso de la Merced, y profetizó del recien nacido infante diciendo: *A este niño un patíbulo ha de hacerle santo.* Aplicaron sus padres el mayor cuidado en la educacion del niño, á fin de que procediese conforme á las obligaciones que le impuso la cuna; pero tuvieron el desconsuelo de ver inútiles todas sus diligencias en un jóven, que habiendo salido de un natural altivo y soberbio, ni los buenos ejemplos de los padres, ni los consejos de los mejores maestros fueron bastantes para contener su desarreglo; pues envaneciéndose mas de lo que convenia sobre su nobleza, este respeto, que debia contenerle para que obrase segun su distincion, le sirvió de motivo para que discurriese tener salvoconducto de proceder con total abandono.

Mucho contribuyó á su desenfreno la compañía de otros jóvenes disolutos y ligeros, que en poco tiempo, sin mucha resistencia le condujeron por el espacioso camino de los vicios. La disolucion de su vida ahogó enteramente en su pecho aquellos piadosos sentimientos, que en los principios de su educacion le habian impreso. No como quiera empezó á perderse; sino que hacia gala de ser de los mas perdidos. Y como la libertad orgullosa destierra del corazon, no solo la urbanidad y modestia, sino que la embrutece, y hace feroz é intratable; oia Pedro con desabrimiento y aun con desprecio las saludables advertencias de sus padres.

La desatencion y poco caso que hacia de otros caballeros de sus circunstancias le acarrearon no pocas pesadumbres y sentimientos; y como un abismo provoca á otro abismo, deseoso de vengarse de ellos, juntó una patrulla de gente infame, capaz de abrazar su sistema, la que alentada á la sombra de un caudillo tan visible, cometieron tales excesos, que intolerables en el país, perseguidos de la justicia, se vieron en la precision de retirarse á los montes, donde

tomaron la infame profesion de bandoleros, siendo Pedro su jefe y capitan, con total abandono de su nobleza.

El dolor y sentimiento que causó al padre el rumbo de un hijo tan perdido, que ponia á su familia el borron mas denigrativo, le hizo, para templar esta pena, dejar el pueblo de su habitacion, y retirarse al reino de Valencia, recien conquistado por el rey D. Jaime, con ánimo de seguir la corte, y emplearse en el servicio de un monarca tan recomendable. Determinó este Príncipe pasar á Montpeller á verse con el rey de Francia, para tratar negocios importantisimos á ambas coronas; y habiendo entendido que en los montes Pirineos habia no pocos salteadores que robaban y daban muerte á los pasajeros, para transitar sin peligro, dió comision á Arnoldo, sugeto de conocido valor y notoria experiencia, á fin de que librase el camino de aquel riesgo.

Ocurrió á Arnoldo lo que podia suceder en una expedicion tan peligrosa; pero deseoso de remediar la afrenta que causaba á su linaje el hijo, que presumia fuese el capitan de los salteadores, partió al momento con algunos de á caballo, y dos banderas de infantes. Luego que reconoció los sitios proporcionados de las montañas, y supo á virtud de las mas vivas y eficaces diligencias, que se reunieron las compañías de los bandidos para apoderarse de las riquezas de la real comitiva, ocultándose en un bosque con una porcion de infantes, dispuso echar en el camino unas acémilas mas cargadas de ruido que de dinero, á fin de atraer al cebo á los ladrones. Salióle bien el pensamiento, y cuando se hallaban mas engolfados en la presa, dio sobre ellos Arnoldo y su tropa con el mayor esfuerzo, hiriendo á unos y prendiendo á otros. Pero advirtiendo que una manga de aquella escolta se defendia con particular denuedo, sospechando por lo mismo que en ella se hallaria su capitan, se apeó del caballo, y empuñando el acero, animando á los suyos, principió á acometerla como un valiente leon. La buena suerte de Arnoldo, y de su hijo Pedro, hizo que fuesen los dos los primeros que se presentaron en el combate cuerpo á cuerpo; y parándose ambos después de los primeros encuentros, hasta certificarse de sus personas respectivamente: conocidos, convirtieron la cólera en compasion á un mismo tiempo, doliéndose de haberse herido recíprocamente; y avergonzándose Pedro de acometer á quien le dió el ser, bañado en tiernas lágrimas, postrado á los piés del padre, le entregó la espada, y con ella el corazon, rogándole que hiciese con él los oficios del juez mas severo.

No pudo Arnoldo, aunque tan ofendido, desentenderse del amor de

padre, viendo á su hijo postrado; y llevándole consigo para experimentar si era verdadero su arrepentimiento, dentro de muy breve tiempo acreditó con pruebas prácticas lo que jamás pudo pensarse de un hombre tan abandonado. Súpose el suceso por todo Aragon y Cataluña, y fue para todos de tan inexplicable gozo y satisfaccion, que dieron á Arnoldo el parabien por la recuperacion de un hijo que consideraban enteramente perdido.

La divina Providencia, que dispuso el memorable referido hecho para la conversion de Pedro, continuando con sus sabios designios hizo de él un héroe, que si en su juventud desacreditó su ascendencia con sus acciones, después recuperó el honor vulnerado de su ilustre familia, y ensalzó su estimacion.

Retirado nuestro Santo de la vista de los mortales, lleno de confusion y vergüenza, meditando sobre sus enormes delitos, cayó en una profunda melancolía. Valióse el enemigo de la salvacion de esta constitucion triste para tentarle á la desesperacion, presentándole con la mayor viveza el rubor que era indispensable padeciese un sugeto de sus circunstancias, al proferir por su boca las execrables maldades que habia cometido, para merecer la absolucion de ellas por medio de la confesion. Pero como Dios tenia determinado formar de tan grande pecador uno de los mayores Santos de su Iglesia, alentó su desconfianza la voz viva de varios sermones que dispuso oyese en el discurso de aquel tiempo.

Pasó al convento de la Merced de la ciudad de Barcelona á desahogar su conciencia; y oyéndole en confesion un maestro sabio, prudente y experimentado en el ministerio, conociendo la vehemencia del dolor, y sinceridad del arrepentimiento del penitente, alentó su espíritu en tales términos, que fue causa de renovar en aquella planta un agigantado árbol, capaz de producir los mas asombrosos frutos de penitencia.

Encendido Pedro en vivísimos deseos de satisfacer las injurias hechas á Dios en la vida precedente, disueltos ya los lazos que le oprimian, alentado con un nuevo espíritu, y lleno de nuevo aliento, tomó la generosa resolucion de hacerse religioso de la Merced: pidió el hábito con tantas instancias, y dió pruebas tan concluyentes de ser verdadera su vocacion, que fue recibido en el convento de Barcelona con particular aplauso.

Apenas se vió vestido con la insignia militar de la Reina de los Ángeles, admiraron su fervor los mas perfectos, y reconocieron los mas ancianos sus progresos en el noviciado; pues no pudo subir mas

punto su humildad, puntualidad y obediencia. Las pasiones á que se habia entregado tan desenfrenadamente en el siglo se amotinaron con violencia, viéndose reprimidas en la religion; pero supo sujetarlas con tanta prontitud por medio de rigurosas penitencias, por una continua mortificacion de los sentidos, y por una oracion perpetua, que antes de acabarse el año de probacion, logró verlas todas rendidas á la servidumbre de la razon. Al modo que cuando jefe de malhechores les precedió en los desórdenes, después que siguió la milicia de Jesucristo se aventajó á los de la profesion en la reforma. En lugar de las armas ofensivas que usó cuando libertino, sustituyó diferentes instrumentos de mortificaciones asombrosas para crucificar su carne. Los dias y las noches pasaba hecho un mar de lágrimas, pidiendo al Señor misericordia; llegando su rigor á tales términos, que así como á otros religiosos se les hacen capítulos de culpas, á Pedro era necesario hacerle continuos exámenes sobre sus penitencias, hasta mandarle por obediencia que se fuese á la mano en ellas.

Viendo los superiores su gran talento y raro mérito, le mandaron con precepto expreso recibiese los sagrados órdenes, á pesar de su humilde resistencia, por la que se confesaba indigno de ascender al sacerdocio; en cuya dignidad se portó como el mas digno ministro del Altísimo. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta devocion, ternura y lágrimas, que cuantos le veian en el altar salian compungidos, como si oyesen el sermon de un predicador apostólico.

Bien satisfecha la Religion de su fervor y celo, fióle á los ocho años de profeso el importante cargo de redencion de cautivos. Desempeñó la comision completamente en las provincias de España que estaban todavía en poder de los agarenos; pero como toda su ansia era pasar al África, y su mayor consuelo, como solia decir, el quedarse cautivo por el rescate de alguno de los cristianos; en una ocasion llegó á Bugía con su compañero Fr. Guillelmo Florentino, varon de grande mérito, y rescataron ciento diez y nueve cautivos, sin ofrecerse accidente que les embarazase hacerse desde luego á la vela para volver á la patria; pero como Dios tenia allí dispuesto el teatro de las glorias de Armengol, hizo que llegase á su noticia la esclavitud de diez y ocho niños, que como inocentes corderillos se hallaban en poder de aquellos lobos, expuestos á renegar de la fe de Jesucristo, movidos ya de los halagos, ya de los castigos de los bárbaros. Reflexionó Pedro que era este el caso de cumplir el voto particular de

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

su Religion, y así se ofreció gustosamente en rehenes por la cantidad en que concertó el rescate de los diez y ocho inocentes; con la condicion de que si no se entregaba en el tiempo estipulado, sufriese las penas que quisiesen imponerle.

Partió Guillelmo con los cautivos, y se quedó Armengol á padecer y á obrar prodigios de caridad entre los infieles, convirtiendo á la fe de Jesucristo á no pocos de ellos con la eficacia de su predicacion, autorizada con muchos prodigios; pero habiéndose pasado el tiempo prescrito para el pago del crédito, se le puso en una prision, llegando la inhumanidad á términos de negarle hasta el preciso sustento; bien que el Señor por ministerio de los Ángeles surtió á su fidelísimo siervo milagrosamente. Cansados ya los bárbaros de atormentarle conspiraron contra su vida, añadiendo al motivo que excitó su furor la falsa acusacion de que blasfemaba y maldecia de su Profeta, despreciando su ley. Irritó la novedad el ánimo del juez en tal manera, que sin embargo de que no faltó quien defendiese á Armengol entre los infieles, diciendo que lo pactado en el concierto no era la pena de muerte, sino de prision y cárcel; con todo, le condenó al castigo de horca, irregular entre los sarracenos, para que se ostentase uno de los prodigios asombrosos de la divina Providencia. Ejecutóse en fin la sentencia, y estuvo ocho dias pendiente del madero, sin que se atreviese alguno á bajarle de él, á virtud de la prohibicion que publicaron los moros.

Llegó por este tiempo su compañero Fr. Guillelmo con la cantidad estipulada para el rescate de Pedro; pero habiendo sabido el atentado que ejecutaron los bárbaros, lleno de pena y sentimiento, pasó á ver el lastimoso espectáculo con algunos cautivos; y advirtiendo al acercarse que no solo no despedia fetor alguno el cadáver después de tanto tiempo, sino una fragancia celestial, quedándose suspenso, anegado en tierno llanto, le habló Armengol desde la horca, manifestándole que la santísima Vírgen le habia conservado la vida en aquella disposicion para que publicase sus maravillas perpetuamente. Y ordenándole que le bajase del cadalso, lo ejecutó Florentino inmediatamente con admiracion de los concurrentes y de todos los bárbaros, que asombrados de tan estupendo prodigio, muchos se convirtieron á nuestra santa fe.

Dispusieron los dos amados compañeros dar la vuelta para Barcelona, que ya sabedora del portento esperaba ver con impaciencia al invicto Mártir de Jesucristo; y habiendo llegado á ella, le recibieron todos con imponderable gozo, acompañándole desde el puerto

hasta dejarle en su convento, dando gracias al Señor por sus maravillas. Deseaban los religiosos saber de su boca el suceso, pero no lo pudieron conseguir con ruegos; hasta que el Prelado mandóle lo refiriese. No pudiendo resistirse á la obediencia, lo hizo humilde y modestamente en estos términos: *La Virgen María, Madre de Dios y nuestra, pidió á su santísimo Hijo la conservacion de mi vida; y conseguido este favor, la misma soberana Reina me sostuvo con sus santísimas manos, para que con el peso del cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba suspenso;* y al decir estas palabras fueron tales los afectos de dulzura que sintió su corazon, que se quedó arrebatado en un admirable éxtasis.

Manifestando siempre Pedro en el cuello torcido y en el color pálido las señales mas auténticas del suceso, vivió dos años después en Barcelona todo ocupado en altas contemplaciones y asombrosas penitencias. Destinóle la obediencia al empleo que mas deseaba su apostólico celo, que era la conversion de las almas; y habiendo hecho el mas copioso fruto en ellas por medio de su predicacion y admirables portentos; no pudiendo sufrir su humildad los honores y aplausos que le tributaba toda la ciudad, se retiró al pobre convento de Nuestra Señora de los Prados, sito en el obispado de Tarragona, donde su vida fue una continua serie de heróicas virtudes y familiares coloquios con la Reina de los Ángeles, á quien agradecido del favor dicho profesaba tanto afecto, que no parecia posible ni mas reverente devocion, ni ternura mas filial.

Como notasen los religiosos que en sus frecuentes raptos decia muchas expresiones dulces, en las que parecia estaba en conversacion con alguna persona invisible, preguntándole después qué le sucedia, respondia siempre: *No lo sé, Dios lo sabe.* Y acordándose de aquellos dias que estuvo en la horca, les aseguraba en las repetidas veces que hablaba de la gloria: *Creedme, hermanos carísimos, que yo no juzgo haber vivido dia alguno, sino aquellos pocos, pero felicísimos, en que pendiente de un madero estaba reputado por difunto.*

Finalmente oprimido de una grave enfermedad, conociendo se acercaba la hora de su muerte, la que predijo con espíritu profético, después que recibió con su acostumbrado fervor los últimos Sacramentos, cantando aquel verso de David: *Vuélvete, alma mia, á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo:* repitiendo otro del mismo Profeta: *Yo agradaré al Señor en la region de los vivos,* entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 27 de abril, dignándose el Señor desde luego acreditar la gloria de su siervo con siete mila-

gros de prodigiosas curaciones de tres hombres y cuatro mujeres, antes que se diese sepultura á su venerable cuerpo.

No nos dicen los escritores el año puntual de su preciosa muerte; pero si atendemos á la referencia de los monumentos auténticos que señalan el suceso prodigioso de la horca en el de 1266, y que después de este sobrevivió diez y ocho años, debemos computar el de su tránsito en el de 1284. Cónstanos asimismo por la visita eclesiástica de los ordinarios de Tarragona, que sus reliquias se tienen en grande veneracion en la parroquia de la Guardia de los Prados, del mismo arzobispado, donde el Señor ha continuado obrando varios prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo.

SANTO TORIBIO MOGROBEJO, OBISPO.

En todo el orbe cristiano fue maravillosa la fecundidad con que en el siglo XVI se produjeron varones consumados en todo género de virtudes y de letras. Pero en donde mas brilló fue en el católico reino de España, el cual en solo aquel siglo tuvo hombres capaces de hacer la gloria de muchas naciones. Entre los que mas sobresalieron en santidad, en sabiduría, y en el cumplimiento de las grandes cargas episcopales, fue uno santo Toribio Alfonso Mogrobejo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la piedad de sus costumbres, fueron D. Luis Alonso Mogrobejo, regidor perpetuo de Mayorga, y doña Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignórase el dia de su nacimiento, el cual sucedió en el año de 1538, el mismo en que, no léjos de Milan, nació san Cárlos Borromeo, semejante á nuestro Santo en la inculpable conducta de su vida, en el celo fervoroso por la restauracion de la disciplina eclesiástica, en el cuidado de sus ovejas, y en todas las obligaciones de un gran sacerdote. Criáronle sus padres con una educacion propia de la alteza de su linaje. El niño Toribio, que habia recibido del cielo una índole dócil á todos los preceptos de la moral cristiana, daba desde aquella tierna edad los mas claros indicios de los tesoros que en él se depositaban para beneficio de la Iglesia. Los juegos y entretenimientos de su edad eran aquellos solamente que manifestaban apego á las cosas sagradas; no aquellos que son indicio de que hemos recibido de nuestros padres una naturaleza corrompida con el pecado del primer hombre. Hacer altares, colocar en ellos las santas imágenes de Jesús y de María, ponerse de rodillas delante de ellas,

encender antorchas, ordenar procesiones y otros ejercicios semejantes, eran las ocupaciones ordinarias del santo Niño. Así pasó su infancia hasta la edad robusta en que los jóvenes van comenzando á estar aptos para emprender las ciencias. Cuidaron sus padres de que le instruyesen en los rudimentos de la latinidad; y habiéndolo conseguido, á la edad de trece años le enviaron á Valladolid, para que en aquellas florecientes escuelas se ilustrase su alma con los conocimientos de la sabiduría. Desde el punto que entró Toribio en las aulas, comenzó á ser ejemplo de virtud y aplicacion para los demás estudiantes, cuya atencion arrebataron dulcemente la blandura de sus modales, y la rectitud de sus operaciones.

Apenas sabia, después de algunos años de residencia en Valladolid, otras calles ni otros caminos que el que llevaba desde su casa á la iglesia, ó desde su casa á la universidad. Sus condiscípulos admiraban en el santo jóven un conjunto de prendas celestiales, que les obligaba á amarle sin interés, y á respetarle sin servidumbre. Advertian en él una virtud rigurosa y austera consigo mismo, pero dulce, amigable y condescendiente para los demás; una virtud con que cumplia exactamente todas sus obligaciones, y movia á hacer otro tanto á sus condiscípulos; á veces con amonestaciones dulcísimas, y siempre con el poderoso medio del buen ejemplo. En breve creció su fama; y no solamente era tenido por erudito en las bellas ciencias, sabio en las artes liberales, y por docto en el derecho civil y eclesiástico, sino que además era venerado por un jóven maduro, prudente y de conducta irreprensible. Luego que recibió el grado de bachiller, juzgaron sus padres que Valladolid era pequeño teatro para que pudiese lucir su ingenio; y así procuraron enviarle á Salamanca, que era á la sazon el emporio de las ciencias. Floreciar en ella muchos sabios, y entre ellos un tio de Toribio, llamado Juan Mogrobejo, que era colegial en el colegio mayor del Salvador, llamado por otro nombre de Oviedo.

En este tiempo, habiendo proyectado D. Juan III, rey de Portugal, hacer célebre la universidad de Coimbra, llevando allá á cualquier precio los maestros mas grandes de Europa, pasó Toribio á esta universidad en compañía de su tio, que fue uno de los sabios elegidos, y que mas la ilustraron en sus principios. En esta ciudad se aumentó prodigiosamente el mérito de Toribio, tanto en la santidad como en la literatura. Veia su tio en él un jóven ardientemente dedicado á los ejercicios de piedad, sin olvidar por eso el estudio de las letras. Sucedíanse mutuamente los ayunos, la oracion y la disciplí-

na, y la asistencia á la universidad, las lecciones llenas de sabiduría, y los argumentos sólidos é ingeniosos. Toda Coimbra se gloriaba enriquecida con varones como Juan y Toribio Mogrobejos, que brillaban entre los demás doctores como el sol entre las demás estrellas. Diez años residieron en aquella ciudad, hasta que habiendo vacado la cátedra de derecho civil, y la canonjía doctoral de la santa iglesia de Salamanca, solicitó esta ciudad recuperar lo que habia perdido; y así se proveyó uno y otro en D. Juan de Mogrobejo, que con este motivo dejó á Coimbra, y volvió á Salamanca en compañía de su sobrino.

Un año habria pasado cuando Toribio padeció el golpe irreparable de la pérdida de su tio, á quien llamó Dios á mejor vida. Perdió en esta ocasion, no solamente un maestro con cuyas lecciones crecia su sabiduría, sino un compañero en sus costumbres, y un amigo en el trato familiar. Pero su alma, acostumbrada á meditar las verdades sobrenaturales, y á venerar sumisamente las admirables disposiciones de la divina Providencia, conoció que su tio habia sido llamado á gozar del premio que sus obras merecian, y enjugó las lágrimas de sus ojos con una santa resignacion en la voluntad de Dios. Viéndose Toribio sin la amable compañía de su tio, determinó hacerse colegial en el mismo colegio; y habiendo vendido la rica biblioteca que le habia dejado para socorrer y establecer á dos hermanas, recibió la beca teniendo treinta y tres años de edad. En este estado manifestó que el colegio era para él un riguroso monasterio. Se informó de los estatutos para no faltar á la observancia de ninguno; y se prefijó tal método de vida, que mas parecia un rígido anacoreta, que un profesor de Salamanca y un colegial mayor. Dormia poco; su comida y bebida eran parcas y ordinarias; interiormente vestia un cilicio, ya que en lo exterior no le era lícito abandonar el vestido comun de colegial; ayunaba con frecuencia, meditaba con continuacion, frecuentaba los Sacramentos; y en todas sus operaciones se manifestaba irreprensible. Pero en lo que mas sobresalia su fervor, era en la maceracion del cuerpo, al cual afligia con tan copiosas disciplinas de sangre, que llegaron á temer que perdiese enteramente la salud. Pensaron, pues, los colegiales que se le debia ir á la mano, y así buscaron medio de corregir aquel exceso de piedad. Tenia en el colegio un grande amigo suyo que conformaba enteramente con su genio y sus costumbres, llamado D. Francisco de Contreras. A este dieron la comision de hablar á Toribio, advirtiéndole que debia moderar el rigor de sus penitencias. Ya habia pensado lo

mismo Contreras; pero no se habia atrevido á decirle cosa alguna, ya porque conocia la severidad de Toribio, y cuan poco acogimiento hallarian en él las propuestas de condescendencia, y ya porque no encontraba razon tan poderosa para persuadírselo, que le diese esperanza de lograr su intento.

Pero apenas se vió encargado de esta comision por todo el colegio, cuando Dios le ilustró el entendimiento, y le sugirió un camino tan fácil, que le condujo seguramente al fin deseado. Propuso á Toribio, entre otras razones, que en aquel rigor que habia entablado estaba tan léjos de agradar á Dios, que antes bien por el contrario era de temer no le desagradase; que la virtud consistia en un medio, y que todo exceso era reprensible; que los demas colegiales hablaban mucho de sus penitencias, calificandolas de ostentosas, y practicadas tal vez con un espíritu mas próximo á la singularidad y á la vanagloria, que á la humildad y abatimiento cristiano; finalmente, que el era de parecer que aquellas penitencias excesivas podrian destruir su salud, é inutilizar su persona sin edificar á sus prójimos, sino antes bien escandalizandolos. El discurso de Contreras hizo tanto efecto en el santo jóven, que inmediatamente templó sus penitencias, pero sin mitigar el rigor de los demás ejercicios. Esta conducta de vida le granjeo un concepto tan alto, que así en el colegio como fuera de él era respetable su virtud. Pero no contento con los fervorosos y penosos ejercicios que hacia en el colegio, deseo otro todavía mas penoso y mas arriesgado. Este era la peregrinacion á Santiago, para ganar las inmensas indulgencias que han concedido los sumos Pontífices á los que van á visitar al santo Apostol, y asimismo para experimentar las forzosas penalidades de un camino largo y mal provisto. Solo le faltaba un buen compañero para verificar sus deseos; pero le halló en Contreras, quien se acomodo fácilmente á todos los proyectos de su piedad fervorosa. Habiendo tomado, pues, el hábito de peregrino, salió con su compañero á pié, descalzo, y pidiendo limosna de puerta en puerta, lo que bastaba para ejercitar las virtudes de la pobreza y de la humildad: puesto que por lo demás llevaban dinero suficiente para no ser gravosos á sus hermanos. En esta expedicion le sucedió, que entrando en una casa se encontraron una negra, la cual juzgandolos pobres de solemnidad por el vestido, echó mano á la faltriquera y les dio un ochavo de limosna. Toribio le recibió con gusto para no privar á la negra del que habia tenido en ejercitar la limosna; pero considerando que ella tenia mas necesidad de aquel dinero, se lo volvió, conservando por toda su vida

tan agradecida memoria á aquella mujer, que el mismo Santo confesaba que en todas sus oraciones hasta el fin de su vida era el primer objeto que se le venia á la intencion.

Concluida su peregrinacion felizmente, volvió al colegio menos mortificado su cuerpo; pero mas enriquecida su alma con el tesoro de la divina gracia. Volvió nuevamente á sus antiguos ejercicios sin cuidarse ni de los honores, ni de las dignidades, ni de su propia fama, que tan ancho camino le abria para ellas. Pero cuando los ojos de un rey sabio velan sobre sus súbditos para ver el mérito sólido de la virtud, es muy dificultoso que puedan ocultarla ni los santos artificios de la humildad, ni los esmeros con que sabe esconderle el desprecio de sí mismo y del mundo. Bien descuidado estaba Toribio una noche en su colegio, cuando llamando á deshora le trajeron los despachos en que el Rey le nombraba inquisidor de Granada. Los colegiales recibieron con suma complacencia y aplauso esta noticia, considerando que en la virtud de Toribio era este empleo un medio proporcionado para dar al colegio el honor de un varon consumado en todo género de virtud. En el alma del Santo hizo diferente sensacion el nuevo empleo, como que le consideraba no como un honor, sino como una pesada carga, que al tiempo que multiplicaba sus obligaciones, añadia peligros á su conciencia. Pero conociendo que era voluntad de Dios, aceptó aquel honor, y tomó posesion en el año de 1573. Constituido Toribio en el delicado empleo de inquisidor, se propuso un camino templado de justicia y de misericordia por donde dirigir sus pasos. Aborrecia los delitos; pero no á los delincuentes, á quienes siempre amaba como á prójimos. Conocia la debilidad de las luces del humano entendimiento: sabia con cuánta facilidad suele extraviarse la razon humana cuando no se propone mas guia que la vana filosofía. Estas consideraciones le hacian mirar con la compasion de un padre amoroso á los infelices que habian caido en algun desliz, siempre que lo detestasen con un verdadero arrepentimiento. Por el contrario, á los rebeldes, á los endurecidos, á los contumaces en sus errores, les aplicaba toda la severidad de la justicia, sin perder por esto de vista el fruto de su correccion y el escarmiento de los que lo veian. Fue tal la rectitud é integridad con que Toribio se portó en el empleo de inquisidor, que habiendo sido necesario, por causas gravísimas, examinar de órden superior la conducta de aquel tribunal, de cuyo exámen resultaron desterrados y privados algunos inquisidores, Toribio, no solamente fue hallado inocente é irreprensible, sino que mereció alabanzas por su conducta.

Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo, ha biendo vacado el arzobispado de Lima por muerte de D. Diego Go mez Madrid, fue electo para ocupar esta silla. Turbó á Toribio l repentina nueva, tanto mas dolorosa para él, cuanto menos esperad Pero Felipe II, que tenia en el primer lugar de un libro secreto, e que estaban escritos todos los hombres sabios y virtuosos de España á Toribio, sin que este lo pretendiese, tuvo presente su mérito par premiarle. Todos los artificios de la ambicion son inútiles cuando u monarca de talento y de prudencia se empeña en cumplir con sus de licadas obligaciones. Entonces quedan desarmados la intriga y el ma nejo; y los resplandores que despiden de sí el mérito y la virtud, n pueden ocultarse, por mas que procuren esconderles la humildad la modestia. Vióse esto en nuestro Santo, pues cuando pensaba qu nadie en la corte se acordaba de él, se halló nombrado para un ar zobispado tan respetable como el de Lima. A un corazon ambicios le hubiera producido esta dignidad mucha satisfaccion y alegría; pe ro en el de Toribio causó tal melancolía y turbacion, que solo pud tranquilizarse después de haber escrito al Consejo de las Indias y a Rey su renuncia, concebida en los términos mas activos y eficaces á su parecer, para que el Rey se la admitiese. Representábale que er todavía muy jóven: que carecia de las prendas necesarias á un buen obispo; que no estaba ordenado mas que de prima tonsura; en una palabra, que era absolutamente inepto para la alta dignidad que l habia conferido. El Rey, que tenia la virtuosa sagacidad inseparable de la prudencia, conoció inmediatamente cuán acertada habia sid su eleccion. Las excusas de Toribio fueron otros tantos incentivos que le confirmaron en el juicio que habia hecho de la aptitud del Santo para obispo. Escribióle, pues, mandándole que aceptase la dignidad y que á lo mas, se convenia en que lo meditase por espacio de tre meses antes de admitir su dejacion. En este tiempo los parientes d Toribio, sus concolegas y sus amigos, le combatieron fuertemente, proponiéndole muchas razones, que no lograban otro efecto que con firmar en su corazon la renuncia del obispado. Viéndole impenetra ble ciertos amigos suyos, que conocian su carácter y su virtud, pen saron oportunamente un medio, el cual seria al Santo irresistible. Propusiéronle que el obispado de Lima, en el estado en que se ha llaba, no era un cargo de honor y de interés, sino de penalidades y de inmenso trabajo: que habia infinitas ovejas que jamás habian oido la voz de su pastor; y en una palabra, que el no aceptar aquel cargo, era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo

de conquistar almas para Dios. Estas razones pudieron tanto con Toribio, que aceptó el obispado, porque no sabia negarse á cosa alguna de donde resultase su propia mortificacion, el honor de Dios y provecho de sus prójimos. Pero antes exploró la voluntad de Dios con muchos ejercicios espirituales y fervorosa contemplacion, que es el medio de hallar favorable al Padre de las luces. Mientras venian las bulas de Roma pasó á Madrid á recibir las instrucciones del Rey; y de allí á Mayorga á ver á su madre, que aun vivia, á sus hermanos y parientes, y decirles á Dios para siempre. Hecho esto, y consagrado obispo en Sevilla, trató de pasar cuanto antes á su iglesia; y así salió del puerto el año de 1580. La navegacion fue feliz, pues llegó al puerto llamado Nombre de Dios, sin haber producido novedad importante que pusiese su vida en peligro. No sucedió así en el camino que hay hasta Panamá; pues debiendo pasarse lugares muy fragosos, profundos pantanos, y caudalosos rios, en uno de estos muy rápido y caudaloso todos consintieron en que habia perdido la vida. Abundan por lo comun aquellos rios de ferocísimos caimanes, animales sumamente carniceros, que luego que perciben que va andando por el rio cualquier animal, se tiran á él con ferocidad, le despedazan y le devoran. Caminase regularmente en mulos ó machos de la tierra, los cuales, acostumbrados á la aspereza y fragosidad de los caminos, recompensan con la seguridad la molestia de la pesadez con que caminan. Vadeaba el Santo un rio, y al llegar á la mitad se advirtieron venir hácia él dos grandes caimanes, de cuya ferocidad estremecido el mulo, hizo tales contorsiones, viendo tan cercana su muerte, que echó de sí al Arzobispo, el cual cayó en el agua embarazado en sus propias vestiduras. Los caimanes luego que vieron la presa segura, se aceleraron á devorar al santo Arzobispo. Nadie dudó de su muerte, ni de que su vida no podia prolongarse mas que lo que tardase en llegar cualquiera de los caimanes, y atravesarle con sus espantosos colmillos. El Santo advirtió el grande peligro en que se hallaba, por una parte de ahogarse viéndose en medio de un rio sin saber el arte de nadar, ni poderle practicar aunque le supiera; y por otra parte viendo venir con las bocas abiertas á despedazarle dos bestias tan enormes. Levantó su corazon á Dios, imploró su misericordia, y al punto advirtió dos contrarios efectos. Los caimanes quedaron inmobles como si fueran dos rocas; y el cuerpo del Santo tan ligero, que como si fuera de corcho fué nadando sin industria y sin trabajo hasta llegar á la orilla. Dió gracias á Dios por

el beneficio recibido: hicieron lo mismo todos los que le acompañaban, firmemente persuadidos á que el suceso habia sido verdaderamente milagroso.

Siguió su viaje, hasta que el dia 24 de mayo del año de 1581 llegó felizmente á Lima, en donde le hicieron un recibimiento ostentoso. Salióle al encuentro toda la nobleza de la ciudad y todo el estado eclesiástico, manifestando en sus semblantes un sencillo gozo que rebosaban sus corazones. Las calles por donde habia de pasar estaban adornadas con todo el lujo de la riqueza y todo el primor del buen gusto. Los balcones y las ventanas, las plazas y las calles todo estaba lleno de gente, que al son de acordadas músicas prorumpian en vivas festivos. Toribio recibió estos aplausos y honores con un corazon lleno de gratitud, y con un alma convencida de las acibaradas consecuencias que se siguen á estas pasajeras honras. Uno y otros se manifestó en su majestuoso semblante, que pareció aquel dia mas bien de un ángel que de un hombre mortal y perecedero. Todos sus súbditos quedaron contentos con la vista de su nuevo Prelado: todos concibieron de él unas ventajosas esperanzas, y todos confirmaron con su vista el alto concepto que de sus virtudes les habia anticipado la fama. Tranquilizadas las cosas, comenzó Toribio á echar los fundamentos de las grandes obras que pensaba edificar. Mandó que le hiciesen un plan exacto de toda su diócesis, en donde se viese claramente su estado actual, el número de los súbditos, la cantidad y cualidad de los réditos, las rentas de las iglesias, sus utensilios y alhajas; de manera que á una simple vista conociese las necesidades que padecian sus ovejas, y los medios de que se podia valer para remediarlas. Y conociendo que son inútiles todos los esfuerzos de cualquier prelado para reformar y arreglar á sus súbditos cuando de entrada en su casa á la relajacion y al mal ejemplo, cuidó ante todas cosas de arreglar su familia, no permitiendo en ella sino sugetos de probadas costumbres. Así parecia su casa un convento de religiosos fervorosos y contemplativos, mas bien que un palacio de un poderoso príncipe abastecido de grandes rentas y fortuna. Habiendo puesto en órden las cosas de su casa de manera que nadie le pudiese reprender, trató de comenzar una general reforma por todas las clases y en todas las materias. Registró por sí mismo los sagrarios y los ornamentos de las iglesias, dando á las que eran pobres las alhajas necesarias para que celebrasen con decencia los divinos oficios. Averiguó con qué pompa y solemnidad se hacian estos en todas las igle-

sias de su obispado; pero principalmente le llevaron su atencion las casas de misericordia, los hospitales, y la instruccion de los indios que habitaban en los parajes mas remotos.

Para conseguir todos estos efectos tan importantes á la recta administracion del oficio pastoral, no omitió medio alguno de cuantos juzgó oportunos. Procuraba que obtuviesen los oficios de curas párrocos, confesores y predicadores sugetos idóneos, no solamente por la integridad de sus costumbres, sino tambien por la suficiencia de su sabiduría y de sus luces. A esto les exhortaba, les pedia y aun les forzaba á que no desistiesen de repartir continuamente el pan de la doctrina, como quien estaba bien enterado de que en los vastos países de la América habia muchas almas perdidas, y muchos campos estériles por falta de obreros evangélicos. Para proporcionar á sus ovejas este espiritual alimento, erigió de nuevo muchas iglesias, en las cuales hacia celebrar diariamente los divinos oficios con todo el aparato de ceremonias que tanto excita la piedad de los fieles. Proveíalas además de lámparas, campanas, ornamentos, y de un predicador que explicase con frecuencia la doctrina cristiana. En cualquier pueblo que el Santo se hallaba, por pequeño que fuese, no se desdeñaba de predicar por sí mismo, ó de autorizar con su presencia la explicacion de la doctrina que hacia cualquiera sacerdote. En las obligaciones de su cargo episcopal se empleaba de manera, que no le privaba de asistir á los oficios públicos de la catedral en compañía de los canónigos. Veíasele con tanta frecuencia en las horas canónicas, en las oraciones públicas, en el púlpito, en el confesonario, y en la administracion de Sacramentos, privativa de su dignidad, que parecia no tener que hacer otra cosa. Estos ejercicios no le impedian la oracion, los ejercicios de penitencia y el rezo continuo, en que era tan exacto, que mientras rezaba ni al mismo virey admitia á visita. Estableció un tenor de vida tan riguroso y constante, que parecia superior á las fuerzas humanas, y mas propio para acabar con la vida, que para emplearla en obsequio de Dios, y en el provecho de su iglesia. Levantábase el primero de su casa, y antes de romper la aurora; é inmediatamente se ponia en oracion hasta la hora de decir misa. Deciala con gran devocion y ternura, y después se entregaba á oir las causas de sus súbditos, á componer entre ellos las discordias, á socorrer á los necesitados, á consolar á los afligidos, y á señalar alimentos á las viudas y huérfanos; y si algun tiempo le sobraba, lo consumia en la oracion ó en el coro. Comia parcamente, y se recogia á un aposentillo, en donde pedia á Dios luces para ad-

ministrar dignamente el oficio de pastor. Toda la tarde la consumia en oir las representaciones de sus ovejas, y dar las providencias oportunas para su consuelo y beneficio. En esto tenia todo su desahogo, todo su recreo y toda su diversion. A las oraciones se retiraba á su casa, y consumia dos horas en el oratorio en profunda meditacion. Seguíase á esto el decir con los eclesiásticos, sus familiares, el oficio divino; y dicho, pasaba á cenar pan y agua, que fue la cena de toda su vida. Retirábase después de la cena á un aposento secreto, en donde rezaba el oficio de difuntos, el de Nuestra Señora, y su santo rosario. A eso de media noche se recogia á descansar; pero su sueño era tan breve y ligero, que continuamente le interrumpia pronunciando versos de salmos, ú otras oraciones jaculatorias. Su casa estaba abierta para todos, y á todas horas encontraban los necesitados misericordia, y los ofendidos justicia. Sus ojos se fijaban inmediatamente en el mas pobre y andrajoso que le buscaba; y su justicia recta jamás se dejó doblar, ni de la opulencia, ni de la riqueza, ni del poder. Si la justicia le obligaba á ejercitar la severidad, era tal la humanidad y dulzura con que aplicaba la sentencia, que los mismos castigados se veian en la precision de reconocer en él, mas bien que á un juez, á un padre amoroso. Puso gran cuidado en que reinase el desinterés en sus tribunales; para este efecto dotó con generosidad á los escribanos, notarios y demás ministros, castigando severamente al que se dejaba corromper de los humanos intereses.

Puesto este órden y arreglo en su casa, en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo y en sus súbditos, trató de ordenar y reformar la disciplina de aquella iglesia, que con los tiempos turbulentos se habia notablemente relajado. Para este efecto convocó á un concilio provincial citando á todos los obispos sufragáneos; y entretanto emprendió la visita de su obispado con ánimo de volverse á Lima luego que hubiesen llegado allí los vocales, como lo hizo. Desde la fundacion de aquella silla no habia habido mas que dos concilios con el nombre de congregaciones, uno en el año de 1552, y otro en el de 1567; pero habiéndole faltado al primero la forma legítima de concilio, y al segundo la confirmacion del sumo Pontífice, habian quedado sin efecto los decretos y determinaciones de uno y otro. En el año de 1582, siendo virey de aquellas provincias D. Martin Enriquez, se juntaron los obispos sufragáneos de Lima, y habiendo celebrado cinco sesiones, se concluyó felizmente. En él se hicieron muchos decretos y constituciones santísimas, que fueron aprobadas por la Silla apostólica, y mandadas ejecutar por el real Consejo de las

Indias. Fue tanta la utilidad de sus cánones, la prudencia y sabiduría con que fueron establecidos, que se juzgó oportuno extender su observancia á otros tres arzobispados, y diez y siete obispados, como si fuesen de un concilio nacional, y en todos ellos se observan hasta el dia de hoy con tan conocido provecho, que manifiesta bien el sublime espíritu con que fueron dirigidas todas las acciones. En este concilio tuvo Toribio algunas amarguras que sufrir, porque habiendo juzgado oportuno comenzar la reforma por los mismos obispos y demás eclesiásticos, se resintió agriamente la avaricia de algunos de ellos, protegida con el favor de muchos poderosos. Pero habiendo conocido el Papa y el Rey el santo celo de Toribio, y la justicia de sus determinaciones, mandaron unánimemente que todos las obedeciesen, de lo cual le resultó al santo Arzobispo mucho mayor amor y respeto que el grande con que hasta entonces habia sido mirado. Otros dos concilios hizo celebrar en su tiempo; pero sus actas se redujeron únicamente á la observancia de los decretos del primero.

Luego que el santo Prelado estuvo cierto de que su concilio habia sido aprobado por la Silla apostólica, y mandado ejecutar por el Rey, se aplicó á hacer que se observasen con todo rigor sus determinaciones. Una de las mas principales era el establecimiento de seminarios conciliares, en donde se criase con santas instrucciones la juventud, para entresacar de ella ministros aptos, que sirviesen á la Iglesia con la integridad de sus costumbres y con las luces de su sabiduría. En el año de 1581, habiendo juntado antes los caudales necesarios, comenzó la fábrica del primero en la ciudad metropolitana de Lima. Una obra tan santa y provechosa padeció inmediatamente las contradicciones y adversidades que suelen padecer las de su clase. Con pretexto del real patronato quiso el Virey hacer privativamente suya la eleccion de seminarista, quitando al Arzobispo la accion, juntando á esto otras pretensiones, que apoyadas en el poder y la fuerza, dieron mucho en que ejercitarse la paciencia del santo Arzobispo. Pero este digno Prelado, así como tenia una alma grande para emprender obras heróicas, así tambien tenia una fortaleza invencible para no decaer de ánimo en las persecuciones, y para defender á todo riesgo los derechos de la Iglesia. Llegó á noticia del Rey la desavenencia entre su Virey y el Arzobispo: reconoció por sí mismo las razones de uno y otro, y persuadido á que los derechos del sacerdocio no era justo que se confundiesen con los del imperio, falló á favor de las justas pretensiones de santo Toribio. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que inte-

resaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fijado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones. Pacificadas estas, se dedicó con todo ardor á cumplir las funciones de su ministerio. Edificó monasterios á las esposas de Jesucristo: destinó lugares de piedad para las doncellas, cuyo honor peligraba: dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenian otro destino que el seno de los pobres, en donde sabia que no se las habia de robar el ladron, sino que antes bien las habia de hallar multiplicadas. Un trabajo incesante, y un cuidado continuo sobre su propia santificacion y la de sus prójimos, eran dos ejes sobre que rodaba toda la vida de este santísimo Prelado.

Desde el punto que tomó sobre sus hombros tan penosa carga, se propuso conocer á todas sus ovejas una por una, si fuese posible. A este fin emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dejando la tercera comenzada por haberle faltado la vida. Caminaba inmensos espacios cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantanos peligrosos, y horrorosos precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo Prelado, ni los montes intrincados, ni las montañas inaccesibles, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, allí las agasajaba, y daba por bien empleados los repetidos peligros de la vida que habia padecido, por tener el consuelo de haber visto sus ovejas, y haberlas encaminado por sí mismo á la grey de su verdadero Pastor, que es Jesucristo. Ya habia consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irreprensible, y era justo que el eterno Remunerador le llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitan debe cogerle la muerte con la espada en la mano, así tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Habia salido de Lima santo Toribio haciendo la tercera visita de su obispado. Llegó cerca de Saña estando ya próxima la Semana Santa, cuyas augustas ceremonias queria celebrar allí por sí mismo. Persuadiéronle que pasase á Trujillo, por cuanto el primero era un lugar poco sano por causa de los calores excesivos. El Santo despreció este

peligro, que le pareció remoto; y dirigiéndose á Saña, antes de entrar en el pueblo se sintió con calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne; pero como era Semana Santa lo rehusó cuanto pudo, hasta que se lo mandaron en conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese sus disposiciones, lo cual ejecutó un capellan suyo. Léjos de entristecerse con la nueva, exclamó con aquellas palabras del Salmo: *Regocijado me he con las cosas que me han sido dichas: iremos á la casa del Señor;* y al que le dió la noticia mandó que le diesen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á esta, mandando hacer una justa reparticion de todo cuanto tenia, sin excluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas; y diciendo que era indigno de que el Señor le visitase en su casa, hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el Viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa recibió la Extremauncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de san Pablo: *Deseo ser desatado y estar con Cristo,* consolando incesantemente á sus familiares, que lloraban su muerte con amargura. Dia de Jueves Santo á la misma hora que solia lavar los piés á los pobres, pidió al prior de san Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi;* y al llegar á aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,* exhaló su alma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de obispado. Su cuerpo quedó tratable y hermoso, y fue enterrado en la iglesia catedral con una pompa, concurso y aclamaciones admirables. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heróico, y de los milagros con que testificó Dios su santidad, fue beatificado por el papa Inocencio XI, y Benedicto XIII le canonizó después en el año del Señor de 1726.

SANTA CITA Ó ZITA, VÍRGEN.

No hay estado en elmundo, ni condicion tan oscura, tan abatida en que, con la asistencia de la divina gracia, no se pueda arribar á

una eminente santidad. Prueba ilustre de esta verdad es santa Cita.

Nació Cita de padres humildes y pobres, pero temerosos de Dios, al principio del siglo XIII en una aldea llamada Monsagradi, poco distante de la ciudad de Luca. Los desvelos de la virtuosa madre en criarla en el temor santo de Dios fructificaron fácilmente en aquel tierno corazon, que parecia como nacido para la virtud, por estar lleno de inclinaciones naturalmente piadosas. Hechizaba á todos la dulzura de su genio y su modestia; hablaba poco, trabajaba mucho, y solo interrumpia la labor para entregarse á la oracion. Siendo niña, la bastaba oir que alguna cosa era ofensa de Dios, para mirarla con horror por toda la vida; ni su madre necesitaba valerse de otros términos para enseñarla y para corregirla: *Dios manda esto; Dios prohibe aquello;* en estas dos palabras se comprendia todo para ella.

Siendo de doce años la pusieron á servir en casa de un ciudadano de Luca, llamado Fatineli, que vivia contiguo á la iglesia de San Frigidiano. Consérvase esta casa hasta el dia de hoy con singular veneracion, adornados todos sus cuartos de ricas y primorosas pinturas que representan las principales acciones y virtudes de nuestra Santa.

Hallándose Cita en el humilde estado de criada, desde luego se persuadió que la verdadera virtud consistia en cumplir perfectamente con las obligaciones de su estado; y á esto se aplicó con el mayor empeño. Levantábase siempre al despuntar el dia; y mientras los demás dormian, ella oraba; cuidando de tener ya oida misa todos los dias antes que fuese hora de dar principio á los oficios de la casa.

Como era muy advertida y de mucha capacidad, prevenia de ordinario con anticipacion todo aquello que la tocaba hacer. Segun su aplicacion, parecia que no pensaba en otra cosa que en las que eran de su oficio: con todo eso la era sumamente familiar la presencia de Dios, y tenia para ella indecibles atractivos.

Siendo humilde, mortificada, laboriosa y obediente, ¿quién no diria que habia de ser muy estimada de todos cuantos la conociesen y tratasen? Con todo eso permitió Dios que por algunos años fuese bien ejercitada. A su circunspeccion la llamaban simpleza ó brutalidad; y la gran diligencia que ponia en prevenir todo lo que era de su cargo, la atribuian á vanidad y á deseo de sobresalir entre las demás. Nunca acertaba con cosa que fuese del gusto de su ama, cuya antipatía se aumentaba con los malignos chismecillos que la iban á contar los demás criados. Si estos faltaban ó se descuidaban en algo, la culpa siempre cargaba sobre nuestra Santa. Censuraban su silen-

cio y su devocion; hacian chacota de su delicadeza de conciencia y de su puntualidad; su moderacion los enfadaba, y hasta su vida austera y penitente les era pesada. Hallándose Cita tan despreciada, tan aborrecida, tan recargada, y tan injustamente maltratada, nunca se desmintió á sí misma, siempre igual, siempre serena, siempre apacible y siempre oficiosa; jamás salió de su boca ni la mas mínima queja. Una virtud tan probada y tan constante se descubrió en fin, á pesar de la emulacion, de la antipatía y de la malignidad. Conocieron los amos y conocieron los criados el tesoro que tenian en su casa, y todos hicieron justicia á su virtud y á su mérito.

La prueba mas insufrible de todas para ella, fue esta repentina mudanza de ánimos y de corazones en su favor. Como era tanta su ansia de padecer y de ser humillada, se persuadió que esta novedad era castigo de Dios; y llegó á afligirse tanto con este pensamiento, que habiéndoselo conocido su ama, afectaba de cuando en cuando reñirla para consolarla.

Era enemiga mortal de la ociosidad, por lo cual siempre estaba ocupada, tanto que en cási setenta años que estuvo en aquella casa, jamás la vieron sin alguna labor en las manos. Acostumbraba decir, que las principales prendas de una criada cristiana eran el temor de Dios, la fidelidad, la humildad y el amor al trabajo. Ninguna criada, decia, puede ser virtuosa, si no es trabajadora; una virtud holgazana, especialmente en las que son de nuestra esfera, es una falsa virtud.

La tierna devocion que profesó desde su infancia á la santísima Vírgen, no solamente la inspiró un extraordinario amor á la pureza, sino que la mereció el don de esta virtud. En este particular no es fácil explicar hasta qué punto llegaba su delicadeza; jamás miró á hombre alguno á la cara. Nunca se alivió de ropa, ni aun en medio de los mas abrasados calores del estío; nunca se la levantó, ni aun cuando tenia que hacer los oficios mas penosos ó menos limpios de la casa, temiendo aparecer con menos decencia, modestia y compostura. Habiendo en cierta ocasion tenido atrevimiento un criado para decirla no sé qué palabras descompuestas, se horrorizó tanto, que hubo de caer desmayada; y ya iba á salirse de la casa, si en la misma hora no hubiera sido despedido de ella aquel atrevido.

Conservó esta delicada virtud á favor de una rigorosa mortificacion y penitencia. Era grande su abstinencia; ayunaba todo el año y cási todos los dias á pan y agua. Andaba con los piés desnudos, aun en el mayor rigor del invierno, y dormia sobre la dura tierra,

ó algunas veces sobre unos sarmientos. No se sabia cómo podia vivir con tan poco alimento, con una vida tan penitente; pero creció la admiracion cuando después de muerta encontraron su virginal cuerpo rodeado de un cordel que se entraba dos dedos en la carne. Semejante instrumento de penitencia, en quien estaba siempre en un continuo trabajo, era muy áspero tormento.

Habíanla permitido sus amos que en el discurso del año hiciese algunas devotas peregrinaciones, bastantemente distantes y dificultosas; siempre las hacia á pié y en ayunas. Como los menesteres de la casa no la hubiesen dado lugar una vez para salir por la mañana á visitar el santuario del santo Ángel, que se venera en un monte á dos leguas de Luca, quiso ir por la tarde; y mostró Dios cuán grata le era esta devocion con el prodigio de hallarse Cita milagrosamente transportada á dicho santuario.

Dotada de un don sublime de oracion, todo el dia estaba trabajando, y todo el dia estaba orando, porque ni el trabajo interrumpia la oracion, ni la oracion era estorbo al trabajo. Abrasada del fuego del divino amor, se la oia exclamar incesantemente dia y noche: *Sí, divino Esposo mio, yo os amo.* Habia fabricado una especie de celdilla en el rincon mas retirado de la casa, á la cual solia ir de cuando en cuando á pasar toda la noche en contemplacion; y depusieron los demás criados, que muchas veces habian visto esta celdilla rodeada de una brillante resplandor y claridad.

Como un dia se hubiese dejado llevar de su fervor mas de lo acostumbrado, se acordó, aunque ya algo tarde, que tenia que amasar: dejó su devocion, y corrió prontamente á reparar su falta; pero ya Dios la habia remediado, porque encontró amasado el pan, y en disposicion de poderle meter en el horno; manifestando el Señor con semejantes y frecuentes prodigios la santidad de su sierva.

Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. Estaba tan penetrada del bajo concepto que formaba de sí misma, que se admiraba cómo no la despreciaban todas las criaturas, y cómo podia sufrirla la tierra sobre sí. Respetaba á los demás criados como si todos fueran sus amos; apenas abrian la boca cuando eran obedecidos sin réplica y sin dificultad. Ciertas señoritas de poca edad, amigas de su ama, sabiendo su pronta obediencia, tenian gusto, solo por divertirse y por probarla, de enviarla con recados supuestos á un paraje distante media legua de la ciudad, cuando estaba lloviendo á cántaros; obedecia con puntualidad, hacia su recado, y volvia calada de agua sin quejarse.

Su apacibilidad sosegaba los ánimos mas irritados. Cuando su amo estaba colérico, solo con que Cita se dejase ver y le dijese una palabrita, desarmaba su cólera. Algunas veces se echaba á sus piés para interceder por los otros.

Pero la mas sobresaliente de todas sus virtudes fue la caridad. No puede explicarse á qué grado llegó en ella esta generosa virtud; era sin límites su compasion con los pobres, con los afligidos y con todos los atribulados. Comunmente se cree que uno de los motivos que tuvo para ayunar cási siempre á pan y agua, fue por tener mas para dar limosna, pues nunca daba nada sin licencia. Viendo su amo que los bienes parecia que se multiplicaban en sus manos, la dió amplia licencia para que diese la limosna que le pareciese; usó de ella con liberalidad, pero con discrecion, y Dios la autorizó muchas veces con milagros.

En tiempo de hambre, habiendo gastado todo el dinero que la dieron sus devotos, y habiendo apurado tambien toda la panera de su amo, se la llenó presto Dios; porque volviendo á ella para recoger algunas pocas de legumbres, y algunos puñados de grano que habian quedado, la encontró mas llena que estaba antes que se abriese para la limosna. En cierta ocasion llegó á ella un pobre forastero, y la pidió un traguito de vino por amor de Dios; afligióse porque no lo tenia, pero llena de confianza acudió á un pozo que estaba cerca, sacó una jarra de agua, que milagrosamente se halló convertida en un excelente vino. Hasta el dia de hoy se conserva este pozo, y se llama el pozo de santa Cita.

Nunca tuvo mas muebles que el vestido que traia puesto, porque todo se lo daba á los pobres; y cuando la reprendian por esto, respondia: *¿Pues qué? pídeme Cristo limosna en la persona de sus pobres, ¿y habia yo de tener corazon para negársela?*

Una noche de Navidad, en que era excesivo el frio, la presentó su amo una capa aforrada, mandándola que usase de ella; pero que en todo caso la volviese. Al entrar en la iglesia vió á un pobre medio desnudo y todo transido de frio; no hubo menester mas ruegos para echarle al punto la capa aforrada sobre las espaldas; pero acabada la misa, al entrar en casa el pobre la restituyó la capa, y desapareció.

Del mismo principio nacia su inclinacion natural á excusar las faltas de todos. Jamás se la oyó hablar mal de nadie; cuanto hacian los demás era bueno, era loable; solo ella, en su entender, estaba llena de miserias y de faltas.

Hallándose dotada de tantas virtudes, y sobre todo abrasada de

tan perfecta caridad, no es maravilla que fuese favorecida con los mayores dones sobrenaturales, y singularmente con el don de milagros. En la misa y en la comunion la vieron muchas veces toda bañada en aquellas dulces lágrimas que los consuelos interiores, anticipados destellos de la gloria, hacen derramar á los Santos, acompañadas no pocas veces de admirables éxtasis. Solo con ver alguna imágen de la santísima Vírgen, á quien llamaba su madre, bastaba para experimentar en sí los mismos efectos; y ocupada toda su alma en Dios los últimos dias de su vida, era esta una oracion continua.

A tan alto grado de perfeccion habia llegado, cuando quiso el Padre de las misericordias recompensar con la gloria eterna á su fiel sierva. Cayó mala; y aunque parecia ligera la enfermedad, quiso recibir los Sacramentos. Hízolo con tanta devocion, que la infundió en todos los circunstantes. Ninguno se persuadia á que hubiese de morir con tan ligero mal; pero ella estaba mejor instruida que todos de su postrera hora. Con efecto, al quinto dia de su enfermedad espiró entre fervorosos actos de amor de Dios, en los cuales se habia ejercitado toda la vida; y fue su muerte el dia 27 de abril del año 1272, á los setenta de su edad.

El mismo dia de su muerte manifestó Dios la santidad de aquella bienaventurada doncella; dejóse ver sobre la casa donde acababa de espirar un resplandor maravilloso, y los niños de toda la ciudad comenzaron á gritar: *Ya murió santa Cita.* Fue prodigioso el concurso del pueblo á venerar el santo cadáver, y las exequias parecian un magnífico triunfo. Venérase su cuerpo en la iglesia de San Frigidiano, y se conserva hasta el dia de hoy sin corrupcion. Cuéntanse mas de ciento y cincuenta milagros juridicamente aprobados, con mucho mayor número de ellos que obra cada dia el Señor por la intercesion de esta Santa.

El año de 1580 se abrió la sepultura, y se halló entero el santo cuerpo. Colocáronle en una rica caja para satisfacer á la devocion del pueblo; está todo él cubierto con una ropa de brocado de oro; y la cara y manos, que se ven por un cristal, pudieran persuadir que aun está vivo. Leon X dió licencia para que en la iglesia de San Frigidiano se rezase con oficio doble de nuestra Santa, á la cual profesa singular veneracion toda la ciudad de Luca.

SAN ANASTASIO, PAPA.

El glorioso y santo Padre Anastasio, primero de este nombre, fue de nacion romano: su padre se llamó Máximo. Fue elegido en sumo

Pontífice, imperando Graciano, y sucedió en la Silla apostólica á san Ciricio. Tuvo el sumo pontificado trece años, diez meses y veinte y cinco dias. Constituyó que los sacerdotes no estuviesen sentados, sino en pié ó inclinados, cuando se leyese ó cantase el Evangelio en la iglesia, y que ningun peregrino, mayormente si era transmarino, fuese admitido á la clerecía si no traia fe de quien era, sellada y firmada de cinco obispos. Esto mandó por los Maniqueos, que entonces eran muy estimados en África, y para corromper á los Católicos enviaban muchos de los suyos á diversas partes, donde pudiesen sembrar sus herejías. Constituyó tambien que los débiles, ó mancos, ó cualesquiera otros, que careciesen de algun miembro, no fuesen clérigos. Consagró la iglesia llamada Crescentina en la region segunda, en la via Mamertina. Hizo dos veces órdenes por el mes de diciembre, y ordenó en ellas ocho presbíteros, cinco diáconos y diez obispos; y habiendo servido al Señor fielmente (porque no fue digno el mundo de gozarlo mucho tiempo, como dice san Gerónimo, su contemporáneo; pues fue hecho Pontífice por su gran santidad y pobreza apostólica, á los setenta años y mas, de su edad; y tambien porque en su tiempo no viese rendida á la siempre triunfante Roma, señora del mundo), pasó de esta presente vida á tomar posesion de la eterna, á los 27 de abril, por los años del Señor de 402, imperando el dicho Graciano, segun algunos, ó segun otros, Arcadio y Honorio. Su santo cuerpo fue sepultado en el cementerio de San Pedro, junto al Oso Pileato, y estuvo por su muerte vacante la Silla apostólica veinte y un dias.

Muchas veces ha dejado Dios de castigar á los pecadores por solo un justo á quien ama y quiere tanto su Majestad, que solo por no darle un disgusto y hacerle un agrado deja de castigarlos; y si llegan las maldades de los hombres á ser tantas, que ya no puede dejar de enviarles el castigo, quita de en medio al justo y se lo lleva para sí, solo á fin de que no lo vea. Abunda la Escritura sagrada y divinas historias de ejemplos de lo dicho, y en la presente vida del glorioso san Anastasio tenemos á la vista uno bien raro. Habian llegado los pecados de los hombres ciudadanos de Roma, señora del mundo, á tal estado de malicia, que ya Dios determinó castigarlos, quitándoles el dominio, y haciéndoles de señores siervos de sus enemigos: suspendia el castigo, porque amaba á su vicario y gran siervo Anastasio; pero cuando ya su ira, digámoslo así, no pudo sufrirlos mas, por eso se resolvió á castigarlos, y para hacerlo, sin darle el menor pesar y sentimiento á su amado Anastasio, ¿qué hizo? Qui-

tóle antes de en medio: llevósele á gozar de su eterna gloria; y luego envió los godos, que castigasen á los romanos, ganándoles su ciudad, haciendo esclava á la señora del orbe, abrasándola, destruyéndola, y haciendo en ella tal estrago, que si es compasion referirlo, ¿qué seria mirarlo? Pidamos todos á Dios nos libre de ofenderle, para que no irritemos su divina justicia; y para conseguirlo será buen medio valernos de la intercesion de su vicario y amado siervo el bendito san Anastasio, con quien le gocemos en la gloria. Amen.

La Misa es en honor de santo Toribio, y la Oracion la que sigue:

Ecclesiam tuam, Domine, beati Thuribii confessoris tui atque pontificis continua protectione custodi; ut sicut illum pastoralis solicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercessio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Defended, Señor, vuestra Iglesia con la proteccion continua del bienaventurado Toribio vuestro confesor pontífice, para que así como la solicitud pastoral le hizo glorioso, de la misma manera su intercesion nos haga fervorosos en vuestro amor. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo L *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum. Templi etiam altitudo ab ipso fundata est, duplex aedificatio, et excelsi parietes templi. In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum, et quasi mare adimpleti sunt supra modum. Qui curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione. Qui praevaluit amplificare civitatem, qui adeptus est gloriam in conversatione gentis: et ingressum domus et atrii amplificavit. Quasi stella matutina in medio nebulae, et quasi luna plena in diebus suis lucet. Et quasi sol refulgens, sic ille effulsit in templo Dei. Quasi arcus refulgens inter nebulas gloriae, et quasi flos rosarum in diebus vernis, et quasi lilia quae sunt in transitu aquae, et quasi thus redolens in diebus aestatis. Quasi ignis effulgens, et thus ardens in igne. Quasi vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso. Quasi oliva pullulans, et cypressus in alti-

Hé aquí un gran sacerdote, que mientras vivió sostuvo la casa; y en sus dias restauró el templo. Tambien fue fundada por él la altura del templo, el edificio con dos viviendas, y las paredes altas que rodean al templo. En su tiempo los pozos tuvieron agua copiosa, y se llenaron fuera de medida como si fueran un mar. Él tuvo cuidado de su gente, y la libró de la perdicion. Él mismo llegó á amplificar la ciudad, y alcanzó gloria viviendo en medio de su pueblo, y extendió la entrada del templo. Como la estrella de la mañana entre la niebla, y como la luna luce en los dias de su llenura, y como resplandece el sol, de la misma manera resplandeció él en el templo de Dios. Como el arco íris que resplandece entre las claras nieblas, y como la flor de las rosas en tiempo de primavera, y como las azucenas que están cerca de las corrientes, y como la planta del incienso que huele bien en los dias del estío; como llama resplandeciente,

tudinem se extollens, in accipiendo ipsum stolam gloriae; et vestiri eum in consummationem virtutis. In ascensu altaris sancti, gloriam dedit sanctitatis amictum. In accipiendo autem partes de manu sacerdotum, et ipse stans juxta aram. Et circa illum corona fratrum: quasi plantatio cedri in monte Libano. Sic circa illum steterunt quasi rami palmae, et omnes filii Aaron in gloria sua.

y como incienso que arde en el fuego, como un vaso de oro macizo adornado de todo género de piedras preciosas; como el ciprés que se levanta á lo alto. Al rededor de él hay una corona de hermanos; y así como un alto cedro plantado en el monte Líbano, de la misma manera estuvieron al rededor de él los hijos de Aaron en su gloria, como si fueran ramos de palma.

REFLEXIONES.

Entre las pasiones que combaten el corazon humano con mayor fuerza y poder mas irresistible, apenas hay una, cuyos esfuerzos le llevan tras sí con mayor violencia que la pasion de gloria. A este ídolo aéreo han ofrecido inciensos los hombres sabios y los ignorantes; los hombres oscuros y los monarcas mas poderosos. Hasta los facinerosos, que oscurecen su vida con execrables delitos, han ofrecido víctimas á la gloria de su nombre. Tantos conquistadores exponiendo su vida y su reposo por un pedazo de tierra que no habian de gozar: tantos sabios acortando los dias de su vida en profundas meditaciones, escribiendo libros que acaso olvidan para siempre las generaciones futuras: tantos deslumbrados, que han tenido la temeridad de precipitarse en una sima profunda, ó dejarse morir porque su nombre fuese aclamado como el de un heroe, manifiestan claramente hasta qué punto llegan á embriagarse los hombres con la pasion de gloria. Puede tanto con ellos el lisonjero pensamiento, de que despues de muertos se acordarán los hombres de sus acciones, y repetirán sus heroicidades con entusiasmo, que esta sola consideracion les excita á hacerse singulares entre los demás hombres sin reparar mucho en que la distincion provenga del vicio ó de la virtud.

Pero si reflexionasen la enorme distincion que hay de lo uno á lo otro, y que diferente gloria reciben, aun en este mundo, los que sirven verdaderamente á Dios, respecto de aquellos que se entregan á los deseos de su corazon, conocerian que aun en lo temporal premia Dios mucho mas ventajosamente que el mundo. El elogio que contiene la Epístola de este dia, dedicado por el Espíritu Santo á Simon, hijo de Onías, y aplicado por la Iglesia á santo Toribio Mogrobejo, prueba claramente la generosidad con que premia Dios las obras de la virtud. Él es tan magnífico, tan sublime, tan lleno de imágenes, de majestad y de belleza, y tan expresivo de un mérito heróico

y extraordinario, que todos los oradores de Atenas y de Roma n llegaron jamás á imaginar una cosa semejante. Aun prescindienc de los sólidos fundamentos en que estriba este elogio, hace mucha ventajas por la estructura y por la idea que da del héroe á cuante panegíricos ha tributado la lisonja al poder y á la tiranía. Jamás cup en el entendimiento de Plinio un elogio tan magnífico del empera dor Trajano; y todos los emperadores hubieran sacrificado gustos las alabanzas que les tributó la elocuencia, si hubieran llegado á c nocer la grandeza de estas que da el Espíritu Santo, y hubiesen t nido el talento y virtud suficiente para merecerlas. La gloria que esto les resultaria, seria una gloria verdadera, y que dura para sier pre: sus alabanzas no se marchitarian como sus laureles; y sus vi tudes no serian tan insensibles é insensatas como las piedras que l representan. Si se considera, además de esto, el fundamento q tienen unos y otros elogios, es preciso convenir en que hay tan diferencia de unos á otros, como hay distincion entre lo verdade y lo falso. La virtud es hermana de la verdad; mútuamente se ay dan, mútuamente se recomiendan, y mútuamente se apoyan. La vi tud que tiene el carácter de verdadera, es una misma en todos l tiempos, en todas las naciones, en todas las circunstancias. La ver dad la presenta á todos los ojos como amable y digna de aprecio. S mérito es una luz resplandeciente, cuyos brillos no pueden ocultarse El corazon mas bárbaro siente la dulce fuerza de sus atractivos; aun los hombres injustos aprueban en el secreto de su corazon lo elogios que se la tributan. De consiguiente, la gloria que consigu un justo por estar continuamente velando sobre sus obligaciones, e una gloria verdadera, durable, y que debiera llevar la atencion d los hombres, siempre que á estos les inquietase algun deseo de gl ria. Pero ¿se hace así? ¿Son estas ideas las que mueven el corazo humano en la ejecucion de tan vano proyecto? Dios mio, Vos sabe que no solamente se hacen sacrificios á la vanagloria y á la ambi cion, sino que mucha parte de nuestras víctimas las sacrificamos á la necesidad; porque no se puede llamar con otro nombre aquella pa- sion que deja al hombre sin discurso, y equivoca sus operaciones co las de los brutos irracionales.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 16.*

MEDITACION.

Sobre la vigilancia cristiana.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todo cristiano debe velar continuamente sobre el cumplimiento de sus obligaciones, y que el descuidar en esto juzgándose seguros, y que se camina por un terreno llano y sin precipicios, es una señal funesta que acuerda al temeroso de Dios que está su peligro muy cercano.

A la verdad, dar oidos á la satisfaccion con que el corazon está descuidado, pareciéndole que no necesitaria velar sobre el cumplimiento de sus obligaciones, sino que basta una atencion ordinaria, que tiene menos de atencion que de costumbre, es una soberbia insoportable que nos hace caer en gravísimos precipicios. Semejante indiferencia provoca la ira de Dios; el cual, viendo la soberbia con que nos atrevemos á poner en nosotros mismos la confianza que debíamos de colocar en él, determina negarnos sus divinos auxilios, con los cuales haciamos el bien, y sin los cuales no podemos hacer sino el mal. Nos deja con solas nuestras fuerzas, para que viendo que no son bastantes para precavernos contra nuestros enemigos, conozcamos nuestra debilidad y flaqueza con una experiencia funestísima. Este modo de proceder de nuestro Dios es justísimo; porque habiendo despreciado tantos paternales avisos, en que nos manda que velemos sobre nuestras obligaciones, castiga debidamente nuestra temeraria presuncion, desamparándonos, y dejándonos únicamente en manos de nuestra flaqueza. La caida escandalosa del rey David, que en una sola accion cometió tantos y tan horrendos delitos, en ninguna otra cosa consistió que en la seguridad excesiva con que se echó á dormir, sin temer el peligro que le amenazaba. El mismo Profeta tanto lo decia así en el salmo XXIX, cuando contrito y pesaroso clamaba á Dios diciendo: *En medio de mi abundancia dije para mí, jamás seré apartado, ni removido de la gracia y virtud que ahora tengo. Vos, Señor, apartásteis de mi vuestros ojos, é inmediatamente sucedió en mi alma una turbacion asombrosa.*

Pero ningun ejemplo convence mejor los peligros funestísimos de la falta de vigilancia, ó de una confianza necia, que el ejemplo de la negacion de san Pedro. Cuando el Salvador del mundo avisaba á todos sus Apóstoles que estuviesen alerta, porque podia suceder que en la noche de su pasion padeciesen escándalo sobre su persona, llegó á tanto la temeridad de Pedro, que no dudó afirmar, *que aun cuando todos los Apóstoles se escandalizasen, él nunca se escandaliza-*

ria. El misericordioso Señor, que le tenia destinado para pastor ur versal de su Iglesia, y sabia cuán necesaria le habia de ser la vig lancia, quiso que aprendiese con un saludable escarmiento, que diese que llorar para toda su vida, los graves peligros y ruinas espi tuales que trae consigo una vana confianza. Dejóle por un momen entregado á sus propias fuerzas; y produjo lo que puede producir p sí mismo un hombre flaco y miserable. Negó á su Maestro, negó la verdad misma por esencia; negó á su Dios; negó tantos milagr y prodigios como habian visto sus ojos; negó la santísima vida y co tumbres que habia visto en su Maestro, y de que estaba cierto has la evidencia, y todo esto lo negó con juramento. Pero en esto misr has de considerar que afirmó: que el hombre nunca está en mas p ligro que cuando confia en sus mismas fuerzas; que nunca está m débil que cuando no le robustece el poderosísimo vigor de la graci que nunca está mas cercano á caer en el precipicio que cuando c mina descuidado, imaginando que va seguro; y últimamente, s Pedro nos afirmó con su ejemplo, que debemos tener presente el avi de Jesucristo: *Velad y orad para que no seais tentados*, á fin de q no experimentemos funestas caidas que llenen por toda la vida c lágrimas nuestros ojos.

Punto segundo.—Considera que vives en un país enemigo; y d consiguiente, que te es necesaria la vigilancia para precaver tu ru na, y caer en manos de tus contrarios, que forzosamente han de sa ciar en tí su furor y su odio.

Es notoria la sentencia del santo Job, que afirma: *Que la vida ter rena del hombre es una continua milicia*. La experiencia diaria nos en seña, que desterrado el primer hombre de aquel lugar de paz y d felicidad en que habia sido criado, nos vemos reducidos á vivir des terrados y peregrinos, pisando siempre un terreno mal seguro, cu bierto por todas partes de peligros y asechanzas. San Pedro nos amo nesta, *que estemos siempre alerta y velando, porque nuestro comun ene migo anda al rededor de nosotros como leon rabioso que desea despeda zarnos*. Es constante que cuando todo faltara, el consejo de un varon tan experimentado en esta materia como el apóstol san Pedro bastaria para hacer conocer al cristiano la necesidad que tiene de estar con tinuamente en vela, para no perder lastimosamente la integridad y la justicia. Nunca logra con mayor seguridad sus fines la astucia de un prudente capitan, que cuando su contrario duerme en los brazos de una necia confianza. Por esta causa el rey Baltasar cayó en una

prision vergonzosa, sin que bastase á libertarle de ella un poderoso ejército, que no era justo que velase al tiempo mismo que su capitan y su rey estaba descuidado de su ruina. Entregado con los grandes y capitanes de su ejército á las delicias de un opíparo convite, se durmió en brazos de la embriaguez; su astuto enemigo velaba entre tanto: le acometió, le venció, y con una esclavitud vergonzosa le hizo pagar la falta de vigilancia.

Otro tanto le sucede al cristiano que descuida de la custodia de su alma sabiendo que vive cercado de enemigos. Estos usan mas á su salvo de sus astucias, y ejecutan sus daños sin riesgo de ser sorprendidos. Sus fuerzas se duplican con la propia vigilancia, y con el descuido que advierten en aquel cuya ruina solicitan. ¡Y que siendo esto verdad se ha de ver en el pueblo cristiano tanto descuido de su salud, y tanta indiferencia en los daños que le amenazan! Nada se ve con mas frecuencia que hombres entregados á una necia seguridad. En medio de que no pueden ignorar las estrechas obligaciones que les rodean, y que cada una de ellas requiere toda la atencion del cristiano para su exacto cumplimiento, se vive sin pensar siquiera que hay una virtud que se llama vigilancia. De aquí resultan las frecuentes caidas, que necesitan tambien de una expiacion frecuente. De aquí nacen las transgresiones que se advierten en todos los estados. El magistrado, el juez se dejan sorprender con el interés, ó faltan muchas veces á la justicia por no tener la vigilancia debida, ó para guardarse de los enemigos que intentan corromperles, ó porque no viven de sobre aviso sobre los principios necesarios para ejercer bien su ministerio. Los padres de familia ven con dolor los desórdenes de sus hijos y criados, sin advertir que todos ellos nacen del funesto sueño en que ellos yacen dormidos. A este tenor, si cada individuo mete la mano en su pecho, y reflexiona sobre las continuas faltas que laceran la integridad de su conciencia, conocerá que todos estos males resultan de la falta de vigilancia sobre sus obligaciones, y del descuido criminal que tiene de precaverse contra sus vigilantes enemigos.

Jaculatorias. — Vuestra palabra, Señor, ha sido para mí motivo de gozo, y ha regocijado todo mi corazon. (*Jer.* XLV).

Convencido de vuestras soberanas verdades os prometo, que de aquí adelante velaré de continuo para que no me sorprendan mis enemigos, empleándome en la contemplacion de vuestras verdades, y en hacer que se guarde vuestra divina palabra. (*Actor.* VI).

PROPÓSITOS.

1 Son innumerables los avisos y preceptos que hay en la sagrad Escritura acerca de la virtud de la vigilancia; de manera, que apena hay punto capital de la Religion sobre que se haya manifestado ma copiosamente la doctrina de Jesucristo. *Vigilad*, decia en el capítu lo XXIV de san Mateo, *porque no sabeis á qué hora ha de venir vuestr Señor. Bienaventurados aquellos siervos*, decia en el capítulo XII d san Lucas, *á los cuales cuando venga su señor, los encuentre velando* San Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo (*Epist.* II, *cap.* IV) l decia: *Tú vela, trabaja en todo, y cumple con tu ministerio.* De ma nera, que la vigilancia es una virtud tan universal y necesaria a cristiano, como prueba claramente la continuacion con que se ve re comendada en las sagradas Escrituras. En vista de esto, ¿cuáles de berán ser tus propósitos en este dia? Has visto en la vida de sant Toribio Mogrobejo un hombre sumamente celoso de su salvacion, que por lo mismo desde niño hasta el último instante de su vida te nia una escrupulosa observancia de todas sus obligaciones. Sin em bargo de tan sólida virtud, de tan multiplicados ejercicios piadosos y de estar rodeado de buenos ejemplos, se veia en él un temor con tinuo de desagradar á su Dios, que le tenia en continua vela sobre la mas mínima de sus muchas y delicadas obligaciones. Has conside rado los peligros y caidas funestas que han dado los varones mas en cumbrados en virtud, cuando se han entregado ó á una necia confian za, ó á un criminal descuido. Has visto que son innumerables lo enemigos que te cercan para dañarte, y extraordinaria su vigilan cia. Desde hoy, pues, debes atender menudamente á todas tus obli gaciones: hacer mucho caso aun de las cosas mas mínimas: considera cada una de ellas como el principal objeto de tus esmeros y cuidados y empeñarte eficazmente en vencer con tu vigilancia la vigilancia d tus enemigos. Cualquiera falta en esta materia te precipita en u abismo; y en un solo instante que te descuides, recibirás un daño irreparable. En todas las materias, á todas las horas, en todas las ocasiones te es necesaria la vigilancia. El enemigo comun del género humano contrahace, y procura imitar por su parte con su malicia, para introducirte al mal, todos los santos artificios de que se vale la gracia para inclinarte al bien. Y así como esta esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida, en todas las acciones y cir cunstancias para cautivarte en el servicio de Dios; de la misma ma nera el dragon infernal siembra asechanzas en todo cuanto ves, en

todos los negocios que tratas, velando continuamente para lograr tu ruina. *No durmamos, pues, como los que están apartados de Dios*, dice san Pablo á los tesalonicenses (*Epist.* I, *cap.* v), *sino velemos y estemos alerta.*

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Vidal, mártir, en Ravena, padre de los santos Gervasio y Protasio, el cual por haber enterrado con el debido honor el cuerpo de san Ursicino, fue preso por órden del cónsul Paulino, y después de haberlo atormentado en el potro, lo echaron en una profunda hoya cubriéndolo de tierra y piedras; con este martirio entrego el alma al Señor. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Valeria, mártir, en Milan, mujer de san Vidal. *(Véase la vida de san Vidal).*

San Marcos, en Atina, el cual, ordenado obispo por el apóstol san Pedro, fue el primero que predicó el Evangelio á los equicolanos en la Pulla; y en la persecucion de Domiciano, siendo Máximo presidente, alcanzó la corona del martirio.

El martirio de santa Teodora, vírgen, en Alejandría, la cual rehusando sacrificar á los ídolos, fue puesta en un lugar infame para violarla, del cual con el favor de Dios la sacó inmediatamente uno de los fieles llamado Didimo, habiendo cambiado con ella el vestido; después fueron ambos degollados recibiendo juntos la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano, siendo presidente Eustracio.

Los santos mártires Afrodisio, Caralipo, Agapio y Eusebio, en el mismo dia.

San Polion, mártir, en Hungría, en tiempo del emperador Diocleciano.

Los santos mártires Patricio, obispo, Acacio, Menandro y Polieno, en Prusa en Bitinia.

San Prudencio, obispo y confesor, en Tarazona en España. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Pamfilo, obispo Valvense, en Pentina, ciudad de Prusia, esclarecido por su caridad para con los pobres, y por el don de milagros; su cuerpo está depositado en Sulmonia.

SAN VIDAL, MÁRTIR.

San Vidal, tan célebre en todo el orbe cristiano, y singularmente en Milan, fue de ilustre y antigua familia. Algunos le hacen padre de los santos mártires Gervasio y Protasio: lo cierto es que él y toda su familia eran cristianos. Mas por no habérsele ofrecido ocasion oportuna de declararse, y de hacer pública profesion de su fe, se contentaba con asistir, consolar y socorrer á los fieles, sirviendo á

estos de ejemplar y de modelo su ajustada vida; y aun á los mismo gentiles causaba admiracion su honradez y su bondad.

Habia servido de oficial en los ejércitos del Emperador, y se habi distinguido en sus funciones. Así por el grado que tenia en el ejér cito, como por el mucho papel que hacia en la ciudad, habia con traido estrecha amistad con el cónsul Paulino, enemigo mortal de lo Cristianos; pero en medio de su ojeriza, muchas veces los habia per donado por respetos de Vidal, cuya intercesion juzgaba ser mero simple efecto de aquella su bondad natural, que sin distincion d personas se extendia á todos los infelices. A favor de esta reputacion y del gran crédito que tenia, hizo á los Cristianos muy importante servicios: visitábalos por el dia en las cárceles y en los calabozos, so corriendo sus necesidades, y de noche salia á visitar y á consolar los que estaban escondidos en las cavernas y entre los peñascos.

Teniendo Paulino que hacer un viaje á Ravena, quiso que su ami go Vidal le acompañase. Era en tiempo del mayor furor de la per secucion; y pareciendole que su presencia podia ser de tanto servi cio y consuelo á los Cristianos de Ravena, como lo habia sido á lo de Milan, consintio en la jornada. Al entrar en la ciudad tuvo noti cia de que un cristiano, medico de profesion, llamado Ursicino, á quien conducian al suplicio, atemorizado con la vista de los tormen tos, de las uñas de hierro y del ecúleo, titubeaba en la fe. Parecióle que habia llegado la ocasion en que era preciso declararse, y que tenia estrecha obligacion de ir á alentar á aquel pobre cristiano, á quien el miedo de la muerte estaba ya para precipitar en la ma infeliz apostasía. Encendido de celo, deja al Cónsul arrebatadamente, corre al lugar del suplicio, y halla medio vencido á Ursicino; rodea bale una caterva de paganos, que ya cási le tenian persuadido á sa crificar á los ídolos. Rompe, atropella, hácese lugar Vidal por me dio de la muchedumbre: y comienza á gritar luego que pudo ser oido: «¿Que es esto, Ursicino? generoso confesor de Cristo, ¿qué es esto? «¿Al fin del combate te acobardas? Tienes la corona entre las ma nos, ¿y por un vano temor quieres dejarla caer de ellas? Has llegado «despues de tantos trabajos al fin de tu carrera, ¿y en el mismo ins «tante que vas á triunfar te retiras? ¿Temes media hora de tormen «tos, y te vas á precipitar en las llamas eternas, que son todos los «suplicios? ¿Es posible que quien ha sabido dar la vida corporal á tantos, quiera él mismo irse por su pié á la muerte eterna? Vuelve á animar tu fe, hermano mio carísimo, alienta ese pobre espíritu, y lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor por cuyo

«amor das la vida, consuma generosamente tu sacrificio.» Fueron tan eficaces estas palabras, que sin vacilar un punto Ursicino, confesó á Cristo con mas valor que nunca, y fue coronado del martirio. Quiso Vidal rendirle por sí mismo los honores de la sepultura; y hecho esto, comenzó á disponerse para la corona que le esperaba.

No podia ignorar el Cónsul lo que habia pasado, habiendo sido un lance tan ruidoso. Fuéle á buscar á su casa, y hablándole como amigo, le dijo: *¿Has perdido el juicio, ó te has vuelto insensato? porque á menos de estar loco, ó de ser tú mismo cristiano, no es posible hicieses el disparate que hiciste. ¿Qué dirá el pueblo, y qué pensará el Emperador?* — *El Emperador,* respondió el Santo, *pensará que soy cristiano; el pueblo ya dice bien claro que lo soy, y confieso que hago gran gloria de serlo. Tú, Paulino, no trates esto de locura, antes bien reconoce, como estoy seguro que tu buen juicio y gran capacidad no puede dejar de conocerlo, que la mayor locura y la mayor insensatez es adorar por dioses á unos malvados que no merecian ser hombres. No hay mas que un Dios, ni puede haber mas, y este único Dios es aquel á quien adoran los Cristianos, por cuyo amor tienen á mucha dicha el morir.*

Mientras hablaba el Santo, estaba Paulino cortado y como mudo; por una parte amaba á Vidal, prendado sumamente de su bondad, de su honradez y de su buen entendimiento; por otra parte le hacia gran fuerza su ejemplo, y lo que acababa de oirle; pero venciendo la pasion á la razon, mandó que le prendiesen por cristiano, y que como tal fuese desposeido de todos sus títulos y honores.

No se puede explicar el gozo de que se vió inundado el corazon de nuestro Santo: fue tan grande, que no cabiendo dentro del pecho, rebosó por el semblante. Dábase á sí mismo mil parabienes cuando se vió cargado de cadenas, y mezclado en la prision con otros muchos cristianos. Su presencia redobló el valor de aquellos generosos Mártires, y con sus exhortaciones hacia todos los dias alguna nueva conquista. Perdiendo el juez Paulino la esperanza de pervertirle, mandó que le atormentasen en el ecúleo con tanta crueldad, que se tuvo por milagro que saliese vivo de aquel tormento; descoyuntáronle todos los huesos, desgarráronle los costados con uñas aceradas, tan inhumanamente, que horrorizados hasta los mismos verdugos, no tuvieron valor para llevar mas adelante su barbaridad. Apenas tenia aliento Vidal, y le sobraba espíritu para predicar á Jesucristo en medio de los tormentos. Enfurecido el tirano á vista de la invencible constancia de nuestro Santo, y rabiosamente irritado de verse vencido, mandó que le condujesen al mismo lugar donde se

habia hecho la ejecucion de Ursicino, que se erigiese en él un altar y que si no quisiese sacrificar á los dioses del imperio, fuese enterrado vivo en el mismo sitio del altar. Llevaron al Santo como en triunfo al lugar del suplicio; y siendo cada instante mayor su firmeza en confesar á Jesucristo, le arrojaron en una profunda fosa, donde cubierto de piedras y de tierra, fué á recibir en el cielo el premio debido á su fidelidad el dia 27 de abril del año de 172, segun Baronio. Luego que espiró nuestro Santo entró el demonio en el cuerpo de un sacerdote de Apolo, que era el que mas habia encendido al juez contra él, y le atormentó de manera, que ni de dia ni de noche cesaba de gritar: *Atormentasme, Vidal; abrásasme, Vidal;* hasta que al séptimo dia, no pudiendo sufrir el fuego que le consumia las entrañas, se arrojó en un rio, y se ahogó.

Hay en Ravena una de las iglesias mas magníficas del mundo cristiano dedicada á nuestro Santo, y fundada en el mismo sitio en que es tradicion fue su glorioso martirio. Consérvanse sus reliquias en un magnífico sepulcro, y una parte de ellas se venera en la Isla, en Bolonia y en Praga.

El mismo dia es la conmemoracion de santa Valeria, mujer de san Vidal, que volviendo de Ravena á Milan, después del glorioso martirio de su marido, fue cruelmente asesinada en el camino por unos paisanos, que la quisieron obligar á comer de las viandas que estaban consagradas á los ídolos; pero como respondiese que era cristiana, y que tenia horror á todo cuanto estuviese dedicado á los dioses falsos, la apalearon con tanta crueldad, que llevada á Milan medio muerta, rindió su bienaventurado espíritu dos dias después, y es reverenciada como mártir.

SAN PRUDENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Prudencio, uno de los obispos célebres que han brillado en la Iglesia de España por su eminente virtud y particular don de tranquilizar discordias, nació en Armentia, pueblo de la provincia de Alava junto donde ahora está la ciudad de Vitoria, dotado con todas las disposiciones de naturaleza y gracia, que hasta hoy nos dan á conocer su mas expresivo carácter. Sus padres, poderosos en los bienes del siglo pero mucho mas esclarecidos por su fe y piedad, procuraron criar al niño segun el espíritu de la religion cristiana, é imprimir desde luego sus máximas en su tierno corazon, á las que siempre correspondió fielmente, no perdiendo de vista el sólido prin-

cipio del santo temor de Dios. Aplicado á la carrera de las letras, como tenia un ingenio penetrante, y era continua su aplicacion, acompañada de bellas cualidades con una propension natural á todos los ejercicios de devocion, se dejó ver en su juventud sobresalir á todos sus coetáneos en ciencia y virtud; distinguiéndose sobre todo en la particular gracia de componer las discordias de sus convecinos, y en una asombrosa caridad, privándose no pocas veces del propio alimento por socorrer á los pobres necesitados.

Encendido en vivísimos deseos de servir á Dios en el desierto, retirado de los peligros del mundo, se ausentó á los quince años de edad de su patria, padres y parientes como otro Abrahan, tomó su rumbo hácia el rio Duero, y descansando la primera noche de esta expedicion en una cabaña de pastores, toda la empleó en divinas alabanzas, y en instruir á aquellos hombres rústicos en los misterios de la Religion. Despedido de ellos la mañana siguiente, se dirigió á la Sierra Blanca: hospedóse la segunda noche en un molino á las riberas del Duero, donde oyó hablar con el mayor elogio de un eremita, célebre en toda aquella region por su prodigiosa vida y eminente santidad. Alegre Prudencio con semejante noticia, partió á otro dia al amanecer al lugar, donde tomó las señas de la habitacion del solitario; pero viendo que estaba á la otra parte del rio, lleno de sentimiento imploró el auxilio de Dios, buscando los medios mas exquisitos para pasar el torrente. Salió el eremita á la puerta de la cueva á bendecir al Señor, segun tenia de costumbre, al aparecer el sol; y notando el empeño del jóven, condolido de que incautamente se pudiera anegar, le dió voces para que desistiese de aquella temeridad. Pero apenas oyó Prudencio sus ecos, lleno de confianza en Dios, sin temer el peligro se arrojó sobre las aguas, y pasándolas sin hundirse ni mojarse los piés, y subiendo á la gruta con velocidad, se postró á los piés del siervo de Dios.

Admirado Saturio, así se llamaba el eremita, de aquel grande prodigio que acababa de ver, se arrojó en tierra con el jóven, insistiendo ambos con humildad sobre su respectiva bendicion; pero no pudiendo vencer á Prudencio el eremita, le levantó del suelo, y entró de la mano en su oratorio, donde dieron juntos gracias al Señor. Exploró Saturio la voluntad del jóven; y conociendo por el exámen su verdadera vocacion, le recibió por discípulo. Adelantóse tanto en poco tiempo en el camino de la perfeccion, que el mismo Saturio le veneraba como maestro, notando en él lleno de asombro los progresos de los mas ancianos anacoretas. Siete años se conservó Prudencio en

compañía de aquel venerable, manteniéndose ambos con yerbas silvestres, empleando todo el discurso del dia y de la noche en alabanzas de Dios, altísimas contemplaciones, y santa conversacion, hasta la muerte de Saturio, cuyo cadáver sepultó en aquella abertura, dejando memoria de su santidad y de los años que vivió aquella vida en una inscripcion latina que dicen haber puesto allí de su mano, es como se sigue: *Aquí descansa el siervo de Dios, Saturio, que despues de haber vivido XXXVI años vida eremítica, esclarecido en milagros durmió en el Señor á los LXXV de edad el dia 2 de octubre en la era 606*, que es el año de Cristo 568.

Pensando Prudencio en el rumbo de vida que tomaria, inspirado de Dios, á quien jamás perdió de vista, se fué á la ciudad de Calahorra, donde con sus sabios consejos y celosa predicacion redujo no pocos distraidos de la fe al conocimiento de la verdad. Incorporado en el clero de aquella iglesia por Sancho, obispo de ella á sazon, manifestó desde luego el fondo de su gran sabiduría y eminente virtud, siendo en su inculpable vida la admiracion de toda la ciudad. Pero como á la fama de su santidad y repetidos prodigios concurriesen de los pueblos y castillos vecinos muchos enfermos á conseguir la apetecida salud por la poderosa intercesion del siervo de Dios; no pudiendo sufrir su profunda humildad la veneracion y aplausos que todas las gentes le tributaban, se ausentó secretamente de Calahorra, y pasó á la ciudad de Tarazona, donde se agregó al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en el ministerio; contentándose con semejante destino aquel que con el tiempo habia de ser el mas esclarecido pastor de la misma iglesia. Muerto el sacristan, se le concedió el oficio, y fue promovido á los órdenes sagrados, cuyas funciones dispensó con tanta justificacion y edificacion, que habiendo fallecido el arcediano, se le confirió aquella dignidad, condecorada por entonces con las mayores prerogativas y mas amplias facultades, dejándose en ella ver como un fiel dispensero de las rentas eclesiásticas, y un ministro el mas celoso de todos los cargos de su deber.

Cuando Prudencio se hallaba ocupado en las funciones de su dignidad á satisfaccion de todo el clero y pueblo por su exactitud y justificacion, proclamado digno de mayores ascensos, ocurrió la muerte del obispo de Tarazona; y habiendo inspirado el Espíritu Santo á muchos que se hiciese la eleccion de prelado en el Santo, al dia séptimo de vacar aquella cátedra todos los ciudadanos desde el mas mínimo hasta el mayor clamaron á una voz que recibiera Prudencio el ministerio episcopal, porque era el padre de los pobres, el consuelo

de los afligidos, el alivio de los enfermos, y el refugio de todos. No pudo resistirse á la voluntad de Dios, bien clara en tan visibles pruebas, y confiado en la gracia del Señor que le eligió, sujetó sus hombros á la pesada carga de tan alto ministerio, cuyas funciones dispensó por muchos años, venerado como padre y santo pastor de su pueblo, á quien surtió con los saludables pastos de celestial doctrina, sin omitir medio alguno que pudiera contribuir al alivio de todas sus necesidades y urgencias, tanto espirituales, como temporales.

Ocurrieron ciertas controversias entre el obispo de Osma y su clero; y como Prudencio brillaba en la singular gracia de tranquilizar discordias, llamado para establecer la paz entre aquel Prelado y súbditos, pasó á Osma, animado de aquel santo celo, que siempre fue el móvil de sus gloriosas acciones, y al acercarse á la ciudad, sucedió el prodigio de tocarse las campanas por sí, permaneciendo en un tono festivo, hasta que el Santo se postró ante el altar á hacer oracion. Consiguióse el fin deseado por medio de este ángel de paz; pero habiéndose retirado á descansar al tercer dia de su estancia en aquel pueblo, después que satisfizo sus acostumbradas devociones, fue asaltado de un tan grave accidente, que apenas pudo llamar á los clérigos que le acompañaban. Ocurrieron estos á la novedad, y viendo el peligro en que estaba, le administraron el Viático. Recibióle el santo Prelado con tanta ternura y devocion, que movió á lágrimas á todos los circunstantes, á quienes manifestó el tiempo de su muerte; y preguntándole su arcediano Pelagio, ¿dónde elegia sepultura? como vivió siempre sujeto en todo á la voluntad de Dios, le respondió: *Pelagio, mi Señor Jesucristo sabe dónde mi cuerpo ha de ser sepultado, yo te ruego y mando, que puesto mi cuerpo sobre la mula en que he acostumbrado montar, le dés sepultura donde ella pare.*

Murió en efecto en el dia y hora que habia prefijado; y habiéndose suscitado discordia entre el clero de Osma y el de Prudencio, sobre la retencion de su venerable cadáver, para sosegar la contienda les ofreció Pelagio fuese de aquellos que le pudiesen mover con facilidad. Agradó la proposicion á los de Osma, y conduciendose en solemne procesion el féretro, no lo pudieron mover aunque insistieron todo el discurso de un dia y una noche en el empeño: quedaron convencidos por tan visible prueba, de que no era voluntad de Dios quedase el tesoro en aquella ciudad. Libre ya el clero de Prudencio de todo impedimento, pusieron el cuerpo del Santo sobre la mula, segun su disposicion, y la dejaron marchar sin director alguno. Caminó todo el dia el animal, y habiendo descansado al tiempo de po-

nerse el sol, juzgando Pelagio que seria aquel lugar el elegido par el sepulcro, queriendo deponer el cadáver no pudo conseguirlo. Vol vió la mula á caminar á otro dia antes de romper el sol por paraje escabrosos; y habiendo pasado el arroyo de Lecia, que se junta en Soria con el rio Duero, comenzó á subir por una sierra encumbrad y fragosa llamada *Laturcense*, que hoy dia se dice *Clavijo*, y separándose hácia la parte derecha donde estaba una cueva, entrándos en ella se arrodilló é hizo pausa. Depuso entonces Pelagio el venerable cuerpo, y dió sepultura en aquel sitio donde se fundó una iglesia dedicada á san Vicente, la que después tomó el nombre de sa Prudencio, y habiendo sido antiguamente convento de canónigos, s trasladaron á él en el año 1181 los monjes Cistercienses.

Sobre la posesion del cuerpo de san Prudencio se controvierte re ñidamente entre los de Nájera y Clavijo, ambos con poderosos do cumentos: los de Nájera, después de la traslacion de sus reliquias aquella iglesia por D. García, rey de Navarra, en el año de 1052 alegan tenerle, fundados en las concesiones de Cerebruno, arzobisp de Toledo, de 1175, y en las de los obispos Asnar y Bibiano de Calahorra de 1246 y 1277, que así lo dan por supuesto. Los de Clavijo se atienen al diploma del rey D. Ramiro del año 856, donde con motivo de la victoria que consiguió en Clavijo de los moros, hizo donacion á la iglesia de San Prudencio de varias posesiones, suponiendo allí la existencia de su cuerpo, y á los privilegios de D. Sancho de Navarra, despachados en 1064 y 1065, por los que concedió al templo del Santo, en uno el monasterio de Nalda, y en otro los diezmos del valle de Arnedo. Pero toda esta empeñada controversia parece que se puede conciliar con conceder parte considerable de cuerpo del Santo á ambas iglesias, tomando la parte por el todo cosa muy frecuente, segun dice Baronio año 761, en estos casos, hablando de la traslacion del cuerpo de san Esteban.

En señalar los años del pontificado de san Prudencio hay alguna variedad entre nuestros historiadores; algunos aseguran que floreció en los tiempos de Diocleciano, y que fue este el santo obispo que en Zaragoza dió sepultura á santa Engracia y á los diez y ocho ilustrés Cristianos que á principios del siglo IV padecieron en aquella ciudad. Los autores de las Vidas de los Santos solo dicen que floreció antes del año 846.

La Misa es en honor de san Vidal, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui beati Vitalis martyris tui natalia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor todopoderoso, que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado mártir Vidal, seamos por su intercesion fortificados en el amor de tu santo nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del libro de la Sabiduría.*

Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatae salutis, dicentes intra se, poenitentiam agentes, et prae angustia spiritus gementes. Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum stimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron, y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen suerte entre los Santos.

REFLEXIONES.

Estarán en pié los justos con gran constancia: *Stabunt justi in magna constantia.* En este mundo los malos, por lo comun, llevaron el mejor partido, sobresalieron, triunfaron, brillaron, mientras los justos vivian abatidos, humillados en una despreciable oscuridad. Parece puesto en razon, que habiéndose mudado la condicion de unos y de otros, se mude tambien de tono, y que muden de lugar. Es el mundo la region de las pasiones: estas reinan en él con fiereza y con imperio: todo cede al poder de los mundanos. La virtud, como extranjera, no puede hacer fortuna; no se entiende su idioma, no se toma gusto á sus máximas, porque son enteramente contrarias á las del mundo: parece que se la hace merced en acordarse de ellas aun solo para ser asunto de zumba y de diversion. Se hace gran burla de su modestia, de su circunspeccion, de su recogimiento, de aque-

lla regularidad de costumbres, de aquella severidad, de aquella as
pereza de vida. Toda la defensa de los buenos se reduce á un reli
gioso silencio, á una muda paciencia. Ningun mundano se atreve
volver por ellos. A la verdad, su mismo porte es su mejor apología
pero esta no se oye con el tumulto del mundo y con el ruido de la
pasiones. La mayor parte de los escogidos de Dios vive entre el po
vo, y muere en la oscuridad, mientras un gran número de libertin
insulta á la virtud hasta el fin de la vida; bien que en la postre
hora los mas la hacen justicia.

Stabunt justi; pero al fin á cada uno le ha de venir su vez. Ha
un tribunal en que los justos han de ser oidos, en que se les ha
hacer justicia, porque encuentran con un juez íntegro é imparcia
Abogará por ellos no solo su propia conciencia, sino tambien la
los mundanos. Allí se presentarán con la mayor confianza: aquell
hombres tan oscuros, tan humillados y tan tímidos se dejarán ve
con desembarazo y con despejo, porque su religion los autoriza,
el mismo Dios será su esfuerzo y su apoyo. Y ¿qué se ha hecho d
aquellos hombres tan vanos, de aquellos espíritus tan orgullosos, d
aquellas damas tan fieras? Apoderóse de ellos el miedo, cubriéron
de vergüenza, su descamino los llenó de confusion: *Videntes turba
buntur timore horribili, et mirabuntur.* Quedarán atónitos, pasmado
y aturdidos al ver, al acordarse de la felicidad de los Santos. Pue
qué, ¿es posible que aquellas personas tan retiradas, aquellas mu
jeres virtuosas tan desatendidas, aquellos pobres tan olvidados, aque
llas personas religiosas que mirábamos como enterradas, aquella
almas devotas, de quienes hacíamos tan alto desprecio, que nos com
placíamos en hacerlas ridículas, y en reirnos á su costa; aquell
hombres de virtud, á quienes el mundo trataba tan mal, y que era
la fábula, la diversion de sus conversaciones: *ecce quomodo comput
tati sunt inter filios Dei;* ¿esos son aquellos que allí están agregado
al número de los hijos de Dios? ¿esos son aquellos que vemos al
constituidos ya objeto de la pública estimacion y veneracion? ¿eso
son aquellos, cuya herencia es el cielo, cuya porcion es Dios, cuya
suerte es la de los Santos, *et inter sanctos sors illorum est?* Sí; *h
sunt:* ellos son; y esta es la suerte de aquel hombre consumido d
trabajos, de aquel pobre oficial tan maltratado, de aquel hombre d
bien, de aquel hombre virtuoso oprimido. *Nos insensati!* ¡Cuál fu
nuestra locura! ¡cuánta fue nuestra insensatez! De esta manera, tar
de ó temprano se hace justicia á la virtud. Así discurrirán algun dia
ese jóven atolondrado, ese hombre sin religion, esa mujer embria-

gada del espíritu del mundo, que temen hoy hacer estas reflexiones, u oirlas desde los púlpitos, porque no inquieten, no perturben su condenable seguridad: *Nos insensati!* ¡Cruel confesion á quien espera el fin de la vida para hacerla! Conocer la imprudencia, cuando puede corregirse, es prudencia verdadera; pero conocer el descamino, cuando ya no puede enmendarse, es desesperacion.

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan, pág. 380.*

MEDITACION.

De la infinita duracion de las penas del infierno.

PUNTO PRIMERO.—Considera que por terrible que sea la imágen con que nos representamos el infierno; por espantosa que sea la idea que formamos de aquella desgraciada infeliz eternidad; todo cuanto podemos concebir es poco, es cási nada respecto de lo que ella es en sí verdaderamente. Un conjunto, una union, una complicacion de todos los males en supremo y superlativo grado. Dolores sin intermision, tormentos sin límite, arrepentimientos sin medida, duracion sin fin, eternidad, infinidad de suplicios. Todo esto se halla en el infierno; pero el infierno todavía añade alguna cosa mas terrible, mas espantosa que todo esto.

Son sin duda espantosas estas verdades; pero por terribles, por espantosas que sean, al fin son verdades. El rigor, la universalidad, la duracion de aquellos tormentos es una cosa incomprensible; pero mas incomprensible es que el pecador pueda componer creer todo esto y pecar.

¡Ah, que no hay valor, dicen algunos, para pensar en esta espantosa eternidad! Convengo en esto: este pensamiento espanta á los mas resueltos, asusta á los mas inocentes. Pero ¿será la eternidad menos cierta y menos terrible porque no se piense en ella? ¿serán menos eternos los tormentos que merezco?

Añade á esta eternidad de suplicios otra eternidad de arrepentimientos. Ser uno infeliz por necesidad, es suerte tristísima; pero serlo por eleccion, por su gusto, por su antojo, es locura que no tiene otro ejemplo sino el de los condenados. Siente entonces el alma todo el rigor de sus penas; toma muy despacio el gusto á toda su amargura; la misma razon sirve para aguzar la punta del sinsabor, y queda toda ella entregada como en presa á los mas desesperados arrepentimientos. ¡O Dios, y qué suplicio!

Padece un condenado, y su mismo entendimiento le sirve de tirano. Fijo inmutablemente en aquel objeto que fue causa de su condenacion, conoce clarísimamente la ninguna sustancia de aquellos bienes volátiles que le engañaron; la falsa brillantez de aquella fortuna imaginaria que le deslumbró; la ponzoña oculta de aquellos envenenados é insípidos deleites que le atosigaron. Conoce, pero de un modo vivísimo, agudísimo, toda la ridiculez de su conducta, todos los errores de su capricho, toda la vanidad, toda la malignidad de sus deseos. En vano hace todos los esfuerzos que puede para apartar los ojos y la imaginacion de estos tristes objetos, cuya vista aumenta la amargura, el dolor y la desesperacion á sus tormentos; el objeto es fijo, y el ánimo está clavado en él inseparablemente.

De aquí nacen aquellos remordimientos desesperados y eternos. Pude no condenarme, y me condené, porque no quise aplicar los medios para evitarlo. Pude ser dichoso por toda una eternidad, y no lo soy, porque no me dió gana de practicar los medios conducentes para serlo. Pude salvarme, tuve mil veces pensamiento, y aun llegué á formar la resolucion de dedicarme á esto, y no me dediqué. Fulano y fulana ¿tenian acaso mas interés que yo en no condenarse? ¿tuvieron mas medios que yo para evitar el infierno? ¿tuvieron menos estorbos que yo para ser buenos? El precio del cielo ¿se puso mas alto para mí que para ellos? Ellos consiguieron su salvacion, yo no conseguí la mia, ¡y me condené!

¡Ah, y si hubiera yo hecho estas reflexiones cuando estaba en paraje de hacerlas, y de aprovecharme de ellas! Mas ¡ay de mí! que ya las hice, y aun tuve muy presente el eterno arrepentimiento que me habia de costar el haberlas hecho tan mal, y tan sin provecho. Ya llegó este arrepentimiento, ya le padezco y le padeceré por toda la eternidad. Considera bien toda la amargura, toda la desesperacion de esta rabia. ¡Ó mi Dios, y qué terrible es tu venganza! pero al mismo tiempo ¡qué justa! ¡oh, y qué profunda es mi malicia!

Punto segundo.—Considera que no son el menor tormento del infierno las reflexiones que está precisado á hacer un infeliz condenado por toda la eternidad.

Yo, se dirá él á sí mismo, insensato por disolucion, impío por capricho, por condescendencia y por humor, tenia lástima y aun me reia de los que eran cuerdos y prudentes, porque pensaban en la eternidad. ¡Cuántas veces me zumbé de su reforma, de sus costumbres arregladas, de su delicadeza de conciencia! ¡cuántas me burlé

de que no quisiesen ser lo que yo era! pero ¡qué daria yo ahora por haber sido lo que fueron! Preciabame yo de espíritu fuerte, y poco dócil de creederas; ahora recibo la paga de mi incredulidad. Su herencia es el cielo; el infierno es la mia: ellos son santos, yo condenado; ¡y pude ser santo como ellos! ¡y eternamente me acordaré que pude serlo! ¡y eternamente estaré pensando que si no lo fuí, fue porque no quise! ¡Pude ser santo! ¡ah, y si ahora lo fuera! ¡Pude ser santo, y ya no puedo serlo! ¡y eternamente me estará devorando el arrepentimiento de no haberlo sido!

Estar eternamente pensando en la sangre y en la muerte del Redentor, en la eficacia de los Sacramentos, en la multitud de auxilios, en la facilidad de tantos medios; y estarlo pensando no mas que para tener continuamente presente el buen uso que debiera haber hecho de ellos, lo mucho que pudieron aprovecharme, y lo infinito que perdí por haber abusado libre y voluntariamente de estos bienes.

Mi Dios, ¡qué tormento tan cruel es un arrepentimiento eterno! Es, hablando en propiedad, el tormento del espíritu y del corazon todo junto. Pero ¡qué dolorosa impresion hace en el alma la triste memoria de la breve y cási imperceptible duracion de aquellos vanos y fugaces deleites que la sepultaron en aquel abismo de desdichas! ¡Ay de mí, y qué fue una vida de ochenta años comparada con esta espantosa eternidad! Menos, infinitamente menos que un punto indivisible, comparado con toda la vasta extension del universo.

De aquí nacerá aquella eternidad de arrepentimientos, acompañados de un odio furioso contra su propia libertad, de que usó tan mal; de una encendida cólera contra la bajeza de aquellas ocasiones de que fue víctima infeliz; de un vivo y agudo dolor por los tormentos que está padeciendo, y fue tan digna de padecer.

Si pudiera un condenado olvidar por algunos momentos el arrepentimiento que le despedaza, ese suplicio menos tendria; pero todo lo tiene presente en la memoria, y el corazon padece continuamente en estas reflexiones el mas horrible suplicio. Considera bien cuánto le penetrarán estos amargos recuerdos.

Por no disgustar á media docena de hombres ociosos, de hombres desacreditados, sin mérito y sin honra, ¡yo me condené!

Por dar gusto á cuatro libertinos, teniendo cien razones para despreciarlos, desobedecí, desagradé á mi Dios, á quien tenia indispensable obligacion de agradar, ¡y yo me condené!

Por no desobligar á unos amigos disolutos, que debiera avergon-

zarme aun de mirarlos á la cara, pues nunca podia esperar de ellos cosa buena, incurrí en la desgracia de Dios, ¡y yo me condené!

Por conseguir un vano título de honra, que se sepultó conmigo, perdí el cielo, todo lo perdí, ¡y yo me condené! En fin, por algunas horas de diversion, de insulsísimos deleites, que solicité por inclinacion, por condescendencia, por respetos humanos, por complacer á otros, sacrifiqué mi eterna felicidad, perdí mi alma, ¡y yo me condené! Aquella persona tan modesta, tan recogida, tan mortificada se salvó, ¡y yo me condené! Aquel pariente, aquel amigo, aquel religioso, aquella religiosa están al presente en el cielo, la gloria es su herencia, pude tener el mismo destino, ¡y yo me condené! Así discurre, así habla, así se arrepiente inútilmente un condenado en el infierno. ¡Cuántos de los que están haciendo esta meditacion hablarán algun dia de la misma manera! No permitais, Señor, que me suceda á mí esta desgracia; y pues me dais tiempo para prevenir anticipadamente estos arrepentimientos, dadme gracia para evitarlos.

Jaculatorias. — Tened, Dios mio, misericordia de mí por vuestra infinita misericordia. (*Psalm.* L).

Ayúdame, Señor Dios mio, y por tu gran misericordia sálvame. (*Psalm.* CVIII).

PROPÓSITOS.

1 Creer que hay una eternidad infeliz, y no temerla, es impiedad; temerla, y no pensar continuamente en ella, es locura; pensar en ella, y no convertirse, es señal visible de reprobacion. ¡Cosa extraña! solo el pensamiento de esta eternidad estremece; y solo porque no nos haga fuerza apartamos de ella el pensamiento. Por lo que toca á tí, procura tenerle siempre muy presente; cuida de que se pasen pocos dias sin traer á la memoria y á la consideracion la desdicha de aquellos, que sepultados en una horrible eternidad, no tienen esperanza de lograr jamás el mas mínimo alivio en sus tormentos. ¡Cuántos de aquellos mismos á quienes tú has sucedido en los empleos, en los mayorazgos, en los estados, en las casas, están ya perdidos en esta espantosa eternidad! Hazte familiares estas reflexiones, porque todas ellas son muy saludables.

2 No eches en olvido esta santa costumbre. Siempre que padezcas algun accidente, algun dolor, como de gota, de piedra, de muelas, etc., haz esta consideracion: ¿Qué tormento seria para mí sufrir este dolor por un año, por seis años, por veinte y cinco años sin

el menor alivio, sin la menor tregua? Una cólica viva y una ceática aguda de dia y de noche, sin reposo, sin descanso, ¡y por treinta años! Ó Dios, ¡y qué tormento seria estar en una cama blanda y regalada sin el mas leve dolor, pero sin mudarse ni moverse por espacio de cuarenta años! Tormento insufrible. Pues ¡qué será padecer todos estos dolores juntos, todos de una vez, todos complicados unos con otros, y todos por una eternidad! Pocos ejercicios hay mas útiles, pocos que se puedan practicar con mas facilidad, y pocos tambien de que se pueda sacar mayor provecho.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

San Pedro Mártir, del Órden de Predicadores, en Milan, el cual por causa de la fe católica fue muerto por los herejes. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Tichico, en Pafos, ciudad de Chipre, discípulo del apóstol san Pablo: á quien llama el mismo Apóstol en una carta carísimo hermano, ministro fiel y consiervo suyo en el Señor.

El tránsito de los santos mártires Agapio y Secundino, obispos, en Cirta en la Numidia, los cuales después de haber sufrido un largo destierro en aquella ciudad, unieron al ilustre sacerdocio la gloria del martirio en la persecucion de Valeriano, en la cual con rabioso esfuerzo procuraban los gentiles hacer perder la fe á los justos. En compañía de estos Santos padecieron tambien Emiliano, soldado, Tertula y Antonia, vírgenes consagradas á Dios, y otra mujer con dos hijos gemelos.

Siete Ladrones, en el mismo dia, convertidos á la fe por san Jason, los cuales por medio del martirio consiguieron la vida eterna.

San Paulino, obispo y confesor, en Bressa.

San Hugon, abad, en el monasterio de Cluni.

San Roberto, primer abad del Cister, en el monasterio de Molesme. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN PEDRO, MÁRTIR.

San Pedro, uno de los primeros Mártires que dió á la Iglesia de Dios el sagrado Órden de Predicadores, nació en Verona de Lombardía por los años del Señor de 1205, de padres inficionados de la herejía de los Cátaros ó Maniqueos; pero como la divina Providencia le destinaba para azote de ellos, le preservó de la infeccion en medio del contagio.

Parece que habia nacido con una como aversion natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendian imbuirle en ella. Prevenido de no sé qué oculta gracia, aun antes del uso de la razon, igualmente despreciaba los halagos, caricias y solicitacio-

nes, que las amenazas, golpes y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ansia instruirle desde niño en los elementos d su herejía.

Persuadido el padre de que el horror que mostraba el niño á l doctrina de su secta era inquietud orgullosa de la niñez, que con l edad podria corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestr católico, por no haberle en Verona maniqueo. Aprendió el niño Pe dro con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularment el símbolo de los Apóstoles, como se enseña en la Iglesia. Al sali un dia de la escuela le encontró un tio suyo, de los mas furiosament encaprichados en los errores de su secta, y preguntándole qué lec cion habia dado aquel dia, el niño comenzó á recitarle el Credo. I dignado el hereje quiso corregirle, y comenzó á amenazarle, á in terrumpirle, á intentar hacerle callar; pero el niño sin turbarse n hacer caso de él, fué continuando su leccion, y no le fue posible a tio hacerle que callase, hasta que le encajó el resúmen de todo lo qu creia. Admirado y aun enfurecido el hereje, se fué derecho á cas de su hermano, contóle, lleno de cólera, lo que acababa de pasa con su hijo, añadió que si esto no se remediaba con tiempo, algu dia daria mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejarl que en todo caso no le permitiese estudiar.

Ó porque el padre de nuestro Pedro fuese uno de aquellos que hacen vanidad de ser muy indiferentes en materia de religion, ó porque hiciese juicio que siempre le seria fácil reducir á su hijo á lo qu le pareciese, no hizo mas que reir y celebrar el lance; y estuvo ta léjos de no permitir que estudiase, que antes bien observando en c chico un excelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombr sabio.

Con efecto, lo fue en poco tiempo nuestro Pedro; pero aunque hi zo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hiz en la ciencia de los Santos. Era lastimosa la corrupcion de costumbres que reinaba en la juventud de aquella universidad; y es verisímil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle Bolonia, pareciéndole que una vez que la licencia de las costumbre le estragase el corazon, seria fácil borrar de él las impresiones de l doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona habia pre servado á su entendimiento de los errores, preservó en Bolonia á s corazon de los pecados, y le asistió para que conservase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolucion.

Al paso que la virtud crecia con la edad, crecia con la virtud el miedo á los peligros. Cada dia los iba descubriendo nuevos y mayores: su viveza, la brillantez de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles y gratísimos modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de ellos.

Acababa de nacer la santa y célebre religion de Predicadores, y reputándola todos por puerto seguro de salvacion, y asilo muy propio para librarse de las borrascas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto cuando resolvió abrazarle, y pasando á buscar á su santo Fundador, se echó á sus piés y le pidió con instancias le recibiese por hijo y por discípulo.

Aunque tenia á la sazon solos quince años, descubrió en él santo Domingo tanta inocencia, prendas tan raras y una vocacion tan conocida y tan visible, que luego le admitió en la Órden, previendo que algun dia habia de ser lustre y ornamento suyo. Muy desde luego confirmó el porte de Pedro al santo Fundador en el concepto que habia formado de él, porque ningun novicio comenzó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los ejemplos que tenia á la vista en una comunidad donde todos servian de modelo; pero él no solo se propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podia excederlos en el camino de la perfeccion.

Dejándose llevar con demasía del impulso de su fervor, declinó en excesos. Era su vida un perpetuo ayuno, y apenas daba lugar á que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigilias. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su excesiva abstinencia era causa de la enfermedad, cuando advirtieron que se le habian cerrado todos los conductos de la comida, de manera, que costaba mucha dificultad hacerle pasar el alimento. En medio de eso quiso Dios que recobrase la salud; y habiendo hecho la profesion religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto límites á su fervor.

Los progresos que hacia en el estudio de las ciencias eran correspondientes á lo que adelantaba cada dia en el de la virtud. Igualmente santo que sabio, se proporcionó presto para esparcir entre los prójimos los ardores de su celo. Descubrió un talento eminente para el púlpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una mocion que ablandaba los mas duros corazones. Elevado al sacerdocio, esta

dignidad perfeccionó su virtud y sus talentos. Ya hacia mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro Santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de la vanidad por medio de una de las mortificaciones mas dolorosas y de mayor humillacion.

Hallábase en Como del Milanés extraordinariamente favorecido de gracias celestiales; y estos extraordinarios favores que recibia en la contemplacion eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus Santos. Oyéronle en una ocasion hablar dentro de su celda algunos religiosos, ó poco advertidos, ó demasiadamente celosos, ó no muy aficionados á Fr. Pedro, y figurándoseles que habian percibido la voz de una mujer con quien hablaba, le acusaron al prior, vistiendo la acusacion de circunstancias tan plausibles, que el prelado llegó á creer que por lo menos habia habido alguna imprudencia, y por ella fue severamente reprendido en público capitulo. Teníase gran concepto de su virtud, y así solo se creyó que habia tenido la indiscrecion de dejar entrar en su celda á alguna mujer para oirla de penitencia. Él mismo contribuyó mas que nadie á su condenacion, porque preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, solo respondió que era grande pecador, y que pedia penitencia. Impusiéronsela, y después le desterraron al convento de Jesí en la marca de Ancona, quitándole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificacion no solo acrisoló su virtud, sino que le dió tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oracion todo lo que no gastaba en obras de caridad con los frailes, y en los ejercicios mas humildes y mas penosos de la casa; pero Dios volvió por su inocencia cuando el Santo estaba mas gustoso con su humillacion. Llegóse á descubrir la falsedad ó la temeridad de la acusacion, y se le restituyeron todos los honores, volviendo á emplearle en los mismos lustrosos ministerios que antes, lo que fue para el humildísimo Pedro mortificacion mas dura y mas insoportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicacion, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia; sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico celo la Marca de Ancona, la Romanía, la Toscana, el Boloñés y el Milanés. Siempre que se dejaba ver en el púlpito movia á los mas duros, convertia á los mayores pecadores, y todo el auditorio salia por lo menos deshaciéndose en lágrimas y compungido. Los pueblos le salian á recibir en tropas á los caminos; y apenas habia pecador ni aun hereje que pudiese resistir á la fuerza de sus ra

zones, á la eficacia de sus discursos, y á la poderosa virtud de sus ejemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabras, luego que predicó en Florencia se acobardaron los herejes, y habiendo triunfado hasta entonces de ellos, ya no se atrevian á parecer en público. Persuadió á los Católicos a que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el país á los herejes; y en menos de seis años logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos celo ni con menos dicha á los pecadores y á los herejes del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veia precisado á predicar en las calles, en las plazas y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra anunciaban su llegada los pueblos, las villas y las ciudades enteras que se anticipaban por oirle, y al entrar en las ciudades le recibian con repique general de todas las campanas. En Milan se vieron obligados á hacer una silla de manos portátil y cerrada para conducirle de un lugar á otro después que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dejaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los herejes que este nuevo Apóstol no pararia hasta exterminarlos, recurrieron al artificio, y juntándolos el que era como jefe ó cabeza de ellos, les habló de esta manera: «Ya veis que el crédito que este «fraile ha sabido granjearse de este pueblo, igualmente ciego que «insensato, por medio de sus falsos milagros, va á ser la ruina total «de nuestra secta: no hay que perder el tiempo, el mal insta, el re«medio debe ser pronto, y veis aquí el expediente que me ha ocur«rido. Yo me hallo sano y bueno como me veis, fingiréme enfermo, «mezclaréme entre los demás, y cuando pase ese embustero comen«zaré á clamar como ellos que me sane; él entonces me pondrá sin «duda la mano sobre la cabeza, hará la señal de la cruz, y dirá que «ya estoy sano. Yo descubriré el embeleco, y haré visible al pueblo «el embuste de su predicador.»

Aplaudieron todos el artificio, y luego se puso por obra; pero con gran confusion del partido. Presentóse el hereje delante del Santo, y este le dijo: *Si estás malo ruego á Jesucristo que te ponga bueno; pero si estás bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escarmientes, y el pueblo le glorifique.* Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podria llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, él mismo comenzó á publicar á vo-

ces su artificio; pide al Santo que se compadezca de él, abjura públicamente la herejía, y recobró la salud del alma y la del cuerpo.

No es fácil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los herejes. Muchas veces se vieron quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro Santo; viéronse desvanecer los enredos y marañas del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por mas que el infierno bramaba contra Fr. Pedro de Verona, que así le llamaban los herejes, él confundia á estos, y triunfaba de aquel.

Animada su fe con el encendido amor que tenia á Jesucristo, y con la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, era cada dia mas viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa se derretia en lágrimas, y cuando rezaba el rosario siempre recibia del cielo algun nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo el papa Gregorio IX los triste progresos que iba haciendo la herejía, y bien informado de la virtud, sabiduría y celo de nuestro Santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo tribunal, baluarte firmísimo de la fe, centinela de la Religion, terror de los herejes, contra el cual en todos tiempos se han desatado estos tan furiosamente; este santo tribunal á quien España, Portugal é Italia deben el haber estado perpetuamente desterrado de sus confines el error y la mas pronta extincion de la herejía; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dejó ver con mayor esplendor, ni jamás se hizo tan temible á los enemigos de la Religion, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la herejía, especialmente cuando Inocencio IV le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el celo con la autoridad, persiguió la herejía hasta en su mismo atrincheramiento, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero aunque su celo era ardiente y vigoroso, nunca fue amargo ni violento: su carácter era en parte la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo; buscaba la conversion del hereje, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los herejes, ni depusieron el miedo y el horror que le tenian, sabiendo bien que sin convertirse no habia que esperar cuartel ni buena composicion: con qué, obstinados en no hacerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el santo Inquisidor la conspiracion, pues predicando un dia dijo públicamente: *Ya sé que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia han puesto precio á mi cabeza; pero esta es la mayor dicha que me pueden solicitar, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiem-*

po há que todos los dias pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerles mayor guerra después de muerto.

Habiendo sabido los jefes de los sectarios que estaban en Milan, como el Santo se restituia á esta ciudad de su convento de Como, donde era prior, y á donde habia ido á pasar las Pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron estos á esperarle entre Barsalina y Guisano. Uno de ellos, llamado Carin, alcanzó al Santo, que iba rezando, y descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dejó por muerto. Derribado el santo Mártir en tierra, y nadando en su misma sangre, recogió todos sus espíritus, y comenzó á rezar el símbolo de la fe, mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba Fr. Domingo; pero advirtiendo que el santo Inquisidor se habia levantado lo mejor que pudo, y se habia puesto de rodillas para acabar el Credo, dejó al compañero, volvió á él como una fiera, metióle por el pecho el estoque hasta la guarnicion, y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa corona del martirio el dia 29 de abril de 1252, á los cuarenta y seis de su edad.

Fue conducido el santo cuerpo á Milan, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de San Eustorgio, titular del convento de Predicadores. Y desde luego se hizo tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los Santos aun antes de cumplirse el año de su muerte, dentro del cual expidió el decreto de su canonizacion. Elevóse el sagrado cuerpo; y habiendo estado algunos dias expuesto á la pública veneracion, fue colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capítulo general de los Dominicos, que se celebró en Milan, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas magnífico que el primero, dentro de una capilla baja; y en fin, el año de 1651 hicieron los Padres Dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magníficas de la iglesia.

SAN ROBERTO.

Nació san Roberto en Champaña por los años de 1018. Sus padres Teodorico y Ermegarda no eran menos ilustres en sangre que en

virtud, y le criaron, é instruyeron en piedad y en doctrina. A la edad de quince años se hizo monje benedictino de la abadía de Montier-la-Celle, donde hizo tales progresos en la perfeccion, que sin embargo de ser uno de los mas jóvenes de la casa, fue nombrado prior, y á poco tiempo electo abad de San Miguel de Tonnerre. Pero viendo que los monjes de aquella casa no se hallaban dispuestos á favorecer sus intenciones y fatigas para establecer una disciplina mas arreglada entre ellos, antes bien estaban inclinados á mantener una conducta obstinada en un espíritu de contradiccion á todas sus disposiciones, les dejó con la ocasion siguiente: Habia en aquel tiempo en un desierto contiguo, llamado Colan, ciertos anacoretas, que no teniendo á la sazon ningun superior regular entre ellos, le suplicaron que tomase á su cargo este oficio, aunque penoso. Vencidos algunos estorbos, al fin les cumplió su gusto, y fue recibido por ellos como otro Moisés, para que les condujese por los desiertos de este mundo á la celestial Canaan. Viendo la enfermiza y ocasionada situacion de Colan, les pasó Roberto de aquel sitio al bosque ó floresta de Molesme, donde edificaron para su uso unas estrechas celdas ó habitaciones hechas de ramas de árboles, y un pequeño oratorio en honor de la santísima Trinidad, en el año todo esto de 1075. Conocida de muchos la pobreza de estos religiosos, y la austeridad de su modo de vida, varias personas de calidad de aquellos contornos, animadas con el ejemplo del obispo de Troyes, trataron de suministrarles á porfía todo lo necesario: lo cual fué introduciendo gradualmente tal plenitud y abundancia, que fue ocasion de incurrir en una relajacion y una tibieza grande; de tal modo, que habiendo probado en vano el buen Roberto cuantos medios le fueron posibles para reducirles á una regular observancia de su profesion, tuvo por bien el dejarles, y retirarse á un desierto llamado Hauz, donde vivian algunos religiosos con gran sencillez y fervor. Entre estos trabajaba para mantenerse, y empleaba todo el tiempo que le era posible en oracion y meditacion; y viendo estos mismos religiosos su vida edificante, le eligieron para superior suyo, y por su abad. Pero considerando los monjes de Molesme que nada les sucedia prósperamente desde la ausencia del Santo, consiguieron del Papa y del obispo de Langres una órden para que se volviese á su abadía, en suposicion de las promesas que hicieron de que les encontraria Roberto perfectamente sumisos á su direccion y preceptos. En efecto volvió á su antiguo monasterio. Pero como las miras que aquellos monjes habian tenido para el regreso de su Abad habian sido entera-

mente temporales, no pudieron producir mudanza alguna en todo aquel primer año. No obstante, algunos de ellos que consideraron no ser sus vidas conformes á lo que prescribia la regla de san Benito, que se leia diariamente en sus capítulos, llegaron á desear una reforma que los demás ridiculizaban. Con todo esto los mas celozos, que tenian por imposible cumplir fielmente con sus obligaciones en compañía de los que no querian ser reformados, encomendaron el asunto á Dios en sus fervorosas oraciones, y después se dirigieron á Roberto, pidiéndole su licencia para retirarse á un lugar solitario para poder desempeñar las obligaciones que tenian prometidas, y á que se habian obligado por sus votos. Prometióles Roberto hacerles compañía, y se fue con seis de estos mas fervorosos á Leon, donde el arzobispo Hugon, legado del Papa, les concedió letras patentes para el efecto, en cuyo proyecto no solo les aconsejó, sino que les impuso por precepto que dejasen á Molesme, y que insistiesen en su santa resolucion de vivir conforme á la regla de san Benito. Vueltos en efecto á Molesme se juntaron con los demás celosos del proyecto, y marcharon veinte y uno en número á establecerse en un sitio llamado Cistercium, ó Cisteaux, bosque inhabitado, cubierto de ramaje y de cambrones, regado de un pequeño rio, y cinco leguas distante de Dijon, en la diócesis de Chalons. Aquí principiaron estos religiosos á mantenerse de yerbas y raices, y edificaron para su defensa unas celdas ó chozas de madera con licencia de Gualtero, obispo de Chalons, y de un tal Reynaldos, vizconde de Beaume, señor de aquel territorio. Estableciéronse allí el mismo dia de san Benito, 21 de marzo del año de 1098: desde cuya época se data el orígen del Órden Cisterciense. Persuadido el arzobispo de Leon á que allí no podrian subsistir sin la ayuda de las personas poderosas, escribió en favor de ellos á Eudes, duque de Borgoña. Este Príncipe concluyó á su costa el edificio, que de su monasterio habian ya principiado, les suministró por mucho tiempo todo lo necesario, y les dió muchas tierras y ganados. El obispo de Chalons revistió á Roberto de la dignidad de abad, erigiendo en abadia aquel nuevo monasterio. La primera regla establecida por san Roberto en Cisteaux concedia á los monjes cuatro horas de sueño cada noche, y cuatro para cantar las alabanzas divinas en el coro: cuatro horas fueron tambien señaladas para trabajar de dia en la labor de manos, y esto por la mañana: después de la cual leian los monjes hasta la nona. Su comida era de raíces y de yerbas.

En el año siguiente, que se contaba el de 1099, enviaron los mon-

jes de Molesme sus diputados á Roma, solicitando una órden para que volviese á su casa primitiva el abad Roberto, alegando que habia padecido mucho con su ausencia la observancia religiosa, y que dependia de su presencia tanto la prosperidad de su casa, como la seguridad de sus conciencias: asegurando á su Santidad, que harian todo lo que estuviese de parte de ellos para que no volviese á tener razon para quejarse. Urbano II, en efecto, escribió al arzobispo de Leon, diciéndole que hiciese volver á Roberto á Molesme, si le parecia conveniente. El legado envió sus órdenes para el efecto, que obedeció Roberto sin dilacion, remitiendo el cayado pastoral por lo respectivo á Cisteaux al obispo de Chalons, quien le absolvió de la obediencia que le habia prometido. Fue de nuevo instalado, ó aposesionado en la dignidad antigua abacial por el obispo de Langres, y en efecto gobernó el monasterio de Molesme hasta su dichosa muerte, acaecida no en 1100, como imaginó Martenne, sino en 1110; porque en este último año reconcilió á dos abades que le habian elegido árbitro imparcial en una discordia, como puede verse en Mabillon. (*An. l. 71, n. 99*). La antigua Crónica de Molesme dice que Roberto nació en el año de 1018, y que murió en el de 1110: por consiguiente, vivió noventa y dos ó noventa y tres años, sobreviviendo á san Alberico, que habia muerto en 1109. Por las pruebas de muchos milagros obrados en su tumba le puso Honorio III en el catálogo de los Santos; y Martenne ha publicado la relacion de varios de estos, cuya informacion se habia hecho por órden del Papa, en el t. I, p. 904 de sus Anécdotas. De su canonizacion hace mencion Manriquez, Annal. Cister. ad an. 1222. Pagi el Jóven en la Vida de Honorio III de su epist. 132, l. 6, y Benedicto XIV de canoniz. l. 1, c. 9, n. 9, p. 73.

La Misa es en honra de san Pedro Mártir, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martyris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei dilatatione martyrii palmam meruit obtinere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, que por dilatar la misma fe mereció conseguir la palma del martirio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *y* III *de la segunda del apóstol san Pablo á su discípulo Timoteo, pág. 377.*

REFLEXIONES.

Que una virtud falsa, fingida y aparente irrite la cólera de todos, y excite contra ella la indignacion universal, no hay cosa mas justa; porque los hipócritas son objeto del odio de Dios, y ejercicio de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacerlos creibles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la Religion y á la razon: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.*

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su prudencia; por mas bello, por mas alegre, por mas fino, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero, desdeñoso, molesto, porque no es la razon la que pinta á los libertinos la virtud, sino su corazon estragado y corrompido. De aquí nace aquel desenfreno tan general contra la virtud cristiana: mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta la pobre devocion á todos los tiros de la mas maligna crítica. Cada uno juzga que tiene derecho para censurar, para desacreditar, para morder á las personas devotas; apenas hallan abrigo estas pobres contra la murmuracion, y de aquí proviene aquella antipatía tan universal, que es la verdadera causa de la persecucion que padecen: *Persecutionem patientur.*

Los impíos persiguen á la virtud por odio, los indevotos por venganza, los indiferentes por emulacion, los grandes por orgullo, los plebeyos por despique, por capricho ó por humor. Pero ¿de cuándo acá es delito el no ser uno tan malo ó peor que otro? Hasta aquí habíamos oido aun á los mismos gentiles que el nombre solo de cristiano hacia apreciar el ejercicio y la práctica de todas las virtudes. ¿Quién habia de creer que en algun tiempo pudiera haber cristianos que desaprobasen la pureza de las costumbres, y una vida arreglada á las máximas del Evangelio?

Asombro es que entre hombres que todos profesan una misma religion se encuentren censores tan impíos y tan irracionales; pero cesa la admiracion cuando se examina la verdadera causa que pone de tan mal humor á estos desapiadados críticos. Una dama que se reforma, es una muda pero insufrible censura de otras ciento, que co-

nocen muy bien tienen mas necesidad de reformarse que ella; pero las falta la resolucion y el juicio que es menester para hacerlo. Los buenos ejemplos de una señorita regular son otras tantas reprensiones de la que tiene poca cabeza, y esto la obliga á soltar su maldita lengua en toda ocasion contra las devotas.

Un jóven de costumbres cristianas es una viva y penetrante leccion á todos sus compañeros disolutos, que á vista de su ejemplo conocen la indispensable necesidad que tienen de imitarle. Siéntese no sé qué secreta desazon y enfado de que los malos hayan antes abierto los ojos, y comiencen á tener juicio; hácese cuanto se puede para aburrirlos, ó á lo menos para entibiarlos, por medio de zumbas insulsas, y tal vez de molestas importunaciones. Pero como el interior de la conciencia rara vez se engaña, ni nos engaña, crece el despique con el remordimiento, y esto es lo que avinagra á los libertinos contra los buenos; esta es la verdadera causa de la doméstica persecucion contra la virtud, y esto es lo que siempre se debe esperar mientras haya en el mundo mujeres locas y hombres disolutos. La demasiada luz ofende á los ojos flacos, porque irrita el mal humor. Muérdese, censúrase, satirízase á los buenos, porque los malos quisieran persuadirse á que no hay verdadera virtud en el mundo, para vivir tranquilos en su vida licenciosa, y autorizar de este modo el desórden de sus costumbres.

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan, pág. 580.*

MEDITACION.

De la fe.

Punto primero. — Considera que la fe viva nos une con Jesucristo. El justo vive de la fe, y el alma sin ella es como el sarmiento separado de la vid, que solo sirve para el fuego. Pero ¿piensas si cuando venga á juzgar el Hijo del Hombre encontrará mucha fe sobre la tierra? ¿Hallaria mucha si viniera á juzgar el dia de hoy? Es cierto que hay muchos cristianos; pero ¿entre ellos hay tambien muchos verdaderos fieles? ó ¿son propiamente fieles todos los cristianos? Aquella fe que venció al mundo, disipando los errores, desterrando el vicio, corrigiendo las costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, tan eficaz en milagros; aquella fe que dió á la Iglesia mas de diez y siete millones de mártires; que pobló los desiertos con un cási infinito número de solitarios; ¿esta fe, digo, vive verdaderamente en mí? Mis máximas, mis costumbres, mi con-

ducta ¿dan á conocer esta fe? El que solo tuviese una noticia especulativa del verdadero cristiano, ¿se persuadiria á que yo lo era solo con verme y observarme?

¡Mi Dios, qué contrariedad tan monstruosa se nota en lo que creo y en lo que hago! Creemos que solamente fuimos criados para Dios; esto es, que no fue el sol criado para alumbrar, ni el fuego para arder, mas que nosotros lo fuimos para amar á Dios y para servirle. Están contados todos nuestros dias, y ni el mismo Dios puede dispensarnos por una sola hora de ellos en la estrecha obligacion que tenemos de servirle y de amarle. Todo aquello á que se nos antojó dar el título de grande, negocios importantes, proyectos magníficos, empresas animosas, todo es bagatela, todo es nada, cuando Dios no es el motivo de ello. Esta es la verdad fundamental de nuestra Religion; esta es la basa sobre que estriba todo el edificio del cristiano; conviene á saber, el persuadirnos y creer firmemente que ningun otro objeto nos puede hacer felices sino la posesion de solo Dios; que esta es la que únicamente puede satisfacernos aquella vehemente ansia que tenemos de serlo; que hablando en rigor y en propiedad, no hay otro bien sólido y verdadero sino solo Dios; y que el único medio de poseerle es vivir segun las máximas del Evangelio; finalmente, que si Dios no fuera nuestra suprema felicidad, de necesidad ha de ser nuestra suprema desdicha.

Creemos que el pecado es el supremo mal del hombre, ó por mejor decir, que es el único verdadero mal; convenimos tambien en que sola la virtud nos puede hacer dichosos aun en el mundo, y en que nuestro gran negocio, nuestro único negocio es salvarnos. Tampoco se puede decir que ignoramos la dificultad que ha de costar el salvarse, ni las terribles consecuencias que se siguen de perderse. Creemos que después de esta vida se sigue una eternidad feliz, ó una eternidad infeliz, y que la muerte, aunque sea la mas imprevista, es el momento decisivo de nuestra suerte eterna. Creemos que hay infierno, y creemos que la espantosa infinidad, la eternidad de tormentos que se padecen en él, es justo castigo de un solo pecado mortal. Este es un compendio de las verdades mas esenciales que creemos; esto es lo que hacemos profesion de creer, y lo que es menester creer indispensablemente; esto es, mi Dios, lo que yo creo. Pero ¿cómo se compone con esto mi desordenada vida?

Punto segundo. — Considera que aunque es cosa bien extraña que se hallen en medio del cristianismo algunos cristianos que hacen

todo lo que pueden para no creer aquello mismo que temen; aun es mucho mas extraño que se encuentren no pocos que hacen ostentacion de no temer aquello mismo que creen. ¿Puede haber mas impenetrable misterio de iniquidad? Rendirse el entendimiento á la ley, y revolverse el corazon contra sus preceptos; religion santa, y costumbres estragadas en los que la profesan; creer todo aquello que impone una indispensable necesidad de vivir una vida inocente, ejemplar, irreprensible, y vivir de manera que se desmienta todo lo que se cree. A la verdad es deplorable la suerte de los infieles; pero ¿el desórden de la mayor parte de los cristianos les promete mejor suerte? Gran desgracia es no vivir dentro del gremio de la Iglesia; no tener derecho á la eterna bienaventuranza; pero ¿será desgracia menor ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de la eterna bienaventuranza á que se tiene derecho? Ciertamente, ¿cuál será menos malo, ó no creer lo que hay obligacion de creer, ó no hacer cási nada de lo que se cree? ¿Por cuál de estas dos partes me comprenden estas concluyentes reflexiones? ¿Cuál es mi fe? y ¿cuáles mis costumbres? En fin, yo creo, porque me causaria horror el ser infiel; pero ¿vivo como cristiano?

Creo que el infierno, que una eterna desdicha es pena justa del pecado mortal; ¡y todavía peco! Creo que Jesucristo, mi Señor, mi Redentor y mi Juez, está realmente presente en el sacramento del altar; ¡y estoy sin respeto, sin devocion, sin un reverente temblor en su presencia! ¿Atreveríame á ponerme delante de los grandes del mundo con la misma inmodestia, con la misma libertad con que me presento en la iglesia? Sé muy bien lo que es y lo que vale una misa; y ¿con qué devocion, con qué ansia asisto á ella? ¡Ó Dios, y qué terrible efecto hace en el corazon de un moribundo esta oposicion de fe y de costumbres! ¿Qué pensaré yo mismo de esto en aquella fatal hora, que dentro de poco tiempo ha de decidir mi suerte eterna?

Créese que hay infierno, ¡y se peca! Aquella mujer profana, cuya conciencia es un caos, y que idolatra en el mundo, cree las verdades del Evangelio, y ¿cree que hay infierno?

Aquellos hombres perdidos y disolutos, cuya vida es una cadena de maldades, que se burlan con la mayor insolencia de todo cuanto suena á devocion, que hacen chacota hasta del infierno mismo, ¿creen que hay infierno?

Aquella gente ociosa y haragana; aquellos idólatras de la diversion, del regalo y del deleite, que pasan la vida en un afectado olvido de Dios, en una delicadeza gentílica, que solo tienen un baño,

una superficie de religion; aquellos hombres que todo lo sacrifican á un vil interés y á otras cien torpes pasiones; ¿todos estos creen que hay infierno?

Estremécese uno solo con la consideracion del infierno; ¡y con todo eso á vista de este mismo infierno peca! Pero ¿acaso no se creerá esta terrible verdad? ¡Mas ah, que sí se cree! Y sino, ¿por qué se clama tanto por el confesor á vista de una muerte que amenaza? Pero valga la verdad; ¿se podrá ajustar una vida gentílica con las máximas de la Religion en aquel mismo momento en que se espira? Entre la conversion y la muerte es menester que se pase algun tiempo.

Ámome mucho, y no quiero condenarme; pero ¿vivo de manera que no pueda temerlo? Si se considera lo que creo, y cómo vivo, ¿podré racionalmente esperar que me salvaré? ¿Cuántos que meditan esto desesperarian de la salvacion de otro que viviese como ellos viven?

¡Ah mi Dios! ¡qué seria de mí! ¡cuál suerte seria la mia si en este mismo punto hubiera de ir á daros cuenta de mi vida! ¿Me serviria de disculpa decir que no lo pensaba? Pensándolo estoy ahora; pero mis obras desmienten mi fe; mis costumbres contradicen mi religion. Y ¿me contentaré con solo considerar que seria digno de la mayor compasion si muriese en circunstancias en que yo mismo habia de ser el primero que me condenase, y que me hiciese justicia? Ah Señor, pues no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con ella de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

Jaculatorias. — Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe. (*Marc.* IX).

Señor, aumentadme la fe. (*Luc.* XVII).

PROPÓSITOS.

1 Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias. Por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazon estragado que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un heresiarca, ó á algun hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juicio de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se rinda de buena fe á las constituciones de los Papas, ni á las decisiones de los Concilios?

Cree el hereje que solo en él reside el espíritu de Dios: *Ego sum videns.* (I *Reg.* IX). Yo solo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber mas lamentable ceguedad? Y con todo, este es el verdadero carácter de todos aquellos que carecen de una fe humilde y sencilla; de todos los que adolecen de falta de fe. Imponte, pues, una ley de rendir tu juicio, tu razon, tu estudio, todo tu saber á cuanto decidieren tus prelados, y especialmente la santa Silla apostólica. En hablando la Iglesia, todos deben oir, todos obedecer, todos callar. En este punto el rendimiemto de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de su juicio, ó es señal, ó es incentivo del espíritu del error. Los de corta capacidad y corto espíritu son mas difíciles en sujetarse; de aquí nace que los semisabios, los ignorantes y las mujeres son los que con mayor dificultad deponen sus caprichos. Comprende bien la malignidad de este defecto, y preven todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree; de no ver sino lo que ella te pone delante; de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquier otra jerga ó jerigonza.

2 Ejercítate entre dia en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo en la iglesia en el santo sacrificio de la misa, y durante los demás ejercicios espirituales de obligacion ó de devocion, sino en lo restante del dia, y en medio de otras ocupaciones. El orígen de los desórdenes es el desmayo y la debilidad de la fe; y estos frecuentes actos la alientan, la excitan y la avivan. Dí con aquel padre de quien habla el Evangelio: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe: otras veces dí con Marta: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti:* Sí, Señor, yo creo firmemente que Vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que bajásteis al mundo á redimirle; ó en fin con los Apóstoles: *Adauge nobis fidem:* Señor, aumentadnos la fe.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

Santa Catalina de Sena, vírgen, del Órden de Santo Domingo, en Roma, esclarecida en santidad de vida y en milagros; fue canonizada por el papa Pio II. *(Véase su vida en las de hoy).*

El tránsito de los santos mártires Mariano, lector, y Santiago, diá-

cono, en Lambesa en Numidia; el primero, después de haber padecido muchos trabajos en la persecucion de Decio, le prendieron segunda vez junto con su compañero, y ambos confesando á Jesucristo fueron primeramente atormentados con diversos y extraordinarios tormentos, durante los cuales fueron fortalecidos dos veces con revelaciones divinas, y en compañía de otros muchos fueron degollados.

San Eutropio, obispo y mártir, en Santonges, el cual fue consagrado obispo, fue enviado á Francia por el papa san Clemente, y habiendo allí predicado mucho tiempo el Evangelio, por la confesion de Cristo consumó el martirio, habiéndole machacado la cabeza. *(Fue el primer obispo de dicha ciudad de Santonges, y aconteció su martirio, segun conjeturas, hácia los años del Señor* 91, *en tal dia como hoy, imperando Domiciano. En Puigcerdá, villa del principado de Cataluña, tienen grande devocion á este Santo).*

Los santos mártires Amador, presbítero, Pedro, monje, y Luis, en Córdoba. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Lorenzo, presbítero, en Novara, y los niños que él educaba, los cuales fueron martirizados.

Los santos mártires Afrodisio, presbítero, y otros treinta, en Alejandría.

San Máximo, mártir en Éfeso, el cual fue martirizado en la persecucion de Decio.

Santa Sofía, vírgen y mártir, en Fermo de la Marca de Ancona. *(Esta Santa recibió la palma del martirio por su constancia en confesar á Nuestro Señor Jesucristo durante la persecucion de Diocleciano).*

San Severo, obispo, en Nápoles en Campaña, el cual entre otros milagros resucitó á un muerto por un poco de tiempo para convencer á un impostor que falsamente repetia unos créditos contra una viuda y unos pupilos.

San Donato, obispo, en Evorea en la Albania, el cual florecia en santidad en tiempo del emperador Teodosio.

San Erconvaldo, obispo, en Londres en Inglaterra, esclarecido en milagros.

SANTA CATALINA DE SENA, VÍRGEN.

Santa Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del cielo cási desde la cuna, fue hija de un tintorero de Sena en Toscana, llamado Jacobo Benincasio. Nació Catalina gemela y acompañada de otra hermanita suya el año de 1347, resolviéndose su madre á criarla por cierto movimiento de especial amor á esta niña, aunque no lo habia hecho con ninguno de los demás hijos.

La alegría natural y el humor inocentemente festivo que mostró desde luego la niña Catalina, movió á todos á que la diesen el epíteto de *Eufrosina;* y la innata propension que en medio de su alegría descubrió á todo lo que era virtud, la mereció, ya á los cinco años, el general renombre de la *Santica*, anticipándose la virtud á la razon, y la razon á la edad.

Luego que aprendió el *Ave María*, notaron que siempre que subia las escaleras de su casa se paraba á cada escalon para rezarla. Parece que habia nacido con ella la devocion á la Madre de Dios; y el Hijo la inspiró un deseo tan ardiente de consagrarse toda á él, y de no tener otro esposo, que al entrar en los ocho años hizo voto de perpetua castidad.

Desde entonces fueron mas abundantes los favores, y visibles los progresos que adelantaba cada dia en la virtud; y una vision que se cree tuvo en aquel tiempo, en que se la apareció Jesucristo, la abrasó tanto en su divino amor, que fue víctima de sus incendios. Desde aquel punto todo su gusto era la soledad y la oracion; haciéndosela muy familiares la abstinencia, el ayuno y otras ingeniosas mortificaciones que ocultaba cuidadosamente á la noticia de sus padres, no pensando mas que en agradar y complacer á su celestial Esposo.

Costóla bien caro una leve condescendencia. Viendo su madre que en ninguna de sus hijas podria afianzar tanto las esperanzas de un ventajoso acomodo como en las sobresalientes prendas de Catalina, la mandó que se vistiese con menos desaseo, ó no con tanto descuido, y que cultivase los dotes naturales de que el Señor la habia adornado. Instábala sobre lo mismo otra hermana suya casada, y no la dejaban sosegar. Por librarse de esta especie de persecucion doméstica consintió Catalina en dejarse rizar el cabello; pero conociendo en la oracion lo mucho que habia desagradado á Dios esta complacencia, concibió tan vivo dolor y arrepentimiento, que toda la vida la lloró como el mayor pecado que habia cometido, y tenia cuidado de acusarse todos los años de él con muchas lágrimas.

No gustaba á sus padres la inclinacion al retiro que mostraba Catalina. Y habiéndola pretendido por esposa un caballero, á quien habia prendado su virtud y su hermosura, toda la familia celebraba mucho esta grande conveniencia; y apurando toda ella á nuestra Santa para que prestase su consentimiento, tomó la resolucion de cortarse el cabello, y echarse un velo sobre la cabeza. Así lo hizo, saliendo un dia de repente en esta disposicion, para que sirviese al mundo de desengaño de que no pensaba tomar otro esposo que á Jesucristo. No se puede ponderar lo que sintieron sus padres una determinacion tan impensada; y así en despique, como para que perdiese todas las ideas de devocion, la echaron á cuestas el cuidado de toda la casa, mandándola hacer los oficios mas bajos y mas penosos de ella.

Aunque esta sensible y dolorosa humillacion la resarcia en parte el tiempo que la quitaban para vacar á Dios, la mortificó mucho verse privada de su dulce soledad. Quejándose al Señor un dia de esto, oyó una voz interior que la dijo fabricase dentro de su corazon una celdilla, en la cual podia retirarse, y vivir muy sola en medio del bullicio hacendoso de la casa. Desde aquel punto no perdió de vista á Dios, sin que interrumpiese su oracion la multitud de las ocupaciones; y mostrando bien la risueña alegría del semblante la tranquilidad de que gozaba su corazon. Finalmente, su constancia desarmó la cólera de sus gentes; porque observando el padre su perseverancia y su igualdad en la virtud, conoció que era Dios el autor de sus resoluciones; y prendada la madre no menos de su paciencia que de la apacibilidad que habia mostrado en aquella doméstica persecucion, determinó no oponerse á la voluntad del Señor, y ambos la dejaron libertad para que siguiese lo que la inspirase la divina gracia.

Valióse Catalina de esta licencia para ensayarse en el rigor de la vida que pensaba hacer entrando en la tercera Órden de penitencia del Padre santo Domingo. Abstúvose absolutamente de vino y de toda carne, no comiendo mas que yerbas crudas sin pan: dos costales, ó dos quilmas sin paja, y sin otras mantas, eran su cama, su mesa y todas sus sillas. En vez de cilicio se rodeó al cuerpo una cadena de hierro armada de puntas, que nunca desprendió de él hasta pocas horas antes de su muerte, y entonces por obediencia. Desde edad de diez y ocho años se interdijo para siempre el uso del lino, y desde entonces fue su vida un continuo ayuno, y un prodigio de penitencia. Apenas tomaba una hora de sueño por la noche; todo lo restante de ella lo pasaba en oracion. Confesó á su director que ninguna cosa le habia costado tanto como vencer el sueño. Cada dia tomaba tres sangrientas disciplinas con inocente crueldad; no pudiéndose apenas comprender cómo una tierna doncellita de diez y ocho años de edad, de salud débil y de complexion delicada, tenia fuerzas para tan espantosas penitencias. Todo el cuidado de su director era moderarlas, poniendo límites á las encendidas ansias que tenia Catalina de mortificarse.

Por este tiempo cayó mala; y como su madre, que la queria mucho, aunque la habia mortificado tanto, se sobresaltase extrañamente, la declaró Catalina que su salud dependia absolutamente de entrar en la tercera Órden de santo Domingo; lo que obligó á la madre á que ella misma solicitase con las beatas que admitiesen á su hija, no obstante haberse opuesto siempre á esta resolucion.

Recibió el hábito, y con él aquella extraordinaria abundancia de dones sobrenaturales que hicieron á Catalina una de las mas célebres Santas de estos últimos siglos. Libre ya de todos los estorbos que en cierta manera aprisionaban su fervor y sus devociones, se prescribió á sí misma un rigoroso silencio por espacio de tres años, en cuyo tiempo no habló mas que con su confesor, ni salió de su celdilla sino para la iglesia. Impúsose una como ley de pasar en oracion todo el tiempo de la noche que los religiosos no estuviesen en el coro, y aun el corto descanso que tomaba, ó sobre unos sarmientos, ó sobre la desnuda tierra, tampoco interrumpia su oracion; siendo tan extraordinario su fervor, y tanto el rigor de sus penitencias, que todos estaban persuadidos á que solo vivia de milagro.

Invisible la santa Vírgen á todo el resto de las criaturas, gustaba sosegada y plácidamente de aquellas espirituales dulzuras, que son como anticipados destellos de las delicias del cielo, cuando irritado y envidioso el infierno de su inocencia, excitó contra ella una tempestad horrible. Sintióse asaltada su imaginacion de los pensamientos mas feos y mas torpes, y combatido su purísimo corazon de las tentaciones mas vergonzosas y mas impuras. Fue tanto mayor su sobresalto y su susto, cuanto era mas perfecta y mas delicada su pureza. En vano dobló la oracion, aumentó las penitencias, y se esforzó á apagar con sus lágrimas las llamas de aquel incendio; porque el Señor queria acrisolar su virtud con aquella dolorosa prueba, haciéndola conocer mejor así la fuerza como la necesidad de su divina asistencia, y humillándola tan sensiblemente, disponerla por este medio para recibir los favores divinos mas extraordinarios.

Terminóse el combate, y fue señal de la victoria una amorosa aparicion de la santísima Vírgen, y de su dulcísimo Hijo, á cuya vista se disiparon los vapores, y remaneció en su alma la serenidad. Desde aquel dia todo fue una perpetua serie de éxtasis, de arrobamientos y de frecuentes revelaciones. Pasaba dias enteros arrobada en íntima comunicacion con su Dios; conversaba con los Santos del cielo familiar y ordinariamente; pero sobre todo era admirable su singular familiaridad con la santísima Vírgen, á quien llamaba su querida Madre, y con Jesucristo, su divino Esposo.

El Rmo. P. Fr. Raimundo de Capua, general de la Órden de santo Domingo, y confesor de nuestra Santa, que escribió su vida, asegura, que doblando sus oraciones y penitencias en los últimos dias del carnaval, se sintió movida en el fervor de su oracion á pedir al Señor una fe tan viva, que nunca se debilitase, y una fidelidad á

toda prueba, que la asegurase la dicha de ser eternamente esposa agradable á sus divinos ojos. Añade el mismo historiador que al punto se le apareció Jesucristo acompañado de la santísima Vírgen, de san Juan, de santo Domingo y de otros Santos, y la declaró que habia sido oida su oracion, que la otorgaba su súplica, y que desde allí adelante se dignaba de recibirla por esposa suya, dándola por señal un anillo que debia traer en el dedo todo el resto de su vida.

Hasta este tiempo vivia Catalina como enterrada en su soledad y en su celda, sin dejarse apenas ver mas que en la iglesia y al pié de los altares; pero después de este insigne favor la dió á entender su celestial Esposo que pedia la caridad se dejase ver en el mundo un poco mas. Dió principio á los ejercicios exteriores de esta virtud, encargándose de la asistencia de dos pobres mujeres enfermas; una de ellas, llamada Toca, estaba cubierta de tan asquerosa lepra, que ninguno se atrevia á arrimarse á ella, y ya se trataba de exponerla en el campo, echándola fuera de la ciudad. Viéndola Catalina abandonada de todos, tomó de su cuenta cuidarla por sí misma, y dos veces al dia la visitaba, asistiéndola y socorriéndola en sus necesidades. En lugar de agradecer Toca tan extraordinaria caridad, se irritaba con ella, y siempre recibia á Catalina con enfado: tratábala con desabrimiento, y cargábala de injurias, como si la santa Vírgen fuese esclava de la ingratísima enferma. Pero este bárbaro desconocimiento encendia mas la caridad de Catalina, y la sirvió hasta que espiró con celo ardiente y con teson asombroso.

La otra mujer se llamaba Andrea, y tenia un pecho encancerado, y tan hediondamente podrido, que no habia quien pudiese tolerar el mal olor. Los primeros dias se mostró, no solo agradecida, sino confusa á vista de caridad tan portentosa; pero acostumbrándose á ella insensiblemente, llegó á olvidarse tanto del beneficio, y á cobrar tanto horror á Catalina, que manchó su honra con las mas feas calumnias; publicando que andaba divertida, y que empleaba en la torpeza el tiempo que fingia retirarse á la oracion. Juntóse á esta mala mujer otra tan mala como ella, llamada Palmerina, y ambas supieron vestir de tan aparentes colores la impostura, que no solo se la persuadieron á los disolutos, pero aun se la hicieron creer á muchos buenos. Sin embargo de ser tan sensible y tan afrentosa la calumnia, no despegó Catalina sus labios para justificarse; no habló ni una sola palabra, y solo cuidó de doblar sus visitas y sus limosnas á la enferma: tanto, que como un dia sintiese no sé qué repugnancia, horror ó asco en el estómago al tiempo de curarla, la ge-

nerosa Vírgen aplicó intrépidamente su purísima boca á la hedionda llaga encancerada, echándose á pechos la podre; y venciéndose á sí misma, venció tambien á la calumnia á fuerza de beneficios. Reconocieron en fin su culpa aquellas pobres mujeres, y publicaron la inocencia de nuestra Santa, cuya humildad tuvo mas que padecer en esta justificacion, que en aquel feo borron de su fama.

La caridad que usaba con los pobres hubiera agotado los fondos que encontraba para socorrerlos, así en su familia, como en otras personas devotas, á no haber suplido Dios algunas veces con milagros. El mismo Cristo, disfrazado en figura de pobre, quiso al parecer experimentar hasta dónde llegaba su caridad y su paciencia. Después de haberle dado Catalina todo lo que habia podido recoger, como el pobre aun no se mostrase satisfecho, ella le rogó que tomase tambien aquello que era de su uso. Apareciósela el Salvador la noche siguiente, y la dió á entender de un modo tan tierno como lleno de consuelo, que él era aquel pobre á quien habia socorrido con tanta generosidad el dia precedente.

Al paso que era inmensa su caridad, era tambien excesivo su celo por la salvacion de las almas; siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese al mismo tiempo que los socorria. En una palabra, la vida de esta insigne Santa fue una tela de maravillas, un asombro compuesto de milagros. Perdió enteramente el gusto y aun el uso de todo género de comida; sustentábase de la Eucaristía, siendo este pan de Ángeles cási su único alimento. Una vez pasó desde principio de Cuaresma hasta la Ascension sin probar otro bocado, sirviéndola de sustento la comunion que recibia cada dia. Dijo un dia á su confesor, que su divino Esposo y ella habian trocado de corazones, y que Aquel le habia impreso sus sagradas llagas, cuyo vivísimo dolor sentia sin intermision en los lugares correspondientes, aunque habia alcanzado de él el singular beneficio de que este favor se ocultase á los ojos de los hombres.

Añadiola el cielo á estas gracias un entendimiento tan elevado, y una tan consumada prudencia, que era venerada como oráculo de su siglo. Las obras que logramos con nombre de santa Catalina, y singularmente muchas cartas que escribió á los papas y á los cardenales, y á varios príncipes, son pruebas admirables de su ingenio, de su cultura y de su discernimiento.

Habiéndola obligado el bien público de la santa Iglesia á salir de su retiro, dió al mundo esa prueba mas de lo que la verdadera santidad está reñida con la inaccion y con la poltronería; y que los San-

tos saben dejar las dulzuras de la soledad siempre que entienden quiere Dios servirse de ellos para los negocios exteriores.

Como los florentinos se hubiesen sublevado contra la Iglesia romana, y el papa Gregorio XI los hubiese excomulgado por esta rebelion, creyeron que ninguna persona seria mas oportuna para negociar la reconciliacion con la Santa Sede que nuestra Catalina; y la nombraron por su diputada al Papa, que residia en Aviñon. Ningun trabajo la costó el aplacar el ánimo del Pontífice, quien defirió tanto á ella, que quiso fuese sola el árbitro de la paz que concedia á los florentinos. Pero Catalina no tenia menos en el corazon otro negocio de mucha mayor importancia, que era la restitucion de los Papas á Roma, de donde habia sesenta años que se habian ausentado. Reprendiendo un dia el papa Gregorio á cierto obispo porque faltaba á la residencia en su obispado, le respondió: *Santísimo Padre, en eso no hago mas que imitar el ejemplo de los Papas, que ha sesenta años que no residen en el suyo;* y aunque la respuesta fue irreverente y atrevida, hizo tanta fuerza al Papa, que en el mismo punto hizo voto en su corazon de restituir á Roma la Silla apostólica; y consultando este punto con nuestra Santa, sin declararla el voto que habia hecho, le respondió Catalina: *Santísimo Padre, ¿para qué consulta Vuestra Santidad una cosa que ya tiene ofrecida á Dios?* De lo que admirado el Papa, porque solo Dios podia saber el voto que habia hecho, deliberó ya ponerle en ejecucion; y así partiendo de Aviñon el dia 13 de setiembre de 1373, entró en Roma á 17 de enero del año siguiente. Luego llamó á la Santa á aquella corte, y aprovechándose mucho de sus consejos, no fiaba menos de la eficacia de sus oraciones.

A la muerte del Papa, que sucedió dos años después, se siguió un funesto cisma. Urbano VI, sucesor de Gregorio, no honró menos á santa Catalina que su predecesor; y convencida la Santa de que este era el legítimo pastor de la Iglesia, trabajó con todas sus fuerzas en que todos le reconociesen por tal; experimentándose principalmente en esta importante ocasion cuánto poder tenia en los corazones, no solo la opinion de su eminente virtud, sino su admirable ingenio, su elocuencia, su espíritu varonil, su comprension y su extraordinaria capacidad.

Habia resuelto el Papa enviarla por diputada y como legada suya á la reina de Nápoles y de Sicilia. Catalina, llena de fe, de caridad, de celo y de valor, estaba determinada ya á emprenderlo todo por la mayor gloria de Dios, cuando se sintió acometida de una grave enfermedad. Cuatro meses estuvo padeciendo dolores tan vivos y tan

extraordinarios, que nadie dudaba era aquella enfermedad tan sobrenatural, como se consideraba su vida milagrosa; y mostró una paciencia tan heróica en todos ellos, que por ningun otro lado se acreditó su espíritu de tan grande como por este; siendo cierto que las aflicciones y trabajos en que Dios la ejercitó cási sin intermision por todo el tiempo de su vida, la hicieron mucho mas admirable que las brillantes y ruidosas acciones que tanto se admiran en ella. Fue su preciosa muerte parecida en todo á su santa vida: suspiros, éxtasis, arrobos, incendios del amor divino fueron toda su agonía. Degastada al rigor de sus incomprensibles penitencias, consumida de trabajos, colmada de gracias y merecimientos, espiró en Roma el dia 29 de abril del año de 1380, á los treina y tres de su edad, dejando, no solo á sus hermanas, de quienes fue superiora, sino á todos los fieles, admirables ejemplos de todas las virtudes; pero singularmente de lo que puede la omnipotente fuerza de la divina gracia.

Estuvo algunos dias expuesto el sagrado cuerpo á la veneracion pública, y después fue enterrado solemnemente en la iglesia de la Minerva, donde presto confirmó el Señor con nuevos milagros la opinion de su santidad que habia merecido en vida. El año 1461 fue canonizada por el papa Pio II con toda la solemnidad y pompa que correspondia á la singular veneracion y confianza que siempre han colocado todos los pueblos y naciones en esta insigne Santa.

Adórase en Sena su cráneo, y en el convento de los Dominicos de San Sixto de Roma una mano entera, como tambien un pié entero en Venecia en el convento de las monjas Dominicas.

Es cierto que muchos tiempos antes de santa Catalina de Sena florecia ya en todo el orbe cristiano la tercera Órden de penitencia del patriarca santo Domingo, por la ejemplar vida de innumerables personas piadosas, que sin dejar el mundo ni encerrarse en la clausura del claustro acreditaban visiblemente que se podia vivir en el siglo, y vivir practicando los ápices de la perfeccion cristiana, por la observancia de la regla que dejó instituida el santo Patriarca. Pero no se puede dudar que la eminente reputacion de nuestra Santa añadió un grande y brillante esplendor á esta congregacion, la que continúa en edificar al mundo con las grandes virtudes que practican los que tienen la dicha de alistarse en ella. Suelen en algunas partes llamar monjas de santa Catalina á todas las religiosas Dominicas, cuyo sagrado Órden es uno de los mas célebres que se veneran en la universal Iglesia, y es mucho mas distinguido por el resplandor de las virtudes en que se ejercitan las que le profesan, que por la nobleza

y prendas naturales que las adornan, notándose en todo él una observancia constante, una virtud humilde, ejemplar y nada afectada, un grande espíritu de union, y una como innata aversion á todo lo que suena á novedad perniciosa. (*Véase el dia 1.° de abril en el que se lee la impresion milagrosa de las llagas de la Santa*).

LOS SANTOS AMADOR, PEDRO Y LUIS, MÁRTIRES.

Aunque la cruel persecucion que suscitaron los moros en Córdoba al comedio del siglo IX tenia á los Cristianos llenos de afliccion y de tristeza bajo el tirano yugo de los impíos agarenos, con todo no faltaron en aquella capital y en su campiña muchos ilustres y celosos fieles, que se presentaban cada dia á los tribunales de los jueces árabes con una santa intrepidez, y con un valor verdaderamente heróico, á confesar públicamente la divinidad de Jesucristo, á pesar de los formidables castigos y de las injustas prohibiciones que impuso Mahomad contra el que así lo hiciese, aprovechándose de aquella ocasion crítica, para sellar con su sangre las infalibles verdades del Evangelio. De los héroes de esta clase fueron san Amador, Pedro y Luis, de quienes nos dice san Eulogio, historiador de sus gloriosos triunfos, que fue Amador un ilustre sacerdote natural de Martos, villa del obispado de Jaen, que en lo antiguo se llamaba Tucci, y Augusta Gemela, que habia ido á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las disciplinas eclesiásticas florecientes en aquella capital, para ejercer dignamente las funciones de su ministerio.

Acompañábase Amador frecuentemente con un célebre monje llamado Pedro, y con Luis, deudo de san Eulogio, y hermano de san Pablo, diácono, uno de los ilustres Mártires que habia sido sacrificado en la misma persecucion al furor de los mahometanos, ambos naturales de Córdoba. La uniformidad de religion, de sentimientos y de costumbres unió á los tres Santos con el vínculo de la mas estrecha amistad, en fuerza de la cual pactaron de comun acuerdo de no separarse jamás hasta comprar el cielo con su sangre, puesto que se les ofrecia tan deseada dicha por la tribulacion en que se hallaba agitada la iglesia de Córdoba; y animados con tan noble pensamiento, se presentaron ante el juez agareno á predicar públicamente las infalibles verdades de la fe, y á declamar contra las patrañas de la ley del falso profeta Mahoma.

No es fácil explicar la cólera que concibió el bárbaro juez, viendo á los tres ilustres héroes publicar á su presencia la verdad y la justificacion de nuestra santa Religion, al paso que abominaba de los

delirios y de los crasos errores del Alcoran; y estimando aquella generosa resolucion por uno de los atentados mas enormes que podian cometerse contra su profeta, arrebatado con un furor extraordinario, sin esperar á las formalidades acostumbradas en los procesos de semejante naturaleza, mandó á sus ministros que degollasen inmediatamente á los tres atrevidos cristianos. Fueron ejecutadas las órdenes del tirano en el dia 30 de abril del año 855; pero no satisfecho el bárbaro con el injusto castigo, dispuso que arrojasen los tres cadáveres al rio Guadalquivir, para impedir que los fieles les tributasen la veneracion competente. Hízose así; pero á pocos dias quiso Dios manifestar á la orilla del mismo rio los cuerpos de san Pedro y de san Luis; los que recogidos por los Cristianos, dieron sepultura al de san Pedro en el monasterio de San Salvador, que tuvo su situacion en la peña de la Miel, lugar que hoy se llama de Sancho Miranda, distante poco mas de una legua de Córdoba; y con el de san Luis practicaron el mismo oficio en la noble villa de Palma, que está á una jornada de aquella ciudad, y que da título á los condes de ella, los cuales por devocion al Santo han tomado el nombre de Luis muchos de ellos. El cuerpo de san Amador no pudo hallarse.

El martirio de estos Santos aconteció en tal dia como hoy, en el año 855, y celebra su festividad la iglesia de Córdoba. A san Amador hace tambien fiesta la villa de Martos, en la cual hay una iglesia, que es ayuda de parroquia, dedicada á su nombre. La santa iglesia de Jaen celebra su fiesta el dia 5 de mayo.

SAN INDALECIO, OBISPO Y CONFESOR.

Todos los escritores de la nacion contestan, que san Indalecio fue uno de aquellos siete celebérrimos obispos que enviaron á España los príncipes del colegio apostólico, para que la ilustrasen con la luz del Evangelio: cuyas actas hasta su llegada á Guadix por ser comunes con las de san Torcuato, Cecilio, Tesifonte, Hiscio, Eufronio y Segundo, se refieren en el dia 15 de mayo, donde podrá ver el lector el carácter de todos, su remision á la nacion, y su entrada en ella: lo que estima el escritor por conveniente para evitar una misma repeticion de hechos cuando se trata de cada uno. Quedó san Torcuato por obispo en Guadix, cuidando de aquella iglesia, que fue el primer fruto de todos; y partiendo los demás compañeros á ejercer su mision apostólica por diferentes pueblos de la Península, llegó Indalecio á Urci, ciudad antigua de la Bética ó Andalucía; sobre cuya situacion son varias las opiniones de los escritores, bien

que la mas comun, apoyada con la tradicion, que es documento decisivo en semejantes dudas, obra en favor de Pechina, pequeña poblacion media legua distante de Almería, á donde se transfirieron los moros en su entrada en España, por estar mas inmediato al mar el sitio, llamado antiguamente Puerto-maro, que es hoy el de Almería, cuyo nombre pusieron á la ciudad los mismos árabes; confirmando mas esta opinion el haber sido la iglesia de aquel pequeño pueblo en la que dieron los fieles sepultura al venerable cuerpo del santo Prelado, de donde fue trasladado al monasterio de San Juan de la Peña en el reino de Aragon, como verémos después.

Presentóse, pues, Indalecio en Urci animado de aquel mismo espíritu con que salieron los Apóstoles de Jerusalen para la conquista del mundo; vió en aquella ciudad numerosa por entonces una multitud de infieles, que degenerando de la obligacion que tienen las criaturas para con su Criador, vivian envueltos en una crasa ignorancia, tributando sus inciensos á los demonios en los vanos simulacros de los ídolos, bajo el velo de mentidas deidades; y como el principal objeto de su mision era ilustrar á tanto miserable con la luz del Evangelio, comenzó á predicarles sobre la quimérica imposibilidad de los muchos dioses á quienes tributaban culto; hízoles ver la necesidad que tenian de creer con principios de razon que no habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, que era el Criador del cielo y de la tierra, explicándoles con la mayor claridad así las verdades esenciales como la fe; confirmólas con repetidos milagros, cuyo don concedió el Señor á los varones apostólicos que se interesaron en la conquista del mundo idólatra; y convencidos los infieles así de la verdad, como de la santidad de la doctrina que les predicaba el nuevo Apóstol, recibieron muchos el Bautismo, contribuyendo no poco para robarles el corazon la admirable paciencia, la dulzura, la afabilidad, y el desinterés de Indalecio, quien hizo que floreciese en breve tiempo la Religion entre aquellos naturales.

La felicidad de estos sucesos encendió el celo del nuevo Apóstol para que se interesase en dilatar el reino de Jesucristo; y no satisfecho con las conquistas que hizo en Urci, predicó, segun nos dicen varios escritores, en otras poblaciones contiguas al Mediterráneo en la costa del reino de Granada, como son, Vera, Mojacar y Portilla, de la que restan en la actualidad solo sus ruinas inmediatas á la villa de las Cuevas; bien que conserva su nombre antiguo, y aun se nombra por lo respectivo á ella alcalde en el dia por los excelentísimos marqueses de los Velez, á quienes pertenece con la expresada villa,

á la que está unida la parroquia que hubo en Portilla. Tambien añaden los mismos escritores, que hizo el ilustre Apóstol resonar la voz del santo Evangelio en Cartagena y en Eliocrata ó Lorca, donde consagró obispos conforme á la práctica de los jefes apostólicos, que en los primeros siglos de la Iglesia creaban prelados en las ciudades que predicaban, para que cuidasen de los rebaños de Jesucristo.

Fácil es de creer la abundancia de frutos que rendirian al Labrador divino los terrenos donde sembró la semilla del Evangelio este celoso operario del Padre de familias, cuando siempre infatigable y siempre activo no omitió medio alguno de cuantos pudieron contribuir á desengañar á los infieles de los crasos errores que adoptaba la necia idolatría; y de suministrar á los convertidos todos aquellos auxilios que estimó necesarios, para que conservasen el sagrado depósito de la fe que les habia predicado; sin omitir enseñarles el modo de celebrar los oficios y los sacrificios divinos, para que supiesen tributar á Dios el culto á que están obligadas todas las criaturas.

Finalmente, ofendidos los paganos de las muchas conquistas que hacia Indalecio para Jesucristo, valiéndose de la oportunidad que les ofreció para vengarse la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el emperador Neron, le quitaron en ella la vida. Algunos escriben que murió anegado en las aguas del mar á donde lo arrojaron los gentiles; pero á pesar de este dictámen, no nos consta con certeza el género de martirio que le hicieron padecer, aunque se cree haber sido de los mas crueles; puesto que los paganos procedian con mayor furor contra los jefes de los Cristianos. Después que triunfó gloriosamente el ilustre Prelado de los enemigos de la Religion, dieron los fieles sepultura á su cuerpo en Pechina, donde en honor suyo erigieron un templo después que gozó de paz la Iglesia. Allí se tuvo en grande veneracion todo el tiempo que se mantuvieron los godos en España; pero habiendo destruido los moros á Pechina en su entrada en la nacion, y transferido su antigua poblacion á Almería, ocultaron los Cristianos el cuerpo del Santo en su misma iglesia, por temor de que no cayese en manos de los bárbaros, que en odio de la fe de Jesucristo reducian á cenizas todas las reliquias de los héroes de la Religion. En esta desgraciada época consta por tradicion de los cristianos mozárabes, que se vieron en el sepulcro del Santo luces resplandecientes, y nacer al rededor de él flores y yerbas medicinales, todos indicios de hallarse en aquel lugar el sagrado depósito del ilustre operario que ilustró aquella region con la luz del Evangelio.

Mantúvose en Pechina el cuerpo de san Indalecio cási diez siglos;

pero habiéndose perdido la memoria del lugar de su estancia con motivo de las guerras continuas que ocurrieron en el reino de Granada, no permitiendo el Señor que quedase en un olvido perpetuo, dispuso la invencion de aquel precioso tesoro por los años 1080 ó 1084, para que gozase España de la presencia corporal de uno de los siete célebres obispos que se interesaron en la conquista de la nacion por comision de los príncipes del colegio apostólico; los que se elogian en el oficio mozárabe segun el órden de san Isidoro, como siete antorchas encendidas enviadas por el cielo á España, para ahuyentar de ella las tinieblas de la infidelidad; los cuales fundaron en esta Península la cristiandad, plantaron nuestra santa Religion, enseñaron el órden de los oficios divinos, y consagraron con su sangre las iglesias que les cupo por suerte, segun escribió el papa Gregorio VII á Alfonso VI, rey de Leon y de Castilla. (*Véase la traslacion de san Indalecio el dia 28 de marzo*).

SAN PELEGRIN, SERVITA Y CONFESOR.

San Pelegrin ó Peregrin, nació en Forli, ciudad de la Romanía en Italia, por los años de 1265, de la noble estirpe de los Laciosos. Como hijo único de padres piadosos y opulentos, su educacion fue esmerada y digna de la nobleza que habia heredado de sus progenitores, desplegando á la par de su talento y valor una tierna devocion á María santísima, cuyo patrocinio le fue con el tiempo tan útil y provechoso.

Ardia entonces su patria en una guerra civil, dividida en dos bandos, de Güelfos y Gibelinos, que se destrozaban recíprocamente; y Pelegrin teniendo que seguir el estandarte de uno de los bandos, tomó las armas para contribuir á la defensa de su causa. Enterado el sumo pontífice Martin IV de la funesta situacion de Forli, y deseando como verdadero padre de todos los fieles poner término á las disensiones, puso los ojos en san Felipe Benicio, general del Órden de los Servitas, como la persona mas á propósito para apagar la tea de la discordia que el genio del mal habia encendido en aquella ciudad; y así fue que la honró con la comision de pasar á ella, á fin de reconciliar las encontradas voluntades de aquellos desgraciados moradores.

Llegado Felipe á Forli desplegó todo el celo apostólico con que le habia dotado el cielo, predicando con la mayor energía, y disponiendo los ánimos para la reconciliacion: sus esfuerzos no fueron inútiles, y poco á poco fueron ablandándose los corazones, recibiendo las impresiones de la divina palabra; de manera que los ciudadanos

trataron de enviar comisionados al sumo Pontífice para negociar la paz. Pero como el Pontífice para mas amedrentarlos les negase la audiencia, apenas llegó á noticia de la ciudad la repulsa recibida, cuando se dividió en encontrados pareceres: unos querian someterse de nuevo á la obediencia del Pontífice; otros mas frenéticos opinaban que debian echar de la ciudad á san Felipe Benicio.

De estos últimos fue Pelegrin, quien, fogoso y arrebatado, tuvo la audacia de insultar al siervo de Dios y darle un ignominioso bofeton. San Felipe no solo recibió con paciencia aquella injuria, sino que se puso á orar por sus perseguidores, especialmente por Pelegrin: y tan eficaz fue su súplica, que herido el corazon del mozo, y reconociendo la gravedad de su culpa, trató desde luego de salir de tan infeliz estado, y de buscar el remedio en la dulzura de aquel mismo á quien habia maltratado tan atrevidamente. Al efecto busca arrepentido al siervo de Dios, se postra á sus piés, llora su culpa, pide perdon, y solicita ser admitido en los Siervos de María como terciario: y san Felipe, que solo deseaba ganar aquella alma para Dios, no solo le otorga su perdon abrazándole, sino que le concede el escapulario de la tercera Órden ó congregacion de los Dolores de María.

Es indecible la alegría y contento con que Pelegrin volvió á la ciudad, adornado con el escapulario doloroso de María: desde aquel instante todo cambió en él, pues lloraba públicamente sus pasados extravíos, los cuales eran para su corazon un cruel torcedor y motivo de tristeza, y en adelante fue un espejo de todas las virtudes cristianas. Acudia á menudo á visitar á su amada madre María santísima, y tan devoto fue de ella, con tantas lágrimas solicitó su intercesion y amparo, que postrado cierto dia en la catedral de Forli á los piés de una imágen suya, representándole las tentaciones de que era combatido, mereció que se le apareciese la divina Señora escoltada de espíritus celestiales, y le dirigiese palabras de consuelo, mandándole ir á Siena en busca de sus siervos, cuyo número estaba destinado á aumentar. Penetrado entonces Pelegrin de gratitud y de indecible dulzura, partió inmediatamente, sin que los respetos paternales, ni los halagos maternos, ni otra cosa alguna fuera capaz de detenerle. Apenas hubo salido de la ciudad, vió que le acompañaba un jóven gallardo, quien le dijo que era un Ángel enviado por María santísima para acompañarle hasta Siena; y al llegar á los muros de la ciudad, se le desapareció el Ángel, dejándole saludables documentos para perseverar en el difícil camino de la virtud.

Inmediatamente se dirigió Pelegrin al convento de los Servitas, y

halló cerrada la puerta: no pudiendo contener sus ardientes deseos de verse cuanto antes entre aquellos santos religiosos, llama, y aparece un lego, el cual se deniega á abrirle la puerta y á interrumpir á sus hermanos el silencio. Pero no se satisface Pelegrin con esta respuesta; y tanto insta y ruega, que al cabo obtiene del portero que le franquee la entrada, y pase recado al Padre Prior de que un jóven deseaba hablarle al instante. Condescendió este á oirle, y apenas se vió Pelegrin en la celda del venerable prelado, cuando prorumpiendo en sollozos y gemidos, refirió mas con las lágrimas que con la lengua el objeto de su visita. No menos enternecido que admirado del caso aquel buen prelado, y descubriendo en el jóven que tenia á sus plantas no solo la gran bondad de su corazon, sino tambien la asistencia de la Vírgen, le ofreció proponer su solicitud á la comunidad. Y en efecto, siendo admitido, se le vistió el hábito de siervo de María, después de preparado, y al tiempo de vestirle vióse descender un globo luminoso, el cual se colocó sobre su cabeza con asombro de todos los circunstantes.

Todo su noviciado fue dedicado á la oracion, cuando la obediencia no le mandaba otra cosa, no teniendo mas voluntad que la de sus superiores, en la cual reconocia la de Dios. Su mansedumbre no tenia ejemplar, pues si sucedia que le reprendiesen aun sin motivo, no se excusaba, adquiriendo así nuevas ocasiones de mortificar su espíritu. En suma, Pelegrin hizo de su celda un paraíso anticipado, orando y contemplando de continuo el amor de Dios y de su santísima Madre.

No hay que ponderar lo que haria siendo profeso el que tanto hizo siendo novicio: dirémos solamente que la santidad de vida crecia en Pelegrin con los años de la religion, y que era el pasmo y modelo de los religiosos que vivian con él en Siena, donde moró hasta que fue elevado á la dignidad sacerdotal [1].

Instando la ciudad de Forli para poseer un convento de Siervos de María, los superiores de Pelegrin pusieron en él los ojos como la persona mas á propósito para el caso; y en efecto, partió para su patria, donde fue recibido de sus compatricios con las mayores demostraciones de júbilo; y en breve la fama de sus virtudes le conquistó todos los corazones, de manera que mientras todos concurrian con piadosa competencia á la fábrica del convento de Forli, Pelegrin procuraba desterrar de entre sus compatriotas las reliquias de sus pasadas dis-

[1] Aunque las lecciones del Santo no refieren que fuese sacerdote, lo asegura el autor de su vida, fundado en el P. Albicini.

cordias, consiguiendo al fin ver transformada aquella ciudad en un pueblo religioso.

La caridad de Pelegrin con los pobres no conocia límites, pues los indigentes hallaban en él su socorro en todas sus necesidades. Aconteció en cierta ocasion, durante una hambre que asolaba el país, que se juntaron innumerables pobres, los cuales daban voces pidiendo socorro al Santo como á dispensero de Dios. Oíalos Pelegrin, y se afligia hallándose sin recursos, y no teniendo mas que un poco de trigo y unos cuantos panes: en tal conflicto acudió á Dios, y á breve rato se levantó, y dirigiéndose al lugar donde estaban el trigo y los panes, lo bendijo todo, y comenzó á distribuirlo entre los pobres; pero ¡oh maravilla! se multiplicó todo de tal suerte, que bastó para todos abundantemente.

Pero en medio de sus afanosas tareas para conseguir el bien espiritual y temporal de sus prójimos no descuidaba Pelegrin el negocio de su propia santificacion, afligiendo su cuerpo con rigurosas disciplinas hasta derramar sangre, y otras penitencias que fuera prolijo enumerar. Pero no debe omitirse aquí la mas extraordinaria de todas, cual fue la de no sentarse ni acostarse nunca por espacio de treinta años, ni aun para comer y dormir; penitencia muy superior á las fuerzas humanas, y que no se concibe sin el auxilio de la divina gracia.

No obstante, tan persuadido estaba de que solo la cruz es la senda de la gloria, que aun pedia de continuo á Dios nuevas mortificaciones: oyole su divina Majestad, y para llenar sus deseos le envio la mortificacion de una llaga en una pierna, la cual con la postura ordinaria del Santo de estar en pié hizo en él tal estrago, que reconocida por el cirujano la imposibilidad de curarla, pues toda la pierna estaba podrida y gangrenada, no conoció otro medio para salvarle la vida que la amputacion, cuya operacion quedó acordada, con gran satisfaccion del Santo, para el dia siguiente, viendo en ella otro motivo de padecer por Dios.

Mas este Padre amoroso que jamás abandona a los suyos acudió al socorro de Pelegrin, quien viéndose sin remedio humano, arrastrando y no andando, á la mitad de la noche se dirigió al capítulo, en cuya pared estaba pintada una imágen de Jesucristo, y allí levantando el corazon á su Majestad le suplicó que dispusiese de él como mejor le pluguiese. Apenas hubo dicho el Santo, se llena de luz la pieza del capítulo, y alzando entonces Pelegrin los ojos, ve que la sagrada imágen del Crucificado, aunque pintada, toma cuerpo, y la rodean resplandores; que se le acerca, y que desclavándose por sí

misma las manos, las aplica á la fétida llaga, á cuyo contacto queda repentinamente curada. Desaparece la vision, y Pelegrin queda alabando al Padre de las misericordias por tan singular favor, hasta que amaneciendo se vuelve por su pié á la celda.

Solícito el cirujano madrugó para verificar la amputacion convenida; mas ¡cuál fue su pasmo al reconocer enteramente sana la pierna que el dia antes habia visto podrida! Ve el prodigio, y no acaba de creerlo. Pero al fin reconociendo la mano omnipotente del Señor, vuelve á la ciudad, divulga el milagro, y acuden en tropel los forlivenses al convento á ser testigos de aquel; y postrándose ante la imágen que lo hizo, empezó desde entonces á ser tenida en grande veneracion, dispensándoles por ella el Señor muchos beneficios.

Agradecido y gozoso Pelegrin de verse tan favorecido del cielo, continuó viviendo con la santidad, edificacion y fruto que habemos dicho, acrecentando diariamente sus fervores, hasta los ochenta años de su edad en que el Señor le llamó á sí para darle la recompensa de los justos, el dia 1.° de mayo del año 1345. Luego que espiró empezó su cuerpo á exhalar una fragancia celestial, y quedó tan gracioso su semblante que parecia estar vivo. Cundiendo rápidamente la noticia de su fallecimiento, acudieron los forlivenses á venerar á su amado paisano, y el cielo atestiguó con muchos y repetidos milagros la gloria de su siervo. Diosele honorífica sepultura; y después de beatificado se le erigió una suntuosa capilla á donde fue trasladado el santo cuerpo, el cual fue hallado entero y exhalando olor suavísimo, no obstante el transcurso de mas de dos siglos.

La misa es en honra de santa Catalina, y la Oracion la siguiente:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui beatae Catharinae virginis tuae natalitia colimus, et annua solemnitate laetemur, et tantae virtutis proficiamus exemplo: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurada vírgen Catalina, nos alegremos santamente con su anual solemnidad, y nos aprovechemos del ejemplo de su eminente virtud. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda de san Pablo á los Corintios, pág. 292.*

REFLEXIONES.

¿Hay por ventura título mas tierno, mas glorioso ni mas respetable entre todos aquellos con que la bondad de Dios honra á las almas que el título de esposa de Jesucristo? Pues este es el título y el pri-

vilegio de las vírgenes: ellas siguen al Cordero inmaculado á cualquiera parte á donde vaya; ellas llevan escrito en la frente su nombre y el nombre de su Padre, para que se entienda que son suyas, y le pertenecen á él por un título muy especial; ellas cantan en el cielo delante del mismo trono un cántico nuevo, que nadie puede cantar sino las almas privilegiadas que nunca mancharon su pureza. Pero no solamente en el cielo logra la virginidad auréolas y privilegios; aun en la tierra aquellas gracias de particular distincion, aquellos singularísimos favores, aquellos dones extraordinarios que pueden dispensarse en esta vida, están particularmente destinados para las vírgenes. Y aunque es cierto que Dios es liberal con las almas fieles en todos estados, las vírgenes parece que adquieren no sé qué particular derecho á su mas íntima comunicacion, y confianza á aquellas grandes gracias en que se suele explicar mas su bizarría.

Dabitur enim illi fidei donum electum. (*Sap.* III). Dichosas, dice el Sabio, aquellas almas puras y sin mancha, que no permitieron se manchase, ni aun se ajase jamás la flor de su pureza, porque ellas gozarán de una fe viva, activa y laboriosa. Ningun pecado debilita tanto la fe como el de la impureza.

Herencia ordinaria es de las vírgenes un don de oracion y de contemplacion muy extraordinario. La carne embrutece el espíritu, y la vista de Dios solo se promete á los corazones puros. Extráñase y aun se admira la oscuridad y la sequedad que se experimenta en la oracion, sin advertir que la serenidad y el rocío pide calma. En las tierras húmedas y pantanosas siempre reinan nieblas; ni el cielo se descubre nunca sereno sino cuando sopla el aire puro.

Experiméntase una fe lánguida y amortiguada, créese con desmayo, y tal vez insensiblemente se duda de algunos artículos. ¡Qué mucho! ¿son acaso muy puras las costumbres? ¿está limpio el corazon? ¿ese cuerpo es templo de Dios vivo? Pues desengañémonos, que la fe se alienta de la pureza. Como la virginidad nos arrima tanto al estado de los Ángeles, tambien nos pone á cubierto de las tempestades que son tan frecuentes en el mundo. Manda Dios á Moisés que pase á cuchillo á los madianitas; pero le ordena que perdone á las doncellas. Es misterio escondido á muchos las excelencias y los privilegios que goza la virginidad. Él es don de Dios; pero con este solo don, ¡cuántas dificultades se allanan! ¡cuántas pasiones se vencen! ¡cuántos monstruos se doman!

El que no tiene mujer, dice san Pablo, *atiende á las cosas que son del Señor, y cuida de agradar á Dios; pero el que la tiene atiende á la*

cosas que son del mundo, y á los medios de agradar á su mujer, con lo que se hace preciso que su corazon esté repartido. De la misma manera, una mujer que no está casada, una doncella, una vírgen solo atiende á las cosas que son del Señor, para ser santa de cuerpo y de espíritu; pero al contrario, la que está casada piensa en las cosas que tocan al mundo, y en los medios de agradar á su marido. Si se penetrara bien el alma y el sentido de un razonamiento tan justo como verdadero, ¿qué efecto no produciria? Y ¿qué gracias no estarian dando á Dios continuamente aquellas almas privilegiadas á quienes ha favorecido con tan excelente don, aquellas personas religiosas á quienes parece que el mismo Señor ha separado de los demás para sí solo? ¡Qué alto concepto formarian de la elevacion de su estado! ¡con qué cuidado, con qué vigilancia conservarian esta preciosísima flor! Y ¿qué condicion tendrian por mas dichosa, por mas respetable aun al mismo mundo que la suya?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 294.*

MEDITACION.

De la suprema desdicha del hombre.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado, ser arrojado de la presencia de Dios con aquel *nescio vos*, no os conozco. Su mayor felicidad es la posesion de Dios; ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego su mayor desgracia es perderle para siempre.

El hombre fue únicamente criado para Dios: este es nuestro fin, esta nuestra satisfaccion, este nuestro centro, sobre lo cual no hay mas que consultar á nuestro corazon. Después de mas de seis mil años que todos los hombres trabajan en hacerse felices, ninguno ha encontrado hasta ahora satisfaccion llena y perfecta que fijase todos sus deseos; aun queda en el corazon humano un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados, y es que el hombre no se hizo para ellos. Es preciso que eleve á Dios todas sus ansias, y desde el mismo punto que toma este partido experimenta en su corazon una paz, un consuelo, una dulzura que no pudo encontrar en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo desde esta vida: ¡qué será en el cielo por toda la eternidad! Allí cuando Dios se comunica amorosamente al alma; allí cuando Dios se entrega todo á ella sin reserva; allí cuando el alma entra, se engolfa, se anega, y por decirlo así, se pierde en la felicidad del Señor. Concibe,

si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha. Pero con cibe tambien por esto mismo qué desdicha es perder á Dios, ser abor recido, ser reprobado de Dios, ser objeto funesto de su odio y de su cólera: *nescio vos.*

Aunque hubieras sido el mas grande, el mas poderoso monarca de universo; aunque hubieras sido el hombre mas rico, el mas dichos que han conocido los siglos, si en el punto que espiras oyes de la boca de Dios, *nescio vos*, no te conozco; ¿qué comenzarás á ser desd entonces, y qué serás por toda la eternidad?

Caer en la desgracia de un padre, de un protector poderoso d quien pendia toda nuestra fortuna; perder un amigo que era tod nuestro consuelo, es sin duda situacion triste y melancólica. Perde un pleito que arrastra tras de sí la ruina de toda la casa, incurrir e la desgracia del príncipe, y consiguientemente en la pérdida de l honra, de los bienes, de los empleos y de la patria, parece que s debiera preferir la muerte á esta cadena de infortunios; pero en bu na fe, ¿qué es todo esto comparado con la condenacion eterna? ¿qu decretos de príncipe, qué sentencias de magistrado, qué públic pregones pueden cotejarse con aquel *nescio vos*, de un Dios justís mamente irritado? ¿Qué rayo que mas espante, que mas aniquile que mas desespere que aquellas tristes palabras?

Haced, Señor, que yo comprenda todo el rigor, todo el sentido d ellas; y haced tambien que trague en esta vida toda su amargura para no oirlas jamás de vuestra boca por toda la eternidad: *Config timore tuo carnes meas, à judiciis enim tuis timui.* (*Psalm.* CXVIII). Pe netrad todo mi cuerpo de vuestro santo temor, para que este sant estremecimiento me libre de vuestros terribles juicios.

Punto segundo. — Considera que no hay en este mundo desgra cia que no tenga recurso, infortunio que carezca de esperanza, trabajo que no pueda tener algun alivio; pero busca algo de es en el sentido de aquellas terribles palabras, *nescio vos*, no te conozco

Si un tratado, si una importante negociacion se desbarata, si comercio no sale como se piensa, si se perdió el tiempo y el diner en una empresa considerable, si se frustraron las esperanzas de un rica herencia, si se perdió un pleito en que se atravesaban los ma yores intereses, si por una clara, fea y torpe injusticia se halla un despojado de todos sus bienes, cuando no haya otro recurso en est vida, hay por lo menos el de que todo se ha de acabar presto co ella, y el pensamiento de la muerte consuela: pero cuando se in currió en la desgracia eterna de Dios; cuando se nos acabaron ya lo

amigos y los intercesores con su Majestad; cuando se cerró para nosotros el manantial de las misericordias; cuando se acabó ya el tiempo de toda gracia; cuando ya no hay tiempo; cuando la espantosa eternidad sucedió á este puñado de dias que se perdieron; cuando se oye que Dios nos dice en el furor de su cólera, *no te conozco, no sé quién eres;* cuando ya desde aquel punto no se hace caso ni de los trabajos que padecimos, ni de los servicios que hicimos; cuando ya no hay que esperar compasion, no hay que esperar misericordia, ¿qué recurso tendrémos? Lloraremos, gemirémos, nos lamentarémos, clamarémos, pero en vano; porque *Amen dico vobis, nescio vos.* Hubiérais hecho la provision á tiempo; hubiérais velado sin dormitar, ni estar ociosos; hubiérais trabajado en vuestra salvacion mientras era de dia: os cogió la noche, os cogió la muerte, y ya nada se puede hacer.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años, solo se te habia concedido para disponerte á recibir al divino Esposo; la incertidumbre de la hora en que habia de llegar pedia una continua vigilancia. No te bastaba ser vírgen; era menester aplicarte á cumplir con tu obligacion: tampoco bastaba tener las lámparas encendidas; era necesario tener provision de aceite. Te dormiste, vino el Esposo: advertiste que se apagaban las lámparas y que te faltaba el aceite: quisiste acudir por él, pero ya era tarde. Un desmayo, un accidente hacen clamar por un confesor, pedir los Sacramentos, acudir á la penitencia; pero en medio de estas priesas, de esta turbacion, de esos sobresaltos y congojas llega el Juez. Clámase por tiempo para prevenirse; pero ¿ignorábase por ventura que ya se debia vivir prevenido para cuando el Señor llamase? Ciérranse con la vida las puertas de la misericordia: llámase a ellas, pero el Señor responde desde adentro, *nescio vos*, no os conozco, ya no es tiempo. Dióse ya principio á la desdichada eternidad; y el mortal arrepentimiento, la desesperacion, la rabia, los tormentos que comenzaron, ya no tendrán fin.

¡Ah Señor! ¿qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Y ¿qué equivalente podrá encontrar por esta alma querida? Asombro es ver á personas de buen juicio, de mucha capacidad, ocuparse en los negocios del mundo los dias, los meses, los años enteros; separarse para esto de lo que mas aman; privarse de todo gusto; cargar con la mortificacion de estar siempre metidos en las dependencias mas enfadosas; y salir del mundo sin haber pensado jamás seriamente á qué vinieron á él, ni á dónde han de ir á

parar cuando lo dejen. ¡Mi Dios, qué prudentes, qué discretos fue ron los Santos en pensar en esto toda la vida! No permitais, Señor que estas reflexiones que acabo de hacer sirvan solo para mi mayo condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS.—Señor, no me arrojeis de vuestra divina presen cia. (*Psalm.* L).

¿A dónde iré, Señor, si Vos no me quereis reconocer por vuestr hijo? ¿á dónde me esconderé, si no me quereis sufrir en vuestra di vina presencia? (*Psalm.* CXXXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La suprema desdicha del hombre en esta vida es vivir en pe cado, y en la otra es morir en él. La pérdida de los bienes y de l salud, los contratiempos mas molestos, las adversidades, las persc cuciones, las desgracias, ¿qué vienen á ser todos estos aparentes in fortunios en el sentido mas natural? En suma, no suelen ser mas qu vivir uno con alguna menos conveniencia; bajar algunos grados ma respecto de aquellos que estaban al mismo nivel con nosotros; tene un protector, algunos amigos menos, ocupar el último lugar en l aprehension de los hombres; y á lo mas verse uno despojado de l que fomentaba la ambicion y nutria la concupiscencia, irritando la pasiones, pero verse despojado algunos dias antes de todo aquell de que pocos dias después nos habia de despojar necesariamente l muerte. Mas estar en pecado, es ser objeto de horror á todo el cielo vivir en desgracia de Dios, merecer todos los tormentos eternos; morir en pecado, es ser objeto de horror y de infamia, es ser un in signe facineroso, víctima triste de las llamas abrasadoras por tod una eternidad. Ni tengas horror á otra cosa que al pecado, ni tema sin cesar á otra que á la de morir en pecado. Todas las demás qu se llaman aflicciones, desgracias, adversidades, miserias, todas tie nen recurso; pero no hay consuelo, no hay alivio, no hay remedi contra la muerte en pecado. Procura que este horror y este temor n solo se te hagan familiares, sino como naturales; inspírale á tus hi jos y á tus criados, repitiéndoles continuamente aquellas palabra del Salvador: *Quasi à facie colubri fuge peccatum:* huid del pecado como de una venenosa serpiente; porque si os arrimais á ella, os asi rá, y os morderá: *Dentes leonis dentes ejus:* son sus dientes como dien tes de leon, que despedazan las almas. *Quasi romphaea bis acuta om nis iniquitas:* todo pecado es como una espada cortadora de dos fi

os: *Plagae illius non est sanitas:* la herida que abre no tiene cura. Ten cuidado de que se pasen pocos dias sin repetir esta leccion á los que están á tu cargo, y tambien sin repetírtela á tí mismo.

2 De hoy en adelante guárdate mucho de abandonarte á exce-os de tristeza y desolacion cuando te suceda algun trabajo. Quitóte Dios lo que voluntariamente te habia dado, ó no te concedió lo que no te debia, y quizá seria pernicioso para tí. Pues ¿por qué son esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te han hecho en negarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres á las honras, ni los empleos, á los bienes temporales que pretenden? No te aflijas, pues, sino por el pecado; y cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que no es pecado. Por molesto, por trabajoso que sea lo que te sucediere, pregúntate á tí mismo con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* Alma mia, ¿por qué estás triste? ¿por qué te afliges, y me turbas? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este infortunio no es pecado; por esta desgracia no he perdido la amistad de Dios. Pues, *quare tristis es?* ¿Por qué he de afligirme ni desconsolarme por un accidente que al cabo no es algun mal? No pocas veces puede mas la tristeza que las máximas de la Religion; pero á pocas reflexiones cristianas que se hagan, se disipa la tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; el colmo de todos los males, el mayor y mas terrible es morir en pecado. Sea esta verdad la materia mas comun de nuestra meditacion.

VIDAS DE ALGUNOS SANTOS

QUE CORRESPONDEN Á ESTE MES DE ABRIL.

DIA V.

SANTA EMILIA, VÍRGEN.

De santa Emilia se ignoran las circunstancias de su vida, aunque se cree que floreció en los primeros siglos de la Iglesia. Sin embargo en muchos calendarios de la cristiandad, especialmente franceses, se hace conmemoracion de varias santas Emilias en 7 de abril, en 15 de agosto y en 24 de diciembre, algunas de las cuales son las santas Emilianas de que hace mérito el Martirologio romano en los dias 5 de enero y 30 de junio.

DIA XVIII.

EL BEATO ANDRÉS HIBERNON.

El beato Andrés Hibernon, decoroso ornamento de la reforma de san Pedro de Alcántara, nació en la ciudad de Murcia en el año 1534 fueron sus padres Ginés Hibernon, y Maria Real, ambos notorios hijosdalgo de Cartagena, los cuales se aplicaron desde luego á dar al niño una crianza tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; pero como en él hallaron aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, que no solo allanan, sino es que facilitan el camino de la virtud, costóles poco trabajo conseguir el efecto de su buena educacion: en efecto no tuvo Andrés de niño sino la inocencia, pues distraido enteramente de todas las diversiones, y de los entretenimientos que son regulares en los párvulos, se le veia ocupado en la asistencia de los templos, en la frecuencia de los Sacramentos en los ejercicios de devocion, y en obras de caridad para con los pobres: distinguiéndose en la misericordia aun en edad poco sensible de las miserias ajenas.

Viendo los padres de Andrés que era preciso darle alguna carrera le enviaron á Valencia en casa de unos tios suyos, para que con su apoyo pudiese afianzar su subsistencia; pero desatendiendo los tios el fin de la remision, le aplicaron á que guardase un rebaño de ganado, destino muy acomodado al genio del Beato, que desde niño fue muy amante del retiro y de la soledad, para dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas separado de los tumultos del siglo; y así aunque aquella rústica ocupacion traia consigo la ociosidad, muy distante Andrés de esta perniciosa madre de todos los vicios, empleaba todo el tiempo en el estudio de la oracion, y en la práctica de las virtudes, dejándose ver con una simplicidad de vida verdaderamente admirable, y con una inocencia de costumbres mangélica que humana. Continuó el siervo de Dios en este oficio hasta la edad de veinte años; pero reflexionando que no podia asegurar con él bienes para mantenerse con decencia, resolvió volverse á la casa de sus padres, que se hallaban establecidos en la villa de Alcantarilla, distante una legua de la ciudad de Murcia. Dióle el tio ochenta ducados por premio de su buen servicio; y como el desprecio de todos los bienes de la tierra habian de formar el carácter del Beato, á quien eligió Dios para que fuese ejemplo de la pobreza evangélica, hizo desde luego ánimo de consignarlos para parte de dote de

una hermana suya. Poco le duró el piadoso designio, porque habiendo caido en manos de unos ladrones al llegar á los confines del reino de Valencia, le robaron el dinero; disponiéndolo así el Altísimo, para que entendiese que lo destinaba á vivir bajo de su divina Providencia, llamándole eficazmente á que abrazase la regla del Patriarca de los pobres.

Correspondió fielmente Andrés á la vocacion del cielo, y después que se estuvo algunos dias en casa de sus padres, partió al convento de religiosos Franciscos de la villa de Albacete, en el que pidió el santo hábito con tan vivas instancias y con tan eficaces ruegos, que edificada aquella comunidad de la extraordinaria solicitud del pretendiente, le admitieron para fraile lego en el año 1556, á los veinte y dos de su edad: estado muy conforme á la inclinacion del Beato, que solo aspiraba á santificarse en las humillaciones. Ningun novicio emprendió con mas espíritu la carrera religiosa, ni ninguno le excedió en los esmeros, ni en la exactitud de la observancia; y por tanto su fervor, su humildad, su obediencia, y sus asombrosas penitencias, fueron miradas, á poco que vistió la divisa franciscana, como prodigios de la divina gracia por los mas ancianos religiosos. Hizo su solemne profesion en el dia 1.° de noviembre del año 1557, y queriendo acreditar con las obras los votos esenciales que prometió á Dios en aquel acto, hizo formal empeño de imitar en lo posible al seráfico Patriarca: lo que cumplió tan á la letra, que salió la copia en todo parecida al original. Continuó algunos años en el convento de Albacete dando pruebas tan notorias de su eminente virtud y de las extraordinarias luces que le concedió el Señor, que en los asuntos mas importantes de la comunidad se contaba con el dictámen del Beato, no obstante ser un pobre lego.

Esparcióse la fama de la santidad de Hibernon por todo el reino de Murcia; y deseosa esta ciudad de tener en su centro á un hijo que estimaba por una de sus mayores glorias, solicitó del superior que se le enviase á aquel convento. Hízolo el provincial para satisfacer las ansias que tenian los murcianos de ver al siervo de Dios; pero les duró poco este gozo, porque como la divina Providencia le tenia destinado para que ilustrase con los resplandores de sus eminentes virtudes otros hemisferios, le trasladó á distinto territorio.

Habia principiado á florecer por aquel tiempo la reforma de aquel ilustre héroe español san Pedro de Alcántara, haciendo revivir en ella los prodigios de penitencia, de desnudez y de humildad que se vieron en el mundo con admiracion de los mortales en la persona del

seráfico Patriarca: ya los discípulos de aquel mortificado Padre, dechados de la pobreza evangélica, tan poderosos en obras como en palabras, se habian esparcido en pocos años por las provincias de Extremadura, de Castilla y de Valencia, edificando á los pueblos con su fervor y con su observancia religiosa; y oyendo hablar Hibernon de la vida ejemplar, y de la austeridad de la nueva reforma, se encendió en vivísimos deseos de alistarse entre los profesores de aquella milicia, en que la disciplina era mas rígida, y la observancia mas estrecha. Consultó con Dios el asunto por el conducto de la oracion, y certificado de la voluntad divina, partió con las licencias necesarias al convento de Elche, donde se hallaba guardian un gran discípulo de san Pedro de Alcántara, llamado Fr. Alonso de Llerena. Examinó este á fondo el propósito de Hibernon, y asegurado de que la levedad, ni inconstancia de ánimo le movia para aquella determinacion, y sí una emulacion santa de vida mas rígida, le incorporó entre los individuos de su comunidad en el año 1563, cuando contaba el Beato veinte y nueve de edad.

Fáciles son de creer los progresos que haria el siervo de Dios en la reforma, cuando siendo tan admirables en la observancia, le pareció esta escuela menos rígida para ejercitarse en las virtudes religiosas. Su humilde compostura, su candor y su modestia, acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones y en todos sus movimientos, la inocencia de sus costumbres, y el fuego de sus palabras dieron á conocer sin la menor duda, que el móvil de todas sus operaciones era el encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado, y que solo aspiraba á la cumbre de la mas alta perfeccion. Comparó esta con la debilidad de sus fuerzas, y pareciéndole que no podia arribar al heroismo que deseaba, cayó alguna vez en la melancólica reflexion de si podria ó no cumplir lo que habia prometido á Dios en la nueva reforma; pero queriendo templar la pena que le causaban semejantes conflictos, nacidos del bajo y despreciable concepto que tenia formado de sí, se serenaba diciendo á presencia de todos los religiosos, que si Dios le destinaba al infierno, con tal que estuviese unido con su divina Majestad por el amor, y le resultase la mayor gloria, estaria gustosísimo.

Cargóle la obediencia con diferentes oficios, como fueron los de portero, de hortelano, de refitolero, y de cocinero; y en la exactitud y en la vigilancia con que desempeñó Andrés sus respectivas obligaciones, dió bien á conocer que la divina gracia le asistia de un modo tan maravilloso para que brillase en todos con tal acierto, que

no era fácil discernir á cuál debia darse la preferencia. En el de portero manifestó una caridad tan sin límites para con todos los pobres, que no habiendo género alguno de necesidad que no socorriese con entrañas de misericordia, hallaban en él los afligidos consuelo, los enfermos medicina, los flacos fortaleza, los destituidos proteccion; en sustancia, su portería era una oficina próvida de la divina Providencia. En el de refitolero y hortelano no fue menor su esmero; en este se dejó ver infatigable para el cultivo de la huerta, y en aquel exactísimo en la fiel administracion de los efectos del convento; pero donde resplandeció mas su virtud fue en el de cocinero, pues no sabian los religiosos cuándo cumplia con las penosas fatigas de aquel ministerio, viéndole toda la mañana en la iglesia, ya en oracion, y ya en la asistencia á los divinos sacrificios, sin poder comprender cómo y cuándo componia la comida para la comunidad; maravillándose mas, cuando percibian en ella un gusto tan delicado como si se hubiese condimentado en el cielo.

Creyeron los religiosos que la eminente santidad de Hibernon era el medio mas seguro para que el Señor les socorriese, y bajo este concepto le dieron el cargo de limosnero. Ejercióle el Beato algunos años con tanta edificacion, con tanta modestia, y con tanta humildad, que con solo presentarse á las puertas de las casas, y oirse en ellas aquella voz encendida que acostumbraba: *Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo: limosna para los religiosos descalzos de san Francisco, por amor de Dios:* era tal la abundancia de limosnas, que se veia cumplida á la letra la promesa hecha por el Señor al seráfico Patriarca. El convento de Elche fue el primero que experimentó tan grandes beneficios; y como corrió la fama de aquel conducto, por medio del cual se ofrecia tan liberal la divina Providencia, pretendieron todos los conventos de la Custodia valerse de él así para socorrer sus necesidades, como para que contribuyese á las fundaciones de nuevos monasterios donde se dilatase la reforma de Alcántara. Así lo hizo en el de San Juan de Valencia, que logró ver concluida su fábrica en el año 1575 por la actividad del Beato; á quien se debió tambien la ereccion de un famoso noviciado, que fue un seminario donde se criaron muchos religiosos ejemplares, que enriquecieron la Custodia con virtudes, con letras y con gobierno.

La fama de la eminente santidad de Hibernon le granjeó el amor y la veneracion no solo de la plebe, sino de las personas del mas alto carácter, entre las que se distinguieron los eminentísimos cardenales Doria y Borja, que le llaman Santo públicamente. No fue menor

el aprecio que de él hacia el venerable patriarca y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, quien interrumpia sus ocupaciones por tener el gusto de disfrutar algunos ratos la santa conversacion del siervo de Dios. Llegaron hasta Murcia los hechos de los progresos de Andrés; y queriendo ilustrarse con sus resplandores, solicitó el obispo D. Sancho Dávila y Toledo traer al Beato con otros dos insignes religiosos, que lo fueron Fr. Antonio Sobrino, y Fr. Pedro Lobo, para que fundasen en aquella ciudad un nuevo convento de la reforma. Permitió Dios que una obra tan digna tuviese muchas contradicciones que ejercitaron la paciencia de los ilustres Minoritas: pero no pudiendo estas impedir tan piadoso proyecto, quedó concluida la fábrica del Real de San Diego en el año 1600 con todo el esplendor que hasta hoy permanece.

Habia salido Hibernon para la fundacion de Murcia del convento de Gandía; y como los duques de aquella ciudad oian por una parte los elogios del nuevo establecimiento, y experimentaban por otra la falta que les hacia el Beato, solicitaron con vivas ansias su regreso á Gandia, que fue el teatro donde en mansion mas dilatada brillaron las eminentes virtudes de Andrés, á quien veneraban todos los vecinos de aquel pueblo por un siervo muy favorecido de Dios; y así, en los casos arduos de la república, en las disensiones de las familias, y en las catástrofes de los particulares era el iris que serenaba todas las borrascas. Elche, Valencia, Murcia, Gandia, Jumilla y Almansa fueron los pueblos donde moró el Beato, é ilustró con sus resplandores; y aunque los cuatro primeros participaron mas de su beneficencia, no por eso dejó á los demás privados de sus virtuosas influencias.

El concepto universal que se granjeó el Beato en toda la Custodia, hizo que los superiores quisiesen aprovecharse de sus extraordinarios talentos, y para ello le nombraron Discreto en el capítulo que celebraron en 11 de junio de 1573, cuyo honor raras veces se ha concedido á los legos. Conocian muy bien el gran fondo de luces que Dios habia infundido en el humilde lego, y así no tuvieron reparo en promoverlo, como ni en fiar á su cargo los negocios mas arduos de la Custodia; sujetándose siempre á sus acertadas resoluciones, las que eran miradas como nacidas de un oráculo celestial, en quien obraba no la ciencia humana, sino la infusa, que comunica el Señor á los que solo estudian en el Autor del verdadero conocimiento, como lo hacia Hibernon. La leccion de los libros espirituales y la oracion eran los medios por donde fecundaba su entendimiento,

sacando del libro del desprecio del mundo, y de la regla original del seráfico Patriarca las claras luces que disfrutó, sin los estudios de ciencia humana que se adquieren en las escuelas.

Los muchos oficios, ni los difíciles encargos que fió á su cuidado la obediencia no impidieron al siervo de Dios la práctica de todos sus acostumbrados ejercicios: antes bien parece que al paso que crecian sus cuidados, se aumentaba su fervor, para que no pudiesen interrumpir aquellos sus eminentes virtudes. Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite un compendio, para referirlas individualmente: pues basta decir que las declaró en grado heróico el oráculo de la Iglesia, y que fue un perfecto israelita, fiel imitador del seráfico Patriarca, especialmente en la profunda humildad, en la pobreza evangélica, y en las asombrosas mortificaciones con que castigó su inocente cuerpo, renovando con ellas aquellas espantosas imágenes de penitencia que nos refiere la historia de los ascetas mas famosos.

El móvil de todas las portentosas acciones de Andrés era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, y la ternura con que amaba á su santísima Madre, en quien después de Dios tenia colocada toda su confianza. Todas las cualidades que exige el apóstol san Pablo en la caridad perfecta se dejaron ver en Hibernon de un modo tan maravilloso, que parecia un abrasado Serafin en órden á los afectos y elogios para con Dios, y un padre el mas amoroso para con los prójimos; pero al paso que era su caridad grande en órden á las necesidades corporales, era tambien ilimitado su celo por la salvacion de las almas, siendo muy pocos los pobres á quienes no convirtiese con sus palabras siempre llenas de fuego de amor divino al tiempo de socorrerles.

De esta raíz provenia aquella ansia y aquella ambicion que siempre tuvo el Beato por la oracion, que era el ejercicio por donde el Señor le comunicaba exquisitos favores; los cuales servian de encender mas y mas aquella alma dichosísima, que arrebatada en la mas dulce contemplacion de las grandezas divinas, siempre que se ponia á orar no le perturbaban los pensamientos, ni le distraian los ruidos, ni le entibiaban los oficios que le encargó la obediencia, hallando en todas partes proporcion para elevar su mente á Dios. Lo mas comun era orar en el coro y en el templo; pero no por eso dejaba de ofrecer al Señor sus mas tiernos sacrificios en el claustro, en la portería, en la huerta, en el campo y en los caminos: yendo tan enteramente distraido por las calles cuando ejercia el oficio de limosnero, que si se detenian algun tanto en las casas en darle limosna, se postraba

de rodillas en las puertas ó en los atrios, para no perder un minuto de tiempo de aquel santo ejercicio, que era el principal objeto de todas sus atenciones: en el que se le veia muchas veces en dulces amorosos éxtasis, con indicios nada equívocos de aquel volcan de fuego en que se hallaba abrasado.

Quiso Dios condecorar á su fidelísimo siervo con los dones de profecía, de discrecion de espíritus, y de milagrosas curaciones: los cuales dieron un realce superior á sus eminentes virtudes, y no menos la ciencia infusa que se dignó concederle. Explicaba Andrés con tanta claridad y con tanta sutileza las sentencias difíciles de la santa Escritura, que no se dudaba haberle comunicado el Señor una perfecta inteligencia de los libros canónicos, haciendo uso de ellos como si fuese un hombre que hubiese consumido todo el tiempo de su vida en el estudio de la sagrada teología; por lo que no se desdeñaban los mas doctos religiosos de consultarle en las dudas, y aun inquirir su dictámen en las funciones mas solemnes que habian de practicarse en el templo.

Finalmente quebrantada la salud del Siervo de Dios al rigor de sus trabajos y de sus asombrosas penitencias, habiendo tenido revelacion de la hora de su muerte, redobló su fervor y su devocion, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Observaron los religiosos en Andrés mayor exactitud en sus acostumbrados ejercicios, mas fuego en sus expresiones, mas severidad en sus mortificaciones; por lo que llegaron á sospechar que se acercaba el tiempo de querer el Señor premiar sus merecimientos. Notaron que en el dia 13 de abril se ocupó en barrer con extraordinario aseo el convento; y aunque por entonces no penetraron la causa, habiéndose postrado en cama en el dia siguiente, entendieron que aquella cuidadosa prevencion era para que pasase el Señor sacramentado por los claustros con toda decencia. Recibióle por Viático con aquella devocion que hasta hoy forma su mas expresivo carácter, haciendo lo mismo con la Extremauncion, en cuyo acto se quedó con un semblante risueño, como si estuviese gozando algun exquisito regalo de las alturas; y fijando poco después los ojos en una imágen de Jesucristo crucificado, abrasado como preciosa víctima en divinos incendios, murió tranquilamente al amanecer del dia 18 de abril del año 1602, á los cincuenta y ocho de su edad, quedando su cuerpo tan sereno como si estuviese en un sueño dulce, despidiendo de sí un olor suavísimo que consoló á todos los asistentes.

En la misma hora que espiró el siervo de Dios fue preciso abrir

las puertas del convento de Gandía por la multitud de gentes de todos estados y condiciones, que se abocaron á él tanto para desahogar su justo sentimiento, como para satisfacer su devocion sin el impedimento de la humildad del difunto que lo impidió en vida; pero los que mas clamaban, formando con sus lamentos el mayor elogio de Hibernon, eran los pobres, y las muchas personas vergonzantes á quienes la necesidad habia reducido á miseria, llorando todos amargamente la pérdida de un padre tan caritativo. Tuvieron los religiosos en el féretro tres dias enteros el venerable cadáver recibiendo los obsequios de los fieles; sin que se oyesen en el templo otras voces que las aclamaciones de los que le llamaban Santo, ó los ecos de los milagros que obró el Señor por los méritos de su Siervo; sin ser posible acallar los clamores del concurso, que no permitia que se le quitase de la vista aquel noble objeto, que le servia de todo su consuelo. Celebráronse, por último, las exequias funerales con asistencia de las personas mas condecoradas de Gandía; y asegurado el precioso tesoro con tres llaves en la costosa arca que se construyo para su depósito, se colocó esta al lado del altar mayor.

A poco tiempo de haber muerto Andrés, comenzaron los superiores de la reforma un proceso privado sobre su admirable vida, en el que depusieron los religiosos que lo habian conocido y tratado en diferentes conventos; y conociendo por él la fundada esperanza de verlo colocado sobre los altares, recurrieron á los ilustrísimos obispos de Valencia, de Murcia y de Orihuela para la formacion de los procesos ordinarios en sus respectivas diócesis, que habian sido el teatro de la vida, de la muerte y de los prodigios del Siervo de Dios. Presentáronse estos en Roma en solicitud de las letras remisoriales para formar nuevos procesos con autoridad delegada apostólica; y evacuados con justificacion completa sobre el contenido de las sumarias, declaró la sagrada congregacion de Ritos en 9 de julio en el año 1774 en grado heróico las virtudes del Siervo de Dios, con aprobacion de Clemente XIV. Después en el dia 7 de setiembre del año 1790 hizo igual declaracion de los milagros auténticos de Andrés con aprobacion del sumo pontífice reinante Pio VI, quien le beatificó con las solemnidades acostumbradas, como consta por su breve apostólico, dado en Roma en el dia 13 de mayo de 1791.

FIN DEL MES DE ABRIL.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE ABRIL.

Pág.

Dia I.—San Hugo, obispo de Grenoble.
San Venancio, obispo y mártir. 1
San Tesifonte, obispo y mártir. 1
La impresion de las llagas de santa Catalina de Sena. 1
El Evangelio y Meditacion: De la liberalidad con que premia Dios á los que le sirven. 1
Dia II.—San Francisco de Paula, confesor y fundador. 2
El Evangelio y Meditacion: De la humildad cristiana. 3
Dia III.—Santa María Egipcíaca, la penitente. 3
Santa Engracia, vírgen y mártir Bracarense. 4
San Benito de Palermo. 4
El Evangelio y Meditacion: De la dulzura de la penitencia. 4
Dia IV.—San Isidoro, arzobispo de Zevilla. 5
San Platon, abad. 6
El Evangelio y Meditacion: De los medios para conseguir la salvacion, comunes á todos los cristianos. 6
Dia V.—San Vicente Ferrer, confesor. 7
Beata Catalina de Tomás, vírgen. 8
Amplificacion á la vida de san Vicente Ferrer. 9
Santa Emilia, vírgen. 51
El Evangelio y Meditacion: De la pronta obediencia á la voz de Dios. 9
Dia VI.—San Celestino, papa. 10
San Guillelmo, abad. 10
El Evangelio y Meditacion: Del camino de la perdicion. 11
Dia VII.—El beato Herman, llamado José, del Órden Premonstratense. 1
El Evangelio y Meditacion: Del camino de la salvacion. 12
Dia VIII.—San Dionisio, obispo. 12
La Conmemoracion de los fieles difuntos. 12
El beato Alberto. 13
El Evangelio y Meditacion: De la necesidad de prepararse para la muerte. 13
Dia IX.—Santa Casilda, vírgen. 14
Santa Vautrudis ó Waldetruda, vulgarmente llamada santa Vaudru, viuda. 14
Santa María Cleofás ó Cleofé. 14
El Evangelio y Meditacion: Del buen uso del trabajo y de las cruces. 15
Dia X.—San Macario, arzobispo de Antioquía. 15

San Ezequiel, profeta. 160
San Urbano, abad. 161
San Daniel, profeta. 161
El Evangelio y Meditacion: De lo que endulza y suaviza todas las cruces. 168
Dia XI. — San Leon, papa, llamado el Magno. 173
El Evangelio y Meditacion: Del rendimiento á la Iglesia. 183
Dia XII. — San Sabas, mártir. 188
San Víctor, mártir, en Braga. 192
San Zenon, obispo de Verona. 194
El Evangelio y Meditacion: De los defectos que se hallan en el amor que se piensa tener á Dios. 199
Dia XIII. — San Hermenegildo, mártir. 203
El Evangelio y Meditacion: Del ejemplo de Cristo y de los Santos. 211
Dia XIV. — San Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires. 216
San Pedro Gonzalez, llamado vulgarmente san Telmo, confesor. 221
El Evangelio y Meditacion: De la correspondencia que guarda el mundo con sus partidarios. 231
Dia XV. — San Benito el mozo, llamado comunmente san Benitico, confesor. 235
Las santas Basilisa y Anastasia, mártires. 240
El Evangelio y Meditacion: De la desconfianza de sí mismo. 243
Dia XVI. — Los diez y ocho santos Mártires de Zaragoza. 248
Santa Engracia, vírgen y mártir de Zaragoza. 249
Santo Toribio, obispo de Astorga. 252
San Fructuoso, arzobispo de Braga y confesor. 259
San Lamberto, mártir de Zaragoza. 264
San Joaquin de Sena, confesor, del Órden de los Servitas. 265
El Evangelio y Meditacion: Del buen uso de los medios para lograr nuestra salvacion. 269
Dia XVII. — San Aniceto, papa y mártir. 272
La beata María Ana de Jesús, vírgen. 276
Santa Potenciana, vírgen y mártir. 289
San Elías, Pablo, é Isidoro, mártires. 290
El Evangelio y Meditacion: Sobre la modestia de los vestidos. 295
Dia XVIII. — San Apolonio, senador de Roma y mártir. 299
San Eleuterio, obispo y mártir. 302
San Perfecto, presbítero y mártir, en Córdoba. 304
El beato Andrés Hibernon. 314
El Evangelio y Meditacion: De las ilusiones de la penitencia en la mayor parte de los cristianos. 311
Dia XIX. — San Leon, nono de este nombre, papa. 315
Los santos Hermógenes, Cayo, Expedito, Aristónico, Rufo y Galata, mártires. 321
San Vicente de Colibre, mártir. 321
El Evangelio y Meditacion: Que en todo tiempo se debe hacer penitencia. 326
Dia XX. — Santa Inés de Monte-Policiano, del Órden de Santo Domingo. 330

El Evangelio y Meditacion: De la verdadera virtud propia de cada estado. 33
Dia XXI.—San Anselmo, arzobispo de Cantuaria, ó Cantorbery, en Inglaterra. 34
El Evangelio y Meditacion: De la conversion verdadera. 34
Dia XXII.—San Sotero ó Soter, y san Cayo, papas y mártires. 35
Santa Senorina, abadesa. 36
El Evangelio y Meditacion: De las recaidas. 36
Dia XXIII.—San Jorge, mártir. 37
El Evangelio y Meditacion: De la vida inútil de la mayor parte de los hombres. 38
Dia XXIV.—San Gregorio, obispo de Iliberi y confesor. 38
San Fidel de Sigmaringa, sacerdote del Órden de Padres menores capuchinos y mártir. 39
Santa Bona ó Beuva y santa Doda, vírgenes. 39
El Evangelio y Meditacion: A qué peligro se exponen los que pasan una vida ociosa. 39
Dia XXV.—San Marcos, evangelista. 40
San Aniano, primer obispo de Alejandría. 40
El Evangelio y Meditacion: De la palabra de Dios, y de la disposicion con que se debe leer y oir. 40
Dia XXVI.—San Cleto, papa y mártir. 41
San Marcelino, papa y mártir. 41
San Pedro mártir, obispo de Braga. 41
Traslacion de santa Leocadia, vírgen y mártir. 42
El Evangelio y Meditacion: De la eternidad infeliz. 42
Dia XXVII.—San Pedro Armengol. 42
Santo Toribio Mogrobejo, obispo. 43
Santa Cita ó Zita, vírgen. 43
San Anastasio, papa. 43
El Evangelio y Meditacion: Sobre la vigilancia cristiana. 43
Dia XXVIII.—San Vidal, mártir. 44
San Prudencio, obispo y confesor. 44
El Evangelio y Meditacion: De la infinita duracion de las penas del infierno. 45
Dia XXIX.—San Pedro, mártir. 47
San Roberto. 48
El Evangelio y Meditacion: De la fe. 48
Dia XXX.—Santa Catalina de Sena, vírgen. 49
Los santos Amador, Pedro y Luis, mártires. 49
San Indalecio, obispo y confesor. 50
San Pelegrin, servita y confesor. 50
El Evangelio y Meditacion: De la suprema desdicha del hombre. 50

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY.

Acc. 5409

248.3
C65

AUTHOR Croisset, P., S. J.

TITLE Ano Cristiano (Vol. IV)